ZECHARIA SITCHIN

Autor de El 12° planeta

LA ESCALERA AL CIELO

EL SEGUNDO LIBRO DE «CRÓNICAS DE LA TIERRA»

Lectulandia

La memoria mítica ha sostenido siempre que en la Tierra existe un lugar en el que podemos unirnos a los dioses y trascender la muerte. En «La escalera al cielo», su autor, Zecharia Sitchin, apunta este deseo de retornar a lo divino, dando así un paso más en sus fascinantes exploraciones sobre la historia de la Tierra. En sus análisis de las distintas leyendas que hablan de las tentativas humanas de ascender a los cielos, al igual que los dioses, en pos de la inmortalidad, el autor se adentra en las vidas de los faraones de Egipto que enseñaron cómo recorrer la ruta de los dioses hacia el eterno «más allá».

Además, Sitchin se adentra también en la vida de personajes ilustres: el rey sumerio Gilgamesh que viajó a tierras remotas tratando de «escalar hacia el cielo» y eludir así su destino de mortal; Alejandro Magno, quien creía ser hijo de un dios; y Ponce de León que exploró Florida en busca de la legendaria «fuente de la juventud».

Lectulandia

Zecharia Sitchin

La escalera al cielo

Crónicas de la Tierra 2

ePub r1.0
XcUiDi 04.02.14

Título original: *The stairway to heaven*
Zecharia Sitchin, 1980
Traducción: Toni Cutanda

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

EN BÚSQUEDA DEL PARAÍSO

Cuentan las antiguas escrituras que hubo una época en que la inmortalidad estaba al alcance de la humanidad. Era una edad de oro, el hombre vivía con su Creador en el Jardín del Edén, cuidaba del pomar y Dios paseaba, gozando la brisa vespertina.

«Yahveh Dios, hizo crecer del suelo toda especie de árboles hermosos de ver y buenos de comer, y el *Árbol de la vida* en medio del jardín y el *Árbol del conocimiento del Bien y del Mal*. Un río salía del Edén para regar el jardín y de allá se dividía formando cuatro brazos. El primero se llama Fison (…); el segundo río se llama Geon (…); el tercer río se llama Tigris (…); el cuarto río es el Éufrates».

Adán y Eva tenían permiso para comer los frutos de todos los árboles, con excepción del fruto del *Árbol del conocimiento*. Cuando desobedecieron a la orden (tentados por la serpiente), Dios se quedó preocupado con el asunto de la inmortalidad:

Después dijo Yahveh Dios:

Si el hombre ya es como uno de nosotros,
Versado en el bien y en el mal,
Que ahora él no extienda la mano
Y coseche también del Árbol de la vida,
¡Y coma y viva para siempre!”.

Y Yahveh Dios lo expulsó del Jardín del Edén
Para cultivar el suelo de donde hubo sido quitado.
Él proscribió al hombre y colocó,
Delante del Jardín del Edén,
Los querubines y la llama de la espada flamante,
Para guardar el camino del Árbol de la vida.

Así, el hombre fue expulsado del lugar donde la vida eterna esperaba por él. Y, aunque proscrito, jamás cesó de recordar, ansiar e intentar alcanzar la inmortalidad.

Desde la expulsión del paraíso, los héroes han ido a los confines de la tierra en búsqueda de la inmortalidad. A algunos escogidos les fue dado encontrarla; gente simple afirmó haber llegado a ella por casualidad.

En el transcurrir de los tiempos, la búsqueda del paraíso fue algo que siempre se decía respecto de cada individuo. Sin embargo, en los mediados de este milenio, esa búsqueda se hizo una empresa oficial de poderosos reinos.

Según nos llevaron a creer, el Nuevo Mundo fue descubierto cuando los exploradores buscaban una ruta marítima para la India en búsqueda de riquezas. Eso es verdad, pero sólo en parte, pues lo que Fernando e Isabel, los reyes de España, más deseaban, era encontrar la *Fuente de la eterna juventud*, una fuente de poderes

mágicos cuyas aguas rejuvenecían a los viejos y mantenían a las personas eternamente jóvenes, porque brotaba de un pozo del paraíso.

Ni bien Colombo y sus hombres desembarcaron en lo que pensaban eran las islas de la India (las «Indias Occidentales»), ellos pasaron a combinar la explotación de las nuevas tierras con la búsqueda de la legendaria fuente cuyas aguas «hacían a los viejos nuevamente jóvenes». Los españoles interrogaron, bajo tortura, a los «indios» capturados para que revelaran la localización secreta de la mítica fuente.

Quién más se destacó en esas investigaciones fue Ponce de León, soldado profesional y aventurero español, que salió de las filas para terminar como gobernador de parte de la isla de la Española, que actualmente es Haití, y de Puerto Rico. En 1511, él asistió al interrogatorio de algunos indios aprisionados. Al describir la isla que habitaban, los nativos hablaron de sus perlas y otras riquezas, y enaltecieron las maravillosas virtudes de sus aguas. Existe una fuente, contaron, donde un isleño «gravemente oprimido por la vejez» fue beber. Después de eso «él recuperó su fuerza varonil y practicaba todos los desempeños viriles, habiendo nuevamente tomado una esposa y generado hijos».

Oyendo con creciente entusiasmo, Ponce de León, él mismo un hombre de más de 50 años, se convenció de que los indios describían la mítica fuente de las aguas rejuvenecedoras. La observación final de los nativos le pareció la parte más notable del relato, pues en la corte de España, así como en toda Europa, abundaban cuadros hechos por los mejores artistas y siempre que ellos pintaban escenas de amor o alegorías sexuales incluían una fuente en el escenario. Tal vez el más famoso de esos cuadros sea *El Amor Sagrado y el Amor Profano*, de Ticiano. En la pintura, la fuente insinúa lo máximo en cuestión de amor —las aguas que hacían posibles «todos los desempeños viriles» a lo largo de la eterna juventud.

El informe de Ponce de León para el rey Fernando aparece en los registros mantenidos por el historiador oficial de la corte, Pietro Martire di Anghiera. Como este afirma en su *Decade de Orbe Nuevo* (Décadas del Nuevo Mundo), los indios venidos de las islas Lucaias, o Bahamas, revelaron que «hay una isla donde existe una fuente perenne de agua corriente de tal excelsa virtud que ingerida, quien sabe si acompañada de alguna dieta, hace a los viejos nuevamente jóvenes». Muchos estudios, como la obra de Leonardo Olschki, *Ponce de León's Fountain of Youth: History of a Geographical Myth* (La Fuente de la Juventud de Ponce de León: Historia de un Mito Geográfico), establecieron que la «Fuente de la Juventud era la más popular y característica expresión de las emociones y expectativas que agitaron a los conquistadores del Nuevo Mundo». A buen seguro, Fernando, rey de España, era uno de los que esperaban ansiosamente la confirmación de la noticia.

Así, cuando llegó la carta de Ponce de León, el rey no perdió tiempo. Concedió de inmediato al aventurero una patente de descubrimiento (con fecha de 23 de febrero

de 1512), autorizando la partida de una expedición de la isla de Española tomando rumbo norte. El Almirantado recibió orden de auxiliar a Ponce de León y darle las mejores embarcaciones y marineros, con los cuales tal vez descubriría sin tardanza la isla de «Beininy» (Bimini). El rey dejó bien explícita una instrucción: «Después de que hayas alcanzado la isla y que sepas lo que existe en ella, tú me mandarás un informe».

En marzo de 1513, Ponce de León partió para el norte con la intención de encontrar la isla de Bimini. La disculpa pública para la expedición era «buscar oro y otros metales», pero la verdadera meta era encontrar la *Fuente de la Eterna Juventud*. Los marineros inmediatamente desconfiaron de eso cuando fueron no sólo a una isla, sino a centenares de ellas, las Bahamas. Al anclar en una después de otra, los grupos de desembarque recibieron instrucciones de que buscaran no oro, sino una fuente rara.

Aguas de riachuelos fueron probadas y bebidas sin efectos extraordinarios aparentes. El Domingo de Pascua —Pascua de Flores en español—, fue avistado un largo litoral y Ponce de León la llamó la «isla» de Florida. A lo largo de la costa y desembarcando varias veces, él y sus hombres exploraron las florestas y bebieron el agua de incontables fuentes. Sin embargo, ninguna de ellas pareció realizar el milagro tan anhelado.

Empero, el fracaso de la misión no consiguió sacudir la convicción de que existía la tal fuente en el Nuevo Mundo. Ella sólo necesitaba ser descubierta. Más indios fueron interrogados.

Algunos aparentaban mucho menos edad de la que realmente afirmaban que tenían; otros repitieron leyendas que confirmaban la existencia del agua milagrosa. Una de ellas, transcrita en *Creation Myths of Primitive América* (Mitos de la Creación de América Primitiva), de J. Curtin, dice que cuando Olelbis, «aquél que está sentado en lo alto», estaba para crear la humanidad, mandó dos emisarios a la Tierra para que construyeran una escalera que conectaría el Cielo y la Tierra. A medio camino, deberían instalar un lugar de reposo, donde habría una laguna de la más pura agua potable. En el tope de la escalera crearían dos fuentes, una para beberse y otra para baños.

Dijo Olelbis: «Cuando un hombre o una mujer envejezcan, déjenlo subir a esa cumbre, beber y bañarse. Con eso, su juventud será restaurada». La convicción de que la fuente existía en algún lugar de aquellas islas era tan fuerte que en 1514 —un año después de la malograda expedición de Ponce de León— Pietro Martire escribió (en su *Segunda Década*) al papa León X informando:

A una distancia de 325 leguas de La Española, dicen, existe una isla llamada Boyuca, de hecho Ananeo, que, según aquéllos que exploraron su interior, posee una fuente extraordinaria, cuyas aguas rejuvenecen a los viejos.

Que Su Santidad no piense que eso esté siendo dicho liviana o irreflexivamente, pues ese hecho es considerado verdadero en la corte, y de una manera tan formal, que todos, aún aquéllos cuya sabiduría o fortuna los distinguen de las personas comunes, lo aceptan como verdad.

Ponce de León, sin dejarse desanimar, concluyó, después de investigaciones adicionales, que debería buscar una fuente conectada a un río, posiblemente a través de un túnel subterráneo.

Entonces, si la fuente quedaba en una isla cualquiera, ¿su manantial no sería un río de Florida?

En 1521, la Corona española ordenó que Ponce de León hiciera urna nueva expedición, esta vez centralizando las búsquedas en Florida. No existen dudas sobre el verdadero propósito de esa misión. Pocas décadas después, el historiador español Antonio de Herrera & Tordesillas afirmó en su *Historia General de Las Indias*:

«Él (Ponce de León) salió en búsqueda de aquella fuente sagrada, tan afamada entre los indios, y del río cuyas aguas rejuvenecían a los viejos». La intención era descubrir la fuente en la isla de Bimini y el río en Florida, donde, según afirmaban los indios de Cuba y La Española, «los viejos que en él se bañaban se hacían jóvenes de nuevo».

En vez de la juventud eterna, Ponce de León encontró la muerte al ser alcanzado por una flecha de los indios caribes. Así, aunque a busca individual por una poción o ungüento que consiga aplazar el día final tal vez jamás termine, la búsqueda organizada, bajo comando real, llegó a su fin.

¿Habría la búsqueda sido inútil desde el inicio? ¿Fernando, Isabel, Ponce de León y todos los que navegaron y murieron buscando la Fuente de la Juventud serían sólo tontos que creían en cuentos de hadas primitivos?

No, en el entender de ellos. Las Sagradas Escrituras, creencias paganas y relatos documentados de grandes viajantes se juntaban para garantizar que realmente existía un lugar cuya agua (o néctar de sus frutos) podía conceder la inmortalidad, manteniendo a las personas eternamente jóvenes.

Antiguos cuentos hablan de un lugar secreto, urna fuente secreta, un fruto o planta secreta que salvaría a sus descubridores de la muerte eran comunes en la península Ibérica, como un legado de los celtas que habitaron la región en un pasado distante. Corrían historias sobre la diosa Idunn, que vivía junto a un riachuelo sagrado y guardaba manzanas mágicas en un baúl. Cuando los dioses envejecían, iban a buscarla para comer las frutas y hacerse nuevamente jóvenes. De hecho, Idunn significaba «joven de nuevo» y las manzanas consistían en el «elixir de los dioses».

¿Serían esos cuentos populares un eco de la leyenda de Héracles (nombre griego de Hércules) y sus doce trabajos? Una sacerdotisa del dios Apolo, al prever lo que esperaba el héroe, le garantizó: «Cuando tú los completaras, te harás uno de los inmortales». El penúltimo trabajo de Héracles sería cosechar y traer las divinas manzanas de oro de las Hespérides. Éstas, las «Ninfas del Poniente», habitaban las proximidades del monte Atlas, en Mauritania.

Los griegos, y después los romanos, nos legaron muchos cuentos sobre hombres

inmortalizados. Apolo ungió el cuerpo de Sarpédon y él duró varias generaciones. Afrodita regaló a Faon con una poción mágica. Al ungirse con ella, Faon se transformó en un bello joven «que despertó amor en el corazón de todas las mujeres de Lesbos». El niño Demofonte, ungido con ambrosia por la diosa Deméter, con certeza habríase hecho inmortal si su madre, ignorando la identidad de la diosa, no lo hubiera quitado de sus manos.

Había también la historia de Tántalo, hecho inmortal al alimentarse de néctar y ambrosia que hubo robado de la mesa de los dioses. Cuando él mató a su propio hijo para servir su carne a los dioses, éstos lo castigaron proscribiéndolo para una tierra donde abundaban el agua y los frutos, pero que permanecían eternamente fuera de su alcance. (El dios Hermes resucitó al joven asesinado). Ya Odiseo (nombre griego de Ulises), a quién la ninfa Calipso ofreció la inmortalidad si él aceptara quedarse en su compañía para siempre, prefirió arriesgarse y volver hacia el hogar y la esposa.

¿Y la historia de Glauco, un simple pescador que se transformó en un dios del mar? Un día él observó que un pez que hubo pescado, al entrar en contacto con una determinada hierba, volvió a la vida y saltó hacia el agua. Comiendo la hierba, Glauco buceó atrás de él y, en consecuencia, los dioses Océano y Tétis lo admitieron en su círculo y lo transformaron en una deidad.

El año en que Colón zarpó de España, 1492, fue también el año en que terminó la ocupación musulmana de la península Ibérica, con la rendición de los moros en Granada. A lo largo de los casi ocho siglos de contienda árabe-cristiana en la región, hubo una inmensa interacción de las dos culturas. Las historias del Corán, el libro sagrado de los musulmanes, que también hablaban sobre el pez y la fuente de la vida, eran conocidas tanto por moros como por católicos. El hecho de que el cuento en cuestión sea casi idéntico al de la leyenda griega de Glauco, el pescador, era tomado como una confirmación de su autenticidad. Él también fue uno de los motivos para la búsqueda de la legendaria fuente de la India, la tierra que Colón partió para alcanzar e imaginó haber encontrado.

La parte del Corán que contiene la historia del pez es la 18.ª sura, que habla de los viajes de Moisés, el héroe bíblico del Éxodo de Egipto, explorando varios misterios. Como parte de los preparativos para cumplir su destino como mensajero de Dios, él tendría que recibir el conocimiento de que aún carecía, de un misterioso «siervo de Dios». Acompañado de sólo un criado, Moisés debería buscar ese enigmático maestro con la ayuda de una única pista: llevaría consigo un pez seco y, en el lugar donde el pez saltaría y desaparecería, encontraría al «siervo de Dios».

Después de mucha caminata infructífera, el criado sugirió que desistieran de la búsqueda. Moisés, sin embargo, insistió, diciendo que no pararía hasta alcanzar «la unión de los dos ríos».

Y fue allá, sin que los viajantes notaran, que el milagro aconteció:

Pero, cuando ellos llegaron a la unión,
Se olvidaron del pez,
Que buceó en el río,
Como si entrara en un túnel.

Después de mucho caminar, Moisés dijo al criado: «Coja nuestra comida matinal», pero el hombre respondió que el pez había desaparecido:

Cuando llegamos a la piedra,
¿No viste lo que aconteció?
De hecho me olvidé del pez.
Satanás me hizo olvidar de contaros.
Él buceó en el río de una forma maravillosa.

Y Moisés dijo:

«Era eso lo que buscábamos».

La historia del Corán (Fig. 1) sobre el pez seco que resucitó y volvió hacia el mar a través de un túnel, iba adelante del cuento griego similar porque hablaba no de un modesto pescador, sino del venerable Moisés. Ella tampoco presentaba el incidente como un descubrimiento casual, sino como una ocurrencia prevista por el Señor, que conocía exactamente la localización del agua de la vida, que podría ser identificada por la resurrección del pez.

Como católicos devotos, el rey y la reina de España deben haber aceptado literalmente la visión descrita en el Apocalipsis: «Me mostró después un río de Agua de la Vida, brillante como cristal, que salía del trono de Dios (…). En medio de la plaza, de un lado y del otro del río, hay árboles de la vida que fructifican doce veces (…)».

60. Behold, Moses said
To his attendant, "I will not
Give up until I reach
The junction of the two
Seas or (until) I spend
Years and years in travel."

٦٠- وَإِذْ قَالَ مُوسَىٰ لِفَتَاهُ لَآ
أَبْرَحُ حَتَّىٰٓ أَبْلُغَ مَجْمَعَ ٱلْبَحْرَيْنِ أَوْ
أَمْضِىَ حُقُبًا ○

61. But when they reached
The Junction, they forgot
(About) their Fish, which took
Its course through the sea
(Straight) as in a tunnel.

٦١- فَلَمَّا بَلَغَا مَجْمَعَ بَيْنِهِمَا نَسِيَا حُوتَهُمَا
فَٱتَّخَذَ سَبِيلَهُۥ فِى ٱلْبَحْرِ سَرَبًا ○

62. When they had passed on
(Some distance), Moses said
To his attendant: "Bring us
Our early meal; truly
We have suffered much fatigue
At this (stage of) our journey."

٦٢- فَلَمَّا جَاوَزَا قَالَ
لِفَتَىٰهُ ءَاتِنَا غَدَآءَنَا لَقَدْ
لَقِينَا مِن سَفَرِنَا هَٰذَا نَصَبًا ○

63. He replied: "Sawest thou
(What happened) when we
Betook ourselves to the rock?
I did indeed forget
(About) the Fish: none but
Satan made me forget
To tell (you) about it:
It took its course through
The sea in a marvellous way!"

٦٣- قَالَ أَرَءَيْتَ إِذْ أَوَيْنَآ
إِلَى ٱلصَّخْرَةِ فَإِنِّى نَسِيتُ ٱلْحُوتَ
وَمَآ أَنسَىٰنِيهُ إِلَّا ٱلشَّيْطَٰنُ أَنْ أَذْكُرَهُۥ ۚ
وَٱتَّخَذَ سَبِيلَهُۥ فِى ٱلْبَحْرِ ۖ عَجَبًا ○

64. Moses said: "That was what
We were seeking after:"
So they went back
On their footsteps, following
(The path they had come).

٦٤- قَالَ ذَٰلِكَ مَا كُنَّا نَبْغِ ۚ
فَٱرْتَدَّا عَلَىٰٓ ءَاثَارِهِمَا قَصَصًا ○

Fig. 1

60. Vea, dijo Moisés
A su criado, no
Desistiré hasta alcanzar
La unión de los dos Mares o (hasta) pasar
Años y años en viaje.

61. Pero, cuando ellos llegaron
A la unión, se olvidaron
De su pez, que tomó
Su rumbo a través del mar,
(Directo) como si en un túnel.

62. Cuando habían proseguido
(Alguna distancia), Moisés dijo
A su criado: Tráiganos nuestra
Comida matinal; con certeza
Sufrimos mucha fatiga
En ésta (etapa de) nuestro viaje.

63. Él respondió: ¿Viste
(lo que aconteció) cuando
llegamos a la piedra?
Realmente me olvidé
Del pez; nadie sino
Satanás me hizo olvidar
De contarte;
¡Él tomó su rumbo a través
del mar de una manera maravillosa!

64. Moisés dijo: Era eso que
Buscábamos.
Así ellos volvieron
En sus pasos, siguiendo
(El camino por lo cual estaban viniendo).

A buen seguro creyeron en las promesas del libro: «A quien tiene sed daré la fuente de agua viva» y «le concederé comer del Árbol de la Vida que está en el paraíso de Dios». Además de eso, a buen seguro, estaban al corriente de las palabras del salmista bíblico:

Tú les das de beber de tu río de la eternidad;
Pues contigo está la fuente de la vida.

Por lo tanto, era indudable la existencia de la fuente de la vida y del río de la eternidad, pues era lo que atestiguaban las Sagradas Escrituras. El único problema era donde y como encontrarlos.

La 18.ª sura del Corán ofrece algunas pistas importantes. Ella relata las tres paradojas de la vida presentadas a Moisés después de que él localizó al siervo de Dios. Enseguida, el mismo tramo del Corán pasa a describir tres episodios: una visita a una tierra donde el sol se pone, después hacia una tierra donde el sol se levanta, o sea, el este, y finalmente para una más distante, donde el mítico pueblo de Gog y Magog (los contendientes bíblicos del fin de los tiempos) venía causando incontables daños a la tierra.

Para acabar con el desorden, el héroe del cuento —aquí llamado de Dual'Karnain (Poseedor de Dos Cuernos)— cerró un pasaje entre dos arduas montañas con bloques de hierro y enseguida derramó sobre ellos plomo derretido, construyendo una barrera tan impresionante que hasta los poderosos Gog y Magog no fueron capaces de escalarla. Así separados, los dos ya no pudieron causar perjuicios a la tierra.

La palabra Karnain, en árabe o hebraico, significa tanto «dobles cuernos» como «dobles rayos». Los tres episodios adicionales, que vienen inmediatamente después de los Misterios de Moisés, parecen, debido al uso del término, mantener como personaje principal el héroe bíblico, que bien podría haber recibido el apodo de Dual'Karnain porque su rostro «tenía rayos» —irradiaba— después de que él descendió del monte Sinaí, donde se hubo encontrado cara a cara con Dios. Los cristianos medievales, sin embargo, atribuían el apodo y el viaje a las tres tierras que Alexander el Grande, rey de la Macedonia, que en el siglo IV a. C. hubo conquistado la mayor parte del mundo conocido en la época, alcanzando hasta la India.

Esa creencia popular, intercambiando a Moisés y Alexander, tenía origen en las tradiciones relacionadas con las conquistas y aventuras del rey de la Macedonia, que incluían no sólo el hecho en la tierra de Gog y Magog como también un episodio sobre un pez seco que hubo vuelto a la vida cuando Alexander y su criado encontraron la fuente de la vida.

Los relatos acerca de Alexander que corrían por toda Europa y Oriente Medio en la época medieval se basaban en los supuestos textos de un historiador griego llamado Calístenes, sobrino de Aristóteles. Designado por el rey para registrar sus hechos, triunfos y aventuras en la expedición asiática, murió en la prisión por haber criticado al soberano por adoptar costumbres orientales; sus escritos desaparecieron misteriosamente. Siglos después, comenzó la circular en Europa un texto en latín que sería una traducción de las crónicas originales de Calístenes. Los eruditos denominaron esos textos como «pseudos-Calístenes».

Por muchos siglos, se creyó que las muchas versiones de las hazañas de Alexander circulando por Europa y Oriente Medio se originaban de esos pseudo-Calístenes en latín. Sin embargo, se descubrió más tarde que existían textos similares en muchos otros idiomas, inclusive hebraico, persa, siríaco, armenio y etíope, así como por lo menos tres versiones en griego. Esos varios textos, algunos con origen en Alejandría del siglo II a. C., divergen en algunos puntos. Pero sus impresionantes similaridades indican claramente una fuente común —tal vez incluso las crónicas de Calístenes o, como muchas veces se afirma, copias de las cartas de Alexander para su madre, Olimpia, y para su maestro, Aristóteles.

Las extraordinarias aventuras en que estamos interesados comenzaron después que Alexander terminó la conquista de Egipto. Los textos no esclarecen qué dirección

tomó el rey, ni hay certeza de que los episodios siguen un orden cronológico o geográfico. Sin embargo, uno de los primeros cuentos puede explicar la confusión popular entre Alexander y Moisés.

Aparentemente el rey de Macedonia intentó salir de Egipto como el héroe bíblico, separando las aguas del mar Rojo y haciendo que sus seguidores lo atravesaran a pie.

Al alcanzar el mar, Alexander decidió dividir las aguas construyendo en medio de él una muralla de hierro y plomo derretida y sus albañiles «continuaron derramando plomo y otros materiales derretidos en el agua hasta que la estructura llegó por encima de la superficie». Enseguida, el rey hizo que sus hombres erigieran sobre la muralla una torre y un pilar, donde mandó esculpir su propia figura, ostentando dos cuernos en la cabeza.

Entonces escribió en el monumento: «Que aquél que llegase a este lugar y navegase sobre el mar sepa que yo lo cerré».

Habiendo así contenido las aguas, Alexander y sus hombres comenzaron a atravesar el mar a pie. Pero, como medida de precaución, enviaron al frente algunos prisioneros. Cuando éstos alcanzaron la torre en medio del mar, «las ondas se derramaron sobre ellos, el mar los engulló y todos perecieron (…). Cuando el emperador vio lo acontecido, sintió un poderoso miedo del mar» y desistió de la tentativa de imitar a Moisés.

Aún así, aún ansioso por descubrir «las tinieblas» en el otro lado del mar, Alexander hizo varios desvíos, durante los cuales, según los textos, visitó las fuentes de los ríos Éufrates y Tigris, y allá estudió «los secretos del cielo, de las estrellas y de los planetas».

Dejando sus tropas atrás, Alexander volvió hacia el País de las Tinieblas, alcanzando una montaña en el margen del desierto llamada Mushas. Después de varios días de viaje, avistó un «camino recto, sin muros, donde no había ni altos ni bajos». En ese punto el rey dejó a sus pocos y fieles compañeros y prosiguió solo. Después de una caminata de doce días y doce noches, «percibió el esplendor de un ángel». Sin embargo, al aproximarse, vio que el ángel era una «hoguera flamante».

Alexander entonces se convenció de que había llegado a la «montaña de la cual todo el mundo es cercado». El ángel se quedó tan sorprendido como Alexander. «¿Quién eres tú y por qué estás aquí; oh, mortal?», preguntó, imaginando como aquel hombre había conseguido «penetrar en esta oscuridad, donde ningún otro fue capaz de entrar». Alexander respondió que el propio Dios lo había guiado y le había dado fuerzas para «llegar a este lugar, que es el paraíso».

A esa altura, para convencer al lector de que el paraíso, y no el infierno, era accesible por medio de pasajes subterráneos, el autor del antiguo texto relataba un largo diálogo entre Alexander y el ángel sobre temas relacionados con Dios y el hombre.

Terminada la conversación, el ángel mandó a Alexander volver junto de sus amigos, pero el rey insistió en tener respuestas para los misterios del Cielo y de la Tierra, Dios y el hombre. Al final, dijo que sólo partiría se recibiera algo que ningún otro hombre hubiera obtenido antes. Concordando, el ángel dijo: «Yo te contaré algo que hará que tú vivas y no mueras». «Prosiga», habló Alexander. Y el ángel explicó:

En el país de Arabia,
Dios colocó la negrura de la oscuridad total,
donde está escondido el tesoro de ese conocimiento.
Allá también se queda la fuente que es la llamada de «Agua de la Vida».
Aquél que beber de ella, aunque sea una única gota, jamás morirá.

El ángel atribuyó otros poderes mágicos a esa Agua de la Vida, tal como conceder a un hombre el don de volar por el cielo, como los ángeles. No necesitando de mayores incentivos, Alexander indagó, ansioso: «¿En que región de la Tierra está situada esa fuente?». La enigmática respuesta del ángel fue:

«Pregunta a los hombres de allá que son herederos del conocimiento».

Dicho eso, dio a Alexander un rizo de uvas para que con ellas alimentara a sus tropas.

Volviendo junto a sus compañeros, Alexander les contó la aventura y dio a cada uno una uva. Pero, «a medida que arrancaba una, otra crecía en su lugar». Así, un único rizo sirvió para alimentar a todos los soldados y sus monturas.

El joven soberano entonces comenzó a indagar sobre los sabios que podría encontrar. Preguntaba a cada uno que le indicaban: «Ya está en los libros que Dios tiene un lugar de tinieblas donde está oculto el conocimiento y que allá se queda la fuente de la vida».

Las versiones griegas dicen que Alexander fue hasta los confines de la Tierra para encontrar al sabio. Y los etíopes sugieren que el sabio estaba allí mismo, entre su tropa. Se llamaba Matun y conocía las antiguas escrituras. El lugar, dijo el sabio, «yace muy cerca del sol cuando él se levanta del lado derecho».

Aún poco informado después de tantos enigmas, Alexander se colocó en las manos de su guía. Nuevamente fueron para un lugar de tinieblas. Después de mucho caminar, el rey se cansó y mandó a Matun proseguir sólo para encontrar la trilla correcta.

Para ayudarlo a entrever en la oscuridad, le dio una piedra que le había llegado a las manos en circunstancias milagrosas, como un presente de un antiguo rey que ahora vivía entre los dioses. Era una piedra que Adán hubo traído del paraíso, más pesada que cualquiera otra sustancia de la Tierra.

Matun, a pesar de todos los cuidados, acabó perdiéndose.

Entonces, sacó la piedra mágica del bolsillo y la colocó en el suelo. Así que ella tocó el suelo, comenzó a emitir luz y Matun pudo ver un pozo. Él aún no tenía

conciencia de que había llegado a la fuente de la vida. La versión etíope describe lo que siguió:

«Ora, el hombre tenía consigo un pez seco y, estando muy hambriento,
fue hasta el agua para lavarlo y prepararlo para cocinar…
Pero, así que el pez tocó en el agua, salió nadando».

Cuando Matun vio eso, se desnudó y entró en el agua atrás del pez, encontrándolo vivo. «Percibiendo que aquél era el "pozo del Agua de la Vida", se bañó y bebió. Al salir del pozo, ya no sentía hambre ni preocupaciones mundanas, pues se había tomado el El-Khidr, "el siempre verde" —aquél que sería eternamente joven».

Al volver hacia el campamento, Matun no contó nada sobre su descubrimiento a Alexander (a quién la versión etíope llama de «Aquél de Dos Cuernos»). Inmediatamente enseguida el rey retomó la búsqueda, tanteando en la oscuridad a la busca de la trilla correcta. De pronto avistó la piedra abandonada por Matun «brillando en las tinieblas y ella ahora tenía dos ojos, que lanzaban rayos de luz». Percibiendo que había encontrado el camino, Alexander avanzó corriendo, pero fue contenido por una voz que lo censuró por sus siempre crecientes ambiciones y profetizó que en vez de encontrar la vida eterna él inmediatamente moriría. Aterrado, Alexander volvió junto a sus compañeros, desistiendo de la búsqueda.

Según algunas versiones, fue un pájaro con formas humanas el que habló con Alexander y lo hizo retornar cuando «él llegó a un lugar incrustado de zafiros, esmeraldas y jacintos». En la supuesta carta del rey su madre, fueron dos hombres-pájaros que lo impidieron de proseguir.

En la versión griega del pseudo-Calístenes, fue André, el cocinero de Alexander, que cogió el pez seco para lavarlo en una fuente «cuyas aguas relampagueaban». Cuando el pez tocó el agua, revivió y escapó de las manos del cocinero. Percibiendo lo que había encontrado, el hombre bebió el agua y después guardó un poco en un tazón de plata, pero no contó a nadie sobre su descubrimiento. Cuando Alexander (que en esta versión estaba acompañado de 360 hombres), prosiguiendo su búsqueda, llegó a un lugar que brillaba, aunque allá no se viera el sol, ni la luna y las estrellas, encontró el camino bloqueado por dos pájaros con formas humanas. ¡«Vuelve», ordenó uno de ellos, «porque el lugar en que estás pisando pertenece solamente Dios. Vuelve, maldito, pues en la tierra de los Bendecidos tú no puedes poner los pies»!

Estremecido de miedo, Alexander y sus hombres regresaron, pero, antes de dejar el lugar, cogieron algo de tierra y piedras en el suelo como recuerdo. Después de varios días de marcha salieron del país de la noche eterna y, cuando llegaron a la luz, vieron que el «el suelo y las piedras» que habían recogido eran en realidad perlas, piedras preciosas y pepitas de oro.

Sólo entonces el cocinero contó Alexander sobre el pez que había resucitado, pero guardó secreto sobre haber bebido y guardado el agua. El rey se puso furioso, agredió

al hombre y lo expulsó del campamento. El cocinero, sin embargo, se negó a partir solo, pues se había enamorado de una hija de Alexander.

Así, le reveló el secreto a ella y la hizo beber el agua. Cuando Alexander descubrió lo acontecido, también proscribió a la joven: «Tú te transformaste en un ser divino, pues te hiciste inmortal. Por lo tanto, ya no puedes vivir entre los hombres».

«Vayan hacia la tierra de los Bendecidos». En cuanto al cocinero, el rey lo tiró al mar con una piedra presa en el cuello. Pero, en vez de ahogarse, el cocinero se transformó en Andrêntico, el demonio del mar. «Y así», somos informados, «termina el cuento del cocinero y la doncella».

Para los eruditos consejeros de los reyes y reinas medievales, la simple existencia de incontables versiones sobre la misma historia servía para confirmar tanto la antigüedad como la autenticidad de la leyenda de Alexander y de la fuente de la vida.

¿Pero dónde, dónde estaban esas aguas mágicas?

¿Después de la frontera de Egipto, en la península del Sinaí, la tierra de las actividades de Moisés? O ¿Cerca de la región donde nacen el Tigris y el Éufrates, en algún lugar al norte de la Siria?

¿Habría Alexander ido a los confines de la Tierra —la India— para buscar la fuente o sólo se había lanzado en su búsqueda después de volver de allá?

Mientras los estudiosos medievales se esforzaban por descifrar los enigmas, nuevas obras sobre el tema, con base en fuentes cristianas, comenzaron a formar un consenso en favor de la India. Un texto en latín llamado Alexander Magni Inter ad Paradisum, una homilía de Alexander escrita en siríaco por el obispo Jacó de Sarug, y la *Recension of Josippon*, en armenio —todos con el relato sobre el túnel, los hombres_pájaros y la piedra mágica—, situaban el País de las Tinieblas o Montaña de las Tinieblas en los confines de la Tierra. Allá, decían algunos de esos escritos, Alexander navegó por el río Ganges, que no era otro sino el río Fison, del paraíso. Allí aún en la India (o en una isla de su litoral), el rey había alcanzado los portones del paraíso.

Mientras esas conclusiones tomaban forma en Europa en la Edad Media, una nueva luz fue lanzada sobre el asunto, venida de una fuente totalmente inesperada. En 1145, el obispo alemán Otto de Freising registró en su *Chronicon* un relato sobre una impresionante epístola. El Papa, contó, había recibido una carta de un gobernante cristiano de la India, cuya existencia era completamente desconocida. Ese rey afirmaba que el río del paraíso quedaba localizado en sus dominios.

El obispo Otto daba el nombre del obispo Hugo de Gebal (una ciudad de la costa mediterránea de la Siria) cómo habiendo sido el intermediario que había llevado la carta al Papa. El autor de la epístola, según se decía, se llamaba Juan, el viejo, o, por ser un sacerdote de la Iglesia Católica, Preste Juan. Él afirmaba ser descendiente directo de uno de los magos que habían visitado a Cristo en su nacimiento. Preste

Juan había derrotado a los reyes musulmanes de la Persia y había establecido un floreciente reino cristiano en la región de los confines de la Tierra.

Actualmente algunos estudiosos piensan que todo ese caso fue forjado con objetivos propagandísticos. Otros creen que los informes que llegaron al papa eran distorsiones de eventos que realmente estaban aconteciendo.

Cincuenta años antes el mundo cristiano había lanzado la Primera Cruzada contra el dominio musulmán en el Oriente Medio (inclusive la Tierra Santa) y hacía poco, en 1144, había sufrido una derrota machacadora en la ciudad de Edessa.

Mientras tanto, en los confines de la Tierra, los gobernantes mongoles habían comenzado a sacudir los portones del imperio musulmán y habían derrotado el sultán Sanjar en 1141. Cuando la noticia llegó a las ciudades costeras del Mediterráneo, fue enviada al papa bajo el ropaje de un rey cristiano levantándose para derrotar a los infieles por la retaguardia.

Si la búsqueda de la Fuente de la Juventud no estaba entre los motivos para la Primera Cruzada (1095), aparentemente formaba parte de las subsecuentes, pues inmediatamente que el obispo Otto registró la existencia del Preste Juan y del río del paraíso en sus dominios, el papa emitió una proclama formal para el reinicio de las cruzadas. Dos años después, en 1147, el emperador Conrado de Alemania, acompañado de muchos otros nobles y gobernantes, partió para la Segunda Cruzada.

Mientras la suerte de los cruzados alternadamente brillaba y se desvanecía, Europa fue de nuevo barrida por noticias de Preste Juan y sus promesas de auxilio. Según los cronistas de la época, en 1165 él envió una carta al emperador de Bizancio, al emperador romano y a reyes menores, donde declaraba su nítida intención de ir a Tierra Santa con sus ejércitos. Más una vez él describía su reino en términos entusiastas, como convenía a un lugar donde estaba situado no sólo el río del paraíso, sino también los portones del paraíso.

La ayuda prometida jamás llegó. El camino de Europa para la India no fue abierto. Alrededor del final del siglo XIII, las cruzadas habían dejado de existir, terminando en una derrota final en las manos de los musulmanes.

Sin embargo, aún mientras las cruzadas avanzaban y reculaban, la creencia fervorosa en la existencia de las aguas del paraíso en la India continuaba creciendo y diseminándose.

Antes del final del siglo XII, una nueva y popular versión de las hazañas de Alexander, el Grande, comenzó a esparcirse en los campamentos y plazas de las ciudades. Llamada como Romance de Alexander, era (como se sabe actualmente) obra de dos franceses que basaron ese poético y entusiasmado relato en la versión latina del pseudos-Calístenes y otras «biografías» del rey de la Macedonia disponibles en la época. Lo que menos interesaba a los caballeros, soldados y ciudadanos que frecuentaban las tabernas era la autoría del texto. Lo importante era

que él creaba, en un lenguaje que conseguían entender, imágenes vivas de las aventuras de Alexander en tierras extrañas.

Entre ellas estaba el cuento de las tres fuentes maravillosas. Una rejuvenecía a los viejos, la segunda garantizaba la inmortalidad y la tercera resucitaba los muertos. Las tres, explicaba el Romance, quedaban situadas en países diferentes, ya que procedían del Tigris y Éufrates, en Asia oriental, del Nilo, en Egipto, y del Ganges, en la India. Eran ésos los cuatro ríos del paraíso. Y, a pesar de que ellos corran en diferentes regiones, todos provenían de una única fuente: el Jardín del Edén, exactamente como decía la Biblia.

El Romance afirmaba que Alexander y sus hombres habían encontrado la fuente del rejuvenecimiento y afirmaba que 56 compañeros ancianos del rey «recuperaron el cutis de los 30 (años) después de que bebieran de la Fuente de la Juventud». A medida que se diseminaban las traducciones del Romance, ese evento era descrito cada vez con mayores detalles. No sólo la apariencia, sino también la fuerza y virilidad de los viejos soldados habían sido restauradas.

Pero ¿cómo llegar a la fuente, si la ruta para la India estaba bloqueada por los musulmanes paganos?

De tiempo en tiempo, los Papas buscaban comunicarse con el enigmático Preste Juan, «El ilustre y magnífico rey de las Indias e hijo amado de Cristo». En 1245, Inocencio IV despachó a fray Giovanni de la Pian del Carpini, vía Rusia meridional, con órdenes de entrar en contacto con el rey mongol, el khan, creyendo que los mongoles eran nestorianos (un ramo de la iglesia ortodoxa) y el khan con el propio Preste Juan. En 1254, el rey-padre Haithon, de Armenia, viajó de incógnito por el este de Turquía hasta alcanzar el campamento de un jefe mongol en el sur de Rusia. Los registros de ese viaje lleno de aventuras decían que la ruta lo había llevado la un pasaje angosto a los márgenes del mar Caspio, llamada de Los Portones de Hierro. La especulación de que ese camino era muy parecido con el recorrido por Alexander, el Grande (que había derramado hierro derretido para cerrar un desfiladero), sirvió para alimentar la idea de que los portones del paraíso, en los confines de la Tierra, podían ser alcanzados.

A los emisarios de papas y reyes, que buscaban el reino de Preste Juan, inmediatamente se juntaron comerciantes aventureros, como Nicolo y Matteo (Maffeo) Polo, y posteriormente el hijo del primero, Marco Polo (1260-1295) y caballeros como el alemán Guilherme de Bondensele (1336).

Mientras esos relatos atraían el interés de la Iglesia y de las cortes europeas, una vez más, una obra de literatura popular pudo despertar el entusiasmo de las masas. Su autor se presentaba cómo: «Yo, John Maundeville, Caballero, nacido en la ciudad de St. Albans, en Inglaterra, que me hice a la mar el año de Nuestro Señor Jesús de 1322». Escribiendo al regresar de sus viajes 34 años después, Sir John explicaba que

«me dirigí para la Tierra Santa y Jerusalén, y también para la tierra del Grande Khan y del Preste Juan, para la India y diversos otros países, así como para las muchas y extrañas maravillas que allá existen».

En el Capítulo 27 del libro *The Voyages and Travels of Sir John Maundeville, Knight* (Las Navegaciones y Viajes de Sir John Maundeville, Caballero), está escrito:

Ese emperador, Preste Juan, posee un territorio muy extenso
y tiene muchas buenas y nobles ciudades en sus dominios,
y muchas grandes islas,
pues todo el país de la India es dividido en islas
a causa de las grandes inundaciones que vienen del paraíso…
Y esa tierra es muy buena y rica…
En las tierras del Preste Juan existen cosas muy varias y muchas piedras preciosas,
tan enormes que los hombres con ellas hacen traviesas, platos, tazas etc…

Enseguida, sir John describe el río del paraíso:

En ese país el mar es llamado de mar de Gravelly…
a tres días de distancia de él quedan grandes montañas,
de las cuales procede un gran río que viene del paraíso,
y él es de piedras preciosas, sin ninguna gota de agua.
Él corre por el desierto y va a formar el mar de Gravelly
cuando alcanza su punto final.

Más además del río del paraíso, había una gran isla, larga y angosta, llamada Milsterak, que era un paraíso en la Tierra. Allá quedaba «el más bello jardín que se puede imaginar; dentro de él hay árboles dando todos los tipos de frutos, toda especie de hierbas virtuosas y perfumadas». Ese paraíso, afirma sir John, poseía maravillosos pabellones y cámaras, obras de un hombre rico y demoníaco, cuyo propósito era ofrecer «los más variados placeres sexuales».

Después de azuzar la imaginación (y codicia) de sus lectores con relatos sobre piedras preciosas y otras riquezas, el autor pasa a juguetear con sus antojos sexuales. El lugar, escribe, estaba repleto «de las más graciosas doncellas menores de 15 años que se puede encontrar y jóvenes de esa misma edad, todos ricamente vestidos con ropas bordadas a oro. El hombre me dijo que ellos eran ángeles». Y ese hombre demoníaco…

Él también mandó construir tres bellos y nobles pozos,
cercados de piedras de jaspe y cristal,
labrados con oro e incrustados de piedras preciosas
y grandes perlas del Oriente.

Hizo instalar un caño bajo la tierra,
de modo que los tres pozos, a su antojo,
pueden verter uno de ellos leche,
el otro vino y el otro, aún, miel.

Ese lugar él llamó de paraíso.

Ese propietario emprendedor atraía para su isla «buenos caballeros, robustos y nobles» y, después de hospedarlos, los persuadía a matar los enemigos de su reino,

diciéndoles que no deberían temer la muerte pues, si perecieran, serían resucitados y rejuvenecidos.

Después de la muerte ellos volverían a ese paraíso,
pasarían a tener la edad de las doncellas
y podrían juguetear con ellas.

Posteriormente serían mandados hacia un paraíso aún más bello,
donde verían al dios de la naturaleza cara a cara,
en toda su majestad y bienaventuranza.

Sin embargo, explica John Maundeville, ese aún no era el verdadero paraíso de la Biblia. En el Capítulo 30, él afirma que éste quedaba mucho más allá de las tierras que Alexander, el Grande, había recorrido. La ruta para alcanzarlo seguía rumbo éste, en la dirección de dos islas ricas en minas de oro y plata, «donde el mar Rojo se separa del océano».

Y además de esas islas y tierras, y de los desiertos del reino del Preste Juan,
yendo directo para el este, los hombres no encuentran nada sino montañas y grandes rocas;
y allá queda la región de las tinieblas, donde nadie consigue entrever, ni de día ni de noche…
Y ese desierto y ese lugar de oscuridad van de la costa hasta el paraíso terrestre
donde Adán, nuestro primer padre, y Eva fueron colocados.

Era de allí que fluían las aguas del paraíso:

Y al punto más alto del paraíso, exactamente en medio de él,
hay un pozo del cual salen cuatro ríos que atraviesan diversas regiones,
de los cuales uno es el Fison o Emtak, o Ganges, que corre a través de la India
y posee muchas piedras preciosas, mucho alume y mucha arena de oro.

Y el otro río es el llamado Nilo, o Geon, que corre por Etiopía y después por Egipto.
Y el otro es llamado Tigris, y corre por la Asiria y por Armenia, la Grande.
Y el otro es llamado Éufrates y corre por la Media, Armenia y Persia…

Confesando que él aún no alcanzó el Jardín del Edén bíblico, sir John Maundeville esclarece: «Ningún mortal puede aproximarse a ese lugar sin una gracia especial de Dios; por eso, de ese lugar no puedo hablar más».

A pesar de esa confesión, las muchas versiones en muchas lenguas que derivaron del original inglés garantizaban que el Caballero afirmó: «¡Yo, John Maundeville, vi la fuente y, por tres veces, junto con mi compañero, bebí de sus aguas y desde entonces me siento muy bien!».

El hecho de que el autor, en la versión inglesa, se quejara de que andaba con gota reumática y aproximándose del fin de sus días no hizo diferencia para los que se encantaron con sus relatos maravillosos.

Actualmente los estudiosos de la época creen que «sir John Maundeville, Caballero» puede haber sido un médico francés que jamás viajó, pero supo juntar con gran habilidad los relatos de aventureros que no dudaron en arriesgarse, enfrentando los peligros e incomodidades de viajes hacia lugares tan distantes.

Escribiendo sobre las visiones que motivaron la explotación que llevó al

descubrimiento de América, Angel Rosenblat (*La Primera Visión de América y Otros Estudios*) resumió: «La creencia en un paraíso terrestre estaba asociada a un antojo de naturaleza mesiánica: encontrar la Fuente de la Eterna Juventud. Toda la Edad Media soñó con ella. En las nuevas imágenes del paraíso perdido, el Árbol de la Vida se había transformado en la fuente de la vida y después en un río o Fuente de la Juventud». La motivación era la certeza de que «la Fuente de la Juventud quedaba en la India… una fuente que curaba todos los males y garantizaba la inmortalidad. El fantástico John Maundeville la hubo encontrado en su viaje a la India… en el reino cristiano del Preste Juan». Llegar a la India y a las aguas que procedían del paraíso se hizo un «símbolo del antojo humano por placer, juventud y felicidad».

Con las rutas terrestres cerradas por los musulmanes, los reyes cristianos de Europa comenzaron a buscar una ruta marítima para la India. En los meados del siglo XV, el reino de Portugal, bajo Henrique, el Navegador, se destacó como la principal potencia en la carrera para alcanzar el Oriente navegando en torno a África. En 1445, el navegador portugués Dinis Días llegó a la boca del río Senegal y, atento al propósito del viaje, escribió:

«Dicen que él viene del Nilo, siendo uno de los más gloriosos ríos de la Tierra, pues procede del Jardín del Edén y del paraíso terrestre». Otros exploradores lo siguieron, avanzando cada vez más en la dirección del cabo al sur del Continente Negro.

Finalmente, en 1499, Vasco de la Gama y su flota dieron la vuelta en torno a África y alcanzaron la meta tan deseada: la India.

Sin embargo, los portugueses, que habían comenzado la Era del Descubrimiento, no consiguieron vencer la carrera. Estudiando diligentemente los mapas antiguos y todos los relatos de los que se habían aventurado al Oriente, un navegador italiano, Cristóbal Colón, concluyó que, partiendo para el oeste, él conseguiría alcanzar la India por una ruta mucho más corta que la buscada por los portugueses. En búsqueda de un patrocinador, Colombo llegó a la corte de Fernando e Isabel trayendo consigo una versión comentada del libro de Marco Polo (que también llevó en su primer viaje). Para defender sus ideas, apuntó incluso los textos de John Maundeville, que un siglo y medio antes había explicado que, yéndose al Oriente más lejano, se llega al Occidente «debido a la esfericidad de la Tierra… pues Nuestro Señor hizo la Tierra redonda».

En enero de 1492, Fernando e Isabel derrotaron a los musulmanes y los expulsaron de la península Ibérica. No sería aquello una señal divina, indicando que ¿donde los cruzados habían fracasado España conseguiría éxito? El 3 de agosto del mismo año, Colombo zarpó bajo la bandera española con el objetivo de encontrar una ruta marítima occidental para la India. El 12 de octubre, avistó tierra. Hasta su muerte, en 1506, Colombo continuaba creyendo que descubrió las islas que

constituían gran parte del legendario reino del Preste Juan.

Veinte años después, el rey Fernando concedió a Ponce de León la patente de descubridor, instruyéndolo a encontrar sin tardanza las aguas rejuvenecedoras.

Los españoles pensaban que estaban imitando a Alexander, el Grande. Apenas sabían que seguían los pasos de una antigüedad mucho mayor.

2

LOS ANTEPASADOS INMORTALES

La corta existencia de Alexander de Macedonia —él murió a los 33 años, en la Babilonia— fue rellenada de conquistas, aventuras, explotaciones y una ardiente voluntad de llegar a los confines de la Tierra y desvelar los misterios divinos. No se puede decir que esa búsqueda fue vana.

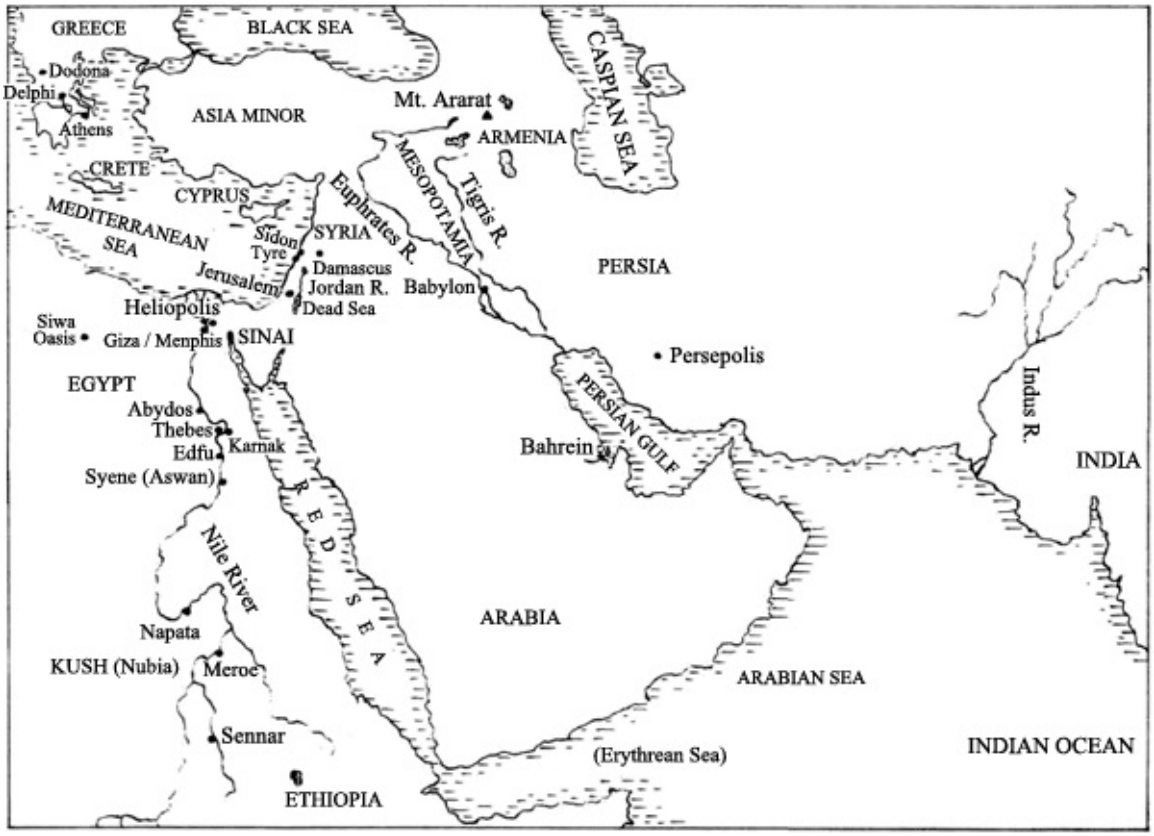


Fig. 2. **El Mundo de Alexander**

Hijo de la reina Olimpia y presumiblemente de su marido, el rey Filipo II, Alexander tuvo como maestro a Aristóteles, que le enseñó la sabiduría antigua. Después de muchas peleas conyugales que resultaron en divorcio, Olimpia huyó de la corte llevándose a su hijo. Vino la reconciliación y enseguida la muerte: el asesinato de Filipo, que llevó a la coronación de Alexander a los 20 años de edad. Las primeras expediciones militares del joven rey culminaron con su ida a Delfos, sede del renombrado oráculo, donde él oyó la primera de varias profecías presagiándole fama —pero corta vida.

Sin dejarse abatir, Alexander partió —como los españoles harían 1800 años después— en busca del Agua de la Vida. Para eso, necesitaba abrir camino para el este, pues era de allá que habían venido los dioses: el gran Zeus (nombre griego de

Júpiter), que hubo atravesado el Mediterráneo a nado, saliendo de la ciudad fenicia de Tiro y llegando a la isla de Creta; Afrodita, que también hubo surgido en la isla, venida del mar; Poseidón, que había venido de Asia Menor, trayendo consigo el caballo; Atena, que había llevado a Grecia el olivo originario de Asia occidental.

Era en Asia, también, según los historiadores griegos, cuyas obras Alexander tanto había estudiado, que estaban las aguas que mantenían a las personas eternamente jóvenes.

Él también había oído contar la historia de Cambises, el hijo del rey persa, Ciro, que hubo atravesado la Siria, la Palestina y el Sinaí para atacar Egipto. Después de derrotar a los egipcios, Cambises los trató con crueldad y profanó el templo del dios Amón.

Enseguida, resolvió seguir hacia el sur y atacar a «los longevos etíopes». Al describir esos eventos —escribiendo un siglo antes de Alexander—, Herodoto dijo (Historia, Libro III): *Los espías (de Cambises) partieron para Etiopía bajo el pretexto de que llevan presentes para el rey, pero su verdadera misión era anotar todo lo que veían y que especialmente observaran si existía en aquel país aquello que es llamado como «La Mesa del Sol*».

Después de que cuentan al rey etíope que «80 años era el más largo tiempo de vida entre los persas», los espías/emisarios lo interrogaron sobre la longevidad de su pueblo, confirmando los rumores.

El rey los llevó a una fuente donde,
después de que se lavaron, notaron que andaban con la piel blanda y lustrosa,
como si hubieran tomado un baño de óleo.
Y de la fuente emanaba un perfume como de violetas.

Volviendo a Cambises, los espías describieron el agua «como tan débil que nada conseguía flotar en ella, ni madera u otras substancias leves; en ella todo se hundía». Y Herodoto concluyó: *Si el relato sobre esa fuente es verdadero, entonces sería el uso del agua que de ella vierte que los hace (a los etíopes) tan longevos*.

La leyenda de la Fuente de la Juventud en Etiopía y la violación del templo de Amón por Cambises tienen gran peso en las aventuras de Alexander. La importancia de ese segundo evento estaba relacionada con los rumores de que el joven rey no era hijo de Filipo, sino fruto de una unión entre su madre, Olimpia, y el dios egipcio Amón (Fig. 3). Las relaciones tensas entre Filipo y Olimpia contribuían para reforzar la sospecha.

Fig. 3

De acuerdo con el relatado en varias versiones del pseudo-Calístenes, la corte de Filipo fue visitada por un faraón egipcio llamado por los griegos como Nectanebo. Él era un mago, uno adivino, que secretamente sedujo a la reina. Olimpia nada sabía en la época, pero fue el dios Amón que la visitó disfrazado de Nectanebo. Por eso, al parir a Alexander, ella dio a luz un dios, el mismo cuyo templo Cambises profanó.

Después de derrotar los persas en Asia Menor, Alexander se volvió hacia Egipto. Esperando fuerte oposición de los vice-reyes persas que gobernaban Egipto, se sorprendió al ver aquel gran territorio caer en sus manos sin resistencia. Un buen presagio, a buen seguro. Sin perder tiempo, Alexander se dirigió al Gran Oasis, sede del oráculo de Amón. Allá el propio dios (según las leyendas) confirmó el verdadero parentesco del joven rey. Oyendo esa afirmación, los sacerdotes egipcios deificaron a Alexander como faraón. De ahí en delante, él sería mostrado en las monedas de su reino como Zeus-Amón, (Fig. 4) ostentando dos cuernos. En la calidad de un dios, Alexander pasó a considerar su deseo de escapar del destino de los mortales no un privilegio, sino un derecho.

Fig. 4

Saliendo del Gran Oasis, Alexander fue para Karnak, al sur, el centro de la adoración de Amón, en un viaje que tenía más cosas que saltaba a la vista. Gran centro religioso desde 3000 a. C., Karnak era un conglomerado de templos, santuarios y monumentos a Amón construidos por varias generaciones de faraones. Una de las más colosales e impresionantes edificaciones era el templo mandado erigir por la reina Hatshepsut mil años antes de la época de Alexander. Esa soberana también tenía la fama de ser hija de Amón, habiendo nacido de una reina a quien el dios hubo visitado bajo un disfraz.

No se sabe lo que aconteció en Karnak, pero el hecho es que en vez de conducir sus tropas de vuelta al este, en la dirección del corazón del Imperio Persa, Alexander escogió una pequeña escolta y algunos amigos fieles para que lo acompañaran en una expedición aún más hacia el sur. Sus perplejos compañeros fueron llevados a creer que el rey estaba saliendo en un viaje de recreo, buscando los placeres del amor.

Ese interludio tan poco característico fue incomprensible tanto para los generales de Alexander como para los historiadores de la época. Intentando racionalizar los que registraron las aventuras del joven rey describieron a la mujer que él pretendía visitar como una *femme fatale* «cuya belleza ningún hombre vivo conseguiría elogiar de manera suficiente». Ella era Candace, reina de un país al sur de Egipto (el actual Sudán). Revirtiendo el cuento sobre Salomón y la reina de Saba, esta vez fue el rey que viajó hacia la tierra de la reina. Sin que sus compañeros supieran, Alexander buscaba no el amor, sino el secreto de la inmortalidad.

Después de una estancia agradable, la reina Candace, como presente de despedida, acordó en revelar Alexander el secreto de la localización de la «maravillosa caverna donde los dioses se congregan». Siguiendo las indicaciones, el rey encontró el lugar sagrado.

Él entró con algunos pocos soldados y vio una niebla azulada.
Los techos brillaban como iluminados por estrellas.
Las formas externas de los dioses estaban físicamente manifestadas;
una multitud los servía en silencio.

De inicio, él (Alexander) se quedó sorprendido y asustado,
pero permaneció allí para ver lo que acontecía,
pues avistó algunas figuras reclinadas
cuyos ojos brillaron como rayos de luz.

La visión de las «figuras reclinadas» contuvo Alexander. ¿Serían dioses o mortales deificados? Entonces una voz lo asustó aún más. Una de las «figuras» había hablado.

Y hubo uno que dijo: «Saludos, Alexander, ¿sabes quién soy?».
Y él (Alexander) habló: «No, mi señor».
El otro dijo: «Soy Sesonchusis, el rey conquistador del mundo
que se unió a las filas de los dioses».

Alexander había encontrado exactamente a la persona que buscaba. Si él estaba sorprendido, los ocupantes de la caverna no parecían muy impresionados. Era como si su llegada fuera esperada. Él fue invitado a entrar para conocer «el Creador y Supervisor de todo el Universo». Entró y «vio una niebla brillante como fuego y, sentado en un trono, el dios que una vez había visto siendo adorado por los hombres de Rokôtide, el Señor Serapis». (En la versión griega, fue el dios Dionisio). Alexander aprovechó la oportunidad para tocar el asunto de su longevidad: «Señor, ¿cuántos años viviré?».

No hubo respuesta. Sesonchusis intentó consolar Alexander, pues el silencio del dios habló por sí. Contó que, a pesar de haberse unido a las filas de los dioses, «no tuve tanta suerte como usted… pues, aunque haya conquistado el mundo entero y subyugado tantos pueblos, nadie se acuerda de mi nombre; pero usted poseerá gran fama… tendrá un nombre inmortal aún después de la muerte». Y terminó confortando Alexander con las siguientes palabras: «Usted vivirá al morir, y así no morirá», queriendo decir que él sería inmortalizado por una fama duradera.

Desalentado, Alexander dejó las cavernas y «continuó el viaje que tenía que hacer» para buscar consejos de otros sabios en la tentativa de escapar del destino de un mortal, de imitar a otros que antes de él habían obtenido éxito en unirse a los dioses inmortales.

Según una versión, entre aquéllos que Alexander buscaba y encontró fue Enoc, el patriarca bíblico de los tiempos antes del diluvio, el bisabuelo de Noé. El encuentro se dio en un lugar en las montañas, «donde queda situado el paraíso, la tierra de los

Vivos», el lugar «donde viven los santos». En lo alto de una montaña había una estructura brillante, de donde se elevaba hacia el cielo una inmensa escalera hecha de 2500 lajas de oro.

En un vasto salón o caverna, Alexander vio «estatuas de oro, cada una en su nicho», un altar de oro y dos inmensos «candeleros de oro» con cerca de 20 metros de altura.

Sobre un diván próximo se veía la forma reclinada
de un hombre envuelto en una colcha bordada con oro y piedras preciosas,
y por encima de él estaban las ramas de una vid hecha de oro,
cuyos rizos de uva eran formados por joyas.

El hombre habló de pronto, identificándose como Enoc. «No sondees los misterios de Dios», alertó. Atendiendo al aviso, Alexander partió para juntarse con sus tropas, pero no antes de recibir como presente de despedida el rizo de uvas que milagrosamente alimentó todo su ejército.

En otra versión, Alexander no encontró sólo uno, sino dos hombres del pasado: Enoc y el profeta Elías, que, según las tradiciones bíblicas, jamás murieron. El caso aconteció cuando el rey atravesaba un desierto. Súbitamente su caballo fue tomado 37 por un «espíritu» que lo transportó, junto con su caballero, para un centelleante tabernáculo, donde Alexander vio a dos hombres.

Sus rostros brillaban, los dientes eran más blancos que leche, los ojos tenían el fulgor de la estrella matutina. Tenían «gran estatura y apariencia graciosa». Después de que dijeran quién eran, ellos dijeron que «Dios los escondió de la muerte». Hablaron también que aquel lugar era la «Ciudad del Granero de la Vida», de donde emanaba la «cristalina Agua de la Vida». Pero, antes de que Alexander descubriera más o consiguiera beber el agua, un «coche de fuego» lo arrebató de allí y él se vio de nuevo con sus tropas.

(Según la tradición musulmana, mil años después también el profeta Mahoma fue llevado hacia el cielo montado en su caballo blanco).

El episodio de la caverna de los dioses y tantos otros de las historias sobre Alexander ¿serían pura ficción, meros mitos? O ¿Serían cuentos embellecidos, basados en hechos históricos?

¿Existió una reina Candace, una ciudad real llamada Shamar, un conquistador del mundo entero como Sesonchusis? Hasta muy recientemente, esos nombres poco significaban para los estudiosos de la Antigüedad. Si eran figuras de la realeza egipcia o de una mítica región de África, estaban tan encubiertos por el pasar de los siglos como los monumentos egipcios por la arena.

Irguiéndose por encima del desierto, las pirámides y la esfinge sólo aumentaban el enigma.

Los jeroglíficos, indescifrables, sólo confirmaban la existencia de secretos que tal vez no debieran ser desvelados. Los relatos de la Antigüedad transmitidos por griegos

y romanos fueron disolviéndose en leyendas y poco a poco cayendo en la oscuridad.

Fue sólo en 1798, cuando Napoleón conquistó Egipto, que Europa comenzó a redescubrir la región. Junto con las tropas de Napoleón llegaron investigadores serios que pasaron a remover la arena y a levantar la cortina del olvido. Entonces, cerca de la ciudad de Rosetta, fue encontrada una placa de piedra con la misma inscripción en tres idiomas. Allí estaba la llave para descifrar la lengua y las inscripciones de Egipto Antiguo, los registros de los hechos de los faraones, la glorificación de sus dioses.

Alrededor de 1820, exploradores europeos, que penetraron en la dirección sur alcanzando Sudán, reportaron la existencia de antiguos monumentos, inclusive pirámides de ángulos agudos, en un punto del Nilo llamado Méroe. Una expedición real de la Prusia descubrió impresionantes ruinas en excavaciones realizadas en 1842-1844. Entre 1912 y 1914, otros arqueólogos encontraron lugares sagrados. Los jeroglíficos indicaron que uno de ellos era llamado Templo del Sol —tal vez el lugar exacto donde los espías de Cambises habían visto «La Mesa del Sol».

Excavaciones posteriores sumadas a los datos ya conocidos, más la continua traducción de los jeroglíficos establecieron que realmente existió en aquella región, el primer milenio a. C., un reino nubio. Era la bíblica tierra de Cuch.

Y existió una reina Candace. Las inscripciones revelaron que en los inicios del reino nubio, era gobernado por una sabia y benevolente reina llamada Candace (Fig. 5). De ahí en delante, siempre que una mujer ascendía al trono —lo que no era raro —, ella adoptaba su nombre como símbolo de gran soberanía. Y, al sur de Méroe, dentro del territorio de ese reino, había una ciudad llamada Sennar —posiblemente la Shamar mencionada en las leyendas de Alexander.

Fig. 5

¿Y cuanto la Sesonchusis? La versión etíope del pseudo-Calístenes dice que cuando Alexander hubo viajado para el (o del) Egipto, él y sus hombres pasaron por un lago lleno de cocodrilos. Allí un antiguo gobernante había mandado construir un camino para atravesar el lago. «Había una edificación en el margen del lago y sobre esa edificación quedaba un altar pagano en el cual se leía: “Soy Coch, rey del mundo, el conquistador que atravesó este lago”».

¿Sería ese conquistador del mundo un soberano que había reinado sobre Cuch o Nubia? En la versión griega de esa leyenda, el hombre que había hecho el monumento para marcar la travesía del lago —descrito como parte de las aguas del mar Rojo— se llamaba Sesonchusis. Así, Sesonchusis y Coch serían una sola persona, un faraón que reinó sobre Egipto y Nubia. Los monumentos nubios muestran un gobernante como ése recibiendo el Fruto de la Vida, bajo la forma de datileras, de las manos de un «Dios Brillante».(Fig. 6)

Fig. 6

Los registros egipcios hablan de un gran faraón que, en el inicio del segundo milenio a. C., fue realmente un conquistador del mundo. Su nombre era Senusret y él también era devoto de Amón. Los historiadores griegos le atribuyen la conquista de Libia y de Arabia, y, significativamente, de Etiopía y de todas las islas del mar Rojo, y enormes partes de Asia, penetrando más al este de lo que más tarde hicieron los persas. Él también habría invadido Europa a partir de Asia Menor. Herodoto describió los grandes hechos de ese faraón, a quien llama como Sesostris, añadiendo que él erigía pilares conmemorativos en todos los lugares por los que pasaba.

«Los pilares que él erigió aún son visibles», escribió Herodoto.

Así, cuando Alexander vio el pilar junto al lago, tuvo la confirmación de lo que el historiador griego hubo registrado un siglo antes.

Sesonchusis realmente existió. Su nombre egipcio significa:

«Aquellos cuyos nacimientos viven». Y, en virtud de ser un faraón de Egipto, él tenía todo el derecho de ir a unirse a las filas de los dioses y vivir para siempre.

En la búsqueda del Agua de la Vida o eterna juventud, era importante tener la certeza de que la exploración no sería vana, como a otros les había sucedido en el pasado. Además de eso, ¿si el agua procedía de un paraíso perdido, encontrar a los que habían estado en él no sería un medio de descubrir cómo llegar hasta él?

Fue con eso en mente que Alexander intentó encontrar a los Antepasados Inmortales. Si realmente estuvo con ellos no es significativo. Lo importante es que en los siglos que precedieron a la era cristiana, Alexander o sus historiadores (o ambos) creían que esos ancestrales realmente existían, que en tiempos para ellos antiguos y distantes los hombres podían hacerse inmortales si los dioses así lo desearan.

Los autores o redactores de las historias de Alexander cuentan varios incidentes donde el joven rey se encontró con Sesonchusis, Elías y Enoc, o sólo con este último. La identidad del faraón podía sólo ser adivinada por ellos y así la manera como Sesonchusis fue trasladado para la inmortalidad no es descrita. Lo mismo no acontece con Elías, el compañero de Enoc en el Templo Brillante, según una de las versiones de la leyenda de Alexander.

Elías es el profeta bíblico que vivió en Israel el siglo IX a. C., durante el reinado de Acab y Ocozias. Como indica el nombre que adoptó (Eliyah —«Mi Dios es Yahveh»), él era inspirado por el dios hebreo, cuyos fieles estaban siendo perseguidos por los seguidores del dios cananeo Baal. Después de un retiro en un lugar secreto cerca del río Jordán, donde aparentemente fue instruido por el Señor, Elías recibió «un manto tejido de vellos» y se hizo capaz de hacer milagros. Viviendo cerca de la ciudad fenicia de Sidon, el primer milagro que él realizó fue hacer que un poquito de aceite y una cuchara de harina duren para el resto de la vida de una viuda que le hubo concedido refugio.

Inmediatamente después, necesitó clamar a Dios para revivir al hijo de esa mujer, que acababa de fallecer en virtud de «una fuerte enfermedad». Elías también podía convocar el Fuego de Dios, que venía bien para calmar en sus continuos entreveros con reyes y sacerdotes que sucumbieron a las tentaciones paganas.

Las escrituras dicen que Elías no murió en la Tierra, pues «subió al cielo en un torbellino». Según las tradiciones judaicas, Elías continúa inmortal y hasta hoy ellas mandan que él sea invitado a visitar los hogares judíos en la víspera de la Pascua. Su ascenso al cielo está descrito con grandes detalles en el Viejo Testamento.

Como es contado en II Reyes, Capítulo 2, el evento no fue súbito o inesperado. Al contrario, se trató de una operación planeada, cuyo lugar y hora fueron comunicados

a Elías con antelación.

El lugar marcado quedaba en el vale del Jordán, en el margen izquierdo del río — tal vez la misma área donde Elías fuera ordenado como «Hombre de Dios». Cuando salió de Gilgal en su último viaje, Elías encontró dificultad en librarse de su dedicado discípulo Eliseo. Durante el camino, los dos profetas fueron repetidamente interpelados por discípulos menores, «los hijos de los profetas», que preguntaban si era verdad que aquel día Dios llevaría Elías para el cielo.

Dejemos al narrador bíblico contar la historia con sus propias palabras:

He ahí lo que aconteció cuando Dios arrebató Elías al cielo en un torbellino:

Elías y Eliseo partieron de Gilgal.
Y Elías dijo a Eliseo:
«Te quedas aquí, pues Yahveh me envió sólo hasta Betel»; Pero Eliseo respondió:
¡Tan cierto como que Yahveh vive y tú vives, no te dejaré!
«Y descendieron a Betel».

Los hijos de los profetas que vivían en Betel salieron al encuentro de Eliseo y le dijeron:
«¿Sabes que hoy Yahveh va a llevar al maestro por sobre tu cabeza?».
«Él respondió:
Sé, pero callaos».

Esta vez Elías admitió que su destino era Jericó, a los márgenes del río Jordán, y pidió a su compañero se quedara ahí y lo dejara seguir solo. Nuevamente Eliseo se rechazó e insistió en ir con el profeta. «Y ellos fueron la Jericó».

Los hijos de los profetas que vivían en Jericó
se aproximaron a Eliseo y le dijeron:
«¿Sabes que hoy Yahveh va a llevar a tu maestro por sobre tu cabeza?».
Él respondió:
«Sé, pero callaos».

Contrariado en su deseo de proseguir solo, Elías pidió a Eliseo que se quedara en Jericó y lo dejara ir sólo hasta el margen del río, Sin embargo Eliseo rechazó separarse de su maestro.

Animados, «cincuenta hombres de los hijos de los profetas fueron también, pero se quedaron parados a la distancia mientras los dos (Elías y Eliseo) se detenían al borde del Jordán».

Entonces Elías tomó su manto,
lo enrolló y batió con él en las aguas,
que se dividieron de un lado y de otro,
de modo que ambos pasaron a pie enjuto.

Después que pasaron para el otro margen, Eliseo pidió Elías que le fuera dado el espíritu santo, pero antes que pudiera oír una respuesta:

Y aconteció que mientras andaban
y conversaban he ahí que un carro de fuego
y caballos de fuego los separaron uno del otro
y Elías subió al cielo en el torbellino.

Eliseo miraba y gritaba:
¡Mi padre! ¡Mi padre!
¡El coche y la caballería de Israel!
Después no más lo vio…

Atolondrado, Eliseo se quedó inmóvil por algunos instantes.

Después vio el manto que Elías había dejado atrás. ¿Eso había acontecido por accidente o fue a propósito? Determinado a descubrirlo, Eliseo cogió el manto y volvió al margen del río.

Invocando el nombre de Yahveh, batió con él en las aguas y he ahí «que las aguas se dividieron de un lado y de otro, y Eliseo atravesó el río». Y los hijos de los profetas, los discípulos que habían quedado en el margen izquierdo del río, en la llanura de Jericó, «lo vieron a la distancia y dijeron: "¡El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo!"; vinieron a su encuentro y se postraron delante de él».

Incrédulos, a pesar de lo que habían visto con sus propios ojos, los cincuenta discípulos dudaron que Elías hubiera sido llevado al cielo para siempre. El torbellino del Señor podía haberlo arrebatado y lanzado en algún valle o montaña. A despecho de las objeciones de Eliseo, ellos lo buscaron por tres días. Eliseo entonces habló: «¿No había dicho yo que no fuerais?». Ahora, él sabía muy bien cual era la verdad: El Dios de Israel había llevado a Elías para el cielo en un coche de fuego.

El relato del encuentro de Alexander con Enoc, que está en las leyendas sobre el rey de la Macedonia, introdujo en la búsqueda por la inmortalidad un «antepasado inmortal», específicamente mencionado tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, cuyas leyendas son muy anteriores a la aparición de la Biblia y ya estaban registradas cuando ésta fue escrita. Según la Biblia, Enoc fue el séptimo patriarca pre-diluviano del linaje de Adán a través de Set (para distinguirlo del maldecido linaje proveniente de Caín). Él era el bisabuelo de Noé, el héroe del diluvio. El quinto capítulo del Génesis da la lista de las genealogías de esos patriarcas, las edades en que tuvieron a sus primogénitos y la edad en que murieron. Sin embargo, Enoc es una excepción. No existe mención sobre su muerte. Explicando que él «anduvo con Dios», el Génesis afirma que, a la edad real o simbólica de 365 años (el número de días del año solar), Enoc «desapareció» de la Tierra, «pues Dios lo arrebató».

Ampliando esa crítica afirmación bíblica, los comentaristas judíos frecuentemente citaron fuentes más antiguas que parecían describir el real ascenso al cielo de Enoc, donde él fue transformado en Metatrón, el «Príncipe del Semblante» de Dios, que se quedaba postrado atrás de Su trono.

Según esas leyendas, como fueron reunidas por I. B. Lavner en su libro *Kol Agadoth Israel* (Todas las Leyendas de Israel), cuando Enoc fue llamado a la casa del Señor, un caballo de fuego vino a recogerlo. En la época, el patriarca predicaba virtud al pueblo. Cuando el pueblo vio el caballo flamante descendiendo del cielo, pidió una

explicación a Enoc, que habló:

«Sepan que llegó la hora de dejarlos y subir a los cielos». Pero, cuando él comenzó a montar el caballo, el pueblo se rechazó a dejarlo partir y lo siguió por doquier durante una semana.

«Entonces, el séptimo día, un coche de fuego estirado por ángeles y caballos flamantes descendió y arrebató Enoc».

Mientras el patriarca subía, los ángeles se quejaron al Señor: «¿Cómo puede un hombre nacido de mujer ascender a los cielos?».

Dios destacó la piedad y devoción de Enoc y abrió para él los Portones de la Vida y de la Sabiduría, y lo vistió con una ropa magnífica y una corona luminosa.

Como en otros casos, las referencias más críticas en las escrituras muchas veces sugieren que el antiguo redactor partía de la hipótesis de que el lector conocía otros textos más detallados sobre el tema en cuestión. Existen hasta menciones específicas a esos escritos —el «Libro de la Virtud» o «El Libro de las Guerras de Yahveh»— que deben haber realmente existido, pero se perdieron en el tiempo. En el caso de Enoc, el Nuevo Testamento amplía una afirmación crítica de que el patriarca fue «llevado» por Dios «a fin de escapar de la muerte», mencionando un Testimonio de Enoc, escrito o dictado por él antes de ser «arrebatado» para la inmortalidad. (Hebreos, 11:5). Se considera que la Epístola de San Judas, 14, hablando de las profecías de Enoc, hace referencias a textos escritos por el patriarca.

Varios escritos cristianos a lo largo de los siglos también contienen insinuaciones o referencias similares. De hecho, circulan por el mundo, desde el siglo II a. C., diferentes versiones de un Libro de Enoc.

Cuando los manuscritos fueron estudiados el siglo XIX, los eruditos concluyeron que ellos provenían básicamente de dos fuentes. La primera, identificada como I Enoc y llamada como Libro Etíope de Enoc, es la traducción para el griego de un original en hebraico o arameo. La otra, llamada II Enoc, es una traducción eslava de un original griego cuyo título completo era El Libro de los Secretos de Enoc. *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament* (Los Apócrifos y Pseudoepígrafes del Viejo Testamento), que R. H. Charles comenzó a publicar en 1913, aún es la principal traducción de los libros de Enoc y otros escritos primitivos que fueron excluidos del Viejo y Nuevo Testamentos canonizados.

Escrito en primera persona, El Libro de los Secretos de Enoc comienza en una hora precisa y en un lugar determinado.

El primero día del primer mes del 365.º Año,
yo estaba solo en mi casa, reposando en mi lecho, y adormecí…

Entonces surgieron delante de mí dos hombres muy altos,
como yo jamás viera en la Tierra.

Tenían el rostro brillante como el sol, los ojos eran como candelas
y fuego salía de sus labios.

Las ropas que usaban parecían de penas,
los pies eran morados.

Sus alas eran más brillantes que el oro
y las manos más blancas que la nieve.

Ellos estaban junto a la cabecera y me llamaron por el nombre.

Como Enoc dormía cuando esos extraños llegaron, él insiste en registrar que ahora estaba despierto: «Vi claramente esos hombres parados delante de mí». El patriarca los saludó, asustado, pero los dos lo tranquilizaron:

Alégrate, Enoc, no te asustes.
El Dios Eterno nos mandó aquí
y hoy tú ascenderás con nosotros al cielo.

Los dos entonces dijeron a Enoc que despertara a su familia y los criados, dándoles órdenes para no buscarlo «hasta el Señor devolverte a ellos». El patriarca obedeció, aprovechando la oportunidad para instruir sus hijos sobre el camino de la virtud.

Entonces llegó la hora de la partida:

Cuando terminé de hablar con mis hijos, los dos hombres me llamaron, me tomaron en sus alas y me colocaron en las nubes; y he ahí que las nubes se movieron… Subiendo más, vi el aire y, más alto aún, el espacio celeste. Inicialmente ellos me pusieron en el Primer Cielo y me mostraron un mar inmenso mayor que el terrestre.

Ascendiendo al cielo en «nubes que se movían», Enoc fue transportado para el Primer Cielo, donde «doscientos ángeles gobiernan las estrellas», y enseguida para el sombrío Segundo Cielo. De ahí él fue para el Tercero, donde le mostraron: Un jardín agradable a la vista, bellos y perfumados árboles y frutos. En medio de él queda un Árbol de la Vida —en el lugar donde Dios reposa cuando viene al paraíso.

Impresionado con la magnificencia del árbol, Enoc intenta describir el Árbol de la Vida con las siguientes palabras: «Él es más bello que cualquier cosa ya creada; en todos sus lados parece hecho de oro y carmesí, y es transparente como el fuego».

De las raíces salían cuatro ríos que vertían miel, leche, vino y aceite, y ellos descendían de ese paraíso celeste para el Jardín del Edén haciendo una vuelta en torno a la Tierra. Ese Tercer Cielo y su Árbol de la Vida eran guardados por trescientos ángeles «muy gloriosos» y era allí que quedaba situado el Lugar de los Justos y el Lugar Terrible, donde los malos sufrían torturas.

Subiendo para el Cuarto Cielo, Enoc pudo ver los luminares y varias criaturas formidables, además de la Hueste del Señor. En el Quinto Cielo, más «huestes»; en el Sexto, «bandos de ángeles que estudian la revolución de las estrellas». Alcanzando el Séptimo Cielo, donde los mayores ángeles andaban apresuradamente de un lado para el otro, Enoc vio Dios —«de lejos»— sentado en su trono.

Los dos hombres alados y su nube movible colocaron al patriarca en la frontera del Séptimo Cielo y partieron. Por eso, el Señor mandó el ángel Gabriel a recogerlo para traerlo su Presencia.

Durante 33 días Enoc fue instruido sobre toda la sabiduría y eventos del pasado y el futuro. Después de ese periodo, un ángel «con fisonomía muy fría» lo devolvió a la Tierra. En el total, Enoc se quedó sesenta días ausente de la Tierra. Sin embargo, ese retorno sólo se le dio para poder enseñar a los hijos las leyes y mandamientos. Treinta días después, el patriarca fue nuevamente llevado para el cielo —esta vez para siempre.

Escrito tanto en la forma de testamento personal como en la de una reseña histórica, el Libro Etíope de Enoc, cuyo título primitivo probablemente era Palabras de Enoc, describe no sólo los viajes para el cielo sino también una jornada por los cuatro puntos de la Tierra. Mientras viajaba «para los confines norte de la Tierra», el patriarca avistó «un grande y glorioso artefacto», cuya naturaleza no es descrita, y en ese lugar, así como en los confines éste de la Tierra, vio «tres portales del cielo dentro del cielo», a través de los cuáles soplaban granizo y nieve, frío y helada.

«De ahí fui para los confines sur de la Tierra» y allá, por los portales del cielo, salían el rocío y la lluvia. Enseguida, Enoc fue a ver los portales occidentales, a través de los cuales pasaban las estrellas siguiendo su curso.

Sin embargo, los principales misterios y secretos del pasado y futuro sólo fueron revelados la Enoc cuando él llegó «por la mitad de la Tierra» y para el este y oeste de ese punto. El «medio de la Tierra» era el lugar del futuro Templo Sagrado de Jerusalén.

En su viaje para el este de ese lugar, Enoc llegó al Árbol del Conocimiento y, hacia el oeste, le fue mostrado el Árbol de la Vida.

En la jornada para el este, Enoc pasó por montañas y desiertos, vio cursos de agua saliendo de picos rocosos cubiertos de nieve y hielo («agua que no corre») y más árboles perfumados. Siguiendo cada vez más para el este, se encontró sobre las montañas que rodean el mar de Eritreo (mar Rojo y el mar de Arabia) y, prosiguiendo, pasó por Zotrel, el ángel que guardaba la entrada del paraíso, y entró en el Jardín de la Virtud. Allá, entre muchos árboles magníficos, avistó el Árbol del Conocimiento. Era alto como un pino, con hojas parecidas a la de la algarroba y frutos como los rizos de una vid. El ángel que acompañaba a Enoc confirmó que aquél era exactamente el árbol cuyo fruto Adán y Eva habían comido antes de que fueran expulsos del Jardín del Edén.

En su viaje para el oeste, Enoc llegó la «una cadena de montañas de fuego, que ardían día y noche». Más además, llegó a un lugar cercado por seis montañas separadas por «barrancos arduos y profundos». Una séptima montaña se elevaba entre ellas «pareciendo un trono, toda cercada de árboles aromáticos; entre ellas había

uno cuyo perfume yo jamás hube sentido… y sus frutos eran como los dátiles de una palmera».

El ángel que acompañaba Enoc explicó que la montaña del medio era el trono «donde el Gran Santo, el Señor de la Gloria, el Rey Eterno irá a sentarse cuando viniera a la Tierra». Y acerca del árbol, cuyos frutos parecían dátiles, dijo:

Cuanto al árbol perfumado,
ningún mortal tiene permiso de tocarlo hasta el Gran Juicio…
Sus frutos serán alimento para los electos…
Su aroma estará en sus huesos
Y ellos tendrán vida larga en la Tierra.

Fue durante esos viajes que Enoc vio «que los ángeles recibían largos cordones, que cojan sus alas y que partan para el norte».

Cuando preguntó lo que estaba aconteciendo, el ángel acompañante habló: «Ellos partieron para medir… traerán las medidas de los justos para los justos y las cuerdas de los justos para los justos… todas esas medidas revelarán los secretos de la Tierra». Terminado el viaje a todos los lugares secretos de la Tierra, llegó la hora de Enoc para partir al cielo. Y, como otros después de él, fue llevado para una «montaña cuya cumbre alcanzaba el cielo» y para un País de las Tinieblas.

Y ellos (los ángeles) me llevaron a un lugar
donde los que allá estaban eran como fuego flamante y,
cuando deseaban, aparecían como hombres.

Y ellos me llevaron hacia un lugar de tinieblas
y para una montaña cuyo pico llegaba al cielo.

Y yo vi la cámara de los luminares,
los tesoros de las estrellas y del trueno en las grandes profundidades,
donde había un arco y flechas flamantes con su aljaba,
una espada flamante y todos los rayos.

En el caso de Alexander, en esa etapa crucial de la jornada la inmortalidad escapó de sus manos porque él fue a buscarla contrariando su destino. Sin embargo, Enoc, como los faraones después de él, viajaba bajo la bendición divina. Así, en ese punto fue considerado digno de proseguir y por eso «ellos me llevaron al Agua de la Vida».

Continuando enfrente, el patriarca llegó a la Casa de Fuego: Entré hasta aproximarme a una pared hecha de cristales y cercada de lenguas de fuego, lo que me causó miedo.

Avancé por entre las llamaradas
y llegué cerca de una gran casa hecha de cristales.

Las paredes y el piso eran un mosaico de cristal.
El techo parecía el camino de las estrellas y de los rayos,
y entre ellos rondando flamantes querubines y su cielo era como agua.

Un fuego resplandeciente cercaba las paredes
y los portales ardían con fuego.

Entré en esa casa y ella era caliente como el fuego y fría como el hielo…

Miré hacia dentro de ella y vi un imponente trono.

Parecía de cristal y sus ruedas eran como el sol brillante,
y hubo la aparición de querubines.

Y, por abajo del trono salían ríos de fuego,
de modo que no pude mirar atrás de él.

Después de alcanzar el «Río de Fuego», Enoc fue llevado hacia lo alto. Entonces pudo ver toda la Tierra —«las desembocaduras de todos los ríos de la Tierra… todos los marcos de frontera de la Tierra… y los vientos cargando las nubes». Subiendo más, se quedó donde los vientos que estiran las bóvedas de la Tierra y tienen su estación entre el cielo y la Tierra. Vi los vientos del cielo que giran y traen la circunferencia del Sol y de todas las estrellas. Siguiendo «los caminos de los ángeles», Enoc llegó a un punto del «firmamento del cielo arriba», desde el cuál pudo ver «el fin de la Tierra».

De ese lugar, consiguió avistar la expansión de los cielos y «siete estrellas como grandes montañas centelleantes», «siete montañas de magníficas piedras». Del punto donde observaba esos cuerpos celestiales, «tres quedaban para el este, en la región del fuego celeste», y fue allí que el patriarca vio «columnas de fuego» subiendo y bajando, erupciones «además de cualquier medida, tanto en anchura como largura». En el otro lado, los tres cuerpos celestiales estaban «para el sur» y allá Enoc vio «un abismo, un lugar sin firmamento del cielo sobre él y ninguna tierra firme debajo… un vacío, un lugar preocupante». Cuando pidió una explicación al ángel que lo transportaba, oyó: «Allá los cielos fueron completados… es el fin del cielo y de la Tierra, una prisión para las estrellas y huestes del cielo».

La estrella del medio «llegaba al cielo como el trono de Dios».

Daba la impresión de ser de alabastro «y la cúpula del trono parecía hecha de zafiro». La estrella era como «un fuego flamante».

Continuando el relato sobre su viaje a los cielos, Enoc dice:

«Proseguí hasta donde las cosas eran caóticas y allá vi algo terrible». Lo que lo impresionó fueron «estrellas del cielo amarradas unas a las otras». El ángel explicó: «Son las estrellas del cielo que transgredieron el mandamiento del Señor y están presas aquí hasta que pasen 10 mil años».

El patriarca entonces concluye su historia: «Y yo, Enoc, sólo vi la visión, el fin de todas las cosas, y ningún hombre los verá como yo». Después de recibir todo tipo de sabiduría en el reino celestial, él fue devuelto a la Tierra para transmitir esas enseñanzas a los otros hombres. Por un periodo de tiempo no especificado, «Enoc permaneció escondido y ningún hijo de hombre sabía donde él vivía o lo que había sido de él». Sin embargo, cuando el diluvio se aproximaba, Enoc escribió sus enseñanzas y aconsejó a su bisnieto Noé ser virtuoso y digno de salvación.

Cumplida esa obligación, el patriarca una vez más «fue elevado de entre aquéllos que habitaban la Tierra. Él fue cargado para lo alto en la Carroza de los Espíritus y

desapareció entre ellos».

3

EL VIAJE DEL FARAÓN HACIA LA OTRA VIDA

Las leyendas sobre las aventuras de Alexander y su búsqueda por la vida eterna que se diseminaron por la Europa de la Edad Media contenían elementos claramente extraídos de los relatos sobre los antepasados inmortales, como cavernas, ángeles, fuego subterráneo, caballos y carrozas de fuego. Sin embargo, antes de la era cristiana, la creencia generalizada (también de Alexander, sus historiadores o ambos) era que quienes deseaban alcanzar la inmortalidad necesitarían imitar a los faraones egipcios.

Fue debido a esa creencia que la alegada semi-divinidad de Alexander tuvo que ser atribuida a una complicada implicación con una deidad egipcia en vez de él simplemente alegar una afinidad cualquiera con un dios de su región. Es un hecho histórico, no mera leyenda, que el rey de la Macedonia halló necesario, así que rompió las hileras persas en Asia Menor, seguir para Egipto —y no perseguir el enemigo—, donde buscaría la confirmación de sus supuestas «raíces egipcias», pudiendo entonces comenzar su búsqueda por el Agua de la Vida.

Mientras los hebreos, griegos y otros pueblos de la Antigüedad contaban leyendas sobre algunos pocos hombres que escaparon del destino de los mortales porque habían recibido una invitación divina, los antiguos egipcios transformaron ese privilegio en un derecho. Y no era un derecho universal, ni algo reservado a los excepcionalmente virtuosos, sino un derecho restricto al soberano egipcio por el simple hecho de él ocupar el trono. El motivo, según las tradiciones de Egipto Antiguo, era que los primeros reyes de aquella tierra no habían sido hombres, sino dioses.

Esas tradiciones egipcias afirmaban que en épocas inmemoriales los «Dioses del Cielo» llegaron a la Tierra, venidos del Disco Celestial. Cuando Egipto sufrió una gran inundación, «un gran dios que vino (a la Tierra) en el más antiguo de los tiempos» llegó al país y literalmente lo elevó de bajo las aguas y lodo, represando el Nilo y haciendo extensas obras de drenaje y contención. (Era por eso que Egipto tenía el nombre de «Tierra Elevada»).

Ese antiguo dios se llamaba Ptah —«El Constructor». Se contaba que él era un gran científico, maestro ingeniero y arquitecto, el Principal Artífice de los dioses, que hasta había contribuido para la creación y formación del hombre. Su cayado frecuentemente era mostrado bajo la forma de una vara graduada, bien parecida con la usada por los agrónomos modernos en la medición de tierras.(Fig. 7)

Fig. 7. **El Disco Celestial y los Dioses de Egipto**

1. Ptah
2. Ra-Amen
3. Thot
4. Seker
5. Osiris
6. Isis con Horus
7. Nephtys
8. Hathor

   Los Dioses con sus atributos

9. Ra/Halcón
10. Horus/Halcón
11. Seth/Asno de Sinaí

12. Thot/Ibis
13. Hathor/Vaca

Según las tradiciones, Ptah se retiró hacia el sur, donde pudo controlar las aguas del Nilo por intermedio de las compuertas que hubo instalado en una caverna secreta localizada en la primera catarata del río (el lugar de la actual presa de Assuán).

Sin embargo, antes de dejar Egipto, Ptah construyó su primera ciudad sagrada y le dio el nombre de An, en honra al Dios del Cielo (la bíblica On, que los griegos llamaban Heliópolis). Allí instaló como primer gobernante divino del país a su propio hijo, Ra (así llamado en honra del globo celeste).

Ra, un gran «Dios del Cielo y de la Tierra», mandó construir un santuario especial en An para abrigar el Ben-ben —el «objeto secreto» que hubo transportado a la Tierra.

Con el pasar del tiempo, Ra acabó dividiendo el reino entre sus dos hijos, Osiris y Set, pero el gobierno conjunto de los hermanos no dio resultado. Set estaba siempre intentando derrumbar y matar a Osiris. Después de muchas marchas y contramarchas, Set finalmente consiguió engañar a Osiris haciéndolo entrar en un ataúd, que inmediatamente mandó sellar y hundir. Isis, hermana y esposa de Osiris, consiguió encontrar el ataúd, que había flotado, yendo a parar a las playas del actual Líbano. Ésta escondió el cuerpo del marido y partió para pedir ayuda a los otros dioses que podrían resucitar Osiris. Set, sin embargo, descubrió el cuerpo y lo cortó en pedazos, dispersándolos por los cuatro puntos de la Tierra. Auxiliada por su hermana, Néftis, Isis consiguió reunir todos los pedazos (excepto el falo) y, recomponiendo el cuerpo mutilado del marido, lo devolvió a la vida.

Osiris, resucitado, fue vivir en el Otro Mundo, entre los otros dioses celestiales. De él las sagradas escrituras egipcias hablan:

Él adentró los Portones Secretos,
La gloria de los Señores de la Eternidad,
Al lado de aquél que brilla en el horizonte,
En el camino de Ra.

El lugar de Osiris en el trono de Egipto fue asumido por su hijo, Horus. Cuando él nació, su madre, Isis, lo escondió entre los juncos del Nilo (exactamente como, según la Biblia, hizo la madre de Moisés) para mantenerlo fuera del alcance de Set. El niño, sin embargo, fue picado por un escorpión y murió. Sin perder tiempo, Isis apeló a Thot, un dios con poderes mágicos, que acudió en su socorro. Thot, que estaba en los cielos, vino a la Tierra en el «Barco de los Años Astronómicos», de Ra, y la ayudó a traer a Horus de vuelta a la vida.

Al crecer, Horus desafió a Set por el trono. La lucha se extendió por varios territorios, los dioses persiguiéndose por los cielos.

Horus atacó a Set desde un Nar, término que en el antiguo Oriente Medio

significaba «Pilar Flamante». Las ilustraciones del Periodo Pre-Dinástico de Egipto muestran ese coche celestial como un largo objeto cilíndrico con una cauda parecida con un embudo y una punta curva, de la cual salen rayos, un tipo de submarino celestial (Fig. 8). En la parte delantera, el Nar tenía dos faros, u «ojos», que, de acuerdo con las leyendas egipcias, cambiaban de memoria, pasando del azul para el rojo.

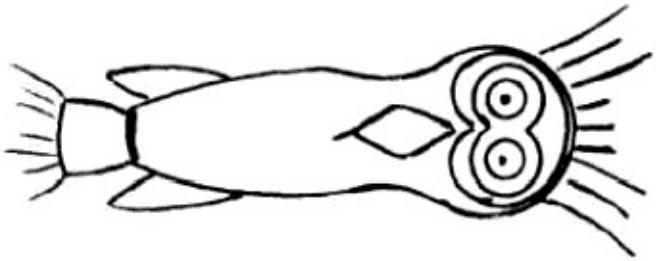


Fig. 8

Hubo marchas y contramarchas en las luchas, que duraron varios días. Del Nar, Horus disparó un «arpa» especialmente proyectado contra Set. Éste se quedó herido, perdiendo los testículos, lo que sólo sirvió para dejarlo aún más furioso. En la batalla final, sobre 59 la península del Sinaí, Set disparó un rayo de fuego a Horus y éste perdió un «ojo». Los grandes dioses solicitaron una tregua y se reunieron en consejo.

Después de mucha vacilación e indecisión, el Señor de la Tierra se decidió a favor de Horus y le concedió Egipto, declarándolo legítimo heredero de la línea de sucesión Ra-Osiris. Después de eso, Horus pasó a ser representado con los atributos del halcón, mientras Set era mostrado como una deidad asiática, simbolizado por el jumento, el animal de carga de los nómadas.

El ascenso de Horus al trono unido de las Dos Tierras (Alto y Bajo Egipto) se mantuvo, a lo largo de toda la historia egipcia, como el punto donde la realeza recibió su perpetua conexión divina, pues todo Faraón era considerado sucesor de Horus y ocupante del trono de Osiris.

Por motivos inexplicados, el gobierno de Horus fue seguido de un periodo de caos y declive. No se sabe cuanto tiempo él duró.

Finalmente, alrededor de 3200 a. C., una «raza dinástica» llegó a la región y un hombre llamado Menés ascendió al trono de un Egipto reunificado. Fue entonces que los dioses concedieron al país la civilización y aquello que hoy llamamos religión. El reinado iniciado por Menés continuó por 26 generaciones de Faraones hasta la dominación persa en 525 a. C. y después atravesó los periodos griego y romano (cuando reinó Cleopatra).

Cuando Menés, el primer faraón, estableció el reino unido, escogió un punto medio del Nilo, un poco al sur de Heliópolis, para en él instalar la capital de los dos Egiptos. Imitando las obras de Ptah, mandó hacer un terraplén elevándose por encima

de las aguas del Nilo y en él construyó Menfis, dedicando sus templos a Ptah. Menfis perduró como centro político-religioso del país por más de mil años.

Cerca de 2200 a. C., hubo grandes disturbios en Egipto, cuya naturaleza no está clara para los estudiosos. Algunos creen que invasores asiáticos dominaron el país, esclavizando al pueblo y acabando con la adoración de los dioses. Sea lo que haya restado de un simulacro de independencia, él fue mantenido en el alto Egipto —las regiones menos accesibles al sur. Cuando el orden fue restaurado, cerca de 150 años después, el poder político-religioso —atributo de la realeza— emanaba de Tebas, una antigua pero no tan imponente ciudad del Alto Egipto, a los márgenes del Nilo.

El dios de Tebas era llamado Amen —«El Oculto»—, el Amón que Alexander consideraba su divino padre. Como deidad suprema, era adorado como Amen-Ra, «El Ra Oculto», y no está bien claro si era el mismo antiguo Ra, ahora de alguna forma invisible u «oculto», u otra divinidad cualquiera.

Los griegos llamaban a Tebas de Dióspolis, «La Ciudad de Zeus», pues igualaban a Amón al supremo dios del Olimpo, hecho que hizo más fácil para Alexander conectarse a Amón. Fue para Tebas que él se apresuró a ir después de recibir la confirmación del oráculo en el oasis de Siwa.

En Tebas y sus alrededores (ahora conocidos como Karnak, Luxor y Deir-el-Bahari), Alexander encontró los santuarios y templos dedicados a Amón, que continúan impresionantes hasta el día de hoy, a pesar de que están en ruinas. En su mayoría, esos monumentos fueron construidos por los faraones de la 12.ª Dinastía, uno de los cuáles probablemente era «Sesonchusis», que hubo buscado el Agua de la Vida 1500 años antes del rey de la Macedonia. Uno de los templos colosales fue erigido por la reina Hatshepsut, que también tenía la fama de ser hija del dios Amón.

Esas alegaciones de parentesco divino no eran raras. La reivindicación del faraón al estado de divinidad, basado en el simple hecho de ocupar el trono de Osiris, a veces era ampliada con el fundamento de que el gobernante era hijo o hermano de este o de aquel dios o diosa. Los estudiosos consideran que esas afirmaciones sólo tienen significado simbólico, pero algunos faraones, como tres reyes de la 5.ª Dinastía garantizaban que eran físicamente hijos de Ra, engendrados por él a través de la fecundación de la esposa del alto sacerdote de su templo.

Otros reyes atribuían su descendencia de Ra a medios más sofisticados. Se decía que el dios se incorporaba en el faraón reinante y, a través de ese subterfugio, podía tener relaciones sexuales con la reina. Así, el heredero del trono podía afirmar ser descendiente directo de Ra. Pero, además de esas pretensiones específicas de un origen divino, todos los faraones eran teológicamente considerados la encarnación de Horus y así, por extensión, hijos de Osiris. En consecuencia, el faraón tenía derecho a la vida eterna exactamente de la manera experimentada por Osiris: resurrección después de la muerte, una Otra Vida.

Era a ese círculo de dioses y faraones semi-divinos que Alexander ansiaba unirse.

La creencia era que Ra y los otros inmortales conseguían vivir para siempre porque estaban siempre rejuveneciéndose. Así, los faraones recibían nombres significando, por ejemplo, «Aquél que Repite Nacimientos» o «Repetidor de Nacimientos». Los dioses rejuvenecían ingiriendo comida y bebida divinas en su domicilio.

Por lo tanto, para que el rey consiguiera *Otra Vida*, esta vez eterna, necesitaría unirse a los dioses en su morada, para que también se alimentara del divino sostén.

Los antiguos encantamientos apelaban a los dioses para que compartieran con el faraón su comida divina: «Lleven este rey con vosotros para que él pueda comer lo que coméis, beber lo que bebéis, vivir donde vivís». Y, más específicamente, como está escrito en la pirámide del faraón Pepi:

Dad sostén a este rey Pepi
De vuestro eterno sostén,
Vuestra eterna bebida.

El fallecido faraón esperaba encontrar ese sostén en el reino celestial de Ra, en la «Estrella Inmortal». Allá, en un mítico «Campo de las Ofrendas» o «Campo de la Vida», crecía la «Planta de la Vida». Un texto de la pirámide de Pepi I lo describe pasando por guardias con la apariencia de «pájaros emplumados», para ser recibido por los emisarios de Horus. Con ellos:

Él viajó para el Gran Lago,
Junto a lo cual descienden los Grandes Dioses.
Los Grandes de la Estrella Inmortal
Dan a Pepi la Planta de la Vida
De la cual ellos viven,
Para que él también pueda vivir.

Las representaciones egipcias muestran al fallecido (a veces con su esposa) en ese paraíso celestial, bebiendo el Agua de la Vida, de la cual nace la Planta de la Vida, bajo la forma de datilera, con sus frutos donantes de vida (Fig. 9).

Fig. 9

El destino celestial del rey muerto era el lugar de nacimiento de Ra, al cual éste había vuelto después de su muerte en la Tierra.

Allá el propio dios era siempre rejuvenecido o «despertado de nuevo» porque periódicamente la Diosa de los Cuatro Jarros le servía un cierto elixir. Así, la esperanza del faraón era ser servido del mismo elixir por la diosa, para «con él refrescar su corazón para la vida». En cuanto a Osiris, él se rejuvenecía bañándose en el Agua de la Juventud. Por eso, fue prometido a Pepi I que Horus «te contará una segunda estación de juventud» y «renovará tu juventud en las aguas que tienen el nombre de Agua de la Vida».

Después de ganar una nueva vida y hasta quedarse rejuvenecido, el faraón llevaría una existencia paradisíaca: «Su provisión es entre los dioses: su agua es vino, como el de Ra. Cuando Ra come, da a él; cuando Ra bebe, da a él». Y, con un toque de psicoterapia del siglo XX, el texto añade: «Él duerme profundamente todos los días… pasa mejor hoy que ayer».

El faraón parecía poco preocupado con la paradoja de que primero tendría que morir para entonces conseguir la inmortalidad. Como gobernante de las Dos Tierras de Egipto, él gozaba de la mejor vida posible en la Tierra. Aún así, la resurrección entre los dioses era una perspectiva muy atractiva.

Además de eso, solamente su cuerpo físico sería embalsamado y emparedado, pues los egipcios creían que cada persona poseía un Ba, algo semejante a lo que llamamos «alma», que, como un pájaro, subía a los cielos después de la muerte, y también un Ka —en general traducido por Doble, Espíritu Ancestral, Esencia o Personalidad—, y era bajo esas formas que el faraón se veía trasladado para la Otra Vida. Samuel Mercer, en su introducción para los textos de las Pirámides, concluyó que Ka significaba la personificación mortal de un dios. En otras palabras, el concepto sugería la existencia de un elemento divino en el hombre, un doble celestial o divino que podía retomar la vida en el otro mundo.

Pero, si otra vida era posible, no era nada fácil obtenerla. El fallecido rey tenía que viajar por una larga y desafiadora carretera, y someterse las largas y elaboradas ceremonias antes de ponerse a camino.

La deificación del faraón comenzaba con su purificación e incluía el embalsamamiento (momificación) para él quedar como Osiris, con todos los miembros amarrados por ataduras. El cuerpo embalsamado entonces era llevado en una procesión fúnebre hasta una edificación encimada por una pirámide, delante de la cual había un pilar oval (Fig. 10).

Fig. 10

Dentro de ese templo funerario, los sacerdotes conducían rituales pidiendo la aceptación del faraón por los dioses al final del viaje.

El rito, llamado en los textos fúnebres egipcios de «Apertura de la Boca», era supervisado por un sacerdote *Shem* —siempre mostrado vistiendo una piel de leopardo (Fig. 11). Los estudiosos creen que el ritual era literalmente lo que dice su nombre: el sacerdote, usando una herramienta curva de cobre o hierro, abría la boca de la momia o de una estatua representando al faraón.

Fig. 11

Sin embargo, está claro que el ritual era primariamente simbólico, con el objetivo de abrir para el muerto la «boca» o entrada de los cielos.

A esa altura la momia estaba envuelta en muchas capas de ataduras de lino y cubierta por la máscara fúnebre de oro. Así, tocar su boca (o de la estatua) sólo podía ser un acto simbólico.

De hecho, el sacerdote no se dirigía al fallecido, sino a los dioses, pidiéndoles para «que abran la boca» para que el faraón pueda ascender a la vida eterna. Eran hechos también llamamientos especiales al «Ojo» de Horus, perdido en la batalla con

Set, para él procurar la «Apertura de la Boca», de modo que fuera abierto «un camino para el rey entre los Luminosos, para que él pueda establecerse entre ellos».

La tumba terrestre del faraón (y así, por conjetura, sólo temporal) —según los textos y descubrimientos arqueológicos— tenía una puerta falsa en su lado éste, o sea, la argamasa era asentada de modo de dar la impresión de la existencia de una puerta, pero allí, en realidad, había una pared sólida. Purificado, con los miembros amarrados y la «boca» abierta, el faraón entonces era visualizado levantándose, sacudiendo el polvo de la Tierra y saliendo por la puerta falsa. Según un relato en los textos de las Pirámides que describe el proceso de resurrección paso a paso, el faraón no podía atravesar la pared solo. «Tú estás delante de la puerta que contiene las personas hasta él, que es el jefe del departamento» —un mensajero divino encargado de esa tarea—, «viene a tu encuentro. Él te coge por el brazo y te lleva hacia el cielo, hacia tu padre».

Así, auxiliado por un mensajero divino, el faraón salía de la tumba lacrada por la puerta falsa. Y los sacerdotes cantaban: «¡El rey está camino del cielo! ¡El rey está camino del cielo!».

El rey está a camino del cielo
El rey está a camino del cielo
En el viento, en el viento.
Él no es impedido;
No hay nadie para contenerlo.
El rey está sólo, hijo de los dioses.
Su pan vendrá del alto, con Ra.
Su ofrenda saldrá de los cielos.
El rey es aquel «Que Vuelve de Nuevo».

Sin embargo, antes de que el faraón subiera al cielo para comer y beber con los dioses, necesitaba emprender un arduo y peligroso viaje. Su meta era un país llamado Neter-Khert, «La Tierra de los Dioses de la Montaña». Ese lugar a veces era pictóricamente escrito en jeroglíficos colocándose el símbolo para Dios (Neter) sobre una balsa, pues, de hecho, para alcanzar esa tierra el faraón tenía que atravesar un largo y tortuoso lago de Juncos. El área pantanosa sería vencida con la ayuda de un Barquero Divino. Sin embargo, antes de transportar al muerto, él lo interpelaba sobre sus orígenes: ¿Qué lo hacía pensar que tenía el derecho de atravesar el lago? ¿Sería realmente hijo de un dios o diosa?

Después del lago, de un desierto y una cadena de montañas, pasando por dioses guardianes, el rey llegaba al Duat, la mágica «Morada para Subir a las Estrellas», cuya localización y nombre vienen confundiendo los estudiosos hace mucho tiempo. Algunos piensan que se trataba del Otro Mundo, la Morada de los Espíritus, para el cual el rey, tal como Osiris, debería ir. Otros afirman que él era un Mundo Subterráneo y, de hecho, muchas de las escenas que lo describen muestran un laberinto de túneles, cavernas con dioses que no pueden ser vistos, pozas de agua hirviente, luces fantasmagóricas, cámaras guardadas por pájaros y puertas que se

abren solas. Esa tierra mágica poseía doce divisiones y era atravesada en doce horas.

El Duat siempre fue motivo de perplejidad para los eruditos porque, a pesar de su naturaleza terrestre (era alcanzado a través de un pasaje en las montañas) y características subterráneas, en jeroglíficos su nombre era escrito con la utilización de una estrella o halcón alzando vuelo como símbolos determinativos o simplemente con una estrella dentro de un círculo indicando una asociación celestial.

Por más confusos que sean, los textos de las Pirámides, a lo que sigan el adelanto del faraón al largo de su vida, muerte, resurrección y translación para una Otra Vida, consideraban como el mayor problema humano la incapacidad de volar como los dioses. Uno de ellos resume ese problema y su solución en dos sentencias: «Los hombres son enterrados, los dioses vuelan hacia lo alto. Hagan que este rey vuele hacia el cielo (para quedarse) entre sus hermanos, los dioses». Un texto de la pirámide del faraón Teti expresaba la esperanza del faraón y sus llamamientos a los dioses en las siguientes palabras:

Hombres se caen,
Ellos no tienen Nombre.
Cojan vuestro Teti por los brazos.
Lleven el rey Teti para el cielo,
Para él no morir en la Tierra entre los hombres.

Y, así, cabía al faraón recorrer los laberintos subterráneos hasta conseguir encontrar a un dios que cargaba el Árbol de la Vida y uno que era el «Heraldo del Cielo». Ellos abrirían las puertas secretas y lo llevarían hasta el Ojo de Horus, una escalera celestial por la cual entraría en un objeto capaz de cambiar de memoria, pasando de azul para rojo cuando era «potenciado».

Entonces, él transformado en el dios-halcón, subiría a los cielos para su Otra Vida en la Estrella Inmortal. Allá, el propio Ra le daría la bienvenida.

Los Portones del Cielo están abiertos para ti;
Las puertas del Lugar Fresco están abiertas para ti.
Tú encontrarás a Ra parado allí, esperando por ti.
Él tomará tu mano, Él te llevará para el Doble Santuario del Cielo;
Él te colocará en el trono de Osiris…
Tú te quedarás en pie, amparado, equipado como un dios…
Entre los Eternos, en la Estrella Inmortal.

Mucho de lo que actualmente se sabe sobre el tema vino de los textos de las Pirámides —miles de versos agrupados en centenares de Elocuciones— que fueron descubiertos grabados o pintados (en la escritura jeroglífica de Egipto Antiguo) en las paredes, pasajes y galerías de las pirámides de cinco faraones —Unas, Teti, Pepi I, Merenra y Pepi II— que reinaron entre 2350 y 2180 a. C. Esos textos fueron organizados y numerados por Kurt Sethe en su magnífica obra *Die altaegyptischen Pyramidentexte*, que hasta hoy permanece como la más importante fuente de referencia sobre el asunto, junto con su contrapartida en inglés, *The Pyramid Texts*, de

Samuel A. B. Mercer.

Los miles de versos que componen los textos de las Pirámides parecen ser sólo una colección de invocaciones repetitivas, desconectas las unas de las otras, con súplicas a los dioses y exaltación de los reyes. Para obtener algún sentido de todo ese material, los eruditos elaboraron teorías sobre un cambio de teologías en Egipto Antiguo, con un conflicto y posteriormente una fusión entre una «religión solar» y una «religión celeste», entre un culto de Ra y uno de Osiris, y así por delante, destacando que estamos lidiando con material que se acumuló a lo largo de milenios.

Para los estudiosos que encaran esa masa de versos como expresiones de mitologías primitivas, fruto de la imaginación de personas que se estremecían de pavor al oír el trueno o viento rugiendo y llamaban a esos fenómenos naturales de «dioses», esos versos continúan tan confusos como siempre. Sin embargo, hay un punto sobre el cual no existen dudas: todos concuerdan que esos textos fueron extraídos por los escribas de la época, de escrituras más antiguas y aparentemente bien organizadas, coherentes e inteligibles.

Inscripciones posteriores en sarcófagos y ataúdes, y también en papiros (éstos, en general, acompañados de ilustraciones), comprueban que los versos, Elocuciones y Capítulos —con títulos como «Capítulo de aquéllos que ascienden»— fueron copiados del «Libro de los Muertos», como «Aquél que está en el Duat», «El Libro de los Portones» o «El Libro de los Dos Caminos». Los peritos creen que, por su parte, esos «libros» eran versiones de dos obras básicas anteriores: viejos escritos que trataban de la jornada celestial de Ra y una fuente posterior a ellas enfatizando la bienaventuranza en la Otra Vida para aquéllos que se unieran a Osiris resucitado. Ambas hablaban de comida, bebida y placeres en la Morada Celestial. Versos de esas antiguas obras solían también ser grabados en talismanes para que propiciaran al usuario «unión con mujeres noche y día» o «antojo de mujeres» todo el tiempo.

Las teorías académicas, sin embargo, dejan sin explicación los aspectos más intrigantes de las informaciones ofrecidas por esos textos. El Ojo de Horus, por ejemplo, era un objeto que existía independientemente del dios, siendo algo en cuyo interior el faraón podía entrar y que cambiaba de colores, yendo del azul hacia el rojo, cuando era «potenciado». Hay también balsas auto-propulsadas, puertas que se abren solas, dioses de rostros brillantes que no pueden ser vistos. En el Mundo Subterráneo, supuestamente habitado solamente por espíritus, son mostrados «cabos de cobre» y «puentes levadizos». Y el más intrigante aspecto de todos: ¿Por qué, si la transmigración del faraón lo llevaba hacia el Mundo Subterráneo, los textos afirman que «el rey está yendo hacia el cielo»?

En el conjunto, los versos indican que el rey está siguiendo el camino de los dioses, atravesando un lago de la misma manera que un dios lo hizo anteriormente, usando un barco como el de Ra y ascendiendo «equipado como un dios», tal como

Osiris etc. etc. Entonces se nos ocurren las preguntas: ¿Y si esos textos no eran fantasías primitivas, mera mitología, sino relatos sobre un viaje simulado, donde el fallecido faraón era visualizado imitando lo que los dioses realmente habían hecho? ¿No serían esos textos copias (con la sustitución del nombre de los dioses por el del rey) de escrituras más antiguas, tratando de los viajes de dioses, no de faraones?

Uno de los más famosos egiptólogos del pasado, Gastón Maspero (*L'Archéologie Égyptienne* y otras obras), analizando los textos de las Pirámides con base en la forma gramatical y otros indicios, sugirió que ellos se originaron en los inicios de la civilización egipcia, tal vez incluso antes del surgimiento de la escritura con jeroglíficos. Más recientemente, J. H. Breasted, en *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (Desarrollo de la Religión y Pensamiento en Egipto Antiguo), concluyó que no resta duda de que existió un material más antiguo, lo poseamos o no. Él encontró en los textos informaciones sobre condiciones de civilización y eventos que confirman la veracidad de los textos como transmisores de informaciones reales y no meras fantasías. «Para alguien de imaginación activa», dice Breasted, «ellos abundan en cuadros de un mundo hoy muy desaparecido, del cual son sólo un reflejo». Vistos como un todo, los textos e ilustraciones posteriores describen un viaje a un reino que comienza al nivel del suelo, prosigue para el subsuelo y termina en una apertura por la cual los dioses —y los reyes que los imitaban— (Fig. 12) eran lanzados en dirección al cielo. De ahí la connotación jeroglífica combinando un lugar subterráneo con una función celestial.

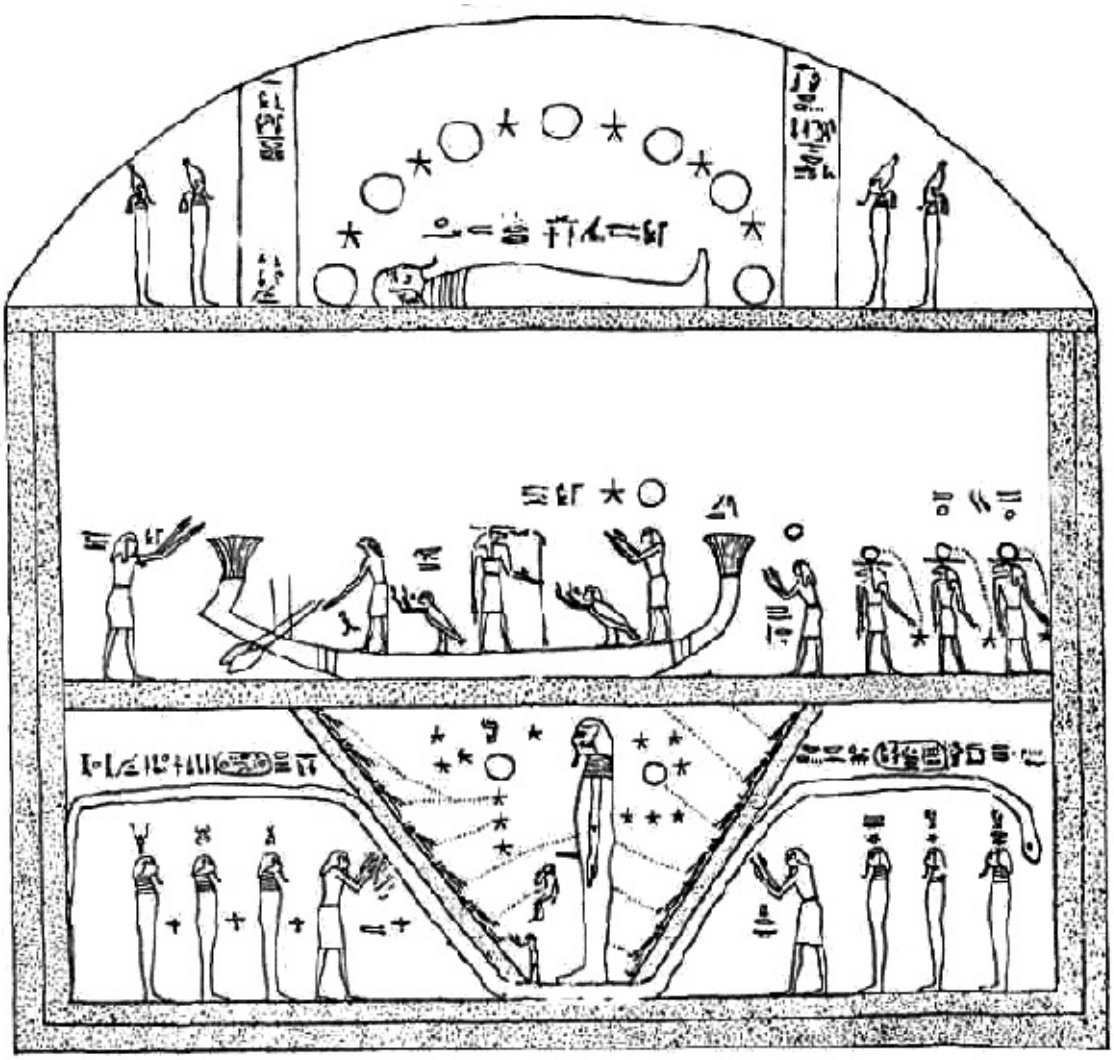


Fig. 12

¿Tendrán los faraones, saliendo de sus sepulcros para la Otra Vida, realmente ese camino hacia el cielo? Los propios antiguos egipcios afirmaban que el viaje no era para ser hecho por el cadáver momificado, sino por el Ka (Doble) del rey. Sin embargo, ellos visualizaron ese Doble realizando un avance real por lugares que creían que verdaderamente existían.

Entonces, si los textos reflejan un mundo que existió, el viaje del faraón para la inmortalidad, aunque siendo una imitación, ¿no estaría siguiendo paso a paso viajes verdaderos hechos en épocas prehistóricas?

Sigamos esos pasos; entremos en el Camino de los Dioses.

4

LA ESCALERA AL CIELO

Imaginémonos en el magnífico templo funerario del faraón. Después de que hayan momificado y preparado el cuerpo, los sacerdotes *Shem* ahora cantan para los dioses, pidiéndoles para abrir un camino y portones. El mensajero divino ya llegó al otro lado de la puerta falsa, pronto a ayudar el faraón a pasar por la pared de piedra e iniciarlo en su viaje.

Al pasar por la puerta falsa en el lado éste de la tumba, el Ka del faraón recibía instrucciones sobre el rumbo que debería tomar.

Para no haber equívocos, él era explícitamente alertado para no seguir hacia oeste. «¡Los que para allá van, jamás vuelven!». Su destino era el Duat, en la Tierra de los Dioses de la Montaña.

Allá, él entraría en la «Gran Casa de los Dos… la Casa de Fuego», donde, durante una «noche de años sumados», sería transformado en un Ser Divino, ascendiendo «para el lado éste del cielo».

El primer obstáculo en la ruta del faraón era el lago de Juncos, una gran área pantanosa constituida por una serie de lagunas contiguas (Fig. 13).

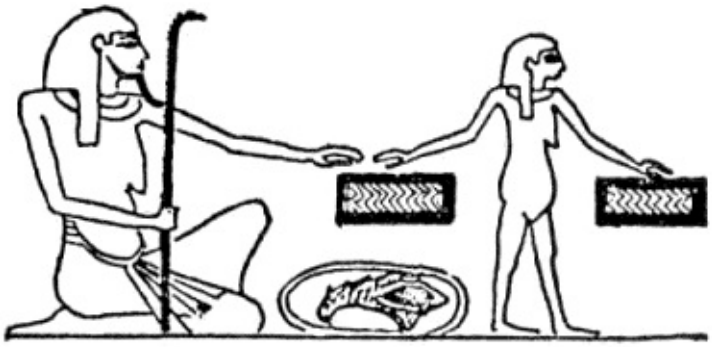


Fig. 13

En términos simbólicos, él tenía la bendición de su dios guardián, que separaría las aguas del lago para facilitarle la travesía. En términos prácticos, el viaje por los pantanos sólo sería posible porque en el lago estaba el Barquero Divino que transportaba a los dioses en un barco construido por Khnum, el Divino Artesano. El barquero, sin embargo, se quedaba estacionado en el otro margen del lago y el faraón encontraba gran dificultad en convencerlo de que tenía derecho de ser subido y transportado.

El barquero interrogaba el faraón sobre sus orígenes. ¿Era realmente hijo de un dios o una diosa? ¿Tenía el nombre inscrito en el «Registro de los Dos Grandes

Dioses»? El rey explicaba su reivindicación de ser «semilla divina» y daba garantías de su identidad. En algunos casos, sólo eso era el suficiente. En otros, el faraón necesitaba apelar a Ra o Thot para conseguir atravesar el lago, entonces el barco, remos y timón adquirían vida propia, tomados por fuerzas extrañas, y el rey sólo tenía que quedarse cogiendo el leme, que era auto-propulsado. Bien, el hecho es que, de una forma o de otra, el faraón conseguía atravesar el lago y dirigirse hacia «Los Dos que Traen el Cielo más Cerca».

Él desciende para el barco, como Ra,
en los márgenes de las Aguas Meandrantes.
El rey rema en el barco Hanbu
Él coge el leme que lo lleva
hacia la llanura de «Los Dos que Traen el Cielo más Cerca»,
En la tierra que comienza después del lago de Juncos.

El lago de Juncos quedaba situado en el margen éste de los dominios de Horus. Después de él, se localizaban los territorios de su adversario, Set, las «tierras de Asia». Como sería de esperarse en una frontera tan delicada, el faraón descubría que el margen éste era patrullado por cuatro «guardas de travesía, aquéllos que usan rizos en los lados de la cabeza». El peinado de esos guardias era, a buen seguro, su característica más notable.

«Negros como carbón (los cabellos) eran arreglados en rizos en torno a la cabecilla, sienes y nuca, con trenzas en medio de la cabeza».

Combinando diplomacia con firmeza, el faraón nuevamente confirmaba sus orígenes divinos, garantizando que fuera llamado por «mi padre, Ra». Se cuenta que un rey usó de amenazas:

«¡Retarden mi travesía y yo arrancaré sus rizos como se arrancan las flores de lotos de la laguna!». Otro clamó a los dioses para que vinieran en su auxilio. El hecho es que, usando un expediente cualquiera, el faraón conseguía proseguir en su jornada.

El rey ahora deja las tierras de Horus. El lugar al este que intenta alcanzar, aunque él viaje bajo al amparo de Ra, queda en la «región de Set». Su meta es un área montañosa, las Montañas del Este (Fig. 14) y la ruta lo lleva hacia un pasaje entre dos montañas, «las dos montañas que se atemorizan delante de Set».

Fig. 14

Sin embargo, el faraón primero necesita atravesar una región árida y estéril, un tipo de tierra de nadie entre los dominios de Horus y Set. Es en ese punto que los versos de las elocuciones crecen en ritmo y urgencia, pues el rey está aproximándose al lugar Oculto, donde quedan situadas las Puertas del Cielo, y otros guardias vienen a interpelarlo: «¿Adónde vas?».

Los protectores del Faraón responden por él: «Él va hacia el cielo para tener vida y alegría; para poder ver a su padre, para poder ver a Ra». Mientras los guardias analizan el pedido, el propio faraón suplica: «Abran la frontera… inclinen la barrera… déjenme pasar como pasan los dioses».

Habiendo venido de Egipto, de las tierras de Horus, el rey y sus protectores reconocen la necesidad de prudencia. En esa altura, muchos versos y elocuciones son empleados para dejar claro que el faraón es una persona neutra en la pelea entre los dioses. Él es presentado tanto como «nacido de Horus, aquel delante de cuyo nombre la Tierra tiembla», como «concebido por Set, aquel delante de cuyo nombre el cielo tiembla». El faraón enfatiza no solamente su afinidad con el dios Ra, padre de los dos, como también declara que viaja «al servicio de Ra», con eso crea un salvo-conducto venido de una autoridad más alta. Con hábil equidistancia, los textos de las Pirámides hacen ver a los grandes dioses que ellos tendrían interés en la continuación del viaje, pues Ra a buen seguro apreciaría a la ayuda dada a alguien viajando a su servicio.

Finalmente los guardias de la tierra de Set permiten que el faraón continúe en dirección al desfiladero. Sus protectores se aseguran de que él está consciente de la importancia del momento:

Tú ahora estás a camino
de los lugares altos en la tierra de Set.
En la tierra de Set.
Tú serás colocado en los lugares elevados,
En aquel alto Árbol del Cielo del Este
Donde se sientan los dioses.

El rey llega al Duat.

El Duat era concebido como un Círculo de los Dioses, (Fig. 15) en cuya parte superior había una apertura hacia el cielo (simbolizado por la diosa Nut), a través de la cual podía ser alcanzada la Estrella Inmortal (simbolizada por el Disco Celestial).

Fig. 15

Algunas fuentes insinúan que en realidad esa área era un valle más oblongo u oval, cercado de montañas. En el cual había un río que se dividía en muchos brazos, pero era poco navegable y la mayor parte del tiempo el barco de Ra tenía que ser jalado o moverse solo, como un «barco de tierra», un trineo.

El Duat tenía doce divisiones, descritas de manera variada con campos, llanuras, círculos murados, cavernas o salones, que comenzaban al nivel del suelo y continuaban tierra adentro. El fallecido rey tenía sólo doce horas para atravesar ese impresionante y encantado reino, lo que sólo era posible porque Ra colocaba a su disposición su barco o trineo mágico, donde él viajaba auxiliado por sus dioses protectores.

Había siete espacios o desfiladeros en las montañas que circundaban el Duat y dos de ellos estaban en las montañas al este de Egipto (es decir, en las montañas del lado oeste del Duat), que eran llamadas de «El Horizonte» o «El Cuerno» del «Lugar Oculto». El desfiladero que Ra hubo atravesado tenía 220 atru (cerca de 40 kilómetros) de largura y seguía el curso de un río. El río, sin embargo, solía secarse y el barco de Ra necesitaba ser jalado. El desfiladero era guardado y tenía fortificaciones «cuyas puertas eran fuertes».

El faraón, como indican algunos papiros, tomaba la ruta que llevaba para un segundo desfiladero, más corto, con cerca de 22 kilómetros de largo. Los dibujos de los papiros lo muestran en el barco o trineo de Ra pasando entre dos picos de

montañas. En cada uno de esos picos está apostada una compañía de doce dioses guardianes. Los textos describen también un Lago de Agua Hirviente próximo a esa área, cuyas aguas, a despecho de su naturaleza flameante, son frías al toque. Un fuego quema en el subsuelo. El lugar tiene un fuerte olor betuminoso o de «sodio», que aleja los pájaros. Sin embargo, no muy lejos de allí, está representado un oasis con arbustos o árboles bajos.

Una vez vencido el desfiladero, el rey encuentra otras compañías de dioses guardianes. «Entre en paz», dicen ellos. El faraón llega, así, a la segunda división del Duat.

Esa segunda división es llamada, debido al río que atraviesa, como Urnes, nombre que algunos estudiosos comparan con Urano, el dios de los cielos griego. Con cerca de 22 por 50 kilómetros, esa división es habitada por personas de cabellos comprimidos que comen la carne de sus jumentos y dependen de los dioses para agua y sostén, pues el lugar es árido y los ríos están siempre secos. Incluso la embarcación del propio Ra hubo necesitado transformarse en un «barco de tierra» para atravesarla.

Esa región está asociada al Dios de la Luna y a Hathor, la Diosa de la Turquesa.

Auxiliado por los dioses protectores, el faraón pasa a salvo por la segunda división y en la Tercera Hora alcanza Net-Asar, «el río de Osiris». De tamaño similar al anterior, esa tercera división es habitada por los «Luchadores» y es en ella que están los cuatro dioses encargados de los cuatro puntos cardenales.

Las descripciones pictóricas que acompañan a los textos sorprendentemente muestran el río de Osiris como un curso de agua que corre mansamente por un área cultivada. Después de pasar por entre una cadena de montañas, él se divide en afluentes. En ese punto, vigilada por los legendarios pájaros Fénix, queda la «Escalera para el Cielo», y el Barco Celestial de Ra es representado como estando en lo alto de una montaña o subiendo al cielo en ríos de fuego (Fig. 16).

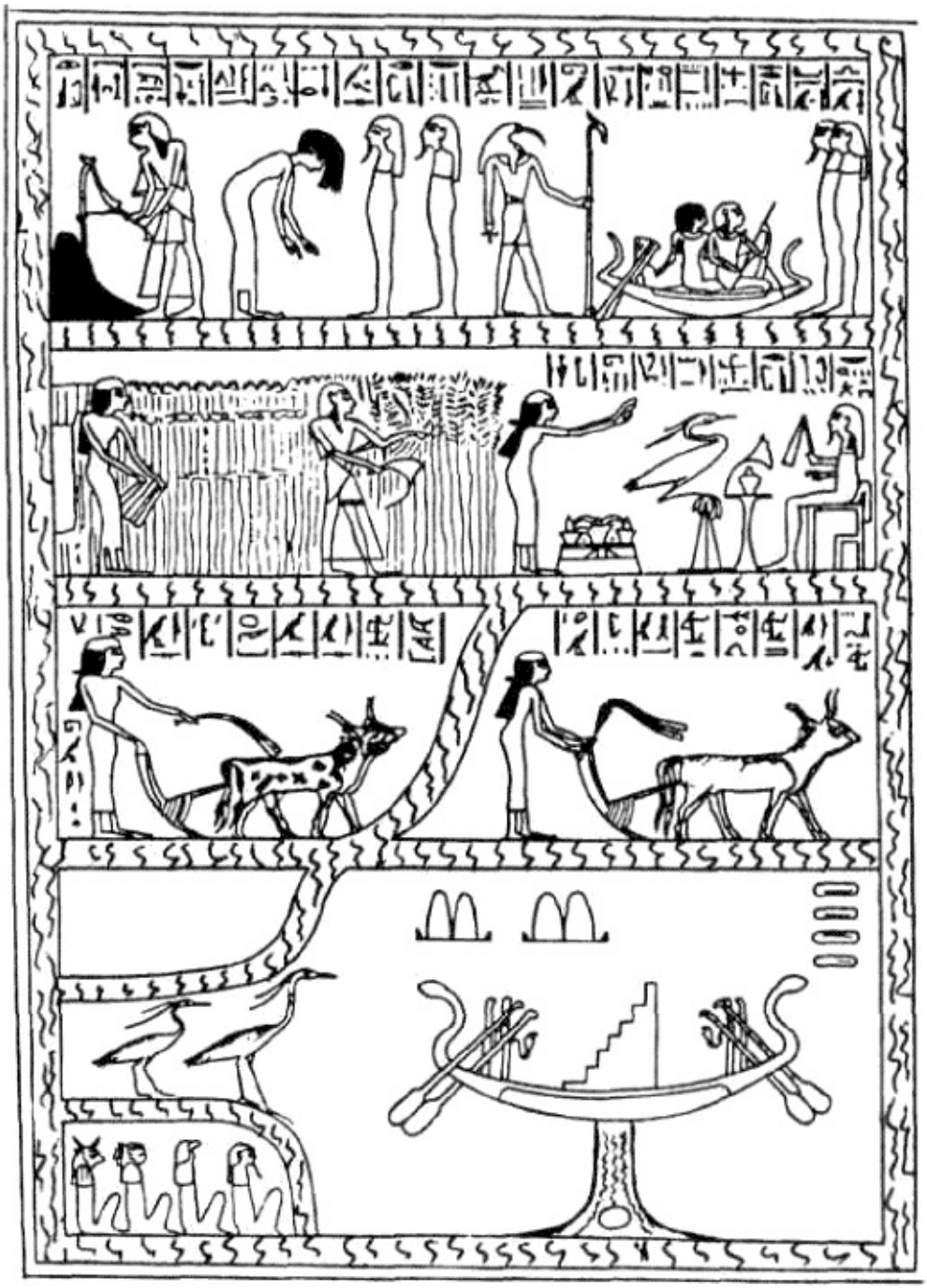


Fig. 16

A esa altura, nuevamente aumenta el ritmo de las oraciones y Elocuciones. El rey invoca a sus «protectores mágicos» para que «este hombre de la Tierra pueda entrar en el Neter-Khert» sin ser incomodado. El faraón se aproxima al Duat; él se encuentra cerca del Amen-Ta, el «Lugar Oculto».

Fue allá que Osiris subió para la Vida Eterna. Era allá que «Los Dos que Traen el Cielo más Cerca» estaban «contra el firmamento», como dos árboles mágicos. El faraón ofrece una plegaria a Osiris. El título del capítulo en el Libro de los Muertos es: «Capítulo de Hacer Su Nombre Garantizado en el Neter-Khert».

Concédame mi Nombre en la Gran Casa de los Dos; Que mi Nombre sea concedido en la Casa de Fuego.
En la noche de los años sumados y de la cuenta de meses, Que yo sea un Ser Divino,
Que yo siente en el lado éste del cielo.

Que el dios me empuje por atrás,
Eterno es su Nombre.

El faraón ya consigue avistar la «Montaña de Luz».

Él llegó a la escalera al cielo.

Los textos de las Pirámides dicen que ese lugar «era la escalera para alcanzar las alturas». Los escalones son descritos como «los escalones para el cielo, asentados para el rey, para que él pueda a través de ellos subir a los cielos». El jeroglífico para la Escalera para el Cielo a veces es una única escalera (que también solía ser fundida en oro y usada con talismán) o más frecuentemente una escalera doble como una pirámide de escalones. Esa Escalera para el Cielo fue construida por los dioses de la ciudad de An —localización del principal templo de Ra— para que pudieran «unirse con El Alto».

La meta del rey es la Escalera Celestial, una escalera de mano o Ascensor que lo transportará hacia lo alto. Sin embargo, para llegar a ella, que se queda en la Casa de Fuego, la Gran Casa de los Dos, él necesita primero entrar en el Amen-Ta, la Tierra Oculta de Seker, dios de los Territorios Salvajes.

Esa región, llamada de País de las Tinieblas o Tierra de la Oscuridad, es descrita como un círculo fortificado que sólo puede ser alcanzado por la entrada en una montaña y el descenso por sus pasillos en espiral, protegidos por puertas secretas. El faraón necesita ingresar en esa cuarta división del Duat, pero la entrada en la montaña es flanqueada por dos muros y el pasaje entre ellos está rodeada por llamaradas y protegida por dioses guardianes.

Cuando el propio Ra llega a la parte de acceso al Lugar Oculto, «él atenderá a los designios» —o sea, seguirá los procedimientos «de los dioses que se quedan allá dentro, usando sólo la voz, sin verlos». Ora, ¿podría la voz de un simple faraón resultar en la apertura de las puertas de esa división? Los textos le recuerdan al rey que solamente «aquél que conoce la planta de los túneles escondidos que están en la Tierra de Seker» podrá viajar por el Lugar de los Pasajes Subterráneos y comer el pan de los dioses.

Una vez más el faraón presenta sus credenciales: «Soy el Toro, un hijo de los ancestrales de Osiris», proclama. Entonces los dioses protectores pronuncian en su favor las palabras cruciales que le abrirán la entrada:

La admisión no es rechazada para ti
En el portón del Duat;
Las puertas plegables de la Montaña de Luz
Están abiertas para ti;
Los cerrojos, por sí mismos, se abren para ti.
Tú pisas el Salón de las Dos Verdades;
El dios que allá está te saluda.

Pronunciada la fórmula o seña correcta, un dios llamado Sa emite una orden. A una palabra suya las llamas se extinguen, los guardias se alejan, las puertas se abren automáticamente y el faraón entra en el mundo subterráneo. «La boca del suelo se abre para ti, la puerta éste del cielo está abierta para ti», anuncian los dioses del Duat para el rey. Ellos lo tranquilizan afirmando que, a pesar de estar entrando por la boca del suelo, aquello es de hecho el Portón para el Cielo, la tan ansiada puerta éste.

El viaje durante la cuarta hora y las siguientes conduce al faraón a través de túneles y cavernas donde dioses con varias funciones a veces son vistos y en otras sólo oídos. En ese lugar hay canales subterráneos, donde dioses navegan de un lado para el otro en barcos silenciosos. Existen también luces fantasmagóricas, aguas fosforescentes, linternas que iluminan el camino. Al mismo tiempo encantado y aterrorizado, el rey prosigue en la dirección de los «pilares que alcanzan el cielo».

Los dioses que él ve a lo largo del camino están en su mayoría organizados en grupos de doce y son llamados de «Dioses de las Montañas», «Dioses de la Montaña de la Tierra Oculta» o «Dueños del Tiempo en la Tierra Oculta». Los dibujos que acompañan algunos de los antiguos textos suministran la identificación de esos dioses por los diferentes cetros que cargan, lo que usan en la cabeza o entonces representando sus características animales. Ellos tienen cabeza de halcón, chacal o león. Serpientes también aparecen bastante, representando guardias subterráneos o criados de los dioses en la Tierra Oculta.

Los textos y las antiguas ilustraciones sugieren que el faraón entró en un complejo que transcurre subterráneo, dentro del cual corre un gran túnel en espiral, que primero desciende y después sube. Las representaciones, mostrando un corte transversal del área, presentan un túnel descendiente con cerca de 12 metros de altura, techo y piso lisos, ambos hechos de un material sólido, con un espesor de 50 a 90 centímetros. El túnel está dividido en tres niveles y el rey avanza por el pasillo del medio. El superior e inferior son ocupados por dioses serpientes y estructuras para una variedad de funciones.

El trineo del rey, jalado por cuatro dioses, comienza a avanzar deslizando silenciosamente por el pasillo del medio; sólo una luz que sale de la proa del vehículo ilumina el camino. Sin embargo, el pasaje se queda bloqueado por una divisoria en ángulo, lo que obliga el faraón a descender y continuar a pie.

Esa divisoria, como muestran las representaciones en sección transversal, es la pared de un pozo que corta los tres niveles de túneles (que tienen una inclinación de 15 grados) en un ángulo bien mayor, con aproximadamente 40 grados.

Ese pozo parece comenzar por encima de los túneles, tal vez al nivel del suelo, o más arriba dentro de la montaña, y da la impresión de terminar cuando alcanza el piso del túnel Inferior.

Ese pozo es llamado de Ra-Stau —«El Camino de las Puertas Ocultas»— y, de

hecho, en el primero y segundo niveles hay espacios que podrían ser cámaras de compresión, con cierre neumático.

Según los textos, esas cámaras permiten que Seker y otros «dioses ocultos» pasen por ese pozo, a pesar de la «puerta no tener hojas».

El faraón, que descendió del trineo, pasa misteriosamente por la pared inclinada bajo el comando de algún dios, cuya voz activa la apertura neumática. En el otro lado, él es recibido por representantes de Horus y Thot, y pasa de uno para el otro (Fig. 17).

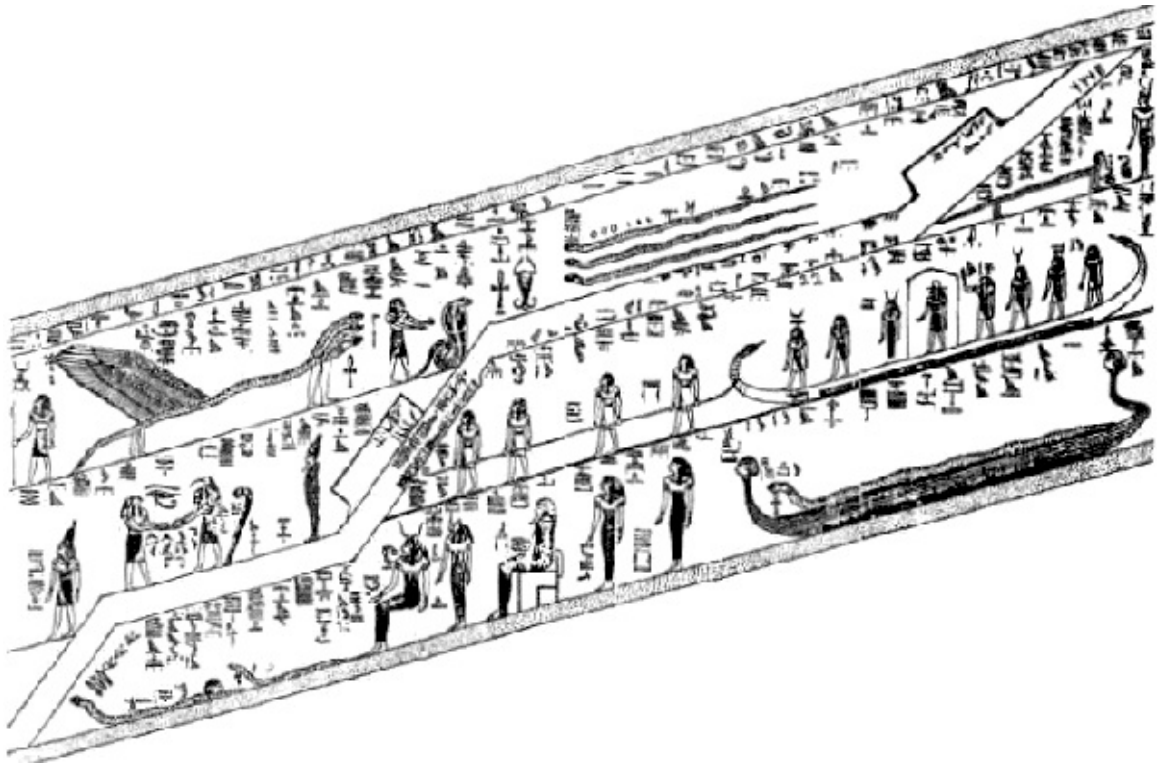


Fig. 17

Continuando el descenso, el faraón ve «dioses sin rostro» —dioses cuyo rostro no puede ser visto. Ofendido o sólo curioso, él suplica:

Descubrid vuestros rostros,
Quitad vuestros yelmos,
Cuando vinierais a mi encuentro.
Pues, mirad, yo [también] soy un dios poderoso,
Viniendo para estar entre vosotros.

Sin embargo, los dioses no atienden a la súplica y los textos explican que aún ellos, «esos seres ocultos, no ven ni encaran» a su propio jefe, el dios Seker, «cuando él mismo está bajo esa forma, cuando se encuentra dentro de su morada en el suelo».

Prosiguiendo su descenso en espiral, el faraón pasa por una puerta y se ve en el tercer nivel, el más profundo. Él entra en una antecámara, decorada con el emblema del Disco Celestial, y es saludado por el dios que en los textos es llamado de «El Mensajero de los Dioses» y por una diosa que usa el emblema emplumado de Shu, «Aquél que Reposó en el Firmamento sobre la Escalera para el Cielo» (Fig. 18).

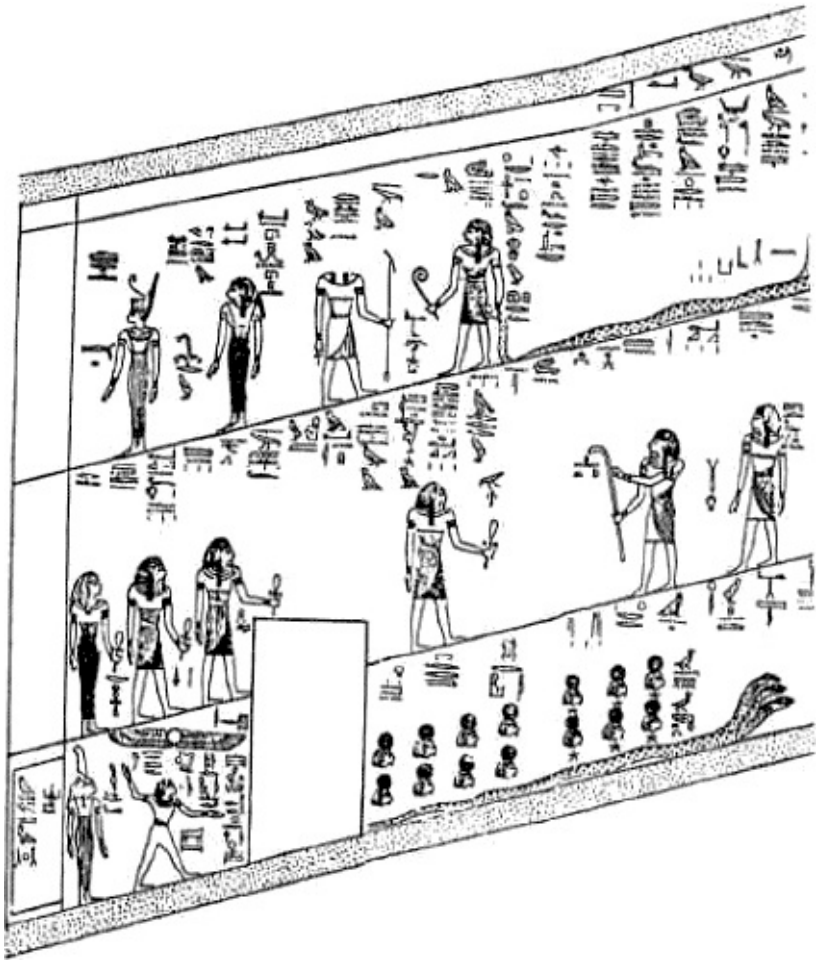


Fig. 18

Como está indicado en el Libro de los Muertos, el faraón proclama:

¡Salve, dos hijos de Shu!
Salve, hijos del lugar del Horizonte…
¿Puedo subir?
¿Puedo proseguir viaje como Osiris?

La respuesta tiene que ser positiva, pues son esos dos dioses que dan pasaje al faraón, abriendo una puerta pesada y permitiendo su entrada en los pasillos que sólo los dioses ocultos pueden utilizar.

En la quinta Hora, el faraón alcanza las partes subterráneas más profundas, los caminos secretos de Seker. Siguiendo pasillos que suben y descienden, él no consigue ver al dios. Los dibujos en sección transversal muestran a Seker como una persona con cabeza de halcón, en pie sobre una serpiente y teniendo dos alas dentro de una estructura oval completamente lacrada, situada en la parte más inferior del túnel, que es guardada por dos esfinges.

A pesar de que el rey no puede ver esa cámara, él oye «un ruido fuerte, como se oye en las alturas del cielo cuando él es perturbado por una tempestad», De la cámara lacrada vierte una laguna subterránea cuyas «aguas son como fuego». Por su parte, tanto la cámara como la laguna están concluidas dentro de una estructura en forma de casamata, con una cámara de compresión compartimentada a la izquierda y una

enorme puerta a la derecha. Para mayor protección, se apiló tierra sobre la cámara vedada, Ese monte de tierra es encimado por una diosa, de la cual se ve sólo la cabeza, proyectándose en el pasillo por el que desciende el faraón. El símbolo para escarabajo, que significa «rodar, venir a ser», conecta la cabeza de la diosa con un objeto o cámara redondeada que queda en el pasaje superior, (Fig. 19)en el cual están apostados dos pájaros.

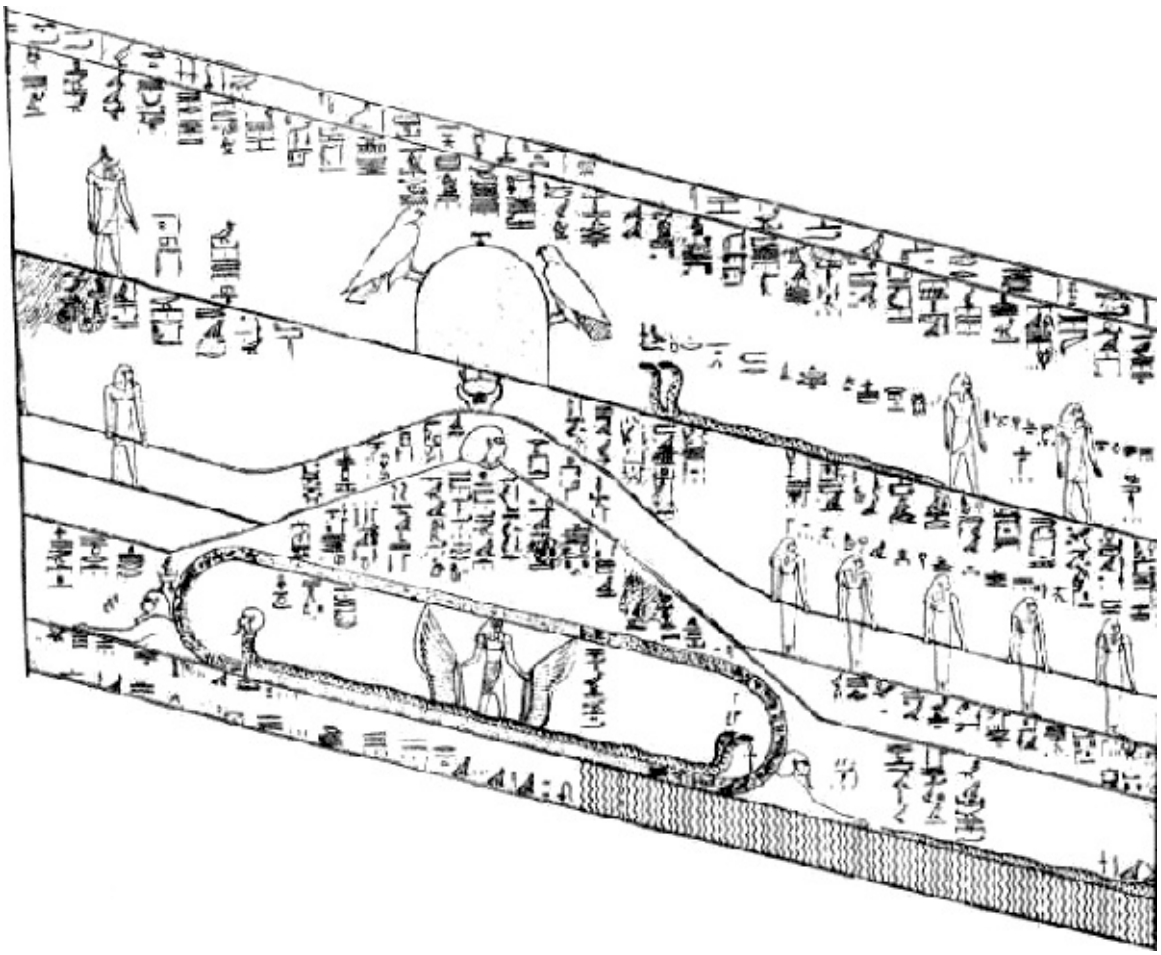


Fig. 19

Los textos y símbolos nos informan que, aunque Seker estuviera oculto, su presencia podía ser percibida incluso en la oscuridad a causa de un brillo «que sale de la cabeza y de los ojos del gran dios, cuya carne irradia luz». Esa estructura triple —diosa, escarabajo (Kheper) y cámara superior— aparentemente servía para permitir que el dios oculto fuera informado de lo que acontecía fuera de su cámara herméticamente cerrada. El texto al lado del escarabajo dice: «Vean Kheper que, así que él (¿el barco?) es estirado para el alto de este círculo, se conecta con las costumbres del Duat. Cuando este dios está en la cabeza de la diosa, él habla palabras para Seker todos los días».

El pasaje del faraón por sobre la cámara oculta de Seker y la estructura a través de la cual era informado del evento era considerada una fase crucial del viaje. En la Antigüedad, los egipcios no eran los únicos en creer que cada fallecido enfrentaba un

momento de juicio, un determinado instante donde sus hechos y corazón eran pesados y evaluados. Dependiendo del resultado del juicio, el sucio o hipócrita era condenado a las Aguas Flamantes del infierno o bendecido para gozar de las aguas frescas y vivificantes del paraíso. Según relatos muy antiguos, era en el pasaje por la cámara de Seker que acontecía el momento de la verdad para el faraón.

Hablando por el dios del Duat, la diosa, de la cual sólo se veía la cabeza, anunciaba la decisión favorable: «Ven en paz para el Duat… avanza en tu barco en el camino que queda dentro de la tierra». Denominándose a sí misma de Ament («La Oculta»), ella añadía «Ament te llama para el firmamento, como el Grande que está en el horizonte». Pasando por la prueba, no muriendo una segunda vez, el rey renacía. Su camino ahora lo lleva hacia una hilera de dioses, cuya tarea sería castiga a los condenados, pero él prosigue, incólume. Vuelve a su barco o trineo y es acompañado por una procesión de dioses, de los cuales uno tiene el emblema del Árbol de la Vida (Fig. 20).

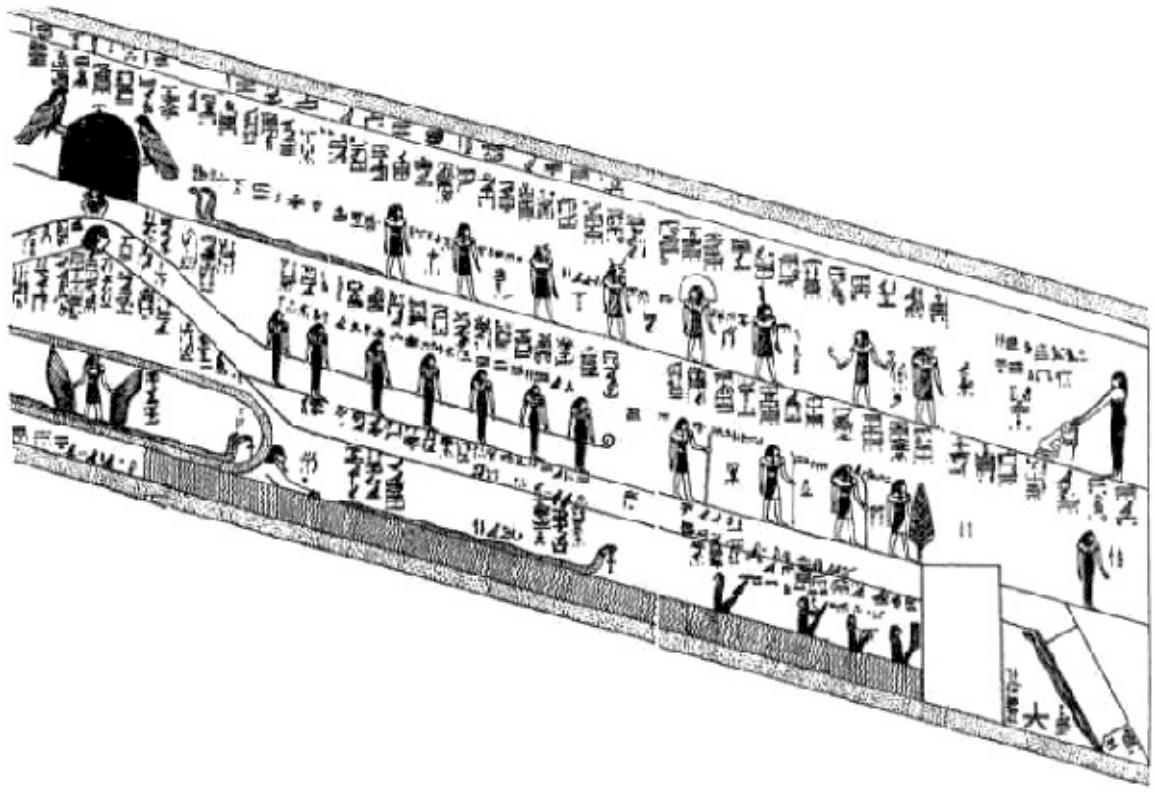


Fig. 20

El Faraón fue considerado digno de Otra Vida.

Dejando la zona de Seker, el faraón entra en la sexta división, que es asociada a Osiris. (En ciertas versiones del Libro de los Portones, era en esa hora que Osiris juzgaba los muertos). Dioses con cabeza de chacal, que «Abren Caminos», invitan al rey a dar uno baño refrescante en la laguna subterránea o lago de la Vida, como el propio Grande Dios hubo hecho al pasar anteriormente por allí. Otros dioses, «que zumban como abejas», residen en zulos cuyas puertas van abriéndose solas mientras

el faraón avanza. A medida que él progresa, los epítetos de los dioses asumen una connotación más técnica. Allá están doce de ellos «que sostienen la cuerda en el Duat» y doce «que tienen el cordón de medir».

La sexta división es ocupada por una serie de cámaras muy próximas unas de las otras. Un camino curvo recibe el nombre de «El Camino Secreto del Lugar Oculto». El barco del faraón es estirado por dioses vistiendo pieles de leopardo, exactamente como los sacerdotes *Shem* que conducen la ceremonia de Apertura de la Boca.

¿Estaría el rey aproximándose a la Apertura o Boca de la Montaña? En el Libro de los Muertos, en ese punto los capítulos tienen títulos como: «El capítulo de oler el aire y conseguir fuerza». El vehículo del faraón ahora «posee poderes mágicos… él viaja por donde no existe río y no hay nadie para jalarlo; él realiza eso por medio de palabras de poder», que salen de la boca de un dios.

A medida que el faraón va pasando para la séptima división, atravesando un portón guardado, los dioses y el ambiente van perdiendo sus características «subterráneas» y comienzan a asumir aspectos celestiales. El rey encuentra al dios con cabeza de halcón, Heru-Her-Khent, que usa en la cabeza el emblema del Disco Celestial y cuyo nombre escrito en jeroglíficos incluye el símbolo de la escalera. Su tarea es «enviar a los dioses-estrella hacia su camino y hacer a las diosas-constelación proseguir en su camino». En las representaciones, ese grupo de doce dioses y doce diosas era mostrado junto con emblemas de estrellas. Los cánticos para ellos eran dirigidos a los «dioses estrellados»…

Que son divinos en carne,
cuyos poderes mágicos tomaron vida…
Que se unen dentro de sus estrellas,
que se yerguen para Ra…
Que sus estrellas guíen las dos manos de Ra
para que él pueda viajar en paz para el Lugar Oculto.

En esa división están presentes dos compañías de dioses asociados con Ben-Ben, el misterioso objeto de Ra guardado en su templo en la ciudad de An (Heliópolis). Ellos son «aquéllos que poseen el misterio», que montan guardia al objeto dentro de la Het-Benben (La Casa del Ben-Ben), y ocho que guardan el lado de afuera, pero que también «entran dentro del Objeto Oculto». En esa séptima división hay nueve objetos enfilados, representando el símbolo *Shem* que, escrito en jeroglíficos, significa «Seguidor».

El faraón ahora llega a las partes del Duat asociadas con An, el dios que dio nombre a la ciudad de Heliópolis. En la Novena Hora él ve el lugar de reposo de los doce «Divinos Remadores del Barco de Ra», que operan el celestial «Barco de los Millones de Años» de Ra. En la Décima Hora, después de pasar por un portón, el faraón entra en un lugar rebosante de actividad. La tarea de los dioses que allá están es suministrar Llamas y Fuego para el barco de Ra. Uno de los dioses es llamado de

«Capitán de los Dioses del Barco». Dos otros son aquellos «Que Ordenan el Curso de las Estrellas». Ellos y otros dioses son pintados por uno, dos o tres símbolos para estrella, como indicando una patente cualquier relacionada con los cielos.

En el pasaje de la décima para la 11.ª división, aumenta rápidamente la afinidad con los cielos. Los dioses ostentan emblemas de estrellas o del Disco Celestial. Hay ocho diosas con emblemas de estrellas «que vinieron de la morada de Ra». El faraón ve la «Estrella Dama» y la «Estrella Caballero», y dioses cuya función es suministrar «fuerza para emerger» del Duat o «hacer el Objeto de Ra avanzar para la Casa Oculta en los Cielos Superiores».

Aquí también existen dioses y diosas cuya tarea es equipar el faraón para un viaje celestial «por sobre el firmamento».

Acompañado de otros dioses, él es impelido a entrar en una «serpiente», dentro de la cual «se liberará de la piel», emergiendo después «bajo la forma de un Ra rejuvenecido». Algunos de los términos de los textos de las Pirámides empleados en este tramo aún no están descifrados o comprendidos, pero el proceso puede ser claramente entendido: el faraón, habiendo entrado vestido como había llegado al Duat, ahora emerge como un halcón, «equipado como un dios». Él pone en el suelo la ropa Mishdt; coloca en la espalda el «traje-marca»; quita su divina ropa Shu y se pone el «collar del amado Horus», que es como «un collar en el cuello de Ra». Hecho eso, «el rey se establece como un dios, está igual a ellos», y dice al dios que lo acompaña: «Si tú vas hacia el Cielo, el rey también va hacia el Cielo».

En esa altura, las ilustraciones de los antiguos textos muestran un grupo de dioses vestidos de manera rara, con monos justos adornados por bolas redondas (Fig. 21).

Fig. 21

Ese grupo es conducido o dirigido por un dios con el emblema del Disco Celestial sobre la cabeza, que anda con los brazos estirados entre las alas de una serpiente que tiene cuatro piernas humanas. Contra un fondo estrellado, dios y serpiente miran hacia otra serpiente que, aunque sin alas, claramente vuela mientras carga sentado en

su dorso al dios Osiris (Fig. 22).

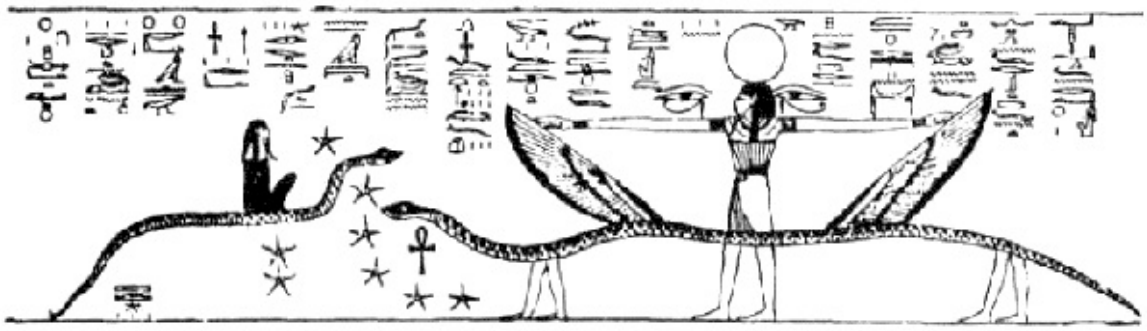


Fig. 22

Después de haber sido adecuadamente equipado, el rey es llevado para una apertura en el centro de una pared semicircular.

Él pasa por la puerta oculta y ahora avanza por un túnel que tiene «1300 cúbitos (aproximadamente 650 metros) de largura», llamado de «Amanecer en el Final». El faraón llega a un vestíbulo; emblemas del Disco Alado son vistos por doquier. Él encuentra «diosas que lanzan luz sobre el camino de Ra» y un cetro mágico que representa a «Set, el Observador». Los dioses explican al impresionado faraón:

Esta caverna es el amplio salón de Osiris
En el cual es traído el viento;
El viento norte, refrescante,
Te erguirá, oh, rey, como a Osiris.

Ahora el faraón está en la décima segunda división, en la hora final del viaje. Ella es el «límite máximo de la espesa oscuridad».

El punto que el rey alcanzó es llamado de «Montaña del Ascenso de Ra». Él mira para arriba y se sorprende: el Barco Celestial de Ra está delante de sus ojos en toda su impresionante majestad.

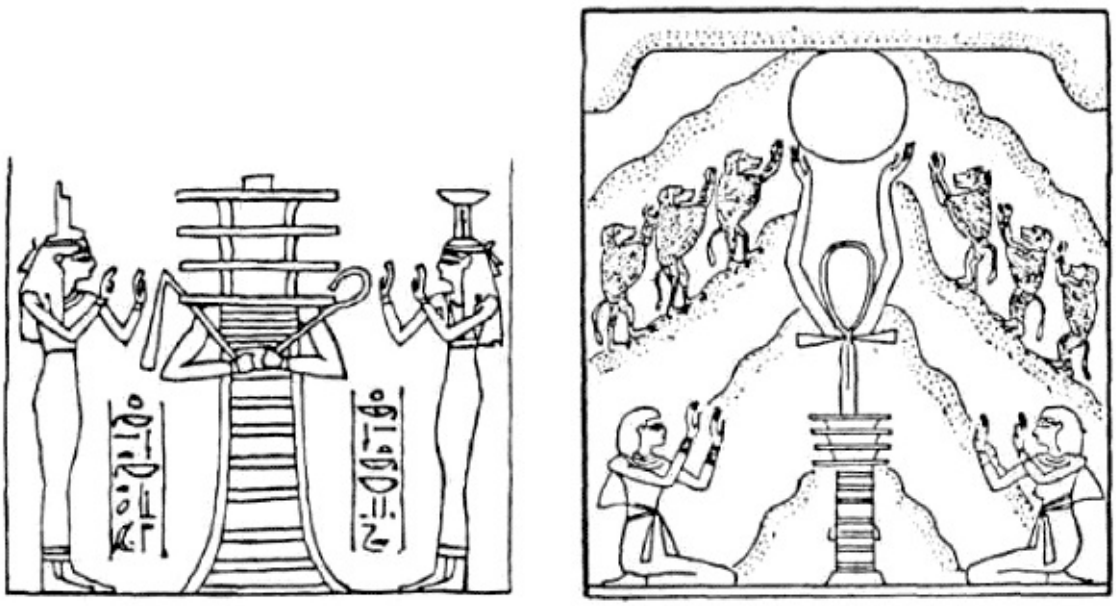
El rey ahora está junto a un objeto que recibe el nombre de «El Ascensor hacia el Firmamento». Algunos textos sugieren que el propio Ra preparó el Ascensor para el faraón, «de modo que el rey pueda subir en él a los cielos»; otros dicen que el Ascensor fue hecho o montado por varios dioses. Él también es «el Ascensor que transportó a Set» en la dirección de los cielos.

Como Osiris sólo consiguió alcanzar el firmamento con ese Ascensor, él también es necesario para que el faraón pueda ser trasladado, tal como el gran dios, para la vida eterna.

El Ascensor o Escalera Divina no era una escalera cualquiera. Dicen los textos que ella estaba amarrada con cabos de cobre:

«sus tendones son cómo los del Toro del Cielo». Las «partes en pie en los dos lados» eran cubiertas de un tipo de «piel»; los escalones eran tallados en Sesha (significado desconocido); y una «grande escora fue colocada bajo él por Aquél que Amarra».

Las ilustraciones del Libro de los Muertos muestran una Escalera Divina semejante, a veces con la señal Ankh ☥ («Vida») extendiéndose simbólicamente hacia el Disco Celestial en el firmamento, bajo la forma de una torre alta, con una superestructura (Fig. 23). Estilizada, la torre también aparece en los jeroglíficos 𓊽 («Ded») y significa «Eternidad». Ese símbolo estaba especialmente asociado a Osiris, pues se cuenta que delante de su templo, en Abydos, había un par de Ded 𓊽𓊽 para acordarse de los dos objetos que se quedaban en la Tierra de Seker y posibilitaban la subida del dios al cielo.



a b

Fig. 23

Una larga Elocución de los textos de las Pirámides es al mismo tiempo un himno al Ascensor o «Escalera Divina» y una plegaria para que ella sea concedida al faraón Pepi:

Saludos, divino Ascensor;
Saludos, Ascensor de Set.
Se queda en pie, Ascensor de dios;
Se queda en pie, Ascensor de Horus por el cual Osiris fue hacia el cielo…
Señor del Ascensor…
¿Para quién daréis la Escalera de dios?
¿Para quién daréis la Escalera de Set,
de modo que Pepi pueda por ella subir al cielo
y prestar servicio como cortesano de Ra?
Permita que la Escalera de dios sea dada a Pepi;
Permita que la Escalera de Set sea dada a Pepi
para que Pepi pueda por ella subir al cielo.

El Ascensor era operado por cuatro hombres-halcón, los «Hijos de Horus» (el dios-halcón, que eran «los marineros del barco de Ra». Esos cuatro jóvenes también recibían el nombre de «Hijos del Firmamento» y eran ellos «que vienen del lado éste del firmamento… que preparan dos boyas para el rey, para que él pueda así subir

hacia el horizonte, hacia Ra». Eran esos cuatro chicos que «juntaban» montaban, preparaban —el Ascensor para el faraón. «Ellos traen el Ascensor… ellos preparan el Ascensor… ellos levantan el Ascensor para el rey… para que el rey pueda subir por él a los cielos». El faraón hace una plegaria:

Que mi «Nombre» me sea dado en la Gran Casa de los Dos;
Que mi «Nombre» me sea llamado en la Casa de Fuego,
en la noche de los Años Sumados.

Algunas ilustraciones muestran al faraón recibiendo un Ded —la Eternidad. Bendecido por Isis y Néftis, él es llevado por un dios-halcón hasta un Ded semejante a un cohete, equipado con aletas (Fig. 24).

Fig. 24

La plegaria del faraón suplicando la «Eternidad», un «Nombre», una «Escalera Divina», fue atendida. Ahora él está para comenzar su efectiva subida a los cielos.

Aunque el faraón haya pedido una única Escalera Divina, dos Ascensores son enhiestos. Tanto el «Ojo de Ra» como el «Ojo de Horus» son preparados y colocados en posición, uno en el «ala de Thot» y el otro en el «ala de Set». Los dioses explican al perplejo faraón que el segundo barco es para el «hijo de Aten», un dios que vino del Disco Alado —tal vez el mismo con el cual el faraón conversó en la «cámara de equipamiento».

El Ojo de Horus está montado
Sobre el ala de Set.
Los cabos están amarrados.
Los barcos están montados.
Que el hijo de Aten no se quede sin barco.
El rey está, con el hijo de Aten;
Él no está sin barco.

«Equipado como un dios», el faraón es ayudado por dos diosas «que cogen sus cabos» para que él pueda subir en el ojo de Horus. El término «Ojo» (de Horus, de Ra), que poco a poco fue sustituyendo la palabra Ascensor o Escalera, ahora está, cada vez más siendo desplazado por la palabra «barco». El «ojo» o «barco» donde el faraón entra, tiene cerca de 770 cúbitos (aproximadamente 350 metros) de largo. Un

dios encargado de ese barco está sentado en su proa. Él recibe la orden: «Lleva a este rey contigo en la cabina de tu barco».

Mientras el rey «desciende para la percha» —un término que indica un lugar elevado, como el que los pájaros usan para reposar— él consigue ver el rostro del dios que comanda la cabina «pues el rostro del dios está abierto». El faraón «se sienta en el divino barco», entre dos dioses; el banco es llamado «Verdad que hace vivo». «Dos cuernos» se proyectan de la cabeza (o casco) del faraón; «él prende en sí aquello que salía de la cabeza de Horus». El faraón está conectado, pronto para la acción. Los textos que tratan del viaje de Pepi I hacia la Otra Vida describen ese momento: «Pepi está usando los trajes de Horus, las ropas de Thot; tiene a Isis delante de él y a Néftis atrás; Ap-uat, el que Abre Caminos, abrió una vía para él; Shu, El que Coge el Firmamento, lo levantó; los dioses de An lo hacen subir a la Escalera y lo colocan delante del firmamento; Nut, la diosa del firmamento, extiende la mano para él». El momento mágico llegó. Bastan sólo que dos puertas sean abiertas y el faraón —como Ra y Osiris anteriormente— emergerá triunfante del Duat y su barco navegará en las Aguas Celestiales. Él ora en silencio:

«Oh, Altísimo… tú, Puerta del Cielo;
el rey vino a ti; haga que esa puerta se abra para él»,
Los dos «pilares Ded están en pie», erectos, inmóviles.

Entonces, súbitamente, «¡Las Puertas dobles del cielo se abren!». El texto explota en manifestaciones de éxtasis:

¡La Puerta para el Cielo está abierta!
¡La Puerta para el Cielo está abierta!
¡La apertura de las ventanas celestiales está abierta!
La Escalera para el Cielo está abierta;
Los Escalones de Luz son revelados…
La Puerta doble para el Cielo está abierta;
La Puerta doble del Khebhu está abierta para Horus del este, al amanecer.

Dioses-mono, simbolizando la luna menguante («El Amanecer»), comienzan a pronunciar «palabras mágicas de poder que harán el esplendor salir del Ojo de Horus». El «esplendor» —que ya fue relatado como siendo la característica más destacada de la Montaña de Luz, con sus dos picos— se intensifica:

El dios-firmamento fortaleció el esplendor
para que el rey pueda elevarse al Cielo como el Ojo de Ra.
El rey está en este Ojo de Horus,
donde es oída la orden de los dioses.

El «Ojo de Horus» comienza a cambiar de memoria, pasando del azul para el rojo. Hay mucha actividad y agitación por doquier: El Ojo de Horus está rojo de cólera.

Su poder nadie soporta.
Sus mensajeros se apresuran, su pasillo aprieta el paso.

Ellos anuncian a aquél que yergue el brazo en el este: «deja a este pasar».
Que el rey ordene a los padres, los dioses:
«Silenciad… colocad las manos en la boca…
parad en la puerta del horizonte, abrid las
Puertas Dobles (del Cielo)».

El silencio es quebrado. Ahora hay sonido y furia, rugidos y estremecimiento:

El Cielo habla, la Tierra tiembla;
La Tierra tiembla;
Las dos agrupaciones de dioses gritan;
El suelo se abre…
Cuando el rey asciende al Cielo cuando él pasa por sobre la bóveda
(en la dirección del Cielo)…
La Tierra ríe, el firmamento sonríe cuando el rey asciende al Cielo.
El Cielo grita de alegría por él;
La Tierra estremece por él.
La tempestad rugiente lo impele.
Ella ruge como Set.
Los guardianes de las partes del Cielo
Abren las puertas del Cielo para él.

Entonces, «las dos montañas se dividen» y hay el lanzamiento en la dirección del cielo nebuloso del amanecer, en el cual ya no se ven las estrellas nocturnas:

El firmamento está encubierto, las estrellas oscurecieron.
Los arcos están agitados, los huesos de la Tierra tiemblan.

En medio de la agitación, rugidos y estremecimientos, el «Toro del Cielo» («cuya barriga está llena de magia») se yergue de la «Isla de la Llama». Entonces cesa la barahúnda y el faraón está en lo alto —«surgiendo como un halcón»: Ellos vieron al rey surgir como un halcón, como un dios; Para vivir con sus padres, alimentarse con sus madres…

El rey está en el Toro del Cielo…
cuya barriga es llena de magia de la Isla de la Llama.

La Elocución 422 habla con elocuencia de ese momento:

¡Oh, este Pepi!
Tú partiste
¡Tú eres un Glorioso, poderoso como un dios,
sentado como Osiris!
Tu alma está dentro de ti;
Tu Poder («control») tienes atrás de ti;
Tu cabeza la corona-Misut está junto de tu mano.
Tú asciendes hacia tu madre, la diosa del Cielo
Ella coge tu brazo, ella te muestra el camino para el horizonte,
hacia el lugar donde está Ra.
Las Puertas Dobles del Cielo están abiertas para ti.
Las Puertas Dobles del Cielo están abiertas para ti.
Tú subes, oh, Pepi… equipado como un dios.

(Una ilustración en la tumba de Ramsés IX sugiere que las Puertas Dobles eran abiertas inclinándolas para afuera, movimiento conseguido con la manipulación de ruedas y poleas operadas por seis dioses en cada hoja. Así, por la apertura en formato

de embudo, el gigantesco halcón construido por las manos del hombre podía emerger) (Fig. 25).

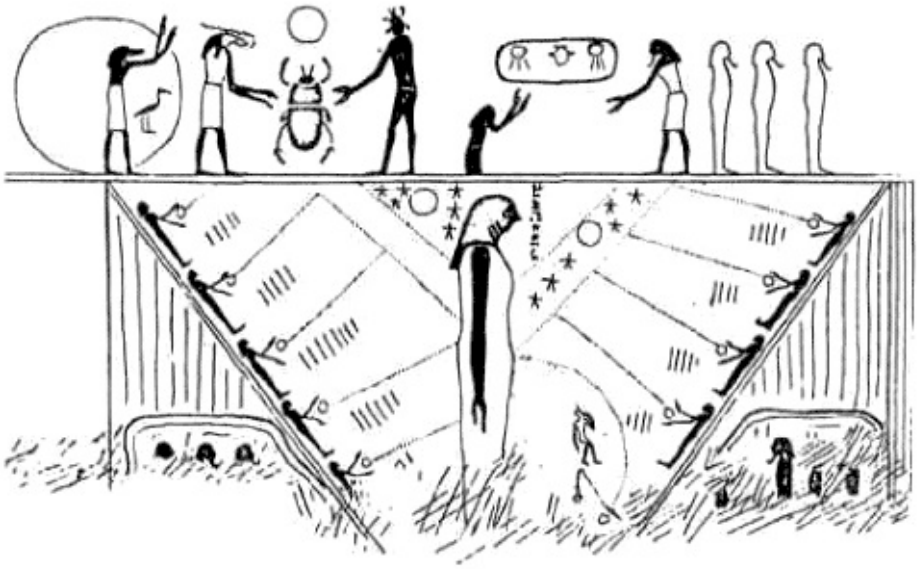


Fig. 25

Con gran satisfacción delante de esa hazaña del faraón, los textos anuncian a sus súbditos: «Él, que vuela, está volando; este rey Pepi vuela hacia lejos de vosotros, mortales. Él no es de la Tierra, él es del Cielo… Este rey Pepi vuela como una nube hacia el firmamento, como un pájaro del alto del mástil; este rey Pepi besa el firmamento como un halcón; él alcanza el firmamento del dios del horizonte». El faraón, continúan los textos de las Pirámides, ahora está «en el Cargador del Firmamento, aquél que sostiene las estrellas; en el interior de la sombra de las Paredes de Dios, él cruza el firmamento».

El faraón no sólo está volando; él orbita la Tierra:

Él envuelve el firmamento como Ra,
Él vuela por el firmamento como Thot…
Él viaja sobre las regiones de Horus,
Él viaja sobre las regiones de Set…
Por dos veces él rodeó completamente los cielos,
Él giró sobre las dos tierras…
El rey es un halcón que ultra-pasó los halcones;
Él es un Grande halcón.

(Un verso de los textos afirma también que el rey «cruza el firmamento como Sunt, que corta los cielos nueve veces en una noche», pero el significado del término Sunt y, por lo tanto, la comparación, continúan indescifrados).

Aún sentado entre «esos dos compañeros que viajan por el firmamento» el rey vuela hacia el horizonte oriental, muy lejos en el cielo. Su destino es el Aten, el Disco Alado, que también es llamado de Estrella Inmortal. Las oraciones, ahora, se centran en hacerlo llegar con seguridad al Aten: «Aten, déjalo ascender a ti; envuélvelo en tu

abrazo», entonan los textos, hablando en pro del faraón. Como el Aten es la morada de Ra, las plegarias buscan garantizar bienvenidas para el rey, presentándolo en su llegada a la Morada Celestial como un hijo volviendo hacia el padre:

Ra del Aten
Tu hijo vino a ti;
Pepi viene a ti;
Permita que él ascienda hacia ti;
Envuélvalo en tu abrazo.

Ahora «hay un clamor en el cielo: "Vemos una nueva cosa", dicen los dioses celestiales, "un Horus en los rayos de Ra"». El faraón —«al camino del Cielo, en el viento»— «avanza en el Cielo, corta el firmamento», esperando ser bien recibido en su destino.

El viaje celestial durará ocho días: «Cuando la hora de que la mañana venga, la hora del octavo día, el rey será convocado por Ra»; los dioses que guardan la entrada del Aten o de la morada de Ra lo dejarán pasar, pues el propio Ra estará esperando en la Estrella Inmortal:

Cuando esa hora del mañana llega…
Cuando el rey estuviera allá,
en la estrella que queda en el lado inferior del Cielo,
él será considerado un dios,
oído como un príncipe.
El rey los llamará;
Ellos vendrán, aquellos cuatro dioses que están en pie en los cetros-Dam del Cielo,
para que puedan decir el nombre del rey para Ra,
anunciar su nombre
Horus de los Horizontes:
¡Él vino a ti!
¡El rey vino a ti!

Navegando en el «lago que es el cielo» el faraón llega cerca «de las playas del cielo». Mientras va aproximándose, los dioses de la Estrella Inmortal anuncian como esperado: «Él llegó… Ra le dio su brazo en la Escalera para el Cielo. "Aquél que Conoce el Lugar" viene, dicen los dioses». Allá en los portones del Palacio Doble, Ra de hecho aguarda el faraón:

Tú encuentras a Ra parado allá;
Él te salude, coge tu brazo;
Él te conduce para el celestial Palacio Doble;
Él te coloca en el trono de Osiris.

Y los textos anuncian: «Ra cogió al rey para sí, para el Cielo, en el lado éste del Cielo… el rey está en aquella estrella que irradia en el Cielo».

Ahora falta un último detalle. En la compañía de «Horus del Duat», descrito como «el grande y verde divino halcón», el faraón parte para encontrar el Árbol de la Vida en el centro del lugar de las Ofrendas. «Este rey Pepi va hacia el Campo de la Vida, el lugar de nacimiento de Ra en los cielos. Ve a Kebehet aproximándose a él con los cuatro jarros que usa para refrescar el corazón del Gran Dios el día en que él

se despierta. Ella refresca el corazón de este rey Pepi y así lo refresca ¡para la vida!». Misión cumplida, los textos anuncian con júbilo:

¡Salve este Pepi!
Toda la vida que satisface te es dada;
«La eternidad es tuya», dice Ra…
Tú no pereces, tú no falleces para siempre jamás.

El rey subió a la Escalera al Cielo; él llegó a la Estrella Inmortal; su tiempo de vida es la inmortalidad, su límite la eternidad.

5

LOS DIOSES QUE VINIERON A LA TIERRA

Hoy día, los vuelos espaciales son cosas corrientes. Leemos sobre proyectos de estaciones orbitales sin ni siquiera parpadear el ojo; el desarrollo de un autobús espacial reutilizable no es encarado con espanto, sino con aprobación por sus potencialidades económicas. Todo eso acontece, claro, porque vemos con nuestros propios ojos, en la prensa y televisión, que los astronautas viajen en el espacio y naves no tripuladas, aterrizan en otros planetas. Aceptamos los viajes espaciales y los contactos interplanetarios porque escuchamos con nuestros propios oídos que un mortal llamado Neil Armstrong, el comandante de la Apolo 11, comunica por su radio —para que todo el mundo oiga— el primer descenso del hombre en otro cuerpo celestial, la Luna:

¡Houston!
Aquí base de la Tranquilidad.
¡El Águila alunizó!

Águila no era sólo el nombre código para el módulo lunar, sino también el epíteto de la nave Apolo 11 y el orgulloso apodo por el cual los tres astronautas se identificaban (Fig. 26).

Fig. 26

El Halcón también ya había viajado por el espacio y se posó en la Luna. En el inmenso Museo Aéreo y Espacial del Instituto Smithsoniano de Washington, cualquier persona puede ver y tocar los artefactos que fueron lanzados o utilizados como vehículos de apoyo en el programa espacial americano. En una sección especial, donde son simulados aterrizajes en la Luna con el auxilio del equipamiento

original, el visitante aún puede oír el mensaje grabado que procede de la superficie lunar:

Correcto, Houston.
¡El Halcón está en la llanura, en Hadley!

Fue después de ese comunicado que el Centro Espacial de Houston anunció al mundo: «Ése fue un jubiloso Dave Scott comunicando que Apolo 15 se posó en la llanura en Hadley».

Hasta pocas décadas atrás, la noción de que un mortal común podía vestir algunas ropas especiales, meterse en la parte delantera de un apretado objeto y después lanzarse hacia lejos de la superficie de la Tierra parecía absurda. Uno o dos siglos atrás, una idea como esa ni habría surgido, pues no había nada en la experiencia o conocimiento humanos para desencadenar fantasías de ese tipo.

Sin embargo, como acabamos de leer, los egipcios —hace 5 mil años— conseguían inteligentemente visualizar todo ése aconteciendo a su faraón: él viajaría hasta un área de lanzamiento al este de Egipto; entraría en un complejo subterráneo, lleno de túneles y cámaras; pasaría con seguridad por la fábrica atómica y cámara de radiación de la instalación.

Enseguida, vestiría la ropa y el equipamiento de un astronauta; entraría en la cabina de un Ascensor y se sentaría preso por correas entre dos dioses. Entonces, cuando se abrieran las Puertas Dobles, revelando el cielo de la madrugada, los motores la nave entrarían en ignición y el Ascensor se transformaría en una escalera Divina, por la cual el faraón alcanzaría la Morada de los Dioses en su «Planeta de Millones de Años».

¿En que programas de televisión los antiguos egipcios podían haber visto que esas cosas acontecen para creer tan firmemente que todo eso era realmente posible?

En la ausencia de aparatos de televisión en sus casas, la única alternativa sería que ellos pudieran haber ido a un espacio-puerto para ver que los cohetes suban y que desciendan, o que visiten un «Museo Smithsoniano» con esos artefactos en exposición, acompañados por guías asistiendo a las simulaciones de vuelos.

Los indicios sugieren que los antiguos egipcios vivieron exactamente eso: vieron el lugar de lanzamiento, los equipos pesados y a los astronautas con sus propios ojos. Sin embargo, los astronautas no eran terráqueos yendo para un determinado lugar, pero sí criaturas de otros mundos que habían venido al planeta Tierra.

Fascinados por el arte, los antiguos egipcios pintaron en sus tumbas lo que vieron o vivieron en su vida. Los dibujos llenos de detalles de arquitectura de las cámaras y pasillos subterráneos del Duat fueron encontrados en el túmulo de Seti I. Una pintura aún más sorprendente fue descubierta en la tumba de Huy, vice-rey de la Nubia y de la península del Sinaí durante el reinado del famoso Tutankamón.

Decorada con escenas de personas, lugares y objetos de las dos regiones que Huy

gobernaba, la tumba, muy bien preservada hasta los días de hoy, muestra en colores vivos un cohete espacial. La unidad está contenida en un silo subterráneo y la parte superior, (Fig. 27) con el módulo de comando, queda al nivel del suelo. El cuerpo está sub-dividido, como un cohete de varias etapas. En su parte inferior, dos personas cuidan de mangueras y palancas; hay una hilera de mostradores que circulan por encima de ellas. El corte transversal del silo muestra que él es cercado por cavidades tubulares para cambio de calor u otra función cualquiera relacionada con energía.

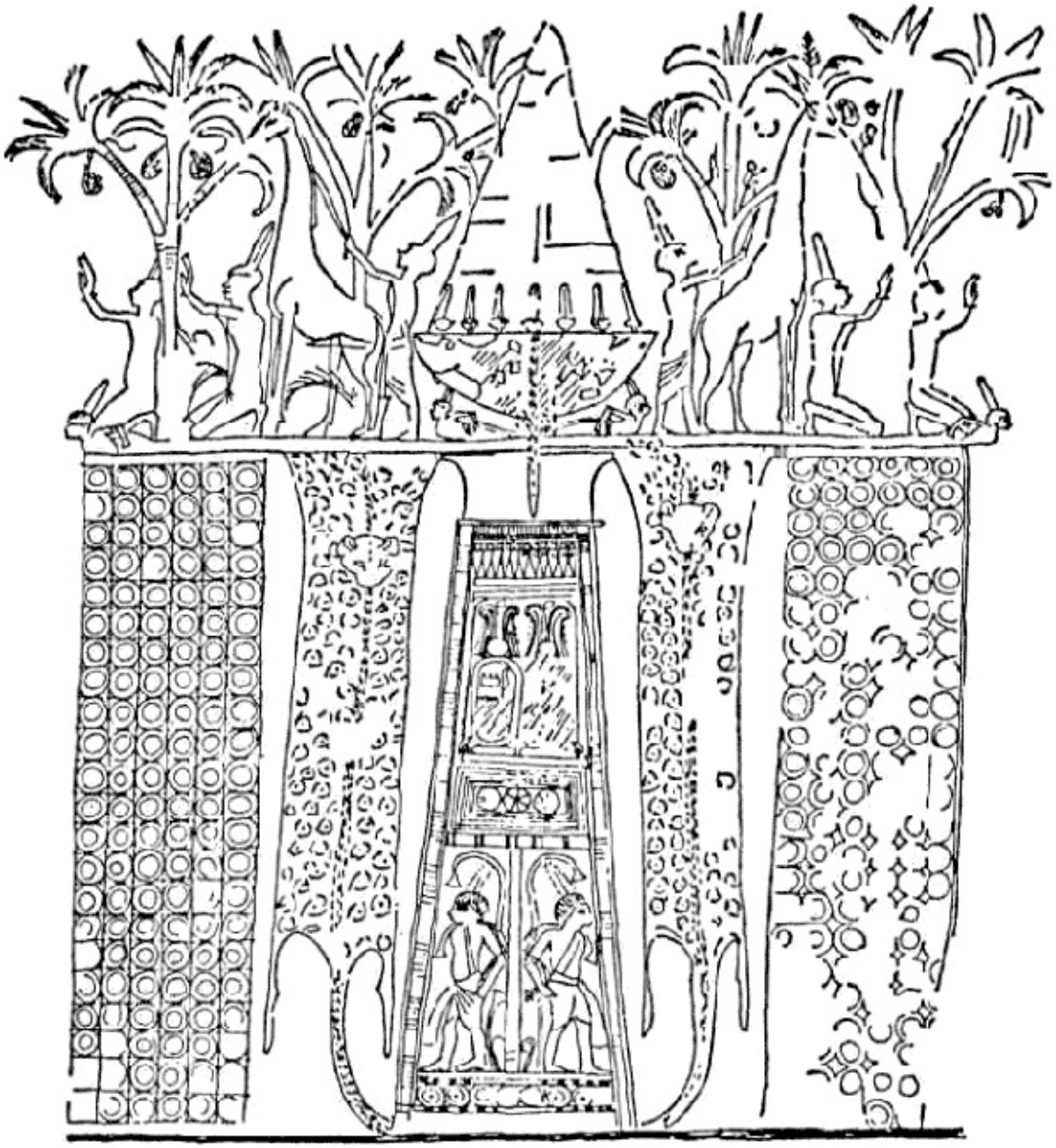


Fig. 27

Al nivel del suelo, la base hemisférica de la parte superior está claramente pintada como estando quemada, como resultado de una reentrada en la atmósfera terrestre. El módulo de comando es bastante grande para abrigar tres o cuatro personas, tiene forma cónica y en él hay «orificios de inspección» verticales en torno a su parte

inferior. La cabina está cercada por admiradores, en un ambiente que exhibe datileras y jirafas.

La cámara subterránea es ornamentada con pieles de leopardo, lo que suministra un vínculo directo con ciertas fases del viaje del faraón hacia la inmortalidad. La piel de leopardo era un vestido característico de los sacerdotes *Shem* que realizaban la ceremonia de Apertura de la Boca y, simbólicamente, reproducía los trajes de los dioses que jalaban al faraón por el «Camino Secreto del Lugar Oculto», del Duat —un simbolismo repetido para enfatizar la afinidad entre el viaje del rey y el cohete espacial en el silo subterráneo.

Como dejan claro los textos de las Pirámides, el faraón, en su transportación hacia la vida eterna, embarcaba en un viaje simulando el hecho por los dioses. Ra y Set, Osiris y Horus, y otros habían subido a los cielos de aquella manera. Sin embargo, los egipcios también creían que los Grandes Dioses habían venido a la Tierra en ese mismo Barco Celestial. En la ciudad de An (Heliópolis), el más antiguo centro de veneración de Egipto, el dios Ptah construyó, una estructura especial —una especie de Instituto Smithsoniano—, dentro del cual una cápsula espacial de verdad ¡podía ser vista y reverenciada por el pueblo!

Ese objeto secreto, el Ben-Ben, estaba guardado en el Het-Benben, el «templo del Ben-Ben». Sabemos, por la escritura en jeroglíficos en el lugar, que esa estructura parecía una enorme torre de lanzamiento dentro de la cual un cohete se mantenía apuntado para arriba, hacia el cielo (Fig. 28).

Fig. 28

Según los antiguos egipcios, Ben-Ben era un objeto sólido que había venido del Disco Celestial, la «Cámara Celestial» dentro de el cual el propio gran Dios Ra aterrizara. El término ben (literalmente: «Aquél que Fluye para Fuera») transmite el significado combinado de «brillar» y «tirar hacia el cielo».

Una inscripción de la estela del faraón Pi-Ankhi (por Brugsch, *Dictionnaire Géographique de I'Ancienne Égypte*) decía:

El rey Pi-Ankhi subió la escalera hasta la gran ventana
para poder ver al dios Ra dentro del Ben-Ben.
El propio rey, en pie y solo, empujó el cerrojo
y abrió las dos hojas de la puerta.

Entonces él vio a su padre Ra
en el espléndido santuario del Het-Benben.
Él vio el Maad, la Barcaza de Ra;
y vio Sektet, la Barcaza del Aten.

El santuario, como sabemos a partir de antiguos textos, era guardado y cuidado por dos grupos de dioses. Había los que «están del lado de afuera del Het-Benben», pero tenían acceso a las partes más secretas del templo, pues su tarea era recibir las ofrendas de los peregrinos y colocarlas en el santuario. Los otros eran primariamente guardianes, no sólo del Ben-Ben, sino de todas «las cosas secretas de Ra que están en el Het-Benben». Tal como los turistas hoy día acuden al Museo Smithsoniano para ver, admirar y hasta tocar los reales vehículos que estuvieron en el espacio, los devotos egipcios hacían viajes la Heliópolis para reverenciar y orar a Ben-Ben, probablemente con un fervor religioso semejante al de los fieles musulmanes que hacen peregrinaciones a la Meca, donde van a rezar en la Kaaba (una piedra negra que, se cree, es una réplica de la «Cámara Celestial» de Dios).

En el santuario de Heliópolis había una fuente o pozo cuyas aguas eran famosas por sus poderes curativos, especialmente en cuestiones de virilidad y fertilidad. El término ben de hecho, con el pasar del tiempo, adquirió las connotaciones de virilidad y reproducción y puede haber dado origen al significado de «descendencia masculina» que la palabra ben tiene en hebraico.

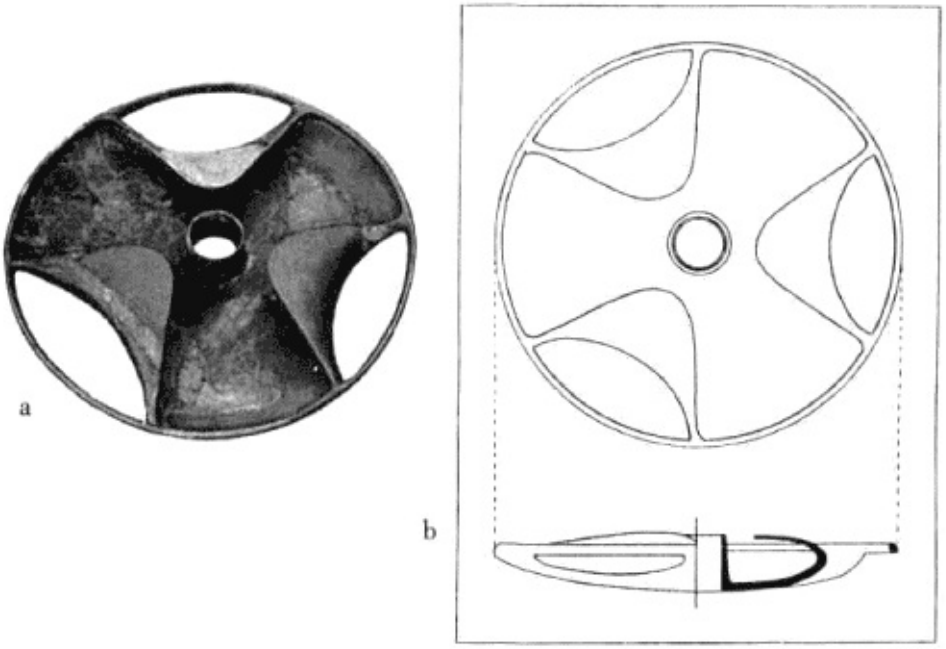
El agua de la fuente del santuario también era buena para el rejuvenecimiento, lo que, por su parte, dio origen a la leyenda del pájaro Ben, llamado Fénix por los griegos que visitaban Egipto. Según esas leyendas, el Fénix era un águila con plumaje rojo y dorado y, cada quinientos años, cuando estaba por morir, iba la Heliópolis y de una manera sorprendente renacía de las cenizas de sí misma (o de su padre).

Heliópolis y sus aguas curativas continuaron siendo veneradas hasta el inicio de la era cristiana. Las tradiciones lugareñas afirman que, cuando María y José huyeron para Egipto con El Niño Jesús, descansaron cerca del pozo del santuario.

Las historias egipcias cuentan que el santuario fue destruido varias veces por enemigos invasores. Nada resta de él actualmente; Ben-Ben también desapareció. Sin embargo, él era representado en los monumentos como una cámara cónica, dentro de la cual se podía ver un dios. Los arqueólogos encontraron un modelo en escala del Ben-Ben, hecho de piedra, mostrando un dios haciendo un gesto de bienvenida en su puerta deslizante (Fig. 29).

Fig. 29

El verdadero formato de la Cámara Celestial probablemente fue pintado en la tumba de Huy (Fig. 27). A buen seguro, el hecho de que los modernos módulos de comando —las cápsulas que abrigan a los astronautas en lo alto de los cohetes durante el lanzamiento— (fig. 30) sean tan semejantes al Ben-Ben es resultado de una similitud de propósito y función.



(a) Fig. 30 - (b) Fig. 31

En la ausencia del Ben-Ben en sí, existe una prueba física —no simples dibujos o modelos en escala— venida del santuario de Heliópolis. Ya vimos arriba que, según los textos egipcios, había otras cosas secretas de Ra en exhibición o sólo guardadas

en el templo. En el Libro de los Muertos, nueve objetos incorporados al jeroglífico para *Shem* fueron diseñados en la división relativa al templo de Heliópolis, lo que puede significar que realmente existían otros nueve objetos relacionados con el espacio o piezas de naves espaciales en exhibición en el santuario.

Los arqueólogos pueden haber encontrado una réplica de uno de esos objetos menores. Se trata de una pieza de formato extraño, llena de curvas y recortes, (Fig. 31) que ha intrigado a los estudiosos desde su descubrimiento en 1936. Es importante decir que ese objeto fue encontrado —entre otros «objetos de cobre raros»— en la tumba del príncipe heredero Sabu, hijo del rey Adjib de la 1.ª Dinastía. Por lo tanto, es cierto que él fue colocado allí alrededor de 3100 a. C., y así, podría ser más antiguo, pero ciertamente no más reciente que aquella fecha.

Relatando los descubrimientos en Sakkarah (un poco al sur de las Grandes Pirámides de Gizeh), Walter B. Emery (*Great Tombs of the First Dynasty*) describió el objeto como «un recipiente de esquisto en forma de tazón» y añadió que «no fue presentada ninguna explicación satisfactoria para el extraño formato de esa pieza». El objeto fue hecho de un único bloque de esquisto —una roca muy quebradiza que fácilmente se separa en capas finas e irregulares. Si fuera usado, el objeto inmediatamente se quebraría. Así, esa roca en particular debe haber sido escogida por ser el material adecuado para esculpirse una forma muy rara y delicada, como medio de preservar el formato y no de utilizar la pieza. Eso llevó a otros estudiosos, como Cyril Aldred (*Egypt to the End of the Old Kingdom*), a que concluyan que el objeto de piedra «posiblemente imita una forma que originalmente era de metal».

¿Pero qué metal podría haber sido usado en el cuarto milenio a. C. para producir ese objeto, qué proceso de pulimento de precisión, que metalúrgicos especializados estarían disponibles para crear un diseño tan delicado y complejo en términos estructurales? ¿Y, por encima de todo, con qué propósito?

Un estudio técnico del formato peculiar del objeto lanzó poca luz sobre su uso u origen. La pieza redonda, con cerca de 60 centímetros de diámetro y menos de 10 centímetros en su parte más espesa, fue obviamente hecha para ajustarse a una barra y girar en torno a un eje. Sus tres recortes, siguiendo una curva rara, sugieren una posible inmersión en un líquido durante la rotación.

Después de 1936, ningún esfuerzo fue hecho para descifrar el enigma. Sin embargo, su posible función acudió a mi mente en 1976, cuando yo leía una revista técnica donde eran mostrados los dibujos de un revolucionario tipo de volante desarrollado en California y conectado al programa espacial americano. El volante, detenido a la barra giratoria de una máquina o motor, viene siendo usado hace menos de dos siglos como un medio de regular la velocidad de la maquinaria, así como para acumular energía para un único arranque, como en los compresores de metal (y, más recientemente, en la aviación).

Como regla, los volantes han presentado los bordillos gruesos, pues la energía se acumula en la circunferencia de la rueda. Pero, alrededor de 1970, los ingenieros de la Lockheed Missile & Space Company inventaron un modelo completamente diferente —una rueda de bordillos finos—, afirmando que es más adecuado para economizar energía en trenes de transporte de masa o para almacenarla en autobuses eléctricos. La *Airesearch Manufacturing Company* continuó las investigaciones y desarrolló un modelo de ese volante —que no llegó a ser perfeccionado— herméticamente lacrado dentro de una carcasa llena de lubricante. El hecho de que ese volante revolucionario (Fig. 32) sea muy parecido al objeto de hace 5 mil años descubierto en Egipto es impresionante, pero se hace aún más asombroso cuando se descubre que esa pieza, encontrada en una tumba de 3100 a. C., ¡es semejante a una parte del equipamiento aún en desarrollo en el año de 1978!

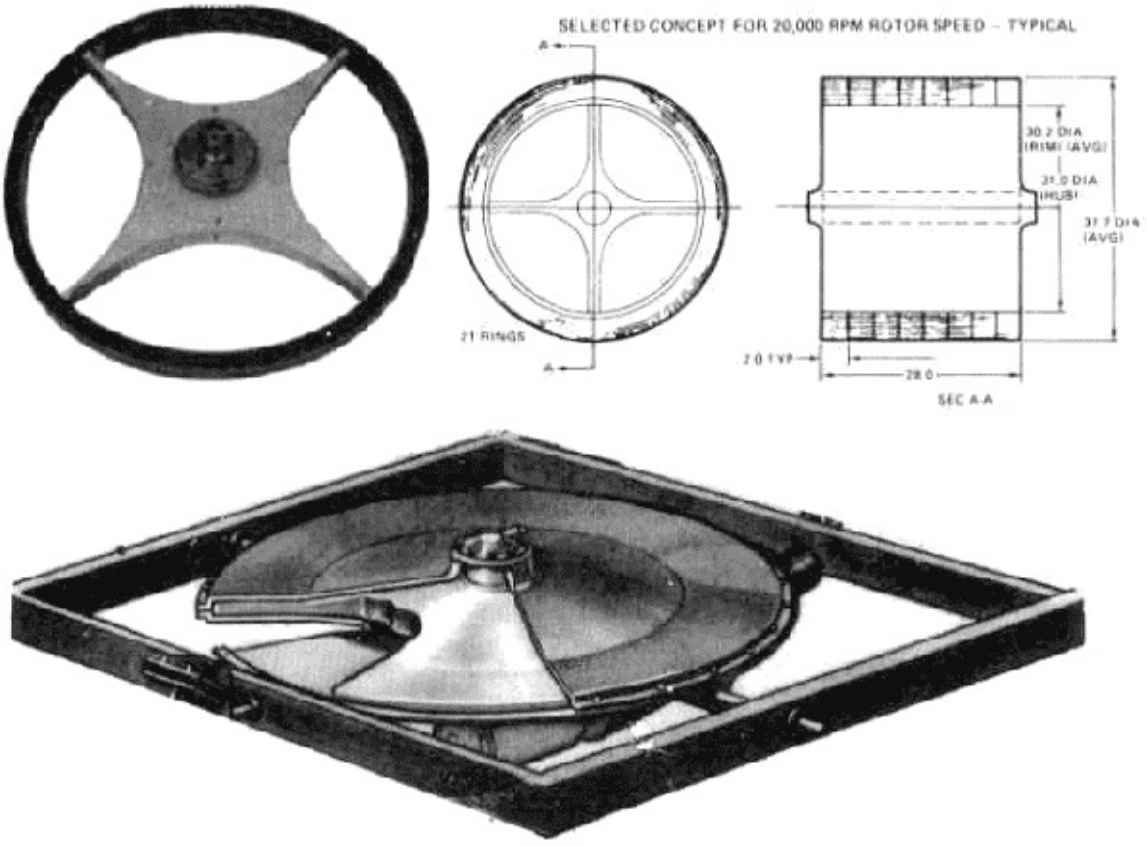


Fig. 32

¿Dónde está el original en metal de ese volante de piedra?

¿Y los objetos que aparentemente estaban en exhibición en el santuario de Heliópolis?

Y, a propósito, ¿dónde está el propio Ben-Ben?

Como tantos otros artefactos, cuya existencia en la Antigüedad fue a buen seguro documentada por los pueblos antiguos, ellos desaparecieron, tal vez destruidos por calamidades naturales o guerras, o desmontados y llevados hacia otros lugares —como botín o para ser escondidos en lugares hoy muy olvidados. Es posible que

hayan sido transportados de vuelta a los cielos, pero pueden aún estar con nosotros, sin identificación, perdidos en algún sótano de museo. O —como la leyenda del Fénix que conecta Heliópolis a Arabia podría sugerir— escondidos bajo la cámara lacrada de la Kaaba en Meca…

Podemos conjeturar, sin embargo, que la destrucción, desaparición o retirada de los objetos sagrados del santuario probablemente ocurrió durante el llamado Primer Periodo Intermediario de Egipto. En esa época, se deshizo la unificación de Egipto y pasó a reinar una total anarquía. Sabemos que los santuarios de Heliópolis fueron destruidos durante esos años de desorden. Tal vez haya sido en ese periodo que Ra dejó su templo en Heliópolis y se hizo Amón —«El Dios Oculto».

Cuando el orden comenzó a ser restaurado, lo que primero se dio en lo alto Egipto bajo la 11.ª Dinastía, la capital pasó a ser Tebas y el dios supremo Amón (o Amen). El faraón Mentuhotep (Neb-Hepet-Ra) construyó un inmenso templo cerca de Tebas, lo dedicó a Ra y lo coronó con un enorme pyramidion para homenajear la Cámara Celestial de Ra (Fig. 33).

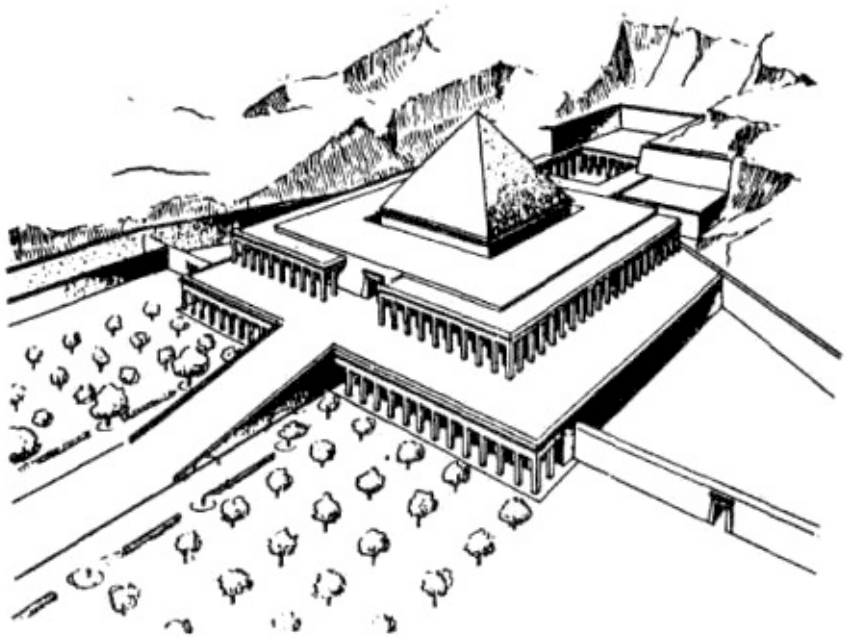


Fig. 33

Inmediatamente después del 2000 a. C., al iniciarse el reinado de la 12.ª Dinastía, hubo la reunificación de Egipto, el orden fue restaurado y volvió a existir el acceso a Heliópolis. El primer faraón de ésa dinastía, Amen-En-Hat I, inmediatamente comenzó a reconstruir los templos y santuarios de esa ciudad. Pero, si él consiguió devolver los objetos sagrados o necesitó contentarse con copias de piedra, no se sabe con certeza. Su hijo, el faraón Sen-Usert (Hjeper-Ka-Ra) —el Sesostris o Scsonchusis de los historiadores griegos— erigió delante del templo dos enormes columnas de granito (con más de 20 metros de altura), en lo alto, réplicas de la Cámara Celestial de Ra, un pyramidion cubierto de oro o plata (electro). Uno de esos obeliscos de

granito continúa en el lugar donde fue erigido hace aproximadamente 4 mil años.

El otro fue destruido el siglo XII.

Los griegos llamaban a esos pilares obeliscos, significando «cortadores con punta». Los egipcios les daban el nombre de Rayos de los Dioses. Muchos otros fueron erigidos, siempre en pares, delante de entradas de templos, (Fig. 34) durante la 18.ª y 19.ª dinastías.

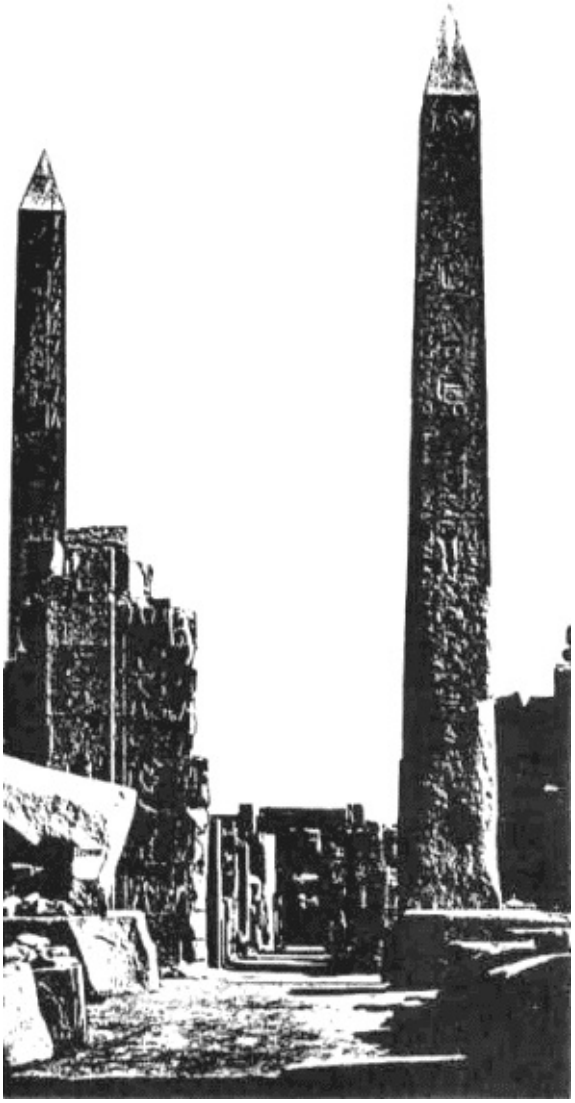


Fig. 34

Posteriormente, algunos fueron llevados hacia Nueva York, Londres, París y Roma. Los faraones afirmaban que erigían esos obeliscos para «obtener (de los dioses) el don de la vida eterna» u «obtener la vida perenne», pues ellos imitaban en piedra lo que los antiguos reyes habían visto (y presumiblemente alcanzado) en el Duat, la Montaña Sagrada: los cohetes espaciales de los dioses (Fig. 35).

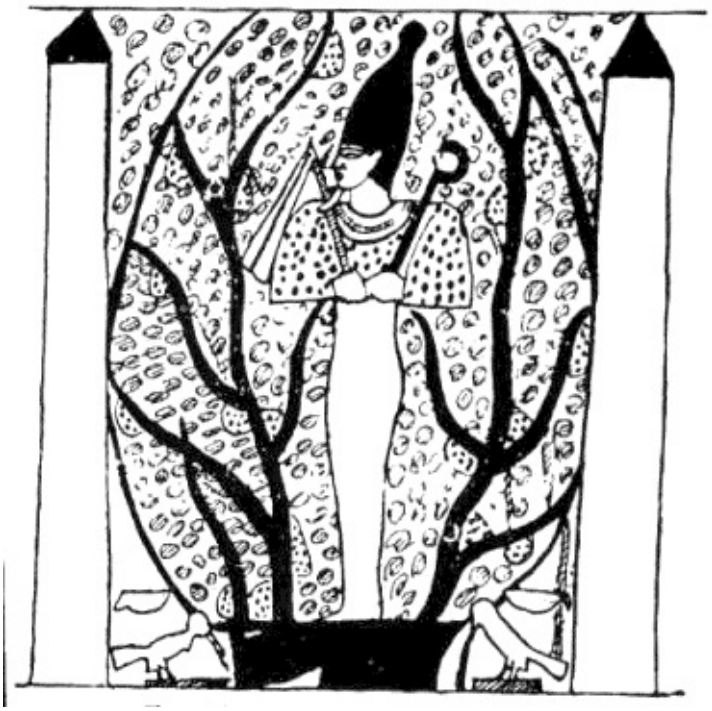


Fig. 35

Muchas lápidas tumulares actuales, donde está grabado el nombre de la persona fallecida, son copias en pequeña escala de obeliscos, una costumbre que tiene raíces en la época en que los dioses y sus naves espaciales eran una realidad.

La palabra egipcia para esos Seres Celestiales era NTR —un término que en las lenguas del antiguo Oriente Medio significaba «Aquél que Observa». El signo jeroglífico para neter era 𓊹; como todas las señales en esa escritura, él debe originalmente haber representado un objeto real, visible.

Las sugerencias de los eruditos varían de una pala con cabo largo hasta una vela. Margaret A. Murray (*The Splendor That Was Egypt*) ofrece una visión más actual. Al mostrar que la cerámica del periodo pre-dinástico más primitivo era ornamentada con dibujos de barcos cargando un palo con dos banderolas, como si fuera una insignia, (Fig. 36) ella concluye que «el mástil con las dos velas se hizo el jeroglífico para Dios».

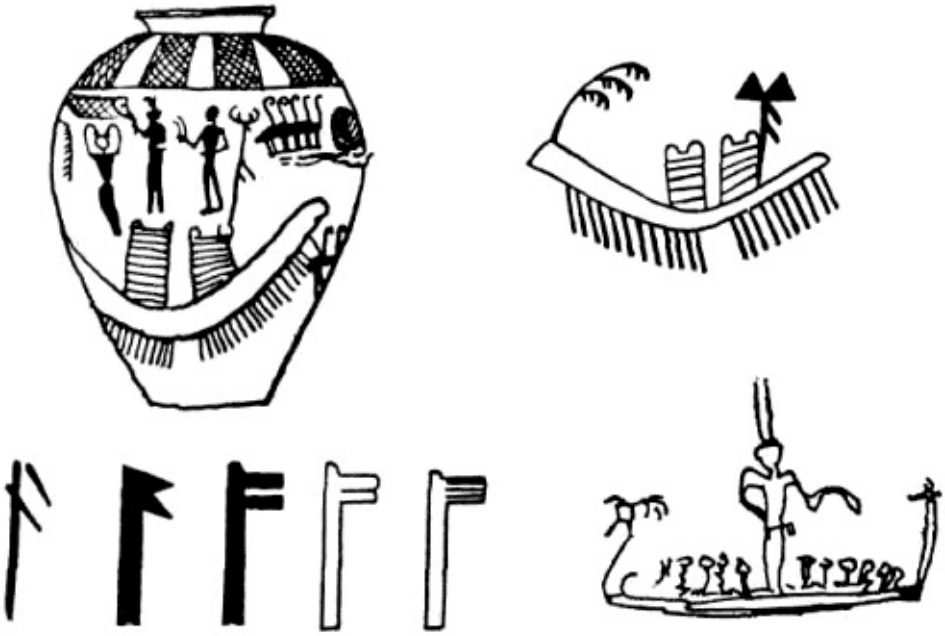


Fig. 36

Lo interesante en esos dibujos primitivos es que ellos mostraban los barcos llegando de un país extranjero. Cuando incluían personas, eran remadores sentados comandados por un jefe muy alto, distinguido por los cuernos proyectándose de su casco —la marca registrada de un Neter.

Así, de manera pictórica, los egipcios afirmaron desde sus inicios que los dioses estaban viniendo de un otro lugar, lo que confirma las leyendas de cómo Egipto comenzó —el dios Ptah, habiendo venido del sur y encontrando el área inundada, ejecutó grandes obras de contención y represamiento, haciendo la tierra habitable. En la antigua geografía egipcia existía un lugar llamado Ta Neter —«Lugar o Tierra de los Dioses»—, los estrechos en la extremidad sur del mar Rojo, que ahora tienen el nombre de Bab-el-Mandeb. Fue a través de ese estrecho que los navíos con la insignia NTR transportando a los dioses de cuerno llegaron a Egipto.

El nombre egipcio para el mar Rojo era mar de UR. El término Ta Ur significaba la Tierra Extranjera en el Este. Henri Gauthier, que compiló el *Dictionnaire de Noms Géographiques*, extrayendo todos los nombres de lugares en los textos en jeroglíficos, destacó que la señal para Ta Ur «era un símbolo que designaba un elemento náutico… ello significa usted tiene que ir en barco para el lado izquierdo». Examinando el mapa de la región en la Antigüedad, vemos que una curva hacia la izquierda, para alguien que salía de Egipto y pasaba por los estrechos de Bab-el-Mandeb, lo llevaría hacia la península Arábiga, en la dirección del golfo Pérsico.

Existen otras pistas. Ta Ur significa literalmente La Tierra de Ur, y el nombre Ur es bien conocido. Él fue el lugar de nacimiento de Abraham, el patriarca hebreo. Descendiente de Sin (*Shem*), el hijo mayor de Noé, el héroe bíblico del diluvio, él nació en la ciudad de Ur, en la Caldea, hijo de Taré: «Taré tomó su hijo Abraham, su

nieto Lot, el hijo de Aram y su nuera Sarai mujer de Abraham. Él los hizo salir de Ur de los caldeos para que fueran al país de Canaán».

En el inicio del siglo XIX, cuando los arqueólogos y lingüistas comenzaron a descifrar la historia y los registros escritos de Egipto, la única fuente que citaba Ur era el Viejo Testamento. La Caldea, sin embargo, era bien conocida, pues se trataba del nombre usado por los griegos para denominar la Babilonia, el antiguo reino de la Mesopotamia.

El historiador griego Herodoto, que visitó Egipto y la Babilonia en el siglo XV a. C., descubrió muchas similaridades en las costumbres de los dos pueblos. Describiendo el recinto sagrado del supremo dios Bel (a quien llamó de Júpiter Belus) y la enorme torre con varios pisos donde él estaba, en la ciudad de la Babilonia, él escribió que «en la torre superior hay un templo espacioso y dentro de él está un diván de tamaño raro, ricamente ornamentado, con una mesa de oro a su lado. No existe ningún tipo de estatua en el lugar y nadie ocupa la cámara, excepto una mujer que, según los caldeos, sacerdotes de ese dios, la deidad aún escoge… Ellos también afirman… que el dios desciende en persona a esa cámara y duerme en el diván. Esa historia es parecida con la de los egipcios sobre lo que aconteció en la ciudad de Tebas, donde una mujer siempre pasa la noche en el templo del Júpiter tebano (Amón)».

Conforme los estudiosos del siglo XIX fueron aprendiendo más sobre Egipto y comparando el cuadro histórico emergente con los escritos de historiadores griegos y romanos, dos hechos más fueron destacándose: Primero, la civilización egipcia y su grandeza no fueron una flor aislada que floreció en un desierto cultural, sino parte de un desarrollo conjunto que ocurrió en todas las tierras antiguas. Segundo, los cuentos bíblicos sobre otras tierras y reinos, sobre ciudades fortificadas y rutas de comercio, sobre guerras y tratados, migraciones y establecimiento en lugares diferentes, no eran sólo verdaderos, sino también exactos.

Los hititas, conocidos durante siglos sólo por las breves citas en la Biblia, surgieron en los registros egipcios como poderosos adversarios de los faraones. Una página totalmente desconocida de la Historia —una batalla importantísima entre el ejército egipcio y las legiones hititas, que tuvo lugar en Cades, en la parte norte de Canaán, fue descubierta descrita no sólo en textos, sino también representada en paredes de templos. En ese evento, hubo hasta un toque de interés personal, pues el faraón terminó casándose con la hija de un rey hitita en un esfuerzo para cimentar la paz entre ellos.

Los filisteos, «pueblos del mar», fenicios, horeos, amorreos —pueblos y reinos hasta esa época conocidos a través del Viejo Testamento— comenzaron a surgir como realidades históricas a medida que iba progresando el trabajo arqueológico en Egipto.

Sin embargo, por los relatos, las mayores civilizaciones de todas parecían haber

sido los antiquísimos imperios de la Asiria y Babilonia. Pero ¿Dónde estaban sus magníficos templos y otros restos de su grandeza? Y ¿Dónde estaban sus registros históricos?

Los viajantes que recorrían la Tierra entre los Dos Ríos, la vasta llanura entre el Tigris y el Éufrates, sólo relataban la presencia de montes —tells, en árabe y hebraico. En la ausencia de rocas, aún las más grandiosas estructuras de la Mesopotamia tenían que ser construidas de ladrillos de barro. Las guerras, las intemperies y el tiempo las habían reducido a montones de tierra. En vez de edificaciones monumentales, las excavaciones en esas áreas sólo resultaban en el descubrimiento de pequeños artefactos, entre ellos tablas de arcilla cocida inscritas con marcas en forma de cuña.

Ya en 1686, un viajante llamado Engelbert Kampfer había visitado Persépolis, la antigua capital de los reyes persas que lucharon contra Alexander y, de monumentos existentes allí había copiado señales y símbolos en esa escritura cuneiforme, como la que está en el sello real de Darío (Fig. 37). Sin embargo, él pensó que eran sólo adornos. Más tarde, cuando se percibió que aquello eran inscripciones, no hubo medios de saberse de que lengua se trataba o cómo ellas podrían ser descifradas.

Fig. 37

Con la escritura cuneiforme aconteció lo que pasó con los jeroglíficos egipcios. La llave para descifrarla surgió bajo la forma de una inscripción en tres idiomas, encontrada grabada en las rocas de las montañas amenazadoras situadas en una área de la Persia llamada Behistun. En 1835, un mayor del Ejército inglés, Henry Rawlinson, consiguió copiar la inscripción y en adelante descifrar la escritura y sus idiomas. Se descubrió entonces que el texto estaba escrito en persa antiguo, elamita y acadiano. El acadiano fue la lengua-madre de todos los idiomas semitas y fue a través del conocimiento del hebraico que los estudiosos consiguieron leer y comprender las inscripciones sobre los asirios y babilonios de la Mesopotamia.

Impulsado por esos descubrimientos, un inglés nacido en París llamado Henry

Austen Layard viajó a Mosul, un centro de caravanas al noroeste de Irak, en la época del Imperio Otomano, el año de 1840. Allá él fue huésped de William F. Ainsworth, cuya obra *Researches in Assyria, Babylonia and Chaldea* (1838) —junto con informes anteriores y pequeños descubrimientos hechas por Claudius J. Rich (*Memoir on te Ruins of Babylon*)— no sólo incendió su imaginación sino resultó en un apoyo científico y monetario por parte del Museo Británico y de la *Royal Geographical Society*. Versado tanto en las referencias bíblicas pertinentes como en los clásicos griegos, Layard se acordó de que un oficial del ejército de Alexander había relatado haber visto en el área «un lugar con pirámides y restos de una antigua ciudad», o sea, una ciudad cuyas ruinas ya eran consideradas antiguas en la época del ¡rey de la Macedonia!

Los amigos de Layard le mostraron los varios tells existentes en el área, indicando que había antiguas ciudades enterradas bajo ellos. Su entusiasmo alcanzó el punto máximo cuando él llegó a un lugar llamado Birs Nimrud. «Vi por primera vez el gran monte cónico de Nimrud elevándose contra el cielo claro del fin de la tarde», escribió Layard más tarde, en su autobiografía. «La impresión que él ejerció sobre mí jamás podré olvidarla». ¿No sería aquél el lugar donde el oficial de Alexander viera la pirámide medio enterrada? Con toda la certeza, el lugar estaba asociado al bíblico Nemrod, «el valiente cazador delante de Yahveh», que hubo fundado los reinos y ciudades reales de la Mesopotamia (Génesis, X).

Los sustentáculos de su reino fueron Babel, Arac y Acad,
Ciudades que están todas en el país de Sennar.
De ese país salió Assur,
Que construyó Nínive, Reobot-Ir, Cállese y Resen…

Con el apoyo del mayor Rawlinson, que a esa altura era el cónsul y residente británico en Bagdad, Layard volvió a Mosul en 1845 para comenzar las excavaciones en su querido tell Nimrud. Sin embargo, a pesar de lo que iría a encontrar, la gloria de primer arqueólogo moderno de la Mesopotamia no fue de él.

Dos años antes, Paul-Émile Botta, arqueólogo y cónsul francés en Mosul, amigo de Layard, ya había iniciado excavaciones en una colina un poco al norte de la ciudad, en la otra margen del río Tigris. Los nativos llamaban el lugar Khorsabadi; las inscripciones cuneiformes allí encontradas lo identificaron como Dur-Sharru-Kin, la antigua capital del bíblico Sargón, rey de la Asiria. Elevándose sobre la vasta ciudad, sus palacios y templos, había realmente una pirámide construida en siete pisos, llamada zigurat (Fig. 38).

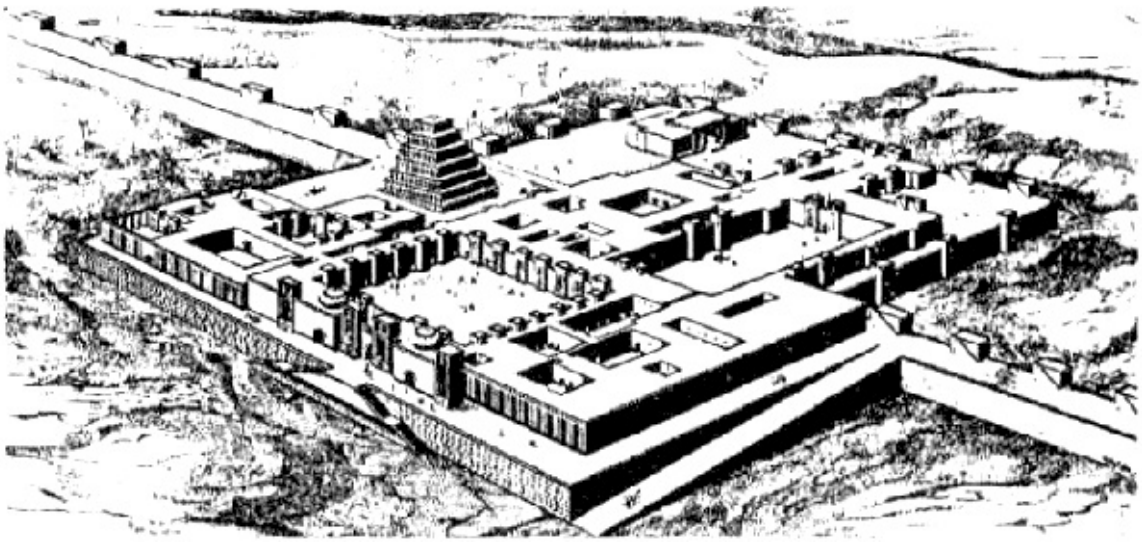


Fig. 38

Incentivado por los descubrimientos de Botta, Layard comenzó a cavar en su monte, donde creía descubrir Nínive, la capital asiria citada en la Biblia. A pesar de que las excavaciones revelaron sólo un centro militar asirio llamado Kalhu (la bíblica Cale), los tesoros allí encontrados valieron todos los esfuerzos. Había entre ellos un obelisco erigido por el rey Salmanasar II, en el cual constaba, entre los que le pagaban tributo, «Jehu, hijo de Omri, rey de Israel» (Fig. 39).

Fig. 39

Con eso, los descubrimientos asirios confirmaban la veracidad histórica del Antiguo Testamento.

Animado, Layard comenzó a excavar en 1849 una colina que quedaba directamente frente a Mosul, en el margen éste del Tigris. El lugar, llamado por los residentes del área como Kuyunjik, probó ser Nínive, la capital fundada por Senaqueribe, el rey asirio cuyo ejército fue derrotado por el ángel de Yahveh cuando sitió Jerusalén (Reyes II, 18). Después de él, Nínive sirvió como capital de Asarhaddón y Asurbanipal. Los tesoros de Nínive llevados hacia el Museo Británico aún constituyen la más impresionante porción del ala Asiria.

A medida que el ritmo de las excavaciones se aceleraba, con otros equipos arqueológicos de varias naciones entrando en la carrera, todas las ciudades mencionadas en la Biblia (con una única excepción de menor importancia) fueron siendo descubiertas. Pero, mientras los museos del mundo se llenaban de tesoros

antiguos, los hallazgos más valiosos eran las simples tablas de arcilla —algunas tan pequeñas que cabían en la palma de la mano del escriba— donde los asirios, babilonios y otros pueblos en Asia oriental escribían contratos comerciales, sentencias de tribunales, registros de boda y herencias, listas geográficas, informaciones matemáticas, fórmulas médicas, leyes y normativas, historias de las familias reales, de hecho, todos los aspectos de la vida de sociedades avanzadas y altamente civilizadas.

Cuentos épicos, leyendas sobre la Creación, proverbios, textos filosóficos, canciones de amor y temas semejantes constituían una vasta herencia literaria. Y había los asuntos celestiales —listas de estrellas y constelaciones, informaciones planetarias, tablas astronómicas; y también listas de dioses, sus relaciones familiares, atributos, tareas y funciones— dioses comandados por doce Grandes Dioses, «Dioses del Cielo y de la Tierra», a los cuáles estaban asociados los doce meses del año, las doce constelaciones del zodíaco y los doce cuerpos celestes de nuestro sistema solar.

Como a veces las propias inscripciones declaraban, su lenguaje se originaba del acadiano. Ésos y otros indicios confirmaron la narrativa bíblica de que la Asiria y la Babilonia —que surgieron en la escena histórica alrededor de 1900 a. C.— habían sido precedidas por un reino llamado Acad. Éste fue fundado por Sharru-Kin —«El Gobernante Virtuoso»—, a quien llamamos Sargón I, que vivió a cerca de 2400 a. C. Algunas de sus inscripciones también fueron encontradas y en ellas él se vanagloriaba de que, por gracia de su dios Enlil, su imperio se extendía desde golfo Pérsico hasta el mar Mediterráneo. Sargón I se denominaba a sí mismo «Rey de Acad, rey de Kish», y afirmaba haber «derrotado a Uruk, derrumbado su muralla… haber salido victorioso en la batalla con los habitantes de Ur».

Muchos eruditos creen que Sargón I era el bíblico Nemrod, de modo que los versos de la Biblia se aplican a él y a una capital llamada Kish (o Cuch, según la grafía bíblica), donde ya existía la realeza aún antes de Acad:

Cuch engendró a Nemrod,
Que fue el primer poderoso sobre la tierra…
Los sustentáculos de su reino
Fueron Babel, Arac y Acad,
Ciudades que están todas en el país de Sennar.

La real ciudad de Acad fue descubierta al sudeste de la Babilonia, el mismo aconteciendo con Kish, encontrada a sudeste de Acad. De hecho, mientras los arqueólogos descendían más por la llanura entre el Tigris y el Éufrates, mayor era la antigüedad de las ciudades excavadas. En un lugar hoy llamado de Warka, fue descubierta la ciudad de Uruk, que Sargón afirmaba haber derrotado —la bíblica Arac—, y llevó a los arqueólogos del tercer milenio a. C. ¡Para el cuarto milenio a. C.!

En ese lugar ellos encontraron la primera cerámica cocida en horno; pruebas del

uso de la rueda de alfarero; un calçamento de bloques de calcáreo que es el más antiguo de su tipo; el primero zigurat o pirámide de escalones; y los primeros registros escritos de la Humanidad: textos (Fig. 40) y sellos cilíndricos (Fig. 41) grabados en alto-relieve, que, cuando son rodados sobre arcilla húmeda, dejaban una impresión permanente.

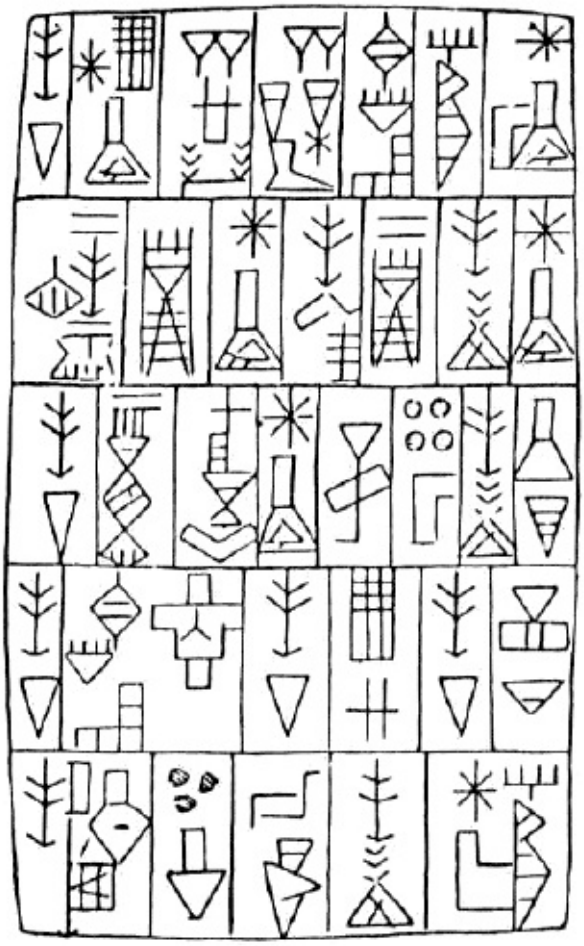


Fig. 40

Fig. 41

Ur, el lugar de nacimiento de Abraham, también fue encontrada más al sur, donde quedaba el litoral del golfo Pérsico en la Antigüedad. Había sido un gran centro comercial, con un inmenso zigurat, y sede de varias dinastías. ¿Sería entonces la parte

más antigua de la Mesopotamia, la más meridional, la bíblica Tierra de Sennar —el lugar donde acontecieron los eventos de la torre de Babel?

Una de los mayores descubrimientos de la Mesopotamia fue la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, que contenía más de 25 mil tablas de arcilla ordenadas por asunto. Un rey de gran cultura, Asurbanipal coleccionaba todos los textos en que conseguía colocar las manos y, además de eso, mandaba a sus escribas copiar y traducir inscripciones que de alguna forma o de otra no estaban disponibles. Muchas tablas estaban identificadas por los escribas como «copias de viejos textos». Un grupo de 23 tablas, por ejemplo, terminaba con un post-scríptum: «23.ª tabla; lenguaje de Shumer no modificada». El propio Asurbanipal declaró en una inscripción:

El dios de los escribas me concedió
la dádiva del conocimiento de su arte.
Fui iniciado en los secretos de la escritura.
Puedo hasta leer las intricadas placas en shumeriano.
Entendiendo las enigmáticas palabras grabadas en piedra
De los días antes del diluvio.

En 1853, Henry Rawlinson sugirió a la Sociedad Asiática Real que posiblemente había una lengua desconocida que precedía el acadiano, destacando que los textos asirios y babilonios frecuentemente usaban palabras prestadas de ese idioma, en especial cuando se trataba de textos científicos o religiosos. En 1869, Jules Oppert propuso en un encuentro de la Sociedad Francesa de Numismática y Arqueología que fuera reconocida la existencia de un lenguaje así de primitivo y de las personas que hablaban y escribían. Él mostró que los acadianos llamaban a sus antecesores como Shumerianos y hablaban de la Tierra de Shumer.

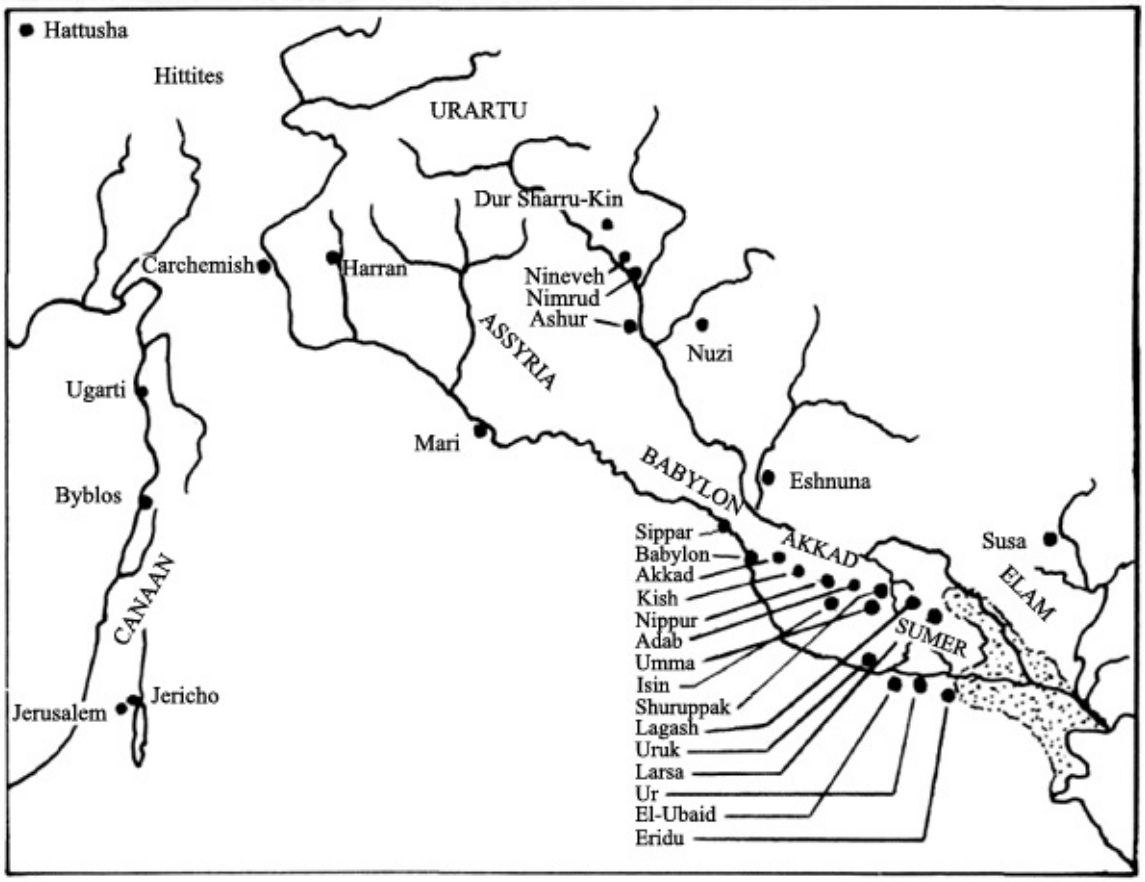


Fig. 42

Era ésa, de hecho, la bíblica Tierra de Sennar (Shin'aire), el país cuyo nombre —Shumer— significaba, literalmente, Tierra de los Observadores. Y era la misma Ta Neter de los egipcios, la Tierra de los Observadores, de la cual habían venido los dioses para Egipto.

Por más difícil que haya sido en la época, los estudiosos acabaron aceptando, después de que la grandeza y antigüedad de Egipto fue desenterrada, que la civilización, como era conocida en el Occidente, no había comenzado en Roma o en Grecia. ¿Cómo quedaría la situación ahora que estaba probado, como los propios egipcios habían sugerido, que la civilización y la religión comenzaron no en Egipto, sino en el sur de la Mesopotamia?

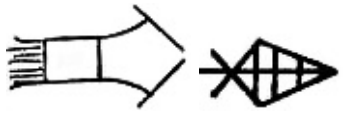
El siglo que siguió a los primeros descubrimientos en la Mesopotamia, se hizo evidente, sobre cualquier duda, que fue realmente en la Sumeria (los estudiosos se decidieron por la grafía Sumer, porque la hallaron de pronunciación más fácil) que comenzó la civilización moderna. Fue allá, inmediatamente después de 4000 a. C. —hace casi 6 mil años— que todos los elementos esenciales de una alta civilización súbitamente aparecieron, como venidos de la nada y sin motivo aparente.

Prácticamente no existe ningún aspecto de nuestra actual cultura y civilización cuyas raíces y precursores no puedan ser encontrados en la Sumeria: ciudades, rascacielos, calles, mercados, graneros, docas, escuelas, templos; metalurgia, medicina, cirugía, manufactura de tejidos, arte culinario, agricultura, irrigación; el

uso de ladrillos, la invención del horno para cerámica; la primera rueda conocida en la humanidad, coches y carros; embarcaciones y navegación; comercio internacional; pesos y medidas; el sistema monárquico, leyes, tribunales, jurados; la escritura y archivos; música, notas musicales, instrumentos musicales, danza y acrobacia; animales domésticos y zoológicos; el arte de la guerra, la artesanía, la prostitución. Y, por encima de todo, el estudio y conocimiento de los cielos y de los dioses «que vinieron del Cielo para la Tierra».

Que quede bien esclarecido aquí que ni los acadianos ni los sumerios llamaban esos visitantes de la Tierra como dioses. Sólo fue después, con el paganismo, que la noción de seres divinos o dioses fue infiltrados en nuestro lenguaje y pensamiento. Si empleo el término aquí es solamente debido a su uso y aceptación generalizados.

Los acadianos los llamaban Ilu —«Los Altísimos»—, de lo cual se origina el bíblico El. Los cananeos y fenicios los llamaban Ba'al —«Señor». Sin embargo, en los inicios de todas esas religiones, los sumerios los llamaban de DIN.GIR. «Los Virtuosos de los Cohetes Espaciales». En la primitiva escritura pictográfica de los sumerios (que posteriormente fue estilizada hacia la cuneiforme), los Términos DIN y GIR eran escritos:



DIN - GIR

Cuando los dos están combinados, podemos ver que el «cortador» o GIR, con forma semejante a un módulo de comando escénico-piramidal, se ajusta perfectamente a la nariz del DIN, mostrado como un cohete de varias etapas. Además de eso, cuando verticalizamos la palabra-dibujo, descubrimos que ella es impresionantemente parecida con el cohete espacial dentro del silo subterráneo pintado en la tumba del egipcio Huy (Fig. 43).

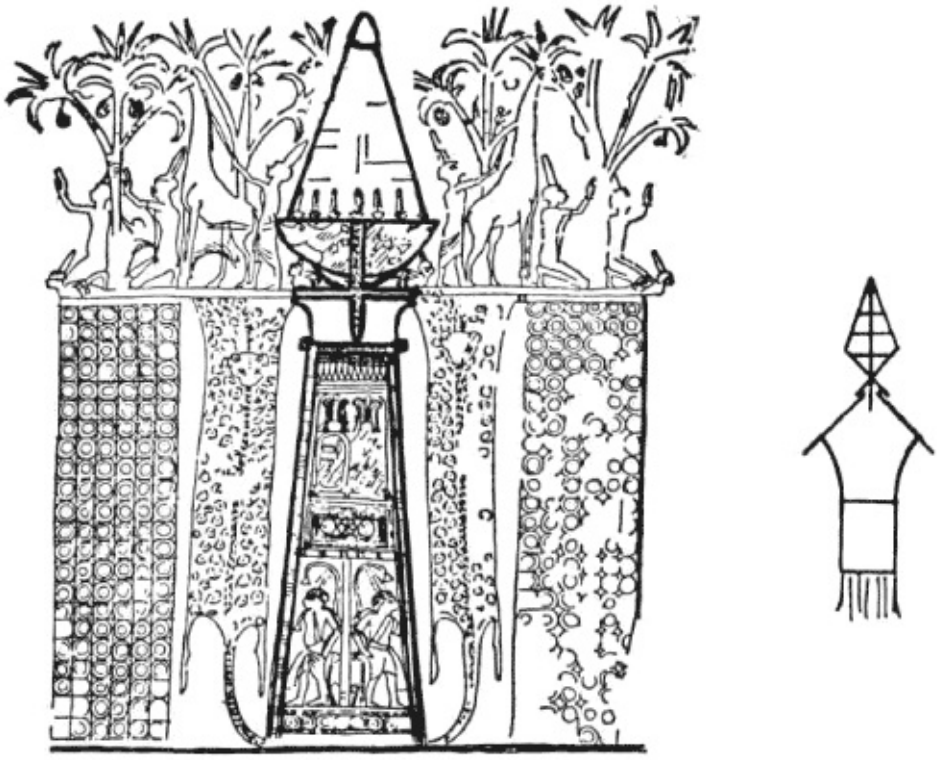


Fig. 43

A partir de leyendas cosmológicas de los sumerios y sus poemas épicos, de textos contando la biografía de esos dioses, de listas de sus funciones, relaciones familiares y ciudades, de cronologías e historias de la llamada Lista de Reyes, y de una riqueza de otros textos, inscripciones y dibujos, conseguí montar un relato coherente sobre lo que hubo en los tiempos prehistóricos y como todo aconteció.

Esa historia comienza en épocas primeras, cuando nuestro sistema solar aún era joven. Un gran planeta surgió venido del espacio sideral y fue atraído por él. Los sumerios llamaban a ese invasor NIBIRU, «El Planeta de la Travesía»; los babilonios le daban el nombre de Marduk. Cuando él estaba pasando por los planetas externos de nuestro sistema solar, su trayectoria se encorvó debido a la fuerza de atracción, lo que lo colocó en curso de colisión con un viejo miembro del sistema solar —un planeta llamado Tiamat. Cuando los dos se aproximaron, los satélites de Marduk cortaron a Tiamat por la mitad. Su parte inferior fue convertida en pedazos pequeños y esos restos planetarios formaron los cometas y el cinturón de asteroides —la «pulsera celeste»— que orbita entre Júpiter Marte. La parte superior de Tiamat y el principal satélite de ese planeta fueron lanzados en una nueva órbita, haciéndose la Tierra y la Luna.

Marduk, intacto, fue capturado en una vasta órbita elíptica en torno al Sol, lo que lo hace volver al lugar de la «batalla celeste», entre Júpiter y Marte, cada 3600 años terrestres (Fig. 44). Y fue así que nuestro sistema solar se quedó con doce cuerpos celestes —el Sol, la Luna (que los sumerios consideraban un cuerpo celeste por su propio derecho), los nueve planetas que conocemos y el 12.º: Marduk.

Cuando Marduk invadió nuestro sistema solar, trajo con él la semilla de la vida y, en la colisión con Tiamat, un poco de esa semilla pasó hacia su parte que sobrevivió —el planeta Tierra. Al desarrollarse, esa vida comenzó a copiar la evolución en Marduk y fue por eso que, cuando en la tierra la especie humana estaba en sus inicios, en Marduk los seres inteligentes ya habían alcanzado altos niveles de civilización y tecnología.

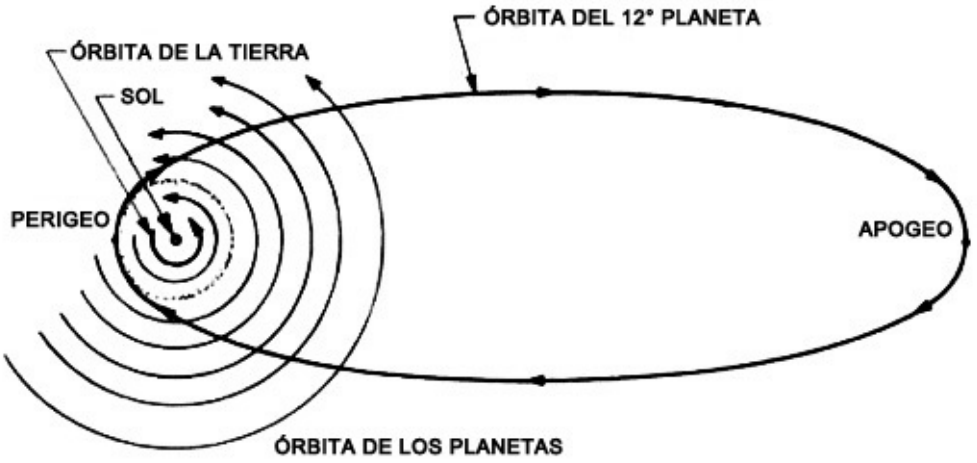


Fig. 44

Era del 12.º miembro del sistema solar, decían los sumerios, que los astronautas habían venido a la Tierra —los «Dioses del Cielo y de la Tierra». Y fue a partir de las creencias de los sumerios que todos los otros pueblos de la Antigüedad adquirieron sus dioses y religiones. Esos dioses, afirmaban los sumerios, habían creado a la Humanidad y posteriormente le habían dado la civilización, o sea, todo el conocimiento, todas las ciencias, inclusive una parte increíble de una astronomía sofisticada.

Ese conocimiento astronómico comprendía el reconocimiento del sol como el cuerpo central de nuestro sistema planetario y la cognición de todos los planetas que conocemos actualmente, inclusive los externos —Urano, Neptuno y Plutón— que son descubrimientos relativamente recientes de la astronomía moderna y no podrían haber sido observados e identificados a ojo desnudo. Y, tanto en las listas y textos planetarios, así como en descripciones pictográficas, los sumerios insistían en la existencia de un planeta más, Marduk —NIBIRU, que al punto de su órbita más próximo a la Tierra pasaba entre Marte y Júpiter como muestra este cilindro de 4,500 años (Fig. 45).

Fig. 45

La sofisticación en conocimiento celeste —que los sumerios atribuían a los astronautas venidos de Marduk— no era limitada a la familiaridad con el sistema solar. Había el universo infinito, lleno de estrellas. Fue en la Sumeria —y no siglos después, en Grecia, como se imaginaba— que por primera vez las estrellas fueron identificadas, agrupadas en constelaciones y situadas en el cielo, recibiendo nombres. Todas las constelaciones que actualmente vemos en el cielo del hemisferio norte y la mayoría de las del hemisferio sur están listadas en las tablas astronómicas de los sumerios ¡en su orden correcto y con los nombres que usamos hasta hoy!

De la mayor importancia eran las constelaciones que parecen rodear el plan o franja en la cual los planetas orbitan el Sol.

Llamadas por los sumerios de UL.HE («El Rebaño Luminoso») —que los griegos adoptaron con el nombre de *zodiakos kyklos* («El Círculo de los Animales») y nosotros aún denominamos zodíaco— ellas fueron arregladas en doce grupos para formar las Casas del Zodíaco. No sólo los nombres que los sumerios dieron a esos grupos —Tauro, Gemelos, Cáncer, León etc.— como sus descripciones pictóricas permanecieron inmutables a lo largo de los milenios (Fig. 46).

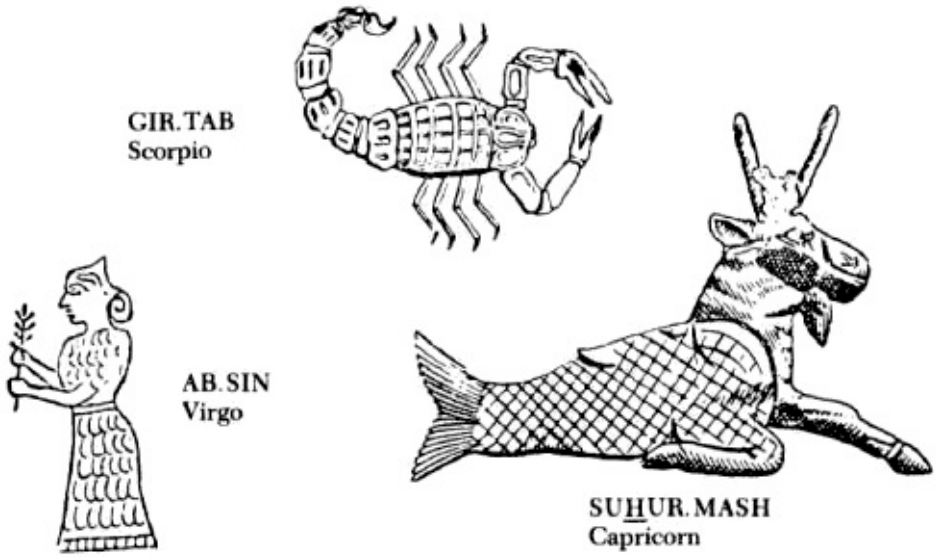


Fig. 46

Las representaciones egipcias del zodíaco, muy posteriores, eran casi idénticas a las de los sumerios.(Fig. 47)

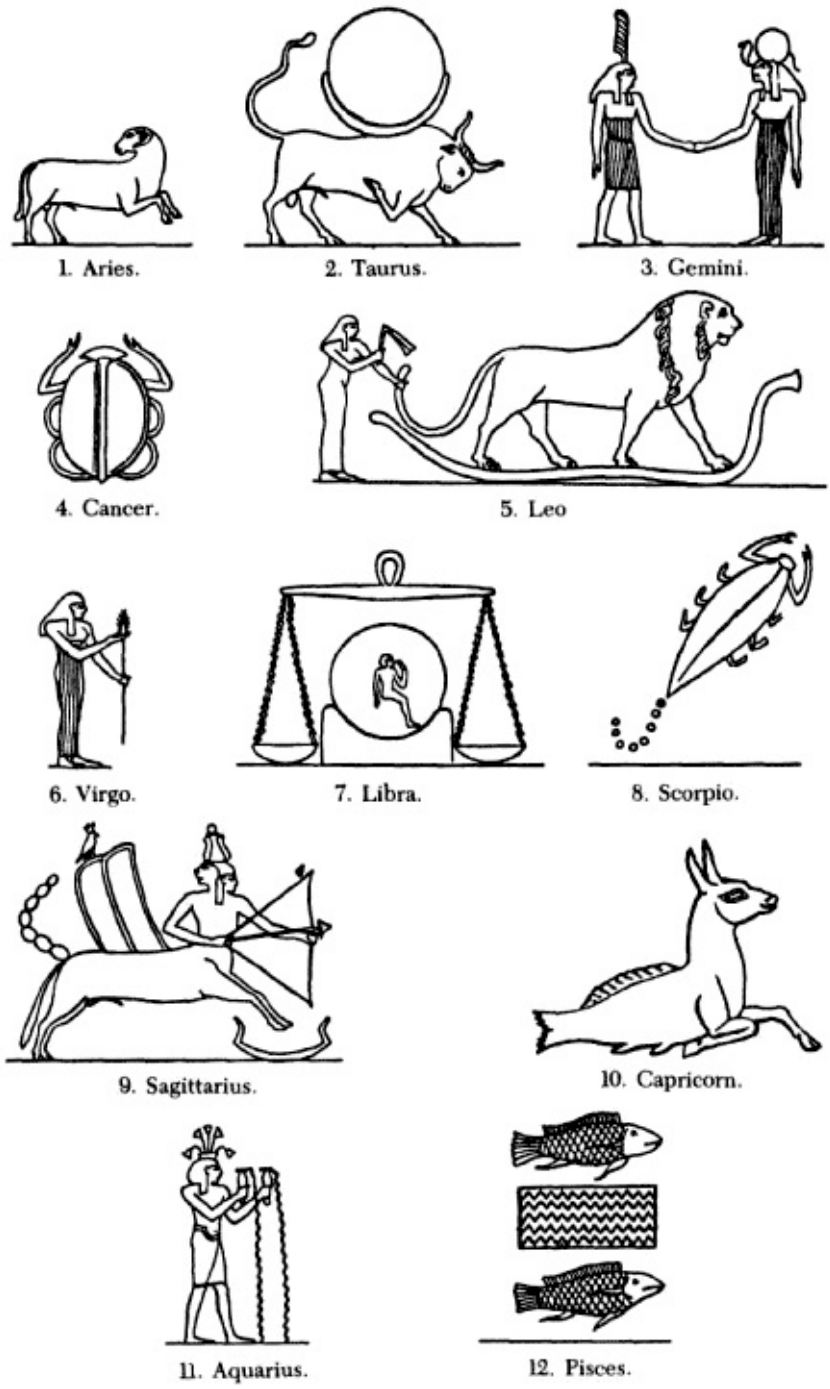


Fig. 47

Además de los conceptos de la astronomía esférica que empleamos hasta hoy (inclusive las nociones del eje celestial, polos, eclíptica, equinoccios y otras), que ya estaban perfeccionados en la época de los sumerios, había también una sorprendente familiaridad con el fenómeno de la Precesión.

Como sabemos actualmente, hay una ilusión de retraso en la órbita de la Tierra cuando un observador marca la posición del Sol en una fecha fijada (tal como el primer día de la primavera) contra las constelaciones del zodíaco que funcionan como un paño de fondo en el espacio. Causada por el hecho del eje de la Tierra al ser inclinado en relación al plan de su órbita en torno al Sol, ese retraso o precesión es infinitesimal en términos de duración de vida de los seres humanos, pues en 72 años

el cambio en el paño de fondo zodiacal es de solamente 1 grado del círculo celestial de 360 grados.

Una vez que el círculo del zodíaco que rodea la franja donde la Tierra y otros planetas orbitan en torno al Sol fue dividido en doce casas arbitrarias, cada una ocupa 1/12 del círculo completo o un espacio celestial de 30 grados. Así, la Tierra lleva 2160 años (72 x 30) para retardar a través del vano completo de una casa zodiacal. En otras palabras, si un astrónomo colocado en la Tierra estuvo observando el cielo el día de primavera cuando el Sol comenzó a subir contra la constelación o casa de Peces, sus descendientes, 2160 años después, observarán el evento con el Sol contra el paño de fondo de la constelación adyacente, la casa de Acuario.

Ningún hombre, ni ninguna nación, podría haber observado, notado y comprendido ese fenómeno en la Antigüedad. Sin embargo, las pruebas son irrefutables: los sumerios, que comenzaron su cuenta en el tiempo en la Era del Toro (que se inició a cerca de 4400 a. C.), conocían la ciencia y registraron en sus listas astronómicas los cambios precesionales anteriores para Gemelos (cerca de 6500 a. C.), Cáncer (cerca de 8700 a. C.) y León (cerca de 10 900 a. C.). Ni es preciso decir que fue reconocido alrededor de 2200 a. C. que el primer día de primavera —Año Nuevo para los pueblos de la Mesopotamia— retardó los llenos 30 grados y pasó para la constelación o «Era» de Aries, el Carnero (KU.APENAS en sumerios).

Fue reconocido por algunos estudiosos del pasado, que combinaron su conocimiento de egiptología y asiriología con astronomía, que las descripciones escritas y pictóricas empleaban la Era del Zodíaco como un grandioso calendario celeste, por lo cual los eventos de la Tierra eran relacionados con la escalada mayor de los cielos. Ese conocimiento ha sido utilizado en tiempos más recientes como un auxilio cronológico prehistórico e histórico en estudios como los de G. de Santillana y H. von Dechend (*Hamlet's Mill*). No hay duda, por ejemplo, de que la esfinge con trazos de león al sur de Heliópolis y las con aspecto de carnero, que guardaban los templos de Karnak, mostraban las eras zodiacales en que habían ocurrido los eventos que ellas representaban o en las cuales los dioses o reyes relacionados con ellas habían sido supremos.

El punto básico de ese conocimiento de astronomía y, por consecuencia, de todas las religiones, creencias, eventos y descripciones del mundo antiguo, era la convicción de que existe un planeta más en nuestro sistema solar, el de mayor órbita, un planeta supremo o «Señor Celestial» —lo que los egipcios llamaban de Estrella Inmortal o «El Planeta de los Millones de Años»—, la Morada Celestial de los Dioses. Los pueblos de la Antigüedad, sin ninguna excepción, rendían homenaje a ese planeta, el de más vasta y majestuosa órbita. En Egipto, Mesopotamia y todos los otros lugares, su omnipresente emblema era el del Disco Alado (Fig. 48).

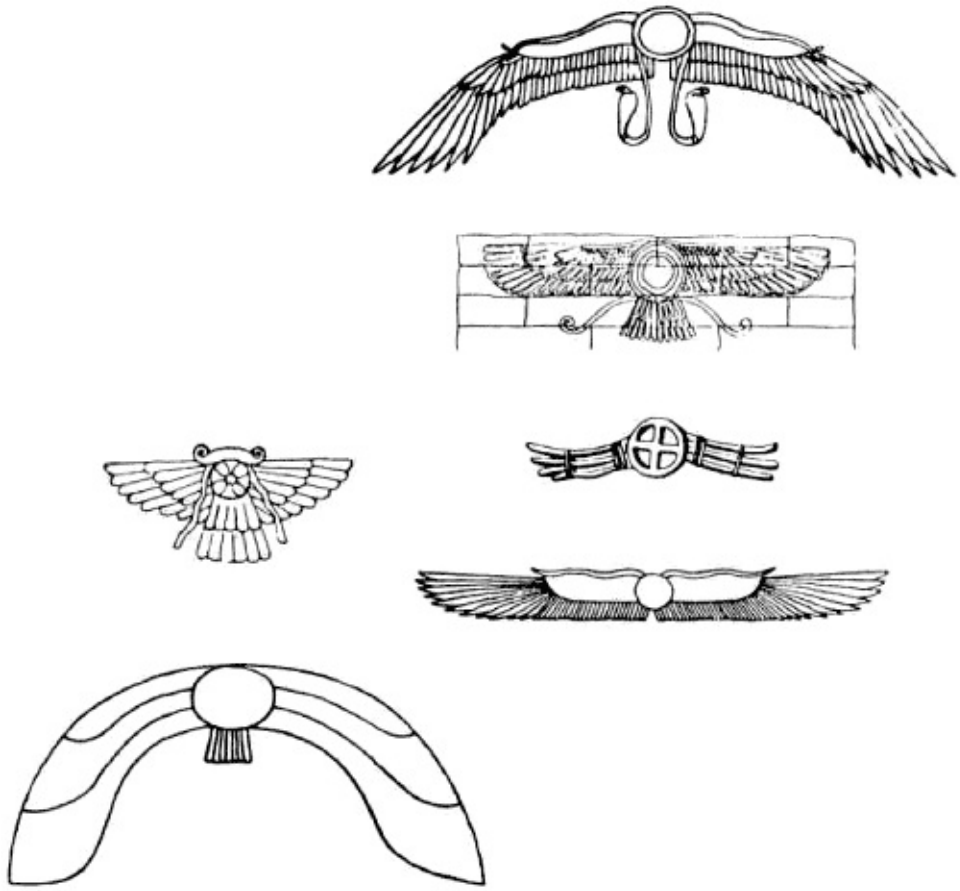


Fig. 48

Reconociendo que el Disco Celestial en las ilustraciones egipcias representaba la Morada Celestial de Ra, los estudiosos siempre insistieron en referirse a Ra como un «dios del Sol» y al Disco Alado como «Disco Solar». Ahora ya debe estar claro que no era el Sol, sino el 12.º Planeta que así era representado. De hecho, las pinturas egipcias hacían una distinción nítida entre el Disco Celestial y el Sol.

Como se puede ver, (Fig. 49) ambos eran mostrados en el cielo (representado por la forma arqueada de la diosa Nut).

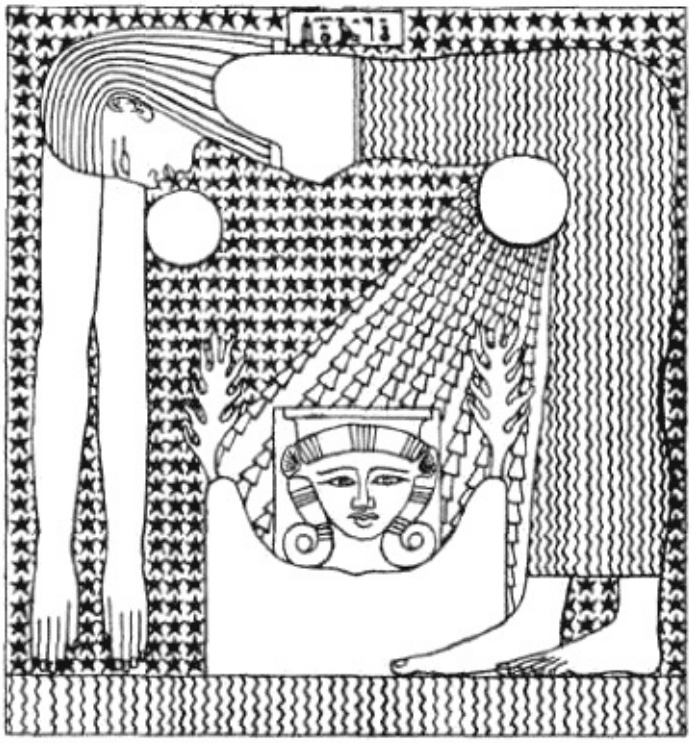


Fig. 49

Entonces, está claro que no se trata de un cuerpo celestial, sino de dos. También se puede ver perfectamente que el 12.º Planeta es mostrado como un globo o disco celestial, mientras el Sol es mostrado emitiendo sus rayos benevolentes.

Entonces los antiguos egipcios, como los sumerios, sabían, mil años atrás, que el sol era el centro del sistema solar y que él estaba constituido de doce cuerpos celestes. La prueba de eso está en los mapas celestiales pintados en los sarcófagos.

Uno de esos sarcófagos, muy bien conservado, descubierto en 1857 por H. K. Brugsch en una tumba de Tebas, muestra a la diosa Nut («El Cielo») en el panel céntrico (pintado en la parte superior del ataúd), cercada por las doce constelaciones del zodíaco. En las laterales del sarcófago, las hileras inferiores muestran las doce horas del día y de la noche. Inmediatamente enseguida vienen los planetas —los Dioses Celestiales— que son mostrados viajando en sus órbitas predeterminadas, los Barcos Celestiales (los sumerios llamaban a las órbitas «destinos» de los planetas).

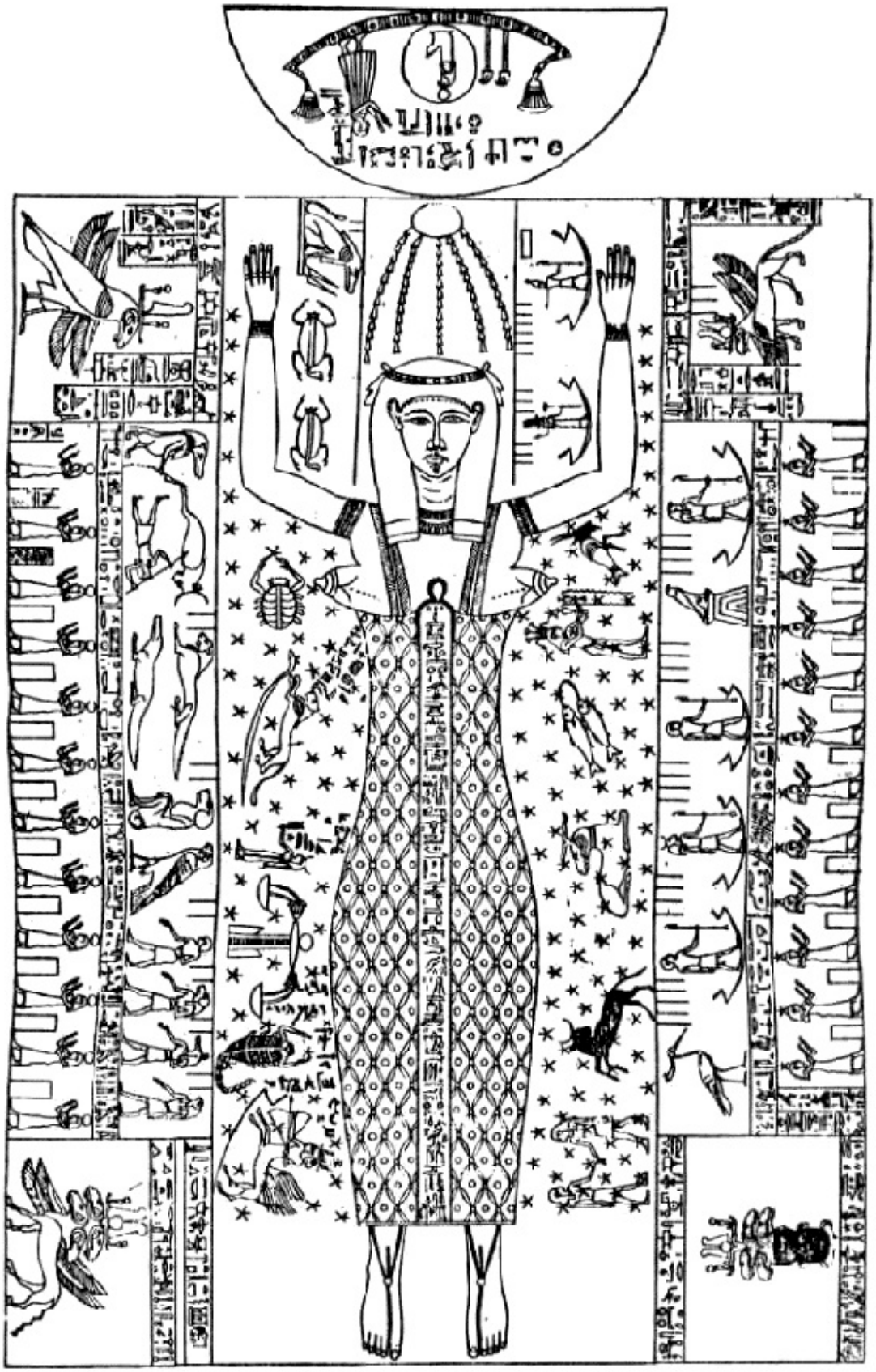


Fig. 50

En la posición céntrica, vemos el globo del sol, emitiendo rayos. Cerca de él, al lado de la mano izquierda de Nut, vemos dos planetas: Mercurio y Venus. (Venus está correctamente pintado como siendo mujer —él era el único considerado femenino por

todos los pueblos de la Antigüedad). Después, en el panel lateral, a la izquierda del cuerpo de la diosa, están la Tierra (seguida del emblema de Horus), la Luna, Marte y Júpiter como Dioses Celestiales viajando en sus barcos.

En el panel lateral a la derecha del cuerpo de Nut, se localizaron otros cuatro Dioses Celestiales en la parte inferior —continuando después de Júpiter—, sin Barcos Celestiales, pues sus órbitas eran desconocidas para los egipcios: Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. La época de la momificación del cuerpo está marcada por el Lancero apuntando su arma en la parte media del Toro.

Así, encontramos a todos los planetas en su orden correcto, inclusive los externos, que sólo fueron descubiertos en tiempos bastante recientes. El propio Brugsch, que encontró el sarcófago, como otros de su época, no tenían conocimiento de la existencia de Plutón.

Los eruditos, que estudiaron el conocimiento planetario de la Antigüedad, partían de la hipótesis de que los pueblos antiguos creían que cinco planetas —entre ellos el Sol— giraban en torno a la Tierra. Cualquier dibujo o referencias escritas a otros planetas eran, según lo afirmaban, debido a algún tipo de «confusión».

Pero no había confusión ninguna. Existía, sí, una impresionante exactitud: el Sol es el centro del sistema solar, la Tierra es un planeta y, además de ella, de la Luna y de los ocho planetas que conocemos actualmente, hay otro planeta, mucho mayor. En el sarcófago él está pintado destacándolo, por encima de la cabeza de Nut, como un importante Señor Celestial en su enorme Barco Celestial, o sea, su órbita.

Hace 450 mil años —según nuestras fuentes sumerias—, los astronautas venidos de ese Señor Celestial descendieron en el planeta Tierra.

6

LOS DÍAS ANTES DEL DILUVIO

Entendiendo las enigmáticas palabras grabadas en piedra de los días antes del diluvio.

Así afirmó, en una inscripción auto-laudatoria, el rey asirio Asurbanipal. De hecho, a lo largo de la diversificada literatura de la antigua Mesopotamia, se encontraba aquí y allí referencia a un diluvio que hubo barrido la Tierra. Cuando los eruditos comenzaron a encontrarlas, se quedaron dudando, ¿sería el relato bíblico sobre el diluvio no un mito o alegoría, sino el registro de un evento verdadero y no recordado sólo por los hebreos?

Además de eso, aún esa única sentencia en la inscripción de Asurbanipal estaba llena de dinamita científica. Ella no solamente confirmaba que había existido un diluvio sino también declaraba que por haber sido enseñado por el Dios de los Escribas, el rey era capaz de leer inscripciones antediluvianas, «las enigmáticas palabras grabadas en piedra de los días antes del diluvio». Entonces, eso sólo podía significar que aún antes del diluvio ya había escribas y talladores, idiomas y escritura, ¡que había existido una civilización en los remotos antediluvianos!

Ya fue bastante traumático los eruditos sean obligados a reconocer que las raíces de nuestra moderna civilización occidental no estaban en Grecia o Judea del primer milenio a. C., en la Asiría y Babilonia del segundo milenio a. C. y ni aún en Egipto del tercer milenio a. C., sino en la Sumeria del cuarto milenio a. C. Ahora la credibilidad científica tendría que volver aún más para atrás, hacia una época que hasta los sumerios llamaban de «viejos días», hacia una enigmática era «antes del diluvio».

Sin embargo, todas esas revelaciones chocantes deberían ser noticia vieja para cualquier persona que se haya tomado el trabajo de leer las palabras del Viejo Testamento dentro de su verdadero significado: después que la Tierra y el cinturón de asteroides fueron creados (El Rak’iba, o Cielo del Génesis), la Tierra tomó forma, se creó «Adán» y el hombre fue colocado en el Jardín que quedaba en el Edén. Sin embargo, por intermedio de las maquinaciones de una brillante «serpiente» que se atrevió a desafiar a Dios, Adán y su compañera, Eva, adquirieron un cierto conocimiento que no debían poseer. Ante eso, el Señor, hablando a seres cuyos nombres no aparecen en la Biblia, se preocupó con la posibilidad de que el hombre, «como ya es uno de nosotros», podría también servirse del Árbol de la Vida y comer y vivir para siempre. Así:

Él proscribió al hombre
Y colocó delante del Jardín del Edén

Los Querubines y la llama de la Espada Fulgurante
Para guardar el camino del Árbol de la Vida.

De esa forma Adán fue expulsado del maravilloso pomar que el Señor había plantado en el Edén, para de ahí en delante «comer las hierbas del campo» y obtener su sostén «con el sudor de su rostro». Y Adán «conoció a Eva, su mujer; ella concibió y dio a luz a Caín… y también dio a luz a Abel, hermano de Caín. Abel se hizo pastor de ovejas y Caín cultivaba el suelo».

Así, la afirmación que la Biblia hace sobre una civilización antediluviana sigue dos líneas, comenzando con la de Caín.

Después de asesinar Abel —existe una insinuación de homosexualidad como la causa—, Caín fue proscrito para el este, para la Tierra de Nod, la «Tierra de las Migraciones». Allá su mujer dio a luz a Enoc un nombre que significa «fundación». La Biblia explica que Caín «se hizo un constructor de ciudad» cuando su hijo nació «y dio a la ciudad el nombre de su hijo, Enoc». (La aplicación del mismo nombre para una persona y la ciudad asociada a él fue una costumbre que prevaleció a lo largo de toda la historia de la Antigüedad del Oriente Medio). La línea de Caín continuó con Irad, Mavíael, Matusalén y Lamec. El primer hijo de Lamec fue Jubal —nombre que en el hebraico original (Yuvat) significa «el tocador de flauta». Como explica el Libro del Génesis, él fue «el padre de todos los que tocan la lira y *charamela*».

Un segundo hijo de Caín, TubalCaín, «fue el padre de todos los laminadores en cobre y hierro». Lo que aconteció con ese habilidoso pueblo del este en la tierra de Nod nos quedamos sin saberlo, pues el Viejo Testamento, considerando maldita la línea de Caín, pierde todo el interés en dar la lista de su genealogía y su destino.

El Libro del Génesis, en su Capítulo 5, vuelve Adán y a su tercer hijo, Set. Adán, somos informados, tenía 130 años cuando Set nació y vivió ochocientos años más, durando por lo tanto, en total, 930 años. Set, que fue padre de Enós a los 105 años, vivió hasta los 912 años. Enós tuvo a Cainán a los 90 años y murió con 905. Cainán vivió 910 años. Su hijo Malaleel tenía 895 años cuando murió. Y su hijo, Jared, falleció a los 962 años.

Sobre todos esos patriarcas antediluvianos, el Libro del Génesis suministra un mínimo de informaciones: el nombre de sus padres, la edad que tenían por ocasión del nacimiento de sus herederos masculinos y («después de que engendran hijos e hijas») la edad con que murieron. Sin embargo, el patriarca que se sigue a ellos recibe un tratamiento especial:

Cuando Jared completó 162 años, engendró a Enoc…
Cuando Enoc completó 65 años, engendró a Matusalén.
Enoc anduvo con Dios.
Después del nacimiento de Matusalén,
Enoc vivió trescientos años y engendró hijos e hijas.
Toda la duración de la vida de Enoc fue de 365 años.

Y ahí se sigue la explicación —una explicación impresionante— del por qué Enoc fue considerado digno de tanta atención y detalles biográficos: ¡Enoc no murió!

Enoc anduvo con Dios, después desapareció,
Pues Dios lo arrebató.

Matusalén fue el patriarca más longevo; vivió 969 años y engendró a Lamec. Lamec, que vivió 777 años, engendró a Noé, el héroe del diluvio. En este punto del Génesis existen informaciones más detalladas: Lamec dio ese nombre a su hijo porque la Humanidad estaba pasando por una época de gran sufrimiento y el suelo era estéril e improductivo. Al llamar al hijo de Noé («Descanso»), Lamec expresó la esperanza de que «éste nos traerá descanso de nuestra lucha y frustraciones en la tierra que Dios maldijo».

Y así, a lo largo de diez generaciones de patriarcas antediluvianos bendecidos con lo que los eruditos llaman duraciones de vida «legendarias», la narrativa bíblica llega a los eventos del diluvio.

El diluvio es presentado en el Libro del Génesis como una oportunidad aprovechada por Yahveh para hacer «desaparecer de la superficie de la Tierra a los hombres que creé». Los antiguos autores hallaron necesario suministrar una explicación para una decisión tan drástica. Según somos informados, ella tuvo que ver con las perversiones carnales de los hombres, específicamente con las relaciones sexuales entre «las hijas de los hombres» y «los hijos de Dios».

A despecho de los esfuerzos monoteístas de los compiladores y editores del Libro del Génesis, luchando para proclamar la fe en una única deidad en un mundo que en la época creía en muchos dioses, restan numerosos deslices en que la narrativa bíblica habla de dioses en plural. El propio término para «deidad» (cuando el Señor no es específicamente llamado de Yahveh) no es el singular El, sino el plural Elohim. Cuando ocurre la idea de crear Adán, la narrativa adopta el plural: «Dios (Elohim) dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, y nuestra semejanza». Y, después del incidente con el fruto del conocimiento, Elohim de nuevo habló en el plural, dirigiéndose a seres no identificados.

Y ahora transpira de cuatro enigmáticos versos del Libro del Génesis, Capítulo 6, que preparan la escena para el diluvio, que no sólo existían deidades (Elohim) en el plural, sino que ellas hasta tenían hijos (también en el plural). Esos hijos enfurecieron al Señor al tener sexo con las hijas de los hombres, aumentando su pecado a los que engendraron hijos o semi-dioses a partir de esa cópula ilícita:

Cuando los hombres comenzaron a ser numerosos
Sobre la faz de la Tierra y les nacieron hijas,
Los hijos de Dios vieron
Que las hijas de los hombres eran bellas
Y tomaron como mujeres
Todas las que más les agradaban.
El Antiguo Testamento explica aún:

Ora, en aquel entonces (y también después),
Cuando los hijos de Dios se unían
a las hijas de los hombres y éstas les daban hijos,
Los Nefilim habitaban sobre la Tierra;
Éstos eran los Poderosos de la Eternidad, el Pueblo del Shem.

Nefilim —tradicionalmente traducido «gigantes»— significa literalmente «Aquéllos que Fueron Lanzados Sobre» la Tierra. Ellos eran los «hijos de los dioses» —el pueblo del *Shem*, o sea, el pueblo de los cohetes espaciales.

Volvamos, entonces, a la Sumeria y a los DIN.GIR, «Los Justos de los Cohetes Espaciales». Tomemos ahora los registros sumerios en el punto donde paramos anteriormente —450 mil años atrás.

Fue hace cerca de 450 mil años, afirman los textos sumerios, que astronautas de Marduk llegaron a la Tierra en búsqueda de oro.

Necesitaban de él no para la confección de joyas, sino para alguna necesidad apremiante conectada a la supervivencia en el 12.º Planeta.

El primer grupo de desembarque estaba compuesto de cincuenta astronautas; ellos eran llamados Anunnaki —«Los del Cielo que Están en la Tierra». Ese grupo descendió en el mar Arábico y fueron para lo alto del golfo Pérsico, allá establecieron su primera Estación Terrestre, Y.RÍE.DU —«Hogar en lo Lejano Construido». El comandante era un brillante científico e ingeniero que adoraba navegar por los mares, y cuyo hobby era pescar. Él era llamado Y.A. —«Aquel Cuya Casa ES Agua»— y diseñado como el prototipo de Acuario; pero, por haber liderado el aterrizaje, recibió el título de EN.KI —«Señor Tierra». Como todos los otros dioses sumerios, el aspecto que lo distinguía era el tocado con cuernos (Fig. 51).

Fig. 51

El plan original, según todo indica, era extraer oro del agua del mar, pero eso

probó ser insatisfactorio. La única alternativa que restó fue obtenerlo de la manera más difícil: extraer el mineral del sudeste de África, transportarlo en embarcaciones hasta la Mesopotamia para allí derretirlo y refinarlo. Enseguida, los lingotes de oro eran enviados para el espacio en el autobús espacial, que los dejaba en una nave que orbitaba la Tierra. Allí ellos se quedaban esperando la llegada periódica de una nave-madre, que llevaba el precioso metal hacia el planeta de los astronautas.

Para hacer todo eso posible, más Anunnaki tuvieron que venir a la Tierra, ellos eran seiscientos. Otros trescientos cuidaban del autobús espacial y de la estación orbital. Un espacio-puerto fue construido en Sippar («Ciudad de los Pájaros»), en la Mesopotamia, en un lugar alineado con el marco geográfico más notable del Oriente Medio —los picos del monte Ararat. Otros poblados con varias funciones —como el centro de fundición y refinación de Bad-Tibira, un centro médico llamado Suripak— fueron instalados a modo de formar un corredor de aterrizaje en forma de flecha. En el centro exacto, NIBRU.KI —«El Lugar del Cruce en la Tierra» (Nippur en acadiano)— se estableció el Centro de Control de la Misión.

El comandante-general de esa vasta iniciativa en el planeta Tierra era EN.LIL —«El Señor del Comando». En la escritura pictográfica primitiva de los sumerios, el nombre de Enlil y de su Centro de Control de la Misión eran diseñados como un complejo de estructuras con antenas altas y grandes telas de radar. (Fig 52)

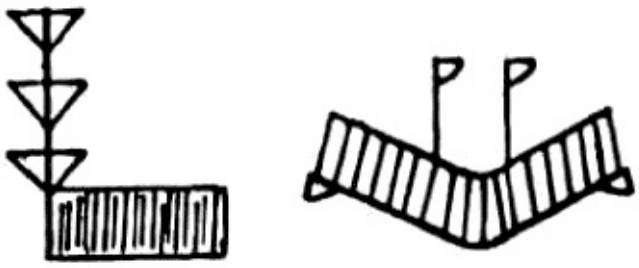


Fig. 52

Tanto Ea-Enki como Enlil eran hijos del gobernante del 12.º Planeta en la época, AN (Anu en acadiano), cuyo nombre significaba «Aquél de los Cielos» y era escrito pictográficamente como una estrella ✳. A pesar de ser el primogénito, Ea no era el heredero del trono, pues ese derecho cabía a Enlil, por haber nacido de otra esposa de Anu que también era su media-hermana. Tal vez debido al aumento de urgencia de la iniciativa, Enlil fue enviado a la Tierra y le quitó el comando a Ea, el llamado Señor Tierra. La situación se complicó aún más con la llegada de la Primer Oficial Médico —NIN.HUR.SAG («Señora del Pico de la Montaña»)— media-hermana tanto de Ea como de Enlil, lo que estimuló a los dos a buscar sus favores, pues un hijo de uno de ellos con Ninhursag heredaría el trono. El constante resentimiento de Ea contra el hermano, sumado a la creciente competición entre los dos, acabó derramándose sobre

sus descendientes y fue la causa subyacente de los muchos eventos que se siguieron.

Con el pasar de los milenios en la Tierra —aunque para los Anunnaki cada 3600 años terrestres fueran sólo uno de su propio ciclo de vida—, esos astronautas sin patente comenzaron a protestar. ¿Cabría a ellos, como hombres conectados a las misiones espaciales, que se quedaran cavando mineral en túneles calientes, oscuros y polvorientos? Ea, tal vez evitando roces con el hermano, pasaba cada vez más tiempo en el sudeste de África, lejos de la Mesopotamia. Los Anunnaki que luchaban en las minas dirigían sus quejas hacia él y juntos conversaban sobre sus insatisfacciones mutuas.

Entonces, un día, cuando Enlil llegó al área de minería en un viaje de inspección, fue dada la señal. Hubo un motín. Los Anunnaki salieron de las minas, tiraron sus herramientas en el fuego, se dirigieron para la casa donde Enlil estaba y la cercaron, gritando: «¡Basta!».

Enlil entró en contacto con Anu y se ofreció para desistir del comando y volver a su planeta. Anu vino a la Tierra. Se montó una corte marcial. Enlil exigió que el instigador del motín fuera condenado a muerte. Los Anunnaki, como un todo, rechazaron a divulgar su identidad. Oyendo los testimonios, Anu concluyó que, en verdad, el trabajo era demasiado duro. ¿Pero como interrumpir la minería del oro?

Fue entonces que Ea ofreció una solución. Contó que, en el sudeste de África, vagaba un ser que podría ser entrenado para ejecutar algunas de las tareas de minería, siempre que la «marca de los Anunnaki» pudiera ser colocada en ellos. Ea se refería a los hombres y mujeres que habían evolucionado en la Tierra, pero que aún estaban en un nivel de evolución muy distante del alcanzado por los habitantes del 12.º Planeta. Después de mucha deliberación, él recibió carta blanca: «Crea un Lulu, “un trabajador primitivo”; que él soporte el yugo de los Anunnaki».

Ninhursag, en calidad de Primer Oficial Médico, iría a ayudarlo en la empresa. Hubo muchas tentativas y errores hasta encontrarse el procedimiento correcto. Extrayendo el óvulo de una mujer-mono, Ea y Ninhursag lo fertilizaron con el esperma de un joven astronauta. Enseguida implantaron ese huevo no en el útero de la mujer-mono, sino en el de una astronauta. Finalmente fue conseguido el «Modelo Perfecto» y Ninhursag gritó de alegría: «¡Yo lo creé! ¡Mis manos lo hicieron!». Y lo levantó para que todos vieran el primer *Homo sapiens* (Fig. 53) ¡el primerísimo bebé de probeta de la Tierra!

Fig. 53

Sin embargo, como cualquiera otro híbrido, el terrícola no podía procrear. Para obtenerse más trabajadores primitivos, otros óvulos de mujeres-monos fueron extraídos, fertilizados y reimplantados en úteros de «diosas del nacimiento» — catorce de cada vez, de las cuales siete generarían hombres y siete, mujeres.

A medida que los terrícolas comenzaron a encargarse del trabajo de minería en el sudeste de África, los Anunnaki que laboraban en la Mesopotamia pasaron a envidiar sus compañeros y comenzaron a clamar por la ayuda de trabajadores primitivos. A pesar de las objeciones de Ea, Enlil se apoderó de algunos terrícolas y los llevó para Y.DIN —«La Morada de los Justos» en la Mesopotamia. El evento está registrado en la Biblia: «*Yahveh Dios tomó al hombre y lo colocó en el Jardín del Edén para cultivar y guardar*».

Durante todo ese tiempo, los astronautas que habían venido a la Tierra se preocupaban con el problema de la longevidad. Sus relojes biológicos estaban ajustados para su propio planeta. El tiempo que él llevaba para hacer una órbita completa en torno al Sol era para sus habitantes un año del ciclo de vida. Sin embargo, en un único año de ésos, la Tierra orbitaba el Sol 3600 veces, o sea, 3600 años para la vida originaria de la Tierra. Para mantener sus ciclos vitales más largos en la Tierra más veloz, los astronautas consumían un «Alimento de la Vida» y una «Agua de la Vida», que venían de su planeta natal. En los laboratorios biológicos de Eridu, cuyo emblema era la señal de las Serpientes Enlazadas, (Fig. 54) Ea intentaba desvelar los secretos de la vida, reproducción y muerte. ¿Por qué los hijos nacidos de astronautas en la Tierra envejecían más rápido que sus padres?

Fig. 54

¿Por qué los hombres-monos tenían una vida tan corta? ¿Por qué el híbrido Homo sapiens vivía mucho más que el hombre-mono, pero tenía una existencia breve cuando era comparada con la de los visitantes a la Tierra? ¿Sería debido a factores ambientales o a tendencias genéticas?

Realizando nuevos experimentos en la manipulación genética de híbridos, y usando su propio esperma, Ea encontró otro «modelo perfecto» de terrícola. Adapa, como lo llamó, tenía una inteligencia mayor y, por encima de todo, la capacidad de procrear, pero no poseía la longevidad de los astronautas:

Con amplia comprensión él lo hube perfeccionado…
Para él hube dado el Conocer;
La vida Eterna no le concedió.

Así Adán y Eva del Libro del Génesis recibieron la dádiva o fruto no sólo del Conocimiento, sino también del Conocer —el término bíblico hebraico para la cópula con la intención de engendrar descendientes. Encontramos ese cuento «bíblico» ilustrado en un dibujo sumerio arcaico (Fig. 55).

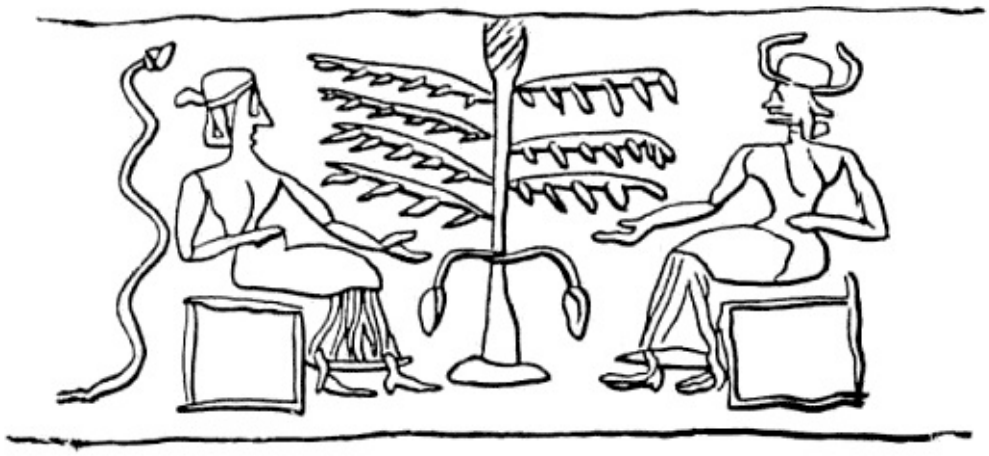


Fig. 55

Enlil se quedó indignado al descubrir lo que Ea hizo. Jamás se pretendió que el hombre fuera capaz de procrear como los dioses. Se quedó preguntándose lo que vendría enseguida. ¿Ea daría al hombre una vida eterna? En el 12.º Planeta, Anu también se quedó perturbado. «Levantándose de su trono, ordenó: ¡Que traigan Adapa para acá!».

Temiendo que su humano perfeccionado fuera destruido en la Morada Celestial, Ea lo instruye —para evitar el alimento y el agua que le serían ofrecidos, pues contendrían veneno. Él lo aconsejó:

Adapa,
Tú estás yendo delante de Anu, el Gobernante.
Tomarás el camino para el cielo.
Cuando al cielo que tú hayas subido
Y aproximado al portón de Anu,
En él encontrarás a Tammuz y a Gizzida esperando…
Ellos hablarán con Anu;
Harán que el rostro benigno de Anu te sea mostrado.
Cuando estuvieras delante de Anu,
Cuando te ofrezcan el Pan de la Muerte,
Tú no lo comerás.
Cuando te ofrezcan el Agua de la Muerte,
Tú no a beberás…

«Entonces él lo hizo tomar la carretera para el cielo y para el cielo Adapa subió».

Cuando Anu vio Adapa, se quedó impresionado con su inteligencia y cuánto había aprendido de Ea sobre «el plan del Cielo y de la Tierra». «¿Qué haremos con él?», preguntó a sus consejeros, ya que Ea lo «hubo distinguido haciendo un *Shem* para él» —permitiendo que Adapa viajara en una nave espacial de la Tierra para Marduk.

La decisión fue mantener a Adapa permanentemente en Marduk.

Para que él pudiera sobrevivir, «el Pan de la Vida le fue traído», así como el Agua de la Vida. Sin embargo, alertado por Ea,

Adapa se negó a comer y a beber. Cuando sus falsas razones fueron descubiertas, ya era demasiada tarde; la oportunidad de obtener la vida eterna había pasado.

Adapa fue devuelto a la Tierra —un viaje durante el cual vio el «terrorífico» espacio, «del horizonte del Cielo al cenit del Cielo».

Los dioses lo ordenaron como Alto Sacerdote de Eridu y Anu le prometió que de esa fecha en delante la Diosa de la Cura trataría también los males de la humanidad. Sin embargo, la meta máxima del mortal —la vida eterna— ya no sería alcanzada.

De ahí en delante, la raza humana proliferó. Los humanos ya no eran sólo esclavos en las minas o siervos en los campos. Ellos ejecutaban todas las tareas, construían «casas» para los dioses —lo que llamamos «templos»— e inmediatamente aprendieron a cocinar, bailar y tocar música para ellos. No tardó mucho y los jóvenes Anunnaki, carentes de compañía femenina, comenzaron a tener sexo con las hijas de los hombres. Una vez que todos provenían de la misma primera semilla de la Vida y el hombre era un híbrido creado con la «esencia» genética de los Anunnaki, los astronautas y terrícolas descubrieron que eran biológicamente compatibles «y de ellos nacieron hijos».

Enlil observaba esos eventos con creciente preocupación. El propósito original de la llegada a la Tierra, el sentido de la misión, de dedicación a la tarea ya no existía. La principal preocupación de los Anunnaki parecía ser una buena vida, y peor, ¡en la compañía de una raza de híbridos!

Fue la propia naturaleza que ofreció la Enlil la oportunidad de colocar un fin en el deterioro de las costumbres y ética de los Anunnaki. La Tierra estaba entrando en una nueva Edad del Hielo y el clima agradable sufría cambios. A medida que el clima iba enfriando, también se hacía más seco. Las lluvias se hicieron menos frecuentes, las aguas de los ríos más escasas. Las cosechas fracasaron, el hambre se esparció. La Humanidad comenzó a enfrentar grandes sufrimientos; los hijos escondían alimentos de sus padres, madres se comían a sus niños. Ha pedido de Enlil, los dioses evitaron ayudar la Humanidad: «Ellos que mueran de hambre, ellos que sean diezmados», decretó Enlil.

En el «Grande Abajo» —en Antártida— la Edad del Hielo también estaba causando cambios. De año a año el tapacubos de hielo que cubría el continente en el polo sur se hacía más espeso. Bajo la creciente presión de su peso, hubo un aumento del roce y calor en su faz interior. Luego el inmenso tapacubos flotaba en una placa escurridiza de lodo. En la estación orbital vino la alerta: el tapacubos de hielo estaba entrando en equilibrio inestable; si él resbalara del continente hacia el océano la inmensa onda causada por el impacto ¡cubriría toda la Tierra!

El peligro era inminente. En el cielo, el 12.º Planeta estaba vuelto hacia su punto más próximo a la Tierra, entre Júpiter y Marte. Como ya había acontecido en ocasiones anteriores, su fuerza gravitacional causaría terremotos e inestabilidad en los movimientos de la Tierra. Se calculaba que esa fuerza gravitacional desencadenaría el deslizamiento del tapacubos polar, inundando la Tierra con un diluvio global. Los

propios astronautas no quedarían inmunes a la catástrofe.

Mientras se iniciaban los preparativos para juntar a todos los Anunnaki cerca del espacio-puerto y dejar listas las naves que los llevarían hacia el espacio antes de que la onda llegara, fueron empleadas artimañas para mantener en secreto a la Humanidad el desastre inminente. Temiendo la invasión del espacio-puerto por una turba desesperada, todos los dioses fueron obligados a jurar que no revelarían el secreto. «En cuanto a los hombres», dijo Enlil, «ellos que perezcan; que la semilla del terrícola sea eliminada de la faz de la Tierra».

En Suripak, la ciudad gobernada por Ninhursag, las relaciones entre el hombre y los dioses habían alcanzado su punto máximo.

Allá, por primera vez, un terrícola había alcanzado la posición de rey. Con el crecimiento de los sufrimientos de la raza humana, ZI.U.SUD.RA (como los sumerios lo llamaban) suplicó el auxilio de Ea. De tarde en tarde, Ea y sus marineros traían clandestinamente para el rey y su pueblo una carga de pez. Sin embargo, ahora la cuestión envolvía el propio destino de la Humanidad. Todo el trabajo de Ea y Ninhursag perecería «y se volvería barro» —como Enlil deseaba—, ¿o la semilla de la Humanidad debería ser preservada?

Actuando por cuenta propia, pero atento a su voto de guardar secreto, Ea vio en Ziusudra la oportunidad de salvar a la raza humana. Así que el rey volvió para orar y suplicar en el templo, Ea comenzó a susurrar por detrás de una tela. Fingiendo conversar consigo, dio instrucciones urgentes la Ziusudra:

¡Derrumba la casa, construye un barco!
¡Desiste de tus posesiones, busca la vida!
¡Olvida lo que tienes, mantén tu alma viva!
Embarca la semilla de todas las cosas vivas.
Ese barco construirás
Según las medidas.

La embarcación sería una nave sumergible, un «submarino» capaz de soportar la avalancha de agua. Los textos sumerios contienen las dimensiones y otras instrucciones estructurales para los varios sectores y compartimentos con tal riqueza de detalles que es posible diseñar el barco, como lo hizo Paul Haupt (Fig. 56).

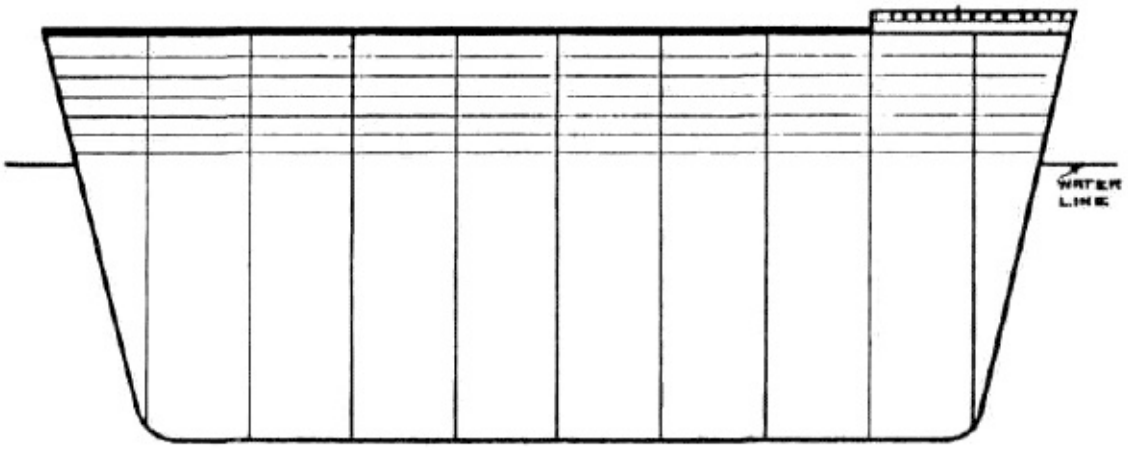


Fig. 56

Ea también suministró un navegador a Ziusudra, mandándolo dirigir la embarcación hacia el «Monte de la Salvación», el monte Ararat. Siendo la cadena de montañas más alta del Oriente Medio, sus picos serían los primeros a emerger del agua. El diluvio vino como esperado. «Ganando velocidad mientras soplaba» del sur, «sumergiendo montañas, derrumbando personas como en una batalla». Viendo la catástrofe por encima, mientras orbitaban la Tierra en su nave, los Anunnaki y sus líderes percibieron cuánto se habían enamorado de la Tierra y de la Humanidad. «Ninhursag lloró… los dioses lloraron con ella por la Tierra… Los Anunnaki, acongojados, se sentaban y lloraban» amontonados, helados y hambrientos, en su autobús espacial.

Cuando las aguas bajaron y los Anunnaki comenzaron a aterrizar en el Ararat, se quedaron encantados al descubrir que la semilla de la Humanidad estaba a salvo. Sin embargo, cuando Enlil llegó, se enfureció al ver que «una alma viva hubo escapado». Fueron necesarias muchas súplicas de los Anunnaki y el poder de persuasión de Ea para hacerlo entender su punto de vista —si la Tierra iba a ser repoblada, los servicios del hombre serían indispensables.

Y fue así que los hijos de Ziusudra y sus familias fueron enviados para poblar las cadenas de montañas que flanqueaban la llanura de los dos ríos, esperando la hora cuando esa área estuviera suficientemente seca para ser habitada. En cuanto la Ziusudra, los Anunnaki:

La vida de un dios le dieron;
Aliento eterno, como el de un dios, le concedieron.

Eso fue conseguido a través del cambio del «Aliento de la Tierra» de Ziusudra por el «Aliento del Cielo». Entonces ellos llevaron a Ziusudra, «el preservador de la semilla de la Humanidad», y a su mujer, para «que residan en el lugar lejano».

En la Tierra de la Travesía,
En la Tierra de Tilmun
En el lugar donde Utu se eleva,
Ellos lo hicieron habitar.

Se hace evidente, por lo tanto, que las leyendas sumerias sobre los dioses del Cielo y de la Tierra, de la creación del hombre y del diluvio fueron la fuente de la cual otras naciones del antiguo Oriente Medio extrajeron su conocimiento, creencias y «mitos».

Ya vimos cómo las creencias egipcias combinaban con las sumerias, cómo su primera ciudad sagrada recibió el nombre en homenaje a An, como Ben-Ben se asemejaba al GIR sumerio, y así por delante.

También es generalmente aceptado los días de hoy, que los relatos bíblicos sobre la Creación y los eventos que llevaron al diluvio son versiones hebraicas condensadas de las tradiciones sumerias. El héroe bíblico del diluvio, Noé, era el equivalente del Ziusudra sumerio (llamado Utnapishtim en las versiones acadianas). Sin embargo, mientras los sumerios afirmaban que el héroe del diluvio fue hecho inmortal, nada en la Biblia es dicho a ese respecto sobre Noé. La inmortalización de Enoc también recibe poca atención, al contrario de los cuentos sumerios sobre Adapa y otros textos tratando del ascenso de escogidos. Sin embargo, esa abrupta actitud bíblica no fue capaz de impedir la diseminación, a lo largo de milenios, de leyendas sobre los héroes bíblicos y su estadía en el paraíso o su retorno a él.

Según leyendas muy antiguas, que sobrevivieron en varias versiones originarias de una composición con casi 2 mil años de edad llamada El Libro de Adán y Eva, Adán enfermó después de completar 930 años. Viendo al padre «enfermo y sufriendo dolores», su hijo Set se ofreció para ir «hasta el portón del paraíso más próximo… y lamentar y suplicar a Dios; tal vez él me oirá y enviará Su ángel para traerme la fruta la cual tú tanto ansiaste» —el fruto del Árbol de la Vida.

Pero Adán, aceptando su sino de mortal, sólo deseaba alivio para los dolores lacerantes. Así, pidió a Eva, su mujer, fuera en compañía de Set hasta «las vecindades del paraíso», para que allá pidieran no el Fruto de la Vida, sino una única gota del «óleo de la vida», que escurría del árbol sagrado, «para ungirme con él, de modo que yo pueda tener alivio de estos dolores».

Haciendo como Adán pidió, Eva y Set llegaron a los portones del paraíso y rogaron al Señor. Finalmente, el ángel Miguel se apareció a ellos anunciando que la súplica no sería atendida. «El tiempo de la vida de Adán terminó», dijo el ángel; su muerte no debía ser evitada o aplazada. Seis días después, Adán murió.

Incluso los historiadores de Alexander crearon un vínculo directo entre sus aventuras y Adán, el primer hombre que vivió en el paraíso y era prueba de su existencia y poderes de conceder vida. Ese vínculo era una piedra, única de su tipo, capaz de emitir luz.

Se decía que ella fue sacada del Jardín del Edén por Adán y que había pasado de generación en generación hasta llegar a las manos de un faraón inmortal, que la había dado al rey de la Macedonia.

Esa trama de paralelos se hace más densa a medida que vamos tomando conciencia de la existencia de otras leyendas, como el antiguo cuento judaico que afirmaba que el cayado, con el cual Moisés realizó muchos milagros, inclusive la separación de las aguas del lago de Juncos, fue traído por Adán del Jardín del Edén. Adán lo dio a Enoc que por su parte lo pasó a su bisnieto Noé, el héroe del diluvio. Enseguida él fue heredándolo por la línea de Sin, de generación en generación, hasta llegar a Abraham (el primer patriarca hebreo post-diluviano). El bisnieto de Abraham, José, llevó el cayado consigo cuando fue a Egipto, donde alcanzó muy alta posición en la corte del faraón. Allá el cayado permaneció entre los tesoros del reino y fue así que llegó a las manos de Moisés, pues éste fue criado en la corte y vivía como un príncipe egipcio antes de huir para la península del Sinaí. En una versión de esa leyenda, el cayado era hecho de una única piedra; en otra, de una rama del Árbol de la Vida que crecía en el Jardín del Edén.

En esas relaciones entrelazadas, volviendo a los más primitivos de los tiempos, también existían leyendas conectando Moisés a Enoc. Un cuento judaico, llamado «El Ascenso de Moisés», habla de que cuando el Señor llamó Moisés en el monte Sinaí y lo encargó de llevar a los israelitas para afuera de Egipto, éste resistió a la misión por varios motivos, entre ellos su habla vaga y poco elocuente. Determinado a acabar con esa humildad, el Señor decidió mostrar Moisés «los ángeles», los misterios del cielo y el lugar donde quedaba su trono. Entonces «Dios ordenó a Metatrón, el Ángel de la Fisonomía, conducir Moisés hasta las regiones celestiales». Aterrorizado, Moisés preguntó a Metatrón: «*¿Quién eres tú?*». Y el ángel (literalmente: «emisario») respondió: «*Soy Enoc, hijo de Jared, tu ancestro*». Acompañado por el angélico Enoc, Moisés viajó por los siete cielos, vio el infierno y el paraíso y enseguida fue devuelto al monte Sinaí, donde aceptó su misión.

Otro libro muy antiguo lanza más luz sobre las ocurrencias relacionadas con Enoc y su preocupación con el inminente diluvio y su bisnieto Noé. Llamado «Libro de los Jubileos», él también era conocido en la Antigüedad como el «Apocalipsis de Moisés», pues habría sido escrito por éste en el monte Sinaí mientras un ángel le dictaba las historias del pasado. (Los eruditos, empero, creen que la obra fue compuesta el segundo siglo a. C.)

El relato sigue de cerca las narrativas bíblicas del Libro del Génesis, pero suministra más detalles, como los nombres de las mujeres e hijas de los patriarcas pre-diluvianos, y amplía los eventos experimentados por la Humanidad en esa época distante.

La Biblia nos informa que el padre de Enoc era Jared («Descendido»), pero no porque él recibió ese nombre. El Libro de los Jubileos nos esclarece al respecto. Dice que los padres de Jared le dieron ese nombre:

Pues en sus días los ángeles del Señor descendieron a la Tierra

Aquéllos que son llamados «Los Observadores».
Para instruir a los hijos de los hombres
E implantar el juicio y la restricción en la Tierra.

Dividiendo las eras en «jubileos», el Libro de los Jubileos continúa narrando que «en el 11.º jubileo, Jared tomó para sí una esposa; Baraka ("Claro del Rayo") hija de Rasujal, una hija del hermano de su padre… y ella le dio un hijo y lo llamó Enoc. Él fue el primero entre los hombres nacidos en la Tierra que aprendió la escritura, el conocimiento y la sabiduría, y escribía las señales del cielo de acuerdo con el orden de sus meses en un libro, para que los hombres puedan conocer las estaciones del año según el orden de sus meses».

En el 12.º jubileo, Enoc tomó por esposa a Edni («Mi Edén»), hija de Dan-el. Ella le dio un hijo, Matusalén. Después de eso Enoc «anduvo con los ángeles de Dios por seis jubileos de años y ellos le mostraron lo que existe en los cielos y en la Tierra… y él escribió todo».

Pero, a aquellas alturas, la situación se complicaba. El Génesis cuenta que antes del diluvio «los hijos de los dioses vieron que las hijas de los hombres eran bellas y tomaron como mujeres todas las que más les agradaban… Dios se arrepintió de haber hecho a los hombres… y Dios dijo: haré que los hombres desaparezcan de la faz de la Tierra».

Según el Libro de los Jubileos, Enoc desempeñó algún tipo de papel en ese cambio de actitud del Señor, pues «testificó sobre los Observadores que habían pecado con las hijas de los hombres; él testificó contra todos». Y fue para protegerlo de la venganza de los Ángeles del Señor pecadores que «él fue retirado de entre los hijos del hombre y llevado al Jardín del Edén». Específicamente mencionado como uno de los cuatro lugares de Dios en la Tierra, el Jardín del Edén fue el lugar donde Enoc se escondió y escribió su Testamento.

Noé, el hombre íntegro escogido para sobrevivir al diluvio, nació después de esos acontecimientos. Su nacimiento, ocurrido en épocas conturbadas, cuando los «hijos de los dioses» se relacionaban sexualmente con las mortales, causó una crisis conyugal en la familia. Como el Libro de Enoc nos cuenta, Matusalén «escogió una mujer para su hijo, Lamec, y ella se embarazó y dio a la luz un hijo». Sin embargo, cuando el bebé —Noé— nació, había algo de raro:

Su cuerpo era blanco como la nieve y rojo como el florecer de una rosa;
sus cabellos y largos rizos eran blancos como la nieve; sus ojos eran bellos.
Cuando él abrió los ojos, iluminó la casa toda como el sol y la casa quedó muy brillante.
Cuando la partera lo irguió, él abrió la boca y conversó con El Señor de la Justicia.

Conmocionada, Lamec corrió hacia su padre, Matusalén, y habló:

Engendré un hijo extraño, diferente del hombre
y parecido a los hijos del Dios del Cielo,
su naturaleza es diversa, él no es semejante a nosotros…
Y parece que no se originó de mí, sino de los ángeles.

Desconfiando de que su mujer hubiera sido preñada por uno de los ángeles, Lamec tuvo una idea: Ya que su abuelo, Enoc, estaba viviendo entre los hijos de los dioses, ¿por qué no pedirle ir al fondo de la cuestión? Entonces, dirigiéndose a Matusalén, rogó:

«Y ahora, mi padre, te pido e imploro que busques a Enoc, tu padre,
y de él me quede sabiendo la verdad, pues su morada es entre los ángeles».

Matusalén atendió al pedido de Lamec y, al llegar a la Morada Divina, llamó a Enoc y le contó sobre el nacimiento de aquel niño raro. Después de hacer algunas indagaciones, Enoc garantizó a Matusalén que Noé era realmente hijo de Lamec y que su aspecto raro anunciaba que algo estaba por venir:

«Habrá un gran diluvio y una enorme destrucción durante un año,
y sólo ese hijo, que deberá recibir el nombre de Noé ("Descanso"),
y su familia serán salvos».
Esos acontecimientos del futuro, explicó Enoc a su hijo,
yo los leí en las tablas celestiales.

El término empleado en esas escrituras antiguas, aunque ex-bíblicas, para designar a los «hijos de los dioses» envueltos en tonterías antediluvianas, es Observadores. Se trata del mismo término, Neter, que los egipcios usaban para los dioses y es el significado exacto del nombre Shumer, el lugar de su aterrizaje.

Los varios libros antiguos que lanzan esa nueva luz sobre los dramáticos eventos antediluvianos fueron preservados en varias versiones que son todas sólo traducciones (directas o indirectas) de originales hebraicos hoy muy perdidos. Sin embargo, su autenticidad fue confirmada por el famoso descubrimiento de los Manuscritos del Mar Muerto, acontecida hace pocas décadas, pues entre ellos había fragmentos de pergaminos que a buen seguro eran parte de los originales en hebraico de esas «memorias de patriarcas».

De particular interés para nosotros es un fragmento que trata del nacimiento de Noé, del cual podemos aprender el término original hebraico que ha sido traducido como «Observadores» o «Gigantes», no sólo en versiones antiguas, sino incluso por eruditos modernos, como T. H. Gaster (*The Dead Sea Scriptures*) y H. Dupont-Sommer (*The Essene Writings from Qumran*). Según esos estudiosos, la columna II de ese fragmento comienza así:

Vea, pensé en mi corazón que la concepción era de uno de los Observadores,
uno de los Santos, y (que el niño realmente pertenecía) a los Gigantes.
Y mi corazón cambió dentro de mí a causa del niño.
Entonces yo, Lamec, me apresuré y fui la Bath-Enosh (mía) mujer, y le dije:
[Quiero que jures] por el Altísimo, por el Señor Supremo, el rey de todos los mundos,
El gobernante de los Hijos del Cielo,
que tú me contarás con verdad si…

Sin embargo, cuando examinamos el original en hebraico (Fig. 57), vemos que él no dice «Observadores», sino Nefilim —el exacto término usado en el Libro del

Génesis, Capítulo 6.

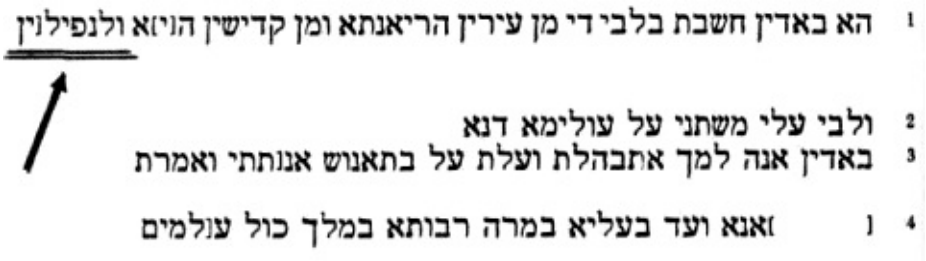


Fig. 57

Así, textos y leyendas antiguas se confirman unos a los otros: La época antes del diluvio fueron los días en que «Los Nefilim estaban sobre la Tierra —los Poderosos, el Pueblo de los Cohetes».

En las palabras de las Listas de Reyes Sumerios, el diluvio «barrió» la Tierra 120 *shars* (120 órbitas de 3600 años) después del primer aterrizaje de los astronautas, lo que lo coloca cerca de 13 mil años atrás. Fue exactamente la época cuando la última Edad del Hielo terminó abruptamente, cuando comenzó la agricultura; 3600 años después vino la Nueva Edad de la Piedra (como a llaman los eruditos), la edad de la cerámica. Entonces, 3600 años después, la civilización en su todo floreció en la «llanura entre los ríos», en la Sumeria.

«Todo el mundo se servía de una misma lengua y de las mismas palabras», dice el Libro del Génesis. Sin embargo, luego que el pueblo se estableció en el país de Sennar (Sumeria) y construyó casas de adobe, él conspiró para «construir una ciudad y una torre cuyo ápice penetre en los cielos».

Los textos sumerios de los cuáles fue extraído ese relato bíblico aún no fueron encontrados. Sin embargo, encontramos alusiones al evento en varias leyendas sumerias. Lo que emerge es un aparente esfuerzo por parte de Ea para conseguir el apoyo de la humanidad con el objetivo de asumir el control de las instalaciones espaciales de los Nefilim —un incidente más del feudo entre los dos hermanos, que a esa altura se había propagado hacia sus descendientes. Como resultado de ese evento, según nos cuenta la Biblia, Dios decidió dispersar a la humanidad y «confundir» sus lenguajes, o sea, darle civilizaciones diferentes y separadas.

Las deliberaciones de los dioses en la era que siguió al diluvio son mencionadas en varios textos sumerios.

La llamada Epopeya de Etana declara:

Los Grandes Anunnaki que decretan el destino
se quedaron cambiando impresiones acerca de la Tierra.
Ellos que crearon las cuatro regiones, que fundaron los asentamientos, que supervisan la Tierra,
estaban altos demasiados para la Humanidad.

La decisión de establecer cuatro regiones separadas en la Tierra fue combinada con la resolución de instalar intermediarios (reyes-sacerdotes) entre los dioses y la

Humanidad. Y así «nuevamente la realeza fue descendida a la Tierra, venida del cielo».

En el esfuerzo —que probó ser inútil— para poner un fin o disminuir las desavenencias entre las familias de Ea y Enlil, los dioses hicieron un sorteo entre ellas para determinar quien se quedaría con el dominio de cada región. Como resultado, Asia y Europa fueron entregues la Enlil y sus descendientes, y Ea recibió África.

La primera región de la civilización fue la Mesopotamia y las tierras adyacentes. El área montañosa donde comenzó la agricultura y el poblamiento, los países que vinieron a ser conocidos como Elam, Persia y Asiria, fueron concedidos al hijo de Enlil, NIN.UR.TA, su heredero y «Principal Guerrero».

Algunos textos sumerios cuentan los heroicos esfuerzos de ese dios para represar los desfiladeros y garantizar la supervivencia de sus súbditos humanos en los duros tiempos que se siguieron al diluvio.

Cuando las capas de lodo que cubrían la llanura entre los dos ríos secó lo suficiente para permitir el re-poblamiento, la Sumeria y las tierras que de ahí se extendían hacia el oeste, hasta el Mediterráneo, fueron entregadas a otro hijo de Enlil, NAN.NAR (Sin en acadiano). Un dios benevolente, él supervisó la reconstrucción de la Sumeria, reedificando las ciudades antediluvianas en sus lugares originales y fundando otras. Entre estas últimas estaba su favorita, Ur, la ciudad donde nació Abraham. Nannar era siempre dibujado acompañado por el símbolo de la luna creciente, su «contraparte» celestial (Fig. 58).

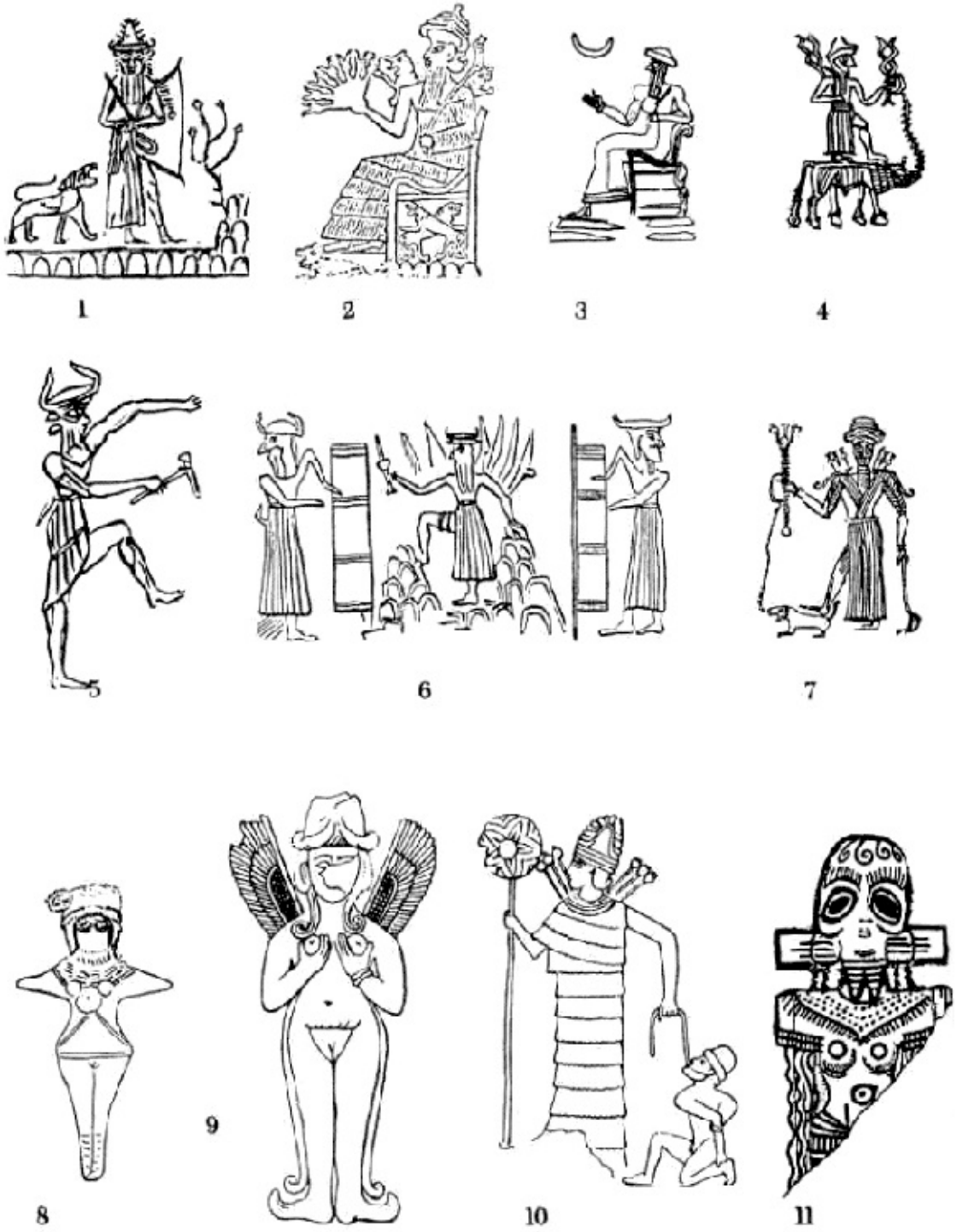


Fig. 58. **Los Dioses del Cielo y la Tierra**

1. ENLIL
2. NINURTA
3. NANNAR/Sin
4. ISHKUR/Adad
5. NERGAL
6. GIBIL
7. MARDUK
8. IRNINI/Ishtar como Gran Dama

9. Hechicera
10. Guerrero
11. Piloto

Al hijo más nuevo de Enlil, ISH.KUR (que los acadianos llamaban de Adad), le dieron las tierras al noroeste, Asia Menor y las islas del Mediterráneo, de donde la civilización —«realeza»— acabó esparciéndose para Grecia. Tal como vino a acontecer con Zeus en Grecia, Adad era retratado montando un toro y cogiendo un fajo de rayos.

Ea también dividió la segunda región, África, entre sus hijos. Se sabe que uno de ellos, llamado NER.GAL, reinó sobre las áreas más meridionales del continente. Otro hijo, GI.BIL, aprendió con el padre los artes de la minería y metalurgia, y asumió el control de las minas africanas. Un tercer hijo, el favorito de Ea, recibió de él el nombre de MARDUK, en homenaje a su planeta natal, y aprendió con el padre todo el conocimiento de las ciencias y astronomía. (A cerca de 2000 a. C., Marduk usurpó la soberanía de la Tierra y fue declarado Dios Supremo de la Babilonia y «de los Cuatro Cantos de la Tierra»). Y, como ya vimos, un cuarto hijo de Ea, cuyo nombre egipcio era Ra, presidió la implantación del núcleo básico de esa región, la civilización del valle del Nilo.

La tercera región, como fue descubierto hace sólo cincuenta años, quedaba en el subcontinente de la India. Allá también una gran civilización creció en la Antigüedad, cerca de mil años después de la Sumeria. Ella es llamada civilización del valle del Indo y su centro era una ciudad real desenterrada en un lugar llamado Harapa. Su pueblo prestaba homenaje no a un dios, sino a una diosa, retratándola en estatuillas de yeso como una mujer seductora, adornada con collares y los senos destacados por franjas que cruzaban su cuerpo.

Como la escritura de la civilización del Indo permanece indescifrada, nadie sabe por qué nombre los harapanos llamaban su diosa o quién ella era exactamente. Concluyo, sin embargo, que ella era la hija de Sin, a quien los sumerios llamaban de IR.NI.NI («La Dama Fuerte y Perfumada») y los acadianos de Ishtar. Los textos sumerios hablan del dominio de esa diosa sobre un país lejano llamada Arata, una tierra con cosechas de granos y graneros, tal como Harapa para donde ella hacía viajes aéreos, vestida de piloto.

Fue la necesidad de un espacio-puerto que resultó en la separación de una cuarta región para uso exclusivo de los Grandes Anunnaki. Todas las instalaciones espaciales de la época en que habían llegado a la Tierra —el espacio-puerto en Sippar, el Centro de Control de la Misión en Nippur— fueron arrasadas por el diluvio. La llanura de la Mesopotamia quedaba en un área de baja altitud y continuaría lodosa por milenios, impidiendo la reconstrucción de esos complejos vitales. Otro lugar, más elevado y sin embargo adecuado, alejado y sin embargo

accesible, tenía que ser encontrado para el espacio-puerto y sus instalaciones auxiliares. Sería una «zona sagrada» —un área restricta, en la cual sólo se entraría con permiso especial. En sumerio era llamada de TILDE.MUN —literalmente, la «Tierra de los Misiles».

Quien se quedó a la cabecilla de ese espacio-puerto post-diluviano fue el hijo de Sin, y así neto de Enlil, un hermano gemelo de Irnini/Ishtu. Su nombre era UTU («El Brillante») —Shamash en acadiano. Fue él quien lideró con éxito la Operación Diluvio— la evacuación de Sippar. Siendo el jefe de los hombres del espacio basados en la Tierra, los «Águilas», él orgullosamente usaba su uniforme de águila en las ocasiones formales (Fig. 59).

Fig. 59

Los días antes del diluvio, según decían las tradiciones, algunos pocos mortales escogidos habían conseguido despegar del espacio-puerto: Adapa, que perdió la oportunidad de hacerse inmortal, Enmeduranki, a quien los dioses Shamash y Adad transportaron a la Morada Celestial para ser iniciado en los secretos sacerdotales (y después devuelto a la Tierra), y también Ziusudra («Sus Días de Vida Prolongados»), héroe del diluvio, que, junto con su mujer, fue llevado para vivir en Tilmun.

En la época post-diluviana, decían los registros sumerios, Etana, uno de los primitivos gobernantes de Kish, fue llevado de *Shem* para la Morada de los Dioses, donde le sería concedida la Planta del Rejuvenecimiento y Nacimiento (pero él también se quedó demasiado asustado para completar el viaje).

Y el faraón Tutmés III afirmaba en sus inscripciones que el dios Ra lo había llevado para lo alto, le había mostrado los cielos y después lo había devuelto a la

Tierra:

Él me abrió las puertas del Cielo.
Abrió para mí los portales de su horizonte.
Volé hacia el firmamento como un halcón divino…
Para poder ver sus misteriosos modos en el Cielo…
Me sacié con la comprensión de los dioses.

En los recuerdos posteriores de la Humanidad, el *Shem* fue venerado como un obelisco y el cohete espacial saludado por «Águilas» dio lugar a un sagrado «Árbol de la Vida» (Fig. 60).Pero en la Sumeria, donde los dioses eran una realidad presente —tal como en Egipto, cuando reinaron los primeros faraones—, Tilmun, la «Tierra de los Misiles», era un lugar real, un lugar donde el hombre podía encontrar la inmortalidad.

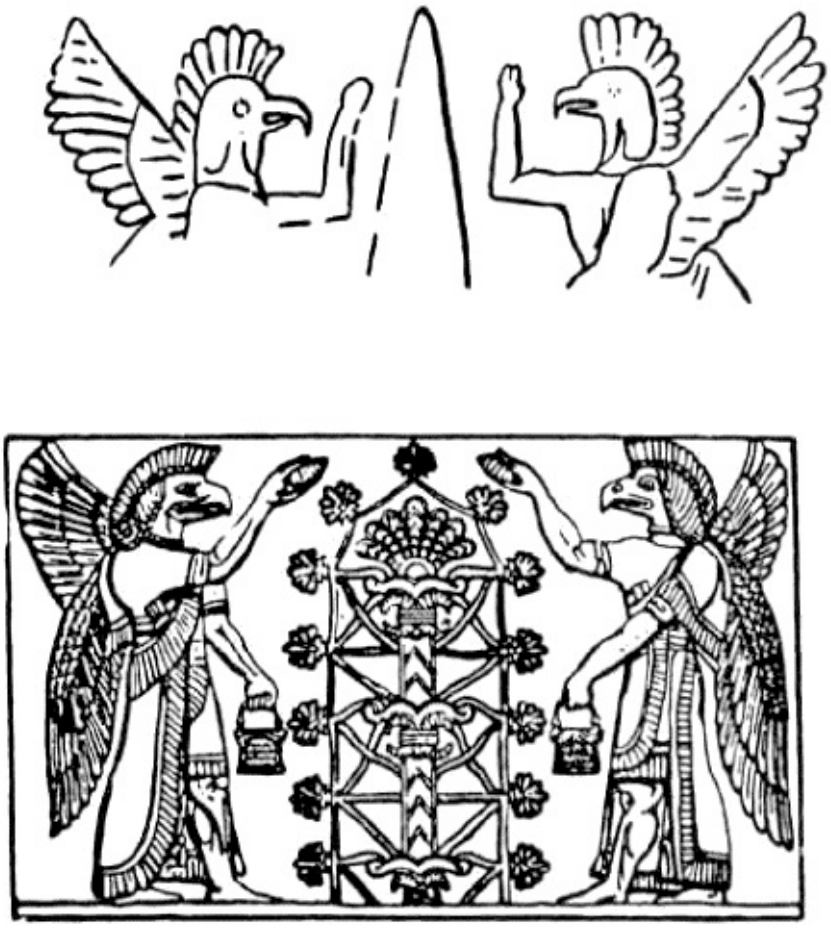


Fig. 60

Y allá, en la Sumeria, ellos registraron la historia de un hombre que, sin ser invitado por los dioses, partió para revertir su destino, a pesar de todo.

7

GILGAMESH: EL REY QUE NO QUERÍA MORIR

La leyenda sumeria sobre la primera búsqueda de la inmortalidad de que se tiene noticia habla de un gobernante muy antiguo, que suplicó a su divino protector que lo dejara entrar en la «Tierra de los Vivos». Los escribas de la Antigüedad escribieron muchos relatos épicos sobre ese hombre raro, diciendo:

Cosas secretas él vio;
Lo que está escondido del hombre él vio.
Él hasta trajo noticias de los tiempos antes del diluvio;
Él hizo el largo viaje, fatigante y difícil.
Regresó y, en una columna de piedra, grabó su labor.

De ese antiquísimo cuento sumerio, sólo llegaron a nosotros menos de doscientas líneas. Sin embargo, conocemos toda la historia con base en las traducciones hechas para todas las lenguas de pueblos que siguieron a los sumerios en el Oriente Medio: asirios, babilonios, hititas y horreus. Todos contaron y recontaron esas leyendas. Las tablas de arcilla donde fueron registradas esas versiones posteriores, algunas encontradas intactas, otras dañadas y muchas fragmentadas, perjudicando la lectura, después de estudios que consumieron casi un siglo de trabajo, consiguen recomponer el relato.

El núcleo básico de nuestro conocimiento de esa leyenda son doce tablas en acadiano, que formaban parte de la biblioteca de Asurbanipal en Nínive. Quién primero las trajo a la luz fue George Smith, cuyo trabajo en el Museo Británico era seleccionar, combinar y clasificar los miles de placas y fragmentos que llegaban al museo venidos de las excavaciones en la Mesopotamia. Cierto día, su atención fue atraída hacia un pedazo de inscripción que parecía relatar la historia del diluvio.

Estudiándola más atentamente, Smith vio que no había dudas: ¡los caracteres cuneiformes, venidos de la Asiria, contaban la historia de un rey que hubo buscado al héroe del diluvio y había oído de él un relato en primera persona del evento!

Con un entusiasmo bien comprensible, los directores del museo enviaron George Smith al campo arqueológico específicamente para buscar los fragmentos que faltaban. Contando con una buena dosis de suerte, Smith los encontró en número suficiente para reconstruir el texto y adivinar la secuencia correcta de las tablas. En 1876, él mostró, de manera concluyente, la secuencia, y publicó un libro sobre el asunto, *The Chaldean Account of the Flood* (El Relato Caldeo sobre el Diluvio). Por el estilo de los textos, Smith concluyó que ellos habían sido «compuestos en la Babilonia cerca de 2000 a. C.»

De inicio, George Smith leyó el nombre del rey que buscó Noé como Izdubur y

sugirió que él no debía ser otro sino el héroe rey bíblico Nemrod. Por algún tiempo los estudiosos aceptaron esa idea y se referían a ese conjunto de doce tablas como «La Epopeya de Nemrod». Sin embargo, nuevos descubrimientos e investigaciones posteriores establecieron el origen sumerio de la leyenda y el verdadero nombre del héroe de la historia: GIL.GA.MESH. Se confirmó a partir de otros textos históricos, inclusive en las Listas de Reyes Sumerios, que ese hombre fuera gobernante de Uruk —la Arac de la Biblia alrededor de 2900 a. C.

La Epopeya de Gilgamesh, como esa obra literaria de la antigüedad es llamada actualmente, nos lleva casi 5 mil años atrás.

Es preciso conocer la historia de la ciudad de Uruk para captar el alcance dramático de la epopeya. Confirmando las narrativas bíblicas, los registros históricos de la Sumeria también relataban que, después del diluvio, la realeza —dinastías reales— comenzó en Kish y qué fue transferida para Uruk en resultado de las ambiciones de Irnini/Ishtar, a quien no le gustaban sus dominios distantes de la Sumeria.

De inicio, Uruk era sólo la localización de un recinto sagrado, donde quedaba una Morada (templo) de An, el «Señor del Cielo», construida en lo alto de un enorme zigurat llamado Y.AN.En la («Casa de An»). En sus raras visitas a la Tierra, An acabó desarrollando un cariño especial por Irnini y le concedió el título de IN.AN.En la —la «Amada de An» (chismorreos muy antiguos insinúan que ese amor no era meramente platónico)—, instalándola en el Eanna, que antes permanecía siempre desocupado.

¿Pero le agradaba a Inanna tener una ciudad sin habitantes, un reino sin súbditos? No mucho lejos de allí, al sur, en los márgenes del golfo Pérsico, Ea vivía en semi-aislamiento en la ciudad de Eridu, donde se mantenía al corriente de los asuntos humanos, dispensando conocimiento y civilización a la Humanidad. Seductora y perfumada, Inanna hizo una visita a Ea, su tío-abuelo. Embriagado y apasionado, él atendió a los antojos de la sobrina: hacer de Uruk el nuevo centro de la civilización sumeria, la sede de la monarquía, en sustitución a Kish.

Para llevar a cabo sus planes grandiosos, cuyo objetivo final era su entrada en el Círculo Interno de los Grandes Doce Dioses, Inanna/ Ishtar buscó el apoyo de su hermano, Utu/Shamash.

Mientras en los días antes del diluvio el mestizaje entre los Nefilim y las hijas de los hombres causaba la ira de los dioses, la práctica ya no era reprobada.

Tanto es así que el alto sacerdote del templo en la época, era un hijo de Shamash con una humana. Entonces, Inanna y Shamash lo ungieron como rey de Uruk, dando inicio a la primera dinastía de reyes-sacerdotes del mundo. Según la Lista de Reyes Sumerios, él reinó por 324 años. Su hijo, «que construyó Uruk», gobernó 420 años. Cuando Gilgamesh, el quinto monarca de ésa dinastía, subió al trono, Uruk ya era un centro floreciente, que dominaba a sus vecinos y comerciaba con tierras distantes

(Fig. 61).

Fig. 61

Siendo descendiente del gran dios Shamash por parte de padre, e hijo de la diosa NIN.SUN, (Fig. 62) Gilgamesh era considerado «dos tercios dios, un tercio humano». Por eso, había recibido el privilegio de tener su nombre escrito con el prefijo «divino».

Fig. 62

Orgulloso y seguro de sí mismo, Gilgamesh comenzó su reinado como un soberano benevolente y consciente, envuelto en las acostumbradas tareas de fortalecer las murallas de la ciudad o embellecer el recinto del templo. Sin embargo, mientras más aprendía sobre la historia de los dioses y hombres, más se volvía pensativo e inquieto. Aún durante los momentos de diversión, sus pensamientos se volvían hacia la muerte.

¿Él viviría tanto como sus ancestros semi-divinos en virtud de ser dos tercios dios, o el tercio humano prevalecería, determinándole el tiempo de vida de un mortal? Luego Gilgamesh confesó su ansiedad a Shamash:

En mi ciudad el hombre muere; oprimido está mi corazón.
El hombre perece; pesado está mi corazón.
El hombre, por más alto que sea, no puede extenderse hasta el Cielo;
El hombre, por más largo que sea, no puede cubrir la Tierra.
«¿Conseguiré mirar por encima de la pared?», preguntó a Shamash.
«¿Será ése también mi destino?».

Evitando dar una respuesta directa —tal vez porque él no la sabía—, Shamash intentó hacer que Gilgamesh aceptara su destino, fuera cual fuera, y gozara la vida mientras podía:

Cuando los dioses crearon a la Humanidad,
La compartieron con la muerte.
La vida retuvieron para sí.
Por lo tanto, prosiguió:
Que quede llena tu barriga, Gilgamesh.
¡Festeja día y noche!

De cada día haz una fiesta de regocijo.
¡Día y noche canta y danza!
Que tus vestidos estén siempre inmaculados,
Lava tu cabeza; báñate en agua.
Da atención al pequeño que coge tu mano,
Deja a tu esposa disfrutar de tu apego;
Pues éste es el destino de la Humanidad.

Pero Gilgamesh rechazó aceptar su destino. Finalmente, ¿no era dos tercios divino y sólo un tercio humano? ¿Por qué la parte mortal, menor, y no el elemento divino debería determinar su destino? Andando de un lado para el otro durante el día e inquieto a la noche, Gilgamesh intentó mantenerse joven entrometiéndose en la vida de los recién-casados, insistiendo en mantener relaciones sexuales con la prometida antes del marido.

Entonces, una noche, tuvo una visión que sintió que era un presagio. Corrió hacia su madre y le relató lo que había acontecido, pidiéndole que interpretara la visión:

Mi madre,
Durante la noche, tiendo quedado excitado,
Vagué de un lado para el otro.
En medio (de la noche) surgieron presagios.
Una estrella se hizo cada vez mayor en el cielo.
¡La artesanía de Anu descendió en mi dirección!

«La artesanía de Anu» que descendió de los cielos cayó en la tierra cerca de Gilgamesh. Él continuó relatando:

Intenté levantarlo; era demasiado pesado para mí.
Intenté sacudirlo;
No conseguí moverlo o erguirlo.

Mientras intentaba soltar el objeto, que debe tenerse enterrado profundamente en el suelo, «la turba se tiró sobre él, los nobles lo cercaron». La caída de la «artesanía de Anu» aparentemente fue observada por mucha gente, pues «toda Uruk se juntó en torno a él».

Los «héroes» —los hombres fuertes— ayudaron el rey en sus esfuerzos para desplazar el objeto. «Los héroes lo cogieron por abajo y yo lo estiré por la parte delantera».

Aunque el objeto no esté completamente descrito en los textos, con toda la certeza no era un meteoro cualquiera, sino un objeto manufacturado, digno de ser llamado artesanía del grande Anu.

Todo indica que el lector antiguo no necesitaba de mayores explicaciones por estar familiarizado con el término o con el dibujo del objeto, tal vez algo como lo que está mostrado en un antiguo sello cilíndrico real (Fig. 63).

Fig. 63

El texto de Gilgamesh describe la parte inferior, que fue agarrada por los héroes, usando un término que puede ser traducido por «piernas». Sin embargo, el objeto tenía también otras partes bien destacadas y se podía hasta entrar en él, como queda claro por la continuación del relato de Gilgamesh sobre los eventos de aquella noche:

Apreté con fuerza la parte de encima.
No conseguí retirar la tapa ni levantar el Ascensor…
Con un fuego destructor, en el tope yo lo rompí y entré en sus profundidades.
Levanté la parte móvil
Aquélla que abre hacia el
frente
Y te la traje.

Gilgamesh estaba seguro de que la aparición del objeto era un presagio de los dioses sobre su destino. Su madre, la diosa Ninsun, sin embargo, tuvo que desengañarlo. Lo que descendió del cielo como una estrella, habló, prevé la llegada de «un robusto camarada que salva; un amigo que vendrá para ti… él es el más poderoso de la región… jamás te abandonará. Ése es el significado de tu visión».

Ninsun sabía de lo que estaba hablando pues, sin el conocimiento del hijo y atendiendo a las súplicas del pueblo de Uruk para que hiciera algo capaz de divertir al inquieto rey, los dioses arreglaron que un hombre salvaje entrara en la ciudad y se engarzara en luchas con Gilgamesh.

Su nombre era ENKI.DU —«La Criatura de Enki»—, un tipo de hombre de la Edad de la Piedra que vivía en los territorios inhóspitos, entre los animales. «Él tenía el hábito de beber la leche de criaturas salvajes». Ese hombre solía ser retratado desnudo, barbudo y cabelludo, en general acompañado de sus amigos animales.

Fig. 64

Deseando domesticarlo, los nobles de Uruk contrataron una prostituta. Enkidu, que hasta entonces sólo había conocido la compañía de animales, readquirió su elemento humano al hacer el amor con la mujer varias veces. Después de eso, la prostituta lo llevó hacia un campamento en la periferia de la ciudad, donde le fueron enseñados la lengua, las maneras de Uruk y hábitos del rey. «¡Contenga a Gilgamesh, sea un adversario a su altura!», dijeron los nobles a Enkidu.

El primer encuentro entre los dos hombres aconteció a la noche, cuando Gilgamesh, habiendo dejado el palacio, vagaba por las calles a la busca de aventuras sexuales. Enkidu lo enfrentó, prohibiendo su camino. «Ellos se atacaron, firmes como toros».

Paredes se estremecieron, batientes se desmoronaron, mientras los dos lucharon. Finalmente, «Gilgamesh dobló la rodilla y la lucha terminó. Él perdió contra el extraño». «Aplacada su furia, Gilgamesh se volvió de espaldas». En ese momento, Enkidu se dirigió a él y el rey se acordó de las palabras de su madre.

Entonces ese hombre era su nuevo «amigo robusto». «Ellos se besaron y establecieron una amistad». A medida que los dos se hacían amigos inseparables, Gilgamesh reveló a Enkidu su temor del destino de un mortal.

Al oír eso, «los ojos de Enkidu se llenaron de lágrimas, enfermo se quedó su corazón, amargado suspiró». Después, dijo al amigo que había un modo de que él esquivara de su destino, forzando su entrada en la Morada de los Dioses. Allá, si Shamash y Adad lo apoyaban, los dioses podrían darle la condición de divinidad a la que tenía derecho.

La «Morada de los Dioses», contó Enkidu, quedaba en la «Montaña de los Cedros». Él la descubrió por casualidad, contó, mientras vagaba por los territorios inhóspitos con sus amigos animales. El lugar, empero, era guardado por un terrible monstruo llamado Huwawa:

Yo a descubrí, mi amigo, en las montañas,
Mientras vagaba con los animales salvajes.
Por muchas leguas ella se extiende en la floresta; Yo entré en ella.
Huwawa (está allá); su rugido es como una inundación, Su boca es fuego, su hálito es muerte…
Lo vigila de la Floresta de Cedros, el Guerrero Flamante, Es poderoso, jamás descansa…
Lo designó Enlil para mantener la Floresta de Cedros Un terror para los mortales.

El hecho de que la principal tarea de Huwawa sería impedir a los mortales entrar en la Floresta de Cedros sólo aumentó la determinación de Gilgamesh de ir a aquel lugar. Con toda certeza era allá donde conseguiría unirse a los dioses y escapar de su sino de mortal.

¿Quién, mi amigo, puede escalar el cielo?
Sólo los dioses, yendo al lugar subterráneo de Shamash.
Los días de la Humanidad son numerados, nada alcanzaron sino el viento.
Aún tú tienes miedo de la muerte, a pesar de tu poder heroico.

Por lo tanto, déjame ir al frente, que tu boca me diga:
«¡Avanza, no temas!».

El plan era éste: irían «al lugar subterráneo de Shamash», en la Montaña de los Cedros, para conseguir «escalar el cielo», como hacen los dioses. Aún el más alto de los hombres, como destacaba Gilgamesh antes, «no consigue extenderse hasta el cielo». Pero ahora él por lo menos sabía donde quedaba el lugar desde el cual el cielo podía ser escalado. Entonces cayó de rodillas y rezó la Shamash: «¡Déjeme ir, oh, Shamash! Mis manos están erguidas en oración… al Lugar de Aterrizaje, dé la orden… ¡Cúbrame con tu protección!».

Infelizmente, la tabla que contiene el texto en cuestión está quebrada y se perdieron las líneas que contienen la respuesta del dios. Sin embargo, nos quedamos sabiendo que «cuando Gilgamesh examinó su presagio… lágrimas escurrieron por su rostro». Aparentemente él recibió permiso de continuar —pero por su cuenta y riesgo. Gilgamesh decidió proseguir y luchar contra Huwawa sin el auxilio del dios. «Si yo fracasara», dijo, «el pueblo se acordará de mí. Gilgamesh, dirán, cayó luchando con el feroz Huwawa». Y continuó: «Pero, si yo tuviera éxito, obtendré un *Shem*, el vehículo con el cual se alcanza la eternidad».

Mientras Gilgamesh ordenaba la producción de armas especiales para luchar contra Huwawa, los consejeros de Uruk intentaron disuadirlo de la empresa. «Aún eres joven, Gilgamesh, ¿por qué arriesgarse a encontrar la muerte en una aventura imprevisible, donde no sabes lo que conseguirás?». Reuniendo todas las informaciones disponibles sobre la Floresta de Cedros y su guardián, alertaron el rey:

Oímos que Huwawa tiene una constitución impresionante.
¿Quién es capaz de enfrentar sus armas?
Desigual es la lucha con la máquina de sitiar, Huwawa.

Pero Gilgamesh sólo «miró hacia atrás, sonriendo para su amigo». Los rumores de que Huwawa era un monstruo mecánico, «una máquina de sitiar», sólo sirvieron para aumentar su creencia de que él sería fácilmente controlado por las órdenes de los dioses Shamash y Adad. Sin embargo, como no hubo obtenido de Shamash una clara promesa de auxilio, decidió recurrir a su madre: «Juntos, Gilgamesh y Enkidu fueron al Gran Palacio, a la presencia de Ninsun, la gran reina. Gilgamesh se adelantó al entrar en el palacio: Oh, Ninsun… decidí hacer un largo viaje al lugar de Huwawa; una batalla incierta iré a enfrentar; tierras desconocidas recorreré. ¿Oh, madre, ore la Shamash por mí?».

Atendiendo al pedido, «Ninsun entró en su cámara, vistió el traje que asienta en su cuerpo, el adorno que asienta en su pecho… puso la tiara». Enseguida, alzó las manos en plegaria para Shamash —y colocó toda la carga de la aventura sobre él: «¿Por qué, habiéndome dado a Gilgamesh como hijo», dijo, hablando retóricamente, «tú lo dotaste de un corazón inquieto? Y ahora tú lo influenciaste a emprender una

larga jornada, ¡al lugar de Huwawa!». Dicho eso, Ninsun pidió la protección del dios para su hijo:

Hasta él alcanzar la Floresta de Cedros.
Hasta él matar el feroz Huwawa.
Hasta el día en que fuera y volviera.

Cuando la población de la ciudad supo que su rey iría al Lugar de Aterrizaje, «se aproximó a él», deseándole éxito. Los consejeros fueron más prácticos: «Deja a Enkidu entrar al frente; él conoce el camino… en la floresta, que él penetre en las tierras de Huwawa… ¡el que va al frente, salva a tu compañero!». Ellos también invocaron las bendiciones de Shamash. «¡Que Shamash te conceda tu deseo; lo que tu boca habló, que él muestre a tus ojos; que él abra para ti el camino prohibido, el camino revele para tus pasos, la montaña derrumbe para tus pies!». Ninsun dijo algunas palabras de despedida. Volviéndose hacia Enkidu, le pidió proteger Gilgamesh: «¡aunque no hayas salido de mi vientre, aquí te adopto para que guardes al rey como a tu hermano!». Enseguida, colocó su emblema en el cuello de Enkidu. Y los dos amigos partieron para su peligrosa aventura.

La cuarta tabla de la Epopeya de Gilgamesh es dedicada a la jornada de los dos amigos por la Floresta de Cedros. Infelizmente ella está tan quebrada que, a pesar del descubrimiento de fragmentos paralelos en lengua hitita, es imposible montar un relato coherente.

Está claro, sin embargo, que ellos viajaron por mucho tiempo, dirigiéndose al este. De tiempo en tiempo, Enkidu intentaba persuadir Gilgamesh de desistir de la empresa. Huwawa, él habló, puede oír una vaca caminando a 60 leguas de distancia.

Su «red» alcanza lejos; su rugido reverbera del «Lugar Donde es Hecha la Subida» hasta Nippur. Una flaqueza se apodera de quien se aproxima a los portones de la floresta. «Volvamos», rogó; pero el rey estaba irreductible.

A la montaña verde los dos llegaron.
Sus palabras fueron silenciadas.
Ellos se inmovilizaron.
Parados, contemplaron la floresta;
Miraron la altura de los cedros,
Miraron la entrada de la floresta.
Donde Huwawa solía moverse, rectas eran las cogidas, un canal flamante.
Ellos contemplaron la Montaña de los Cedros, Morada de los Dioses,
La Encrucijada de Ishtar.

Impresionados y cansados, los dos se acostaron para dormir. En medio de la noche, se despertaron. «¿Tú me despertaste?», preguntó Gilgamesh a Enkidu, que lo negó. Ni bien habían vuelto a dormir cuando Gilgamesh de nuevo despertó al amigo.

Vi algo asombroso, afirmó, aunque no tengo certeza de si estaba durmiendo o despierto:

En mi visión, mi amigo,

El suelo alto desmoronó.
Me tiró al suelo, prendió mis pies…
¡La mirada era dominadora!
Un hombre surgió;
El más bello del país era él…
Me quitó de bajo el suelo desbarrancado.
Me dio agua para beber; mi corazón se aquietó.
En el suelo colocó mis pies.

¿Quién sería ese «hombre» —«el más bello del país»— que quitó a Gilgamesh de bajo el suelo desbarrancado? ¿Qué sería aquella «mirada dominadora» que hubo acompañado el deslizamiento del talud? Enkidu no encontró respuestas. Cansado, se volvió y se adormeció. Sin embargo, una vez más la tranquilidad de la noche fue perturbada.

En medio de la vigilia, el sueño de Gilgamesh terminó.
Él se levantó, diciendo al amigo:
¿Amigo, tú me llamaste?
¿Por qué estoy despierto?
¿No me tocaste?
¿Por qué estoy tan asustado?
¿Algún dios pasó por aquí?
¿Por qué tengo la carne entorpecida?

Negando que hubiera despertado a Gilgamesh, Enkidu lo dejó creyendo que «un dios había pasado por allí». Intrigados, los dos adormecieron, sólo para que fueran nuevamente despertados. Y fue así que Gilgamesh describió lo que vio:

¡La visión que tuve fue asombrosa!
Los cielos gritaron, la tierra rugió.
Aunque el alba se aproximaba, vino la oscuridad.
Relámpagos centellaron, una llama se irguió.
¡Las nubes se abultaron; llovió muerte!
Entonces el fulgor desapareció; el fuego borró.
Y todo lo que hubo caído se transformó en cenizas.

Gilgamesh debe haberse se dado cuenta de que había testificado la subida de una «Cámara Celestial»: el suelo estremeciendo con la ignición y el rugido de los motores; las nubes de polvo y humo envolviendo el área, oscureciendo el cielo de la madrugada; el brillo del fuego de las turbinas visto a través de las nubes espesas; y —mientras la nave subía— su fulgor desapareciendo. A buen seguro, «¡una visión asombrosa!». Sin embargo ella sólo sirvió para animar a Gilgamesh a proseguir, pues confirmaba que de hecho ellos habían alcanzado el Lugar de Aterrizaje.

Por la mañana, los dos amigos intentaron penetrar en la floresta, tomando cuidado para evitar «los árboles-arma que matan». Enkidu encontró el portón del cual había hablado. Pero, al intentar abrirlo, fue tirado para atrás por una fuerza invisible, que lo dejó paralizado durante diez días.

Cuando volvió a moverse y hablar, Enkidu rogó la Gilgamesh: «No entremos en el corazón de la floresta». Éste, sin embargo, tenía buenas noticias para el amigo. Mientras él dormía, recuperándose del choque, había encontrado un túnel. Por los

sonidos que había oído dentro de él, tenía la certeza de que estaba conectado al «recinto donde son dadas las palabras de comando». Entonces dijo la Enkidu: «¡Venga, no se quede ahí parado, mi amigo, descendamos juntos!».

Gilgamesh debía estar en lo correcto, pues los textos sumerios afirman que:

Penetrando en la floresta,
La morada secreta de los Anunnaki él abrió.

La entrada del túnel estaba cubierta (o escondida) por la vegetación y bloqueada con tierra y piedras. «Mientras Gilgamesh cortaba los árboles, Enkidu cavaba». Sin embargo, apenas los dos consiguieron hacer una pequeña apertura, el terror atacó: «Huwawa oyó el barullo y se encolerizó». El monstruo surgió en escena, buscando a los intrusos. Su apariencia «era poderosa, él tenía los dientes de un dragón; su cara era de león; su llegada fue como una inundación aproximándose». Más preocupante era su «rayo brillante», que, emanando de la cabeza del monstruo, «devoraba árboles y matas». De su fuerza mortal, «nadie escapaba». Un sello cilíndrico sumerio nos muestra un rey, Gilgamesh y Enkidu al lado de un robot mecánico, a buen seguro el «Monstruo con Rayos Mortales» de la epopeya (Fig. 65).

Fig. 65

Parece, por los fragmentos de texto, que Huwawa conseguía armarse con «siete capas». Pero, cuando llegó a la escena, «sólo una él vestía». Vendo en eso su oportunidad, los dos amigos intentaron prepararle una trampa. Cuando el monstruo se volvió para enfrentar a los intrusos, el rayo mortal que le salía de la cabeza diseñó una trilla de destrucción.

En el momento oportuno, llegó socorro de los cielos. Viendo la situación en que se encontraban los dos amigos, «de los cielos habló el divino Shamash». Avisándoles que no intentaran huir, aconsejó: «lleguen muy cerca de Huwawa». Entonces el dios convocó una hueste de vientos resoplantes «que batieron en los ojos de Huwawa» y neutralizaron su rayo. Como Shamash pretendía, «los rayos desaparecieron, el brillo se apagó». Luego el monstruo estaba inmovilizado: «él no conseguía ir ni para el frente ni para atrás». Fue entonces que Gilgamesh y Enkidu lo atacaron: Enkidu golpeó al guardián, Huwawa, haciéndolo caerse al suelo. Los cedros a lo largo de una distancia de 2 leguas se estremecieron, tan fragorosa fue la caída del monstruo. Entonces Enkidu «lo mató».

Alegres con la victoria, pero exhaustos de la batalla, los dos camaradas pararon para descansar al borde de un riachuelo. Gilgamesh se desnudó para lavarse. «Él tiró lejos sus cosas sucias, vistió las limpias; enrolló en el cuerpo una túnica franjada, amarrada con una franja». No había motivo para prisa; el camino para la «Morada secreta de los Anunnaki» ya no estaba bloqueado.

No sospechaba Gilgamesh que el antojo de una mujer inmediatamente haría desmoronarse su victoria…

Aquel lugar, como fuera esclarecido anteriormente en la epopeya, era «La Encrucijada de Ishtar»; la diosa solía usar ese Lugar de Aterrizaje. Ella, como Shamash, debía haber asistido a la batalla tal vez desde su Cámara Celestial («alada»), como es mostrada en un sello hitita. Viendo a Gilgamesh desnudarse y bañarse, «Ishtar levantó los ojos hacia la belleza de Gilgamesh».

Fig. 66

Aproximándose al rey, ella no midió palabras para expresar lo que le pasaba por la mente:

¡Venga, Gilgamesh, sea mi amante!
Concédame el fruto de tu amor.
¡Tú serás mi hombre, Seré tu mujer!

Prometiendo coches de oro, un palacio magnífico, soberanía sobre otros reyes y príncipes, Ishtar estaba segura de que había seducido a Gilgamesh. Sin embargo, al responder, él destacó que no tenía nada para ofrecer en pago de los favores de una diosa. Y, en cuanto al «amor» de Ishtar; ¿cuál sería su duración? A la corta o a la larga, habló, ella se libraría de él «como un zapato que aprieta el pie de su dueño».

Recitando la lista de los hombres con quienes Ishtar se hubo acostado, Gilgamesh rechazó sus favores. Furiosa con la ofensa, la diosa pidió a Anu para mandar el «Toro del Cielo» para atacar al rey.

Atacados por el Monstruo Celeste, Gilgamesh y Enkidu se olvidaron del objetivo de su misión y corrieron para salvarse.

Ayudándolos a huir en dirección de Uruk, Shamash permitió que «cubrieran la distancia de un mes y quince días en sólo tres días».

Sin embargo, en la periferia de la ciudad, al borde del río Éufrates, el «Toro del Cielo» los alcanzó. Cuando él «resopló», dos fosos se abrieron en el suelo, lo bastante grandes para contener doscientos hombres cada uno. Enkidu se cayó en uno de ellos, pero consiguió saltar hacia afuera y mató al monstruo.

No se sabe de cierto lo que era el «Toro del Cielo». El término sumerio —GUD.AN.NA— también podía significar «el atacante de Anu», o sea, su misil crucero. Los artistas de la Antigüedad, fascinados con el episodio, frecuentemente retrataban Gilgamesh o Enkidu luchando con un toro de verdad, con Ishtar (y a veces Adad) asistiendo. (Fig. 67a) Pero, a partir del texto de la epopeya, queda claro que el arma de Anu era un ingenio mecánico, hecho de metal y equipado con dos pinzas (los «cuernos»), que, según la descripción, eran «fundidos de treinta minas de lapislázuli, cada uno de ellos con un revestimiento con dos dedos de espesor». Algunos dibujos muestran un «toro» mecánico de ese tipo descendiendo de los cielos. (Fig. 67b)

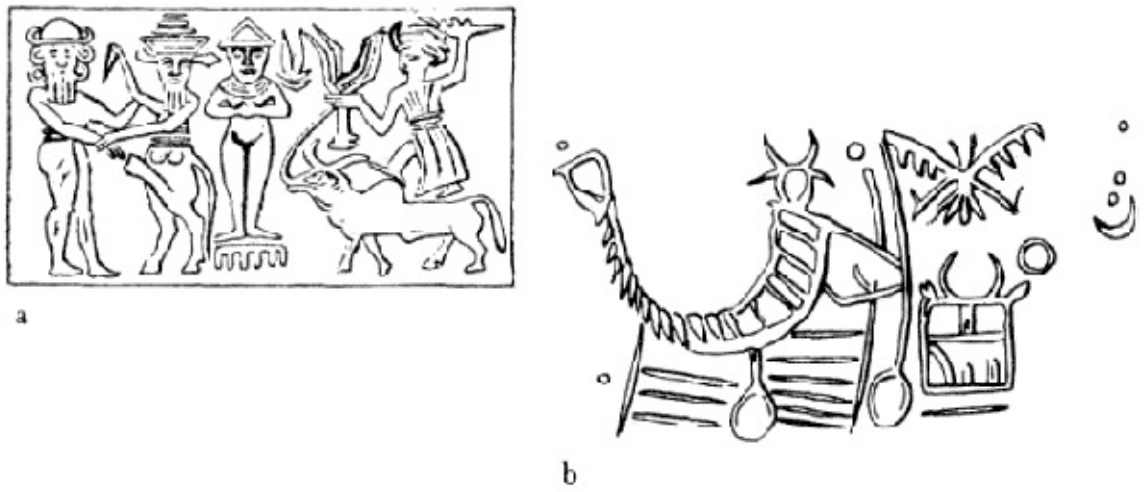


Fig. 67

Derrotado el Toro del Cielo, Gilgamesh «llamó a los artífices, a los armeros», para que vean el monstruo mecánico y lo desmonten. Entonces, triunfantes, él y Enkidu fueron a dar homenaje a Shamash.

Pero, «Ishtar, en su morada, emitió un grito de lamentación».

Mientras, en el palacio, Gilgamesh y Enkidu descansaban de los festejos que habían durado la noche toda, los dioses supremos, en la Morada de los Dioses, consideraban las quejas de Ishtar. «Y Anu dijo a Enlil: como el Toro del Cielo ellos mataron y a Huwawa también mataron, ambos deben morir». Enlil, sin embargo, contestó: «Enkidu deberá morir, Gilgamesh no».

Entonces Shamash intervino. Finalmente, él había contribuido a los acontecimientos. Por qué «¿Enkidu, el inocente, debería morir?». Mientras los dioses deliberaban, Enkidu fue acometido de un coma. Afligido y preocupado, Gilgamesh

«andaba de un lado para el otro delante del diván» donde su amigo yacía, inmóvil. Lágrimas amargas le escurrían por la cara. Sin embargo, a pesar de la tristeza que sentía por el compañero, sus pensamientos sólo giraban en torno a su constante ansiedad. Un día, tal como Enkidu, ¿él también se quedaría al borde de la muerte? Después de tantos esfuerzos, ¿tendría el fin de un mortal cualquiera?

En la asamblea, los dioses llegaron a un consenso. La sentencia de muerte impuesta a Enkidu fue conmutada a trabajos forzados en las minas, donde él pasaría el resto de sus días. Para ejecutar la sentencia, llevándolo hacia su nuevo domicilio, dos emisarios «vestidos de pájaros, usando alas como traje», vendrían a buscarlo. Uno de ellos, «un joven cuyo rostro es oscuro y parece un hombre-pájaro en el semblante», lo transportaría a la Tierra de las Minas:

Él estará vestido como un águila.
Por el brazo te conducirá.
«Me siga» (dirá); él te llevará
A la Casa de la Oscuridad.
A la morada por encima del suelo;
A la morada donde los que entran jamás salen.
Una carretera de la cual no existe vuelta;
Una casa cuyos habitantes son privados de luz,
Donde tienen polvo en la boca
Y barro es su alimento.

Un sello cilíndrico ilustra la escena, mostrando un emisario alado («ángel») llevando Enkidu por el brazo (Fig. 68).

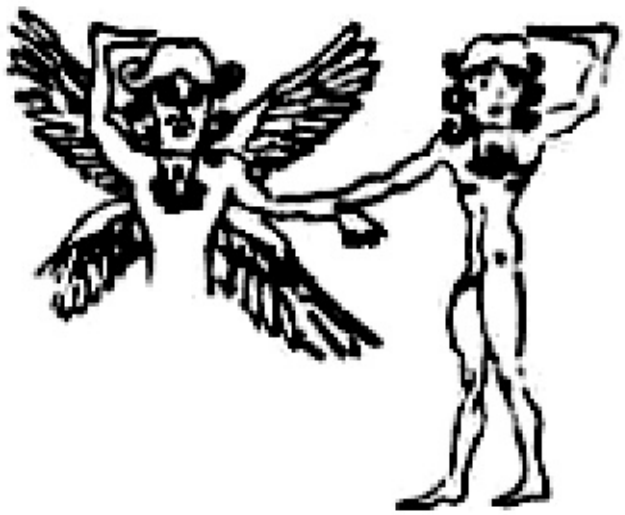


Fig. 68

Oyendo la sentencia dada a su amigo, Gilgamesh tuvo una idea.

No muy lejos de la Tierra de las Minas, le habían informado, quedaba la Tierra de los Vivos, un lugar a donde los dioses llevaban a los humanos que recibían la dádiva de la eterna juventud.

Ese lugar era la «morada de los antepasados» ungidos por los dioses con las

Aguas Purificadoras. Allá, compartiendo la comida y bebida de los dioses, residían:

Príncipes reales que habían gobernado en los tiempos de antaño;
Como Anu y Enlil, ellos son servidos de carnes condimentadas,
De odres, agua fresca les es servida.

¿No sería ése el lugar para donde había sido llevado el héroe del diluvio —Ziusudra/Utnapishtim—, de donde Etana «había ascendido al cielo»? Y así fue que «el señor Gilgamesh decidió partir para la Tierra de los Vivos». Anunciando a Enkidu, ahora recuperado, que lo acompañaría en por lo menos parte del viaje, explicó:

Oh, Enkidu,
Aún los poderosos fenecen, encuentran el fin fatídico.
(Por lo tanto) en esa tierra entraré, montaré mi Shem.
En el lugar donde los Shem han sido erigidos, Yo un Shem erigiré.

Sin embargo, pasar de la Tierra de las Minas hacia la Tierra de los Vivos no era una cuestión para ser resuelta por un mortal.

Con palabras fuertes, Gilgamesh fue aconsejado por los ancianos de Uruk y su madre, la diosa Ninsun, a primero obtener el permiso de Utu/Shamash:

Si en la tierra deseas entrar,
¡Avisa Utu, avisa Utu, el héroe Utu!
Él es el encargado de la Tierra;
La tierra alineada con los cedros es gobernada por Utu.
¡Avisa a Utu!

Así alertado, Gilgamesh ofreció un sacrificio a Utu y suplicó su consentimiento y protección:

Oh, Utu,
En la tierra deseo entrar;
¡Sea mi aliado!
En la tierra que se alinea con los frescos cedros
Deseo entrar, ¡sea mi aliado!
En los lugares donde los Shem fueron erigidos,
¡Que yo erija mi Shem!

De inicio, Utu/Shamash dudó si Gilgamesh conseguiría calificarse para entrar en aquella región. Después, atendiendo la nuevas plegarias y súplicas, avisó al rey que él tendría que recorrer una región seca y desolada: «el polvo de las encrucijadas será tu domicilio, el desierto será tu cama… espinas y astillas desollarán tus pies… la sed asolará tus mejillas».

Intentando hacer desistir de la empresa a su protegido, el dios le contó que «el lugar donde los *Shem* han sido erigidos» estaba cercado por siete montañas y los desfiladeros entre ellas estaban guardados por «Poderosos», que podían lanzar «un fuego ardiente» o un «rayo que no puede ser esquivado». Sin embargo, al final, Utu cedió: «Las lágrimas de Gilgamesh él aceptó como ofrenda; siendo misericordioso,

mostró misericordia».

Sin embargo, «el señor Gilgamesh actuó de manera frívola». En vez de tomar el difícil camino terrestre, resolvió hacer la mayor parte del viaje en una confortable embarcación. Cuando llegaran al puerto distante, Enkidu iría hacia la Tierra de las Minas y él se dirigiría para la Tierra de los Vivos. Entonces escogió cincuenta hombres jóvenes y sin compromisos familiares para que lo acompañen y fueran los remadores. Su primera tarea fue que cortaran y llevaran para Uruk las maderas especiales con las cuales sería construido el MA.GAN —una «galera de Egipto».

Los herreros de la ciudad hicieron armas poderosas. Cuando todo quedó listo, los aventureros partieron.

Según los relatos, ellos navegaron descendiendo el golfo Pérsico, a buen seguro pretendiendo dar la vuelta en la península Arábiga y después subir por el mar Rojo hasta Egipto. Sin embargo, la ira de Enlil no tardó en caer sobre ellos. Finalmente, Enkidu no fue avisado de que un hombre «ángel» lo cogería por el brazo para conducirlo a la Tierra de las Minas. ¿Cómo entonces estaba navegando con el inquieto Gilgamesh en una galera real, acompañado de cincuenta hombres armados?

Al atardecer, Utu —que debe haber asistido con gran preocupación a la partida de los dos amigos— «fue aunque de cabeza enhiesta». Las montañas a lo largo de la costa distante «se hicieron oscuras, sombras se esparcieron sobre ellas». Entonces, «parado al lado de la montaña», había alguien que, como Huwawa, podía emitir rayos «de los cuales nada escapaba»: «Él parecía un toro de la gran casa de la Tierra». Todo indica que se trataba de una torre de vigilancia. Ese «toro» o vigía preocupante debe haber interceptado el barco y sus pasajeros, pues Enkidu fue tomado por el miedo. Volvamos para Uruk, suplicó. Pero Gilgamesh no le puso atención. Mandó que el barco fuera dirigido a tierra, determinado a luchar con el vigía —«aquel hombre, si fuera un hombre, o dios, si fuera un dios».

En ese instante, hubo una calamidad. El «tejido de trama triple» —la vela— se rasgó. Como empujada por una mano invisible, la galera volcó e inmediatamente se hundió. Gilgamesh y Enkidu consiguieron nadar hasta la playa. Al mirar hacia el mar, vieron la embarcación naufragada con la tripulación aún en sus puestos, los cincuenta hombres pareciendo increíblemente vivos en la muerte:

Después de él haber hundido, en el mar haber hundido,
En el fin de la tarde en que el barco Magan había hundido,
Después del barco, cuyo destino era Magan, haber hundido,
Dentro de él, como aún criaturas vivas,
Estaban sentados aquellos nacidos de un vientre.

Los dos amigos pasaron la noche en la playa desconocida discutiendo sobre qué camino deberían tomar. Gilgamesh continuaba determinado a alcanzar la «tierra». Enkidu dijo que mejor volvieran a la «ciudad» —Uruk. Luego, sin embargo, Enkidu se deprimió. Gilgamesh lo exhortó a agarrarse a la vida. «Mi querido y débil amigo»,

lo llamó cariñosamente, «yo lo llevaré hacia la tierra». Sin embargo, «la muerte, que no hace distinciones», no pudo ser evitada.

Gilgamesh lamentó la pérdida del amigo por siete días y siete noches, «hasta que un gusano salió de su nariz». De inicio, comenzó a andar sin rumbo: «Por su amigo, Enkidu, Gilgamesh llora amargamente mientras vagara por lo mato… con tristeza en la barriga, temiendo la muerte, vagó por lo mato». De nuevo el rey se preocupaba con su destino —«temiendo la muerte»—, imaginando: «¿Cuando yo muera, no me quedaré como Enkidu?». Entonces su determinación en escapar del destino de los mortales nuevamente se fortaleció. «¿Debo descansar mi cabeza dentro de la tierra y dormir por el resto de los años?», gritó a Shamash.

«¡Permite que mis ojos contemplen el sol, que yo me llene de luz!». Determinando su curso por el movimiento del sol, «para la Vaca Salvaje, para Utnapishtim, hijo de Ubar-Tutu, él tomó el camino». Gilgamesh caminó por tierras vírgenes, sin encontrar ningún hombre, buscando comida. «Que montañas subió, que ríos atravesó, nadie sabe», registraron tristemente los escribas.

Después de mucho tiempo, como relatan las versiones de la epopeya encontradas en Nínive y excavaciones arqueológicas hititas, Gilgamesh se habituó. Él estaba llegando a una región dedicada a Sin, el padre de Shamash. «Cuando alcanzó un desfiladero durante la noche, Gilgamesh vio leones y sintió miedo».

Él irguió la cabeza para Sin y oró:
«Que mis pasos sean dirigidos para el lugar donde los dioses rejuvenecen…
¡Me preserva!».

«A la noche, mientras dormía, él se despertó de un sueño» que interpretó como un presagio de Sin avisándole de que iría a «regocijarse en la Vida»; animado, Gilgamesh «como una flecha descendió en medio de los leones». Su batalla con las fieras fue ampliamente retratada no sólo en la Mesopotamia sino en todos los países de la Antigüedad, incluso en Egipto. (Fig. 69 a, b, c)

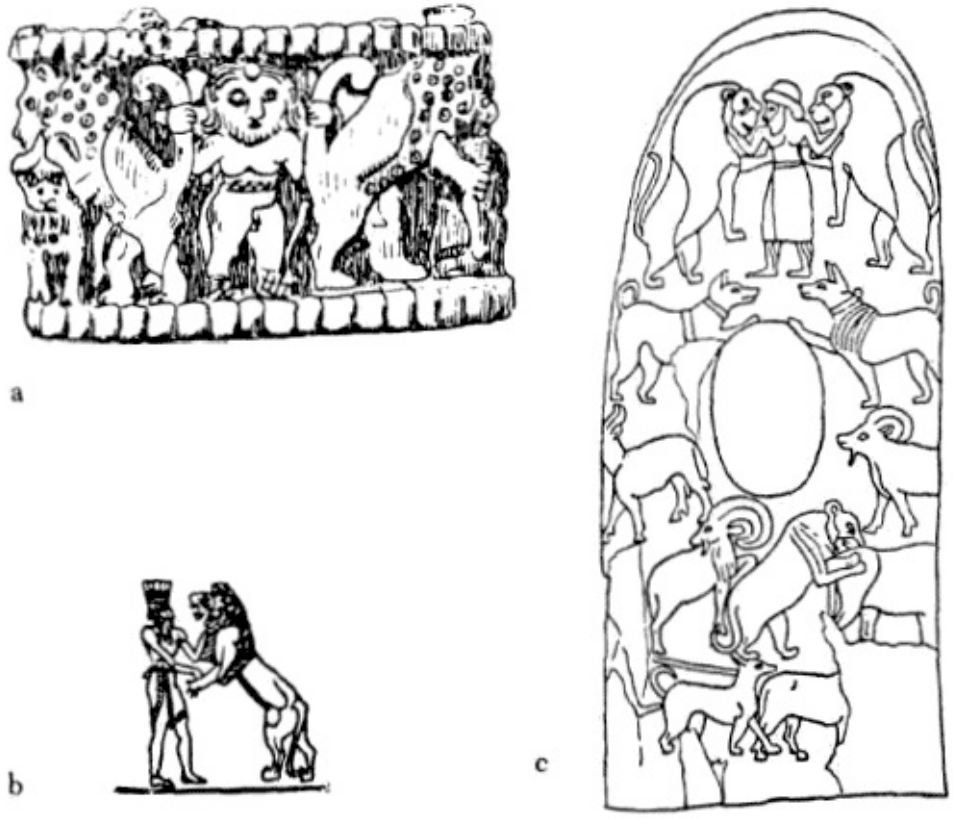


Fig. 69

Al amanecer, Gilgamesh atravesó un desfiladero. Allá debajo, a la distancia, avistó una gran extensión de agua, como un enorme lago, «impulsado por largos vientos». En la llanura junto a ese mar interior, avistó una ciudad protegida por una muralla. Allá quedaba el templo de Sin.

En el lado de afuera de la ciudad, junto al «mar en la bajada», Gilgamesh vio una taberna. Aproximándose a ella, encontró a «Siduri, la cervecera», que cogía «un jarro y un tazón de gachas de avena dorado». Pero, al avistar al recién-llegado, la mujer se asustó con su apariencia. Actuando de manera bien comprensible, la cervecera «cerró la puerta, prohibió el portón». Con gran esfuerzo, Gilgamesh la convenció de su verdadera identidad y buenas intenciones, contándole sobre sus aventuras y el propósito de su viaje.

Después que Siduri le permitió descansar, beber y comer, Gilgamesh se mostró ansioso por continuar. «¿Cuál es el mejor camino para la Tierra de los Vivos?», quiso saber. ¿Sería preciso dar la vuelta en el mar interior para alcanzar las montañas o él podría acortar la jornada, atravesando las aguas?

¿Ahora, cervecera, cual es el camino…
cuáles son sus marcos?
¿Déme, oh, deme sus marcos?
Si fuera adecuado, por el mar yo iré;
Si no, la ruta terrestre cogeré.

Acontece que la elección no era así tan simple, pues el mar que Gilgamesh tenía delante de sí era el «mar de la Muerte».

La cervecera dijo a él, Gilgamesh:
Es imposible atravesar el mar, Gilgamesh.
Hace mucho tiempo que nadie viene del otro lado del mar.
El valiente Shamash lo atravesó
¿Mas, no siendo Shamash, quién puede atravesarlo?
Trabajosa es la travesía, desolado el camino;
Estériles son las Aguas de la Muerte que él contiene.
¿Cómo entonces, Gilgamesh, pretendes atravesar el mar?

Gilgamesh no respondió y Siduri prosiguió, revelándole que tal vez podría haber un medio para que él atravesara las Aguas de la Muerte:

Gilgamesh,
Existe Urshanabi, el barquero de Utnapishtim.
Con él están las cosas que flotan,
En la mata él recoge las cosas que pegan.
Vaya, déjalo contemplar tu rostro.
Si fuera adecuado, contigo él atravesará;
Si no, tú volverás.

Siguiendo las indicaciones de la cervecera, Gilgamesh encontró a Urshanabi, el barquero. Después de un largo interrogatorio, donde el rey tuvo que decir quién era, como había llegado hasta allí y adónde pretendía ir, el barquero lo consideró digno de sus servicios. Usando varas delgadas, los dos impulsaron la balsa por el mar. En tres días, «dejaron atrás el pasar de un mes y quince días», o sea, hicieron el trayecto que por tierra llevaría 45 días.

Entonces Gilgamesh llegó a TILDE.MUN —«La Tierra de los Vivos».

«¿Qué camino deberé tomar ahora?», preguntó Gilgamesh. Urshanabi le dijo que él tendría que llegar a una montaña: «el nombre de la montaña es Mashu».

Las indicaciones del barquero constan en las versiones hititas de la epopeya, encontradas en fragmentos de tablas descubiertas en Boghazkoy y otras excavaciones arqueológicas. A partir de ellos, como fueron reunidos por Johannes Friedrich en *Die hethitischen Bruchstükes* des Gilgamesh-Epos, nos enteramos que el rey fue avisado para encontrar y seguir «un camino regular» que llevaba para el «Gran Mar, que queda bien distante». Debería buscar por dos columnas de piedra, o «marcos», que, como garantizó Urshanabi, «al destino siempre me traen». Al encontrarlas haría una curva para alcanzar una ciudad llamada Itla, dedicada al dios que los hititas denominaban de Ullu-Yah («El de las Montañas»).

Sólo con la bendición de ese dios él podría proseguir en su jornada.

Siguiendo las indicaciones, Gilgamesh llegó a Itla. Tuvo la impresión de estar avistando el Gran Mar a distancia. En esa ciudad, él comió, bebió, se lavó, haciéndose nuevamente presentable, como conviene a un rey. Una vez más Shamash vino en su auxilio, aconsejándole hacer ofrendas a Ulluyah. Llevando a su protegido junto al Gran Dios, (Fig. 70) Shamash le pidió: Acepte estas ofrendas, «concédale la vida».

Fig. 70

Sin embargo, Kumarbi, otro dios muy citado en las leyendas hititas, estuvo en contra: la inmortalidad no puede ser concedida a Gilgamesh, dijo él.

Parece que al convencerse de que no conseguiría un *Shem*, Gilgamesh pidió una compensación. ¿Podría por lo menos conocer a su antepasado, Utnapishtim? Mientras los dioses deliberaban, él (¿tal vez con la connivencia de Shamash?) dejó la ciudad y comenzó a avanzar hacia el monte Mashu, parando diariamente para ofrecer sacrificios a Ulluyah. Después de seis días, llegó a la montaña que, de hecho, era el Lugar de los *Shem*.

El nombre de la montaña es Mashu.
A la montaña de Mashu él llegó;
Donde diariamente observaba los Shem
Que iban y venían.

Las funciones del monte exigían que él se conectara tanto con los cielos como con los Confines de la Tierra:

Allá en lo alto, a la Franja Celestial
Él está conectado;
Debajo, al Mundo Inferior
Él está conectado.

Había un medio de entrar en el monte. Sin embargo, la entrada, «el portón», estaba fuertemente guardado.

Hombres-cohete guardan su portón,
Su terror es asombroso, su mirada es muerte.
Su temido faro barre las montañas.
Ellos vigilan Shamash mientras él sube y desciende.

(Fueron encontradas varias representaciones mostrando seres alados u hombres-Tauro divinos, operando un aparato circular —tal vez un foco— montado en un poste. Es posible que sean ilustraciones del «temido faro que barre las montañas») (Fig. 71).

Fig. 71

«Al contemplar el brillo terrible, Gilgamesh cubrió su rostro; recobrando la compostura, se aproximó a ellos». Cuando percibió que el temible rayo sólo había afectado momentáneamente al recién-llegado, el hombre-cohete gritó a su compañero: «¡El que viene tiene el cuerpo de la carne de los dioses!». Al parecer los rayos podían atolondrar o matar humanos, pero eran inofensivos para los dioses.

Recibiendo permiso de aproximarse, Gilgamesh fue solicitado a identificarse y explicar su presencia en el área. Después de contar sobre su origen divino, él dijo que había venido «a la busca de la Vida» y añadió que deseaba conocer a su antepasado, Utnapishtim.

A causa de Utnapishtim, mi antepasado,
Yo vine.
A él que se unió a la congregación de los dioses,
Sobre la vida y la muerte deseo preguntar.

«Eso jamás fue conseguido por un mortal», dijeron los dos guardias. Sin desanimarse, Gilgamesh invocó a Shamash y

explicó que era dos tercios divino. Debido a fracturas en la tabla que contiene el texto, no se sabe lo que aconteció inmediatamente enseguida. El hecho es que finalmente los hombres-cohete comunicaron a Gilgamesh que el permiso le había sido concedido: «¡El portón del monte está abierto para ti!». (El «Portón del Cielo» era un motivo frecuente en los sellos cilíndricos, que lo mostraban como un portón alado, pareciendo una escalera de mano, que llevaba al Árbol de la Vida. A veces estaba guardado por serpientes) (Fig. 72).

Fig. 72

Gilgamesh entró, siguiendo «el camino tomado por Shamash». El viaje duró doce beru (horas dobles) y durante la mayor parte del recorrido «él no pudo ver nada, ni al frente ni atrás». Es posible que estuviera de ojos vendados, pues el texto destaca que «para él, no había luz». En la octava hora doble, Gilgamesh gritó de miedo. En la novena, «sintió un viento norte batiéndole en el rostro». «Cuando completó once beru, la aurora surgió».

Finalmente, terminada la 12.ª hora doble, él «en la luminosidad habitó», Gilgamesh ahora podía entrever y lo que vio fue impresionante: un recinto cerrado, como los de los dioses donde «crecía» ¡un jardín hecho de piedras preciosas! La magnificencia del lugar nos es transmitida por líneas mutiladas de los antiguos textos:

Como frutos ostentan cornalinas,
Las viñas bellas demasiado para contemplarse.
El follaje es de lapislázuli;
Las uvas, demasiado lujuriosas para mirarse, De… piedras son hechas…
Sudas… de piedras blancas…
En las aguas, juncos puros…
de piedras-sasu;
Como un Árbol de la Vida y un Árbol de…
Aquella hecha de piedras An-Gug.

La descripción continúa largamente. Impresionado y tomado de emoción, Gilgamesh caminó por el jardín. Estaba, a buen seguro, en un ¡«Jardín del Edén» simulado!

Hasta ahora no se sabe lo que aconteció enseguida, pues toda una columna de la novena tabla de arcilla está demasiado fragmentada para ser descifrada. Pero sea en el jardín artificial o en algún otro lugar, Gilgamesh finalmente se encontró con Utnapishtim. Su primera reacción al ver un «hombre de antaño» fue que notó cuánto era su parecido con él:

Gilgamesh le dijo,
A Utnapishtim, «El Lejano»:
Mientras te contemplo, Utnapishtim,
Tú no eres nada diferente;
Es como si tú y yo fuera…
Entonces, Gilgamesh fue directo al asunto:
Dígame,
¿Tú te uniste a la congregación de los dioses
en tu búsqueda por la Vida?

Utnapishtim respondió: «Yo te revelaré un asunto oculto, Gilgamesh, un secreto de los dioses te contaré». El secreto era el Cuento del Diluvio, relatando cómo cuando Utnapishtim era el gobernante de Suripak y los dioses resolvieron dejar que diluvio aniquilara a la Humanidad, Enki secretamente le instruyó a construir una embarcación sumergible y en ella colocar a su familia y «la semilla de todas las cosas vivas». Un navegador suministrado por el dios dirigió el barco hacia el monte Ararat.

Cuando el agua comenzó a bajar, Utnapishtim desembarcó para ofrecer sacrificios en agradecimiento. Los dioses y diosas —que orbitaban la Tierra en su nave mientras ella era inundada— también descendieron en el monte Ararat y saborearon la carne asada en el sacrificio. Cuando Enlil también aterrizó, se encolerizó al ver que, a pesar del voto hecho por todos los dioses, Enki había permitido la supervivencia de la Humanidad.

Sin embargo, cuando su rabia disminuyó, Enlil advirtió la ventaja de esa supervivencia. Fue entonces, continuó contando Utnapishtim, que el dios le concedió la vida eterna:

Inmediatamente enseguida,
Enlil entró en el barco.
Cogiéndome por la mano, me llevó a bordo.
Él llevó mi mujer a bordo y la hizo que se arrodille a mi lado.
En pie entre nosotros, nuestras cabecillas tocó para bendecirnos:
Hasta aquí Utnapishtim ha sido humano;
De aquí en delante, él y su mujer serán como dioses para nosotros.
Lejos de aquí Utnapishtim residirá,
En la boca de los ríos.

Y fue así, concluyó Utnapishtim, que él acabó siendo llevado a la Morada Lejana para vivir entre los dioses. ¿Pero cómo Gilgamesh conseguiría obtener el mismo privilegio? «Ahora, ¿quién pedirá, en tu favor, para que los dioses se reúnan en asamblea para que encuentres la Vida que buscas?».

Al oír el cuento y entender que sólo los dioses reunidos podrían decretarle la vida eterna, sin lo que nada conseguiría, Gilgamesh se desmayó, perdiendo la conciencia

por seis días y siete noches.

Utnapishtim, sarcástico, comentó con la mujer: «Vea a este héroe que busca la Vida; como un mero sueño, como la niebla él se disuelve». Sin embargo, mientras Gilgamesh dormía, la pareja cuidó de él para mantenerlo vivo «para que pueda volver en seguridad por el camino por el cual vino, para que por el portón por el cual pasó pueda volver su tierra».

Urshanabi, el barquero, fue llamado para llevar Gilgamesh de vuelta. Sin embargo, en el último instante, cuando el rey ya estaba por partir, Utnapishtim le reveló un secreto: aunque él no pudiera escapar de la muerte, había un medio de evitarla. Para eso, tendría que obtener la planta secreta que los dioses comían; ¡así, se mantendría eternamente joven!

Utnapishtim dijo a él, Gilgamesh:
Para acá vinisteis, enfrentando labores y adversidad.
¿Qué puedo darte en la vuelta a tu tierra?
Yo te revelaré, Oh, Gilgamesh, una cosa secreta;
Un secreto de los dioses te contaré;
Existe una planta, que tiene la raíz parecida con la de una fresa espinosa.
Sus espinas son como las de las ramas del brezo blanco.
Tus manos ellas rasgarán.
Si ellas obtuvieran la planta,
Nueva Vida encontrarás.

La planta, nos enteramos por lo que aconteció enseguida, crecía sumergida:

Ni bien Gilgamesh oyó eso, abrió el caño de agua.
Amarró piedras pesadas en los pies;
Ellas lo estiraron hacia el fondo;
Entonces él vio la planta.
La cogió a pesar de ella espetar sus manos.
Cortó las pesadas piedras amarradas a sus pies;
La segunda lo lanzó de vuelta para donde estaba.

Mientras volvía con Urshanabi, el barquero, Gilgamesh le dijo, triunfante:

Urshanabi,
Esta planta es única entre todas las plantas:
¡Con ella, un hombre puede recuperar el lleno vigor!
Yo la llevaré a la ciudad fortificada de Uruk,
Donde la planta será cortada y comida.
Que ella sea llamada
¡Hombre Se hace Joven en la Vejez!
De esta planta comeré y mi juventud volveré.

Un sello cilíndrico sumerio de cerca de 1700 a. C., con escenas de esa epopeya, muestra (a la izquierda) a Gilgamesh semidesnudo y despeinado, luchando con dos leones; a la derecha, él exhibe a Urshanabi la planta de la eterna juventud.

En el centro, un dios coge una extraña arma o herramienta en forma de espiral (Fig. 73).

Fig. 73

El destino, como aconteció en tantos casos durante los milenios y siglos que siguieron, intervino.

Mientras los viajantes se preparaban para la noche, Gilgamesh vio «un pozo cuyas aguas eran frescas. Descendió hasta él para bañarse». Entonces vino la desgracia: «Una culebra olió el perfume de la planta. Llegó y se llevó la planta».

Enseguida, Gilgamesh se sienta y llora,
Las lágrimas escurriéndole por el rostro.
Él coge la mano de Urshanabi, el barquero.
¿Para quién mis manos trabajaron?
¿Para quién agoté la sangre de mi corazón?
Para mí no obtuve la dádiva;
a una serpiente, la dádiva concedí…

Otro sello cilíndrico sumerio ilustra el trágico final de la epopeya: el portón alado al fondo, Urshanabi conduciendo el barco y Gilgamesh luchando con la serpiente. No habiendo encontrado la inmortalidad, él ahora es perseguido por el ángel de la muerte (Fig. 74).

Fig. 74

Y fue así que, en las generaciones que se sucedieron, escribas copiaron y tradujeron, poetas recitaron y contadores de historias transmitieron el relato sobre la primera búsqueda infructífera de la inmortalidad, la Epopeya de Gilgamesh. Y era así que ella comenzaba:

Que yo haga a todo el país saber
Sobre aquél que vio el Túnel;
Sobre aquél que conoce los mares, que yo cuente toda la historia.
Él visitó lo… (?) también,
Los escondidos de vista, todas las cosas…
Cosas secretas él vio, lo que está escondido del hombre encontró.
Él hasta trajo noticias de los tiempos antes del diluvio.
También hizo la larga jornada, agotadora y llena de dificultades;
Él volvió y, en una columna de piedra, toda su labor grabó.

Y así, según las Listas de Reyes Sumerios, fue cómo todo terminó:

El divino Gilgamesh, cuyo padre era humano, el alto sacerdote del templo, reinó por 126 años. Ur-lugal, hijo de Gilgamesh, reinó después de él.

8

CABALLERO DE LAS NUBES

A buen seguro, el viaje de Gilgamesh en búsqueda de la inmortalidad fue la fuente original de las muchas leyendas que surgieron los milenios subsecuentes sobre dioses, semi-dioses o héroes de supuesto origen divino que, como él, partieron para encontrar el paraíso terrestre o la Morada Celestial de los Dioses.

Además de eso, nadie discute que la Epopeya de Gilgamesh sirvió como una guía para los aventureros de todas las épocas que intentan encontrar los marcos de la antigüedad que indicarían la localización de la Tierra de los Vivos y el camino para alcanzarla. Las similaridades entre los marcos geográficos, los túneles hechos por la mano del hombre (los dioses), pasillos, cerraduras neumáticas y cámaras de radiación; los seres con aspecto de pájaros, los «Águilas», así como otros detalles de mayor o menor importancia, son numerosos y demasiado idénticos para que sean meras coincidencias. Al mismo tiempo, la Epopeya de Gilgamesh puede explicar la confusión que reinó a lo largo de milenios sobre la localización del ansiado blanco.

Como vimos pormenorizadamente en el capítulo anterior, Gilgamesh no hizo sólo un viaje, sino dos —un hecho en general ignorado por los estudiosos modernos y tal vez también por los antiguos.

El drama del rey que no quería morir alcanza su clímax en la Tierra de Tilmun —la Morada de los Dioses y Lugar de los *Shem*.

Fue allá que él encontró un ancestro que hubo escapado del destino de los mortales y la planta de la eterna juventud. Y fue allí también que ocurrieron, a lo largo de milenios, otros encuentros divinos y eventos que afectaron el curso de la Historia de la Humanidad. Y era allá, creo, que quedaba el Duat —la Escalera al Cielo. Sin embargo, ése no era el destino del primer viaje de Gilgamesh, como podemos entender acompañando sus pasos en la secuencia correcta. Cuando él partió por primera vez en búsqueda de la inmortalidad, su idea no era alcanzar Tilmun, sino el Lugar de Aterrizaje, en la Montañas de los Cedros, dentro de la grande Floresta de Cedros.

Estudiosos como S. N. Kramer en *The Sumerians* consideran «crípticas y enigmáticas» las afirmaciones sumerias de que Shamash podía «erguirse» no sólo de Tilmun, sino también de la Tierra de los Cedros. La respuesta es que, además del espacio-puerto en Tilmun, del cual se podían alcanzar los cielos más lejanos, había un Lugar de Aterrizaje, de donde los dioses podían «escalar el firmamento de la Tierra». Esa respuesta es apoyada por mi conclusión de que los dioses poseían dos tipos de naves: los GIR, o cohetes, operados en Tilmun, y los MU, como eran llamadas por

los sumerios las «Cámaras Celestiales».

Comprobando el alto nivel tecnológico de los Nefilim, la parte superior del GIR, es decir, el Módulo de Comando llamado por los egipcios Ben-Ben —podía separarse y volar por el cielo terrestre como un MU. Los pueblos de la Antigüedad veían los GIR en sus silos (Fig. 27) e incluso volando, pero retrataban con mayor frecuencia las «Cámaras Celestiales» (Fig. 75) —vehículos que actualmente llamaríamos Ovnis (Objetos Voladores No Identificados).

Fig. 75

Lo que Jacob conoció en su visión debe haber sido parecido con la Cámara Celestial de Ishtar.

La Rueda Voladora del profeta Ezequiel es descrita como teniendo una forma muy semejante a la mostrada en los dibujos asirios de un dios volador recorriendo los cielos al nivel de las nubes, dentro de una «Cámara Celestial» esférica (Fig. 76a).

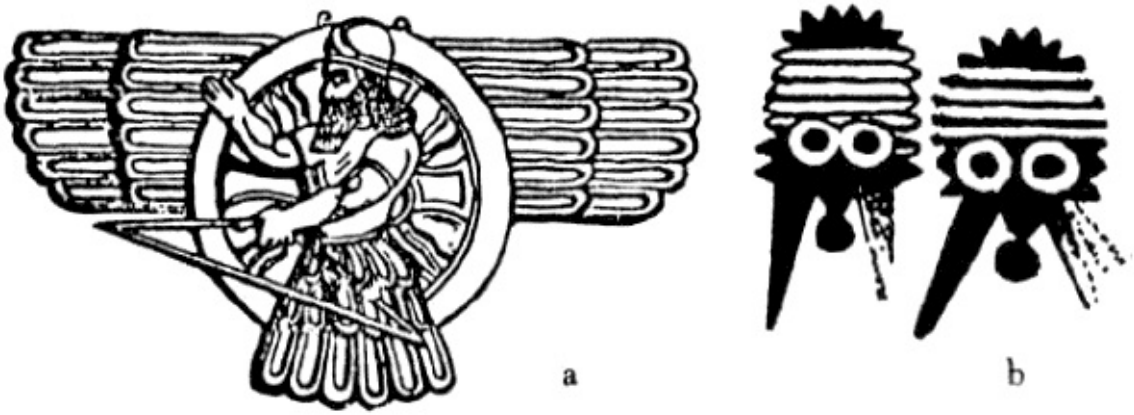


Fig. 76

Representaciones encontradas en un antiguo sitio de la Jordania de Jericó, sugiere que para aterrizar, esos vehículos esféricos extendían tres piernas (Fig. 76b). Uno de ellos podría ser también el torbellino flamante en el cual el profeta Elías fue arrebatado hacia los cielos.

Tal como las «Águilas» sumerias, los Dioses Voladores de la Antigüedad eran

retratados poseyendo alas. Esos Seres Alados son la raíz de la aceptación judaico-cristiana de la existencia de querubines y ángeles (literalmente: «emisarios») del Señor (Fig. 77).

Fig. 77

Tilmun, entonces, era la localización del espacio-puerto. En la Montaña de los Cedros quedaba el «Lugar de Aterrizaje», la «Encrucijada de Ishtar» —el «aeropuerto» de los dioses. Y fue primero para ese lugar que Gilgamesh dirigió sus pasos.

Aunque la identificación y la localización de Tilmun sean una empresa bastante difícil, prácticamente no existen problemas para situar la Floresta de Cedros. Con excepción de ocurrencias subsidiarias en la isla de Chipre, sólo existe una única región con ese tipo de árbol en todo el Oriente Medio: las montañas de Líbano. Esos

magníficos cedros, que llegan a alcanzar una altura de 46 metros, fueron repetidamente exaltados en la Biblia y su singularidad era reconocida por todos los pueblos de la Antigüedad. Como atestiguan las narrativas bíblicas y de otras regiones del Oriente Medio, los cedros de Líbano eran reservados para la construcción y decoración de los templos («casas de los dioses»), práctica pormenorizadamente descrita en Reyes I, en los capítulos que tratan de la construcción del templo de Jerusalén por Salomón (Después de que el Dios Yahveh se quejó: «¿Por qué no me construyes una Casa de Cedro?»).

El Dios bíblico parecía bien familiarizado con los cedros y frecuentemente los empleaba en sus alegorías, comparando gobernantes y naciones con esos árboles: «La Asiria era un cedro de Líbano, con bellas ramas, sombra protectora y gran estatura… las aguas lo nutrían, ríos subterráneos le proporcionaban altura» —hasta que la ira de Yahveh la hizo tumbar, quebrándole las ramas.

Todo indica que el hombre jamás fue capaz de cultivar esos árboles. La Biblia registra una tentativa fracasada. Atribuyéndola a un rey de la Babilonia (factual o alegóricamente), cuenta que «Él vino a Líbano y cogió la más alta rama del cedro», retirando de él la mejor semilla, que «plantó en un campo fértil, junto a grandes aguas». Pero lo que creció no fue un cedro, sino un árbol pequeño semejante a un sauce, «una trepadera de baja estatura».

El Señor bíblico, por su lado, conocía el secreto del cultivo de los cedros:

Así dijo el Dios Yahveh:
De la cresta del cedro, de las ramas más altas, un brote blando cogeré;
Yo lo plantaré en una alta y ardua montaña…
Y él pondrá ramas y generará frutos, y se hará un poderoso cedro.

Ese conocimiento, aparentemente, derivaba del hecho de que los cedros crezcan en el «Pomar de los Dioses», donde ningún árbol se igualaba a él, que era «la envidia de todos los árboles que existían en el Edén, el jardín de los dioses». El término hebraico Gan (pomar, jardín), por derivar de la raíz gnn (proteger, guardar), transmite el sentido de una área guardada y restringida —el mismo percibido por el lector de la narrativa de Gilgamesh, que habla de una floresta que se extiende «por muchas leguas», vigilada por un Guerrero Flamante («un terror para los mortales»), accesible solamente a través de un portón que paralizaba al intruso que lo tocaba.

Dentro de ella quedaba la «morada secreta de los Anunnaki». Un túnel llevaba al «recinto en el cual son emitidas las palabras de comando» —el «lugar subterráneo de Shamash».

Gilgamesh casi consiguió llegar al Lugar de Aterrizaje, pues tenía el permiso y el apoyo de Shamash. Pero la ira de Ishtar, furiosa por haber sido repelida en sus avances amorosos, cambió completamente el curso de los acontecimientos. Ya otro rey mortal, según el Viejo Testamento, tuvo mejor suerte. Ese hombre era el soberano de Tiro, una ciudad-Estado en la costa de Líbano, a poca distancia de la Montaña de

los Cedros. La deidad (como es contado en el Capítulo 28 del Libro de Ezequiel) le permitió visitar la Montaña Sagrada:

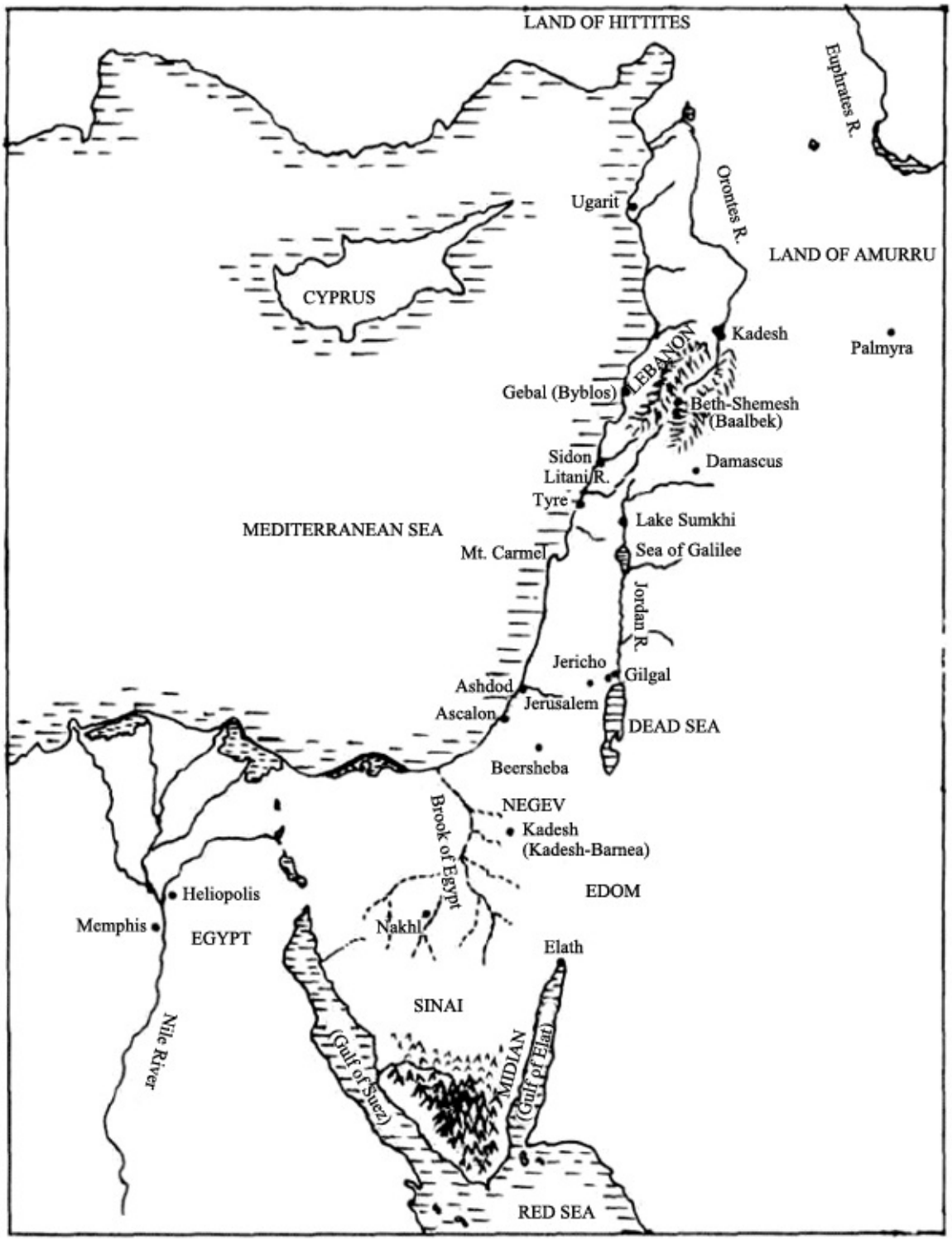


Fig. 78

Estuviste en el Edén,
piedras preciosas eran tu mata…
Eres un querubín ungido, protegido; te coloqué en la Montaña Sagrada.
Como un dios estabas, moviéndose dentro de piedras flamantes.

Gilgamesh buscó entrar en el Lugar de Aterrizaje sin ser invitado de los dioses. El rey de Tiro no solamente obtuvo el permiso para visitar el lugar sino también fue

llevado a pasear en las «piedras flamantes», volando como un querubín. Como resultado de eso, él decía: «soy un dios, en la Morada de la Deidad me senté, en medio de las aguas». Ezequiel debería informarlo de que, a causa de esa arrogancia, él iría a morir como un pagano en las manos de extraños.

Vemos, así, que tanto los hebreos de los templos bíblicos como sus vecinos del norte conocían la localización y naturaleza del Lugar de Aterrizaje en la Montaña de los Cedros que Gilgamesh intentó penetrar el milenio anterior a ellos. No se trata, por lo tanto, de un lugar «mitológico», y sí de un lugar muy real, citado en textos y mostrado en dibujos, confirmando su existencia y funciones.

En el cuento sobre el rey que intentó plantar un cedro, el Viejo Testamento relata que él «cargó una pequeña rama para un país de comercio» y plantó la semilla «en una ciudad de mercaderes».

Países y ciudades de ese tipo no necesitan ser buscados muy lejos, pues a lo largo de la costa de Líbano, desde la Anatolia, al norte, hasta el sur de la Palestina, había muchas ciudades litorales cananeas cuya riqueza y poder crecían con el comercio internacional. Las más conocidas a través de los relatos bíblicos son Tiro y Sidon. Centros de comercio y navegación durante milenios, su fama alcanzó el auge en la época en que eran gobernadas por los fenicios.

Otra ciudad, tal vez el puesto más avanzado de los cananeos junto a la frontera con El Imperio Hitita, pasó milenios enterrada sobre un monte después de su destrucción por invasores asirios.

Sus ruinas fueron descubiertas por casualidad en 1928, cuando un labrador se puso a arar un nuevo campo de cultivo cerca del monte llamado Ras Shamra. Las extensas excavaciones que siguieron revelaron a la antigua ciudad de Ugarit. Entre los espectaculares descubrimientos estaban un gran palacio, un templo dedicado al dios Baal («El Señor») y una variedad de artefactos. Sin embargo, el verdadero tesoro eran centenares de tablas de arcilla, con inscripciones en escritura cuneiforme (Fig. 79), en lengua «semita occidental», emparentada con el hebraico bíblico. Las tablas, cuyo contenido fue presentado a lo largo de varios años por Charles Virolleaud en el periódico científico Syria, quitaron de una relativa oscuridad los cananeos, su vida, sus costumbres y dioses.

Fig. 79

En el tope del panteón cananeo estaba una divinidad suprema llamada EL —una palabra que en el hebraico bíblico era el término genérico para «deidad», teniendo como origen la palabra acadia Ilu, que significa literalmente «El Altísimo». Sin embargo, en los cuentos cananeos sobre hombres y dioses, EL era el nombre personal de una deidad real, la autoridad final en todas las cuestiones, fueran de naturaleza divina o humana. EL era tanto el padre de los dioses como el Ab Adam («padre de los hombres») y tenía como epítetos «El Bondadoso» y «El Misericordioso». EL también era «el creador de las cosas creadas» y «el único que podía conceder realeza». Una estela encontrada en la Palestina (Fig. 80) muestra a EL sentado en su trono y siendo servido de bebida por una deidad más joven, probablemente uno de sus muchos hijos.

Él usa el tocado cónico, con cuernos, la marca registrada de los dioses en todo el Oriente Medio de la Antigüedad, y la escena es dominada por el omnipresente Globo Alado, el emblema del Planeta de los Dioses.

Fig. 80

En los «viejos tiempos», EL era la principal deidad del Cielo y de la Tierra, pero en la época en que tuvieron lugar los eventos relatados en las tablas cananeas, el dios vivía en una semi-jubilación, ajeno a las cuestiones cotidianas. Su morada estaba «en las montañas», junto a los «dos afluentes iniciales», donde se sentaba en un pabellón recibiendo emisarios, presidiendo consejos de los dioses e intentando resolver las constantes disputas entre los dioses más jóvenes. Muchos de éstos eran sus hijos y algunos textos sugieren que EL tenía setenta de ellos. De éstos, treinta eran de su consorte oficial, Asherah (Fig. 81) y los otros hijos eran de una variedad de concubinas divinas y hasta humanas.

Fig. 81

Un texto poético cuenta que dos mujeres vieron a EL desnudo mientras paseaban en la playa y se quedaron encantadas con el tamaño de su pene, caso que terminó con cada una de ellas procreando un hijo del dios. (Ese atributo de EL está bien visible en una moneda fenicia (Fig. 82), que lo muestra como un dios alado).

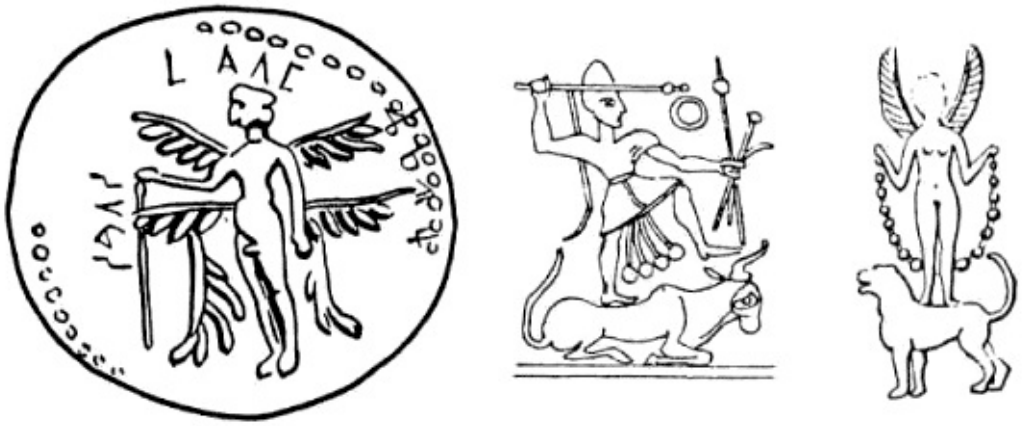


Fig. 82

Sin embargo, los principales descendientes de EL eran tres hijos y una hija: los dioses Yam («Mar, Océano»), Baal («El Señor») y Mot («Golpeador, Aniquilador»), y la diosa Anat («La que respondió»). Por los nombres y relación, ellos se comparan con los dioses griegos Poseidón (Dios de los Mares), Zeus (Señor de los Dioses) y Hades (Dios del Mundo Inferior). Baal, como Zeus, estaba siempre armado con un rayo-misil (Fig. 82) y tenía el toro como símbolo de su culto. Cuando Zeus luchó contra Tifón, fue su hermana, Atena, Diosa del Amor y de la Guerra, la única que lo apoyó.

En las leyendas egipcias, sólo Isis se quedó al lado del hermano-marido, Osiris. Lo mismo aconteció cuando Baal entró en lucha con sus dos hermanos. Solamente su hermana-amante, Anat, vino en su auxilio. Como Atena, ella era al mismo tiempo «La Doncella», muchas veces exhibiendo su belleza desnuda, y la Diosa de la Guerra, teniendo un león como símbolo de su bravura (Figs. 82-83). (En el Viejo Testamento ella es llamada de Astarot o Astarté).

Fig. 83

Los vínculos con las creencias y recuerdos de los tiempos prehistóricos egipcios son tan obvios como con los de Grecia.

Osiris fue resucitado por Isis después de que ella encontró sus restos en la ciudad cananea de Biblos. De la misma forma, Baal fue traído de vuelta a la vida después de ser golpeado por Mot.

Set, el adversario de Osiris, en las escrituras egipcias a veces era llamado «Set de Safon». Baal, como vemos, ganó el título de «Señor de Zafón». Los monumentos egipcios del Nuevo Imperio —que se equipara al periodo cananeo— muchas veces mostraban a los dioses cananeos como deidades egipcias, llamándolos Min, Reshef, Cades y Anthat (Fig. 84). De esa forma, encontramos las mismas leyendas aplicándose a los mismos dioses, a pesar de los nombres diferentes, en todo el mundo antiguo

Fig. 84

Los eruditos destacaron que todas esas leyendas eran ecos, si no versiones, de los otros sumerios originales y mucho más antiguos, hablando no sólo sobre la búsqueda de la inmortalidad, sino también de amor, muerte y resurrección entre los dioses. En su conjunto, esos cuentos están repletos de episodios, detalles, epítetos y enseñanzas que también constan en el Viejo Testamento —evidenciando un lugar en común (Canaán), tradiciones en común y versiones originales en común.

Un texto de ese tipo es la historia de Daniel (Dan-El —el «juez de El»— Daniel en hebraico), un jefe virtuoso, que no conseguía tener un heredero legítimo. Afligido, Daniel rogó a los dioses que le dieran un hijo, para que, cuando él muriera, ese hijo pudiera erigir una estela en su memoria en Cades. A partir de esa palabra podemos conjeturar que el área de los eventos de la leyenda era la región donde el Canaán del Sur (el Neguev) se mezclaba con la península del Sinaí, pues era allá que quedaba la

ciudad de Cades («La Sagrada»).

Cades formaba parte del territorio del patriarca bíblico Abraham y el cuento cananeo sobre Daniel está repleto de similaridades con la historia de la Biblia sobre el nacimiento de Isaac, hijo de Abraham y Sara, ambos muy ancianos. En un relato muy parecido con el que está en el Libro del Génesis, leemos en el cuento cananeo que Daniel, envejeciendo sin haber generado un heredero, vio presentarse una oportunidad de conseguir auxilio divino cuando dos dioses llegaron a la su casa. «De ahí en delante… él da ofrendas para que los dioses coman, ofrendas para que Los Santos beban». Los divinos huéspedes, que eran El, «El Administrador de la Cura», y Baal, se quedan en la casa de Daniel por una semana, durante la cual este repite constantemente su súplica. Finalmente, Baal resuelve apoyar Daniel, «aproximándose a El con sus llamamientos». Cediendo a las súplicas, El «por la mano toma a su siervo» y le concede «espíritu», por lo cual la virilidad de Daniel es restaurada:

Con el hálito de la vida Daniel es estimulado…
Con el aliento de la vida él es revigorizado.

El promete un hijo para el descreído Daniel. Monta tu cama, dice, besa tu mujer, abrázala… «por la concepción y embarazo ella dará a luz un hijo hombre para Daniel». Y, tal como acontece en la narrativa bíblica, la matriarca genera un heredero legítimo, lo que garantiza la sucesión. Los padres le dan el nombre de Aqhat; los dioses lo apodan de Naaman («El Agradable»).

Cuando el niño se hace un muchacho, el Artífice de los Dioses lo regala con un arco inigualable, lo que despierta la envidia de Anat, que desea poseer esa arma mágica. Para obtenerla, la diosa promete a Aqhat cualquier cosa que a él le gustaría tener —oro, plata, incluso la inmortalidad:

Pida la vida, oh Aqhat, el joven…
Pida la vida y yo ella te daré.
Inmortalidad (pieza), y yo te concederé.
Con Baal te haré contar los años;
Con los hijos de El contarás los meses.

Además de vivir tanto como los dioses, prometió la diosa, el muchacho también sería invitado a juntarse a ellos en la ceremonia de Donación de Vida.

Y Baal, cuando concede la vida, una fiesta ofrece;
Un banquete hace para aquél que recibió vida.
Le sirve una bebida, canta y entona dulcemente para él.

Pero Aqhat no cree que el hombre pueda escapar de su destino y no desea separarse del arco:

No mientas, oh doncella…
Para un héroe, tus mentiras son despreciables.
¿Cómo puede un mortal adquirir una otra vida?
¿Cómo puede un mortal la eternidad obtener?

La muerte de todos los hombres moriré;
Sí, con certeza pereceré.

El muchacho también le recuerda a Anat que el arco fue hecho para guerreros como él y no para ser usado por mujeres. Insultada, Anat «atraviesa la Tierra» hasta la morada de El, pretendiendo solicitar permiso para eliminar Aqhat. La respuesta enigmática del dios sugiere que él permite un castigo, pero sólo hasta cierto punto.

Anat ahora comienza a tramar su venganza. «Por sobre mil campos, cuatro mil hectáreas», ella viaja de vuelta para donde está Aqhat. Fingiéndose deseosa de paz y apasionada, la diosa ríe, alegre. Dirigiéndose al muchacho como «Aqhat, el joven», él declara: «Tú eres mi hermano, soy tu hermana». Enseguida, lo convence de acompañarla hasta la ciudad del «Padre de los Dioses, el Señor de la Luna». Allá pide a Tafan «matar Aqhat para quitarle su arco» y después «hacerlo vivir de nuevo». O sea, infligirle una muerte temporal, que la posibilite a coger el arma tan deseada. Tafan, siguiendo las instrucciones de la diosa, «golpea dos veces Aqhat en el cráneo, tres por encima de la oreja», y el alma del muchacho «escapa como vapor». Pero, antes de que él pueda ser revivido (si era realmente ésa la intención de Anat), su cuerpo es estragado por los buitres. La noticia terrible es traída a Daniel mientras él, «sentado delante del portón, bajo un frondoso árbol, juzga la causa de la viuda, adjudica la causa del huérfano». Con la ayuda de Baal, se organiza una búsqueda para buscar los restos de Aqhat, pero todo vanamente. La hermana del muchacho, disfrazada y deseosa de venganza, viaja hasta la morada de Tafan y, después de embriagarlo, intenta matarlo. (Un posible final feliz, en el cual Aqhat terminaría resucitado, no fue encontrado hasta ahora).

La transferencia de la acción de las montañas de Líbano a la «ciudad del dios-Luna» es un elemento también encontrado en la historia de Gilgamesh. En todo el Oriente Medio de la Antigüedad, la deidad asociada a la Luna era Sin (Nannar en el sumerio original). Llamado en la ciudad de Ugarit de «Padre de los Dioses» él era, en realidad, el padre de Ishtar y sus tres hermanos. La primera tentativa de Gilgamesh para alcanzar su meta, el Lugar de Aterrizaje en la Montaña de los Cedros, fue frustrada por Ishtar, que buscó hacer que él fuera muerto por el Toro del Cielo por haberla rechazado. En su segundo viaje, en que pretendía llegar a la Tierra de Tilmun, Gilgamesh también llegó a una ciudad cercada de murallas, «cuyo templo era dedicado a Sin».

Pero, mientras Gilgamesh necesitó hacer una larga y peligrosa caminata antes de alcanzar la región de Sin, Anat —como Ishtar podía ir a todos los lugares con gran rapidez, pues no viajaba a pie ni en lomo de asno, sino volando de un punto para otro.

Muchos textos de la Mesopotamia se referían a los viajes aéreos de Ishtar y su capacidad de vagar por el firmamento, «atravesando el cielo, atravesando la tierra». Una representación en el templo dedicado a ella en Assur, una capital asiria, la

muestra usando gafas, un casco justo y grandes «auriculares de oído» o paneles. En las ruinas de Mari, en el margen del río Éufrates, fue encontrada una estatua de tamaño natural, equipada con una «caja-negra», una manguera, un casco con cuernos y «auriculares de oído» embutidos, y otros atributos más de un aeronauta (Fig. 85). Esa capacidad de «volar como un pájaro», atribuida a todas las otras deidades cananeas, aparece en todos los cuentos épicos encontrados en Ugarit.

Fig. 85

Uno de ellos, donde la diosa vuela para salvar a alguien, es un texto que los eruditos intitularon de «La Leyenda del Rei Keret» —donde Keret puede ser interpretado como el nombre del rey o el de su ciudad («La capital»). El tema del cuento es el mismo de la Epopeya de Gilgamesh, o sea, la lucha del hombre para encontrar la inmortalidad. Sin embargo, él comienza como la historia de Job, del Viejo Testamento, y posee otras similaridades bíblicas.

Job, como nos cuenta la Biblia, era un hombre íntegro y puro, de gran fortuna y poder que vivía en la Tierra de Hus (la «Tierra del Consejo»), territorio bajo el dominio de los «Hijos del Este».

Todo corría a las mil maravillas hasta que «el día en que los hijos de los dioses vinieron presentarse a Yahveh, entre ellos vino también Satanás». Persuadiendo al Señor a probar Job, Satanás recibió permiso de afligirlo primero con la pérdida de sus hijos y de toda su fortuna, y posteriormente con todo tipo de enfermedades. Mientras Job se lamentaba y sufría, tres de sus amigos vinieron a consolarlo. El Libro de Job fue compuesto como un registro de las discusiones de los cuatro hombres sobre la vida y la muerte, y los misterios del Cielo y de la Tierra.

Quejándose del trastorno que había ocurrido en su vida, Job soñaba con los «meses de antaño», cuando era honrado y respetado: «En los portones de la capital, en la plaza, un asiento a mí me quedaba reservado». En aquel entonces, recordó, creía

que «como el Fénix serán mis días, con mi Creador moriré». Pero ahora, sin nada de suyo y afligido por enfermedades, sentía ganas de morir allí mismo.

El amigo que había venido del sur le recordó que: «El hombre nace para el trabajo forzado; sólo el hijo de Reshef puede hacia las alturas volar». Fuera como se dijera: ora, siendo el hombre mortal, ¿por qué tanta agitación?

Pero Job respondió enigmáticamente que la cuestión no era tan simple así. «La Esencia del Señor está dentro de mí; su esplendor alimenta mi espíritu».

¿Estaría él revelando, en el verso hasta hoy incomprendido, que tenía sangre divina? ¿Que, como Gilgamesh, esperaba vivir tanto como el Fénix, que siempre renacía, y morir solamente cuando falleciera su «Creador»? Pero ahora Job se daba cuenta de que: «Eternamente no más viviré; mis días son como vapor».

La historia de Keret primero lo describe como un hombre próspero que en poco tiempo pierde a la mujer e hijos debido a enfermedades y guerra. «Él ve a sus descendientes arruinados… una posteridad pereciendo en su todo», y percibe que es el fin de su dinastía —«su trono está completamente solapado». El sufrimiento y las lamentaciones crecen cada día: «su cama está empapada de lágrimas». Diariamente Keret «entra en la cámara interior» del templo y llora suplicando la ayuda de los dioses. El acaba «descendiendo hasta él “para descubrir” lo que aflige a Keret para hacerlo llorar». Es ahí que los textos revelan que Keret, por ser hijo de EL con una humana, es en parte divino.

EL aconseja a su «amado muchacho» a parar de lamentarse y a casarse de nuevo, pues así sería bendecido con un nuevo heredero. Lo manda a lavarse y arreglarse para ir a pedir la mano de la hija del rey de Udum (posiblemente la bíblica Edom).

Keret, acompañado de sus tropas y cargado de presentes, parte obedeciendo a las órdenes de EL. Sin embargo, el rey de Udum rechaza la plata y el oro. Sabiendo que Keret «es carne del Padre de los Hombres», es decir, de origen divino, pide una dote singular: que el primogénito de su hija con Keret ¡también sea semi-divino!

La decisión, claro, no cabe a Keret. EL, que lo había aconsejado a buscar una nueva boda, no está disponible. Así, el rey dirige sus pasos al santuario de Asherah pretendiendo obtener el auxilio de la diosa. La escena siguiente tiene lugar en la morada de EL, donde la súplica transmitida es apoyada por varios dioses más jóvenes:

Entonces vinieron las compañías de dioses,
Y el presente Baal habló:
Y ahora, oh Bondadoso, El benigno;
No bendecirás Keret, el de sangre pura,
¿Ni agradarás el amado muchacho de EL?

Así incentivado, EL consiente en «bendecir a Keret» y le promete que él tendrá hijos y varias hijas. El primogénito, anuncia, deberá recibir el nombre de Yassib («Permanente»), pues de hecho le será concedida la permanencia. Eso acontecerá

porque, cuando el niño nazca, no será amamantado por la madre, sino por las diosas Asherah y Anat.

(El tema del hijo de un rey siendo amamantado por una diosa, y de esa forma ganando la vida eterna, era encontrado en las artes de casi todos los pueblos del antiguo Oriente Medio)(Fig. 86).

Fig. 86

Los dioses mantienen su promesa, pero Keret, creciendo en poder y riqueza, olvida sus votos. Tal como aconteció con el rey de Tiro en las profecías de Ezequiel, su corazón se hizo altivo y él comenzó a vanagloriarse de sus orígenes divinos con los hijos. Irritada, Asherah hace caer sobre él una enfermedad fatal.

Cuando quedó evidente que Keret estaba al borde de la muerte, sus hijos, espantados, preguntaron como eso podía estar aconteciendo con él, «un hijo de EL, reviento del Bondadoso, un ser sagrado». Apenas pudiendo que creer en lo que veían, interrogan al padre —pues, con toda la certeza, el fracaso de su inmortalidad los afectará también:

En tu vida, padre, nos regocijábamos
Exaltábamos tu no morir…
¿Morirás entonces, padre, como los mortales?

El silencio de Keret habla por sí mismo y ahora los hijos se vuelven hacia los dioses:

¿Cómo puede ser dicho,
un hijo de EL es Keret, reviento del Bondadoso y un ser sagrado?
¿Entonces un dios morirá?
¿Un reviento del Bondadoso no vivirá?

Enredado, EL se dirige a los otros dioses: «¿Quién entre vosotros es capaz de

remover la enfermedad, expulsar los males?». Por siete veces EL repite su llamado, pero «ninguno de los dioses responde». Desesperado, EL apela al Artífice de los Dioses y sus asistentes, y a las diosas de los oficios que conocen todas las magias. Respondiendo, «la mujer que remueve enfermedades», la diosa Shagarat, despega: «Ella sobrevuela cien ciudades, sobrevuela una miríada de poblados…». Llegando a la casa de Keret en el momento exacto, consigue revivirlo.

(La historia, empero, no tiene un final feliz. Como la afirmación de Keret de que era inmortal probó ser inútil, su primogénito lo persuadió a abdicar en su favor…).

Los varios relatos épicos sobre los propios dioses son de peso primordial para la comprensión de los eventos de la Antigüedad.

En ellos, la capacidad de volar de los dioses es aceptada como un hecho corriente y su «cielo», la «Cresta de Zafón», es presentado como un lugar de reposo de los aeronautas. Las figuras céntricas de esas historias son Baal y Anat, los hermanos-amantes. El epíteto frecuente de Baal es «El Caballero de las Nubes», que el Viejo Testamento acabó reivindicando para la deidad hebrea. La capacidad de volar de Anat, que aparecía ocasionalmente en los cuentos sobre las relaciones entre dioses y hombres, es aún más enfatizada en las leyendas sólo sobre los dioses.

En uno de esos textos, Anat es informada de que Baal fue a pescar «en la campiña de Samakh» (Fig. 87).

Fig. 87

La región conserva ese nombre hasta los días de hoy: se trata del área del lago de Sumkhi («lago de los Peces»), que queda al norte de Israel, donde el río Jordán comienza a desaguar en el mar de la Galilea, y continúa afamada por sus peces y vida salvaje. Anat decidió ir a juntarse a Baal:

Ella alza vuelo, la Doncella Anat,
Alza vuelo y pasea volando
Hasta el centro de la campiña de Samath,
Donde abundan búfalos.

Avistando a la diosa, Baal le hizo una señal para que descendiera, pero Anat

comenzó a juguetear de esconde-esconde. Irritado, Baal preguntó si Anat estaba esperando que él fuera a «ungir los cuernos de ella» —una expresión relacionada con el acto sexual— «mientras volaba», incapaz de encontrarla, Baal despegó «y subió a los cielos», yendo hacia la sede de su trono en la «Cresta de Zafón». Anat, la juguetona, luego se dirigió hacia allá con la intención de «sobre Zafón en placer (estar)».

El encuentro idílico, empero, sólo pudo ser consumado años después, cuando la posición de Baal como Príncipe de la Tierra y gobernante reconocido de las tierras del norte ya estaba firmemente establecida. Antes de eso, el dios se envolvió en luchas de vida o muerte con los otros pretendientes al trono dividido. El premio de todas esas disputas era un lugar conocido como Zarerath Zafón, en general traducido como «monte santo» o «Picos de Zafón», pero significando exactamente «La Cresta Rocosa en el Norte».

Esas sangrientas luchas por el dominio sobre ciertas fortalezas o territorios transcurrían del posicionamiento de los pretendientes en la línea de sucesión cuando el jefe del panteón envejecía o entraba en una semi-jubilación. Conforme a las tradiciones de boda que primero fueron registradas en los escritos sumerios, la consorte oficial de EL, Asherah («la hija del gobernante»), era su media-hermana, lo que hacía del primogénito de ésta el heredero legítimo. Pero, como había acontecido antes, la posición de ese hijo era frecuentemente protestada por sus medios-hermanos más viejos, pero nacidos de otras mujeres. (El hecho de que Baal, que tenía por lo menos tres esposas, no pudiera casarse con su amada Anat confirma que ella era su hermana por parte de padre y madre, y no sólo media-hermana).

Los cuentos cananeos comienzan en la remota y montañosa morada de EL, donde él secretamente concede la sucesión a su hijo Yam. La diosa Shepesh, la «Antorcha de los Dioses», va volando hasta donde está Baal para darle las malas noticias: «¡El está poniendo el sistema monárquico al revés!», grita, alarmada.

Baal es aconsejado a presentarse delante de EL y a llevar la disputa para ser juzgada por la Asamblea o Consejo de los Dioses. Las hermanas sugieren que él debe ser desafiador:

Ahora vamos, parte,
para la Asamblea en el centro del monte Lala.
A los pies de EL no encala, no te postres delante de la Asamblea.
En pie, altivo, haz tu discurso.

Al saber la trama, Yam envía a sus propios emisarios a la reunión de los dioses con el objetivo de exigir que el rebelde Baal se entregue en sus manos. «Los dioses estaban sentados para comer, los Santos iban a cenar; Baal servía a EL» cuando entran los emisarios. En el silencio que se sigue, los dos presentan la exigencia de Yam. Para indicar que no están para bromas, «a los pies de EL no se caen» y mantienen las manos en las armas, «ojos como una espada afilada, centelleando con

un fuego que todo consume». Los dioses se tiran al suelo para protegerse. EL se muestra dispuesto a entregar a Baal, pero este coge sus armas y está por saltar sobre los emisarios cuando su madre lo contiene. Un emisario posee inmunidad, le recuerda ella.

Los emisarios acaban volviendo con las manos vacías con Yam y queda claro que no existe otro medio de decidir la disputa sino que los dos dioses se confronten en un campo de batalla. Una diosa —tal vez Anat— conspira con El Artífice de los Dioses para que él suministre a Baal sus armas divinas, el «perseguidor» y el «tirador», que «bucea sobre la presa como una águila». En el combate, Baal vence a Yam y está para «chafarlo» cuando oye la voz de la madre diciéndole: «¡perdona a Yam!». El vencido escapa de la muerte, pero es proscrito para sus dominios marítimos.

Como compensación por haber perdonado a Yam, Baal pide a Asherah que apoye su reivindicación de obtener la supremacía sobre la Cresta de Zafón. La diosa está reposando en una ciudad a la riba-mar y es con grande reluctancia que concuerda en viajar hasta la morada de EL localizada en una región caliente y seca.

Llegando «sedienta y resecada», Asherah coloca el problema delante del marido y le pide decidir con sabiduría y sin emoción.

«Tú eres realmente grande y sabio», le dice, «lo canoso de tu barba habla de tu experiencia… Sabiduría y Vida Perenne son tu parte». Sopesando la situación, EL concuerda: que Baal sea el dueño de la Cresta de Zafón; que allá él construya su casa.

Sin embargo, lo que Baal tiene en mente no es una residencia cualquiera. Sus planes exigen los servicios de Kothar-Hasis («El Habilidoso y Conocedor»), el Artífice de los Dioses. No sólo los eruditos modernos, sino hasta Filos de Biblos, el siglo 1 a. C. (citando historiadores fenicios anteriores), compara Kothar-Hasis al divino artesano griego Hefesto, que construyó la residencia de los dioses Zeus y Hiedra. Otros encuentran paralelos entre él y Thot, el dios egipcio de las artes, oficios y magia. De hecho, los escritos encontrados en Ugarit afirman que los emisarios de Baal enviados para recoger Kothar-Hasis fueron avisados para buscar por él en la isla de Creta y en Egipto. Todo indica que, en la época, era en esos lugares que el Artífice de los Dioses estaba empleando sus habilidades.

Cuando Kothar-Hasis llegó al lugar donde Baal lo esperaba, los dos comenzaron a estudiar los proyectos de la construcción. Baal deseaba una estructura en dos partes, siendo una Y-Khal («gran casa») y la otra Behmtam, término generalmente traducido por «casa», pero que literalmente significa «una plataforma elevada».

Hubo alguna discordancia entre los dioses sobre el lugar donde debería quedar una cierta ventana en forma de embudo que se abría y cerraba de manera rara. «Tú debes prestar atención a mis palabras, oh Baal», insistió Kothar-Hasis. Terminada la construcción de la estructura, Baal se mostró preocupado con la seguridad de sus mujeres e hijos. Para tranquilizarlo, Kothar-Hasis mandó que árboles de Líbano, «de

Sirion sus preciosos cedros», fueran apilados dentro de la estructura e hicieron fuego con ellas. Durante una semana entera la hoguera ardió intensamente; oro y plata colocados en ella se derritieron, pero la estructura en sí no fue destruida ni sacudida.

¡El silo subterráneo y la plataforma estaban listos! Sin perder tiempo, Baal resolvió probar la instalación:

Baal abrió el Embudo en la Plataforma Elevada,
La ventana dentro de la Gran Casa.
En las nubes, Baal abrió hendiduras.
Su clamor sagrado Baal emite…
Su clamor sagrado sacude la Tierra.
Las montañas estremecen…
Tremendo están…
En el este y en el oeste, los montes de la tierra balancean…

Cuando Baal comenzó a subir al espacio, los divinos mensajeros Gapan y Ugar se juntaron a él en el vuelo: «Los alados, los dos, se congregan en las nubes» atrás de Baal; «como pájaros», la pareja sobrevoló los picos nevados de Zafón. Con el término de la construcción de las nuevas estructuras, la Cresta de Zafón pasó a ser llamada la «Fortaleza de Zafón», y el monte Líbano («El Blanco», en virtud de sus picos nevados) adquirió el epíteto de Sirion —la Montaña «Armada».

Por haber conseguido el dominio de la fortaleza de Zafón, Baal también ganó el nombre de Baal Zafón. Como título, significa sólo «Señor de Zafón», pero la connotación original del término Zafón no era geográfica, pues significaba tanto «el escondido», como «el lugar de observación». A buen seguro, esas connotaciones tuvieron un peso importante en el nombramiento de Baal como «Señor de Zafón».

Una vez obtenidos esos poderes y prerrogativas, las ambiciones de Baal crecieron mucho en escala. Invitando a los «hijos de los dioses» a un banquete, él exigió demostraciones de fidelidad y vasallaje. El castigo no tardó para los que se rechazaron a atenderlo: «Baal agarra a los hijos de Asherah; a Rabbim él golpea en la espalda, a Dokyamm alcanza con una clava».

Algunos fueron muertos, otros escaparon. Embriagado por el poder, Baal se mofó de ellos:

Los enemigos de Baal huyen para las matas;
Sus enemigos se esconden en las faldas de la montaña.
El postrado Baal grita:
¿Oh enemigos de Baal, por qué tiemblan?
¿Por qué tiemblan, por qué se esconden?
El Ojo de Baal se prende;
Su mano extendida el cedro racha;
Su mano derecha es poderosa.

Decidido a conseguir el dominio completo, Baal —con la ayuda de Anat— venció y aniquiló adversarios masculinos como «Lothan, la serpiente», «Shahat, el dragón de siete cabezas», «Atak, el ternero» y a la diosa Hashat, «la perra». Sabemos, a través del Viejo Testamento, que Yahveh, el Dios bíblico, también era un feroz

adversario de Baal. Cuando la influencia de éste creció mucho entre los israelitas en virtud de la boda de su rey con una princesa cananea, el profeta Elías organizó una competencia entre Baal y Yahveh en lo alto del monte Carmelo.

Cuando Yahveh prevaleció, los trescientos sacerdotes de Baal fueron inmediatamente ejecutados. Era a causa de ese acontecimiento que el Antiguo Testamento confería a Yahveh el dominio sobre la Cresta de Zafón. Significativamente, las reivindicaciones fueron hechas en lenguaje casi idéntico al usado en las historias sobre Baal, como dejan claro el Salmo 29 y otros versos:

Tributad a Yahveh, oh hijos de los dioses,
Tributad a Yahveh gloria y poder.
Tributad a Yahveh la gloria de su Shem;
Adorad a Yahveh en su esplendor de santidad.
El clamor de Yahveh sobre las aguas;
El Dios glorioso truena,
Ecos sobre las aguas torrenciales.
Su clamor es poderoso, majestuoso.
El clamor de Yahveh despedaza los cedros,
Despedaza Yahveh los cedros de Líbano;
Él hace a Líbano saltar cual ternero
Y el Sirion como crea de búfalo.
El clamor de Yahveh lanza chispas de fuego…
Y en su templo todo grita: ¡gloria!

Tal como Baal en los textos cananeos, la deidad hebrea también era un «Caballero de las Nubes». El profeta Isaías tuvo una visión de él volando en dirección sur, a Egipto, «cabalgando ágilmente una nube, él descenderá sobre Egipto; los dioses de Egipto estremecerán delante de él». Isaías también afirmaba haber visto personalmente al Señor y sus tenderos alados: El año en que falleció el rey Ozias, vi al Señor sentado en un trono alto y elevado. Sus cargadores llenaban el santuario. Los tenderos del fuego revoloteaban sobre él, seis alas, seis alas para cada uno de ellos… Las vigas de los pórticos se estremecieron con el clamor y el templo se llenó de humo.

A los hebreos les estaba prohibido adorar, y, por lo tanto, hacer estatuas o imágenes grabadas. Pero, los cananeos, que deben haber conocido Yahveh como los hebreos conocían Baal, nos dejaron una imagen suya como era concebida por ellos. Una moneda del siglo 4 a. C., con la inscripción Yahu («Yahveh»), muestra una deidad sentada en un trono con forma de una rueda alada (Fig. 88).

Fig. 88

Así, era universalmente aceptado en el Oriente Medio que el dios que conseguía el dominio sobre Zafón se quedaba con la supremacía sobre los dioses que podían volar.

Eso, a buen seguro, era lo que Baal esperaba. Sin embargo, siete años después del término de la construcción de la fortaleza de Zafón, él fue desafiado por Mot, el señor de las tierras al sur y del Mundo Inferior. Ahora la disputa ya no era más sobre quién sería el dueño de Zafón, sino sobre «quién tendrá el dominio sobre toda la Tierra».

Llegaron a Mot informaciones de que Baal estaba envuelto en actividades sospechosas. Ilegal y clandestinamente, él estaba «poniendo un labio en la Tierra y uno en el Cielo», intentando «estirar su voz hasta los planetas». De inicio, Mot exigió el derecho de inspeccionar lo que estaba aconteciendo dentro de la Cresta de Zafón. En respuesta, Baal le envió emisarios con mensajes de paz. «¿Quién necesita de guerra?», preguntó, «derramemos paz y amistad en el centro de la tierra». Como Mot continuó insistiendo, Baal concluyó que el único modo de impedir que Zafón fuera, sería buscarlo en su propia casa. Así, viajó para la «cueva» de Mot en las «profundidades de la Tierra», jurando obediencia.

Sin embargo, lo que Baal tenía en mente era algo mucho más siniestro —el derrocamiento de Mot. Pero, para eso, necesitaba del auxilio de la siempre fiel Anat. Por eso, mientras él iba a verse con Mot, sus emisarios buscaron a Anat. Los dos emisarios recibieron instrucciones de que repitieran palabra por palabra un enigmático mensaje para la diosa:

Tengo una palabra secreta para decirte,
Un mensaje para cuchichearte:
Es un aparato que lanza palabras,
Una Piedra que susurra.
Sus mensajes los hombres no entenderán;
Las multitudes de la Tierra no comprenderán.

Debemos tener en mente que en todas las lenguas de la Antigüedad, el término «piedra» comprendía todas las substancias minerales o minado, incluyendo así todos los minerales y metales. Por lo tanto, Anat inmediatamente comprendió lo que Baal

había mandado decirle: él estaba montando en la Cresta de Zafón un sofisticado aparato que podía ¡enviar o interceptar mensajes secretos!

En la continuación del mensaje llevado por los emisarios, hay una mejor descripción de la Piedra del Esplendor.

El Cielo con La Tierra ella hace conversar,
los mares con los planetas.
Es una Piedra del Esplendor;
Para el Cielo aún es desconocida.
Que tú y yo a erijamos dentro de mi caverna,
en el altísimo Zafón.

Este entonces era el secreto: Baal, sin el conocimiento del «Cielo» —el gobierno del planeta madre—, estaba montando un centro de comunicaciones clandestino, con el cual podría hablar con todas las partes de la Tierra y también con las naves en el espacio. Ése sería el primer paso para él «tener el dominio sobre toda la Tierra». Pero, con eso, Baal entraba en enfrentamiento directo con Mot, pues era en los territorios dominados por éste que se localizaba el «Ojo de la Tierra» oficial.

Habiendo recibido y comprendido el mensaje, Anat se apresuró a partir en auxilio de Baal. Los emisarios preocupados recibieron su palabra de que ella llegaría allá a tiempo. «Vosotros sois lentos, yo soy ligera», garantizó, y añadió:

En el distante lugar del dios penetraré,
La distante cueva de los hijos de los dioses.
Dos aperturas ella tiene bajo el Ojo de la tierra
Y tres anchos túneles.

Llegando a la capital de Mot, Anat no consiguió encontrar a Baal. Exigiendo saber sobre su paradero, amenazó a Mot con violencia. Finalmente fue informada de la verdad: los dos dioses se habían engarzado en combate y «Baal fue vencido». Furiosa, Anat «con una espada amenazó a Mot». Entonces, con la ayuda de la diosa Shepesh, soberana de los Refaim (los «Tutores»), transportó el cuerpo sin vida de Baal al pico de Zafón, colocándolo en una caverna.

Rápidamente las dos diosas convocaron al Artífice de los Dioses, también llamado de El Kessem, «El Dios de la Magia». Tal como Horus fue revivido por Thot después de haber sido picado por una serpiente, Baal también resucitó milagrosamente. Sin embargo, no queda bien explicado si él volvió a la vida física en la Tierra o ganó, como Osiris, alguna otra Vida Celestial.

Es imposible determinar cuando los dioses se envolvieron en esos eventos en la Cresta de Zafón, pero no quedan dudas de que la Humanidad tenía conocimiento de la existencia y atributos singulares del Lugar de Aterrizaje ya en los inicios de la Historia documentada.

Para comenzar tenemos el relato sobre el viaje de Gilgamesh a la Montaña de los Cedros, que la epopeya también llama la «Morada de los Dioses, la Encrucijada de Ishtar». Allá, «penetrando en la floresta», él encontró un túnel que llevaba «al recinto

donde son emitidas las palabras de comando».

Adentrándose en la montaña, él abrió «la morada secreta de los Anunnaki». Fue como si Gilgamesh hubiera invadido las mismas instalaciones que Baal ¡construía en secreto!

Versos antes misteriosos de la epopeya ahora asumen un significado escalofriante:

Cosas secretas él vio,
Lo que está escondido del hombre él conoció…

Eso, sabemos, aconteció el tercer milenio a. C. —Alrededor de 2900 a. C.

Otro eslabón importante entre las leyendas de los dioses y hombres es la historia del anciano Daniel, que no tenía descendientes masculinos y vivía en algún lugar cerca de Cades.

No es posible determinar la época en que ocurrieron esos eventos, pero las similaridades con la historia de Abraham —inclusive la aparición de «hombres», que después se viene a saber que eran el Señor y sus emisarios— sugieren la posibilidad de que estamos leyendo dos versiones de la misma memoria ancestral.

Si fuera ése el caso, poseemos aun otra fecha: el inicio del segundo milenio a. C.

Zafón, la fortaleza de los Dioses, continuaba allá, el primer milenio a. C. El profeta Isaías (siglo VIII a. C.) castigó a Senaqueribe, el invasor asirio de la Judea, por haber él insultado al Señor subiendo con sus muchos carros de guerra «a las alturas de la montaña, a la Cresta de Zafón». Enfatizando la antigüedad del lugar, Isaías transmitió a Senaqueribe la amonestación del Señor:

¿No oíste?
Ya de hace mucho yo la construí,
En los tiempos antiguos yo la creé.

Isaías también castigó al rey de la Babilonia por él haber intentado divinizarse escalando la Cresta de Zafón:

¡Cómo te caíste del cielo, oh estrella del alba, hijo de la aurora!
¡Cómo fuiste tirado a la tierra, vencedor de las naciones!
Y, sin embargo, decías en tu corazón:
He de subir hasta el cielo,
Por encima de las estrellas de Dios colocaré mi trono,
Me estableceré en la Montaña de la Asamblea,
En la Cresta de Zafón,
en la Plataforma Elevada, Un Altísimo seré.
Y, con todo, serás precipitado al Mundo Inferior,
En las profundidades del abismo.

Tenemos aquí no solamente la confirmación de la existencia del lugar y su antigüedad, sino también la afirmación de que él incluía una «Plataforma Elevada», de la cual se podía subir al espacio y hacerse un Altísimo —un dios.

El ascenso a los cielos, sabemos por otros textos bíblicos, era hecho por medio de «piedras» (aparatos mecánicos), que podían viajar. El siglo VI a. C., el profeta

Ezequiel castigó el rey de Tiro porque su corazón se hizo orgulloso después de que él había recibido permiso de subir a la Cresta de Zafón y entrar en las «piedras movedizas», experiencia después de la cual anunció: «Un dios yo soy».

Una antigua moneda encontrada en Biblos (la bíblica Gebal), una de las ciudades cananeas fenicias en la costa del Mediterráneo, puede bien ser una ilustración de las estructuras erigidas en Zafón por Kothar-Hasis (Fig. 89). Ella muestra una «gran casa», teniendo al lado un área elevada, cercada por una muralla alta y larga.

Fig. 89

Allá, sobre un podio sostenido por vigas cruzadas, construidas para soportar un gran peso, está montado un objeto cónico —muy conocido de tantas otras ilustraciones del Oriente Medio de la Antigüedad— la «Cámara Celestial» de los dioses, una «piedra movediza».

Ésos son los indicios que llegaron hasta nosotros atravesando milenios después de milenios. Al largo de toda la Antigüedad los pueblos del Oriente Medio tenían conocimiento de que dentro de la Montaña de los Cedros había una enorme plataforma para «piedras movedizas», teniendo al lado una «gran casa», en el interior de la cual quedaba escondida «una piedra que susurra».

Ahora, si estoy correcto en mi interpretación de los textos y dibujos de la Antigüedad —¿cómo fue que ese grandioso y conocido lugar desapareció?

9

EL LUGAR DE ATERRIZAJE

Las ruinas del mayor templo romano de que se tiene noticia no están en Roma, sino en las montañas de Líbano. Ellas incluyen un grandioso templo de Júpiter, el más imponente de la Antigüedad dedicado a un único dios. A lo largo de cuatro siglos de dominación romana, muchos gobernantes se esforzaron para glorificar ese remoto y antiguo lugar, y en él erigieron estructuras monumentales. Generales y emperadores lo buscaron en consulta con oráculos, intentando descubrir lo que les reservaba el futuro. Los legionarios hacían lo posible para quedarse acampados en sus inmediaciones. Los devotos y curiosos iban hasta allá para verlo con sus propios ojos, pues el templo era una de las maravillas del mundo antiguo.

El primer europeo en traer noticias sobre la existencia de esas ruinas fue Martin Baumgarten, que llegó a ellas en enero de 1508, y, de ahí en delante, osados viajantes, arriesgando hasta la vida, fueron pasando más informaciones acerca del lugar. En 1751, Robert Wood, uno de esos aventureros, y el artista James Dawkins, que lo acompañó en el viaje, restauraron parte de la antigua fama del lugar cuando lo describieron en palabras y esbozos. «Cuando comparamos las ruinas… con las de muchas ciudades que visitamos en Grecia, Egipto y otras partes de Asia, no podemos evitar considerarlas como los restos del más osado proyecto que haya sido intentado en la arquitectura». De hecho, en ciertos aspectos, era aún más osado que las grandes pirámides de Egipto. El lugar al cual Robert Wood había llegado era un panorama donde el tope de la montaña, los templos y el cielo se combinaban en un escenario único (Fig. 90).

Fig. 90

El lugar está en las montañas de Líbano, donde ellas se separan pata formar un valle fértil y plano entre la cadena del «Líbano» al oeste y la cadena del «Anti-Líbano» al este, punto donde dos ríos, conocidos desde la Antigüedad, el Litani y el Orontes, comienzan a correr hacia el Mediterráneo.

Los imponentes templos romanos fueron construidos sobre una vasta plataforma horizontal, artificialmente creada a una altitud de 1200 metros por encima del nivel del mar. El recinto sagrado estaba cercado por una muralla que servía tanto de muro de arrimo para contener la tierra amontonada como para proteger y encubrir el complejo de edificaciones.

El área cerrada, en un formato más o menos cuadrado, con lados de cerca de 800 metros, medía más de 465 mil metros cuadrados. Situado de modo que dominara las montañas, su vuelta y los accesos al valle tanto en el norte como en el sur, el área sagrada tenía el canto noroeste deliberadamente cortado en un ángulo recto, como se nota en la vista aérea contemporánea (Fig. 91).

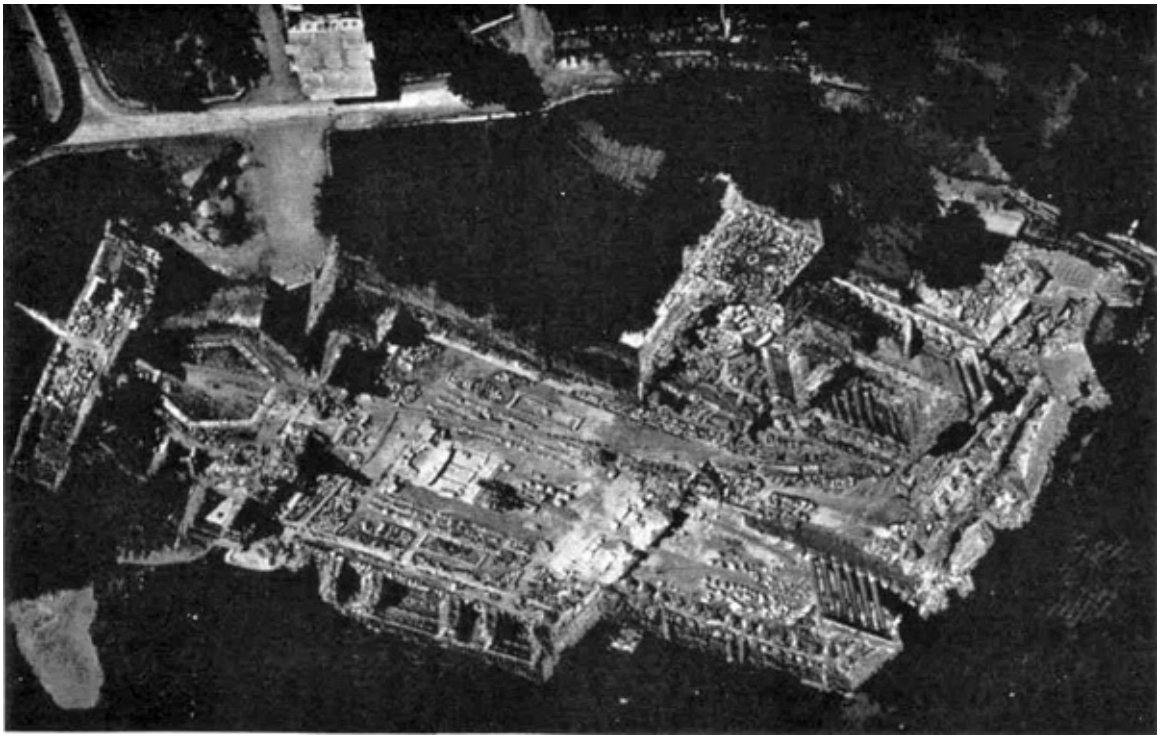


Fig. 91

Esa parte eliminada creaba un área oblonga, que ampliaba la visión de quien estaba en el área norte, mirando en dirección oeste. Era en ese punto especialmente concebido que quedaba el más grandioso templo ya construido en honor a Júpiter, con algunas de las más altas (20 metros) y mayores (2,30 metros de diámetro) columnas de la Antigüedad. Esas columnas soportaban una estructura elaboradamente decorada (la «arquitrabe») con 5 metros de altura, sobre la cual quedaba un tejado inclinado, aumentando aún más el pináculo de edificación.

El templo en sí ocupaba sólo la sección más occidental (y más antigua) del santuario constituido de cuatro partes, cuya construcción, se cree, fue iniciada por los

romanos que ocuparon la región en 63 a. C.

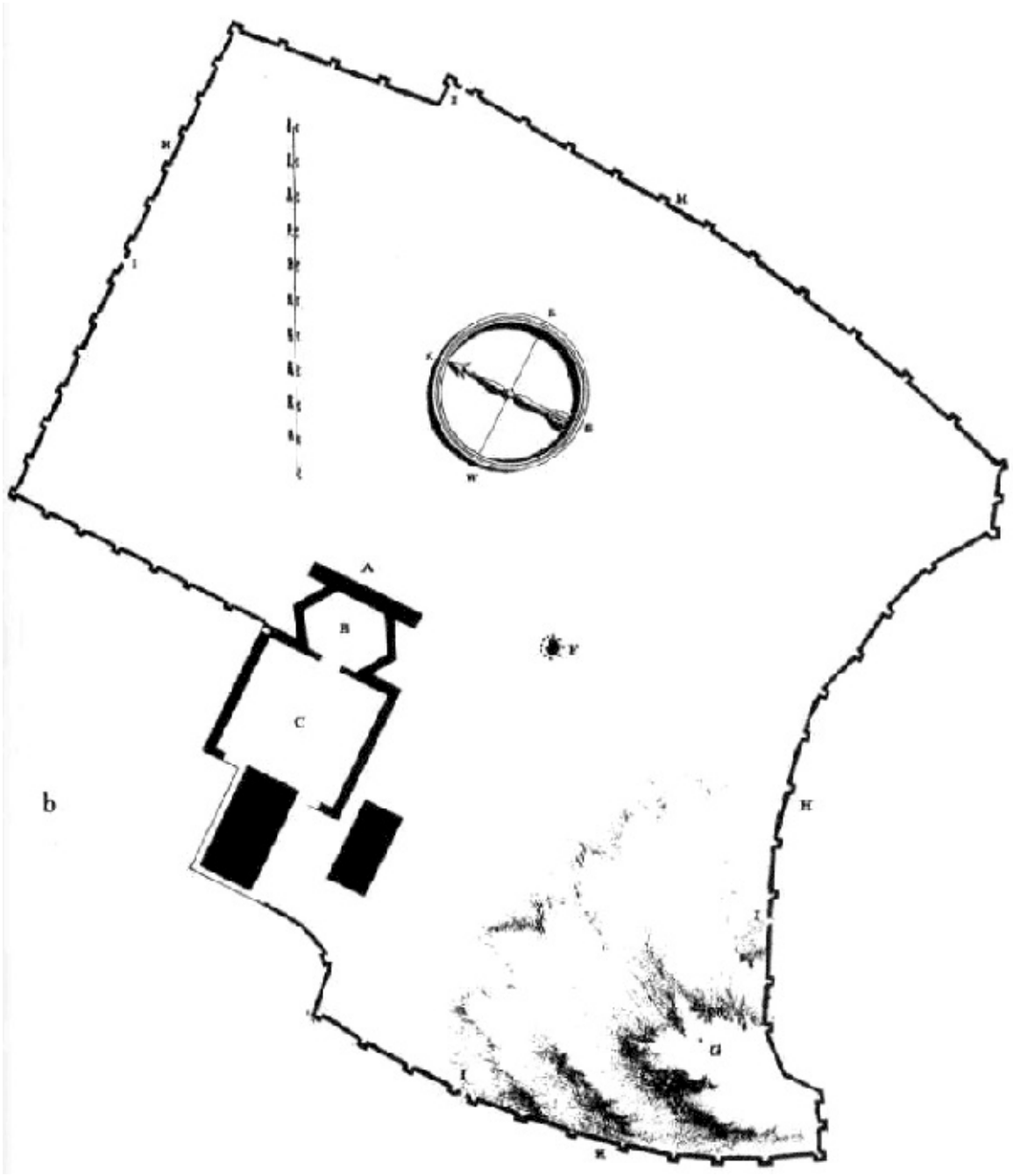


Fig. 91b

Arreglados a lo largo de un eje este-oeste (Fig 91b) ligeramente inclinado, quedaban, primero, una entrada monumental (A), comprendiendo una grandiosa escalera y un pórtico elevado, soportado por doce columnas, con nichos para abrigar las estatuas de los doce dioses de Olimpo. Después de pasar por la entrada, los devotos entraban en un patio (B) en forma hexagonal, caso único en la arquitectura romana. Por él se alcanzaba un segundo patio (C), dominado por un altar de proporciones monumentales, con cerca de 18 metros de altura, partiendo de una base cuadrada, con 23 metros de lado. Al oeste de ese patio quedaba la casa del dios propiamente dicha (D). De medidas colosales, 91,50 por 53,40 metros, ella se

apoyaba en un podio, que, por su parte, se elevaba 5 metros por encima del segundo patio, quedando, por lo tanto, 13 metros por encima del nivel de la plataforma básica. Era debido a esa suma de alturas que las inmensas columnas, arquitraves y tejado formaban en su conjunto un verdadero rascacielos de la Antigüedad.

Desde la escalera monumental en la entrada hasta la última pared en la parte oeste del terraplén, el santuario tenía más de 300 metros de largo y con ese fabuloso tamaño parecía hacer pequeño un gran templo en su lado sur (Y), dedicado a una deidad masculina, que algunos afirman haber sido Baco, pero que, más probablemente, sería Mercurio. Más al sudeste, había un pequeño templo redondo (F), donde Venus era venerada.

Una expedición arqueológica alemana, que exploró el área y estudió su historia por orden del Kaiser Guillermo II inmediatamente después de él haber hecho una visita a las ruinas en 1897, consiguió reconstituir la disposición del recinto sagrado, dándonos una visión artística de como aparecería el complejo de templos, escaleras, pórticos, portones, columnas, patios y altares en el tiempo de los romanos (Fig. 92).

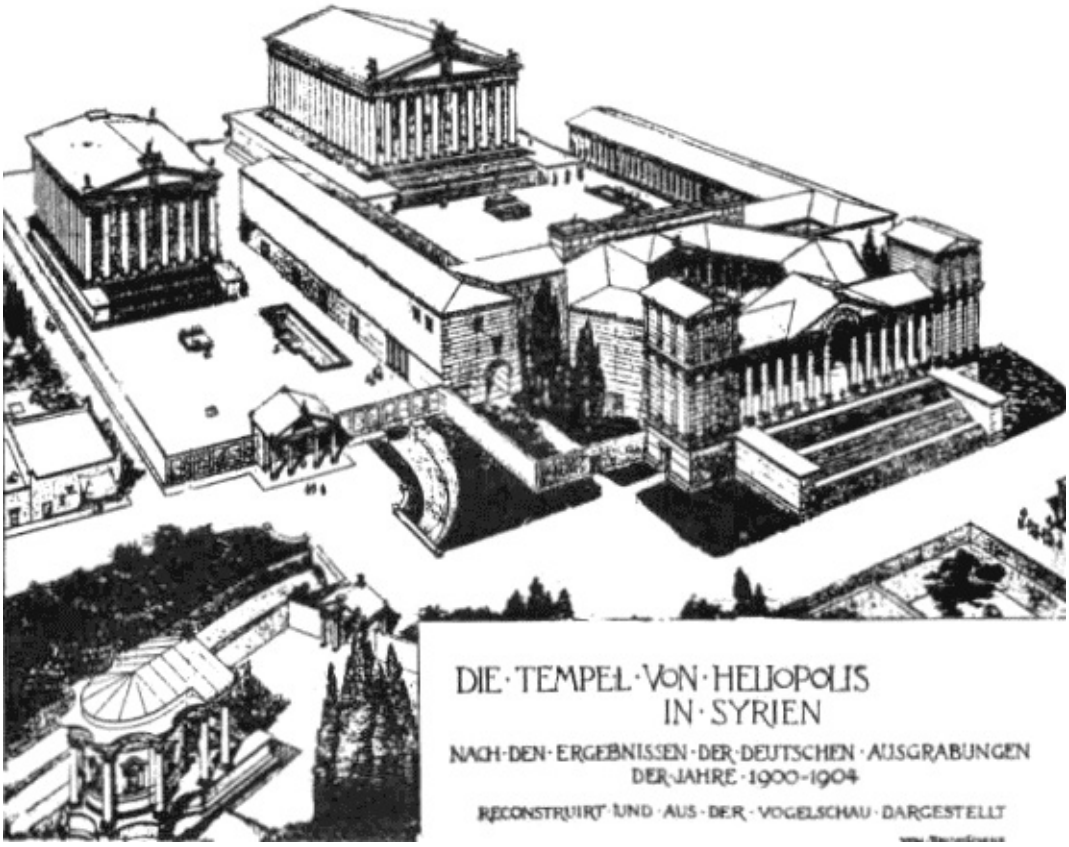


Fig. 92

Una comparación con la famosa Acrópolis de Atenas nos da una buena idea de la escala de tamaño de esa plataforma libanesa y sus templos. El conjunto griego está situado en una azotea en forma de navío con menos de 300 metros de largo y cerca de 122 metros en su punto más ancho (Fig. 93).

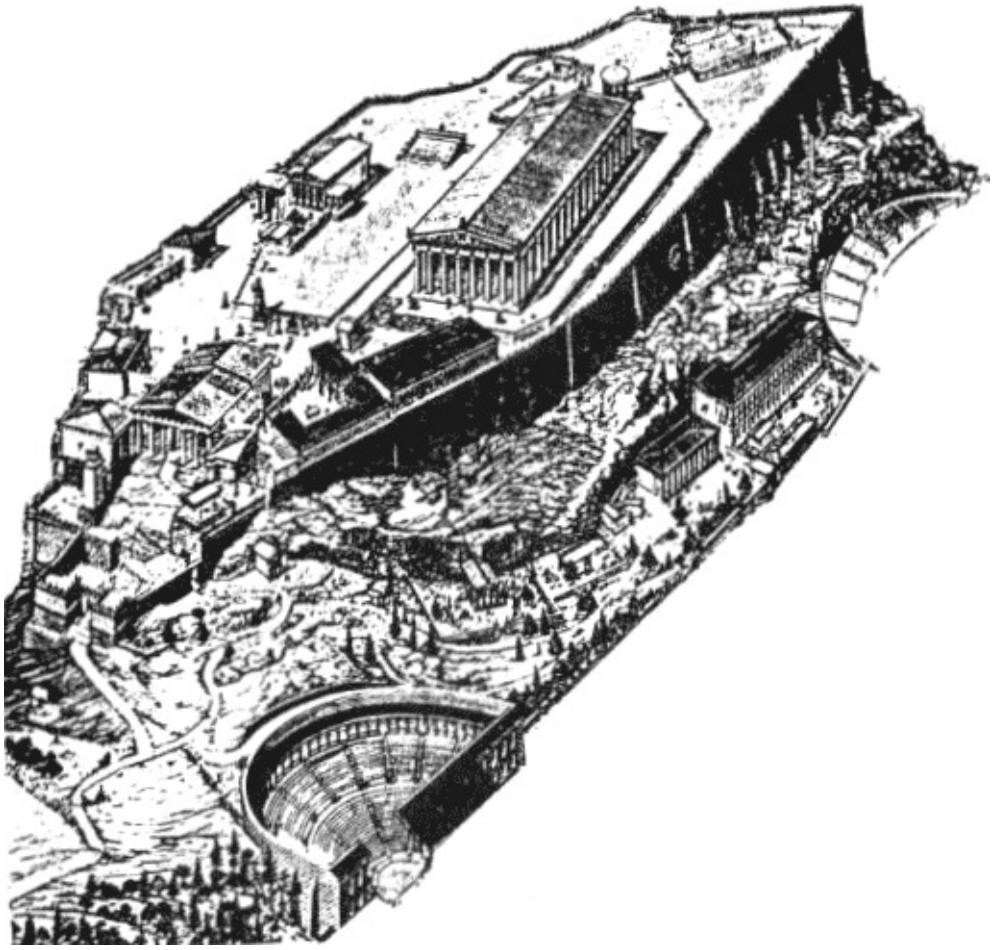


Fig. 93

El impresionante Partenón, el templo de Atena, que aún domina el área antes sagrada y toda la llanura de Atenas, tiene cerca de 70 por 30 metros, lo que lo hace menor aún que el templo de Baco/Mercurio de Líbano.

Habiendo visitado las ruinas libanesas, el arqueólogo y arquitecto sir Mortimer Wheeler escribió, hace cerca de veinte años: «Los templos… no devienen nada de su calidad los materiales más modernos como el hormigón. Ellos se apoyan pasivamente sobre las mayores piedras antes vistas en el mundo y algunas de sus columnas son las más altas de la Antigüedad… Tenemos aquí el último gran monumento… del mundo helénico».

Sí, Wheeler sólo podría atribuir tanta magnificencia al mundo helénico, pues no existe motivo para que cualquier arqueólogo o historiador crea que los romanos construirían una obra tan colosal en una región remota de una provincia poco importante.

Los romanos sólo «adaptaron» un lugar sacramentado por los griegos que los precedieron. Los dioses romanos a los cuales los templos eran dedicados —Júpiter, Venus y Mercurio— eran los dioses griegos Zeus, su hermana Afrodita y su hijo Hermes (o Dionisio, en el caso de que el templo menor haya sido dedicado a Baco).

Los romanos consideraban el lugar y su gran templo como el máximo de comprobación de la supremacía y poder de Júpiter.

Llamándolo de Iove (¿eco del hebraico Jehová?), grabaron en el templo y en su principal estatua las iniciales divinas IOMH —de *Iove Optimus Maximus Heliopolitanus*: El Óptimo y Máximo Júpiter, el Heliopolitano.

Ese título de Júpiter se originaba del hecho de que, aunque el gran templo sea dedicado al Dios Supremo, el lugar en sí era considerado como lugar de reposo de Helio, el dios del Sol, que solía atravesar el firmamento en su coche flamante. Esa creencia fue transmitida a los romanos por los griegos, de los cuales también adoptaron el nombre del lugar: Heliópolis. No se sabe por qué los griegos dieron ese nombre al lugar; algunos historiadores sugieren que fue por elección de Alexander, el Grande.

Sin embargo, la veneración del lugar debía ser aún más antigua y fundamentada, pues incentivó a los romanos a glorificarlo con el mayor de sus monumentos y que allá buscaran oráculos para saber sobre su destino. Como, si no así, explicar el hecho de que, «en términos de simples medidas, peso de piedras, dimensión de los bloques y cantidad de entalles, ese recinto no tenía rivales en el mundo greco-romano» (John M. Cook en *The Greeks in Ionia and the East*).

En realidad, el lugar y su asociación con ciertos dioses remiten a tiempos muy anteriores. Los arqueólogos creen que por lo menos otros seis templos fueron construidos sobre la plataforma antes de la época de los romanos. Y no queda duda de que cualesquiera que hayan sido los santuarios que los griegos erigieron en el lugar, ellos —como los romanos que los siguieron— sólo erigieron edificaciones sobre fundaciones ya existentes, tanto en términos físicos como religiosos. Zeus (Júpiter para los romanos), debemos recordar, llegó a Creta venido de la Fenicia (el actual Líbano), atravesando el Mediterráneo a nado después de haber raptado a la bella hija del rey del Tiro. Afrodita también llegó a Grecia venida de Asia occidental. Y el inquieto Dionisio, al cual el segundo templo (o algún otro en la región) era dedicado, venido de las mismas tierras de Asia occidental, llevó a Grecia la uva y los secretos de la fabricación del vino.

Conocedor de las raíces muy antiguas de la veneración del lugar, el gramático y astrónomo romano Macróbio (Ambrosius Macrobius Theodosius) esclareció a sus compatriotas con las siguientes palabras (Saturnalia I, Capítulo 23):

> *Los asirios también adoran al Sol bajo el nombre de Júpiter.*
> *Lo llaman Zeus Helioupolites y conducen importantes ritos en la ciudad de Heliópolis…*
>
> *El hecho de esa divinidad ser al mismo tiempo Júpiter y el Sol*
> *se manifiesta tanto en la naturaleza de su ritual como en su apariencia externa…*
>
> *Para evitar que alguien, intentando argumentar, comience a citar una lista de divinidades,*
> *explicaré lo que los asirios creen sobre el poder de su dios del Sol.*
>
> *Ellos dieron el nombre de Adad al dios que veneran como el mayor y más alto…*

El poder que el lugar ejerció sobre las creencias y la imaginación de las personas

a lo largo de milenios. También se manifestó en la historia del recinto sagrado después de la veneración romana.

Cuando Macróbio escribió el texto arriba citado, alrededor del siglo V, Roma ya era cristiana y el lugar fue blanco de una destrucción fanática. Así que Constantino, el Grande (306-337 d. C.) se convirtió al cristianismo, mandó parar todas las obras adicionales en el santuario y comenzó a transformarlo en un templo cristiano. En 440, de acuerdo con un cronista: «Teodosio destruyó los templos de los griegos; transformó en una Iglesia Católica el templo de Heliópolis, aquél de Baal-Helios, el gran Sol-Baal del famoso Trilithon». El emperador Justiniano (527-565) aparentemente llevó algunos de los pilares de granito rojo para Constantinopla, la capital bizantina, para construir allá la Iglesia de Santa Sofía. Esos esfuerzos para cristianizar el lugar sagrado encontraron repetidamente una oposición armada por parte de la población local.

Cuando los musulmanes conquistaron el área en 637, convirtieron los templos romanos e iglesias cristianas erigidos sobre la inmensa plataforma en un enclave mahometano. Donde antes Zeus y Júpiter habían sido adorados, se construyó una mezquita para Alá.

Los estudiosos modernos intentaron lanzar más luz sobre esa milenaria adoración del lugar analizando los indicios arqueológicos en sus inmediaciones. La principal de esas excavaciones de campo arqueológicas es Palmira (la bíblica Tadmor), antiguo centro de reunión de caravanas en la ruta entre Albaricoque y la Mesopotamia. Como resultado de esos estudios, eruditos como Henry Seyrig (*La Triade Héliopolitaine*) y René Dussaud (*Temples et Cultes Héliopolitaines*) concluyeron que en aquella región una Tríada básica fue adorada a lo largo de los milenios, siendo su miembro principal un Dios del Rayo y los otros dos, una Doncella Guerrera y un Conductor del Carro Celestial.

Ésos y otros eruditos ayudaron a establecer la conclusión ahora generalmente aceptada de que la tríada greco-romana se originó de creencias semitas anteriores que, por su parte, se basaban en el panteón sumerio. La más antigua tríada de que se tiene registro era, todo indica, liderada por Adad, que recibió de Enlil —el principal dios de la Sumeria— «las montañas del norte». El miembro femenino de la trinidad era Ishtar. Después de visitar el área sagrada, Alexander mandó acuñar una moneda en honra de Ishtu/Astarté y Adad, donde su nombre (Alexander) aparece escrito en fenicio-hebraico (Fig. 94).

Fig. 94

El tercer miembro de la tríada era el Conductor del Coche Celestial, Shamash, el «comandante de los astronautas prehistóricos». Los griegos lo honraron bajo el nombre de Helio, erigiendo una colosal estatua en lo alto del templo principal (Fig. 92) del recinto sagrado, que lo muestra conduciendo una cuadriga. Para ellos, su rapidez era demostrada por los cuatro caballos que estiraban el coche. Ya los autores del Libro de Enoc sabían mejor de las cosas, pues decían: «El coche de Shamash era impulsado por el viento».

Examinando las tradiciones y creencias griegas y romanas, acabamos volviendo a la Sumeria. Siguiendo los pasos de Gilgamesh en su búsqueda de la inmortalidad, retornamos a la Floresta de Cedros, donde quedaba la «Encrucijada de Ishtar».

Recordemos que, aunque estuviera en territorio de Adad, Gilgamesh fue informado de que el lugar también quedaba bajo la jurisdicción de Shamash. Así tenemos la tríada original: Adad, Ishtar y Shamash.

¿Será que descubrimos el Lugar de Aterrizaje?

Prácticamente ningún estudioso moderno niega que los griegos conocían las aventuras épicas de Gilgamesh. En su «investigación sobre los orígenes del conocimiento humano y su transmisión a través de los mitos», intitulada *Hamlet's Mill*, Giorgio de Santillana y Hercha von Deschend destacaron que «Alexander fue una verdadera réplica de Gilgamesh». Sin embargo, antes aún del rey de la Macedonia, según los cuentos históricos de Homero, Odiseo (Ulises) ya había seguido pasos similares. Habiendo naufragado después de viajar hasta la morada de Hades en el Mundo Inferior, él y sus hombres llegaron a un lugar «donde comieron el ganado del dios del Sol», y por eso Zeus mató a todos los marineros. Solo, Odiseo vagó por el mundo hasta llegar a la isla Ogígia —un lugar remoto, de los tiempos antediluvianos. Allá, la diosa Calipso, «que lo mantuvo en una caverna y lo alimentaba, quiso que él se casara con ella; si Odiseo aceptara, Calipso lo haría inmortal para que nunca envejeciera». Sin embargo, Odiseo rechazó esas embestidas

amorosas, tal como Gilgamesh un día hubo rechazado el amor de Ishtar.

Henry Seyrig, que en la calidad de director de Antigüedades de la Siria dedicó toda su vida al estudio de la inmensa plataforma y su significado, descubrió que en ella los griegos solían realizar «ritos de misterio, donde una Otra Vida era representada como la inmortalidad para los humanos; la identificación con la deidad era obtenida por el ascenso del alma». Los griegos, concluyó Seyrig, de hecho asociaban el lugar con los esfuerzos humanos para alcanzar la inmortalidad.

Entonces, ¿sería ése el lugar a donde Gilgamesh se dirigió en su primer viaje con Enkidu —la Cresta de Zafón, de Baal?

Para una respuesta definitiva, analicemos primero los aspectos físicos de la plataforma. Inicialmente descubrimos que los griegos y romanos construyeron sus templos sobre un área pavimentada que ya existía hace mucho tiempo —una plataforma construida con grandes bloques de piedra, tan ajustados unos a los otros que nadie, hasta hoy, fue capaz de entrar en ella para estudiar sus cámaras, túneles, cavernas y otras subestructuras ocultas.

Los estudiosos afirman que esas estructuras subterráneas existen porque otros templos griegos poseían cuevas y bodegas secretas bajo sus pisos. Además de eso, Georg Ebers y Hermann Guthe, en su obra *Palestina in Bil und Wort* (en inglés *Picturesque Palestine*), publicada hace un siglo, relataron que los árabes de la región entraban en las ruinas por el «canto sudeste, a través de un largo pasaje abovedado, como un túnel, bajo la gran plataforma» (Fig. 95).

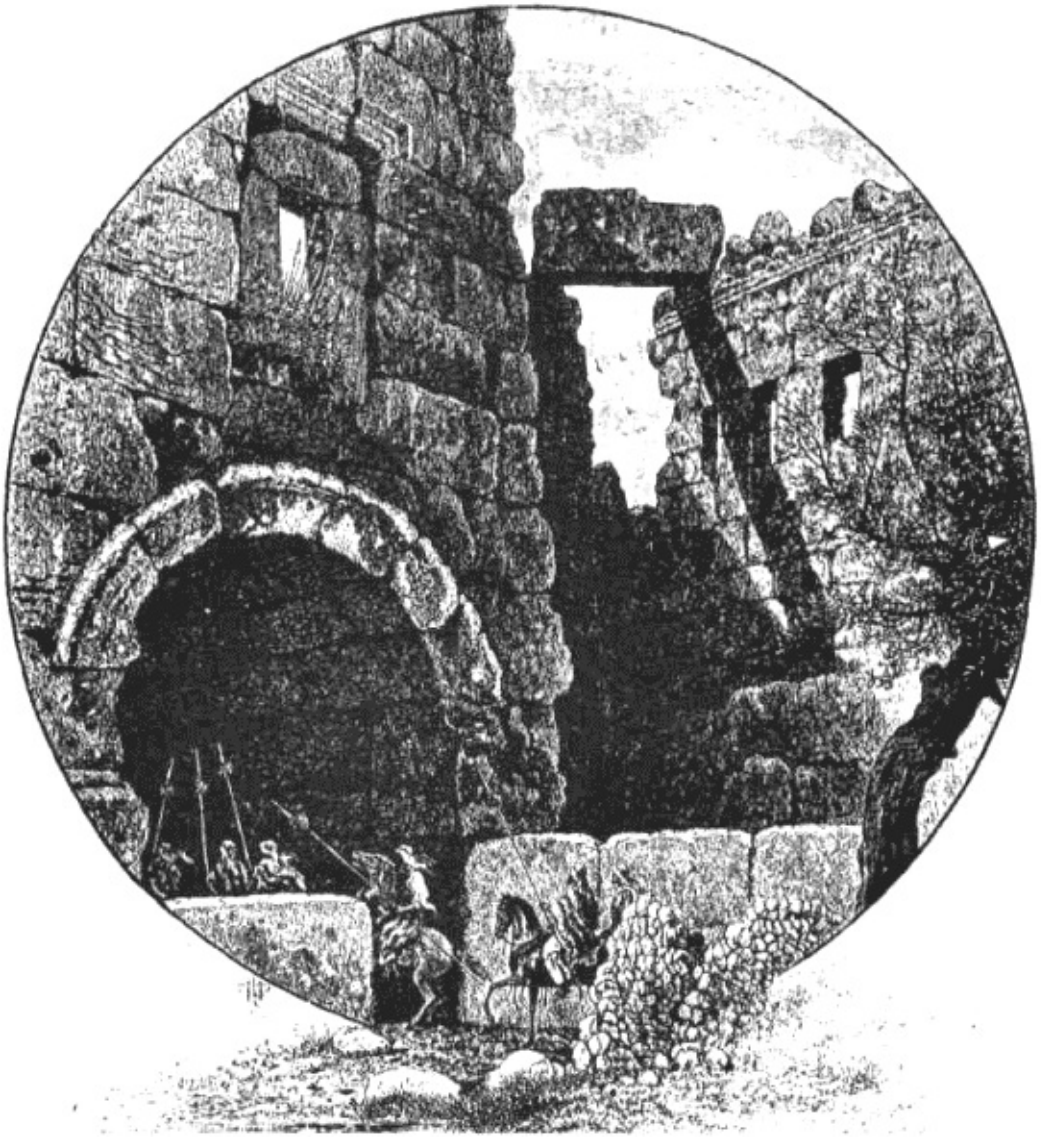


Fig. 95

«Dos de esos grandes pasajes corren paralelos, de éste a oeste, y son conectadas por una tercera, que corre en el sentido norte-sur, y forma ángulos rectos con ellas»: Así que los dos autores entraron en un túnel, se ven envueltos por una total oscuridad, sólo quebrada aquí y allí por luces extrañas y verdosas, que entraban por «ventanas trancadas», raras. Al emerger del túnel de 140 metros, ellos percibieron que estaban bajo la pared norte del templo del Sol, «que los árabes llaman de *QUE las dé-saadi*» —la Casa de la Suprema Bienaventuranza.

El equipo arqueológico alemán que estudió la plataforma también relató que ella aparentemente se apoyaba sobre gigantescas bóvedas, pero se preocupó sólo con el mapeamiento y restauración de la superestructura. Una misión arqueológica francesa, liderada por André Parrot, que estuvo en el lugar en 1920, confirmó la existencia de un laberinto subterráneo, pero fue incapaz de penetrar en esas partes escondidas. Cuando se hizo una perforación de la plataforma, partiendo de su parte superior, se encontraron pruebas de estructuras construidas bajo ella.

El hecho es que los templos fueron erigidos sobre una plataforma artificial que

llega a alcanzar más de 9 metros de la altura, conforme el nivel del terreno. Ella fue construida con piedras que miden, a juzgar por las caras en los border, de 1 a 9 metros de largo, ancho de en general 1 metro y espesor de 1,83 metros.

Nadie aún intentó calcular la cantidad de piedras extraídas, cortadas, aparejadas, transportadas y asentadas capa sobre capa en ese lugar. Ella, posiblemente, sería inmensamente mayor que la de la Gran Pirámide de Egipto.

Quienquiera que haya construido esa plataforma, prestó especial atención al canto rectangular al noroeste, la localización del templo de Júpiter/Zeus. Allá, los más de 15 250 metros cuadrados del templo se apoyaban sobre un podio elevado que ciertamente fue erigido con la intención de servir de soporte para un peso extremadamente grande. Hecho de varias capas de enormes piedras, él se eleva 3 metros por encima del nivel del patio su frente y 13 metros por encima del suelo en sus lados expuestos, al norte y noroeste.

En el lado sur, donde aún se mantienen en pie seis de las columnas del templo, pueden verse con claridad (Fig 96a) las capas de piedra. Entremezcladas con piedras de buen tamaño, pero aun así relativamente pequeñas, hay capas alternadas de bloques midiendo hasta 6,50 metros de largo. Debajo, a la izquierda, se ven las capas inferiores del podio, proyectándose como una azotea bajo el templo. Allí los bloques son gigantescos.

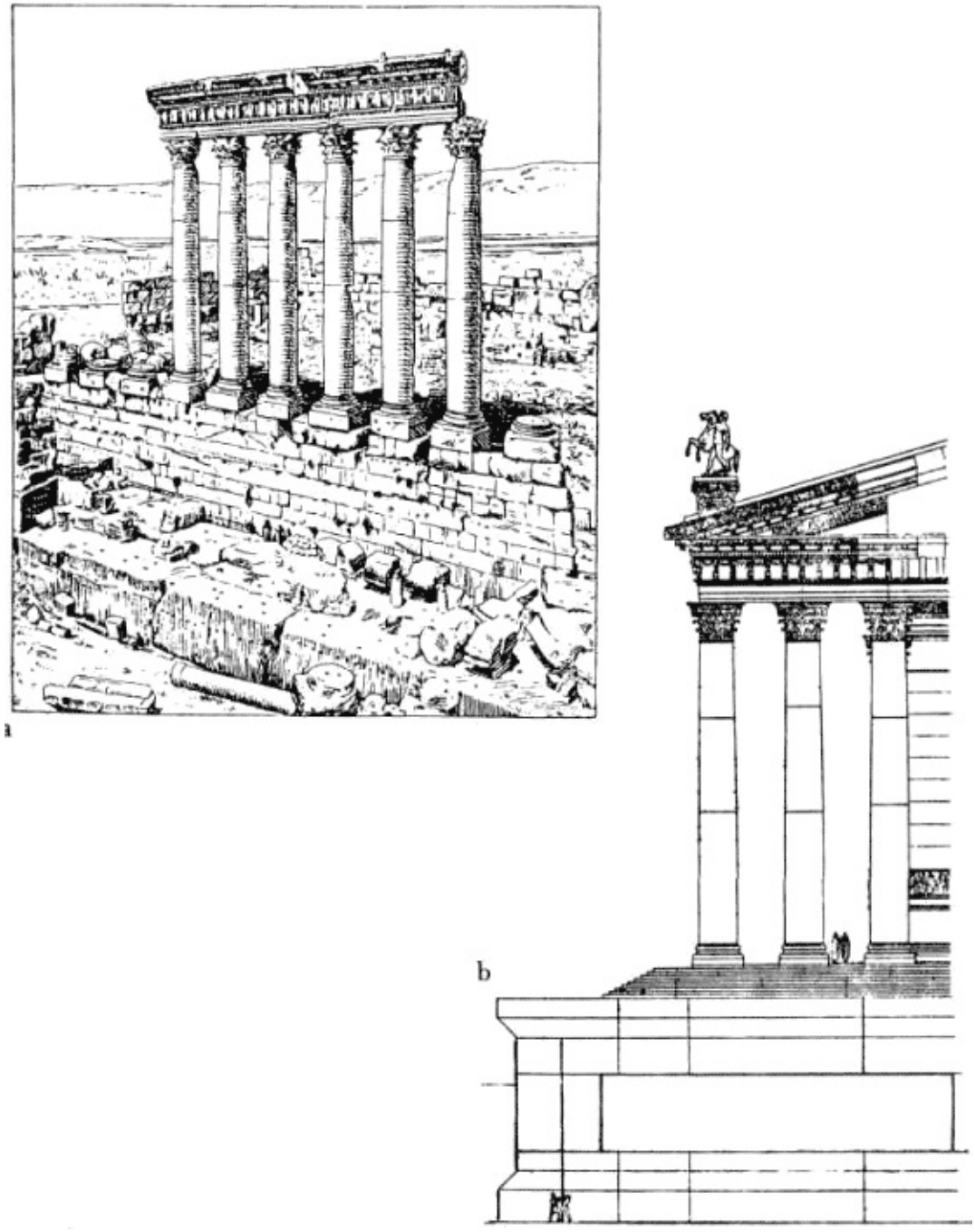


Fig. 96

Mayores aún son las piedras en el lado oeste del podio. Como es mostrado en el dibujo esquemático del canto noroeste, hecho por el equipo alemán, (Fig. 96b) la base saliente y capas superiores fueron construidas con bloques «ciclópicos», algunos de los cuales miden cerca de 10 metros de largo, 4 metros de ancho y 3,5 metros de espesor. Cada uno de ellos representa, así, cerca de 140 metros cúbicos de piedra y pesa más de 500 toneladas.

A pesar de que esas piedras sean inmensas —las mayores de la Gran Pirámide no pasan de 200 toneladas—, ellas aún no fueron las máximas en tamaño empleadas por el constructor de la Antigüedad.

La capa céntrica del podio, situada a cerca de 6 metros de su base, fue, increíblemente, hecha con piedras mayores que todas las otras. Investigadores

modernos se han referido a ellas como «inmensas», «gigantescas», «colosales». Los historiadores antiguos tenían un nombre para designarlas: Trilithon —la Maravilla de las Tres Piedras—, pues allá, expuestas a la vista en el lado oeste del podio, yacen codo con codo tres bloques de piedra sin par en el mundo (Fig. 97).

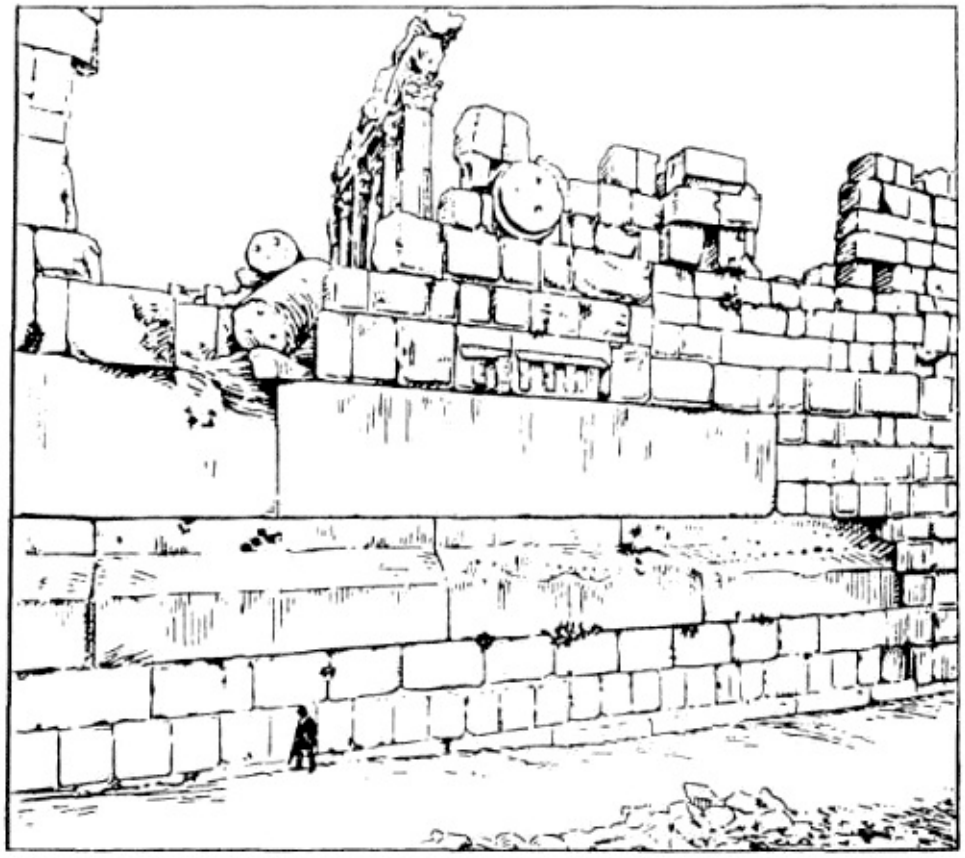


Fig. 97

Precisamente tallados y con ajuste perfecto, cada uno de ellos mide cerca de 20 metros de largo y tienen un ancho de entre 4 y 5 metros, lo que representa 280 metros cúbicos de piedra y un peso de ¡más de 1 mil toneladas!

Las piedras para la construcción del podio fueron extraídas cerca del lugar. Wood y Dawkins incluyen una de esas canteras en un dibujo panorámico del área (Fig. 90), mostrando algunos enormes bloques esparcidos cerca. Sin embargo, las tres piedras gigantescas fueron extraídas, cortadas y aparejadas en otra cantera, situada en el valle que está a cerca de 1 mil kilómetros a suroeste del recinto sagrado. Y es allá que se nos presenta una visión aún más increíble que a del Trilithon.

Parcialmente enterrada en el suelo está otra de esas piedras colosales, abandonada in situ por los canteros de la Antigüedad.

Cortada con perfección, con sólo una fina línea en su base conectándola al suelo pedregoso, ella tiene el impresionante largo de 21 metros y lados de 5 y 4 metros. Una persona subiendo en ella (Fig. 98), parece una mosca en un iceberg… Esa piedra pesa, según estimaciones conservadoras, ¡más de 1200 toneladas!

Fig. 98

La mayoría de los estudiosos cree que ella estaba allí para ser transportada, como sus tres hermanas, hasta el recinto sagrado para ser utilizada en la ampliación de parte de la azotea del podio, en su lado norte. Ebers y Guthe dejaron registrada en su obra la teoría de que en la hilera bajo el Trilithon no hay dos bloques menores, sino una única piedra igual a la encontrada en la cantera distante, midiendo más de 20 metros de largo, pero dañada o tallada para dar la impresión de dos bloques menores asentados lado a lado.

Sea donde sea que se pretendía colocar esa piedra colosal, ella sirve como una testigo muda de la grandiosa singularidad de la plataforma y del podio que están en las montañas de Líbano. El hecho más intrigante es que aún en los días de hoy no existe guindaste, vehículo o mecanismo capaz de levantar un peso de 1 mil a 2 mil toneladas y mucho menos de transportar un objeto tan inmenso por sobre valles y rinconadas de montañas, y colocarlo en una posición exacta y predeterminada, a muchos metros por encima del suelo. En la región no existen vestigios de carreteras, rampas u otras obras de tierra que podrían, aunque fuera remotamente, sugerir que esos megalitos fueron arrastrados o empujados hasta el lugar de la obra, en lo alto del monte.

Sin embargo, en épocas remotas, alguien, de algún modo, realizó ese hecho…

¿Pero quién? Las tradiciones del lugar afirman que el recinto sagrado existe desde el tiempo de Adán y sus hijos, pues el primer hombre fue a residir en la región después de su expulsión del Jardín del Edén. Él vivía, según las leyendas, en el área donde actualmente queda Albaricoque y falleció no muy lejos de allí. Fue Caín, su hijo, quien construyó un refugio en la Cresta de los Cedros después de haber matado Abel.

El patriarca maronita de Líbano relató la siguiente tradición: «La fortaleza del monte Líbano es la construcción más antigua del mundo. Caín, el hijo de Adán, la erigió el año 133 de la Creación, durante un ataque de locura. Él dio al lugar el nombre de su hijo, Enoc, y lo pobló con gigantes que fueron castigados por su

iniquidad a través del diluvio». Después de la gran inundación, el lugar fue reconstruido por el Nemrod bíblico, en un esfuerzo por subir a los cielos. La torre de Babel, según esas leyendas, no quedaba en la Babilonia, sino sobre la gran plataforma de Líbano.

D' Arvieux, un viajante del siglo XVII, escribió en sus Memorias (Parte II, Capítulo 26) que tanto los habitantes judíos como los musulmanes de la región afirmaban que un antiguo manuscrito encontrado en el lugar revelaba que, «después del diluvio, cuando Nemrod reinaba sobre Líbano, él envió gigantes para reconstruir la fortaleza de Baalbek que tiene ese nombre en honra de Baal, el dios de los moabitas, adoradores del dios del Sol». La asociación del dios Baal con el lugar en épocas post-diluvianas es un hecho destacado. En realidad, ni bien los griegos y romanos dejaron la región, la población lugar abandonó el nombre helénico, Heliópolis, y volvió a llamar al recinto sagrado por su nombre semita, por lo cual él es conocido hasta hoy: Baalbek.

Hay opiniones divergentes sobre el exacto significado del nombre. Muchos creen que es «El valle de Baal». Pero, por la grafía y referencias encontradas en el Talmud, otros, como yo, creen que es el «El Llanto de Baal».

Leamos los versos de cierre de la epopeya encontrada en Ugarit que describe la muerte de Baal en su combate con Mot, el descubrimiento y transporte de su cuerpo sin vida y el entierro hecho por Anat y Shepesh en una caverna en la Cresta de Zafón:

Ellas encontraron a Baal caído en el suelo;
El postrado Baal está muerto;
El príncipe, señor de la Tierra, pereció…
Anat llora todo lo que puede;
En el vale, ella bebe sus lágrimas como vino.
Bien alto, grita para la Antorcha de los Dioses, Shepesh:
«Levanta al postrado Baal, te ruego, colócalo sobre mí».
Atendiendo a la súplica, la Antorcha de los Dioses,
Shepesh, Coge al postrado Baal,
Lo coloca en los hombros de Anat.
Para la fortaleza de Zafón él lo lleva,
Lo lamenta, lo sepulta,
Lo coloca en los agujeros de la tierra.

Las leyendas locales, que como todas las otras del mundo contienen en su centro antiguos recuerdos de eventos reales, concuerdan que Baalbek es de extrema antigüedad. Ellas atribuyen su construcción a «gigantes» y lo vinculan con los acontecimientos que tuvieron lugar antes del diluvio. También lo conectan a Baal y afirman que su función era ser una «torre de Babel» —un lugar de donde se podría «escalar los cielos».

Cuando miramos para esa vasta plataforma, estudiamos su localización y disposición, ponderamos el propósito del inmenso podio, a buen seguro construido para soportar pesos colosales, el dibujo grabado en la moneda encontrada en Biblos vuelve a nuestra mente: un gran templo, un área sagrada amurallada, un podio de

construcción extra-fuerte y, sobre él, la Cámara Celestial con forma de cohete.

Las palabras y descripciones del Lugar Oculto de Gilgamesh resuenan en nuestros oídos. La muralla invencible, el portón que atolondraba a quien lo tocaba, el túnel hacia «el recinto donde son emitidas las palabras de comando», la «morada secreta de los Anunnaki», el monstruoso guardián con su «rayo flameante».

Por todo eso, no queda ninguna duda en mi mente de que en Baalbek encontramos la Cresta de Zafón de Baal, el blanco del primer viaje de Gilgamesh.

La designación de Baalbek como «La Encrucijada de Ishtar» implica que, como la diosa paseaba por el cielo de la Tierra, ella podía ir y venir de aquel «Lugar de Aterrizaje» para otros puntos similares en diferentes regiones de la Tierra. De la misma forma, la tentativa de instalar en la Cresta de Zafón «un aparato que emite palabras», una «piedra que susurra», implica la existencia, en otros lugares, de unidades de comunicación similares.

«El cielo con La Tierra ella hace conversar,
los mares con los planetas».

¿Habría otros lugares en la Tierra que podrían servir de aeropuertos para las naves de los dioses? ¿Habría, además de la existente en la Cresta de Zafón, otras «piedras que susurran»?

La primera pista, y más obvia, es el propio nombre «Heliópolis», indicando la creencia griega de que Baalbek era, de alguna forma, una «Ciudad del dios del Sol», tal como la Heliópolis de Egipto. El Viejo Testamento también reconocía la existencia de una Beth-Shemesh (Casa/Hogar de Shamash) en el norte de una Beth-Shemesh en el sur, u On, el nombre bíblico de la Heliópolis egipcia. Ésta era, como dijo el profeta Jeremías, el lugar de las «Casas de los Dioses de Egipto», la localización de los obeliscos.

Beth-Shemesh del norte quedaba en Líbano, no mucho lejos de Beth-Anath (Casa/Hogar de Anat); el profeta Amós la identificó como la localización de los «palacios de Adad… la Casa de aquél que vio a EL». En la época en que reinó Salomón, sus dominios incluían gran parte de la Siria y Líbano y en la lista de los lugares donde él construyó grandes edificaciones están Baalat («El Lugar de Baal») y Tamar («El Lugar de Palmeras»). La mayoría de los estudiosos identifica esos locales como Baalbek y Palmira (Fig. 78).

Los historiadores griegos y romanos se refirieron exhaustivamente a los lazos que conectaban a las dos Heliópolis.

Explicando el panteón de los doce dioses egipcios a sus compatriotas, Herodoto escribió sobre un «inmortal que los egipcios veneran como Hércules», dando como lugar de origen del culto a Fenicia, «pues oí contar que en aquel país había un templo dedicado Hércules, grandemente venerado por todos». En el templo egipcio, Herodoto vio dos pilares: «Uno de puro oro y el otro de esmeralda, brillando con gran

fulgor en la noche».

Esos sagrados «Pilares de los Dioses» o «Piedras de los Dioses» aparecen en las monedas fenicias acuñadas después de la conquista de la región por Alexander (Fig. 99). La descripción de Herodoto nos suministra la información adicional de que las piedras eran inter-ligadas, siendo una del metal que es el mejor conductor de electricidad (oro) y la otra de una piedra preciosa (esmeralda), actualmente usada en las comunicaciones a láser, la cual cuando emite un rayo de alta potencia emana una radiación verdosa. ¿No sería ese conjunto algo parecido al aparato montado por Baal, que el texto cananeo denominó de piedras del esplendor?

Fig. 99

Macróbio, escribiendo explícitamente sobre la vinculación entre la Heliópolis fenicia y su contraparte egipcia, también mencionó una piedra sagrada. Según él, «un objeto» de veneración del dios del Sol, Zeus Helioupolites, fue llevado de la Heliópolis egipcia para la Heliópolis del norte (Baalbek) por sacerdotes egipcios. Y añadió: «El objeto actualmente es adorado con ritos asirios y no egipcios».

Otros historiadores romanos destacaron que las «piedras sagradas» adoradas por los «asirios» y egipcios tenían una forma cónica. Quinto Curcio registró que una de ellas quedaba en el templo de Amón en el oasis de Siwa. Él escribió: «La cosa que allá vi y que es venerada como un dios no tiene el formato que los artífices suelen aplicar a los dioses. De hecho, su apariencia nos hace recordar un ombligo y él está hecho de una esmeralda y piedras preciosas cimentadas juntas».

La información sobre el objeto cónico adorado en Siwa fue citada por F. L. Griffith en conexión con el anuncio en *The Journal of Egyptian Archaeology*, de 1916, del descubrimiento de un «oráculo» en la «ciudad-pirámide» de Napata, en la Nubia.

Ese «singular objeto meroítico» (Fig. 100) fue encontrado por George A. Reisner, de la Universidad de Harvard, en el santuario más recóndito del templo de Amón, el más al sur de Egipto dedicado a ese dios de Egipto.

Fig. 100

Omphalos significa ombligo y la piedra cónica que tenía ese nombre, por motivos que los estudiosos aún no comprenden, poseía, en la Antigüedad, la fama de marcar «el centro de la Tierra».

Es preciso acordarse que el templo de Amón en el oasis de Siwa era la localización del oráculo de Amón que Alexander se apresuró a consultar así que entró en Egipto. Tenemos el testimonio tanto de Calístenes, el historiador griego y cronista oficial del rey de la Macedonia, como de Quinto Curcio que un Omphalos hecho de piedras preciosas era el «objeto» venerado en ese templo. El templo nubio de Amón, donde Reisner descubrió el Omphalos de piedra, quedaba en Napata, una antigua capital en los dominios de las soberanas de la Nubia. Eso, claro, nos hace recordar la intrigante visita de Alexander a la reina Candace en su búsqueda por la inmortalidad.

¿Habrá sido por mera casualidad que, buscando los secretos de la longevidad, Cambises, el rey persa (como relató Herodoto), envió a sus hombres a la Núbia, al templo donde quedaba guardada la «Mesa del Sol»? En el inicio del primer milenio a. C., una soberana nubia —la reina de Saba— emprendió un largo viaje para visitar a Salomón en Jerusalén. Las leyendas que corren en Baalbek aseguran que él mandó embellecer las edificaciones en Líbano en honra de la real visitante. ¿Será que la reina de Saba hizo un viaje tan largo y peligroso sólo para oír la sabiduría de Salomón o sería su verdadero propósito consultar el oráculo de Baalbek —la bíblica «Casa de Shemesh»?

Parece haber más que coincidencias aquí. Y la pregunta que se nos ocurre es: ¿Si en todos esos centros de oráculos existía un Omphalos, no sería ese objeto en sí, la verdadera fuente de los oráculos?

La construcción (o reconstrucción) de un silo de lanzamiento y una plataforma de aterrizaje no fue la causa del fatal combate entre Baal y Mot. La discordia tuvo como motivo la tentativa de Baal de instalar clandestinamente una Piedra del Esplendor, un

aparato que podía propiciar la comunicación con los cielos y con otros lugares de la Tierra. Además de eso, ella era:

Una piedra que susurra;
Los hombres sus mensajes no conocerán,
Las multitudes de la Tierra no las comprenderán.

Cuando ponderamos sobre la aparente función doble de la Piedra del Esplendor y el mensaje secreto de Baal para Anat, súbitamente todo se esclarece: ¡El aparato que los dioses usaban para comunicarse era el mismo del cual emanaban las respuestas oraculares para los reyes y héroes!

En un estudio completo sobre el asunto, Wilhelm H. Roscher (Omphalos) mostró que el término indo-europeo para esas piedras de oráculo —*navel* en inglés, *nabel* en alemán etc.— se origina del sánscrito nabh, que significa «emanar con fuerza». No es coincidencia que en las lenguas semitas naboh significa «predecir» y nabih significa «profeta». A buen seguro, todos esos significados idénticos tienen raíz en el sumerio, donde En la.BA(R) significaba «piedra clara y brillante que esclarece».

A medida que estudiamos los textos antiguos, emerge una verdadera red de lugares con oráculos. Herodoto, que acertadamente relató la existencia del oráculo meroítico de Júpiter-Amón (Libro 11,29), contribuyó para aumentar los vínculos que analizamos al afirmar que los «fenicios», que implantaron el oráculo de Siwa, también fundaron el más antiguo centro de oráculo de Grecia, él quedaba en Dodona —un lugar en las montañas a noroeste del país (cerca de la actual frontera con Albania).

Herodoto escribió que, cuando se encontraba en Egipto, oyó contar que «una vez, dos mujeres sagradas fueron raptadas de Tebas (en Egipto) por fenicios… una de ellas fue vendida para Libia (Egipto occidental) y otra para Grecia. Fueron ellas las fundadoras de los oráculos de esos países». Según Herodoto, esa historia le había sido contada por los sacerdotes egipcios de Tebas. En Dodona, sin embargo, se afirmaba que «dos palomas negras salieron volando de la Tebas egipcia», una se posó en Siwa y la otra en Grecia. Sea como que sea, en ambos lugares se estableció un oráculo, el de Zeus para los griegos y el de Amón para los egipcios.

El historiador romano Sílio Itálico (siglo I), al contar que Aníbal había consultado el oráculo egipcio acerca de sus guerras contra Roma, también atribuyó al vuelo de las dos palomas salidas de Tebas la fundación de los oráculos en el desierto libio (Siwa) y en la Caônia griega (Dodona). Varios siglos después, el poeta griego Noveno, en su obra-prima Los Dionisíacos, describió los dos santuarios como siendo locales gemelos y afirmó que ellos se comunicaban entre sí oralmente.

¡He ahí la recién encontrada voz de respuesta del Zeus libio!
Las arenas sedientas un mensaje oracular.
Envían a la paloma de Quapóia [Dodona].

F. L. Griffith, al deparar en el Omphalos de Nubia, se acordó de otro centro de oráculos de Grecia. La forma cónica del Omphalos de la Nubia, escribió, «era exactamente la del oráculo de Delfos».

La ciudad de Delfos, sede del más famoso oráculo de Grecia, era dedicada a Apolo («El de la Piedra») y sus ruinas son hasta hoy una de las principales atracciones turísticas del país. Allá, como en Baalbek, el recinto sagrado quedaba en una plataforma amoldada en una rinconada de montaña, también dando para un valle que se abre como un embudo en la dirección del Mediterráneo.

Tomando como punto de partida muchos registros históricos, no hay duda de que la piedra del Omphalos de Delfos era el objeto más sagrado del lugar. Ella quedaba montada en una base especial en el interior del templo de Apolo, según algunos estudiosos al lado de una estatua de oro del dios, y, de acuerdo con otros, sola en un santuario sólo suyo. En una cámara subterránea, escondidos de las miradas de los consultantes, las sacerdotisas, en trance, respondían a las preguntas de reyes y héroes con palabras enigmáticas —respuestas dadas por el dios, pero emanando del Omphalos.

El Omphalos sagrado original desapareció misteriosamente, tal vez en el transcurso de las muchas guerras religiosas e invasiones extranjeras que alcanzaron la región. Sin embargo, una réplica en piedra del objeto, tal vez hecha en la época de los romanos y colocada en el exterior del templo, fue descubierta en excavaciones arqueológicas y actualmente se encuentra en exhibición en el museo de Delfos (Fig. 101).

Fig. 101

En el Camino Sagrado que lleva al templo de Apolo, alguien, en época desconocida, erigió un Omphalos de piedra, más simple, en un esfuerzo para marcar el lugar donde había funcionado el primitivo oráculo de Delfos, antes de la construcción del santuario.

Las monedas de Delfos mostraban Apolo sentado en ese Omphalos (Fig. 102) y, después que los griegos conquistaron la Fenicia, pasaron también a retratar el dios sentado en un Omphalos «asirio». Sin embargo, era bastante frecuente que las piedras del oráculo sean mostradas como conos gemelos, conectados por una base común (Fig. 99).

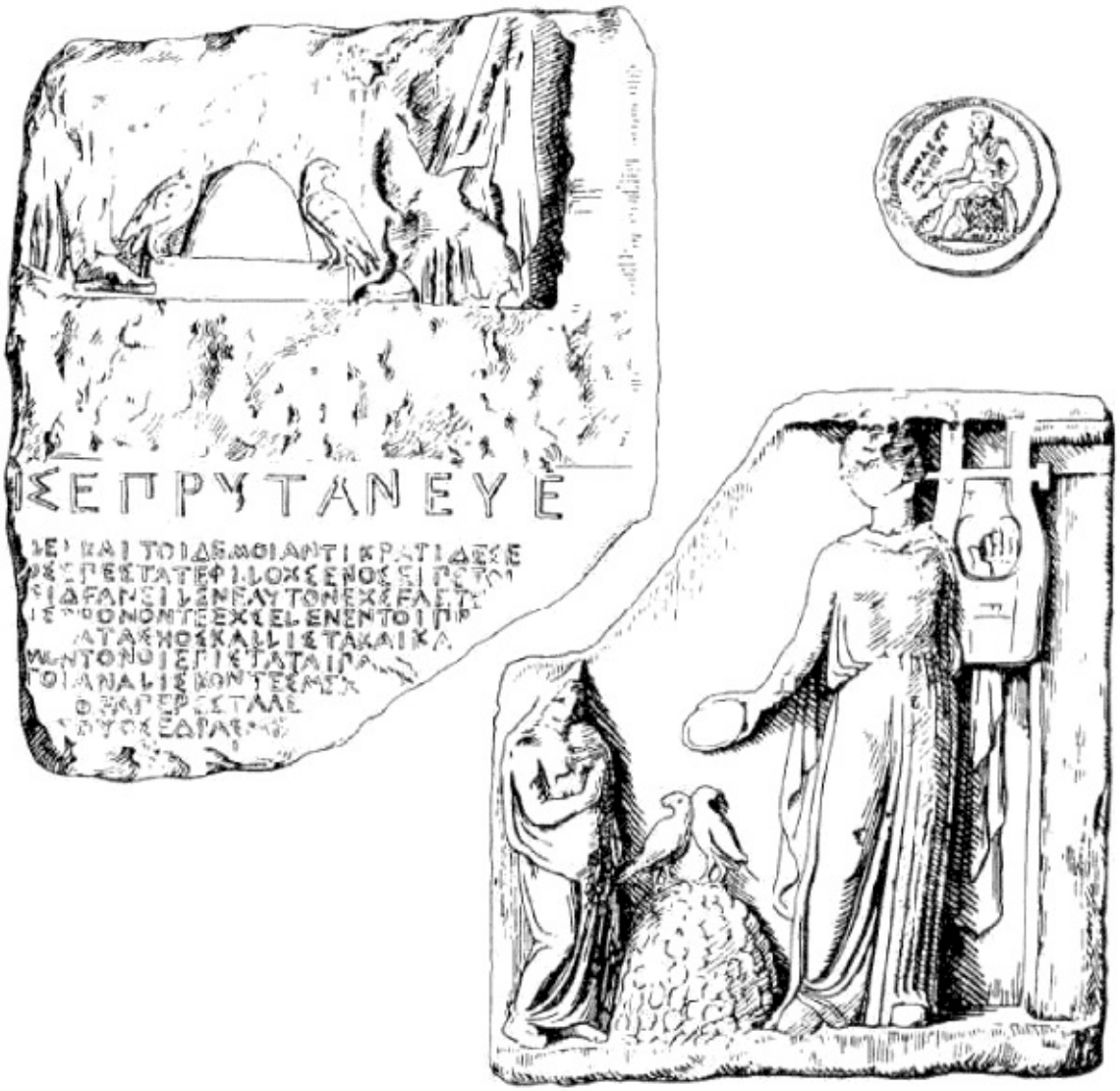


Fig. 102

¿Por qué Delfos fue escogido como un lugar sagrado de oráculo y como la piedra Omphalos fue parar allá? Las tradiciones dicen que, cuando Zeus quiso encontrar el centro de la Tierra, soltó águilas en dos extremos opuestos del mundo. Volando unas en la dirección de las otras, ellas se encontraron en Delfos y el local fue marcado con la colocación de una piedra-ombligo, un Omphalos. Según el historiador griego Estrabón, era por eso que había estatuas de dos de esas águilas posadas en el Omphalos de Delfos.

Muchas representaciones del Omphalos fueron encontradas en el arte griego mostrando los dos pájaros en lo alto o al lado del objeto cónico. Algunos estudiosos dicen que ellos no son águilas, sino palomos-correos que, al ser aves capaces de

retornar a un lugar determinado, podrían simbolizar la medición de las distancias de un centro de la Tierra hacia otro.

Según las leyendas griegas, Zeus encontró refugio en Delfos durante sus batallas aéreas con Tifón, cuando se posó en el área parecida a una plataforma, donde fue construido el templo de Apolo.

El santuario de Amón y Siwa contenía no sólo pasillos subterráneos, túneles misteriosos y pasajes secretos bajo los muros espesos del edificio, sino también un área restricta con cerca de 55 por 51 metros, cercada por una enorme muralla.

¡Encontramos los mismos componentes estructurales, inclusive una plataforma elevada, en todos los lugares asociados con las «piedras que susurran»! Debemos concluir entonces que, como Baalbek, ellos eran tanto un Local de Aterrizaje como un ¿Centro de Comunicaciones?

Ya no nos sorprende encontrar las Piedras Sagradas gemelas, acompañadas por las dos águilas, en los textos sagrados egipcios (Fig. 103).

Fig. 103

Finalmente, muchos siglos antes de que los griegos comiencen a transformar sus centros de oráculos en grandes santuarios ya existía una pintura mostrando un Omphalos con dos pájaros posados en la tumba de un faraón egipcio. Él era Séti I, que vivió el siglo XIV a. C., y fue en la descripción de los dominios de Seker, el Dios Oculto, descubierto en su túmulo, que vimos el Omphalos más antiguo de que si noticia. Él era el medio de comunicación a través del cual mensajes —«palabras»— «eran dichas a Seker todos los días».

En Baalbek, encontramos el destino del primer viaje de Gilgamesh, el Local de Aterrizaje. Después, siguiendo los hilos que conectan las «susurrantes» Piedras del Esplendor, llegamos al Duat.

El Duat era el lugar donde los faraones intentaban escalar la Escalera al Cielo para alcanzar una Otra Vida.

Y él era, sugiero, el lugar a donde Gilgamesh, en búsqueda de la inmortalidad, dirigió sus pasos en su segundo viaje.

10

TILMUN: LA TIERRA DE LOS COHETES

No queda duda de que la Epopeya de Gilgamesh fue la fuente original de las muchas historias y leyendas sobre reyes y héroes que, los milenios subsecuentes, partieron en busca de la eterna juventud. En algún punto de la Tierra, afirmaban las memorias mitificadas de la Humanidad, existía un lugar donde el hombre podía unirse a los dioses y escapar de la indignidad de la muerte.

Hace casi 5 mil años, Gilgamesh de Uruk rogó la Utu (Shamash): En mi ciudad, el hombre muere; oprimido está mi corazón.

El hombre perece, pesado está mi corazón…
El hombre, por más alto que sea,
no puede estirarse hasta el cielo…
Oh Utu,
En esa Tierra deseo entrar, sea mi aliado…
En el lugar donde los Shem han sido erigidos,
¡Que yo erija mi Shem!

Shem, como ya demostré, aunque sea comúnmente traducido por «Nombre» (aquél por lo cual alguien será recordado), era, de hecho, un cohete espacial. Enoc, cuando fue llevado hacia el cielo, desapareció en su «Nombre». Medio milenio después de Gilgamesh, el rey Téti, faraón de Egipto, hizo una súplica casi idéntica:

Los hombres se caen,
Ellos no tienen «Nombre»,
(Oh dios), Coge a Téti por los brazos,
Lleva Téti hacia el firmamento,
Para que él no muera en la Tierra entre los hombres.

La meta de Gilgamesh era Tilmun, la tierra donde los cohetes eran montados. Preguntar a donde él se dirigió con el objetivo de alcanzar Tilmun es lo mismo que preguntar a donde fue Alexander, que se consideraba un faraón e hijo de un dios. Y es también preguntar: Finalmente, ¿en qué lugar del mundo quedaba el Duat? Sí, porque era ésa la parada final para todos que soñaban con la inmortalidad.

Buscaré demostrar ahora, finalmente, que la tierra donde ellos esperaban encontrar la escalera al cielo era la península del Sinaí. Aceptando la posibilidad de que el Libro de los Muertos hace referencias a una geografía egipcia verdadera, algunos eruditos sugirieron que el viaje simulado del faraón era hecho a lo largo del Nilo, de los santuarios del Alto Egipto hacia los más próximos al delta del río. Los textos antiguos, empero, hablaban claramente sobre un viaje más allá de las fronteras del país.

Según ellos, el faraón se dirige al este, no al norte, y, cuando atraviesa el lago de

Juncos y el desierto después de él, deja para atrás no sólo Egipto, sino también África, pues mucho se habla de los peligros —reales y «políticos»— de abandonar los dominios de Horus para llegarse a las «Tierras de Set», o sea, Asia.

Cuando los textos de las Pirámides fueron escritos, la capital de Egipto era Menfis. El centro religioso más antiguo, Heliópolis, quedaba a noroeste de la capital, no muy distante. De esos centros, una ruta de viaje en la dirección al este realmente llevaría a una cadena de lagos llenos de juncos y bambúes.

Después de ellos quedaba el desierto, los desfiladeros y la península del Sinaí —área cuyos cielos sirvieron como campo de la batalla final entre Zeus y Tifón.

La sugerencia de que el viaje del faraón realmente lo llevaba hacia la Otra Vida es apoyada por el hecho de que Alexander intentó imitar no sólo a los reyes de Egipto, sino también el éxodo de los judíos bajo el liderazgo de Moisés. Tal como en el relato bíblico, el punto de partida era Egipto.

Enseguida venía el «mar Rojo» —la barrera acuosa que se separó para que los judíos que atravesasen el mar a pie. En las historias de Alexander, esa barrera también fue encontrada y era persistentemente llamada «mar Rojo». Alexander, queriendo imitar a Moisés, intentó hacer que sus tropas lo atravesaran a pie, construyendo un tipo cualquiera de puente, según algunas versiones, o, en otras, «exponiendo el lecho con sus plegarias».

Según él haya tenido éxito o no (depende de la versión), los prisioneros de guerra que mandó al frente fueron sorprendidos por la vuelta de las aguas y murieron ahogados —exactamente como aconteció con los egipcios que perseguían los judíos.

Después de que atravesaron, éstos entraron en lucha con los amalecitas. En la versión cristiana de la historia de Alexander, los prisioneros enemigos ahogados por las «aguas del mar Rojo que se cayeron sobre ellos» son llamados de «amalecitas».

Una vez vencida la barrera de agua —la traducción literal del término bíblico Yam Suff es «mar/lago de Juncos»— comenzaba un viaje por el desierto, en dirección de una montaña sagrada.

Significativamente la montaña especial que Alexander alcanzó tenía el nombre de Mushas, la Montaña de Moisés, Moshe en hebraico. Fue allá que Moisés encontró un ángel que le habló por entre el fuego (el arbusto ardiente). Un incidente similar es relatado en las leyendas de Alexander.

Los paralelos se multiplican a medida que nos acordamos de varios textos, como la historia de Moisés y el pez encontrado en el Corán. Según ella, el Agua de la Vida quedaba «en la unión de dos ríos». El faraón alcanzaba la entrada del reino subterráneo en el lugar donde el río de Osiris se dividía en dos afluentes. En las leyendas de Alexander, el punto crucial de la jornada también aconteció cerca de una fuente o curso de agua, en el lugar donde la «Piedra de Adán» emitió luz y los seres divinos aconsejaron al rey a desistir de su búsqueda.

Además de eso, existía la tradición de igualar a Alexander con Moisés al llamarlo «Aquél con Dos Rayos» —debido a la afirmación bíblica, repetida también en el Corán, de que Moisés, después de haber visitado al Señor en el monte Sinaí, se quedó con el rostro radiado y de él emanaban «rayos» (literalmente: rayos de luz).

La arena del éxodo bíblico fue la península del Sinaí. La conclusión sacada de todas las similaridades es que fue para ella que Moisés, Alexander y los faraones dirigieron sus pasos al salir de Egipto. Y ése, mostraré, también fue el destino de Gilgamesh.

Para alcanzar Tilmun en su segundo y decisivo viaje, Gilgamesh zarpó en un «Barco de Magan», o sea, un «Barco de Egipto», Al estar partiendo de la Mesopotamia, él sólo podría navegar hacia el sur del golfo Pérsico. Enseguida, dando la vuelta en la península Arábiga, entraría en el mar Rojo (que los egipcios llamaban de mar de Ur). Como el nombre del barco indica, Gilgamesh habría seguido para Egipto. Sin embargo, ése no era su destino final. Gilgamesh quería llegar a Tilmun. ¿Cuál entonces sería su intención? ¿Desembarcar en la Nubia, en el margen occidental del mar Rojo? ¿En el margen oriental, en Arabia? ¿O seguir de frente, dirigiéndose a la península del Sinaí?

Felizmente, para nuestras investigaciones, Gilgamesh encontró el infortunio. Su barco fue hundido por un dios guardián poco después del inicio del viaje. Él no estaba muy lejos de la Sumeria, pues Enkidu (cuya presencia en el barco fue el motivo del hundimiento) imploró a Gilgamesh para que los dos vuelvan a pie a Uruk. Pero, decidido a alcanzar Tilmun, el rey comenzó a caminar para alcanzar su objetivo. Ahora, si el lugar adónde él pretendía llegar quedara en el mar Rojo, Gilgamesh tendría que atravesar la península Arábiga, pero la epopeya narra que él dirigió sus pasos para el noroeste. No tengo dudas de eso porque, después de atravesar el desierto y vencer montañas inhóspitas, la primera visión que tuvo de la civilización quedaba cerca de un «mar en la bajada». Había una ciudad junto a él, con una taberna en su periferia. La «cervecera» lo alertó de que la extensión de agua que él veía era el «Mar de las Aguas de la Muerte».

Tal como los Cedros de Líbano sirvieron como un punto especial para que fijemos el marco final del primer viaje de Gilgamesh, el Mar de las Aguas de la Muerte es una pista inigualable para que determinemos el paradero del rey de Uruk en su segundo viaje.

En todas las tierras del mundo antiguo, en todo el Oriente Medio, sólo existe una extensión de agua de ese tipo y ella mantiene el nombre hasta hoy: mar Muerto. Él es de hecho un «mar de bajada», pues queda en una depresión de la costa terrestre (cerca de 300 metros abajo del nivel del mar). Sus aguas están tan saturadas de sales y otros minerales que allá no crece ningún tipo de vida animal o vegetal.

Una muralla cercaba la ciudad junto al Mar de las Aguas de la Muerte. Su templo

era dedicado a Sin, el dios-Luna. Del lado de afuera de la muralla había una taberna. La tabernera acogió Gilgamesh y le suministró informaciones.

Las increíbles similaridades con una historia de la Biblia no pueden ser ignoradas. Cuando los israelitas terminaron sus cuarenta años de deambular por el desierto, era llegada la hora de que entraran en Canaán. Venidos de la península del Sinaí, ellos fueron progresando por el margen oriental del mar Muerto hasta que llegaron al lugar donde el río Jordán desagua. Cuando Moisés subió en un monte que daba para la llanura, avistó —como Gilgamesh— las aguas brillantes del «mar en la bajada». En la llanura, en el otro margen del río, quedaba una ciudad: ¡Jericó!

Como ella bloqueaba el avance de los israelitas sobre Canaán, dos espías fueron enviados para explorar sus defensas. Una mujer cuyo mesón quedaba junto a las murallas, les suministró informaciones y orientación.

El nombre hebraico de Jericó es Yeriho, que significa literalmente «Ciudad de la Luna» —la ciudad dedicada al dios-Luna, Sin…

Ésa, sugiero, fue la misma ciudad a la cual Gilgamesh llegó, quince siglos antes del Éxodo.

¿Será que Jericó ya existía alrededor de 2900 a. C., cuando el rey de Uruk se empeñaba en su búsqueda? Los arqueólogos concuerdan que el lugar ya estaba poblado antes de 7000 a. C. y que desde cerca de 3500 a. C. había allí un centro floreciente.

Entonces, con toda certeza, fue a Jericó a donde Gilgamesh llegó.

Refrescado y fortalecido, el rey de Uruk planeó seguir viaje.

Encontrándose en el norte del mar Muerto, preguntó a la cervecera si conseguiría atravesarlo o tendría que circundarlo por tierra. Haciendo el trayecto a pie, él seguiría la misma ruta de los israelitas muchos siglos después, sólo que en sentido inverso. Sin embargo, Gilgamesh consiguió el auxilio de Urshanabi y desembarcó, creo, en el margen sur del mar Muerto —el más próximo que podría llegar a la península del Sinaí por barco.

De allí, según las informaciones que recibió, él debería seguir «un camino regular», o sea, una ruta normalmente usada por las caravanas, «en la dirección del Gran Mar, que queda distante».

Una vez más reconocemos la geografía por la terminología bíblica, pues en la Biblia el Gran Mar es el Mediterráneo.

Penetrando el Neguev, la seca región meridional de Canaán, Gilgamesh tendría que dirigirse para el oeste por algún tiempo, hasta encontrar «dos marcos de piedra», como había explicado Urshanabi. En ese local él haría una curva y alcanzaría la ciudad de Itla, localizada a alguna distancia del Gran Mar. Después de ella, en la Cuarta Región de los dioses, quedaba el área restricta. ¿Itla sería una «Ciudad de Dioses» o una ciudad de hombres?

Los eventos ocurridos en ese lugar, descritos en una versión hitita fragmentada de la Epopeya de Gilgamesh, indican que ella abrigaba tanto unos como otros. Era una «ciudad santificada», con varios dioses yendo y viniendo o viviendo cerca de ella. Pero los hombres también podían entrar allá, pues el camino era indicado por marcas de camino. Además de eso, Gilgamesh no solamente descansó e intercambió de ropa en Itla sino también fue allá que obtuvo los corderos que ofreció diariamente a los dioses en sacrificio.

Conocemos una ciudad así por el Viejo Testamento. Ella quedaba localizada donde el sur de Canaán se mezclaba con la península del Sinaí y funcionaba como entrada para la llanura céntrica de la península. Su santidad era denotada por el nombre: Cades («La Sagrada») y se distinguía de Cades del norte (situada, significativamente, cerca de Baalbek) siendo llamada Cades-Barnéia (que, originándose del sumerio, podría significar: Cades de los Pilares de Piedra Brillante). En la era de los patriarcas, ella formaba parte de los dominios de Abraham, que «viajó al Neguev y habitó entre Cades y Shin».

Esa ciudad, por el nombre y función, ya es nuestra conocida por las historias cananeas sobre dioses, hombres y el ansia por la inmortalidad. Daniel, nos acordamos, suplicó a EL que le dé un heredero legítimo para poder erigir una estela en su homenaje en Cades. Por intermedio de un texto ugarítico nos enteramos de que un hijo de EL llamado *Shibani* («El Séptimo») —la ciudad bíblica de *Bersabéia*, o *Beersheva* («El Pozo del Séptimo») puede tener ese nombre a causa de que él— recibió instrucciones de «erigir un pilar conmemorativo en el desierto de Cades».

De hecho, tanto Charles Virolleaud como René Dussaud, pioneros en la traducción y comprensión de los textos ugaríticos, concluyeron que el lugar de los muchos cuentos épicos era «la región entre el mar Rojo y el Mediterráneo», o sea, la península del Sinaí. El dios Baal, que adoraba pescar en el lago Sumkhi, iba a cazar en el «desierto de Alus», área asociada con la datilera (Fig. 104). Virolleaud y Dussaud destacaron que ésa es una importante pista geográfica conectando el local ugarítico con el registro bíblico sobre el éxodo, pues los israelitas, según Números 33, viajaron de Mará (el lugar de las aguas amargas) y Elohim (el oasis de las datileras) hacia Alus.

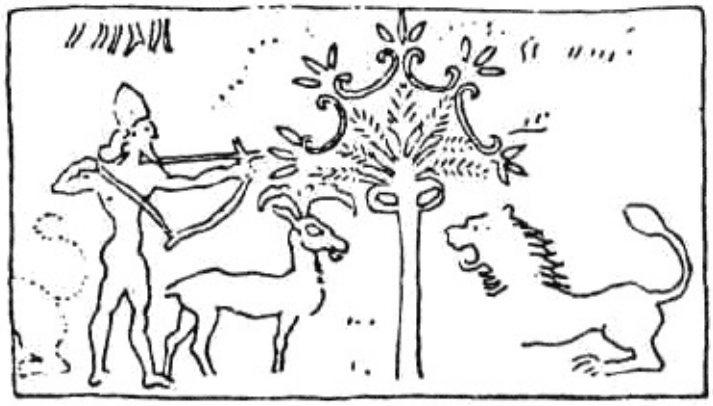


Fig. 104

Otros detalles, colocando a EL y los dioses más jóvenes en el área del éxodo, son encontrados en un texto que los eruditos intitularon de «El Nacimiento de los Monos y Bellos Dioses», Los versos de apertura localizan la acción en el «desierto de Sufim» —a buen seguro un desierto al margen del Yam Suff («Mar de Juncos») del Éxodo:

Llamo los graciosos y bellos dioses,
Hijos del Príncipe.
Yo los colocaré en la Ciudad de Ascender e Ir,
En el desierto de Sufim.

Los textos cananeos nos suministran una pista más. Constantemente ellos se refieren al jefe del panteón como «EL» —el supremo, el más alto de los altísimos—, usando el término más como un título genérico que como un nombre propio, Sin embargo, en el cuento citado arriba, EL es identificado como Yerah y su esposa como Nikhal. «Yerah» es el término semítico para «Luna» —el dios más conocido como «Sin»— y «Nikhal» es la forma semítica de NIN.GAL, el nombre sumerio de la esposa del dios-Luna.

Los estudiosos han presentado muchas teorías acerca del origen del nombre Sinaí. Una vez, por lo menos, el motivo más obvio estuvo entre las hipótesis preferidas: Sinaí podría significar «perteneciente a Sin».

Podemos ver que la luna creciente era el emblema de la deidad en cuyas tierras estaba localizado el Portón Alado. Y un importante punto de cruce de rutas en el centro de la península del Sinaí, un lugar rico en agua llamado Nakhl, conserva hasta hoy el nombre de la esposa de Sin. Así, podemos concluir con plena confianza que la «Tierra de Tilmun» era la península del Sinaí.

Un examen de la geografía, topografía, geología, clima, flora e historia de la península confirmará mi identificación y esclarecerá el papel del Sinaí en las historias de hombres y dioses.

Los textos mesopotámicos describían la localización de Tilmun en la «boca» de dos extensiones de agua. La península, que tiene la forma de un triángulo invertido, de hecho comienza donde el mar Rojo se separa en dos brazos —el golfo de Suez al

oeste y el golfo de Eilat (Ácaba) al este. Las representaciones egipcias que muestran la Tierra de Set, donde quedaba el Duat, muestran esquemáticamente una península con las características de la del Sinaí (Fig. 105).

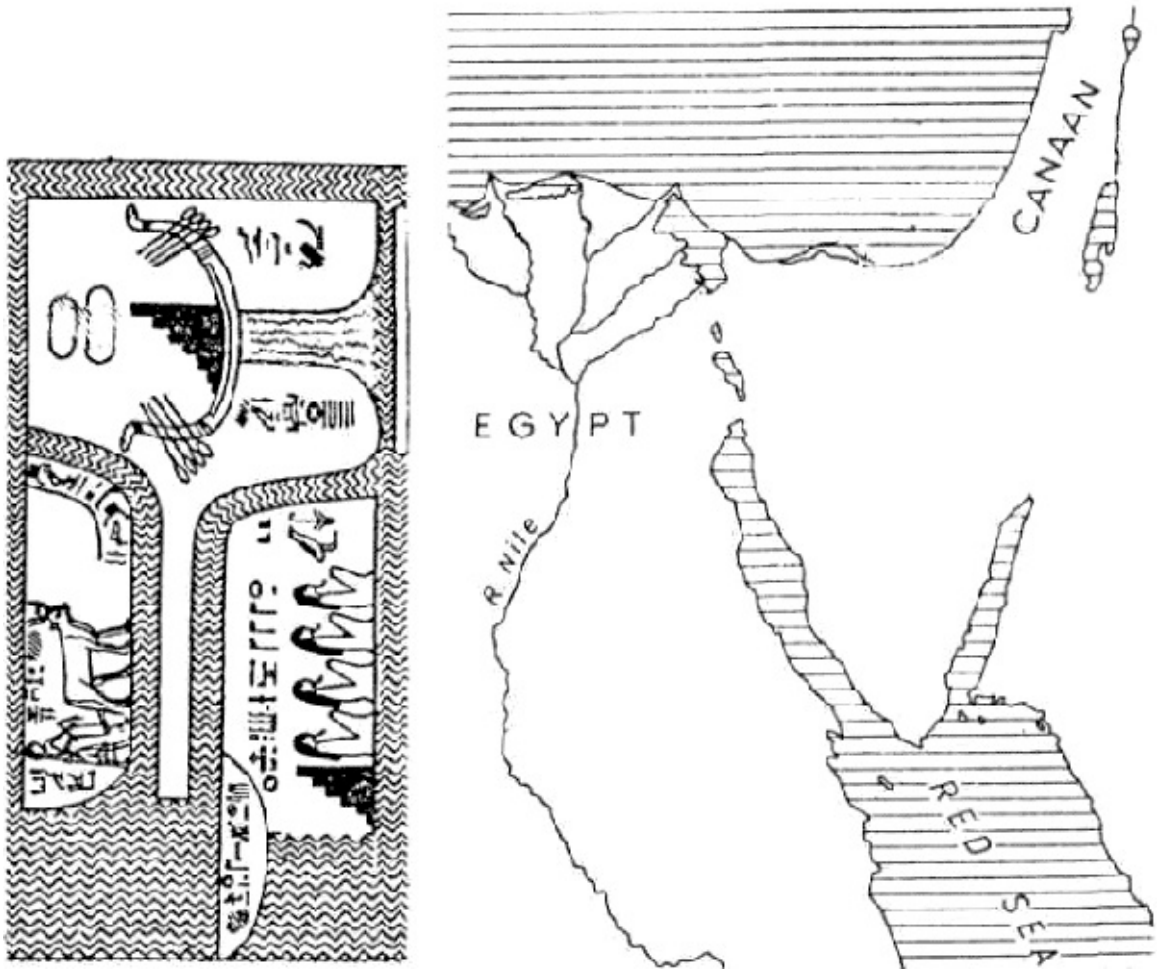


Fig. 105

Los textos hablan de las «montañas de Tilmun» y, de hecho, la península del Sinaí es constituida por una región con grandes montañas al sur, un plato céntrico también montañoso y una llanura al norte (cercada de montañas), que va descendiendo en colinas arenosas hasta la costa del Mediterráneo. Esa franja litoral plana ha sido un «puente terrestre» entre Asia y África desde épocas inmemoriales. Los faraones la usaron para invadir Canaán y Fenicia, y para desafiar a los hititas. Sargón, rey de Acad, afirmó que alcanzó el Mediterráneo, donde «lavó sus armas». «Las tierras del mar» —la región al largo de la costa— «tres veces rodeé; Tilmun mi mano capturó». Sargón II, rey de la Asiria el siglo VIII a. C., se vanaglorio de haber conquistado el área que iba de «Bit-Yahkin, en el margen del mar Salado, hasta la frontera de Tilmun». El nombre «mar Salgado» sobrevivió hasta los días de hoy como la denominación en hebraico del mar Muerto —otra confirmación de que Tilmun quedaba próximo a él.

Varios reyes asirios mencionan el Riachuelo de Egipto como un marco geográfico en sus expediciones a aquel país. Sargón II habla del Riachuelo después de describir

la conquista de Asdod, la ciudad filistea, en la costa del Mediterráneo. Esarhadón, que reinó algún tiempo después, se vanaglorió: «Piso en Arza, en el Riachuelo de Egipto, pongo Assuili, su rey, en grilletes… Sobre Qanayah, rey de Tilmun, impuse tributos». El nombre «Riachuelo de Egipto» es idéntico al nombre bíblico para el grande y extenso wadi (río raso que se hace torrencial en la estación lluviosa) del Sinaí que actualmente es conocido como wadi El-Arish. Asurbanipal, sucesor de Esarhadón en el trono de la Asiria, afirmó que él había colocado el yugo de su soberanía sobre Tiro, que queda en el Mar Superior (Mediterráneo) y hasta Tilmun, que queda en el Mar Inferior (el mar Rojo).

En todos esos casos, la geografía y topografía de Tilmun se igualan perfectamente a las de la península del Sinaí.

Se cree que, salvo variaciones anuales, el clima de la península fue siempre lo que es actualmente: una estación lluviosa irregular que va de octubre a mayo y el resto del año completamente seco. La poca densidad pluvial califica la región para ser definida como desierto (menos de 30 mm anuales). Sin embargo, los altos picos de granito al sur están cubiertos de nieve en el invierno y en la franja litoral la sábana freática es encontrada a poco más de 1 metro abajo de la superficie.

Una característica geográfica típica de la península son los Wadis. En la región sur, las aguas de lluvias cortas y repentinas corren parte para el este, para el golfo de Eilat, y más frecuentemente para el oeste, para el golfo de Suez. Es en esa región que son encontrados los riachuelos en el fondo de grandes gargantas y oasis exuberantes. Sin embargo, el grueso de las aguas pluviales es drenado en dirección norte, yendo hacia el Mediterráneo por el extenso wadi El-Arish y sus incontables afluentes, que, en el mapa, en su conjunto, parecen los floreros sanguíneos de un gigantesco corazón. En esa parte del Sinaí, la profundidad de los Wadis varía de pocos centímetros hasta cerca de 1 metro hasta 2 kilómetros, cuando hay una lluvia torrencial.

Aún en la estación lluviosa, el patrón de precipitación es totalmente errático. Aguaceros súbitos se alternan con largos periodos secos. Así, presuponerse la existencia de agua en relativa abundancia en ese periodo del año o inmediatamente después de él puede ser una idea muy engañosa. Posiblemente fue lo que aconteció con los israelitas cuando dejaron Egipto a mediados de abril y entraron en el desierto del Sinaí algunas semanas después. Ellos se encontraron sin agua y el Señor tuvo que intervenir dos veces, mostrando Moisés que rocas debería golpear para obtenerla.

Los beduinos, como todos los cansados viajantes que recorren el Sinaí, consiguen repetir ese milagro cuando el suelo del lecho del wadi es del tipo adecuado. El secreto es que en muchos lugares la capa rocosa de la superficie está sobre una capa de suelo arcilloso que captura el agua que penetra por entre las piedras. Con conocimiento y suerte, una pequeña excavación en un lecho de wadi completamente seco revela agua en abundancia inmediatamente debajo de la superficie.

¿Pero sería ese arte nómada el gran milagro realizado por el Señor? Recientes descubrimientos hechos en la península del Sinaí lanzan una nueva luz sobre el asunto. Hidrólogos israelíes conectados al Instituto Weizmann de Ciencias descubrieron que, como acontece en partes del desierto de Sahara y en algunas áreas desérticas de la Nubia, existe «agua fósil» (restos de lagos prehistóricos de otras era geológicas) en las profundidades de la región céntrica de la Señal. La inmensa reserva subterránea, con agua suficiente, según las estimativas, para atender a una población como la de Israel por casi cien años, se extiende por cerca de 15 500 kilómetros cuadrados en un cinturón ancho que va del canal de Suez hasta el interior del árido desierto de Neguev, en Israel.

Aunque esté a cerca de 915 metros abajo del suelo pedregoso, el agua es sub-artesiana y sube con su propia presión a hasta 300 metros de la superficie. Cuando los egipcios hicieron perforaciones en busca de petróleo en Nakhl, en la llanura septentrional, encontraron esa reserva subterránea. Otros sondeos confirmaron el increíble hecho: en la superficie, un desierto árido; en el subsuelo, difícilmente accesible por medio de los modernos equipamientos de perforación y bombas, ¡un lago de agua pura y cristalina!

¿Será que los Nefilim, con su tecnología de era espacial, tenían conocimiento de eso? Y más, ¿sería esa agua, y no una pequeña cantidad acumulada bajo un wadi seco, la que corrió después que Moisés golpeó la piedra, siguiendo las instrucciones del Señor?

«Lleva contigo, en la mano, la vara con que hiciste los milagros en Egipto», dijo el Señor a Moisés. «Tú me verás en pie sobre una piedra; herirás la piedra y de ella saldrá agua y el pueblo beberá». Así, sería agua suficiente para una multitud y su ganado.

Para que la grandeza de Yahveh fuera reconocida por todos, Moisés debería llevar al lugar algunos testigos. El milagro aconteció «en la presencia de los ancianos de Israel».

Una historia sumeria relata un evento bastante parecido. Se trata de un cuento sobre épocas difíciles debido a la escasez de agua.

Las plantaciones se marchitaron, el ganado no tenía que beber, el pueblo estaba sediento y callado. Ninsikilla, esposa del gobernante de Tilmun, Enshag, se quejó a su padre, Enki:

La ciudad que de éstos…
Tilmun, la ciudad que de éstos…
No tiene aguas de río…
No puede bañarse la doncella;
Ninguna agua cristalina corre en la ciudad.

Después de estudiar el problema, Enki concluyó que la única solución sería traer aguas subterráneas. Sin embargo, la profundidad a ser alcanzada ciertamente no

podría ser alcanzada a través de la perforación de un pozo común. Así, Enki elaboró un plan en el cual las capas de roca serían perforadas ¡por un misil disparado del cielo!

Padre Enki respondió a Ninsikilla, su hija:
Que el divino Utu se posicione en el cielo.
Que un misil prendido al «pecho».
Y de lo alto lo dirija para la Tierra…
De la fuente de la cual emergen las aguas de la Tierra,
Que él te traiga la dulce agua del suelo.

Así instruido, Utu/Shamash comenzó a tomar las providencias necesarias:

Utu, posicionándose en el cielo,
Un misil firmemente preso a su «pecho»,
Del alto se dirigió para la Tierra…
Soltó el misil del alto del cielo.
De entre las rocas de cristal levantó el agua;
De la fuente de donde emergen las aguas de la Tierra,
Trajo agua dulce, del suelo.

¿Un misil lanzado del cielo podría perforar la corteza de la Tierra, hacer subir el agua potable? Anticipando la incredulidad de sus lectores, el escriba añadió: «En verdad, fue así». El plan, según la continuación del texto, funcionó: Tilmun se hizo una región de «campos fértiles y haciendas que producen granos» y la Ciudad de Tilmun «se hizo el puerto del país, lugar de amarras y muelles».

Los paralelos entre la península del Sinaí y Tilmun están así doblemente confirmados. Primero, la existencia de una reserva subterránea de agua, abajo de la superficie rocosa. Segundo, la presencia de Utu/Shamash (el comandante del espacio-puerto) en las vecindades.

La península del Sinaí también posee todos los productos que hacían la fama de Tilmun.

Tilmun era la fuente de las piedras preciosas aparentadas con el lapislázuli que los sumerios tanto apreciaban. Es un hecho incontestable que los faraones obtenían tanto la turquesa como la malaquita en el suroeste de la península. La más antigua área de minería de turquesa de que se tiene noticia actualmente tiene el nombre de *wadi Maghara* —el «wadi de las Cavernas». En ese lugar se abrían túneles en la faz rocosa del cañón del wadi y los mineros tallaban las piedras. Más tarde comenzó a haber minería de la turquesa también en un lugar que hoy es llamado Serabit-el-Khadim. Inscripciones egipcias de la 3.ª Dinastía (2700-2600 a. C.) fueron encontradas en wadi Maghara y se cree que fue en esa época que los faraones comenzaron a instalar puestos militares en la región para que hubiera una minería continuada.

Descubrimientos arqueológicos, además de dibujos y pinturas mostrando los primeros «nómadas asiáticos» (Fig. 106) capturados por los faraones, convencieron a los estudiosos de que en el inicio los egipcios sólo saqueaban minas ya abiertas por tribus del Sinaí. De hecho, el nombre egipcio para turquesa —mafka-t— se origina

del verbo semita «excavar, extraer por corte».

Posteriormente, los egipcios pasaron a llamar a la península del Sinaí de «Tierra de Mafkat» y atribuyeron el dominio de esa área de minería a la diosa Hathor, conocida tanto como «La Señora del Sinaí» como «La Señora del Mafkat». Aunque fuera una gran diosa de la Antigüedad y estuviera entre los primeros dioses del cielo egipcios, ella era apodada como «La Vaca» y retratada siempre con los cuernos de ese animal. Su nombre, Hat-Hor, escrito jeroglíficamente con el dibujo de un halcón dentro del recinto cerrado, ha sido interpretado por los eruditos como siendo «Casa de Horus», pero literalmente él significa «Casa del Halcón», lo que fortalece mucho la conclusión sobre la localización y función de la Tierra de los Misiles.

Fig. 106

Según la *Encyclopaedia Britannica*, «la turquesa ya era obtenida en la península del Sinaí antes del cuarto milenio a. C., en una de las primeras operaciones de extracción de rocas minerales del mundo». En esa época, la civilización sumeria estaba en sus inicios y la egipcia sólo iría a surgir de allí a mil años. ¿Quién podría haber organizado las actividades de minería? Los antiguos egipcios atribuyeron ese hecho a Thot, el dios de las ciencias.

Al afirmar eso y al atribuir el dominio de la península del Sinaí a Hathor, los egipcios estaban emulando las tradiciones sumerias. Según los textos sumerios, el dios que organizó las operaciones de minería de los Anunnaki fue Enki, el dios del conocimiento. Y Tilmun, en los tiempos antes del diluvio, fue dado a Ninhursag, la hermana de Enki y Enlil. En su juventud, ella era una mujer de extraordinaria belleza y enfermera-jefe de los Nefilim, pero en su vejez recibió el apodo de «La Vaca» y, en

la calidad de Diosa de la Datilera, era siempre retratada con los cuernos de ese animal (107). Las similaridades entre Ninhursag y Hathor, las analogías entre sus dominios, son demasiado obvias para que exijan elaboración.

Fig. 107

La península del Sinaí era una importante fuente de cobre en la Antigüedad y prueba de eso es que los egipcios dependían básicamente del saqueo para obtenerlo. Para eso, tenían que penetrar muy lejos en la región. Un faraón de la 12.ª Dinastía (época de Abraham) nos dejó estos comentarios de sus hechos: «Alcanzando las fronteras de países extraños con sus pies; explorando valles misteriosos, alcanzando los límites del desconocido». Él también se vanaglorió del hecho de que sus hombres no perdieron ninguna caja del botín.

Recientes explotaciones hechas en el Sinaí por científicos trajeron a la luz muchas pruebas de que «durante la época del Antiguo Imperio de Egipto, el tercer milenio a. C., la península era densamente habitada por tribus semitas que fundían cobre y extraían turquesa, y que resistieron a la penetración de las expediciones faraónicas en su territorio» (Beno Rothenberg, *Sinai Explorations* 1967-1972). «Conseguimos constatar la existencia de una iniciativa metalúrgica-industrial bastante grande… Allá hay muchas minas de cobre, campamentos de mineros e instalaciones de fundición diseminados desde la región oeste de la parte sur del Sinaí hasta Eilat, en lo alto del golfo de Ácaba».

Eilat, conocida en la época del Antiguo Testamento como Etzion-Gaber, fue realmente la «Pittsburgh de la Antigüedad».

Cerca de veinte años atrás, Nelson Glueck descubrió las minas del rey Salomón en Timna, un poco al norte de Eilat. Él constató que el mineral era llevado para Etzion-Gaber, fundido y refinado no en «uno de los mayores, sino en el mayor, centro metalúrgico existente en la Antigüedad» (*Rivers in the Desert*).

Los indicios arqueológicos una vez más, concuerdan con los textos bíblicos y

mesopotámicos. Esarhadón, rey de la Asiria, se vanaglorió de que «sobre Qanayah, rey de Tilmun, impuse tributo». Los quenitas son mencionados en el Antiguo Testamento como habitantes del sur de la península del Sinaí y su nombre significa, literalmente, «herreros, metalúrgicos».

Cuando Moisés huyó de Egipto, yendo para Madián, él se casó con una chica de la tribu de los quenitas. R. J. Forbes (*The Evolution of the Smith*) destacó que el término bíblico qain («herrero») se origina del sumerio KIN («moldador»).

El faraón Ramsés III, que reinó un siglo después del éxodo, dejó registrada la invasión de esos poblados de artesanos del cobre que él comandó y el saqueo al centro metalúrgico de Timna-Eilat:

Destruí el pueblo de Seir, las tribus del Shasu;
saqueé sus puestos, sus posesiones y su ganado incontable.

Ellos fueron amarrados y traídos cautivos, como un tributo a Egipto.
Los di a los dioses, para que sean esclavos en sus templos.

Mandé mis hombres para el País Antiguo, para sus grandes minas de cobre.
Unos fueron transportados en galeras, otros hicieron el viaje por tierra, yendo en sus asnos.

Nunca se oyó contar nada como eso, desde que comenzaron los reinos de los faraones.
Las minas tenían cobre en abundancia y él fue colocado a los miles en las galeras.
Siendo enviado para Egipto, llegó en seguridad.

Las barras de cobre, 100 mil de ellas, del color de oro debido a la tres refinaciones,
mandé apilar bajo el mostrador del palacio.
Dejé que todo el pueblo las viera, como si fueran maravillas.

Recordemos que los dioses condenaron a Enkidu a pasar el resto de su vida en las minas. Fue por eso que Gilgamesh concibió el plan de construir un «Barco de Egipto» y llevar él mismo a su compañero, pues la Tierra de las Minas y la Tierra de los Misiles quedaban en el mismo territorio. Así, mi identificación está de acuerdo con los datos antiguos.

Antes de que continuemos la reconstrucción de los eventos históricos y prehistóricos, es importante fortalecer la conclusión de que Tilmun era el nombre sumerio de la península de la Señal.

Sin embargo, no es eso que los estudiosos piensan. Vamos entonces analizar sus puntos de vista y mostrar por qué están errados.

Una persistente escuela de pensamiento que tuvo como sus primeros defensores P. B. Cornvall (*On the Location of Tilmun*) identifica Tilmun (a veces escrito «Dilmun») como siendo la isla de Bahrein, en el golfo Pérsico. Ese punto de vista se apoya en una inscripción de Sargón II de la Assíria, donde él afirmaba que entre los reyes que le pagaban tributo estaba «Uperi, rey de Dilmun, cuyo reino queda situado como un pez, a una distancia de treinta horas dobles, en medio del mar donde el sol se levanta». Debido a esa información, se concluyó que Tilmun era una isla. Los eruditos que defienden esa teoría identifican «el mar donde el sol se levanta» como el golfo Pérsico. Así, dan la isla de Bahrein como respuesta.

Hay muchos fallos en esa interpretación. Primero, es posible que sólo la capital de Tilmun quedara en una isla. Los textos no dejan duda de que existía una Tierra de Tilmun y una Ciudad de Tilmun. Segundo, otros textos asirios que describen ciudades como estando localizadas «en medio del mar» se refieren la poblados litoráneos, situados en bahías o promontorios, y no en islas, como, por ejemplo, Arvad, en la costa del Mediterráneo.

Además de eso, si el «mar donde el sol se levanta» indica una extensión de agua al este de la Mesopotamia, el golfo Pérsico no se aplica, pues él queda al sur y no al este de la región. Y más, Bahrein está situada demasiado cerca de la Mesopotamia para justificar treinta horas dobles de navegación. La isla dista cerca de 450 kilómetros de los puertos mesopotámicos y, aún navegándose muy despacio, sesenta horas de viaje cubrirían una distancia muchas veces mayor.

Otro importante fallo en la teoría Bahrein/Tilmun es la relativa a los productos que daban fama a Tilmun. Ya en los tiempos de Gilgamesh, el área no era restricta en su totalidad. Había una parte de ella, como vimos, donde los condenados trabajaban en los oscuros y polvorientos túneles de las minas extrayendo cobre y piedras preciosas. Siempre conectada a la Sumeria por la cultura y comercio, Tilmun era aprovisionaba con ciertos tipos especiales de madera, y de sus áreas cultivadas —tema de la historia que vimos anteriormente, donde Ninsikilla suplicó al padre que le proveyera agua— salían las cebollas y dátiles más famosos de la Antigüedad.

Bahrein nunca tuvo una cultura de ese tipo y sus datileras siempre produjeron frutos comunes. Así, para justificar su elección como Tilmun, la escuela de pensamiento que defiende esa teoría sugiere que Bahrein era un puerto de reboso (Geoffrey Bibby, en *Looking for Dilmun*, y otros autores). Ella concuerda en que los famosos dátiles venían de un lugar más distante, pero afirma que los navíos que las transportaban no iban hasta los puertos de la Mesopotamia. Ellos anclaban en Bahrein y los mercaderes sumerios transferían la carga para otras embarcaciones, que entonces hacían la etapa final hasta su país.

Era por eso que, cuando los escribas registraban el lugar de donde precedía la carga, escribían «Dilmun», queriendo referirse Bahrein.

Ahora, ¿por qué navíos que habían navegado tan grandes distancias dejarían de hacer el corto recorrido hasta el destino final de la carga en la Mesopotamia? ¿Por qué tanto trabajo de carga y descarga que sólo serviría para aumentar el costo? Esa teoría también va contra las afirmaciones de gobernantes de la Sumeria y Acad de que los navíos de Tilmun, así como los de otros países, anclaban en sus puertos. Ur-Nanshe, rey de Lagash dos siglos después que Gilgamesh gobernó Uruk, afirmó que «los navíos de Tilmun… me trajeron madera como tributo».

Reconocemos el nombre «Tilmun» en esa inscripción (Fig. 108) por el pictógrafo para «misil». Sargón, el primer gobernante de Acad, se vanaglorió de que «en lugares

de Acad él hizo arribar los navíos de Meluhha, navíos de Magan y navíos de Tilmun».

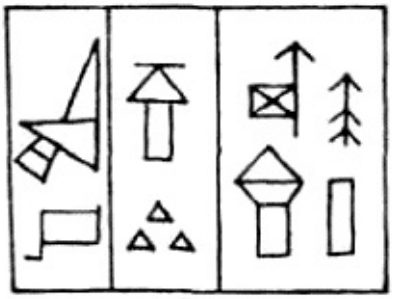


Fig. 108

Es bastante probable, por lo tanto, que los navíos de Tilmun llevaran los productos directamente para los puertos de la Mesopotamia, como sería de esperarse dentro de todos los parámetros de la lógica y la economía. Los textos antiguos también hablan de exportaciones de mercancías de la Mesopotamia hacia Tilmun. Una inscripción registra el envío de un cargamento de trigo, queso y cebada descortezada de Lagash para Tilmun (cerca de 2500 a. C.) sin ninguna mención de reboso de carga en una isla cualquiera.

Uno de los principales oponentes de la teoría Bahrein/Tilmun, Samuel N. Kramer (*Dilmun, the* «*Land of the Living*»), destacó el hecho de que los textos mesopotámicos describían a Tilmun como «un país distante», que se alcanzaba a costa de riesgo y aventura. Esas afirmaciones no combinan con una isla próxima a la cual se llega después de pocas horas de navegación en las aguas tranquilas del golfo Pérsico. Él también enfatizó la importancia del hecho de que varios textos mesopotámicos colocan Tilmun cerca de dos extensiones de agua, y no dentro o cerca de sólo una. Los textos acadianos decían: «Tilmun ina pi narati» —«Tilmun, en la boca de las dos aguas corrientes»—, es decir, donde se inician dos extensiones de agua.

Guiado por otra declaración, que decía que Tilmun era la tierra «donde el sol se levanta», Kruner concluyó, primero, que Tilmun se situaba en tierra firme y no en una isla, y segundo, que debía quedar al este de la Sumeria, pues es en el Este que el sol se levanta. Buscando en el mapa un lugar al oriente de la Mesopotamia donde dos extensiones de agua se encuentran, él sólo consiguió descubrir un punto a sudeste, donde el golfo Pérsico se encuentra con el océano Índico. Así, con alguna hesitación, Kramer sugirió: Tilmun quedaba en el Baluchistán o en algún lugar cerca del río Indo.

La hesitación de Kramer derivó del hecho bien conocido de que numerosos textos sumerios y acadianos, que dan listas de países y pueblos, no colocan a Tilmun entre las tierras del este como Elam y Arata. En vez de eso, juntan como tierras próximas unas de las otras a Meluhha (Núbia, Etiopía), Magan (Egipto) y Tilmun. La

proximidad entre Egipto y Tilmun queda bien clara a finales del texto «Enki y Ninhursag», donde se habla de la designación de Nintulla como Señor de Magan y Enshag como Señor de Tilmun, que reciben las bendiciones de los dos grandes dioses. Esa proximidad también queda evidente a partir de un notable texto escrito como una autobiografía de Enki, que describe sus actividades después del diluvio, cuando se quedó ayudando la humanidad y estableciendo sus civilizaciones. Una vez más, Tilmun es listada junto con Magan y Meluhha:

Las tierras de Magan y Tilmun
Levantaron los ojos hacia mí.
Yo, Enki, anclé el barco Tilmun en la costa,
Cargué hasta lo alto el barco Magan.
El alegre barco de Meluhha
Transporta oro y plata.

En vista de la proximidad de Tilmun con Egipto, lo que debemos pensar de las afirmaciones de que Tilmun quedaba «donde el sol se levanta», significando, como dicen los estudiosos, un país al este de la Sumeria y no al oeste, ¿como la península del Sinaí?

La respuesta, y bien simple, es que los textos no afirman nada de eso. Ellos no hablan de «donde el sol se levanta», pero sí de «donde Shamash asciende» —y es ahí que está toda la diferencia.

Tilmun no quedaba al este de la Mesopotamia y con toda certeza era el lugar donde Utu/ Shamash —que no era el Sol, sólo se usaba como símbolo— ascendía a los cielos en sus cohetes. Las palabras de la Epopeya de Gilgamesh son bien claras:

A la montaña de Mashu él llegó,
Donde durante el día los Shem él observó
Mientras iban y venían…
Hombres-cohete guardan su portón…
Ellos vigilan asmas
Mientras él asciende y desciende.
Y aquél era el lugar para donde Ziusudra
fuera llevado después del diluvio:
En la Tierra de la Travesía,
En la montañosa Tilmun
En el lugar donde Shamash asciende
Ellos lo hicieron residir.

Y fue así que Gilgamesh —a quien le negaron el permiso de montar un *Shem* y acabó contentándose sólo en conversar con su ancestro— partió en su busca, dirigiendo sus pasos para el monte Mashu en Tilmun —el monte de Moshe (Moisés), en la península del Sinaí.

Los botánicos modernos están sorprendidos con la variedad de la flora de la península, pues allá fueron encontradas más de mil especies de plantas, muchas que sólo dan allí, variando de árboles a pequeños arbustos. Donde existe agua, como en el oasis, en las dunas litorales y lechos de los Wadis, esa vegetación crece con impresionante persistencia por haberse adaptado al clima e hidrografía únicos de la

península del Sinaí. Las regiones al nordeste de la península pueden haber sido la fuente de las apreciadas cebollas. El nombre inglés para la variedad de caule largo y verde —cebollino— recuerda el puerto de donde ese bocado era exportado hacia Europa: Ascalon, en la costa del Mediterráneo, inmediatamente en el norte del Riachuelo de Egipto.

Una de los árboles que se adaptaron a las singulares características del Sinaí es la acacia, que acomoda su alta tasa de transpiración creciendo sólo en los lechos de los Wadis, donde explora la humedad subterránea con un eficiente sistema de largas raíces. Como resultado de eso, la acacia puede vivir casi diez años sin lluvia. Ese árbol tiene una madera muy apreciada y, según el Viejo Testamento, el arca y otros componentes del Tabernáculo eran hechos de ella. Ella bien podría ser la madera especial que los reyes de la Sumeria importaban para la construcción de sus templos.

Una visión siempre presente en la península del Sinaí son las tamarisco, pequeños árboles que acompañan el curso de los Wadis el año entero, pues sus raíces también descienden hasta la humedad abajo de la superficie y ellas consiguen sobrevivir donde el agua es salobre o salina. Después de inviernos particularmente lluviosos, los bosques de tamarisco están llenos de una sustancia dulce y granulosa, que es la excreción de pequeños insectos que viven de sus frutos. Los beduinos aún hoy la llaman por su nombre bíblico —maná.

Sin embargo, el árbol más asociado a Tilmun en la Antigüedad era la datilera, que continúa siendo la principal planta del Sinaí en términos económicos. Pidiendo un mínimo de cuidado, ella atiende a todas las necesidades básicas de los beduinos. Sus frutos constituyen un alimento sabroso y nutritivo, cáscaras y grumos son dados a los camellos y cabras, el tronco es usado en la construcción y como combustible, las hojas sirven para hacer tejados y las fibras para la confección de cuerdas y también son empleadas en la tejeduría.

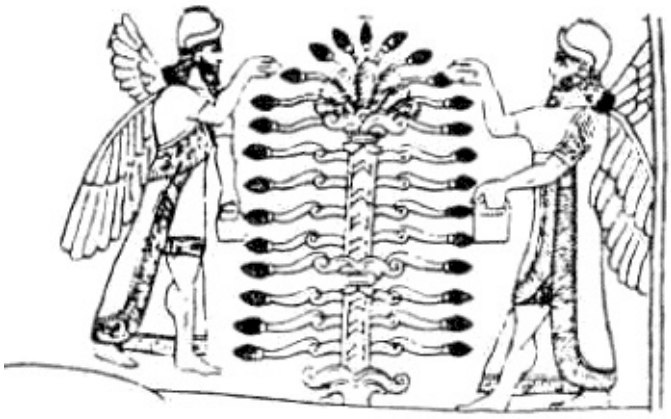


Fig. 109

Sabemos, a través de los registros mesopotámicos, que los dátiles eran un importante producto de exportación de Tilmun.

Los frutos venidos de esa región, por ser grandes y sabrosos, ganaban lugar destacado en las recetas culinarias. Un texto de Uruk, la ciudad de Gilgamesh, hablando de los alimentos que debían ser dados a los dioses, especificaba: «todos los días del año, para las cuatro comidas diarias, 108 medidas de dátiles comunes y dátiles de la Tierra de Tilmun, y también higos y pasas… deberán ser ofrecidos a las divinidades». La ciudad más próxima de la antigua ruta terrestre entre la península del Sinaí y la Mesopotamia era Jericó, en la Biblia llamada «Jericó, la ciudad de los dátiles».

La datilera, como ya vimos extensivamente, fue adoptada como un símbolo sagrado en todas las religiones del antiguo Oriente Medio. El salmista bíblico prometió que «los justos, como la datilera, florecerán». El profeta Ezequiel tuvo una visión del templo de Jerusalén reconstruido, ornamentado con «querubines y datileras» alternados. Residiendo entre los judíos que habían sido llevados a la fuerza para la Babilonia, Ezequiel estaba bien familiarizado con el tema artístico de los Seres Alados y la Datilera.

Junto con El Disco Alado (el emblema del 12.º Planeta), el símbolo más constante en todos los países de la Antigüedad era el del Árbol de la Vida. Escribiendo en *Der Alte Orient*, Felix von Luschau mostró en 1912, época de la publicación del artículo, que los capiteles (Fig. 110a) de las columnas jónicas y egipcias (Fig. 110b) eran, de hecho, estilizaciones del Árbol de la Vida bajo la forma de una datilera (Fig. 110c), y confirmó sugerencias anteriores de que el Fruto de la Vida tan ponderado en las leyendas y cuentos épicos era una variedad especial de dátil. Encontramos el tema de la datilera como el símbolo de la Vida avanzando hasta el Egipto musulmán, como se puede ver en las ornamentaciones de la gran mezquita de Cairo (Fig. 110 d).

Fig. 110

Importantes estudios, como el de *De Boom des Levens en Schrift en Historie* de Henrik Bergema y *The King and the Tree of Life in Ancient Eastern Religion*, de Geo. Widengren, muestran que el concepto de un Árbol de la Vida, creciendo en una Morada de los Dioses, se esparció del Oriente Medio hacia todo el mundo y se hizo un principio básico de todas las religiones de la Tierra.

La fuente de todos esos dibujos y creencias fueron los registros sumerios hablando de la Tierra de los Vivos.

Tilmun,
Donde la mujer vieja no dice «Soy una vieja»,
Donde el hombre viejo no dice «Soy un viejo».

Los sumerios, maestros en juegos de palabras, llamaban a la Tierra de los Misiles TILDE.MUN. Sin embargo, el término también podía significar «Tierra de los Vivos», pues TILDE también era «Vida». El Árbol de la Vida en sumerio era GISH.TILDE, pero GISH también era el nombre para un objeto manufacturado, algo hecho por la mano del hombre. Así, GISH.TILDE también podía ser «El Vehículo para la Vida» —un cohete espacial. En el arte también encontramos a los hombres-águila saludando a veces a un cohete y en otras a una datilera (Fig. 60).

Los lazos se aprietan aún más cuando descubrimos que en el arte religioso griego el Omphalos era asociado con la datilera. Una antigua pintura de Delfos muestra que

la réplica del Omphalos erigida en el lado de afuera del templo de Apolo quedaba cerca de una datilera (Fig. 111). Ya que ese tipo de árbol no crece en Grecia, los eruditos creen que la datilera estaba hecha de bronce.

Fig. 111

La asociación del Omphalos con la datilera debe haber sido una cuestión de simbolismo básico, pues dibujos de ese tipo se repetían en otros centros de oráculos griegos.

Vimos anteriormente que el Omphalos es un vínculo entre los centros de oráculo de Grecia, Egipto, Núbia y Canaán, y el Duat.

Ahora encontramos esa Piedra del Esplendor conectada a la datilera —el Árbol de la Tierra de los Vivos.

De hecho, los textos sumerios que acompañaban los dibujos de los querubines y el Árbol de la Vida incluían la siguiente invocación:

El árbol de Enki, marrón-oscuro, cojo en mi mano;
El árbol que hace la cuenta, la gran arma vuelta hacia los cielos,
Cojo en mi mano;
La palmera, el gran árbol de oráculos, cojo en mi mano.

Un dibujo de la Mesopotamia muestra a un dios cogiendo esa «palmera, gran árbol de oráculos» (Fig. 112).

Fig. 112

Él concede el Fruto de la Vida a un rey en el lugar de los «cuatro dioses». Ya tuvimos la oportunidad de conocerlos en los textos y dibujos egipcios: ellos eran los dioses de los cuatro puntos cardinales que aparecían cerca de la Escalera a Cielo en el Duat.

Vimos también, en los dibujos sumerios, que el Portón para el Cielo era marcado por una datilera.

Con todo eso, no queda duda de que el blanco de las antiguas búsquedas por la inmortalidad era un espacio-puerto localizado en alguna parte de la península del Sinaí.

11

MONTE EVASIVO

En algún lugar de la península del Sinaí, los Nefilim instalaron su espacio-puerto post-diluviano y algunos pocos y escogidos mortales, con las bendiciones de sus dioses, podían aproximarse a una determinada montaña. Fue allá que Alexander, el Grande, recibió la orden del hombre-pájaro que montaba guardia: «¡Vuelta! ¡Vuelta, pues la tierra en que estás pisando es suelo sagrado!». También fue allá que hombres-águila atacaron a Gilgamesh con sus rayos aturdidores, cuando después percibieron que él no era un simple mortal.

Los sumerios llamaban a esa montaña MA.SHU —el Monte del Supremo Barco. Las leyendas de Alexander se refieren a él como el monte Mushas —la montaña de Moisés. La naturaleza, las funciones idénticas y el mismo nombre sugieren que en todos los casos él era un marco geográfico indicando a los aventureros el destino final de su larga jornada. Así, parece que la respuesta a la pregunta: «¿En que lugar de la península quedaba el portón del espacio-puerto?», está bien próxima. Finalmente, la montaña del Éxodo, el «monte Sinaí», claramente marcada en los mapas de la región, es el más alto entre los grandes macizos de granito del sur de la península.

Desde hace 33 siglos los judíos conmemoran su Pascua, ocasión en que recuerdan el éxodo de Egipto. Los registros históricos y religiosos están llenos de referencias a ese evento, a las tribulaciones por el desierto y la alianza con Dios hecha en el monte Sinaí. El pueblo judío es constantemente recordado de la Teofanía, cuando toda la nación de Israel vio al Señor Yahveh resplandeciendo en toda su gloria en el monte sagrado. Sin embargo, los registros siempre buscaron no colocar énfasis excesivo sobre la localización exacta de esa montaña, de modo a no estimular la transformación del lugar en un centro de culto.

No existe ninguna mención en la Biblia sobre alguien que haya al menos intentado volver al monte Sinaí para una vista, con excepción del profeta Elías. Cerca de cuatro siglos después del éxodo, él huyó para salvar su vida después de haber matado a los sacerdotes de Baal en el monte Carmelo. Intentando alcanzar el monte, Elías se perdió en el desierto. Fue un ángel del Señor quien lo hizo recobrar la conciencia y lo abrigó en una caverna de la montaña.

Actualmente, por lo menos a primera vista, nadie necesita de un ángel protector para encontrar el monte Sinaí. El peregrino moderno, como tantos otros en el pasado, dirige su rumbo para el monasterio de Santa Catarina (Fig. 113), que tiene ese nombre en homenaje a la Catarina de Egipto, santa y mártir, cuyo cuerpo fue llevado para la montaña más alta de la península por los ángeles.

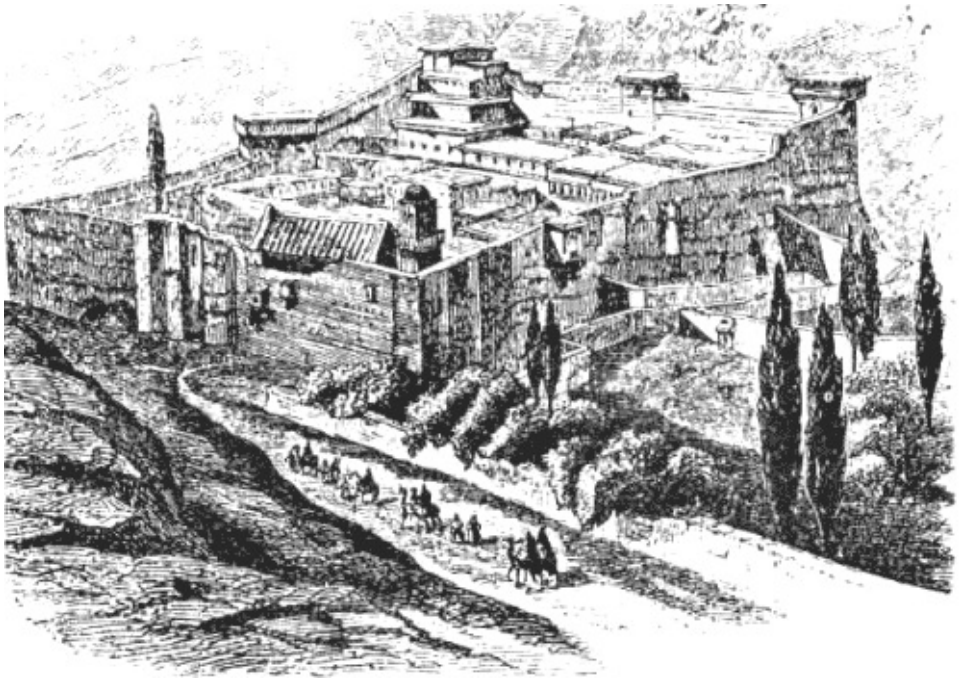


Fig. 113

El peregrino, después de pasar la noche en el monasterio, comienza a subir el Gebel Mussa («monte Moisés», en árabe) inmediatamente al nacer del día. Ése es el pico más meridional de un macizo de 3 kilómetros que se eleva al sur del monasterio y se trata del monte Sinaí «tradicional», al cual están asociados la Teofanía y la entrega de las Tablas de la Ley (Fig. 114).

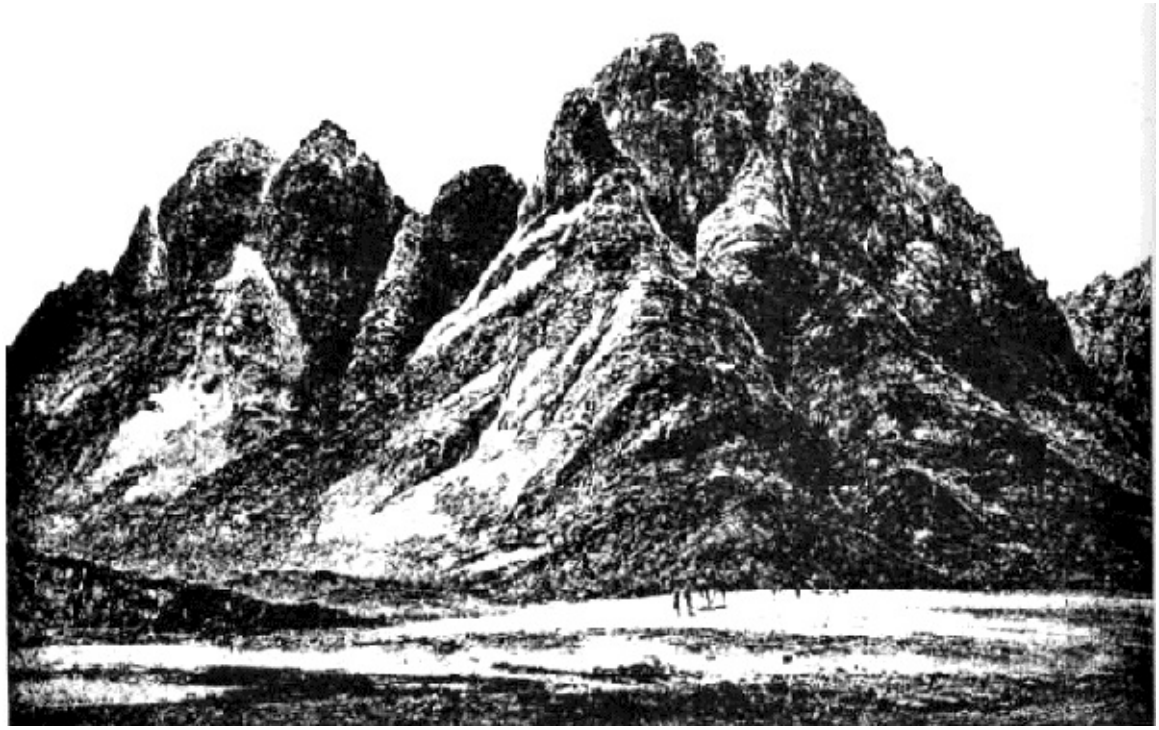


Fig. 114

La subida hasta ese monte es una empresa larga y penosa, pues él tiene 760 metros de altura. Uno de los medios es utilizar una escalera con 4 mil escalones construida por los monjes en el rincón oeste del macizo. El camino más fácil, pero

que consume varias horas de caminata, comienza en el valle, entre el macizo y una montaña que apropiadamente tiene el nombre de Jetró, el suegro de Moisés, y va subiendo por el lado este hasta alcanzar los últimos 750 escalones de la primera trilla. Fue en esa intersección, según las tradiciones de los monjes, que Elías se encontró con El Señor.

Una capilla cristiana y un santuario musulmán, ambos pequeños y de construcción modesta, marcan el lugar donde las Tablas de la Ley fueron entregadas Moisés. Una caverna próxima es venerada como siendo la «hendidura en la roca», donde Dios mandó a Moisés esconderse durante su pasaje, como es relatado en Éxodo 33:22. Un pozo que queda en la trilla de descendida es identificado como el lugar a donde Moisés llevaba el rebaño de su suegro para beber agua. En toda la región del Djebel Musa y sus alrededores existen marcos definidos por las tradiciones de los monjes para todos los eventos asociados con la montaña sagrada.

Del Djebel Musa, se pueden avistar los otros picos del macizo de granito y, sorprendentemente, se nota que él parece ser más bajo que muchos de sus vecinos.

De hecho, para fortalecer la leyenda de Santa Catarina, los monjes fijaran en el monasterio una placa que dice:

ALTITUD 1527 metros
MONTE MOISÉS 2305 metros
MONTE STA. CATARINA 2615 metros

De esa forma, el visitante es llevado a creer que el Monte Santa Catarina es realmente el más alto de la península y por eso habría sido escogido por los ángeles para abrigar el cuerpo de la santa.

Al mismo tiempo, el peregrino también se queda un tanto decepcionado al constatar que, al contrario de las creencias, Dios, al llevar a los hijos de Israel para aquella región, con la intención de impresionarlos con su poder e imponer sus leyes, no escogió para eso la montaña más alta.

¿Se habría Dios engañado en la elección del monte?

En 1809, el erudito suizo Johann Ludwig Burckhardt llegó al Oriente Medio bajo el patrocinio de la Asociación Británica para la Promoción de Descubrimientos en el Interior de África.

Después de estudiar las costumbres musulmanas y árabes, él vistió una túnica, colocó un turbante y asumió un nuevo nombre, pasando a llamarse Ibrahim Ibn Abd Allah —Abraham, el Hijo del Siervo de Alá—, y así consiguió viajar por áreas hasta entonces prohibidas a los infieles. En esos viajes, él descubrió, entre muchas cosas, los templos egipcios de Abu Simbel y Petra, la ciudad de piedra de los nabateus, en la Transjordania.

En 15 de abril de 1816, Burckhardt partió de Suez, a lomo de camello, decidido a

recorrer la ruta del éxodo, pretendiendo establecer la verdadera localización del monte Sinaí. Siguiendo el camino presumible de los israelitas, él viajó rumbo al sur, siguiendo el litoral oeste de la península. En esa región, el terreno montañoso comienza a cerca de 15 o 20 kilómetros de la costa, formándose así una desolada llanura litoral cortada aquí y allí por Wadis y algunas fuentes de aguas calientes, inclusive una que solía ser frecuentada por los faraones.

Mientras descendía por la meseta de calcáreo de la península, Burckhardt iba anotando la geografía, topografía y distancia de la región, comparando los marcos, condiciones y nombres de los lugares con las descripciones de las varias etapas del éxodo registradas en la Biblia. Cuando termina esa meseta calcárea, se inicia una franja de arena, que lo separa de un cinturón de arenisca nubia. Esa franja de terreno arenoso es una dádiva de la naturaleza para el viajante que pretende alcanzar el interior de la península, pues ella funciona como una avenida que corta el Sinaí de éste a oeste. Fue por medio de ella que Burckhardt penetró en el interior de la península. Después de algún tiempo de viaje, él tomó rumbo sur, entrando en el área de las montañas de granito, y acabó alcanzando el monasterio de Santa Catarina por el norte (como hace actualmente el peregrino que llega en avión).

Algunas de sus observaciones continúan siendo de gran valía para los estudiosos. La región, como él registró, producía excelentes dátiles; los monjes, por tradición, solían enviar grandes cajas de frutas al sultán de Constantinopla como un tributo anual. Habiendo hecho amistad con los beduinos del área, Burckhardt acabó siendo invitado a la fiesta anual de «San Jorge», que los árabes llamaban de «El Kadir» —¡el «siempre verde»!

El explorador suizo subió a los montes Musa y Santa Catarina, y estudió minuciosamente sus alrededores, habiendo quedado especialmente fascinado con el monte Umm Shumar —sólo 55 metros más bajo que Santa Catarina—, que se eleva un poco a suroeste del grupo Musa-Santa Catarina. Visto de lejos, su pico cintila al sol «con una blancura increíble», debido a una cantidad rara de mica en la roca, formando un «impresionante contraste con la superficie oscura de la pizarra y del granito rojo» de la parte más baja de la montaña y sus alrededores. El pico también era el único que proporcionaba una visión más libre del golfo de Suez («el puerto de El-Tor estaba claramente visible») y del golfo de Ácaba. Examinando los documentos archivados en el convento, Burckhardt descubrió la información de que antes el monte Umm Shumar era la principal localización de los poblados monásticos. En el siglo XV, «caravanas de asnos cargados de maíz y otras provisiones pasaron regularmente por ese lugar, venidos de El-Tor, pues éste es el camino más próximo al puerto».

El investigador suizo volvió vía wadi Feiran y su oasis, el mayor de la península sinaítica. En el punto donde el wadi deja las montañas y alcanza la franja litoral, él

encontró y escaló una montaña magnífica, el monte Serbal, con 2074 metros de altitud, uno de los más altos de la península, donde encontró restos de santuarios e inscripciones de peregrinos. Después de investigaciones adicionales, Burckhardt determinó que el principal centro monástico de la región fue, durante muchos siglos, esa área del Feiran con su imponente montaña.

Cuando Burckhardt publicó sus descubrimientos (*Travels in Syria and the Holy Land*), hubo una conmoción en los medios bíblicos y académicos, pues, según él, el verdadero monte Sinaí no era el monte Musa, sino el Serbal. Inspirado por las propuestas de Burckhardt, el conde francés León de Laborde viajó por la península sinaítica en 1826 y 1828.

La principal contribución que dejó para el conocimiento de la región fueron sus excelentes mapas y dibujos (en *Commentaire sur L'Exode*). En 1839, el artista escocés David Roberts siguió el mismo guión.

Sus magníficos y cuidadosos dibujos, embellecidos con una pizca de imaginación, despertaron gran interés en aquella época en que aún no existía la fotografía.

Otro viaje importante por la región fue el realizado por Edward Robinson y Eli Smith, dos americanos. Tal como Burckhardt, ellos partieron de Suez en camellos, llevando consigo el libro del suizo y los mapas de Laborde, y llevaron trece días para llegar a Santa Catarina. En el monasterio, Robinson estudió minuciosamente las leyendas del lugar y descubrió que había existido en Feiran una comunidad monástica superior, a veces liderada por obispos, a la cual Santa Catarina y otros monasterios eran subordinados. Él constató también que los santuarios de Santa Catarina y Musa no habían tenido gran importancia los primeros siglos de la era cristiana y que la supremacía del primero sólo había comenzado a establecerse en el siglo XVII, cuando las otras comunidades cayeron en las manos de invasores y salteadores. Estudiando las tradiciones árabes, Robinson descubrió también que los nombres bíblicos «Sinaí» y «Horeb» eran totalmente desconocidos para los beduinos y que fueron los monjes de Santa Catarina que los aplicaron a ciertas montañas.

¿Entonces Burckhardt estaba correcto? Robinson, según su libro *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai and Arabia Petraea*, no concordó con la ruta que el suizo había determinado como aquella usada por los israelitas para alcanzar Serbal y por eso se abstuvo de avalar la nueva teoría. Sin embargo, dejó claro que tenía dudas acerca del monte Musa e indicó una montaña próxima como la mejor elección.

La posibilidad de que la antigua tradición identificando el monte Musa como el Sinaí de la Biblia podía estar errada, fue encarada como un desafío por el grande egiptólogo y fundador de la arqueología científica, Karl Richard Lepsius. Él atravesó el golfo de Suez en barco y fue hasta El-Tor («el toro»), puerto donde los peregrinos

cristianos que se dirigían a Musa y Santa Catarina solían desembarcar, ya mucho antes de que los musulmanes transformaran la ciudad en un importante punto de parada y centro de purificación en la ruta entre Egipto y Meca. Cerca de él se eleva el majestuoso monte Umm Shumar, que Lepsius clasificó como un posible «candidato» al Sinaí, junto con el Musa y el Serbal. Sin embargo, después de extensas investigaciones y muchas andanzas por la región, él descartó esa posibilidad y se concentró en los dos últimos.

Sus descubrimientos fueron publicados en *Discoveries in Egypt, Ethiopia and the Peninsula of Sinai* 1842-1845 y en *Letters from Egypt, Ethiopia and Sinai*, este último incluyendo el texto completo (en traducción del alemán) de sus informes al rey de la Prusia, que patrocinaba sus expediciones. Este Lepsius dio voz a sus dudas sobre el monte Musa: «El aislamiento del distrito, su distancia de las rutas frecuentadas y su posición en aquella cadena de montañas tan alta…» lo harían adecuado sólo para eremitas y, por el mismo motivo, poco apropiado para reunir una gran cantidad de personas. Lepsius estaba seguro de que los centenares de miles de israelitas del éxodo no podrían haber subsistido en la región montañosa en torno a lo Musa durante el periodo de casi un año en que permanecieron en la península.

Las tradiciones de los monjes comenzaban a partir del siglo VI y, por lo tanto, no podían servir de guía para el investigador.

El monte Sinaí, enfatizó Lepsius, tenía que quedar en una llanura desértica, pues en las Escrituras él era llamado de monte Horeb, el monte de la Sequedad. Musa quedaba entre otras montañas y el área no era desértica. La llanura costera delante del monte Serbal se ajustaba mejor a esos parámetros. Era lo suficientemente grande para acomodar a las multitudes de israelitas que asistieron a la Teofanía y el wadi Feiran adyacente era el único en la región que podría haberlas sostenido, y a su ganado, durante un año. Además de eso, solamente la posesión sobre ese valle «único y fértil» podría justificar el ataque amalecita (según la Biblia, en Refidim, un desfiladero cerca del monte Sinaí). En la región en torno al Musa no existía un área fértil, digna de ser blanco de disputa. Moisés llegó al Sinaí por primera vez cuando buscaba pasto para el rebaño del suegro, algo que podría encontrar en Feiran, pero jamás en el desolado Musa.

Pero, si el monte Musa no era el Sinaí de la Biblia, ¿qué decir del monte Serbal? Además de su localización «correcta» en wadi Feiran, Lepsius encontró algunas evidencias concretas.

Describiendo el Serbal en términos entusiastas, él relató haber encontrado en su tope «una profunda depresión, en torno a la cual los cinco picos de la montaña se juntan en un medio círculo y forman una imponente corona». En medio de la depresión él descubrió las ruinas de un antiguo convento. En su opinión, fue en ese lugar que la «Gloria de Dios» había descendido delante de los ojos de los israelitas,

que asistieron reunidos en la llanura a oeste de la montaña. En cuanto al fallo que Robinson había encontrado en la ruta del éxodo determinada por Burckhardt, y que no encajaría con el monte Serbal, Lepsius tenía una teoría que podría representar la solución del problema.

Cuando las conclusiones del respetado arqueólogo fueron publicadas, sacudieron las tradiciones establecidas, pues él enfáticamente negaba que el monte Musa era el Sinaí, optando para eso por el Serbal, y objetaba la ruta del éxodo, antes aceptada como plenamente establecida.

El acalorado debate que siguió a la publicación de sus libros duró casi un cuarto de siglo y generó largas explicaciones de otros investigadores, como Charles Foster (*The Historical Geography of Arabia: Israel in the Wilderness*) y William H.

Bartlett (*Forty Days in the Desert on the Track of the Israelites*), que añadieron nuevas sugerencias, afirmaciones y dudas. En 1868, el gobierno británico se unió al Fondo de Explotación de la Palestina en el envío de una gran expedición a la península sinaítica, cuya misión era hacer un extenso trabajo geodésico y de mapeamiento, y establecer de un golpe toda la ruta del éxodo y la localización exacta del monte Sinaí de la Biblia. El grupo era liderado por los capitanes Charles W. Wilson y Henry Spencer Palmer, de los *Royal Engineers*, e incluía al profesor Edward Henry Palmer, famoso especialista en asuntos árabes y orientales. El informe oficial de la expedición (*Ordnance Survey of the Peninsula of Sinai*) fue ampliado por los dos Palmer en obras separadas.

Los otros investigadores que habían escrito sobre la región habían visitado el Sinaí en la primavera y pasado poco tiempo allá. La expedición Wilson-Palmer partió de Suez el 11 de noviembre de 1868 y retornó el 24 de abril de 1869, permaneciendo, por lo tanto, en la península desde el comienzo del invierno hasta la primavera siguiente. Por eso, uno de sus primeros descubrimientos fue que hacía mucho frío en el sur montañoso durante el invierno y allá nevaba mucho, haciendo casi imposible el pasaje por el área. Los picos más altos, como el Musa y Santa Catarina, permanecían cubiertos de nieve por varios meses. Los israelitas, que nunca habían visto nieve en Egipto, supuestamente habían pasado un año en esa región. Sin embargo, en la Biblia no existe ninguna mención a la nieve o aún a clima frío.

Mientras el libro del capitán Palmer (*Sinai: Ancient History from the Monuments*) ofrece datos sobre los indicios arqueológicos e históricos descubiertos por la expedición —poblados antiguos, presencia egipcia, inscripciones en el primer alfabeto conocido—, el del profesor Edward Palmer (*The Desert of the Exodus*) presenta las conclusiones de la expedición sobre la ruta de los israelitas y el monte Sinaí de la Biblia.

A pesar de que las dudas se mantuvieron, el grupo vetó el Serbal y escogió el Musa como el Sinaí de la Biblia. Sin embargo, como delante del Musa no existía un

valle donde los israelitas pudieran haber acampado, y asistido a la Teofanía, el profesor Palmer presentó una solución: el monte Sinaí de la Biblia no era el pico sur del macizo (el Djebel Musa), sino el pico norte, el Ras-Sufsafeh, que da hacia «la espaciosa llanura de Er-Rahah, donde nada más y nada menos que 2 millones de israelitas podrían acampar». Y concluyó: «A pesar de las antiguas tradiciones, nos sentimos obligados a rechazar el Djebel Musa como la montaña donde fueron entregues las Tablas de la Ley».

Las teorías del profesor Palmer inmediatamente fueron criticadas, apoyadas o modificadas por otros eruditos; poco tiempo después una variedad de picos y rutas fue presentada al público como siendo la citada en la Biblia.

¿Pero el único lugar de la península a ser investigado sería realmente el sur? En abril de 1860, el *Journal of Sacred Literature* publicó una sugerencia revolucionaria: la montaña sagrada no quedaba en el sur de la península; ella debería ser buscada en la meseta céntrico. El articulista anónimo destacaba que el nombre de esa meseta —Badiyeth el-Tih— era muy significativo, pues quería decir «el desierto de la caminata» y, según los beduinos locales, era por allá que los hijos de Israel habían vagado. El artículo también sugería que un correcto pico del El-Tih era el monte Sinaí bíblico.

En 1873, un geógrafo y lingüista llamado Charles T. Beke, que ya había explorado y mapeado el nacimiento del Nilo, partió en busca del «verdadero monte Sinaí». Después de varias investigaciones, Beke determinó que el monte Musa no tenía ese nombre a causa de Moisés, sino en homenaje a un monje del siglo IV, famoso por su piedad y milagros, y que sólo había pasado a ser considerado la montaña de Dios alrededor del año 550. Él también destacó que Flavio Josefo, el judío que registró la historia de su pueblo para los romanos después de la caída de Jerusalén en el año 70, describió el monte Sinaí como siendo el más alto de la península, lo que dejaba fuera al Musa y al Serbal.

Beke también interrogó: ¿Cómo los israelitas podrían haber descendido al sur de la península sin que fueran impedidos por las guarniciones egipcias que patrullaban las áreas de minería? Esa pregunta se quedó sin respuesta y se sumó a muchas otras objeciones que jamás fueron contestadas.

A pesar de sus estudios, Charles Beke nunca será recordado como el hombre que descubrió el verdadero Sinaí, pues él terminó concluyendo que la montaña sagrada era un volcán que quedaba en algún lugar a suroeste del mar Muerto, como está en su libro *Discoveries of Sinai in Arabia and Midian.* Sin embargo, él levantó muchas dudas que abrieron camino para un nuevo modo de pensar sobre la localización del monte y la ruta del éxodo.

La búsqueda del monte Sinaí en la región meridional de la península estaba conectada a la noción de una «travesía por el sur» o una «ruta sur» del éxodo. Ella

afirmaba que los hijos de Israel habían atravesado el mar Rojo en lo alto del golfo de Suez y enseguida, encontrándose en la franja litoral al oeste de la península, habían descendido hacia el sur y, a una cierta altura, penetrado en el interior, haciendo tal vez el camino seguido por Burckhardt.

La travesía en el sur era una tradición antigua y muy enraizada, bastante plausible y respaldada por varias leyendas. Según fuentes griegas, Alexander, el Grande, intentó imitar a los israelitas atravesando el mar Rojo en lo alto del golfo de Suez.

Otro emperador que pretendió realizar el mismo hecho fue Napoleón, en 1799. Sus ingenieros descubrieron que en el lugar donde el golfo forma una como «lengua» que avanza tierra adentro, cerca de la ciudad de Suez, existe un espinazo de montaña sumergido, con cerca de 180 metros de anchura, que atraviesa el golfo de costa la costa. Nativos osados siempre usaron ese pasaje en la marea baja, caminando con el agua a la altura de los hombros. Además de eso, cuando sopla un viento del este muy fuerte, esa parte del lecho del mar se queda casi toda expuesta.

Los ingenieros de Napoleón calcularon el lugar y la hora exactos para que su emperador imitara a los hijos de Israel, pero un cambio inesperado en la dirección del viento causó un súbito avance de la marea, que cubrió el banco rocoso con más de 2 metros de agua en pocos minutos. El gran Napoleón escapó por poco.

Esas experiencias, aunque fracasadas, convencieron a los estudiosos del siglo XIX de que la travesía se hubo dado en lo alto del golfo de Suez, pues el viento realmente podía crear un pasaje angosto y su cambio brusco hacía que las aguas vuelvan rápidamente, pudiendo ahogar a todo un ejército. Además de eso, en el margen opuesto del golfo, ya en la península, había un monte, el Djebel Mur («la montaña amarga») y cerca de él un lugar llamado Bin Mur («el pozo amargo»), que se ajustaban a la bíblica Mará, el lugar de las aguas amargas, que los israelitas encontraron inmediatamente después de la travesía. Un poco más al sur quedaba el oasis de Ayun Musa —«la fuente de Moisés». ¿No sería ésa la etapa siguiente del éxodo, Elim, recordada en la Biblia por sus bellas fuentes y numerosas palmeras? La travesía en lo alto del golfo de Suez, por lo tanto, se ajustaba bien a la teoría de que de allí los israelitas habían tomado una ruta para el sur, no importando cuál fuera el camino tomado posteriormente para alcanzar el interior de la península.

La travesía hacia el sur también concordaba con los estudios más recientes sobre Egipto Antiguo y la servidumbre de los israelitas.

El corazón histórico de Egipto era el centro Heliópolis-Menfis, siempre partiendo de la hipótesis de que los hijos de Israel habían trabajado como esclavos en la reconstrucción de las pirámides de Gizeh. De esa región salía una ruta natural para el este, que llevaba el viajante casi directamente para el alto del golfo de Suez.

Sin embargo, cuando los descubrimientos arqueológicos comenzaron a llenar las lagunas históricas y a suministrar una cronología adecuada, quedó establecido que las

grandes pirámides habían sido construidas cerca de quince siglos antes del éxodo, o sea, más de mil años antes incluso de que los hebreos llegasen a Egipto. Los israelitas, concluyeron entonces los estudiosos, debían haber trabajado en la construcción de la nueva capital que Ramsés II había mandado erigir alrededor de 1260 a. C. llamada Tânis, y que quedaba a nordeste del delta del Nilo. El lugar habitado por los israelitas —la Tierra de Gessem, de la Biblia—, consecuentemente, tendría que quedar mucho más a nordeste de lo que antes se imaginaba.

La construcción del canal de Suez (1859-1869), que fue acompañada de una enorme acumulación de datos topográficos, geológicos, climáticos y otros, confirmó la existencia de una hendidura geológica que en eras primitivas unía el mar Mediterráneo con el mar Rojo a través de un canal natural. Por varios motivos esa hendidura se fue encogiendo a lo largo de los milenios, resultando en una sucesión de lagunas pantanosas, como los lagos Menzaleh, Ballah y Timsah, y dos lagos unidos más, el Grande Amargo y el Pequeño Amargo, conocidos por el nombre genérico de lagos Amargos. Todos ellos debían ser muy antiguos en la época en que el alto del golfo de Suez también se extendía más para el interior del continente.

Estudios arqueológicos que completaron los datos de ingeniería establecieron que en la Antigüedad había dos «canales» en la región, uno que conectaba el centro más populoso de Egipto con el Mediterráneo y otro que hacía la misma conexión con el Golfo de Suez. Acompañando los lechos naturales de los Wadis o afluentes secos del Nilo, ellos transportaban agua dulce para la irrigación y consumo, y eran navegables. Los descubrimientos confirmaron también que en tiempos antiguos existía una barrera casi continua de agua que funcionaba como la frontera al este de Egipto con la península del Sinaí.

En 1867, los ingenieros del canal de Suez elaboraron un diagrama (Fig. 115) mostrando una sección transversal de la región entre el Mediterráneo y el golfo, mostrando las cuatro ocurrencias de terreno elevado sumergido que en la Antigüedad (como hasta en los tiempos de hoy) servían de pasajes naturales, verdaderos portales, para entrar y salir de Egipto venciendo la barrera acuosa (Fig. 116).

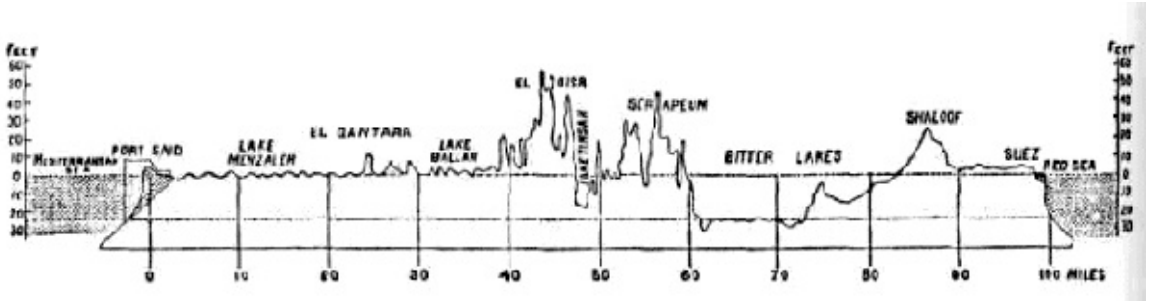


Fig. 115

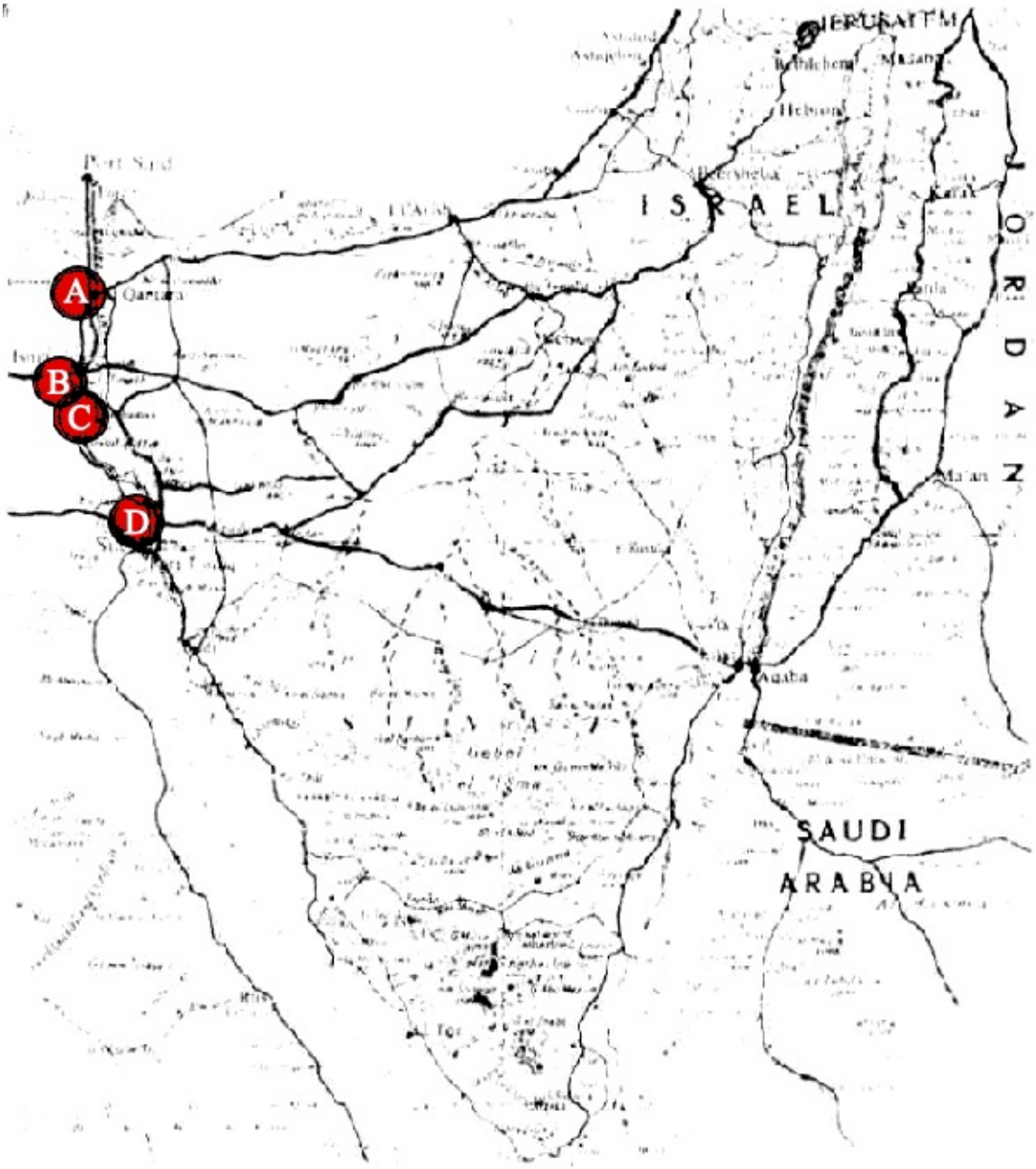


Fig. 116

(A) Entre las lagunas pantanosas de Mezaleh y lago Ballah; la ciudad moderna que queda en ese local de travesía es El-Qantara («El vano»).
(B) Entre el lago Ballah y el lago Timsah; la ciudad en el lugar es Ismaília.
(C) Entre el lago Timsah y el Gran Lago Sufro —la elevación conocida en la era greco-romana como Serapeu.
(D) Entre el Gran Lago Amargo y el alto del golfo de Suez, donde existe un verdadero «puente terrestre», conocido como el Shalouf.

Por medio de esos pasajes, varias rutas conectaban a Egipto con Asia por la península del Sinaí. Se debe tener en mente que la travesía del mar Rojo (mar/lago de Juncos) no fue un evento premeditado; ella sólo aconteció después de que el faraón cambió de idea sobre dejar partir a los israelitas. Fue entonces que el Señor les

ordenó volver del margen del desierto, que ya habían alcanzado, y «acampar junto al mar». Por lo tanto, originalmente, ellos salieron de Egipto por uno de los pasajes naturales. ¿Pero cual de ellos?

De Lesseps, el principal constructor del canal de Suez, era de la opinión de que ellos habían usado el portal «C», al sur del lago Timsah. Otros, como Olivier Ritter (*Histoire de L'Isthme de Suez*), concluyeron, con base en los mismos datos de ingeniería, que fue por el portal «D». En 1874, el egiptólogo Heinrich Karl Brugsch, hablando en el *Congreso Internacional de Orientalistas*, identificó los marcos conectados a la esclavitud israelita y el éxodo, en el área al noroeste de Egipto; por lo tanto, el pasaje más lógica sería «A».

La idea de la travesía por el norte ya tenía casi un siglo de edad cuando Brugsch lanzó su teoría, pues fue presentada en el *Hamelneld's Biblical Geography* en 1796, y por varios otros investigadores. Sin embargo, Brugsch, como hasta sus adversarios reconocieron, presentó su idea con «real brillantez y una impresionante cantidad de indicios comprobatorios extraídos de los monumentos egipcios». Su trabajo fue publicado bajo el título: *L'Exode et les Monuments Egyptiens*.

En 1883, Edouard H. Naville (*The Store City of Pithom and the Route of the Exodus*) identificó Pitom, la ciudad del trabajo esclavo de los israelitas, como un lugar al oeste del lago Timsah.

Ésas y otras identificaciones e indicios presentados por otros eruditos, como Georg Ebers en *Durch Gosen Zum Sinai*, establecieron que el lugar de habitación de los israelitas iba del lago Timsah hacia el oeste y no de allí hacia el norte, como se imaginaba. Gessem no quedaba en el extremo noroeste de Egipto, pero sí en las cercanías de la barrera acuosa.

H. Clay Trumbull (Kadesh-Barna) presentó entonces la identificación que hasta hoy es aceptada para Sucot, el punto de partida del éxodo: se trataba de un local de reunión de caravanas al oeste del lago Timsah y, por lo tanto, el pasaje «B» era el más próximo. Sin embargo, ello no suministraba explicación para el tramo del Libro del Éxodo, 13:17-18, que dice: «Pero, cuando faraón dejó al pueblo partir, Dios no lo hizo ir por el camino del país de los filisteos, a pesar de ser más cercano… Dios, entonces, hizo al pueblo dar vuelta por el camino del desierto del mar de los Juncos [Yam Suff]». Trumbull entonces sugirió que los israelitas, perseguidos por el faraón, descendieron más para el sur y terminaron en el pasaje «D», atravesando las aguas en lo alto del golfo de Suez.

A medida que el siglo XIX se aproximaba de su fin, los eruditos se apresuraban a dar la palabra final sobre el asunto de la ruta del éxodo. Los puntos de vista de los «sulistas» fueron enfáticamente resumidos por Samuel C. Bartlett en *The Veracity of the Hexateuch*: la travesía se había dado en el sur, la ruta fuera para el sur y el monte Sinaí quedaba en el sur de la península (en Ras-Sufsafeh, área del Djebel Musa). Con

igual énfasis, eruditos como Rudolf Kittel (*Geschichte der Hebrãer*), Julius Wellhausen (*Israel und Judah*) y Anton Jerku (*Geschichte des Volkes Israel*) presentaron la teoría de que la travesía se había dado en el norte, lo que significaba un monte Sinaí situado en el norte de la península.

Uno de los argumentos más fuertes de los «nortistas» y que actualmente es aceptado como un hecho por todos los estudiosos, era que Cades-Barnéia, lugar donde los israelitas permanecieron durante la mayor parte de sus cuarenta años en la península, no fue una parada al azar, sino el destino premeditado del éxodo. La Cades-Barnéia de la Biblia fue firmemente identificada como siendo la fértil región de los oasis de Ain-Kadeis («fuente de Cades») y Ain Qudeirat, situada en el noroeste de la península.

Según el Deuteronomio 1:2, Cades-Barnéia quedaba a «once días» del monte SEÑAL Kittel, Jerku y otros autores afirmaron, con base en esa afirmación, que el verdadero monte Sinaí tenía que quedar en esa región.

El último año del siglo XIX, H. Holzinger (*Exodus*) presentó una teoría que quedaba en medio término: la travesía fue en «C» y la ruta siguió hacia el sur. Pero, los israelitas penetraron en el interior de la península mucho antes de alcanzar las áreas de minería egipcia protegidas por guarniciones militares. Entraron en la meseta El-Tih, «el desierto de la caminata», y entonces viraron hacia el norte por la llanura céntrica, yendo hacia un monte Sinaí situado al norte.

Cuando comenzó el siglo XX, la cuestión céntrica de los debates dejó de ser el lugar de la travesía y toda la atención se volvió hacia la pregunta: ¿Cuál de las rutas tradicionales que atraviesan la península, conectando Egipto con Asia, usadas desde tiempos inmemoriales, fue la seguida por los israelitas en su éxodo?

La antigua ruta litoral, llamada por los romanos de Vía Maris —«El Camino del Mar»— comenzaba en El Qantara («A», en el mapa) y, a pesar de atravesar dunas de arena en constante mutación, era bendecida con pozos de agua en todo el trayecto y abundancia de palmeras, que suministraban frutos dulces y nutritivos en la estación adecuada y sombra benevolente el año entero.

La segunda ruta, comenzando en Ismaília («B»), corría casi paralela a la primera, pero a cerca de 30 o 40 kilómetros más para el interior, atravesando colinas ondulantes y una u otra montaña de baja altitud. En ella, los pozos naturales eran raros y el nivel de la sábana freático está muy abajo de la superficie, lo que exige una excavación de varios metros para encontrar agua en un pozo artificial. Aún el viajante moderno, que hace ese camino en automóvil, pues las carreteras de la actualidad siguen las trillas antiguas, inmediatamente se da cuenta de que está atravesando un desierto de verdad.

Desde las épocas más primitivas, el camino del mar era el preferido por los ejércitos que tenían apoyo naval. La ruta interna, más ardua, era escogida por los que

no querían ser vistos por las patrullas litorales en el Mediterráneo.

La travesía de la barrera acuosa al punto «C» podía llevar tanto para esa segunda ruta como hacia las otras dos que, saliendo del pasaje «D», seguían hacia una cadena de montañas en la llanura céntrica de la península. El suelo duro y plan de la región no favorece la aparición de lechos de Wadis profundos y, durante las lluvias de invierno, algunos de esos ríos intermitentes dan la impresión de ser pequeños lagos —¡lagos en pleno desierto! Las aguas inmediatamente escurren, pero alguna cantidad se infiltra por entre la arcilla y la grava, y es en esa área que basta una pequeña excavación para extraer agua del subsuelo.

De esas dos rutas, la más al norte, que salía del pasaje «D», llevaba al viajante para el desfiladero de Giddi, de ahí para el bordillo montañoso de la llanura céntrica y enseguida para Beersheva, Hebrón y Jerusalén. La ruta más al sur, que entra en el desfiladero de Mida, tiene el nombre árabe de Darb El Hajj —«el camino de los peregrinos»— y fue el primer camino seguido por los musulmanes que salían de Egipto en la dirección de La Meca, en Arabia. Comenzando el viaje cerca de la ciudad de Suez, ellos atravesaban una franja de desierto y penetraban en el área montañosa por el desfiladero de Mitla. Atravesaban la llanura céntrica hasta el oasis de Nakhl (Fig. 117), donde encontraban un fuerte para su protección, pozos de agua y mesones. De Nakhl tomaban para el sudeste, alcanzaban la ciudad de Ácaba, en lo alto del Golfo del mismo nombre, de donde descendían la costa de la península Arábiga hasta Meca.

Fig. 117

Entonces, ¿cuál de esas cuatro rutas fue la seguida por los israelitas? Después que Brugsch presentó la teoría de la travesía en el norte, comenzó a hablarse mucho sobre la afirmación bíblica relacionada con el «camino del país de los filisteos», que no fuera tomado por los israelitas «a pesar de ser más cerca». La Biblia explica que esa ruta no fue usada «porque Dios creía que, ante de los combates, el pueblo podría arrepentirse y volver para Egipto». A partir de esas palabras, los eruditos imaginaron que «el camino del país de los filisteos» era la ruta que acompañaba el litoral del

Mediterráneo (comenzando en el pasaje «A»), el camino preferido por los faraones para sus expediciones comerciales y militares, y que, por ese motivo, estaba llena de fuertes y guarniciones egipcias.

En la volcada del siglo, A. Y. Haynes, capitán de los *Royal Engineers*, estudió las antiguas rutas y recursos hídricos de la península sinaítica bajo el patrocinio del Fondo de Explotación de la Palestina. En su informe, publicado bajo el título *The Route of the Exodus*, él reveló una impresionante familiaridad con las escrituras bíblicas y trabajos de otros investigadores, inclusive del reverendo Y. W. Holland, que estuvo cinco veces en la península, y del mayor-general sir C. Warren, un estudioso de los recursos hídricos en el «desierto de la caminata» en la llanura céntrica.

El capitán Haynes meditó sobre el problema del «camino que no fue tomado». Ora, si él no era un medio fácil de alcanzar el destino final de los israelitas, ¿por qué había sido mencionado como siendo una alternativa factible? Haynes también destacó que Cades-Barnéia —a aquella altura ya aceptada como la meta preestablecida del éxodo— quedaba muy próxima de la ruta litoral y, por lo tanto, el monte Sinaí, que, según la Biblia, se situaba en el camino para Cades, también tenía que quedar cerca de ella.

Impedido de usar la ruta litoral, concluyó Haynes, Moisés probablemente pretendió hacer que los israelitas siguieran hacia Cades —cuando pasaron por el monte Sinaí— usando la ruta paralela, más al el interior. Sin embargo, la persecución de los egipcios y la consecuente travesía del mar Rojo al punto «D» pueden haber forzado la elección de las rutas meridionales.

Entonces la llanura céntrica era realmente «el desierto de la caminata» y Nakhl sería una importante estación intermediaria, en cuyas vecindades quedaría el monte Sinaí de la Biblia. El monte en sí debería estar localizado a cerca de 150 kilómetros de Cades-Barnéia, lo que igualaría, en sus cálculos, la distancia bíblica de «once días». Su candidato para ser el Sinaí de la Biblia era el monte Yiallaq, una montaña de calcáreo «de dimensiones impresionantes, pareciendo una enorme percebe» situada en el bordillo norte de la llanura céntrica, «exactamente a medio camino entre Ismaília y Cades». Haynes, escribiendo el nombre de ese monte Yalek, afirmó que él se aproxima bastante del antiguo término Amalek, donde el prefijo Am indica «país de».

Los años que siguieron, la posibilidad de un viaje de los hijos de Israel a través de la llanura céntrica ganó varios defensores.

Algunos, como Raymond Weill, en *Le Séjour des lsraélites au Désert du Sinaï*, aceptaron bien la teoría de «un monte cerca de Cades». Otros, como Hugo Gressmann, en *Mose und seine Zeit*, pensaban que los israelitas, al salir de Nakhl, no habían ido hacia el nordeste, pero sí para el sudeste, tomando el rumbo del golfo de

Ácaba. Otros aún —como Black, Bühl, Cheyne, Dillmann, Gardiner, Grãtz, Guthe, Meyer, Musil, Petrie, Sayce, Stade— concordaban o discordaban total o parcialmente de esas ideas.

Pero, como todos los argumentos bíblicos y geográficos ya estaban agotados, la impresión era de que solamente una prueba de campo podría resolver la cuestión de una vez por todas. Sin embargo, el mayor problema era: ¿Cómo duplicar el éxodo, con el desplazamiento de centenares de miles de personas?

La respuesta vino con La Primera Guerra Mundial (1914-1918), pues la península del Sinaí inmediatamente se transformó en la arena de un importante conflicto entre los ingleses y los turcos, éstos apoyados por sus aliados alemanes, teniendo como objetivo la posesión del canal de Suez.

Los turcos no perdieron tiempo en entrar en la península, y los ingleses recularon rápidamente, abandonando sus principales centros administrativo-militares en El-Arish y Nakhl. Como los turcos no podían avanzar por el «camino del mar» más fácil, debido al mismo y antiguo motivo de que el Mediterráneo estaba siendo controlado por la Marina enemiga, ellos reunieron un rebaño de 20 mil camellos para transportar agua y provisiones, y pusieron sus tropas en marcha para alcanzar el canal por la ruta más adentro, que hubo alcanzado el canal en Ismaília («B»). En sus memorias, el comandante turco Djemal Paxá (*Memories of la Turkish Statesman*, 1913-1919) contó que «el gran problema, del cual dependen todas las difíciles operaciones militares en el desierto del Sinaí, es la cuestión del agua. En cualquier otra estación que no sea la lluviosa sería imposible atravesar esa área desolada con una fuerza expedicionaria de aproximadamente 25 mil hombres». El ataque turco fue repelido por los británicos.

Después del fracaso de los turcos, sus aliados alemanes asumieron la empresa. Ellos prefirieron usar la llanura céntrica para el avance en la dirección del canal debido al suelo duro y pedregoso, mejor para su equipo motorizado. Con el auxilio de ingenieros especializados en recursos hídricos, ellos descubrieron el agua subterránea y cavaron una red de pozos a lo largo de sus líneas de comunicación y avance. Sin embargo, su ataque, hecho en 1916, también fracasó.

Cuando los británicos desencadenaron su ofensiva, lo que aconteció en 1917, ellos avanzaron por la ruta litoral, la más natural, alcanzando la antigua línea de demarcación en Rafah en febrero de 1917 y pocos meses después capturaron Jerusalén.

Las memorias sobre las batallas en la península sinaítica escritas por el general A. P. Wavell (*The Palestine Campaigns*) son de especial interés para quien estudia la región en la Antigüedad porque en ellas él afirma que el Alto Comando británico estimaba que el enemigo no conseguiría encontrar agua en la llanura céntrica para 5 mil hombres y 2500 camellos.

La campaña del Sinaí vista por el lado alemán es contada en Sinaí, de Theodoro Wiegand y F. Kress von Kressenstein, el general comandante de las tropas. En el libro, la descripción de los esfuerzos militares viene acompañada de un minucioso análisis sobre el terreno, clima, historia y fuentes naturales de agua, y muestra la impresionante familiaridad de los autores con todas las investigaciones anteriores realizadas en la región. Sus conclusiones son semejantes a las de los ingleses: columnas en marcha, multitudes de soldados y animales, no podrían jamás haber atravesado el sur de la península sinaítica. Dedicando un capítulo especial a la cuestión del éxodo, Wiegand y Von Kressenstein garantizaron que «la región del Djebel Musa no puede ser considerada como la del monte Sinaí de la Biblia» y afirmaron que él sólo podría ser «el monumental Djebel Yalek» —de esa forma concordando con el capitán Haynes. Otra opción, añadieron los autores, tal vez fuera la sugerida por Guthe y otros estudiosos alemanes, el djebcl Maghara, en el margen norte de la ruta «B».

Un militar británico, C. S. Jarvis, que después del fin de la guerra fue nombrado gobernador del Sinaí, se convirtió tal vez en la mayor autoridad sobre la península, debido a los estudios que hizo durante su larga estadía en la región. Escribiendo en *Yesterday and Today in Sinai*, él también garantizó que de ninguna forma multitudes de israelitas (aunque su número no pasara de 600 mil, como fue sugerido por W. M. F. Petrie) y sus rebaños podrían viajar por la «masa de puro granito» del sur de la península, y mucho menos que permanecieran allá por más de un año.

Jarvis añadió nuevas dudas a las ya existentes. El maná, que serviría de pan para los israelitas, era el depósito resinoso, comestible, en forma de bayas, dejado por pequeños insectos que se alimentan de las datileras. Ora, existen pocas datileras en el sur de la península, pero ellas son abundantes en el norte.

Enseguida viene el caso de las codornices, que fueron la fuente de carne para los israelitas. Esas aves migran de Rusia meridional, Rumanía y Hungría, de donde son nativas, para pasar el invierno en Sudán, de donde vuelven hacia el norte en la primavera. Hasta hoy los beduinos atrapan con facilidad las codornices cansadas cuando ellas descienden en los márgenes del Mediterráneo para reposar después de sus largos vuelos. Las codornices no llegan al sur de la península, y aunque la alcanzaran por casualidad, no serían capaces de volar por encima de los altos picos de la región.

Todo el drama del éxodo, afirmó Jarvis, tuvo como escenario el norte de la península. El «mar de los Juncos» era el pequeño mar Serbônico (Sbkhet El Bardawil, en árabe) y después de atravesarlo los israelitas habían tomado rumbo sudeste. El monte Sinaí era el Djebel Hallal, «un macizo de calcáreo de muy imponente, con más de 600 metros de altura, que se eleva sólo en una gran llanura aluvial». El nombre árabe del monte significa «lo que está de acuerdo con las leyes»,

bien adecuado al lugar donde habrían sido entregues las Tablas de la Ley.

Los años que se siguieron, la investigación más amplia sobre el tema fue la realizada por la Universidad Hebraica de Jerusalén y otras instituciones de estudios superiores de la entonces Palestina. Combinando su conocimiento profundo de la Biblia y otras escrituras con extensas investigaciones en la región, los investigadores no encontraron base firme para la tradición que localizaba el monte Sinaí al sur de la península.

Haim Bar-Deroma (*Hana gev y Vze Gvul Ha'aretz*) aceptó una travesía en el norte de Egipto, pero creía que los israelitas habían descendido para el sur, atravesando la llanura céntrica hasta llegar a un «monte Sinaí» volcánico, situado en la Transjordania.

Otros tres eruditos, F. A. Theithaber, J. Szapiro y Benjamim Maisler (*The Graphic Historical Atlas of Palestine: Israel in Biblical Equipos*), defendieron la travesía en el norte, en los bajíos del mar Serbônico, y afirmaron que El Arish era el verdeante oasis de Elim y el monte Hallal. Zev Vilnay, un estudioso de la Biblia que recorrió la Palestina y la península de norte a sur viajando a pie, optó por la misma ruta en su libro *Ha'aretz Bamikra*. Ya Yohanan Aharoni, en *The Land of Israel in Biblical Equipos*, aunque aceptando una travesía en el norte, cree que los israelitas vinieron hasta Nakhl, en la llanura céntrica, continuando después hasta un monte Sinaí al sur.

Mientras los círculos bíblicos y académicos continuaban envueltos en grandes debates, se hizo evidente que la cuestión básica no resuelta era la siguiente: a pesar de que una travesía en el norte de Egipto fuera lógica, el peso de las evidencias negaba la existencia de una extensión de agua como la citada en el Éxodo en la región norte; sin embargo, esas mismas evidencias iban contra la localización del monte Sinaí en el sur de la península. Incapaces de resolver la dificultad, los estudiosos volvieron su atención para el punto en que todos concordaban: el viaje por la llanura céntrica.

En la década de 40, M. D. Cassuto (*Commentary on the Book of Exodus* y otras obras) facilitó la aceptación de la idea de una ruta céntrica al demostrar que «el camino no tomado» (el del país de los Filisteos) no era la ruta litoral, como antes se afirmaba, sino la ruta saliendo de «B», más al interior. Así; una travesía al punto «C» y enseguida el descenso en la dirección sudeste hasta la llanura céntrica estaba en total acuerdo con la narrativa bíblica, sin exigir la continuación del viaje hasta el sur de la península.

La larga ocupación de la península del Sinaí por Israel, después de la guerra con Egipto en 1967, abrió la región para estudios e investigaciones en una escala sin precedentes. Arqueólogos, historiadores, geógrafos, topógrafos, geólogos e ingenieros la examinaron minuciosamente de arriba a abajo. De particular interés fueron las exploraciones lideradas por Beno Rothenberg (*Sinai Explorations*, 1967-

1972 y otros informes) y patrocinadas por la Universidad de Tel Aviv demostrando que en el área litoral al norte la existencia de muchas excavaciones de campo arqueológicas comprobaron el uso de aquella ruta como si fuera un puente terrestre entre Egipto y Asia. En la llanura céntrica, sin embargo, no fueron encontrados indicios de residencia permanente, sólo evidencias de campamentos, mostrando que aquélla fue siempre una área de simple tráfico. Cuando esos locales de campamento fueron mapeados, ellos formaron «una línea bien nítida yendo del Neguev hacia Egipto y por lo tanto esa debe ser considerada la dirección normal de los movimientos prehistóricos en el "desierto de la caminata" (el El-Tih)».

Fue con base en esa nueva comprensión de la península sinaítica en la Antigüedad, que un geógrafo bíblico de la Universidad Hebraica, Menashe Har-El, presentó una nueva teoría (*Masa'ei Sinai*). Repasando todos los argumentos anteriores, él destacó que el espinazo sumergido que se eleva entre los dos lagos Amargos, el Grande y el Pequeño, está bastante próximo a la superficie del agua para permitir que ellos sean atravesados a pie cuando sopla un viento fuerte. Por lo tanto, fue allá que se había dado la travesía de los israelitas para la península. Después ellos habían seguido la ruta tradicional para el sur, pasando por Bir Murrah (Mara) y Ayun Mussa (Elim), y de ahí alcanzando el margen del mar Rojo, donde acamparon.

Es en este punto que Har-El nos ofrece su gran novedad: a pesar de que viajaron a lo largo del litoral del golfo de Suez, los israelitas no continuaron hasta el sur. Después de que avanzaron unos 30 kilómetros, ellos llegaron a la boca del Wadi Sudr y usaron el valle de ese río para penetrar en la llanura céntrica y fueron hasta Cades-Barnéia. El monte Sinaí sería el monte Sinn-Bishr, que se eleva cerca de 600 metros inmediatamente en la entrada del wadi. Har-El sugirió que la batalla con los amalecitas tuvo lugar en el litoral del golfo de Suez, pero esa idea fue rechazada por los especialistas militares israelíes, familiarizados con el terreno e historia de los combates en la península. Bien, después de todo eso, aún estamos en duda.

Finalmente, ¿dónde quedaba el verdadero monte Sinaí? Una vez más tenemos que recurrir a las evidencias de la Antigüedad. El faraón, en su viaje para la Otra Vida, se dirigía para el este.

Después de atravesar la barrera acuosa, viraba hacia un desfiladero, alcanzando entonces el Duat, un valle de forma oval, cercado de montañas. La «Montaña de la Luz» quedaba en un lugar donde el río de Osiris se dividía en afluentes.

Las descripciones pictóricas mostraban el río de Osiris corriendo en meandros por un área cultivada, pues se ven los hombres arando la tierra.

Encontramos dibujos similares en la Asiria. Los reyes asirios, debe ser recordado, llegaban a la península venidos de la dirección opuesta, entrando por el nordeste, vía Canaán. Uno de ellos, Esarhadón, grabó en una estela lo que sirve como un mapa para su propia búsqueda por la «Vida» (Fig. 118).

Fig. 118

El dibujo muestra la palmera —el emblema-código para la península del Sinaí—, un área de cultivo, simbolizada por el arado, y un «monte sagrado». En la parte superior de la estela vemos a Esarhadón en el santuario de la suprema divinidad, cerca del Árbol de la Vida. A su lado está la figura de un toro, la misma imagen (el «ternero de oro») que los israelitas esculpieron cuando estaban a los pies del monte Sinaí.

Esas descripciones no nos transmiten la idea de los estériles picos de granito en el sur de la península. En realidad, ellas nos traen a la mente el norte fértil y el grande wadi que domina el área, el El-Arish, cuyo nombre significa «el río del agricultor». Y era en un valle así, formado por un río y sus afluentes, cercado de montañas, que quedaba el Duat.

Sólo existe un único lugar que reúne esas condiciones en toda la península. La geografía, topografía, textos históricos, descripciones pictográficas, todo apunta hacia la llanura céntrica que queda en la región norte.

Aún Y. H. Palmer, que llegó al punto de inventar el desvío Ras-Sufsafeh para fortalecer la idea de la localización de un monte Sinaí al sur, sabía en el fondo del corazón que el lugar de la Teofanía y andanzas de los israelitas no podía ser un verdadero mar de montañas de granito, sino tenía que quedar en una área más plana, capaz de recibir y sostener miles de personas y animales.

«El concepto popular del monte Sinaí», él escribió en *The Desert of the Exodus*, «aún modernamente, parece ser el de una única montaña aislada, capaz de ser alcanzada de cualquier lado, elevándose en una ilimitada extensión de arena. La propia Biblia, cuando la leemos sin usar las luces de los descubrimientos

contemporáneos, favorece esa idea… El monte Sinaí es siempre mencionado en ella como elevándose sólo e inconfundible en una llanura desértica bien nivelada».

De hecho, existe una «llanura desértica nivelada» en la península del Sinaí, admitió Palmer, pero ella no está cubierta de arena.

«Aún en las áreas de la península que más se aproximan a nuestra concepción de lo que debe ser un desierto —un océano sólido, limitado sólo por el horizonte o una barrera de montañas distantes—, la arena es una excepción y el suelo más parece una penosa carretera cubierta de grava que una playa atractiva». Palmer describía la llanura céntrica. Para él, la ausencia de arena perjudicaba la idea de «desierto» transmitida por la Biblia. Para nosotros, el suelo duro y pedregoso significa que el área era extremadamente adecuada para el espacio-puerto de los Nefilim.

Y, si el monte Mashu marcaba la entrada para el espacio-puerto, sólo podía estar en los alrededores de la instalación.

¿Quiere decir entonces que generaciones de peregrinos viajaron hacia el sur de la península vanamente? ¿La veneración de los picos en el macizo de granito sólo comenzó con el cristianismo?

No es lo que atestiguan los descubrimientos hechos por arqueólogos en esos montes llenos de santuarios, altares y otras señales de antigua adoración en la Antigüedad. Las inscripciones y grabados en las rocas (inclusive el candelabro judío), hechas a lo largo de milenios por peregrinos de muchas creencias, hablan de una adoración que viene desde que la Humanidad tomó conocimiento de la existencia de la península.

A esa altura, cuando estamos casi deseando que haya dos «monte Sinaí», de modo de que sean satisfechas tanto las tradiciones como los hechos, es bueno saber que esa idea no es nueva. Aún antes de esos dos siglos de esfuerzos concentrados para identificar cual sería el verdadero monte Sinaí, ya se sospechaba si los varios nombres de la Biblia para la montaña sagrada no eran un indicio de que existía no sólo una, sino dos de ellas.

Las narrativas hablan de: «monte Sinaí» (la montaña del Sinaí o en el Sinaí), donde fueron entregadas las Tablas de la Ley; el «monte Horeb», la montaña de la sequedad o en la sequedad; el «monte Paran» que el Deuteronomio menciona como siendo el lugar donde Yahveh se apareció a los israelitas; y la «montaña de Dios», donde por primera vez el Señor se reveló a Moisés.

La localización geográfica de dos de esos montes es descifrable.

Paran era el desierto cerca de Cades-Barnéia, posiblemente el nombre bíblico para la llanura céntrica. Así, el «monte Paran» sólo podía quedarse situado en esa región. Ya el monte donde Moisés tuvo su primer encuentro con El Señor, «la montaña de Dios» o «de los dioses», no podía quedarse muy lejos del País de Madián, pues «pastoreaba Moisés el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián.

Él condujo las ovejas más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, la Horeb». Los madianitas habitaban el sur de la península sinaítica, comprendiendo el golfo de Ácaba y cercanías de las áreas de minería de cobre. Así, la «montaña de Dios» sólo podía quedar en algún lugar del desierto adyacente —por lo tanto, en el sur.

Fueron encontrados sellos cilíndricos describiendo pictográficamente la aparición de una deidad a un pastor. Uno de ellos muestra al dios surgiendo entre dos montañas (Fig. 119), con un árbol en forma de cohete atrás de él —tal vez el Sneh, la «zarza ardiente» de la narrativa bíblica. La introducción de la figura de dos picos en la ilustración está muy acorde con la frecuente referencia al señor como El-Shaddai, el Dios de los Dos Picos.

Fig. 119

Eso nos trae otra distinción entre el monte donde fueron entregues las Tablas de la Ley y la montaña de Dios. El primero era una elevación solitaria, en una llanura desértica, y el segundo debía ser una combinación de dos montes o una montaña con dos picos.

Los textos ugaríticos hablan también de una «montaña de los jóvenes dioses» en las cercanías de Cades y dos picos, uno perteneciente a EL y el otro a Asherah —el Shad Elim y el Shad Asherath u Rahim ambos situados en el sur de la península. Fue para esa área, en la región mebokh naharam («donde comienzan las dos extensiones de agua»), kerev apheq tehomtam («cerca de la apertura de los dos mares») que EL se retiró en su vejez.

Los textos, creo, describen la punta sur de la península del Sinaí.

A partir de todo eso, concluyo que existía un monte que marcaba la entrada del espacio-puerto situado en la llanura céntrica y que había dos picos en la punta sur de la península que desempeñaban un papel importante en las idas y venidas de los Nefilim. Eran dos picos que señalaban, o «medían», la subida para el norte.

12

LAS PIRÁMIDES DE DIOSES Y REYES

En algún lugar en los depósitos del Museo Británico está guardada una tabla de arcilla encontrada en Sippar, el «centro de culto» de Shamash en la Mesopotamia. El dibujo muestra a Shamash sentado en un trono, bajo un dosel cuyo pilar tiene la forma de una palmera (Fig. 120).

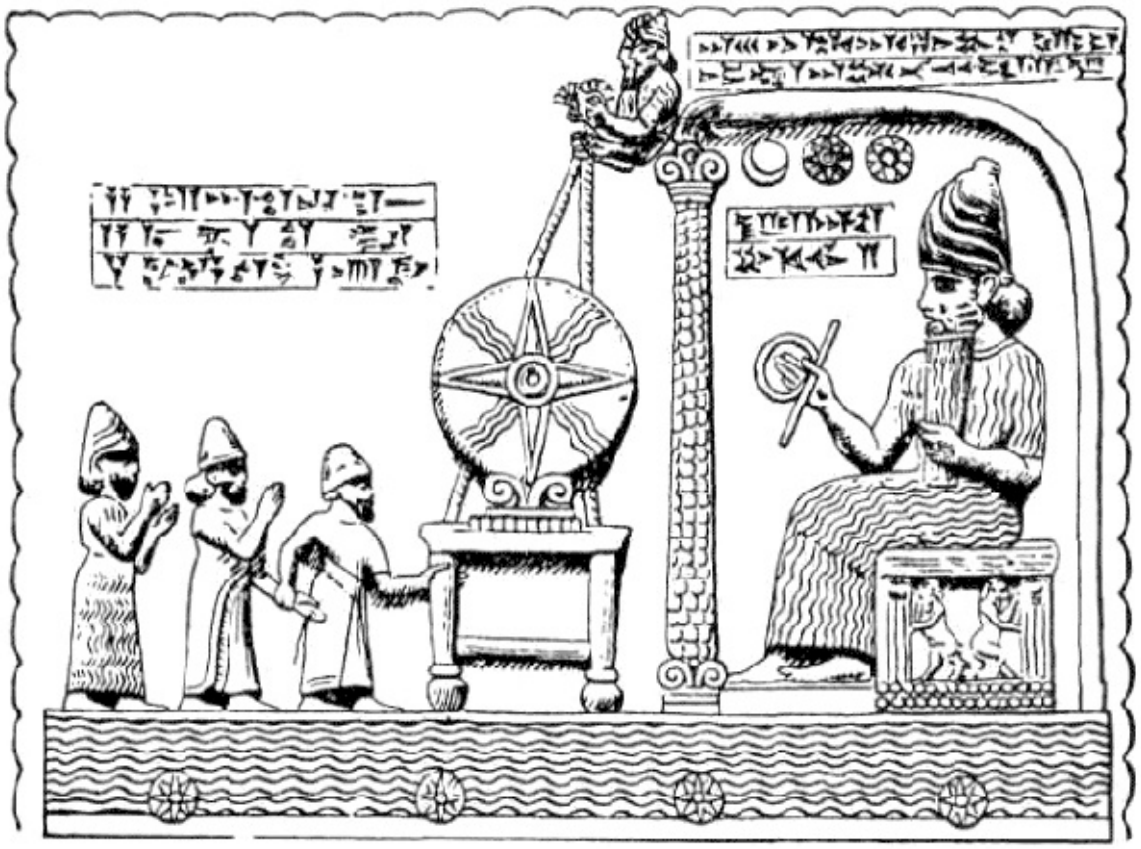


Fig. 120

Un rey y su hijo están siendo presentados a él por alguna otra deidad. Delante de Shamash hay un pedestal encimado por un gran emblema de un planeta que emite rayos. Las inscripciones invocan al dios Sin (padre de Shamash), al propio Shamash y a Ishtar, su hermana.

El tema mostrado —la presentación de reyes y sacerdotes a una deidad importante— es bastante común y no requiere grandes interpretaciones. Lo singular e intrigante en esa escena son los dos dioses casi sobrepuestos que, en algún lugar alejado del lugar donde está aconteciendo la presentación, sostienen dos cordones que llevan el emblema celestial.

¿Quién son los divinos portadores de los cordones? ¿Cuál sería su función?

¿Ambos están en un mismo lugar? ¿Si están, por qué cogen o estiran dos cordones y no sólo uno? ¿Cuál es la conexión de ellos con Shamash?

Sippar, como los estudiosos bien saben, era la sede del Supremo Tribunal de la Sumeria. Por consecuencia, Shamash era el supremo legislador. Hammurabi, el rey babilonio famoso por su código, se hizo retratar recibiendo las leyes de Shamash entronizado. La escena donde aparecen los Divinos Portadores ¿también estaría conectada a una entrega de legislación? A pesar de muchas especulaciones, hasta hoy nadie consiguió dar una explicación completa para esa tabla (Fig. 121).

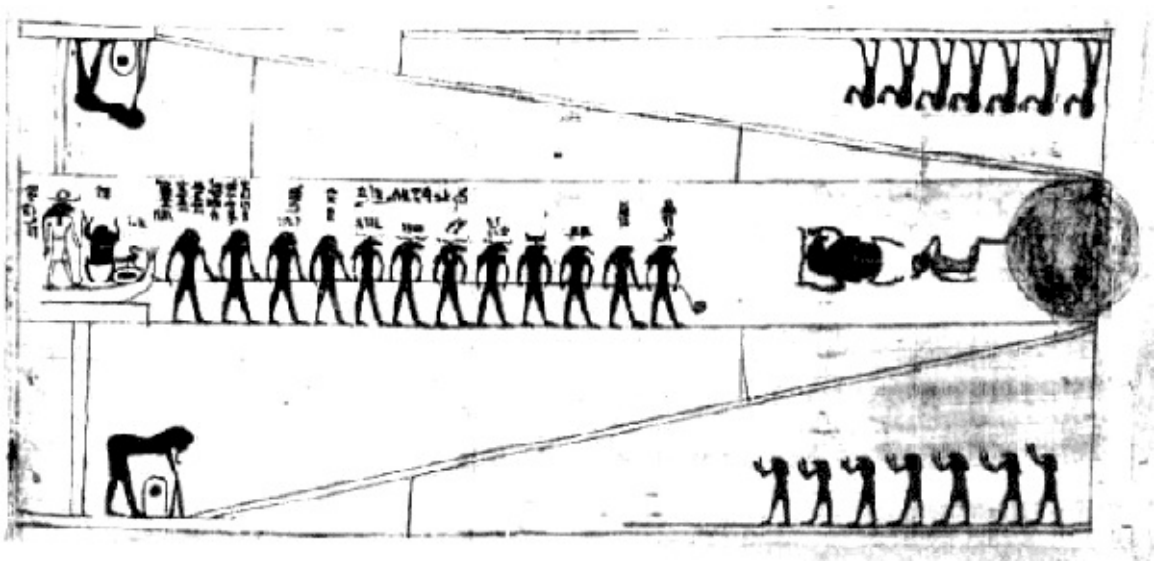


Fig. 121

La solución, creo, está disponible desde hace mucho tiempo en el propio Museo Británico, ella no se encuentra entre las piezas «asirias», pero sí en el departamento egipcio. En un salón especial se encuentra una colección de papiros con inscripciones del Libro de los Muertos. Y es allá que está, para que todos la vean, la respuesta que buscamos.

Se trata de una página de los «Papiros de la Reina Nejmet» y el dibujo ilustra la etapa final del viaje del faraón para el Duat. Los doce dioses que estiran su barco por los túneles subterráneos lo transportan hasta el último pasillo, el Lugar del Ascenso, donde el «Ojo Rojo de Horus» lo aguarda. Allí, después de desnudar sus ropas terrenales, el faraón subirá a los cielos. Esa translación está expresada por el jeroglífico del escarabajo («renacimiento»).

Varios dioses, en pie, divididos en dos grupos, rezan por la llegada exitosa del faraón a la Estrella Inmortal.

Y en ese dibujo egipcio, inconfundibles, ¡están dos Divinos Portadores del Cordón!

Sin el exceso de figuras de la descripción encontrada en Sippar, la del Libro de los Muertos muestra a las deidades que sostienen el cordón colocadas en extremidades opuestas. Ellos están fuera del pasillo subterráneo y en los lugares

donde se encuentran existen omphalos sobre una plataforma. Y, como nos transmite la acción del cuadro, los dos ayudantes divinos no sólo sostienen los cordones sino están dedicados a medir.

Ese descubrimiento no debe ser sorpresa para nosotros.

Finalmente los versos del Libro de los Muertos describen claramente como el faraón encuentra a los dioses que sostienen la cuerda en el Duat y los que «sostienen el cordón de medir».

Recordemos ahora un pasaje del libro de Enoc, donde se cuenta que, cuando él estaba siendo llevado por un ángel para visitar el paraíso terrestre en el este, «vio aquellos días dos largos cordones que eran entregados a ángeles que tomaron alas y partieron para el norte». Respondiendo a las preguntas del patriarca, el ángel-guía explicó: «Ellos partieron para medir… traerán las medidas de los justos para los justos… todas esas medidas revelarán los secretos de la tierra».

Seres alados yendo hacia el norte con la intención de medir… Medidas que revelarán los secretos de la Tierra… Súbitamente, las palabras del profeta Habacuc resuenan en nuestros oídos —palabras que describen la aparición del Señor que, venido del sur, se dirige hacia el norte:

El Señor del sur vendrá,
El Santo del Monte Paran.
Los cielos están cubiertos por su halo,
Su esplendor envuelve la Tierra;
Su brillo es como luz.
Sus rayos emanan de donde su poder se esconde.
La Voz va delante de él, centellas emanan de la parte inferior.
Él hace una pausa para medir la Tierra;
Él es visto y las naciones estremecen.

¿Estarían la medición de la Tierra y sus secretos relacionados con los vuelos de los dioses en el firmamento de nuestro planeta?

Los textos ugaríticos nos dan una pista adicional cuando cuentan que, del pico de Zafón, Baal «extiende un cordón fuerte y flexible para los cielos, hasta la sede de Cades».

Siempre que esos textos cuentan sobre mensajes de un dios para otro, el verso se inicia con la palabra Hut. Los especialistas creen que ella debía ser un prefijo de invocación, algo cómo «¿Usted está dispuesto a oírme?». Sin embargo, en las lenguas semitas, Hut significaba «cordón, cuerda». En egipcio, lo que es bastante significativo, el término se traduce por «extender, estirar».

Heinrich Brugsch, comentando un texto egipcio que relata las batallas de Horus (*Die Sage von der geflügten Sonnensche ibe*) destacó que Hut también era el nombre de lugares geográficos —tanto de la morada de los Medidores Alados como de la montaña donde Set aprisionó a Horus.

En la representación egipcia, vemos que existen omphalos o «piedras de oráculo» en el lugar donde están posados los Divinos Medidores. En Baalbek también había un

omphalos, una Piedra del Esplendor, que ejecutaba las funciones de Hut. En Heliópolis, ciudad gemela de Baalbek, también existía una de esas piedras. Recordemos que Baalbek era la Plataforma de Aterrizaje de los dioses. Los cordones egipcios llevaban al local elevado del faraón situado en el Duat. El Dios bíblico, llamado EL por Habacuc, medía la Tierra mientras volaba del sur para el norte. ¿Todo eso será sólo una serie de coincidencias o varias piezas de un rompecabezas?

Ahora volvamos al dibujo de Sippar. Él deja de ser un misterio cuando nos acordamos de que en épocas pre-diluvianas, cuando la Sumeria era la Tierra de los Dioses, Sippar era el espacio-puerto de los Anunnaki y Shamash, el comandante de la instalación. Visto bajo ese prisma, el papel desempeñado por los Divinos Medidores queda esclarecido: ¡sus cordones medían el camino hasta el espacio-puerto!

Será útil recordar ahora cómo fue fundada Sippar, cómo se determinó la localización del primer espacio-puerto de la Tierra hace cerca de 400 mil años.

Cuando Enlil y sus hijos recibieron la encomienda de construir un espacio-puerto en la llanura entre los Dos Ríos, en la Mesopotamia, ellos partieron de un plano regente, comprendiendo la elección de un lugar adecuado para el espacio-puerto en sí, la determinación del corredor de vuelo y el posicionamiento de las instalaciones de orientación y control de la misión. El plan usó como referencia básica el accidente geográfico más conspicuo del Oriente Medio, el monte Ararat, que fue cortado por un meridiano, una línea imaginaria norte-sur.

La trayectoria de vuelo, comenzando sobre el golfo Pérsico, muy distante de las cadenas de montañas del continente, quedó demarcada en el ángulo fácil y preciso de 45 grados en relación al meridiano. El espacio-puerto —Sippar («La ciudad de los pájaros»)— quedaría en el punto donde las dos líneas se cruzaban, en los márgenes del río Éufrates.

Cinco ciudades, equidistantes entre sí, fueron colocadas sobre la línea diagonal, con la inclinación de 45 grados. La del medio —Nippur («El lugar de la travesía»)— serviría como Centro de Control de la Misión. Otros dos poblados determinarían la formación de un pasillo en forma de flecha. Todas las líneas imaginarias pasando por esas ciudades convergirían en Sippar (Fig. 122).

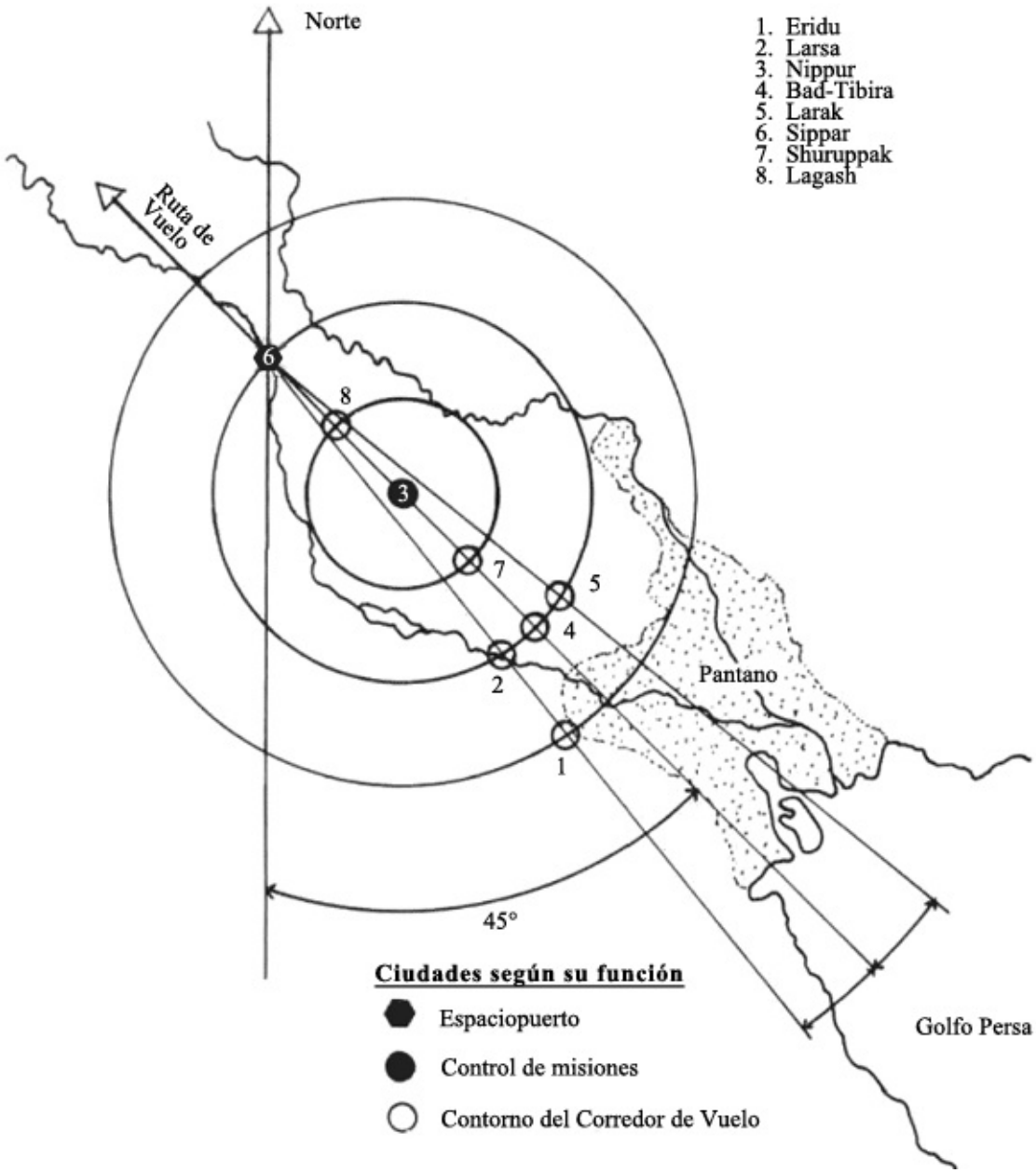


Fig. 122

Sin embargo, todo el complejo del espacio-puerto y ciudades auxiliares fue arrasado por el diluvio, hace cerca de 13 mil años.

Después de la catástrofe, de las instalaciones de los Nefilim sólo quedó la Plataforma de Aterrizaje de Baalbek y, mientras no se construyera un nuevo espacio-puerto, todos los aterrizajes de despegues de los autobuses espaciales tenían que ser hechos en aquel lugar. No sería correcto que imaginemos que los Anunnaki se contentarían en alcanzar esa plataforma hilada entre dos cadenas de montañas confiando únicamente en su pericia como pilotos. Lo más probable es que, así que fue posible, ellos demarcaron otro corredor de aterrizaje en forma de flecha apuntando hacia Baalbek.

Con el auxilio de fotos de la Tierra tomadas por vehículos espaciales de la NASA, podemos visualizar el Oriente Medio como los Anunnaki lo veían desde sus naves

(Fig. 123).

Fig. 123

Allá, en un punto muy al norte, estaba Baalbek. ¿Qué marcos naturales ellos podrían utilizar como porterías, determinando un corredor de aterrizaje triangular? Muy cerca, al sudeste, se elevaba el macizo de granito del sur de la península del Sinaí.

Entre la masa de rocas, se erguía el pico más alto (actualmente llamado monte Santa Catarina), que podría servir como una portería natural, formando la línea sudeste. Pero ¿cuál sería el marco al noroeste, que junto con Baalbek formaría la otra línea del triángulo?

A bordo de la nave, el Topógrafo —el «Divino Medidor»— lanzó una mirada para el panorama terrestre al frente y después estudió nuevamente los mapas. A la distancia, además de Baalbek, se erguía el Ararat con sus dos picos. Él trazó una línea recta uniendo el Ararat y Baalbek, y prolongándose hasta Egipto.

Enseguida, el Topógrafo cogió un compás. Colocando la punta seca en Baalbek,

para usarla como foco, diseñó un arco pasando por el pico más alto de la península del Sinaí. Al punto donde el arco cortó la línea Baalbek-Ararat, él hizo una marca cualquiera, por ejemplo, una cruz dentro de un círculo. Entonces diseñó dos líneas de igual largura, una conectando Baalbek con el pico del Sinaí y la otra conectando Baalbek con el punto marcado por la cruz (Fig. 124).

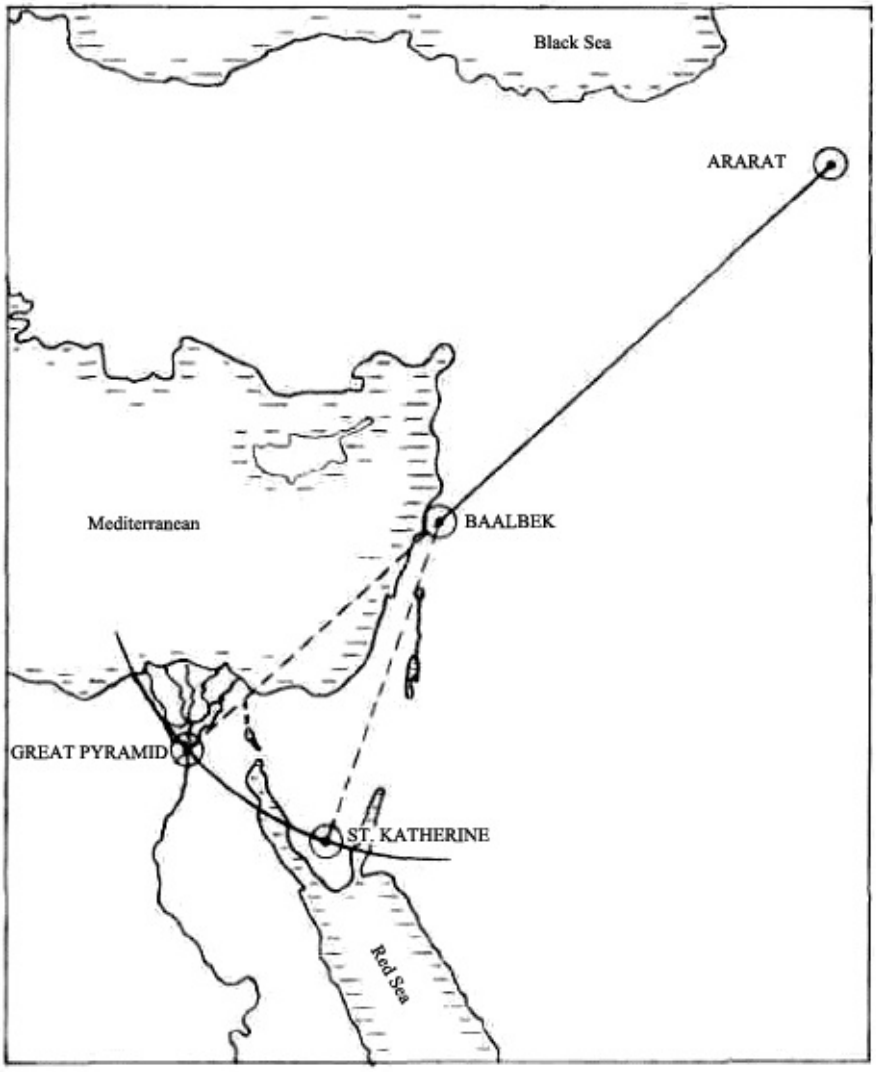


Fig. 124

Ése será el pasillo de aterrizaje que nos llevará directo para la plataforma —dijo el Topógrafo—, pero señor —protestó alguien a bordo—, ¡no existe nada en ese lugar donde diseñó la cruz, ningún marco natural que pueda servir de portería para orientar a nuestros pilotos!

Entonces tendremos que construir una montaña artificial, una pirámide, en aquel lugar.

Y ellos partieron para comunicar la decisión a sus superiores.

¿Será que hubo una conversación como esa dentro de una de las naves de los Anunnaki? Claro que jamás podremos tener la certeza, a no ser que un día se encuentre una tabla de arcilla donde haya sido registrado el evento. Yo solamente

dramaticé algunos hechos ¡impresionantes e innegables!

- La plataforma de Baalbek, inigualable, está desde tiempos inmemoriales y continúa intacta en su inmensidad enigmática;
- El monte Santa Catarina, el pico más alto de la península del Sinaí, es considerado un lugar sagrado desde la Antigüedad (junto con su vecino, el monte Musa) y siempre estuvo envuelto en leyendas sobre dioses y ángeles;
- La Gran Pirámide de Gizeh, junto con sus dos compañeras y la Esfinge son monumentos sin igual en el mundo y están situados exactamente sobre la prórroga de la línea Ararat-Baalbek;
- Las distancias entre Baalbek y el monte Santa Catarina y entre Baalbek y la Gran Pirámide son exactamente iguales.

Esos cuatro ítems son sólo parte de una impresionante parrilla de orientación elaborada por los Anunnaki en conexión con su espacio-puerto post-diluviano. Por lo tanto, si aquella conversación a bordo de la nave haya o no acontecido, estoy convencido de que fue así que surgieron las pirámides de Egipto.

Existen muchas pirámides y estructuras piramidales en Egipto, que salpican toda la región que va desde el delta del Nilo, al norte, hasta el sur (penetrando inclusive en la Nubia). Pero, cuando alguien habla de pirámides, todas las copias, variaciones y «mini-pirámides» de épocas más recientes son desconsideradas y tanto eruditos como legos enfocan su atención en las veinte y pocas pirámides que, según se dice, fueron construidas por faraones del Antiguo Imperio (cerca de 2700-2180 a. C.). Esos monumentos, por su parte, están divididos en dos grupos distinguidos: las claramente identificadas con gobernantes de la 5.ª y 6.ª dinastías (como Unas, Teti, Pepi etc.), elaboradamente decoradas, y donde se encuentran inscritos los famosos textos de las Pirámides, y las más antiguas, atribuidas a reyes de la 3.ª y 4.ª dinastías.

Son éstas, las primeras pirámides de que se tiene noticia, las que más nos intrigan. Mucho más grandiosas, más sólidas, más exactas y más perfectas que todas las que vinieron después, también son las más misteriosas, pues no suministran ni al menos una única pista para revelar los secretos de su construcción. Quién las erigió, como, por qué e incluso cuándo, nadie lo sabe de cierto. Existen sólo teorías y suposiciones académicas.

Los libros escolares nos cuentan que la primera de ellas fue construida por un rey llamado Djoser, el segundo faraón de la 3.ª Dinastía (cerca de 2650 a. C. según la mayoría de las cuentas).

Escogiendo un lugar a oeste de Menfis, en la meseta que servía de necrópolis (ciudad de los muertos) de aquella antigua capital él dio órdenes a su brillante científico y arquitecto, Imhotep, para erigir una tumba que superara todas las otras ya existentes. Hasta aquella época, la costumbre reinante era excavar un túmulo en el

suelo pedregoso, enterrar el rey y después cubrir la sepultura con una gran lápida horizontal, llamada mastaba, que con el tiempo fue asumiendo proporciones muy substanciales. El ingenioso Imhotep, según algunos eruditos, cubrió la mastaba original de la tumba de Djoser con varias capas de piedras menores, asentadas en dos fases de construcción, obteniendo así una pirámide en escalones (Fig. 125).

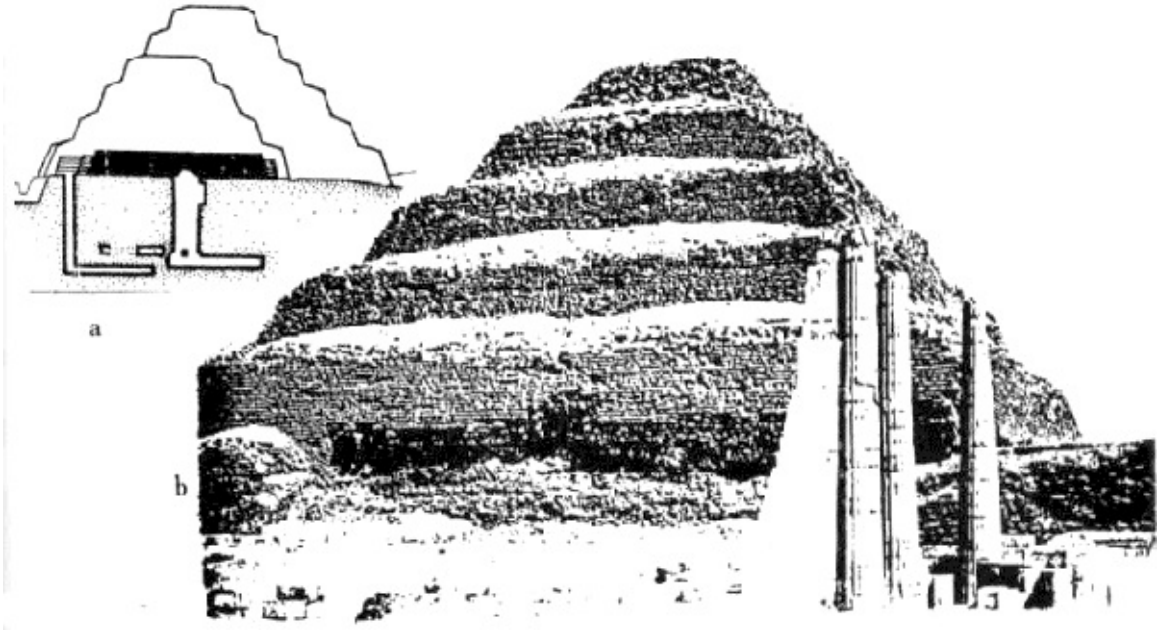


Fig. 125

Al lado de ella, dentro de un gran patio rectangular, fue erigida una gran variedad de edificios funcionales y decorativos, capillas, templos funerarios, depósitos, alojamientos de criados etc. Enseguida, se cercó toda el área con una magnífica muralla.

La pirámide y las ruinas de algunos de esos edificios aún pueden ser vistos en Sakkarah —nombre que parece haber sido dado al local en honra a Seker, el «dios oculto».

Los reyes que siguieron la Djoser, continúan a contar los libros escolares, gustaron mucho de lo que vieran e intentaron imitar su antecesor. Parece haber sido Sekhemkhet, que ascendió al trono inmediatamente después de Djoser, quien comenzó a construir la segunda pirámide escalonada, también en Sakkarah. Por motivos ignorados, ella nunca llegó a ser terminada. Es posible que el ingrediente que faltó haya sido el genio de Imhotep, maestro de la ciencia e ingeniería. Una tercera pirámide en escalones —en realidad, sólo un monte de escombro conteniendo las ruinas de sus cimientos— fue descubierta entre Sakkarah y Gizeh, al norte.

Menor que las anteriores, ella es lógicamente atribuida al faraón que vino después de los dos anteriores, llamado Khaba. Ciertos especialistas creen que hubo una o dos tentativas posteriores, por parte de faraones no identificados de la 3.ª Dinastía, de construir pirámides, pero ellas fracasaron.

Ahora tenemos que ir a unos 45 kilómetros al sur de Sakkarah, a un lugar llamado

Meidum, para visitar la pirámide que, cronológicamente, es considerada la cuarta en la fila. En la ausencia de indicios consistentes, se presume que ella haya sido construida por el faraón que se siguió a los anteriores, llamados Huni. Por medio de evidencias circunstanciales, se afirma que él sólo inició la obra y que la tentativa de terminar la pirámide cupo a su sucesor, Snefru, el primer rey de la 4.ª Dinastía.

Ella comenzó, como las anteriores, bajo la forma de una pirámide en escalones, pero, por motivos totalmente ignorados, para los cuales no existen ni aún teorías, sus constructores resolvieron hacer una pirámide «de verdad», o sea, con lados planos. Eso significaba que una capa de revestimiento, constituida de piedras pulidas, debería ser asentada en un ángulo bastante agudo. También por motivos desconocidos, se escogió un ángulo de 52 grados. Sin embargo, aquello que, según los libros, sería la primera pirámide verdadera, terminó en un triste fracaso (Fig. 126).

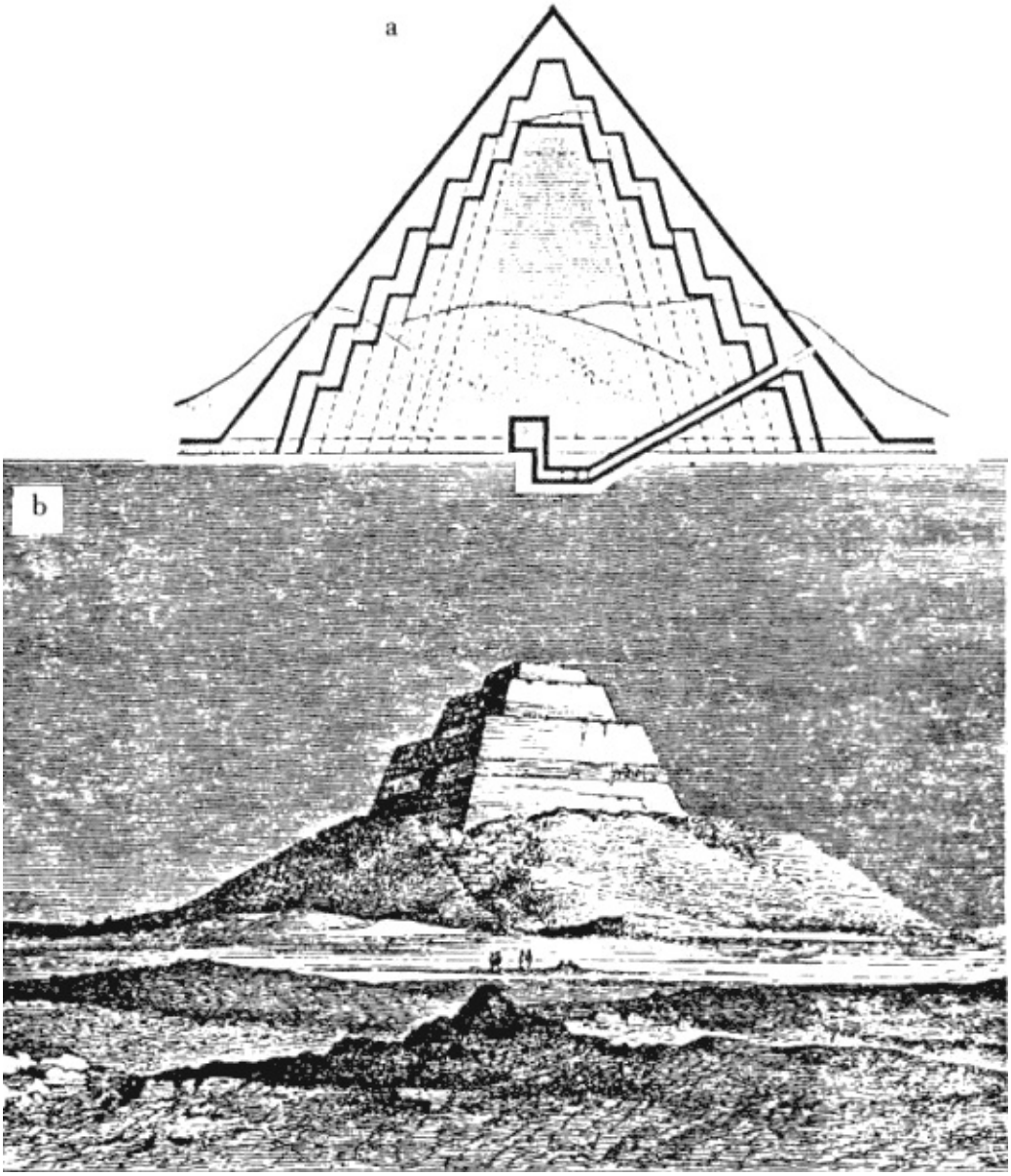


Fig. 126

La capa externa, los cimientos de piedras menores y parte del propio núcleo cayeron bajo el peso de las piedras colocadas unas encima de las otras en ese ángulo precario. Todo lo que resta de esa tentativa es parte del núcleo sólido, cercado de un monte de escombro.

Algunos estudiosos, como Kurt Mendelssohn, en *The Riddle of the Pyramids*, sugieren que Snefru, cuando esa pirámide fracasó, estaba construyendo otra un poco al norte de Meidum.

Apresuradamente, sus arquitectos modificaron el ángulo de construcción, que, siendo menor (43 grados), garantizó mayor estabilidad y redujo la altura y masa de la pirámide. Fue una decisión sabia, como comprueba el hecho de que ese monumento, apropiadamente llamado de pirámide Torcida, aún permanece en pie.

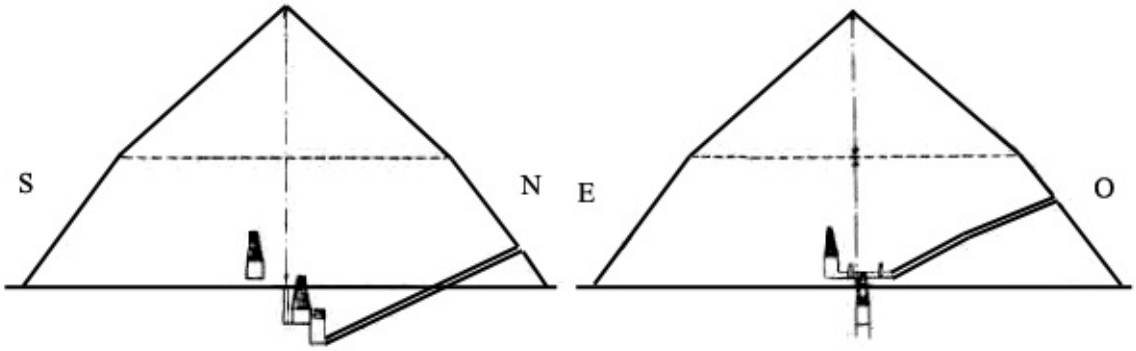


Fig. 127

Incentivado por su éxito, Snefru ordenó la construcción de otra pirámide verdadera cerca de la tarta. Ella es llamada de pirámide Roja, debido al color de sus piedras. Supuestamente ella representa la realización del imposible: una forma triangular irguiéndose a partir de una base cuadrada, con lados de 200 metros de largo, teniendo una altura de 100 metros. El triunfo, empero, no fue obtenido sin un poquito de superchería: en vez de la inclinación perfecta, con 52 grados, las caras de esa «primera pirámide clásica» se elevan en un ángulo mucho más desequilibrado de 44 grados… Y así llegamos, como quieren los eruditos, al máximo en construcción de las pirámides egipcias.

Snefru fue el padre de Khufu, a quien los historiadores griegos llamaban Kéops. Se especula que el hijo, siguiendo los pasos del padre, construyó la segunda verdadera pirámide, sólo que mucho mayor y grandiosa, la Gran Pirámide de Gizeh. Ella se yergue hace milenios en ese lugar, en compañía de dos otras, atribuidas a los éxitos de Kéops —Chefra (Quefrén) y Men-ka-ra (Miquerinos)— y las tres están cercadas de templos, mastabas, tumbas y la única y singular Esfinge. Aunque atribuidas a faraones diferentes, ellas obviamente fueron planeadas y ejecutadas como un grupo coherente, perfectamente alineadas con los puntos cardinales y también entre sí. De hecho, las triangulaciones que comienzan en esos monumentos pueden

ser ampliadas para medir todo Egipto —y, para ser exacto, toda la Tierra. Los que primero se dieron cuenta de eso en tiempos modernos fueron los ingenieros de Napoleón, escogiendo el ápice de la Gran Pirámide como el punto focal a partir del cual triangularon y mapearon todo el Bajo Egipto.

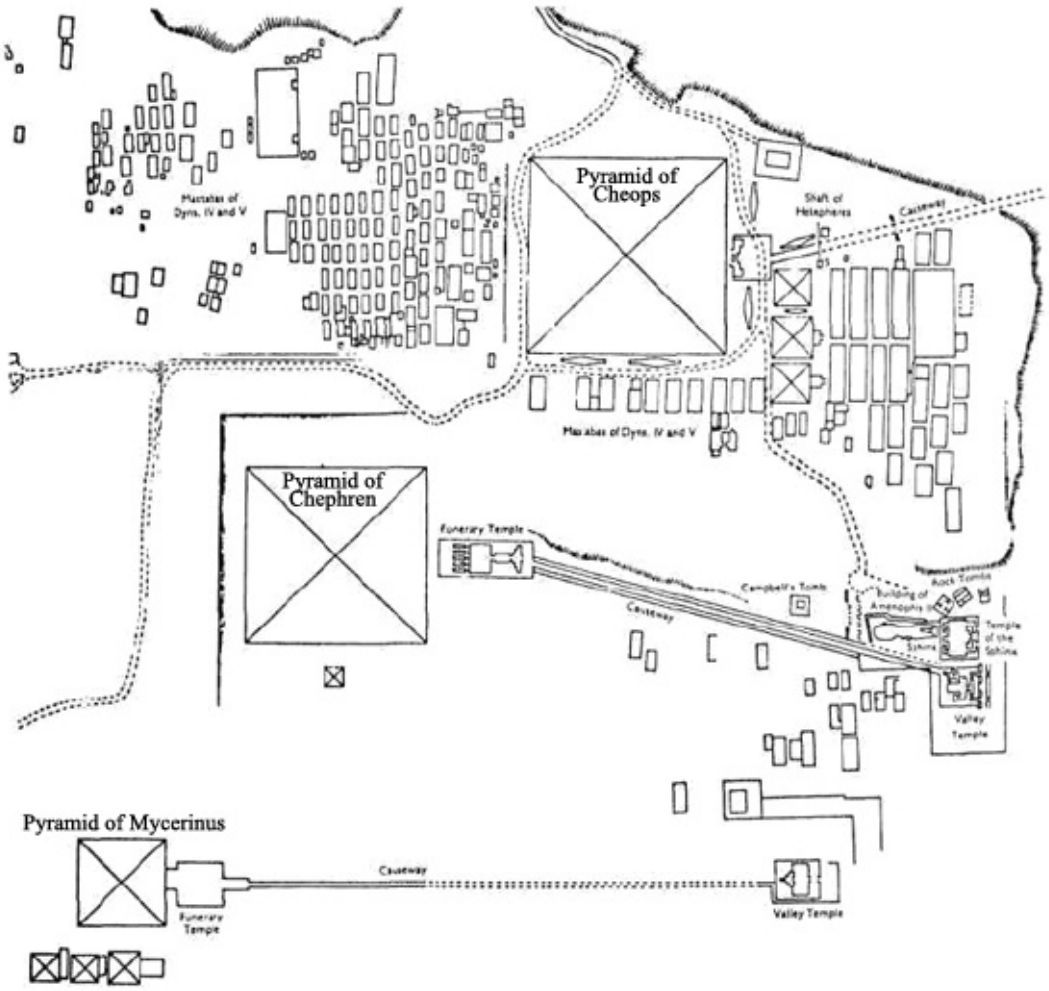


Fig. 128

La tarea resultó muy fácil cuando se descubrió que el complejo de Gizeh está situado sobre el paralelo 30 norte. Él fue construido en el bordillo éste de la meseta Libio, que comienza en Libia, al oeste, y se extiende hasta los márgenes del Nilo.

Aunque sólo se eleva a 45 metros por encima del valle del río, Gizeh ofrece una visión amplia y no obstruida de los cuatro puntos del horizonte. La Gran Pirámide queda en el bordillo nordeste de una protuberancia de la meseta y a las pocas decenas de metros al norte y al este tiene inicio un terreno arenoso y lodoso, donde sería imposible erigir estructuras tan inmensas. Uno de los primeros científicos en hacer mediciones precisas, Charles Piazzi Smyth (*Our Inheritance in the Great Pyramid*) estableció que el centro de la Gran Pirámide queda en la latitud norte 29° 58' 55" —a sólo un 1/6 de grado del paralelo 30. El centro de la Segunda Pirámide se queda sólo a 13 segundos (13/3600 de grado) al sur del paralelo.

La alineación con los cuatro puntos cardinales; la inclinación de los lados en un

ángulo de 52 grados y algunos minutos —en el cual la altura de la pirámide en relación a la circunferencia que circunscribe su base es la misma de un rayo de círculo en relación con su circunferencia; las bases cuadradas, montadas en plataformas perfectamente niveladas; todos esos parámetros denuncian un alto nivel de conocimiento de matemáticas, astronomía, geometría, geografía y, claro, arquitectura y construcción, así como una enorme habilidad administrativa para movilizar la mano-de-obra y planear y ejecutar proyectos tan inmensos y de largo plazo. La consternación aumenta aún más cuando se perciben las complejidades interiores, la precisión de las galerías, pasillos, cámaras, ductos y aperturas dentro de las pirámides, sus entradas ocultas (siempre en la faz norte), los sistemas de cierre y encaje, todos invisibles para quienes está del lado de afuera, todos perfectamente alineados unos con los otros, todos ejecutados en el interior de esas montañas artificiales mientras ellas iban siendo construidas capa tras de capa de piedras.

Aunque la Segunda Pirámide (Quefrén) sea sólo un poco menor que la Gran Pirámide (alturas: 143,35 y 146,4 metros; lados de la base: 215,64 y 230,58 metros) fue siempre ésta la que despertó el interés y la imaginación de estudiosos y legos desde que los hombres pusieron los ojos en esos monumentos. Ella fue y continúa siendo la mayor construcción en piedra del mundo, poseyendo entre 2,3 y 2,5 millones de bloques de calcáreo amarillo (núcleo), calcáreo blanco (revestimiento pulido) y granito (laterales y techo de cámaras y galerías interiores, etc).

La masa total, estimada en aproximadamente 2,6 millones de metros cúbicos, pesando 7 millones de toneladas, según los cálculos, excede la de todas las catedrales, iglesias y capillas sumadas, construidas en Inglaterra desde el inicio del cristianismo.

La Gran Pirámide está asentada sobre suelo artificialmente nivelado y se eleva a partir de una fina plataforma, cuyos cantos son marcados por conexiones de función desconocida.

A pesar del paso de los milenios, deslizamientos continentales, el balance de la Tierra en torno a su propio eje, terremotos y el inmenso peso de la propia pirámide, la plataforma de base, relativamente fina (menos de 7 metros de espesor), continúa intacta y perfectamente nivelada. El error o variación en su alineación horizontal es de menos de 3 centímetros a lo largo de los 231 metros de largo de los lados de la plataforma.

A la distancia, las tres pirámides de Gizeh parecen tener caras lisas, pero quienes se aproximan a ellas ve que ellas son un tipo de pirámide en escalones, construidas capa después de capa (los especialistas las llaman de «cursos») de piedras, cada una menor que la anterior. De hecho, estudios modernos sugieren que la Gran Pirámide es en escalones en su núcleo, cuya estructura fue calculada para soportar grandes esfuerzos verticales. Lo que la hacía tener caras lisas era la capa de revestimiento (Fig. 129).

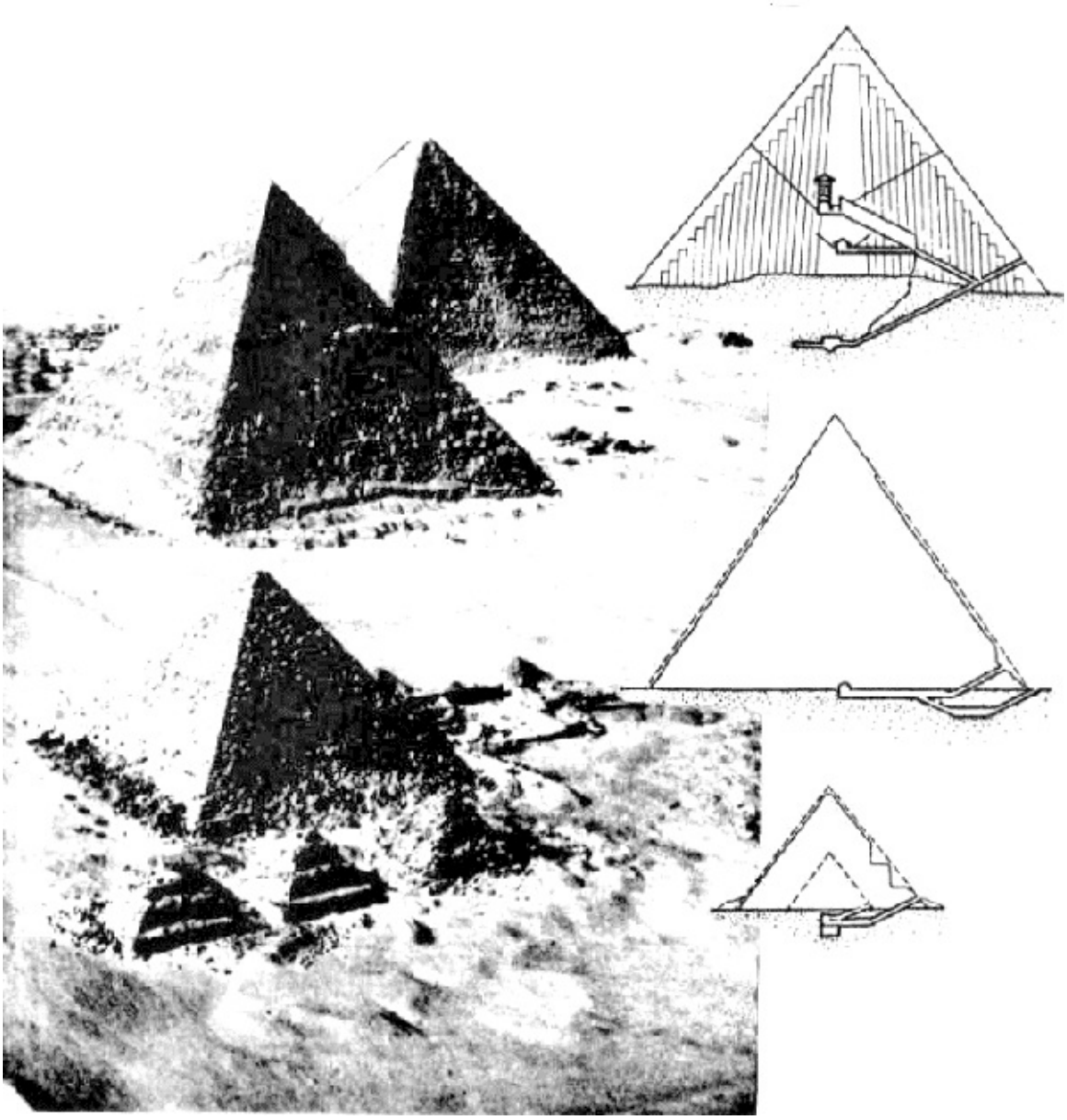


Fig. 129

Esas placas fueron removidas en la época de la dominación árabe y usadas en la construcción de la ciudad de El Cairo, pero algunas de ellas aún pueden ser vistas en su posición original en lo alto de la Segunda Pirámide y unas pocas fueron descubiertas en la base de la Gran Pirámide (Fig. 130).

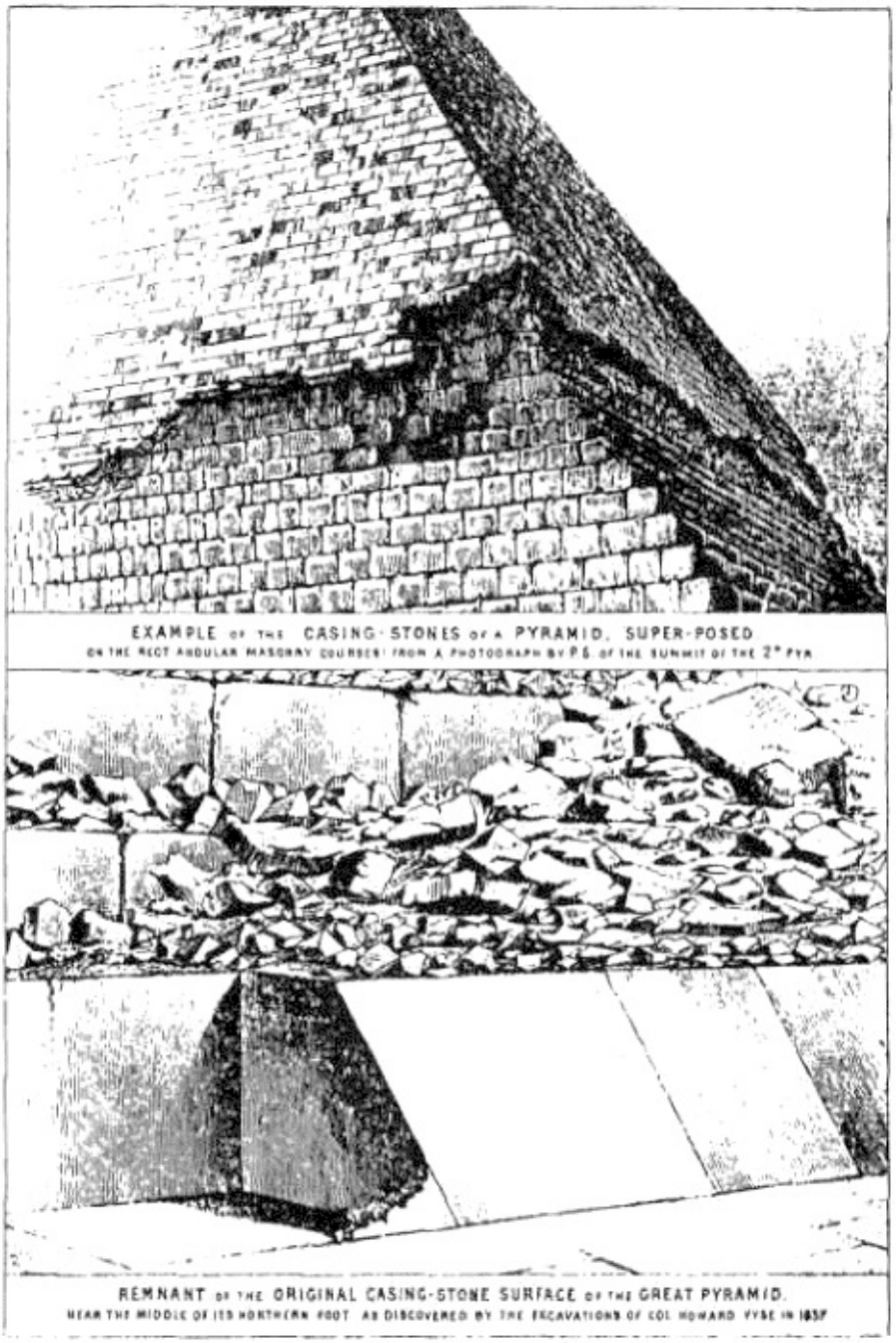


Fig. 130

Esas placas de revestimiento determinaban el ángulo de la pirámide y constituyen las piedras más pesadas empleadas en la construcción. Las seis caras de cada bloque fueron cortadas y pulidas con una exactitud que sólo se ensambla dentro de patrones ópticos, pues se ajustaban no solamente a las piedras del núcleo que cubrían, sino también a sus vecinas en los cuatro lados, formando en su conjunto un área de precisión de 8,5 hectáreas de bloques de calcáreo.

Actualmente las pirámides de Gizeh ya no tienen el ápice o espigón, también en forma piramidal (los *pyramidions*), que debían ser de metal o revestidos de él, exactamente como las puntas de los obeliscos. Quién los retiró de tan grande altura, cuándo y por qué, no se sabe. De lo que se tiene conocimiento empero, es que en pirámides de épocas posteriores, esas piedras de ápice, parecidas con Ben-Ben de

Heliópolis, eran hechas de granito especial y poseían muchas inscripciones.

La de la pirámide de Amen-en-khet, en Dashur, (Fig. 131) encontrada enterrada a alguna distancia de ella tenía el emblema del Disco Alado y la inscripción:

Fig. 131

El rostro del rey Amen-en-khet está abierto,
Para él poder contemplar al Señor de la Montaña de la Luz
Cuando él vuela por el firmamento.

Herodoto visitó Gizeh en el siglo V, época en que las pirámides aún mantenían las placas de revestimiento, pero él no menciona la presencia de ápices. Como tantos otros antes y después de él, el historiador griego se quedó imaginando como esos monumentos —considerados como una de las Siete Maravillas del mundo antiguo— podían haber sido construidos. Sus guías le informaron que habían sido necesarios 100 mil hombres, sustituidos cada tres meses, y «diez años de opresión del pueblo», sólo para construir la rampa hasta el lugar de la obra, para posibilitar el transporte de los bloques de piedra. «La pirámide en sí exigió veinte años de construcción». Herodoto nos transmitió la información de que fue el faraón Kéops (Khufu) quien ordenó la construcción de la Gran Pirámide, pero no explicita como ni por qué. Él también atribuyó a Quefrén (Chefra) la construcción de la Segunda Pirámide, «con las mismas dimensiones de la primera, sólo que 12 metros más baja» y dijo que Miquerinos (Menkara) «también dejó una pirámide, pero muy inferior en tamaño que la construida por su padre», dejando implícito que se trataba de la Tercera Pirámide Gizeh.

El siglo I, el geógrafo e historiador griego Estrabón registró no sólo su visita a las pirámides, sino también su entrada en la Gran Pirámide por una apertura en la cara norte, escondida por una piedra articulada. Después de descender un pasillo largo y angosto, él alcanzó un agujero cavado en el lecho rocoso bajo la plataforma, como tantos otros turistas griegos y romanos ya habían hecho antes de él.

La localización de esa entrada acabó siendo olvidada los siglos que siguieron y, cuando el califa Al-Mamun intentó entrar en la Gran Pirámide el año de 820, necesitó emplear un verdadero ejército de ingenieros, herreros y albañiles para perforar las

piedras, abriendo un túnel hasta el núcleo. Lo que lo incentivó a emprender esa obra fue el interés científico aliado a la codicia, pues el califa estaba al corriente de las antiguas leyendas que afirmaban la existencia, en el interior de la pirámide, de una cámara secreta donde en la Antigüedad habían sido escondidos mapas celestes y terrestres, inclusive globos, así como «armas que no herrumbran» y «vidrio que puede ser doblado sin quebrarse».

Rajando los bloques de piedra con la aplicación de calor y frío alternados, reventándolos con martillos y picas, los hombres de Al-Mamun avanzaron centímetro a centímetro. Estaban a punto de desistir cuando oyeron el barullo de una piedra cayendo, indicando que cerca de allí había alguna cavidad. Con renovado vigor, ellos continuaron quebrando las piedras y acabaron por alcanzar el Pasillo Descendiente (Fig. 132). Subiéndolo, llegaron a la entrada original, que no habían visto del lado de afuera.

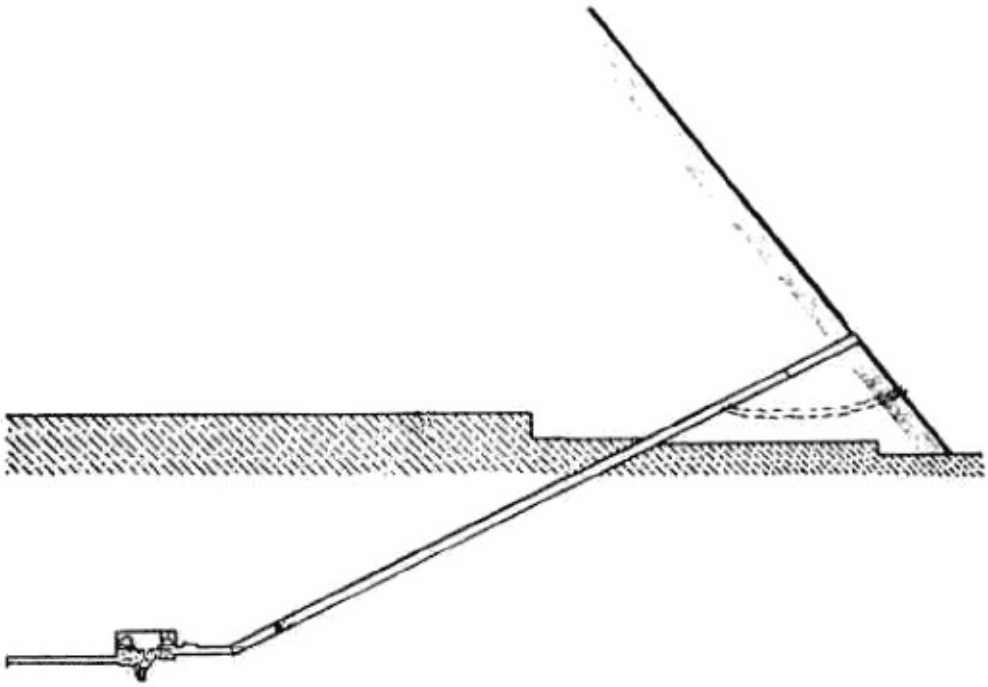


Fig. 132

Descendiendo, encontraron la cavidad subterránea descrita por Estrabón. Un túnel que de ella salía no llevaba a lugar ninguno.

En lo que decía respeto a los aventureros, todos sus esfuerzos habían sido vanamente. Las otras pirámides fuera de Gizeh, que habían sido demolidas o penetradas, poseían la misma estructura interna: un Pasillo Descendiente, llevando a una o más cámaras.

Sin embargo, en la Gran Pirámide ellas no existían. Ya no había secretos para que sean descubiertos… El destino, sin embargo, intervino. Fue el sonido de una piedra cayendo en el vacío que hubo estimulado los hombres de Al-Mamun a continuar el trabajo, Cuando estaban para desistir una vez más, vieron una piedra caída en el

pasillo. Ella era triangular, un formato bastante extraño. Examinando el techo, los trabajadores descubrieron que ella servía para esconder de la vista un gran bloque de granito posicionado en ángulo en relación al pasaje. ¿Ese bloque escondería el camino para una cámara realmente secreta, jamás penetrada antes?

Como no tenían medios de mover o quebrar el bloque de granito, los hombres del califa continuaron profundizando el túnel que habían excavado en las piedras de calcáreo, para dar la vuelta en torno a él. Descubrieron entonces que aquel bloque era el primero de una serie de piedras de granito y calcáreo que obstruían un Pasillo Ascendente, posicionado en un ángulo de 26 grados, el mismo del Pasillo Descendiente (y exactamente a la mitad del ángulo de inclinación de las caras de la pirámide). En lo alto del pasillo, un pasaje horizontal llevaba para una cámara medio cuadrada, con techo inclinado en V invertida, con un nicho raro en su pared éste. Estaba totalmente vacía y no tenía ni siquiera decoración. Más tarde se descubrió que esa cámara queda exactamente en medio del eje norte-sur de la pirámide —hecho cuyo significado aún no fue descifrado. Esa cámara se hizo conocida como la cámara de la Reina, pero el nombre está basado en ideas románticas, pues no existe la menor señal de evidencias para corroborar esa designación (Fig. 133).

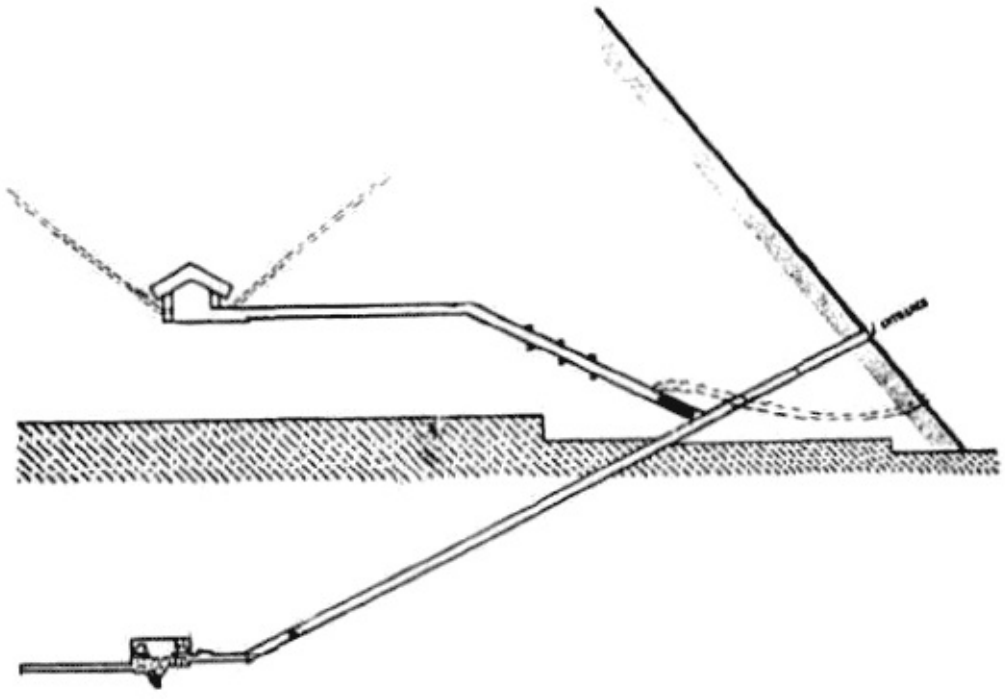


Fig. 133

A partir del final del Pasillo Ascendente fue encontrada una Gran Galería, (Fig. 134) manteniendo el mismo ángulo de 26 grados y extendiéndose por 46 metros de construcción intrincada y precisa. El piso rebajado es flanqueado por dos rampas que acompañan toda la extensión de la galería y en cada una de ellas hay orificios rectangulares, igualmente espaciados. Las paredes tienen más de 5,5 metros de altura y la anchura de la galería va estrechándose progresivamente, de modo que, en su

punto más alto, el techo tiene la misma anchura del piso rebajado. La galería termina en una plataforma formada por un enorme bloque de piedra. De allí, un pasaje, corto y angosto (sólo 1 metro de 360 altura) lleva a una antecámara de construcción compleja, equipada para bajar con una maniobra simple (tal vez un estirar de cuerdas) tres placas de granito sólido que podían descender en vertical, obstruyendo el pasaje e impidiendo el avance.

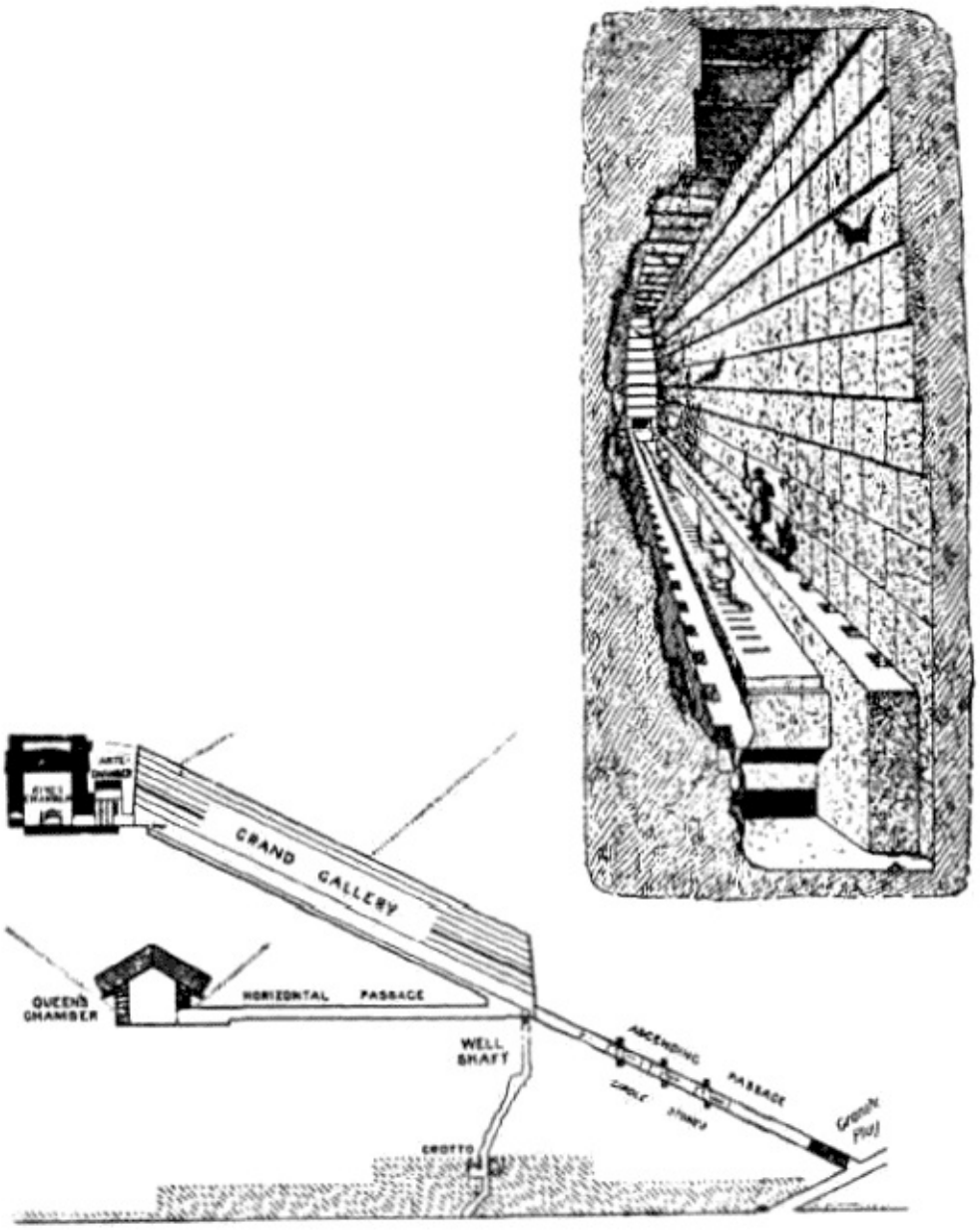


Fig. 134

En otro pequeño pasaje, con altura y anchura similares al anterior, lleva hacia una cámara de techo muy alto, hecho de granito rojo pulido —la llamada cámara del Rey (Fig. 135).

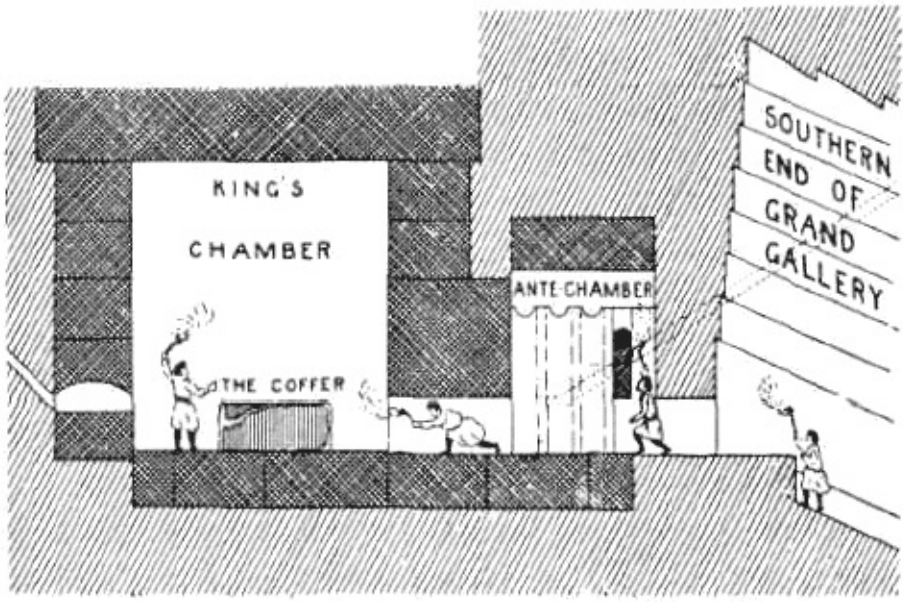


Fig. 135

Ella fue encontrada vacía, excepto por un bloque de granito, labrado de modo que sugiere el formato de un ataúd sin tapa.

Su preciso acabado incluye surcos para la instalación de una tapa o cobertura y sus medidas, como está bien determinado, demuestran un profundo conocimiento de complejas fórmulas matemáticas. En la cámara tampoco había ningún tipo de decoración.

Los hombres del califa Al-Mamun ciertamente pensaron lo que todos han pensado desde entonces. ¿Toda esa montaña de bloques de piedra fue erigida solamente para esconder un «baúl» dentro de una cámara secreta? Las marcas de tizne dejadas por antorchas y las palabras del historiador Estrabón atestiguan que el Pasillo Descendiente fue bastante visitado en la Antigüedad. Sin embargo, el Ascendente estaba perfectamente lacrado al ser descubierto por los trabajadores de Al-Mamun el siglo IX. Las teorías siempre afirmaron que las pirámides eran tumbas reales construidas para proteger las momias de los faraones y los tesoros con ellos enterrados, de ladrones o profanadores que podrían perturbar la paz eterna del fallecido. Siendo así, el bloqueo de los pasillos debería haber sido ejecutado inmediatamente después de la colocación del sarcófago en la cámara. Sin embargo, lo que se encontró fue un pasaje obstruido con perfección y, atrás de él, absolutamente nada, excepto un ataúd de piedra.

Con el pasar del tiempo, otros gobernantes, científicos y aventureros entraron en la Gran Pirámide e hicieron túneles y orificios, descubriendo otros aspectos de su estructura interior, inclusive dos conjuntos de ductos que algunos creen son entradas de aire (¿para quién?) y otros garantizan que servían para observaciones astronómicas (¿por quién?). Aunque los especialistas insistan en referirse al baúl de granito como «sarcófago» o «ataúd» (por el tamaño, él podría acomodar un cuerpo humano), el

hecho es que no existe nada, absolutamente nada para apoyar la afirmación de que la Gran Pirámide era una tumba de faraón.

En realidad, nunca hubo indicios concretos de que las pirámides de Gizeh fueron construidas para ser túmulos reales.

La pirámide que en la cronología de los libros escolares es la primera, la de Djoser, posee dos cámaras cubiertas por la mastaba inicial. Cuando ellas fueron visitadas por primera vez por H. M. von Minutoli, en 1821, él afirmó haber encontrado en su interior partes de una momia e inscripciones con el nombre del faraón. En 1837, el coronel Howard Vyse re-escavó más minuciosamente el interior de la pirámide y relató haber descubierto «un monte de momias» (fueron contadas ochenta de ellas posteriormente) y haber alcanzado una cámara «con el nombre del rey Djoser pintado con tinta roja». Un siglo después, arqueólogos comunicaron el descubrimiento de un fragmento de cráneo e indicios de que «un sarcófago de madera podría haber estado dentro de la cámara de granito rojo». En 1933, J. Y. Quibell y J. P. Lauer descubrieron otras galerías dentro de la pirámide, en cuyo interior encontraron dos sarcófagos vacíos.

Hoy día es generalmente aceptado que todas esas momias y ataúdes representan entierros intrusos, o sea, el entierro de muertos de otras épocas, muy posteriores a la de la construcción de las pirámides, aprovechando sus galerías y cámaras. Pero el rey Djoser habría sido realmente enterrado en la pirámide, es decir, ¿hubo un «entierro original»?

La mayoría de los arqueólogos duda de que Djoser fuera realmente sepultado dentro de la pirámide que tiene su nombre.

Todo indica que él fue enterrado en una magnífica tumba descubierta en 1928, al sur de la pirámide. Esa «Tumba Sur», como se hizo conocida, era alcanzada por una galería cuyo techo de piedra imitaba palmeras, llevando a una apertura imitando una puerta semi-abierta que se abría para un gran salón. Otras galerías conducían a una cámara subterránea hecha de bloques de granito y, en una de sus paredes, en tres puertas falsas habían grabado la imagen, nombre y títulos de Djoser.

Actualmente, muchos eminentes egiptólogos creen que la pirámide era sólo un túmulo simbólico de Djoser y que su cuerpo en realidad fue sepultado en la Tumba Sur, superpuesta por una gran superestructura rectangular, que contenía la capilla — un estilo de sepulcro mostrado en algunos dibujos egipcios (Fig. 136).

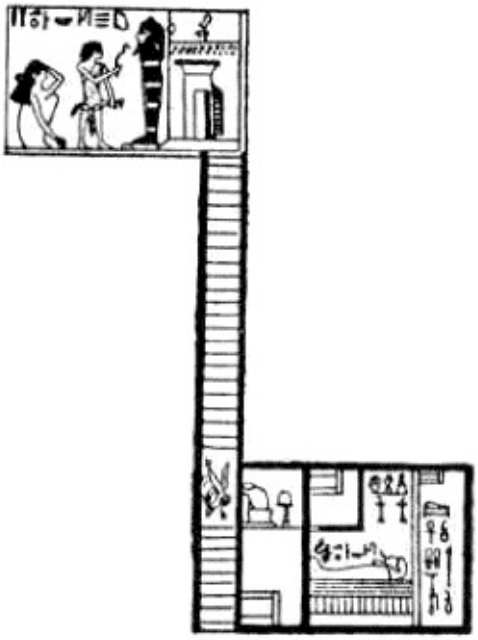


Fig. 136

La pirámide en escalones probablemente iniciada por el sucesor de Djoser, Sekhemkhet, también contenía una «cámara mortuoria», que al ser descubierta abrigaba un «sarcófago» de alabastro. Los libros cuentan que el arqueólogo que la encontró, Zakaria Goneim, concluyó que la cámara fue invadida por ladrones, que habían robado la momia y todo el contenido del compartimiento. Sin embargo, eso no es totalmente cierto. De hecho, el Sr. Goneim encontró la puerta deslizante vertical del baúl de alabastro cerrada y vedada con yeso y restos de una corona de flores aún permanecían sobre la rampa del ataúd.

Como él contó, al ver eso, sus «esperanzas alcanzaron el punto máximo; sin embargo, cuando el sarcófago fue abierto, vimos que él estaba vacío y parecía jamás haber sido usado». ¿Habría el cuerpo de algún rey un día reposado allí? Mientras algunos aún afirman que sí, otros están convencidos de que la pirámide de Sekhemkhet (tapas de jarros donde están grabados su nombre comprueban la identificación) era sólo un cenotafio, es decir, una tumba simbólica.

La tercera pirámide en escalones, atribuida a Khaba, también contenía una «cámara mortuoria», encontrada vacía, sin momia o aún el ataúd de piedra. Los arqueólogos identificaron en el área vecina las ruinas de otra pirámide, no terminada, que imaginan fue iniciada por el sucesor de Khaba. La subestructura de granito contenía un «sarcófago» oval, de formato raro, embutido en el piso, como si fuera una bañera moderna. La tapa estaba en el lugar, lacrada con cemento; no había nada en su interior.

Los arqueólogos descubrieron restos de otras tres pirámides pequeñas, atribuidas a gobernantes de la 3.ª Dinastía. En una de ellas, no fue posible examinar la subestructura; en otra, no existía ningún tipo de cámara mortuoria; en la tercera, había la cámara, pero ningún indicio de entierro.

La explotación de la pirámide desmoronada de Meidum no reveló la existencia de cámara mortuoria o sarcófago. Flinders Petrie, que la examinó minuciosamente, encontró en ella sólo fragmentos de un ataúd de madera, que anunció que eran los restos del féretro de Snefru. Actualmente, todos los especialistas creen que esos fragmentos provenían de un sepelio mucho más posterior, un entierro intruso. La pirámide está cercada por numerosas mastabas de la 3.ª y 4.ª Dinastías, pues allí eran enterrados los miembros de la familia real y otras personalidades de la época. El recinto de la pirámide se conectaba a una estructura más baja, el llamado «templo funerario», que actualmente está sumergido en el Nilo. Es posible que haya sido en ese lugar, cercado y protegido por las aguas sagradas del río, que fue colocado el cuerpo del faraón.

Las otras dos pirámides, de acuerdo con la cronología de los libros, son aún más engorrosas para aquéllos que defienden la teoría de que ellas son tumbas. Las dos pirámides de Dashur (la Tarta y la Roja) fueron construidas por Snefru. La primera posee dos «cámaras mortuorias», y la segunda, tres. Si los faraones mandaban construir pirámides para abrigar su momia después de la muerte, ¿por qué Snefru construyó dos de ellas, con tres cámaras? Creo que ni necesito decir que los compartimentos fueron encontrados vacíos, sin sarcófagos. Después de extensas excavaciones, hechas por el Servicio de Antigüedades Egipcio en 1947 y nuevamente en 1953, que se concentraron en especial en la pirámide Roja, quedó constatado, como registra el informe oficial, «que no se encontró allá ningún vestigio de una tumba real».

La teoría «una pirámide por faraón» afirma que la pirámide siguiente, en orden cronológico, fue construida por Khufu (Kéops), el hijo de Snefru y, según Herodoto y los historiadores romanos que se basaron en sus obras, ella sería la Gran Pirámide de Gizeh. Como vemos, sus cámaras y compartimentos descubiertos en tiempos modernos, encontrados inviolados, estaban vacíos. Eso, de hecho, no debería ser gran sorpresa para los estudiosos, pues el propio Herodoto escribió (*Historia, vol. II, pág. 127*): «El agua del Nilo, llevada por un canal artificial, cerca una isla donde, según se afirma, reposa el cuerpo de Kéops». ¿Quedaría la verdadera tumba del faraón en el valle próximo a las pirámides, más cerca del río? Hasta hoy no se sabe.

Chefra (Quefrén), a quién es atribuida la Segunda Pirámide de Gizeh, no fue el sucesor inmediato de Khufu. Entre ellos hubo un faraón llamado Radedef, cuyo reinado duró ocho años. Por motivos que los estudiosos no consiguen explicar, él escogió erigir su pirámide en un lugar un poco distante de Gizeh.

Poseyendo cerca de la mitad del tamaño de la Gran Pirámide, ella contenía la acostumbrada «cámara mortuoria» que, al ser visitada, se reveló vacía.

La Segunda Pirámide de Gizeh presenta dos entradas en lugar del habitual pasaje por la cara norte. (Ver fig 129) La primera comienza fuera de ella, lo que también es

raro, y lleva hacia una cámara inacabada. Cuando Giovanni Belzoni la exploró en 1818, el sarcófago de granito fue encontrado vacío y la tapa caída en el suelo, quebrada. Una inscripción en árabe denunció la visita de la cámara varios siglos antes. Lo que los árabes encontraron, si es que encontraron alguna cosa, no está registrado en ningún lugar.

La Tercera Pirámide de Gizeh, aunque mucho menor que las otras, posee características singulares. En la construcción del núcleo, fueron empleados los mayores bloques de piedra encontrados en las tres. Los dieciséis cursos inferiores no eran revestidos de calcáreo, sino de granito. Ella primero fue erigida como una pirámide menor y después su tamaño fue doblado.

Como resultado de eso, existen dos entradas utilizables y una tercera inacabada, tal vez una «tentativa» no aprobada por los constructores. En ella, hay varias cámaras y aquélla que es considerada la principal, la «cámara mortuoria», fue explorada en 1837 por Howard Vyse y John Perring, que encontraron un magnífico sarcófago de basalto, vacío, como de costumbre. Sin embargo, cerca de él, en Vyse y Perring hallaron un pedazo de un féretro de madera con el nombre «Men-ka-ra» y los restos de una momia «posiblemente de Menkara», una confirmación directa de la afirmación de Herodoto de que la Tercera Pirámide «pertenecía la Miquerinos». Sin embargo, un re-examen de esas piezas en tiempos actuales, donde fue empleado el método de datación con isótopos de carbono, estableció que el féretro de madera «sin duda es del periodo saítico», no anterior la 660 a. C. (K. Michalowsky, *Art of Ancient Egypt*) y que la momia encontrada era del inicio de la era cristiana. Por lo tanto, ninguna de las dos piezas podría formar parte de un entierro original.

A pesar de que no tienen la certeza de que Men-ka-ra fue el sucesor inmediato de Chefra, los especialistas saben que después de él vino Shepsekaf. Como de las varias pirámides jamás terminadas (o cuya construcción fue tan rudimentaria que no resta nada de ellas) habrían pertenecido a él, nadie puede decir.

Sin embargo, todos son unánimes en afirmar que ninguna de ellas le sirvió de túmulo, pues Shepsekaf fue enterrado bajo una monumental mastaba, (Fig. 137) cuya cámara mortuoria contenía un sarcófago de granito negro. Cuando los arqueólogos la descubrieron, constataron que ella había sido saqueada por ladrones de túmulos de la Antigüedad, que vaciaron la cámara y el sarcófago.

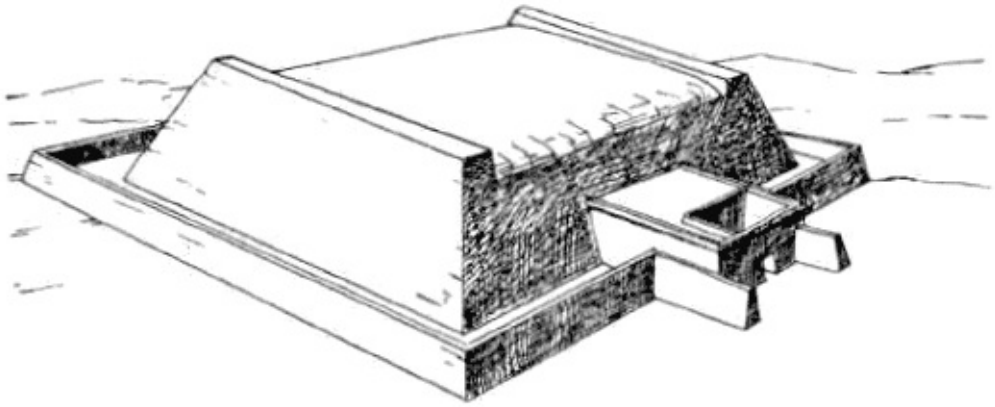


Fig. 137

La 5.ª Dinastía comenzó con Userkaf, que construyó su pirámide en Sakkarah, cerca del complejo de Djoser. Ella fue violada tanto por ladrones como por entierros intrusos. El sucesor del faraón, Sahura, construyó su pirámide al norte de Sakkarah (actual Abusir) y, aunque ella sea una de las más conservadas, (fig 138) nada se encontró en su «cámara mortuoria» rectangular. Sin embargo, la magnificencia de los templos que la rodean, extendiéndose hasta el valle del Nilo, y el hecho de que los salones del templo más próximo al río hayan sido ornamentados con columnas imitando palmeras pueden indicar que la verdadera tumba de Sahura quedaba en las inmediaciones de su pirámide…

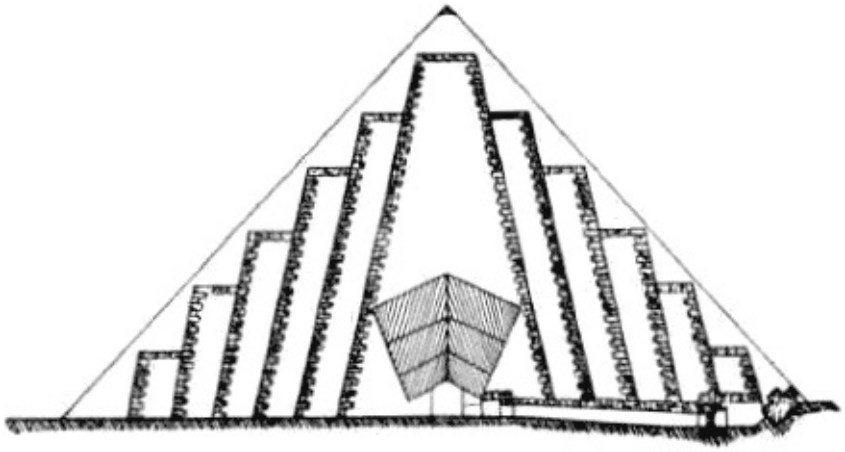


Fig. 138

Neferirkara, que ascendió al trono después de Sahura, construyó su complejo funerario en un lugar no muy distante del escogido por su antecesor. La cámara que existía dentro de su pirámide no terminada (o devastada) fue encontrada también vacía. Hasta hoy no se descubrieron monumentos que hubieran pertenecido a Neferirkara. Sin embargo, el próximo faraón construyó su pirámide usando más madera y ladrillos de arcilla que piedras y por eso sólo restan de ella unas pocas ruinas. Neuserra, el faraón siguiente, construyó su pirámide cerca de la de sus antecesores.

Ella contenía dos cámaras, encontradas vacías, sin el menor vestigio de entierro. Sin embargo, Neuserra es más conocido por su templo funerario, construido en el formato de un obelisco corto y grueso, asentado sobre una pirámide truncada (Fig. 139). El obelisco tenía 36 metros de altura y su ápice, o pyramidion, estaba revestido con chapas de cobre.

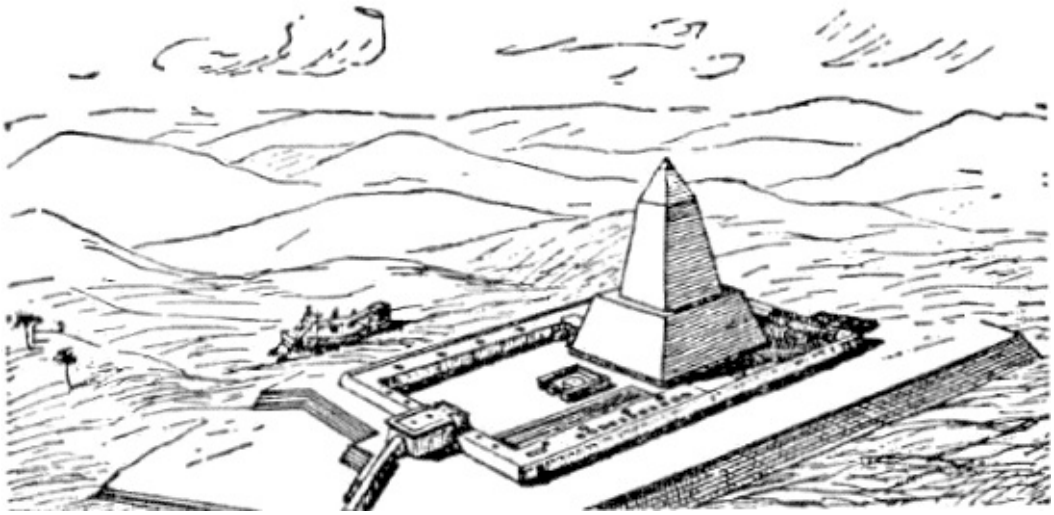


Fig. 139

La pirámide del faraón que sucedió a Neuserra no fue encontrada y es posible que se haya transformado en un monte de escombro cubierto por las arenas cambiantes del desierto. La de su sucesor sólo fue identificada en 1945 y contenía la habitual cámara, también encontrada vacía y sin ningún tipo de decoración.

La pirámide de Unas —el ultimo faraón de la 5.ª Dinastía, o, como prefieren algunos, el primero de la 6.ª— marca un importante cambio de costumbres.

Fue allá que, en 1880, Gastón Maspero encontró los primeros textos de las Pirámides, escritos en las paredes de cámaras y pasillos. Las cuatro pirámides de los faraones de la 6.ª Dinastía, que siguieron a Unas —Teti, Pepi I, Merenra y Pepi II—, presentaban complejos funerarios imitando el de Unas, con la inclusión de los textos en las paredes. Todos los sarcófagos de basalto o granito encontrados en las «cámaras mortuorias» estaban vacíos, con excepción del existente en la pirámide de Merenra, donde había una momia. Luego, sin embargo, quedó establecido que ella no era la del rey, sino representaba un entierro intruso posterior.

¿Y dónde fueron sepultados esos faraones de la 6.ª Dinastía? Los túmulos de ésa dinastía y de las anteriores quedaban todos en el sur de Egipto, en Abydos. Ese indicio, y muchos otros, hace mucho debían haber alejado totalmente la idea de que las tumbas reales eran cenotafios y las pirámides los verdaderos lugares de entierro. Sin embargo, a las viejas creencias les cuestan mucho morir.

Todos los hechos demuestran lo contrario. Las pirámides del Viejo Imperio nunca abrigaron el cuerpo de un faraón porque no fueron erigidas con ese objetivo. Formando parte del viaje simulado del faraón para la Otra Vida, cuando él partía en la

dirección del horizonte, ellas eran marcos para que guiaran su Ka hasta la Escalera al Cielo, función exactamente igual a las de las pirámides originalmente construidas por los dioses, que les servían de puertas cuando ellos «volaban por el firmamento».

Lo que los faraones intentaron copiar, unos después de los otros, sugiero, no fue la pirámide de Djoser, como dicen los libros, sino las Pirámides de los Dioses: las pirámides de Gizeh.

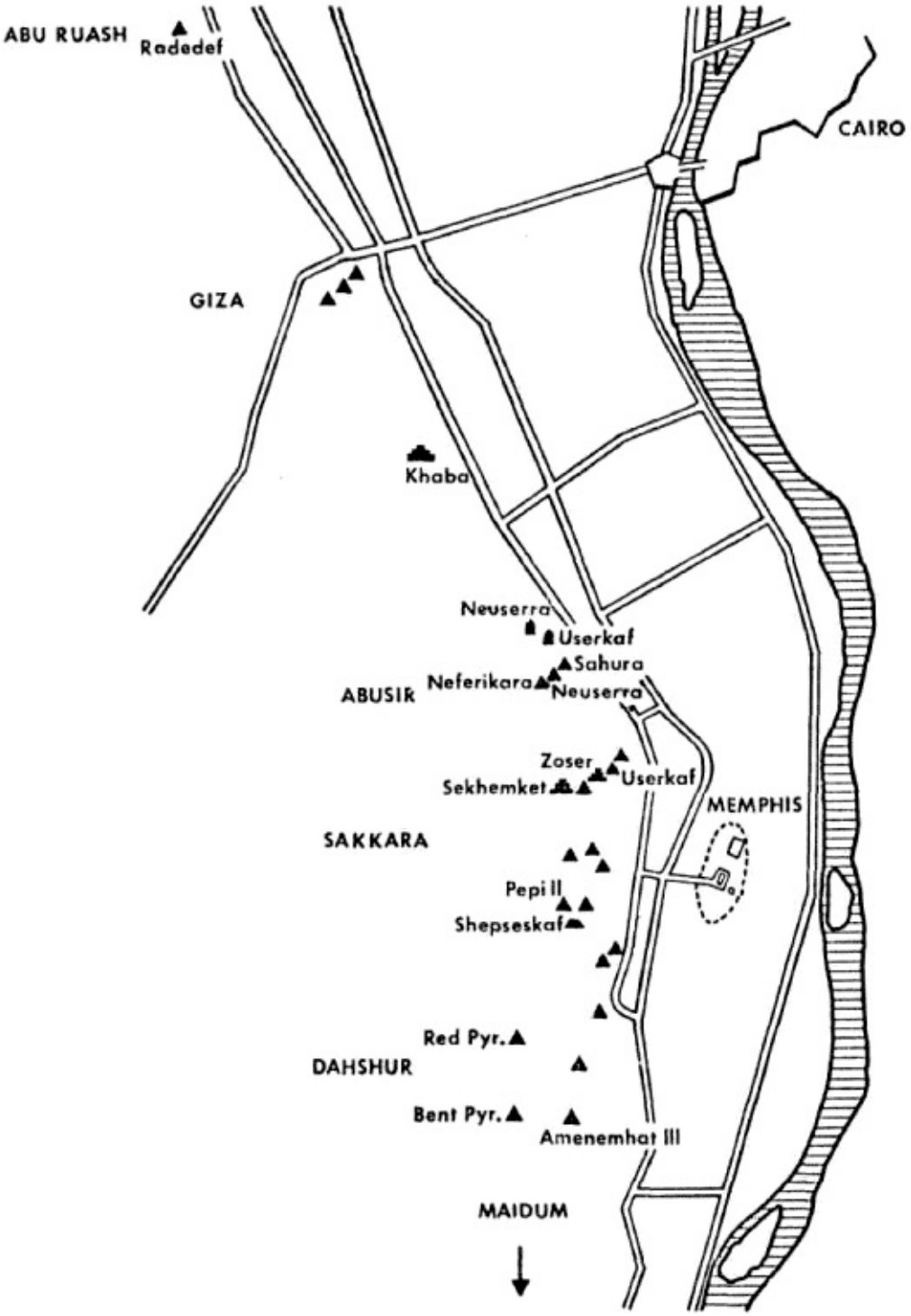


Fig. 140

13

FALSIFICANDO EL NOMBRE DEL FARAÓN

La falsificación como medio de alcanzar fama y fortuna no es un hecho raro en el comercio y en los artes, la ciencia y reliquias de la Antigüedad. Cuando se descubre, la falsificación puede redundar en pérdidas y vergüenza. Cuando no es sancionada, ella puede alterar los registros de la Historia.

Un caso de falsificación, creo, aconteció con La Gran Pirámide y su supuesto constructor, el faraón llamado Khufu.

El re-examen arqueológico sistemático y disciplinado de las casas de campo arqueológicas en el área de Gizeh, que fueron apresuradamente excavados hace un siglo y medio, muchas veces por simples cazadores de tesoros, viene levantando incontables cuestiones relacionadas con algunas de las conclusiones anteriormente aceptadas. Se afirma que la Era de las Pirámides comenzó con la pirámide en escalones de Djoser y que hubo una progresión sucesiva hasta llegar, finalmente, a una pirámide «verdadera». Pero ¿por qué sería tan importante la conquista de una pirámide de caras lisas? Si el arte de las pirámides fue mejorándose con el pasar del tiempo, ¿por qué las posteriores a las de Gizeh eran inferiores, y no mejores, a ella?

¿La pirámide de Djoser habría sido el modelo para las otras o era una copia de algo ya existente? Los estudiosos creen que la primera pirámide en escalones que Imhotep construyó sobre la mastaba «tenía un revestimiento de bellas piedras de calcáreo blanco», como escribe Ahmed Fakhry en *The Pyramids*, añadiendo: «Sin embargo, antes de que el revestimiento quedase terminado, Imhotep planeó una nueva alteración, la superposición de una pirámide mayor». Pero, como sugieren nuevos indicios, aún esa segunda pirámide estaba también revestida para quedar «verdadera», o sea, de caras lisas. Una misión arqueológica de la Universidad de Harvard, dirigida por George Reisner, descubrió que ese revestimiento era de ladrillos de arcilla, que, es claro, inmediatamente se deshicieron con la intemperie, dejando la impresión de que Imhotep construyó una pirámide en escalones. Además de eso, otros equipos arqueológicos descubrieron que el revestimiento era encalado para imitar el calcáreo blanco.

¿A quién intentaba imitar Djoser? ¿Dónde él vio una pirámide verdadera ya erigida y completa, con las caras lisas y el revestimiento pulido? Y si, como dice la actual teoría, las tentativas de construir una pirámide lisa, con caras inclinadas en 52 grados, fracasaron y Snefru tuvo que «trapacear», disminuyendo el ángulo a 43 grados, con lo cual aquélla es considerada la primera pirámide verdadera, ¿por qué su hijo, Khufu/Kéops, tuvo la idea de erigir una pirámide con el difícil ángulo de 52

grados, lo que supuestamente consiguió sin mayores problemas?

Si las pirámides de Gizeh fueron sólo pirámides «comunes» en la cadena «una para cada faraón», ¿por qué el hijo de Khufu, Radedef, no construyó la suya próxima de la pirámide del padre?

Recordémonos de que supuestamente las otras dos no estaban allá, de modo que Radedef tenía un gran espacio libre para su obra. Y, si los ingenieros y arquitectos de su padre ya habían dominado el arte de la construcción de pirámides, pues habían hecho la Gran Pirámide de Gizeh, ¿por qué no lo ayudaron a construir una tan imponente como la de Khufu, en vez de erigir la pirámide muy inferior, que lleva su nombre, y que inmediatamente se deterioró?

Es importante destacar que sólo la Gran Pirámide posee un Pasillo Ascendente, el pasaje que fue encontrado bloqueado con perfección y permaneció escondido hasta el año de 820. ¿El hecho de que todas las otras pirámides construidas fuera de Gizeh no tuvieran ese pasaje no significaría que todos los que intentaron copiar la Gran Pirámide desconocían la existencia del Pasillo Ascendente?

La ausencia de inscripciones jeroglíficas en las tres pirámides de Gizeh también ha motivado especulaciones. Hace un siglo, en *Pyramids, Facts and Fancies*, James Bonwick ya indagaba: «¿Quién puede convencerse de que los egipcios dejarían tan soberbios monumentos sin por lo menos algunos jeroglíficos —ellos, que apreciaban una profusión de inscripciones en todos los tipos de construcciones?». Sólo existen dos explicaciones para esa ausencia: las pirámides fueron construías antes del surgimiento de la escritura jeroglífica o no fueron construidas por los egipcios.

Ésos son algunos de los puntos que fortalecen mi creencia de que cuando Djoser y sus sucesores iniciaron la costumbre de la construcción de pirámides, ellos intentaban copiar las ya existentes, las pirámides de Gizeh. Éstas no fueron un resultado del perfeccionamiento de los esfuerzos iniciados por Djoser, sino prototipos que él y los faraones siguientes intentaron imitar.

Algunos estudiosos del pasado sugirieron que las pequeñas pirámides satélites que se encuentran en Gizeh eran en realidad modelos en escala (1:5), usados por los antiguos de la misma forma que los arquitectos de hoy utilizan modelos en escala para evaluación y orientación. Actualmente se sabe que ellas fueron adiciones posteriores. Sin embargo, creo que hubo un modelo experimental, en tamaño menor, y que él era la Tercera Pirámide, con sus obvios experimentos estructurales. Enseguida, fueron construidas las dos mayores, reafirmo, para servir de marcos de orientación para los Anunnaki.

Y cuanto a Menkara, Chefra y Khufu, que, según nos relata Herodoto, fueron los constructores de esas tres pirámides.

Bien, los templos y el camino elevado que va hasta la Tercera Pirámide suministran indicios de que fueron construidos por Menkara, tales como las

inscripciones con su nombre y las varias estatuas raras, mostrándolo abrazado por Hathor y otras diosas.

Sin embargo, todo lo que ellos atestiguan es que Menkara mandó erigir esas estructuras secundarias que lo asocian con la pirámide. Nada indica que él las construyó. Los Anunnaki, es lógico presumir, necesitaban sólo de las montañas artificiales y no construirían templos para adorarse a sí mismos. Sólo los faraones necesitaban de templos funerarios y otras estructuras relacionadas con su viaje hasta la morada de los dioses.

Dentro de la Tercera Pirámide propiamente dicha no existe ninguna inscripción, estatua o pintura mural. En ella sólo se muestra con austeridad y precisión. La única evidencia encontrada en su interior de que ella habría sido construida como un túmulo para Menkara probó ser falsa. Los fragmentos de un ataúd de madera donde estaba escrito el nombre del faraón, probados con métodos modernos de datación, muestran que ellos son de una época 2 mil años posterior a la del reinado de Menkara. La momia que lo «acompañaba» es del inicio de la era cristiana. Por lo tanto, no existe la menor indicación de que Menkara, o cualquiera otro faraón, tuvo algo a ver con la creación y construcción de la Tercera Pirámide.

La Segunda Pirámide también es completamente austera. Las estatuas con el cartucho de Chefra (la estructura oval indicando el nombre de un faraón) fueron encontradas sólo en los templos próximos a ella y no existe ningún indicio de que él fue el constructor de la pirámide.

¿Y en cuanto la Khufu?

Con una única excepción, que enseguida denunciaré como siendo una probable falsificación, el único indicio de que él construyó la Gran Pirámide es la afirmación de Herodoto (y de un historiador romano, que se basó en su obra). Herodoto describe a Khufu como un faraón que esclavizó a su pueblo por treinta años para construir el camino elevado y la pirámide. Sin embargo, por medio de otros cálculos, se infiere que ese faraón reinó sólo 28 años. Y más, si él era un constructor tan grandioso, bendecido con el auxilio de los mayores arquitectos, ingenieros y albañiles, ¿dónde están sus otros monumentos extraordinarios, dónde están sus estatuas?

No existe nada parecido y la ausencia de cualquier tipo de ruinas de obras de ese tipo sólo demuestra que Khufu era un constructor común, igual a tantos otros del Antiguo Imperio. Creo, sin embargo, que él tuvo una idea brillante. Al ver los revestimientos de ladrillos de las pirámides en escalones deshechos, la pirámide desmoronada en Meidum, la inclinación apresurada de la pirámide de Snefru, el ángulo inadecuado de la segunda construida por ese faraón, Khufu tuvo la gran idea. Allá, en Gizeh, estaban las pirámides perfectas e inigualables. ¿Por qué no pedir a los dioses permiso para asociar a una de ellas los templos funerarios necesarios para su viaje para la Otra Vida? No habría ninguna intromisión en la santidad de la pirámide

en sí. Todos los templos construidos por Khufu, inclusive los del valle, donde él probablemente fue enterrado, quedaban del lado de afuera de la Gran Pirámide, próximos de ella, pero sin tocarla. Y es a causa de ellos que la construcción de la Gran Pirámide es atribuida a Khufu.

Habiendo sido testigo del fracaso de la pirámide de su antecesor, Radedef, Chefra prefirió usar la solución encontrada por Khufu.

Cuando llegó su hora de necesitar de una pirámide, él no vio ningún mal en apropiarse de la Segunda Pirámide, ya hecha, y la rodeó con sus templos y pirámides-satélites. Menkara, su sucesor, lo imitó, conectándose a la última pirámide disponible, la Tercera.

Como las pirámides ya listas habían sido hechas, los faraones siguientes se vieron obligados a conseguir las suyas por el modo más difícil, o sea, intentando construirlas… Tal como aconteció con sus antecesores que intentaron esa empresa antes (Djoser, Snefru, Radedef), sus esfuerzos terminaron en copias inferiores de las tres pirámides perfectas originales.

A primera vista, mi afirmación de que Khufu (como Chefra y Menkara) no tuvo nada a ver con la construcción de la pirámide conectada a su nombre puede parecer absurda. Pero no lo es.

La cuestión sobre Khufu como constructor de la Gran Pirámide comenzó a preocupar los egiptólogos serios hace más de un siglo, cuando fue descubierto el único objeto que menciona directamente a ese faraón como estando conectado a la Gran Pirámide. Lo más intrigante es que la inscripción en él existente afirma que Khufu no construyó la pirámide, que ella ¡ya existía en la época de su reinado!

Esa prueba contundente es una estela de piedra calcárea (Fig. 141), descubierta por Auguste Mariette alrededor de 1850, en las ruinas del templo de Isis, cerca de la Gran Pirámide.

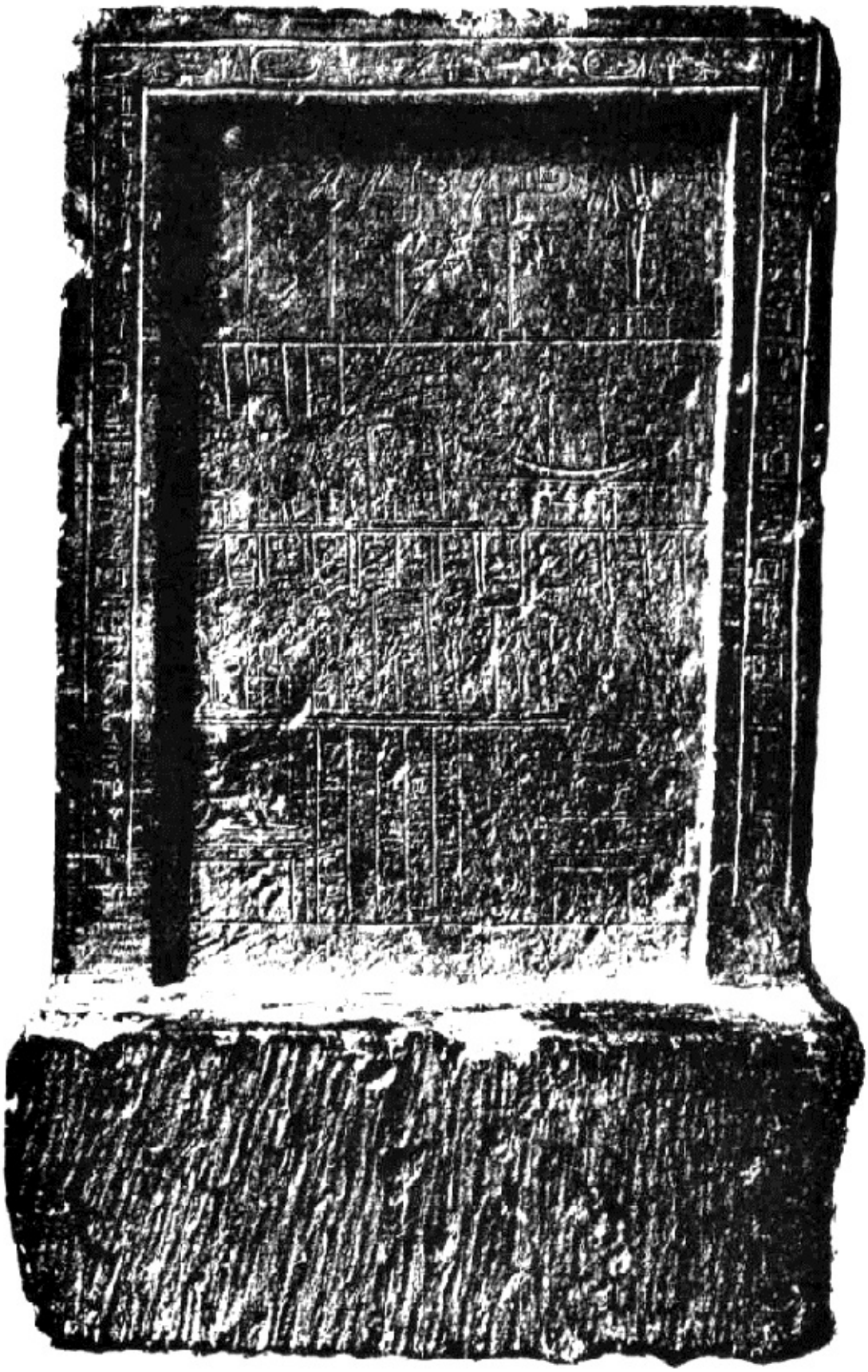


Fig. 141

La inscripción identifica esa estela como un monumento auto-laudatorio, que Khufu mandó erigir para conmemorar la reforma del templo de Isis y restauración de las imágenes y emblemas de los dioses en él existentes, obra hecha bajo sus órdenes.

Los versos de apertura lo identifican claramente por su cartucho:

Ankh Hor Mezdau Viva Horus Mezdau;
Suten-bat (al) Rei (del) Alto y Bajo Egipto
Khufu tú ankh Khufu, ¡es dada vida!

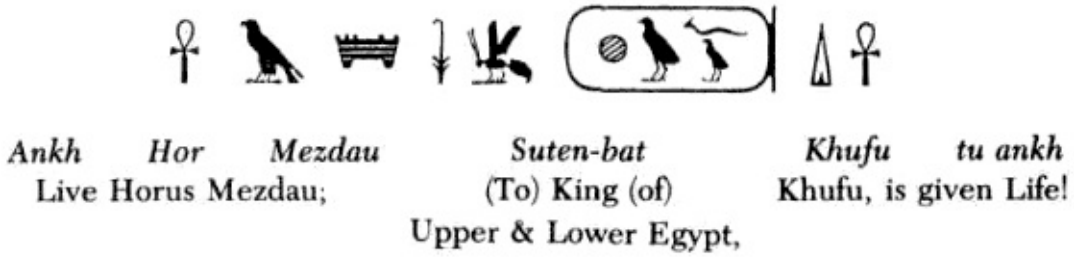


Fig. 141b

Esa obertura común, invocando al dios Horus y pidiendo larga vida para el rey, es seguida de las declaraciones explosivas:

Él fundó la casa de Isis,
Dueña de la Pirámide
Al lado de la casa de la Esfinge

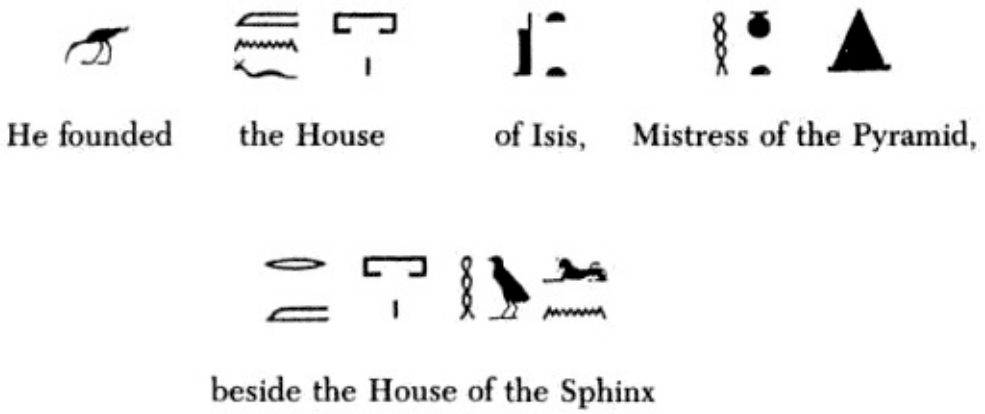


Fig. 141c

Según la inscripción de la estela que se encuentra en el Museo del Cairo, la Gran Pirámide ya existía cuando Khufu entró en escena y ella pertenecía a la diosa Isis, y no al faraón. Además de eso, la Esfinge (que ha sido atribuida a Chefra, que la habría construido junto con La Segunda Pirámide) también ya estaba en su actual localización. La continuación de la inscripción describe la posición de la Esfinge con gran exactitud y registra que ella fue dañada por un rayo —evento perceptible hasta los días de hoy.

Khufu prosigue diciendo que construyó una pirámide para la princesa Henutsen «al lado del templo de la diosa». Los arqueólogos encontraron pruebas independientes de esa estela de que una de las tres pequeñas pirámides situadas al lado de la Grande, más al sur de ella, era de hecho dedicada la Henutsen, una esposa de Khufu. Así, todo lo que está grabado en la estela concuerda con los hechos

conocidos y queda bien claro que en ella el faraón afirma sólo que construyó la pirámide pequeña. La Gran Pirámide y la Esfinge (y, por inferencia, las otras dos) ya estaban allá.

El apoyo a mis teorías se fortalece cuando leemos en otra parte de la estela la inscripción que dice que la Gran Pirámide también era llamada de «La montaña Occidental de Hathor».

Viva Horus Mezdau;
Al rey del Alto y Bajo Egipto, Khufu,
Es dada la vida.
Para su madre Isis, la Divina Madre,
Dueña de la montaña Occidental de Hathor,
Él hizo esta inscripción.
Él le hizo una nueva ofrenda sagrada.
Le construyó una casa [templo] de piedra,
Renovó los dioses encontrados en su [antiguo] templo.

Hathor, debemos recordar, era la señora de la península del Sinaí.

Así, si la Gran Pirámide era la montaña Occidental de Hathor, tenía que existir una montaña Oriental —el pico más alto de la península— y ambas funcionaban como porterías del corredor de Aterrizaje de los dioses.

Esa «Estela del Inventario», como ella vino a ser conocida, tiene todas las señales de autenticidad. Sin embargo, los estudiosos de la época de su descubrimiento y muchos otros desde entonces se mostraron incapaces de ajustarse a las ineludibles conclusiones que deben ser extraídas de ella. No deseando desbalancear toda la estructura del estudio de las pirámides, ellos la proclamaron como siendo una falsificación, una inscripción hecha «mucho después de la muerte de Khufu» (para citar a Selim Hassan en *Excavations at Giza*), invocando su nombre «para apoyar alguna afirmación ficticia de los sacerdotes locales».

James H. Breasted, cuya obra *Ancient Records of Egypt* es el trabajo guía sobre las antiguas inscripciones, escribió en 1906 que «las referencias a la Esfinge y al templo situado al lado de ella, en la época de Khufu, hicieron ese monumento (la estela), desde el inicio, objeto de gran interés. Ellas serían de máxima importancia si el monumento fuera contemporáneo de Khufu; sin embargo, las pruebas ortográficas que la sitúan en una fecha posterior son enteramente conclusivas». Breasted discordaba de Gastón Maspero, el más afamado egiptólogo de la época, que había afirmado que la estela, aunque tuviera una ortografía posterior a la usada en el tiempo de Khufu, era copia de un original más antiguo y auténtico. A pesar de sus dudas, Breasted incluyó la estela entre los registros de la 4.ª Dinastía. Maspero, cuando escribió su amplia obra *The Dawn of Civilization*, en 1920, aceptó el contenido de la estela como un dato factual sobre la vida y las actividades de Khufu.

Pero ¿por qué tanta renuencia en aceptar esa pieza como auténtica?

La Estela del Inventario fue sancionada como siendo una falsificación porque sólo una década antes de su descubrimiento la identificación de Khufu como

constructor de la Gran Pirámide parecía haber sido inequívocamente establecida. Esas pruebas, aceptadas como concluyentes, eran inscripciones hechas en tinta roja, encontradas en pequeños compartimentos descubiertos sobre la cámara del Rey, que fueron interpretadas como siendo marcas hechas en las canteras, durante la extracción de los bloques, o por los albañiles, durante la construcción de la obra, en el 182.º año del reino de Khufu (Fig. 142).

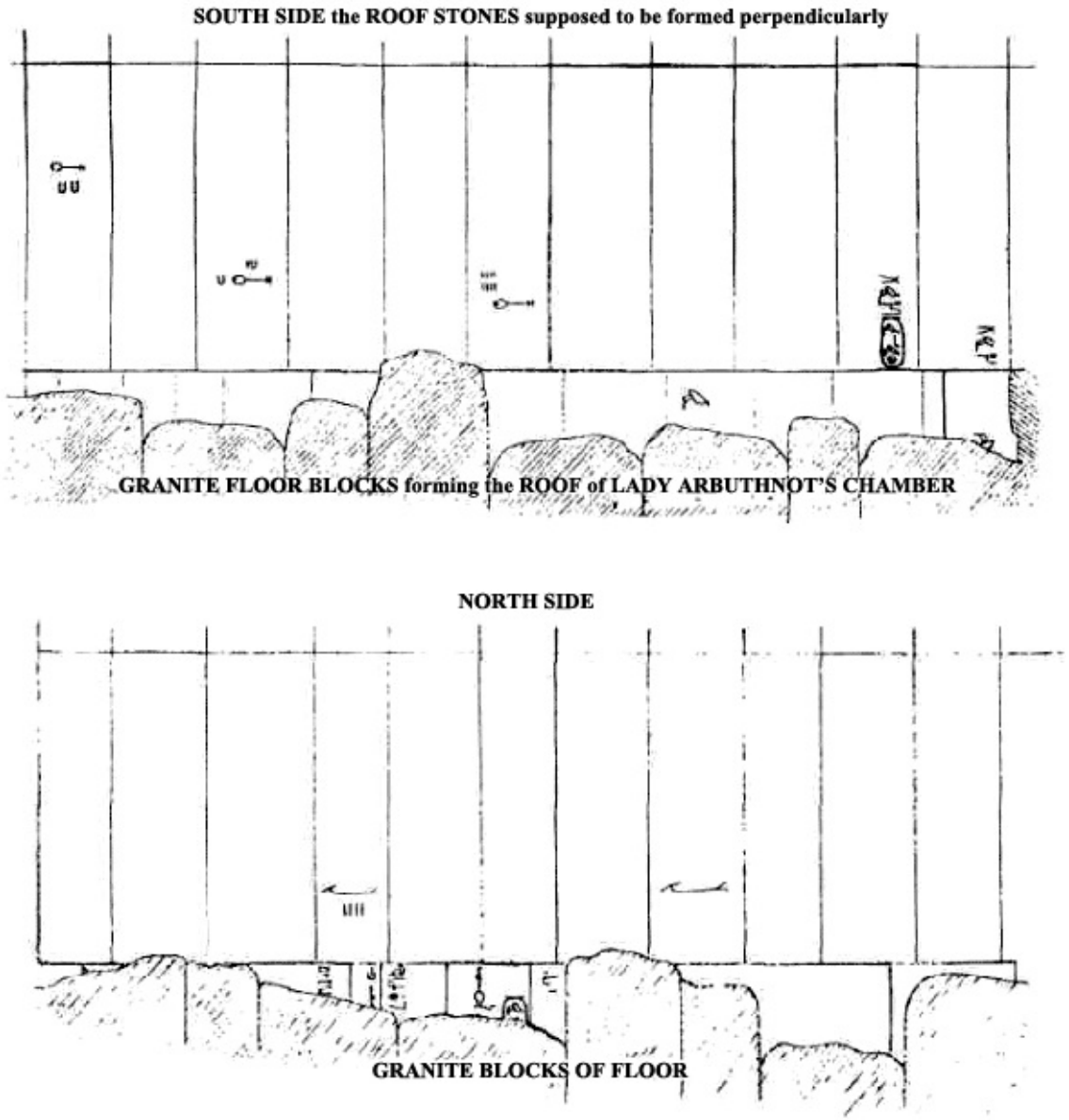


Fig. 142

Como esos compartimentos estaban herméticamente cerrados, jamás habiendo sido penetrados hasta su descubrimiento en 1837, las 324 marcas sólo podrían ser auténticas y, por lo tanto, La Estela del Inventario tenía que ser una falsificación.

Sin embargo, cuando analizamos minuciosamente las circunstancias en que aparecieron las marcas en tinta roja y quienes fueron sus descubridores —una investigación que nunca nadie se preocupó en hacer—, la conclusión que emerge es la siguiente: si hubo una falsificación, ella no aconteció en la Antigüedad, sino en el

año de 1837. Y los falsificadores no fueron «algunos sacerdotes locales», sino dos (o tres) ingleses inescrupulosos.

La historia comienza el 29 de diciembre de 1835, con la llegada a Egipto del coronel Richard Howard Vyse, la «oveja-negra» de una aristocrática familia británica. En esa época, otros oficiales del ejército de Su Majestad ya se habían destacado como «anticuarios», como eran llamados los arqueólogos de la época, presentando informes ante las más afamadas sociedades científicas y recibiendo la debida aclamación pública. Puede que Vyse haya o no ido a Egipto en busca de fama, el hecho es que al visitar las pirámides de Gizeh él fue inmediatamente arrebatado por la fiebre de los descubrimientos diarios que atacaba a legos y académicos. Vyse se cautivó en especial con las historias y teorías de un cierto Giovanni Battista Caviglia, que había estado buscando una cámara secreta dentro de la Gran Pirámide.

Pocos días después del encuentro entre los dos hombres, Vyse se ofreció para financiar a Caviglia en sus investigaciones, siempre que fuera citado como co-descubridor. Caviglia rechazó la propuesta en el mismo instante y Vyse, ofendido, partió para Beirut a finales de febrero de 1836, con el objetivo de visitar la Siria y el Asia Menor.

Sin embargo, el largo viaje no fue capaz de aplacar la ambición que había crecido dentro de él. En vez de volver a Inglaterra, Vyse desembarcó nuevamente en Egipto en octubre de 1836. En su estadía anterior, él había hecho amistad con un ardiloso intermediario llamado J. R. Hill, en esa época superintendente de una metalúrgica. En esa segunda visita, Hill lo presentó a un cierto «Sr. Sloane», que le confió que existían medios de obtener un firma —un aval— del gobierno egipcio, dando a su poseedor derechos exclusivos de excavación en Gizeh. Así orientado, Vyse buscó al cónsul británico, el coronel Campbell, para que lo ayudara a conseguir la documentación necesaria. Sin embargo, al recibir la firma, él se llevó una sorpresa al ver que él nombraba a Sloane y a Campbell como «co-autorizados» y designaba Caviglia como supervisor de las obras de excavación. El 2 de noviembre de 1836, Vyse, desalentado, pagó a Caviglia «mi primera parte de 200 dólares», como escribió él en sus crónicas, y partió disgustado a una visita al Alto Egipto.

Como es relatado por el propio Vyse en su libro *Operations Carried on at the Pyramids of Gizeh*, él volvió a Gizeh el 24 de enero de 1837 «ansioso por ver que adelantos habían sido hechos». Sin embargo, constató que Caviglia y sus hombres se dedicaban sólo a excavar las tumbas en torno a la pirámide para retirar las momias. La furia del coronel sólo disminuyó cuando el italiano le garantizó que tenía algo de peso para mostrarle: ¡inscripciones hechas por los constructores de las pirámides!

Las excavaciones en las tumbas mostraron que los antiguos canteros, los trabajadores que cortaban los bloques de roca en las canteras, a veces los marcaban con tinta roja. Caviglia afirmó que las había encontrado en la base de la Segunda

Pirámide. Sin embargo, cuando llevó Vyse a verlas y los dos las examinaron más atentamente, vieron que la «tinta roja» no pasaba de manchas naturales en las piedras.

¿Y en cuanto a la Gran Pirámide? Caviglia, que trabajaba en su interior con la intención de descubrir hasta adónde iban los «ductos de aire» que salían de la cámara del Rey, se convencía cada vez más de que existían otros compartimentos secretos además del descubierto por Nathaniel Davison inmediatamente por encima de la cámara del Rey en 1765 (fig 143), que eran alcanzados por un pasaje mucho estrecho.

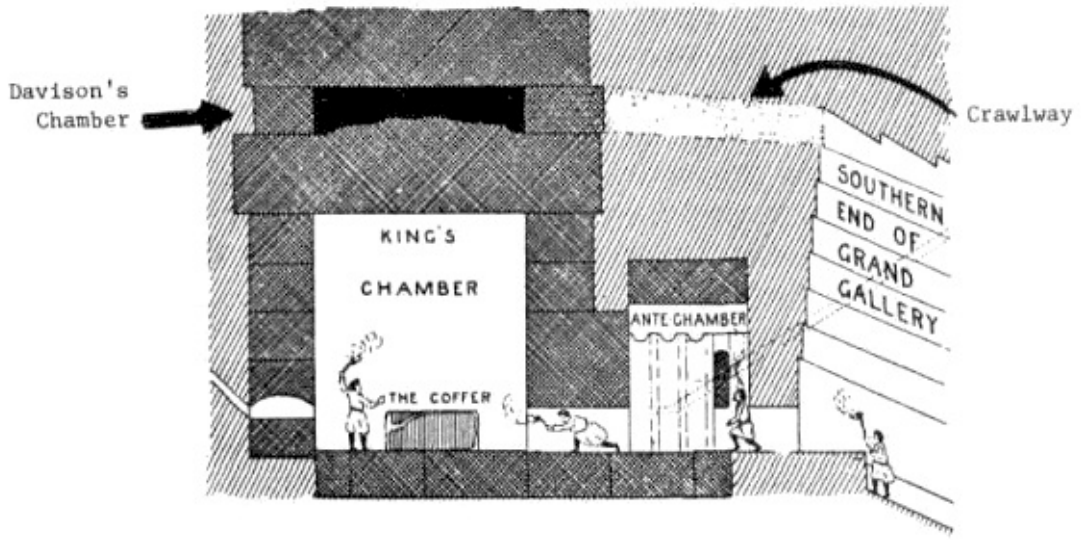


Fig. 143

Vyse exigió que los trabajos fueran concentrados allí, pero se quedó bastante frustrado cuando percibió que Caviglia y Campbell estaban más interesados en desenterrar momias y otros objetos deseados por todos los museos del mundo, y que la amistad entre los dos era tanta que el italiano le daría a la gran tumba que descubriría el nombre de «tumba de Campbell».

Decidido a ser la estrella del espectáculo que estaba financiando, Vyse dejó El Cairo, mudándose a un lugar próximo a las pirámides. «Naturalmente yo deseaba hacer algunos descubrimientos antes de volver a Inglaterra», confesó él en su diario, el día 27 de enero de 1837. Finalmente, estaba lejos de casa y ocasionando grandes gastos su familia hacía más de un año.

Las semanas siguientes, el desentendimiento y las acusaciones contra Caviglia fueron aumentando. El 11 de febrero de 1837, los dos tuvieron una discusión violenta. El día siguiente, Caviglia hizo importantes descubrimientos en la tumba de Campbell: un sarcófago con jeroglíficos y marcas en tinta roja en las paredes del sepulcro. El día 13, Vyse despidió a Caviglia y lo mandó dejar inmediatamente el lugar de las excavaciones. Éste sólo regresó una única vez, el día 25, para recoger sus pertenencias. Los años que siguieron, Caviglia hizo varias «acusaciones descalificadoras» a Vyse, según las palabras del propio coronel, pero cuya naturaleza él evita detallar.

¿Habría sido la pelea un desentendimiento legítimo o Vyse creó una situación insostenible para poder quitar a Caviglia del lugar de las excavaciones?

Acontece que Vyse visitó en secreto la Gran Pirámide en la noche de 12 de febrero, acompañado por John Perring, un ingeniero del Departamento de Obras Públicas de Egipto y diletante en egiptología, a quienes había conocido a través del despierto Sr. Hill. Los dos examinaron una hendidura intrigante que había surgido en un bloque de granito del techo de la cámara de Davison. Cuando metieron una varilla de sauce en el orificio, ella pasó libre, sin doblarse. Obviamente había un espacio libre por encima del techo.

¿Qué tramaron ellos dos durante aquella visita nocturna?

Podemos adivinarlo por los eventos que siguieron. El hecho es que Vyse despidió a Caviglia a la mañana siguiente y colocó a Perring en su hoja de pago. En su diario, el coronel confesó:

«Estoy decidido a hacer excavaciones por encima del techo de la cámara (de Davison) donde espero encontrar un apartamento sepulcral». Mientras él derramaba más dinero y hombres en su empresa, miembros de la realeza y otros dignatarios llegaban a Gizeh para admirar los descubrimientos hechos en la tumba de Campbell, pero había muy poco que ver dentro de la pirámide.

Vyse, frustrado, mandó a sus trabajadores perforar el hombro de la Esfinge, esperando por lo menos encontrar marcas de pedrería en ella. No obteniendo éxito, volvió nuevamente su atención a la cámara escondida.

Alrededor de mediados de marzo, Vyse se vio delante de un nuevo problema: sus hombres estaban siendo atraídos hacia proyectos más productivos. Él se ofreció, entonces, a doblar sus salarios, siempre que trabajaran día y noche, pues el tiempo estaba escaseando e pronto el permiso de excavación iba a expirar. Desesperado, Vyse se olvidó de la cautela y ordenó el uso de explosivos para reventar las piedras que bloqueaban su avance.

En 27 de marzo, los trabajadores consiguieron abrir un agujero en un bloque de granito. En una actitud irracional, Vyse despidió a su capataz, un cierto Paulo. El día siguiente, escribió en su diario: «Prendí una vela en la punta de una vara y la pasé por el pequeño agujero en el techo de la cámara de Davison; tuve el disgusto de descubrir que el compartimiento superior era igual al primero en construcción». Él había encontrado la «cámara sepulcral» (Fig. 144).

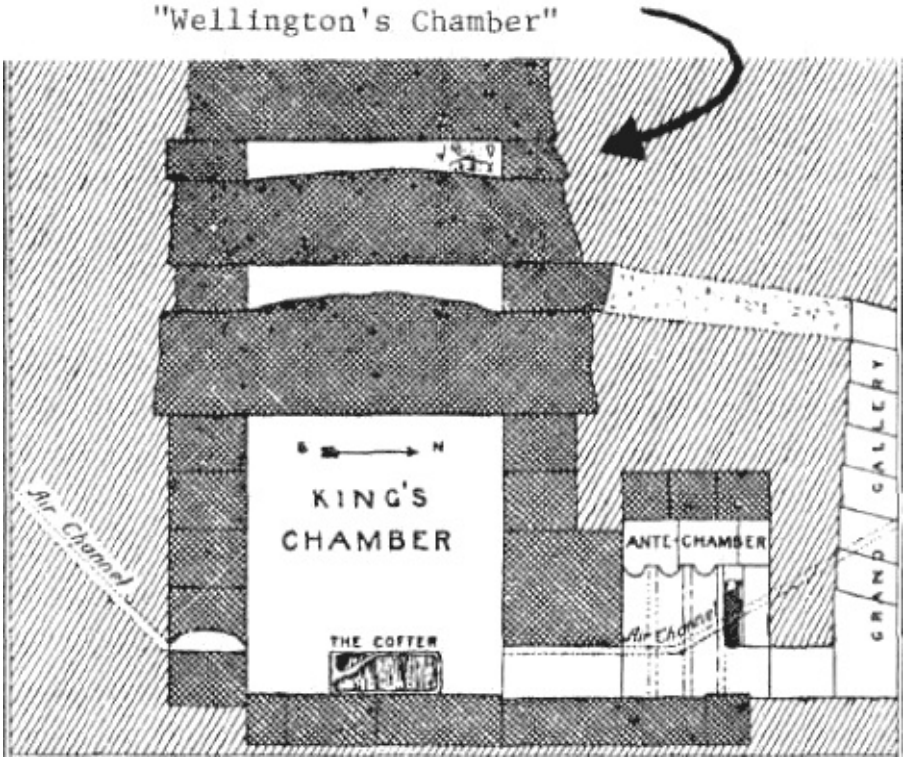


Fig. 144

Usando pólvora para ampliar el orificio, Vyse entró en la cámara recién descubierta el 30 de marzo, acompañado por el Sr. Hill, y los dos la examinaron minuciosamente. Ella estaba herméticamente cerrada, sin ningún tipo de entrada, el piso formado por el lado áspero de los bloques de granito que constituían el techo de la cámara de Davison. «Un sedimento negro se distribuía por igual sobre todo el piso, mostrando cada una de nuestras huellas». (La naturaleza de ese polvo negro «acumulado con alguna profundidad» jamás fue determinada). El techo estaba «finamente pulido» y tenía encajes de excelente calidad. No había dudas de que la cámara nunca había sido visitada antes, pero ella no contenía ni sarcófago ni tesoros.

Estaba completamente vacía y con las paredes desnudas.

Vyse ordenó que el agujero fuera aumentado aún más y envió un mensaje al cónsul británico comunicando que había dado al compartimiento recién descubierto el nombre de «cámara de Wellington».

Veamos ahora lo que el coronel habla en la continuación de su entrada en el diario de aquel día: «A la noche, cuando llegaron el Sr. Perring y el Sr. Mash, entramos en la cámara de Wellington y comenzamos a medirla. Mientras hacíamos las mediciones, ¡encontramos las marcas hechas en la cantera!». ¡Qué súbito y extraordinario golpe de suerte!

Esas señales eran similares a las marcas de cantera escritas en tinta roja encontradas en las tumbas del lado de afuera de la pirámide. Es extraño que Vyse y el Sr. Hill no las hubieran visto en la noche anterior, cuando examinaron minuciosamente la cámara. El singular descubrimiento sólo aconteció en la presencia de dos testigos, el Sr. Perring y el Sr. Mash, un ingeniero que estaba visitando la

cámara a su invitación.

El hecho de que la cámara de Wellington era casi idéntica a la de Davison llevó Vyse a sospechar que podría existir algún otro compartimiento por encima de ellas. Por motivos ignorados, el 4 de abril, él despidió al otro capataz, un hombre llamado Giachino. El 14 de abril, el cónsul británico y el cónsul austriaco visitaron el lugar de las excavaciones y solicitaron copias de las marcas hechas en la cantera. Vyse entonces mandó a Perring y a Mash encargándoles ese trabajo, pero los instruyó a copiar primero las marcas descubiertas en la tumba de Campbell, dejando para después las de la Gran Pirámide.

Con la liberación del uso de la pólvora, el compartimiento por encima de la cámara de Wellington, que Vyse bautizó como «cámara de Nelson» en honor del almirante, fue abierta el 25 de abril. Estaba tan vacía como las otras y presentaba la misma misteriosa piedra negra.

Vyse relató haber encontrado «varias marcas de cantera escritas en tinta roja en los bloques de granito, en especial en la pared oeste».

Durante todo ese tiempo, el Sr. Hill entraba y salía de las cámaras recién descubiertas, ostensiblemente, para escribir en ellas los nombres de Wellington y Nelson. El día 27, el mismo Sr. Hill —no Perring o Mash— copió las marcas de cantera encontradas en ellas (Fig. 145a). Vyse reprodujo las de la cámara de Nelson en su libro.

El 7 de mayo, fue abierto el camino para un compartimiento más que Vyse bautizó de «cámara de lady Arbuthnot». En su diario, él no registra el encuentro de marcas de cantera, aunque más tarde ellas existieran allí en profusión (Fig. 145b).

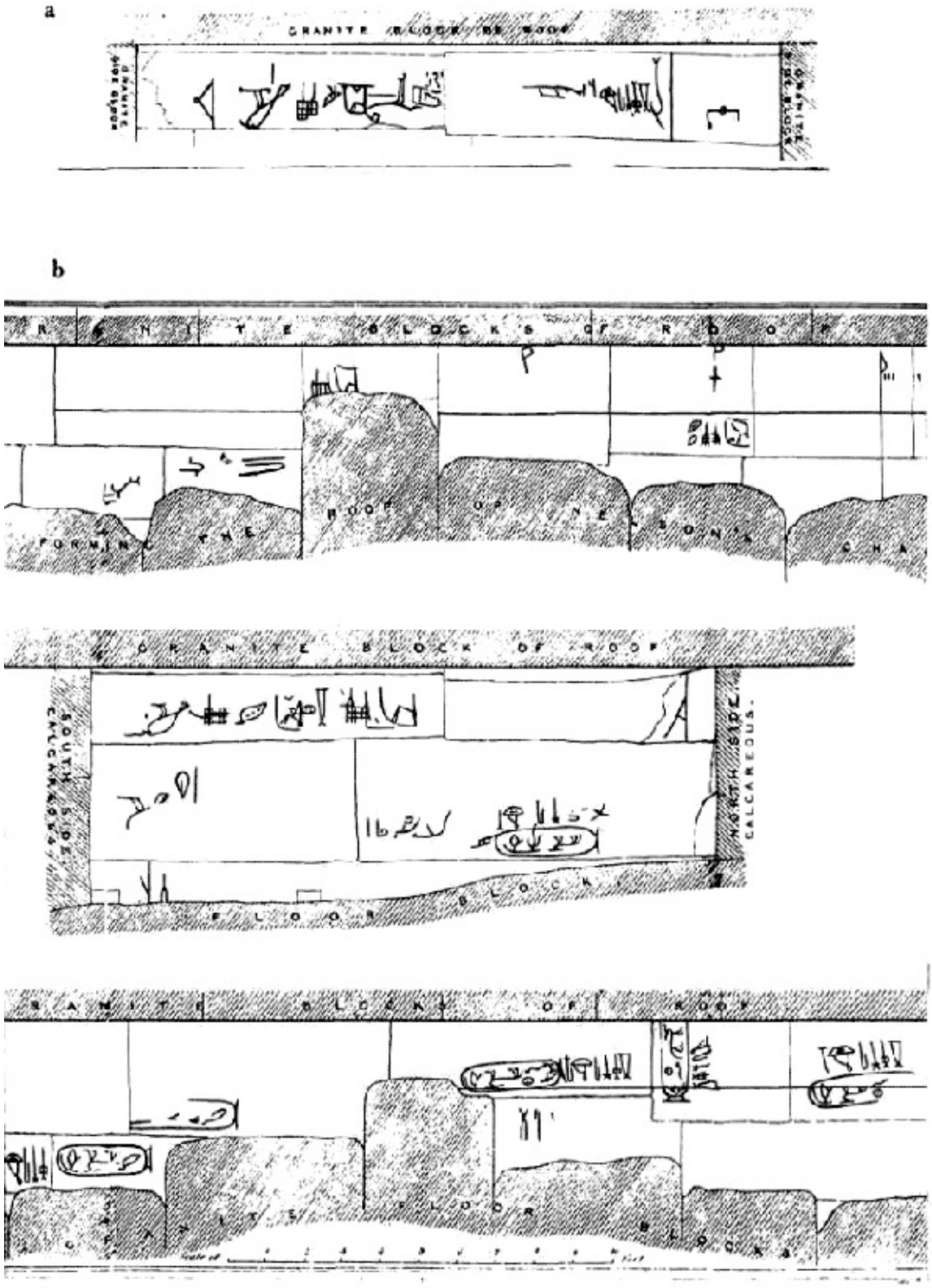


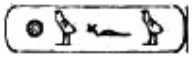
Fig. 145

Lo sorprendente en esas nuevas marcas era que ellas incluían un gran número de cartuchos, que sólo podían significar nombres de reyes. ¿Habría Vyse encontrado una prueba irrefutable, del nombre del faraón que construyó la pirámide?

En 18 de mayo, un cierto dr. Walni «solicitó copias de los caracteres encontrados en la Gran Pirámide para enviarlas al Sr. Rosellini», siendo éste un eminente

egiptólogo especializado en descifrar nombres reales. Vyse rechazó terminantemente a atender al pedido.

El día siguiente, acompañado de lord Arbuthnot, el Sr. Brethel y el Sr. Raven, Vyse entró en la cámara de lady Arbuthnot y los cuatro compararon «los dibujos del Sr. Hill con las marcas de cantera de la Gran Pirámide; enseguida, suscribieron un testimonio de su exactitud». Poco tiempo después, la última cámara fue abierta y más marcas, inclusive un cartucho, fueron descubiertas. Vyse entonces partió al El Cairo, donde presentó las copias autentificadas de las inscripciones a la Embajada británica, para que fueran oficialmente enviadas a Londres.

Vyse consideraba su trabajo en la Gran Pirámide como terminado. Él descubrió cuatro compartimentos hasta entonces desconocidos y hubo probado la identidad del constructor del monumento, pues dentro de los cartuchos estaba escrito el nombre Kh-u-f-u. 

Y es en ese descubrimiento que los libros vienen basándose hasta los días de hoy.

El impacto de los descubrimientos de Vyse fue enorme y en poco tiempo él consiguió una confirmación de los peritos del Museo Británico, lo que garantizó su aceptación.

No se sabe de cierto cuándo las copias hechas por el Sr. Hill llegaron al museo y cuándo Vyse recibió el resultado del análisis de los peritos, pero en su crónica de 27 de mayo de 1837 él transcribió la opinión del Museo Británico (dada por el especialista en jeroglíficos Samuel Birch), que confirmaba sus expectativas: los nombres en los cartuchos podían ser leídos como Khufu o variaciones de él. Como había dicho Herodoto, Kéops había sido el constructor de la Gran Pirámide.

Sin embargo, en la emoción que siguió, poca atención le fue dada a los muchos «si» y «pero» del informe del museo. Además de eso, él contenía la pista que me llevó a creer en una confabulación: un error grosero del falsificador.

Para comenzar, el Sr. Birch no se entusiasmó mucho con la ortografía y el texto de muchas marcas. «Los símbolos y jeroglíficos pintados en rojo por el escultor o albañil en los bloques de las cámaras de la Gran Pirámide son aparentemente marcas hechas en la cantera», escribió él en el párrafo de apertura, y prosiguió: «Aunque no muy legible, porque fueron sido escritas en caracteres semi-hieráticos o lineal-jeroglíficos, ellas poseen puntos de considerable interés…».

Lo que intrigó el Sr. Birch fue que las marcas de cantera del inicio de la 4.ª Dinastía estaban claramente hechas en una escritura que sólo hubo comenzado a aparecer siglos después.

Habiéndose originado de la pictografía —escrita con figuras—, la escritura hieroglífica exigía gran habilidad y mucho tiempo de entrenamiento. Así, con el pasar del tiempo, comenzó a entrar en uso, especialmente en transacciones comerciales, una escritura más simple y rápida, más lineal, que es llamada como Hierática por los

especialistas. Entonces, los símbolos encontrados por Vyse eran de otro periodo. El Sr. Birch también encontró gran dificultad en leerlos. Varios de ellos le parecieron «escritos en caracteres casi hieráticos», por lo tanto de un periodo muy posterior al surgimiento de los semi-hieráticos. Algunos símbolos eran raros, nunca habían sido vistos antes en cualquiera otra inscripción de Egipto: «El cartucho de Sufis (Kéops) es seguido por un jeroglífico para el cual sería difícil encontrar un paralelo». Otros símbolos eran «igualmente de difícil solución».

El perito también se quedó muy intrigado con «una curiosa secuencia de símbolos» de la cámara superior, con techo en V invertida, que Vyse había bautizado como «cámara de Campbell». En ella, la señal para el «bueno, bondadoso» estaba usado como un numeral, algo jamás visto antes. Esos numerales escritos de manera rara supuestamente significarían «18.º año» (del reino de Khufu).

Las señales que venían después del cartucho real (escritos «en la misma caligrafía lineal») también causaron extrañeza al perito.

Birch partió de la hipótesis de que ellos debían expresar un título cualquiera, algo como «Poderoso en el alto y Bajo Egipto», pero la única similaridad que pudo encontrar con esa hilera de símbolos fue una que deletreaba «un título que existe en el ataúd de la reina de Amasis», del periodo saítico. Birch no vio necesidad de añadir que el faraón Amasis reinó en el siglo VI a. C. —por lo tanto, ¡más de 2 mil años después de Khufu!

Sea que quién sea el autor de las marcas supuestamente descubiertas por Vyse, él empleó un método de caligrafía (lineal), escrituras (semi-hierático y hierático) y títulos de periodos varios —y ninguno de la época de Khufu o antes de él.

El autor tampoco era muy letrado, pues gran parte de los jeroglíficos estaban incompletos, fuera de lugar, poco claros o a la sazón eran completamente desconocidos.

(Analizando esas inscripciones un año después, el más famoso egiptólogo alemán de la época, Karl Richard Lepsius, también se mostró intrigado con el hecho de que ellas «hayan sido hechas con pincel y tinta roja en una escritura cursiva, de tal forma que se parecen a las señales hieráticas». Él afirmó también que algunos de los jeroglíficos que venían después del cartucho le eran completamente desconocidos y «soy incapaz de explicarlos»).

Volviendo a la principal cuestión sobre la cual le fuera solicitado dar una opinión —la identidad del faraón nombrado en las inscripciones—, Birch lanzó una bomba: ¡había dos nombres reales dentro de la pirámide!

¿Sería posible que dos faraones hayan construido la misma pirámide? Si fuera eso lo que aconteció, ¿quiénes eran ellos?

Según Birch, los dos nombres no eran desconocidos, pues «ya fueron encontrados en tumbas de operarios empleados por los monarcas de ésa dinastía» refiriéndose a la

4.ª Dinastía, a cuyos faraones eran atribuidas las pirámides de Gizeh. Uno de los cartuchos (Fig 146a) fue leído como Saufou o Shoufou; el otro (Fig 146b), por incluir el carnero, símbolo del dios Khnum, como Senekhuf o Seneshoufou.

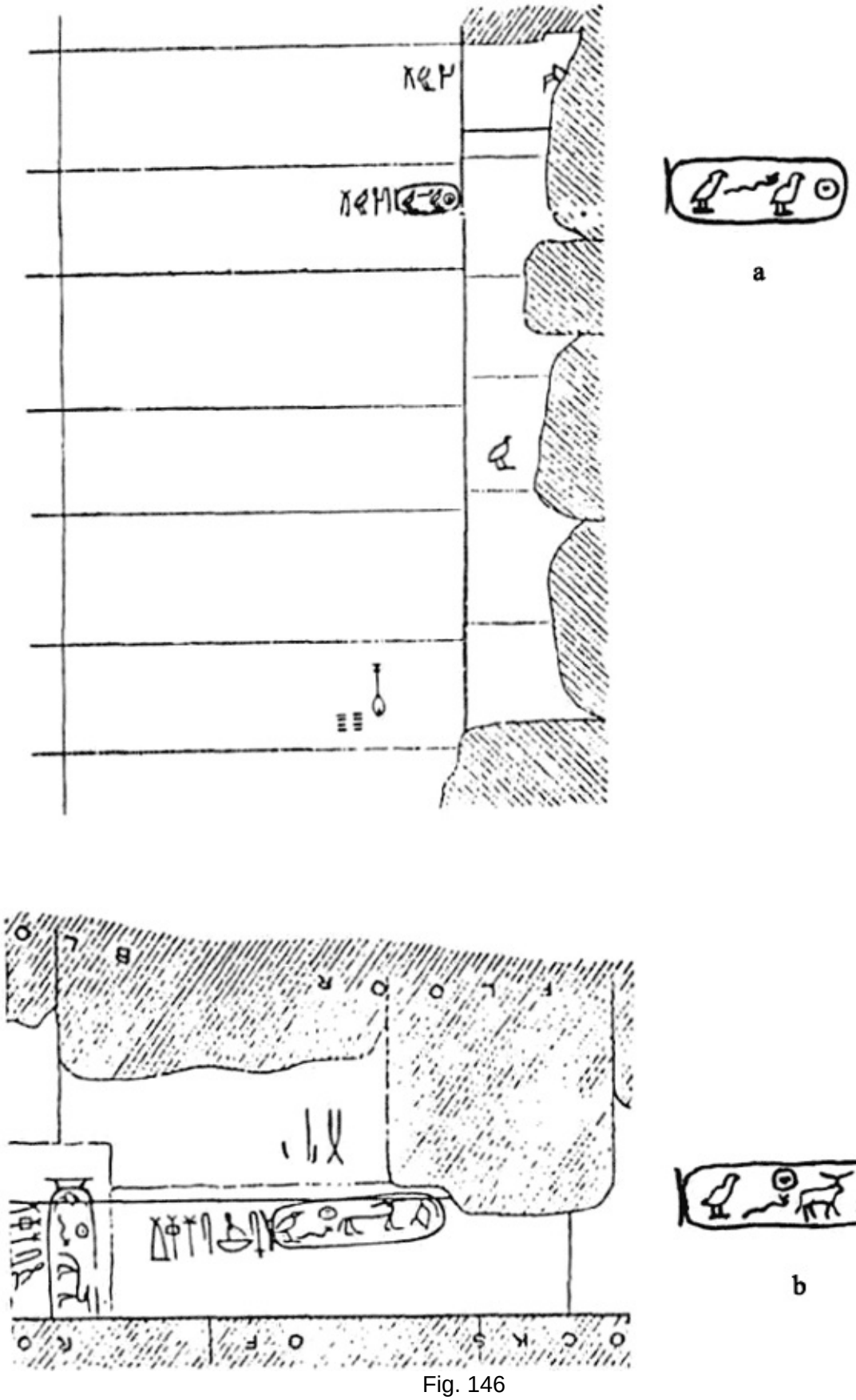


Fig. 146

Intentando analizar el significado del nombre con el símbolo del carnero, Birch destacó que «un cartucho similar al primero encontrado en la cámara de Wellington fue publicado por el Sr. Wilkinson y el Sr. Rosellini, que leen en los elementos fonéticos que lo componen “Seneshufo”, que el Sr. Wilkinson supone significan “el hermano de Sufis”».

Que un faraón pueda terminar una pirámide comenzada por su predecesor es una teoría bien aceptada por los egiptólogos (como en el caso de la pirámide de Meidum). ¿Ello no explicaría la presencia de dos nombres reales en una misma pirámide? Tal vez, pero ciertamente no serviría para explicar el caso que estamos analizando.

En la Gran Pirámide eso es imposible debido a la localización de los varios cartuchos (Fig. 147).

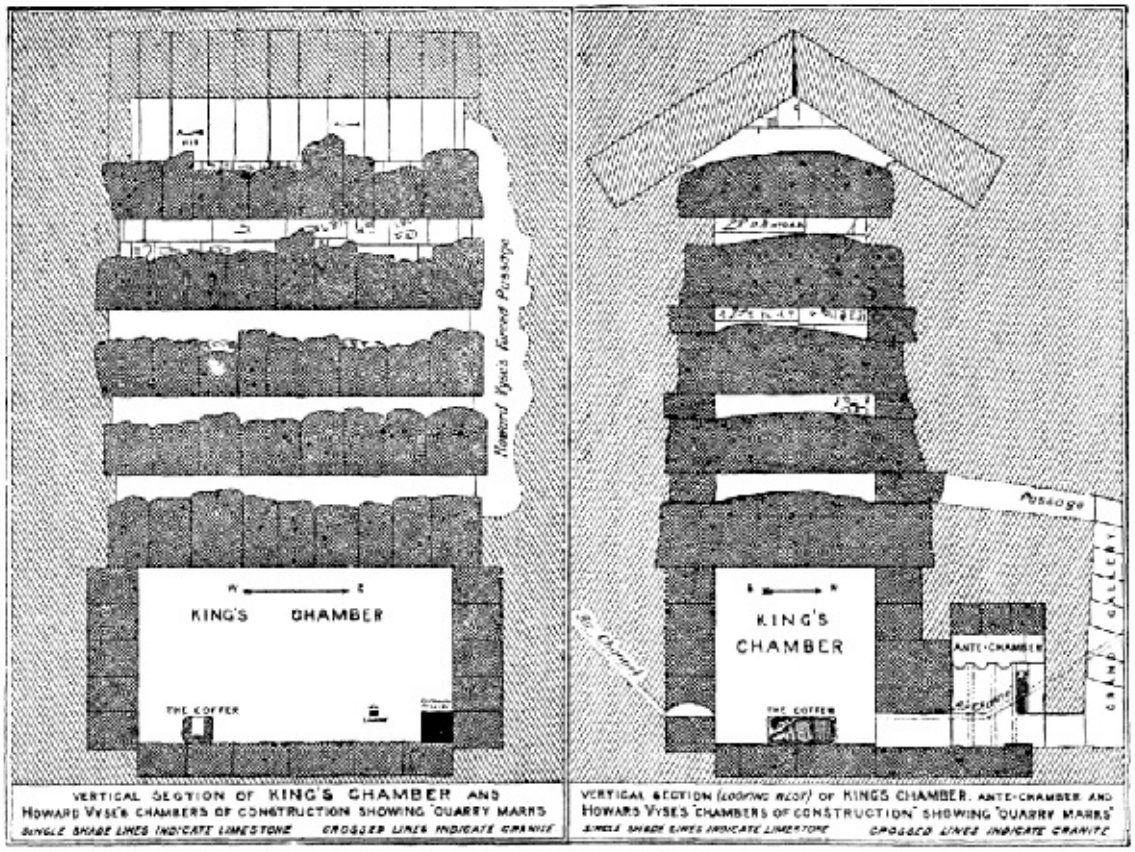


Fig. 147

El de Kéops/Khufu fue encontrado solamente en el compartimiento superior, el que tiene el techo en V invertida, que Vyse bautizó cámara de Campbell. Los varios cartuchos con el segundo nombre (actualmente tenido como Khnem-Khuf) estaban en la cámara de Wellington y en la de lady Arbuthnot (en la de Nelson no había cartuchos). En otras palabras, los compartimentos inferiores tenían el nombre de un faraón que vivió y reinó después de Kéops/Khufu. Como no existe otro medio de construirse una pirámide que no sea de abajo para arriba, la localización de los cartuchos significaba que Kéops había terminado la pirámide iniciada por un faraón

que vivió y reinó después de él. Lo que, claro, es imposible.

Aceptando que los dos nombres encontrados en la pirámide podrían ser de faraones que en la antigua Lista de Reyes eran llamados como Sufis I (Kéops) y Sufis II (Quefrén), Birch intentó resolver el enigma imaginando si los dos, de alguna forma, pertenecían a Kéops, siendo uno su nombre verdadero y el otro «un sobrenombre». Sin embargo, su conclusión final fue que «la presencia de un segundo nombre de las marcas de cantera de la Gran Pirámide es un enredo adicional». Uno más entre tantos otros aspectos engorrosos encontrados en las inscripciones.

El «problema del segundo nombre» continuaba sin solución cuando el más notable egiptólogo inglés, Flinders Petrie, cincuenta años después del descubrimiento de Vyse, pasó varios meses haciendo mediciones en las pirámides. «La teoría más fallida sobre ese rey (Khnem-Khuf) es la que afirma que él y Khufu son la misma persona». En *The Pyramids and Temples of Gizeh*, él da los muchos motivos presentados por otros egiptólogos contra esa idea y muestra que los nombres pertenecían a dos reyes diferentes. Entonces, ¿cómo explicar las localizaciones de los cartuchos en la Gran Pirámide? Para Petrie, la única explicación plausible sería que Kéops y Quefrén habían sido co-regentes, reinando juntos.

Como no se encontró ningún indicio que pudiera apoyar la teoría de Petrie, Gastón Maspero, casi un siglo después del descubrimiento de Vyse, escribió que la existencia de los cartuchos Khufu y Khnem-Khuf en un mismo monumento causó grandes enredos para los egiptólogos (*The Dawn of Civilization*). Y el enigma, a pesar de todas las teorías sugeridas, continúa siendo embarazoso para ellos.

Yo, sin embargo, creo que existe una solución definitiva, siempre que dejemos de atribuir las inscripciones a los albañiles de la Antigüedad y comencemos a encarar los hechos.

Las pirámides de Gizeh son singulares, entre otras cosas, debido a la ausencia de cualquier tipo de ornamento o inscripción —con excepción de las encontradas por Vyse. Si los albañiles no tuvieron el menor reparo en pincelar con tinta roja los bloques escondidos en los compartimentos por encima de la cámara del Rey, por qué ninguna inscripción fue hecha en el primero de ellos, ¿el compartimiento descubierto por Davison en 1765?

Además de las inscripciones supuestamente descubiertas por Vyse, existen en los compartimentos verdaderas marcas de albañiles —flechas, líneas de posicionamiento y pequeñas señales. Todas diseñadas en horizontal, como sería de esperarse, pues, cuando fueron hechas, las pequeñas cámaras aún no estaban cubiertas y se podía quedarse en pie, caminar de un lado para otro y pintar las marcas sin trabas. Sin embargo, las inscripciones —pintadas por encima o en torno a las marcas verdaderas — están de cabeza para abajo o en la vertical, como si quién las diseñó necesitara inclinarse o agacharse dentro de los compartimentos bajos (la altura varía de 0,40 la

1,34 metro en la cámara de lady Arbuthnot y de 0,67 la 1,10 metro en la de Wellington).

Los cartuchos y títulos reales pintados en las paredes de los compartimentos eran borrosos, groseros y excesivamente grandes.

La mayoría de los cartuchos tenía de 80 a 90 centímetros de largo y cerca de 30 centímetros de ancho, a veces ocupando la mayor parte del bloque de piedra —como si el escriba necesitara de todo el espacio disponible. Ellos contrastan fuertemente con la precisión, delicadeza y perfecto sentido de proporción de los jeroglíficos egipcios, evidentes en las verdaderas marcas encontradas en esos compartimentos.

Salvo algunas marcas en el canto de la pared éste de la cámara de Wellington y algunas líneas sin sentido y el contorno parcial de un pájaro en la pared éste de la cámara de Campbell, Vyse no encontró ninguna inscripción en las paredes éste de los compartimentos.

Eso es bastante extraño, en especial cuando se considera que fue excavando un pasaje en el lado éste que Vyse consiguió penetrar en los compartimentos. ¿Será que los albañiles de la Antigüedad anticiparon que un día un inglés iría a entrar por ese lado y tuvieron la gentileza de no escribir en ellas para que las inscripciones no fueran dañadas? ¿O será que la persona que las diseñó prefirió usar las paredes intactas, olvidando las destruidas?

En otras palabras: no es un hecho que todos los enigmas se muestran de fácil solución cuando partimos de la hipótesis de que ¿las inscripciones no fueron hechas en la Antigüedad, cuando la pirámide estaba siendo construida, sino solamente después que Vyse explotó un pasaje para alcanzar los compartimentos?

La atmósfera que cercaba las operaciones de Vyse aquellos días frenéticos está bien descrita en sus relatos. Descubrimientos importantes eran hechos diariamente en las excavaciones en torno a las pirámides, pero dentro de ellas nada se encontraba. La tumba de Campbell, descubierta por el detestado Caviglia, generaba no sólo las piezas tan deseadas por los museos de todo el mundo sino las marcas de cantera y jeroglíficos que despertaban gran interés por parte de los egiptólogos. Vyse estaba desesperándose, no veía la hora de destacarse, haciendo su propio descubrimiento. Finalmente él consiguió penetrar en las cámaras hasta entonces desconocidas, pero descubrió que eran exactamente iguales a la primera, encontrada por Davison, y que ellas estaban vacías, sin cualquier tipo de ornamento en las paredes. ¿Era sólo eso lo que tenía para exhibir al mundo después de tantos esfuerzos y gastos?

Sabemos, a partir de las crónicas en su diario, que durante el día Vyse mandó el Sr. Hill a escribir en las cámaras los nombres del duque de Wellington y del almirante Nelson, héroes de las victorias sobre Napoleón. A la noche, desconfío, el Sr. Hill volvió a los compartimentos para «bautizar» la Gran Pirámide con los cartuchos de su supuesto constructor.

Como Samuel Birch destacó, «los dos nombres reales ya fueron encontrados en tumbas de operarios empleados por los monarcas de ésa dinastía». A buen seguro, los artesanos de los faraones conocían el nombre correcto de su rey. No era ése el caso de los arqueólogos del inicio del siglo pasado, pues alrededor de 1830 la egiptología aún estaba en su infancia y nadie sabía de hecho cual sería el dibujo jeroglífico correcto para el faraón que Herodoto había llamado «Kéops».

Con eso en mente, vamos ahora a lo que sospecho aconteció inmediatamente después de la entrada en las cámaras. El Sr. Hill, al amparo de la noche, probablemente solo, entró en los compartimentos. Usando la tinta roja obligatoria, a la luz de velas, agachándose en el espacio limitado, se empeñó en copiar símbolos jeroglíficos venidos de otros lugares. Pintó en las paredes intactas las marcas que le parecieron ser las apropiadas.

Y terminó escribiendo, tanto en la cámara de Wellington como en la de lady Arbuthnot, el nombre errado.

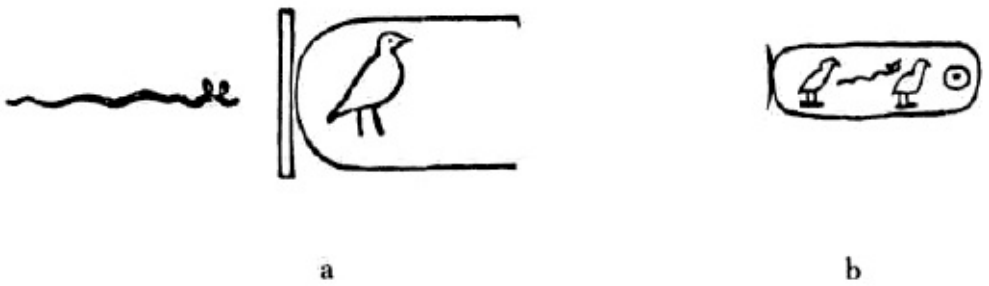
¿Con tantas inscripciones de nombres de la 4.ª Dinastía saltando diariamente de las tumbas en torno a las pirámides, cual era el cartucho que el Sr. Hill debería reproducir? Poco familiarizado con la escritura jeroglífica, él debe haber llevado consigo algún libro escrito por un especialista en el asunto, del cual copiaría los símbolos tan intrincados. La única obra de ese contenido mencionada a menudo en las crónicas de Vyse es *Materia Hieroglyphica*, de sir John Gardner Wilkinson. Como declaraba el autor en el frontispicio, la meta del libro era informar el lector sobre el «panteón y sucesión de los faraones desde los tiempos más primitivos hasta la conquista de Alexander». Publicada en 1828 —nueve años antes del asalto de Vyse a las pirámides—, la obra era considerada básica para los ingleses interesados en egiptología.

Recordemos de que Samuel Birch afirmó en su informe que «un cartucho de la cámara de Wellington fue publicado por el Sr. Wilkinson en *Materia Hieroglyphica*». Por lo tanto, tenemos una clara indicación de la probable fuente del cartucho escrito por Hill en el primer compartimiento encontrado por Vyse. (Fig. 146b).

Al consultar el libro de Wilkinson, sentí hasta una cierta pena de Vyse y Hill. Además de la completa desorganización en la presentación y en el texto, las ilustraciones que reproducen los cartuchos son pequeñas y apenas impresas. El autor parecía tener dudas no sólo en lo que decía respeto a la lectura de los nombres sino también sobre la manera correcta de transcribir los jeroglíficos entallados en piedra. El problema más serio era la relación con la señal del Disco, que en los monumentos aparecía como un círculo sólido ● o una esfera vacía ○ y en la escritura a mano era un círculo con un punto en medio. En el libro, él a la vez transcribe la señal encontrada en los cartuchos de los monumentos como un disco sólido y en otros como un círculo con el punto en medio.

Hill debe haber copiado el libro de Wilkinson, pero todos los cartuchos en él mostrados son de la variedad Khnum, los que contienen el símbolo del carnero. Eso explica el hecho de que, alrededor de 7 de mayo de 1837, sólo hubieran sido encontrados en los compartimentos los cartuchos de ese tipo. Sin embargo, el 27 de marzo, cuando se penetró en la última cámara, la de Campbell, surgió el cartucho vital y concluyente, deletreando Kh-u-f-u. ¿Cómo explicar ese acontecimiento?

Una pista está escondida en un segmento bastante sospechoso de las crónicas de Vyse, donde él habla sobre las piedras de la capa de revestimiento de la Gran Pirámide, «que no muestran el menor vestigio de inscripciones u ornamentos, exactamente como todas las otras pertenecientes a la pirámide» (con excepción de las marcas de cantera supuestamente descubiertas por él). Pero, según Vyse, había otra excepción: «parte de un cartucho de Sufis, grabado en una piedra marrón de 10 por 20 centímetros. El fragmento fue desenterrado en 2 de junio, en el lado norte». (Fig. 148a)



a b

Fig. 148

¿Cómo el coronel podría saber ese día —mucho antes del comunicado oficial del Museo Británico— de que aquello era «parte de un cartucho de Sufis»? El hecho es que él deseaba que sus lectores creyeran en eso porque una semana antes (el 27 de mayo) había sido encontrado el cartucho completo en la cámara de Campbell (Fig. 148b).

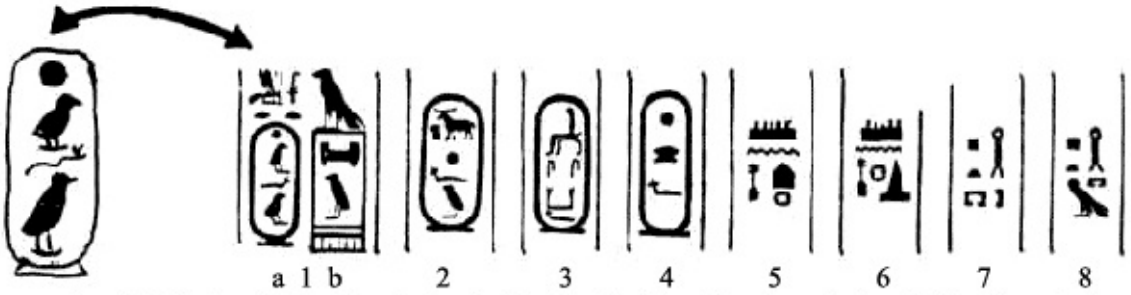
Pero ahora viene la parte aún más sospechosa. Vyse afirma que la piedra con parte del nombre de Sufis o Khufu fue encontrada el 2 de junio. Sin embargo, ¡su crónica tiene fecha del 9 de mayo!

Obviamente él escribió con la intención de llevar a sus lectores a creer que el pedazo de cartucho encontrado fuera de la pirámide, corroboraba el descubrimiento del nombre completo encontrado en el interior de ella algunos días antes. Sin embargo, las fechas sugieren que lo que aconteció fue lo contrario: En 9 de mayo, dieciocho días antes del descubrimiento de las marcas en la cámara de Campbell, él ya sabía como debería ser escrito el cartucho vital. De alguna forma, alrededor del 9 de mayo, Vyse y Hill se dieron cuenta de que tenían escrito erróneamente el nombre de Kéops.

Ese descubrimiento tal vez explique las frecuentes idas y venidas al Cairo

inmediatamente después del descubrimiento de la cámara de lady Arbuthnot, que Vyse relata en su diario. Parece muy extraño que él y Hill viajen cuando eran tan necesarios en las pirámides y las crónicas no explican el motivo de todo ese movimiento. Creo que la «bomba» que cayó sobre ellos fue un nuevo libro de Wilkinson, una obra en tres volúmenes, intitulada *Manners and Customs of the Ancient Egyptians*.

Publicado en Londres en 1837, el libro debe haber llegado al Cairo durante aquellos días tensos y dramáticos. Y en él, ahora nítido y bien impreso, estaban reproducidos, en un capítulo comentando esculturas anteriormente descubiertas, tanto el cartucho con el carnero que la pareja hubo copiado, como otro, que Wilkinson leía como «Shufu o Sufis» (Fig. 149).



1. a, b. Nombre de Shufu o Sufis. 2. Numba-Khufu o Chembes. 3. Assekaf o Shepsekaf.
4. Shafra, Khafra o Quefrén. 5. 6. Nombre de Menfis.
7. 8. (Menfis o) Ptah-el, la morada de Ptah
De las tumbas próximas de las pirámides

Fig. 149

1. a, b. Nombre de Shufu o Sufis
2. Numba-Khufu o Chembes
3. Assekaf o Shepsekaf
4. Shafra, Khafra o Quefrén
5. 6. Nombre de Menfis
7. 8. (Menfis o) Ptah-el, la morada de Ptah

De las tumbas próximas de las pirámides

Esa nueva publicación del gran especialista debe haber sido un choque enorme para Vyse y Hill, porque él había cambiado de idea sobre el cartucho del carnero (Núm. 2 en la ilustración de su libro). Ahora se leía «Numba-Khufu o Chembes», en vez de «Sen-Sufis». Esos nombres, añadía el autor, habían sido encontrados en tumbas en las vecindades de la Gran Pirámide y era en el cartucho «1.º» de la ilustración que «percibimos a Sufis o, escrito en jeroglíficos, Shufu o Khufu, nombres fácilmente convertidos en Sufis o Kéops».

Entonces era así que tenía que ser el cartucho, deben haber pensado Vyse y Hill.

Pero ¿de quién sería el cartucho con el carnero, que ellos habían colocado en las cámaras? Explicando las dificultades de interpretación, Wilkinson confesaba no ser

capaz de decidir «si los dos primeros nombres aquí presentados son ambos de Sufis o si el segundo es el del fundador de la otra pirámide».

¿Y que podrían Vyse y Hill hacer delante de esa noticia perturbadora? El propio libro de Wilkinson les daba una salida, que ellos se apresuraron a aprovechar. Según el especialista, los dos nombres «ocurren de nuevo en el monte Sinaí».

De manera poco exacta —fallo común en sus obras—, Wilkinson se refería a las inscripciones encontradas no en el monte Sinaí, sino en las minas de turquesa de la península. Esos jeroglíficos habían llegado al conocimiento del público a través del libro *Voyage de L'Arabie Pétrée*, de Léon de Laborde et Linat, publicado en 1832, con dibujos extraordinarios mostrando los monumentos y reproduciendo las inscripciones encontradas en el wadi Maghara, que llevaba a las áreas de minería. En ese lugar, los faraones mandaron tallar en las paredes rocosas del cañón recuerdos de sus acciones contra asiáticos saqueadores. Es en una de esas ilustraciones que están los dos cartuchos mencionados por Wilkinson.

Vyse y Hill no deben haber tenido dificultad en encontrar un ejemplar del libro de Laborde en el Cairo, pues la lengua más hablada allá era el francés. Y aquel dibujo en especial parecía responder a la duda de Wilkinson, porque indicaba que el faraón tenía dos nombres, uno con el símbolo del carnero y el otro que se deletreaba Ku-u-f-u. Por eso es que alrededor del 9 de mayo, el trío Vyse, Hill y Perring ya sabía que se hacía necesario un más cartucho y como él debería ser escrito.

En la visita de la cámara de Campbell el 27 de mayo, los tres vieron su oportunidad de reparar el error cometido antes. Fue así que el último y conclusivo cartucho apareció en la parte superior del compartimiento recién-descubierto. La fama estaba garantizada para Vyse. El Sr. Hill, como veremos, no salió de la empresa con las manos vacías.

¿Cómo puedo mostrarme tan seguro de mis acusaciones un siglo y medio después de acontecido?

La respuesta es fácil. Como la mayoría de los falsificadores, el Sr. Hill cometió una serie de errores. Y, entre ellos, uno que ningún escriba de la Antigüedad habría cometido.

Acontece que los dos libros en que la pareja Vyse-Hill se basó contenían errores de ortografía. Ambos, sin sospecharlo, los reprodujeron en las paredes de las cámaras.

El propio Samuel Birch, en su informe, destacó que el jeroglífico para Kh (la primera consonante del nombre Kh-u-f-u), representa pictóricamente un tamiz, «aparece en la obra del Sr. Wilkinson sin distinción del símbolo del Disco Solar». Ahora que el jeroglífico Kh del nombre Khnem-kh-u-f tendría que estar escrito en todos los cartuchos de las cámaras inferiores (cuyas copias fueron enviadas al Museo Británico para análisis). Sin embargo, el símbolo del tamiz, que sería el correcto, no

fue empleado en ninguno de ellos. En todos, el Kh estaba representado por el símbolo del Disco Solar. Por lo tanto, quien escribió esos nombres repitió el mismo error cometido por Wilkinson…

La ilustración que Vyse y Hill encontraron en el libro de Laborde sólo sirvió para aumentar sus equívocos. Ella reproducía la inscripción encontrada grabada en las rocas y tenía el cartucho de Khufu a la derecha y lo de Khnem-kh-u-f a la izquierda. En ambos casos, Laborde, que siempre confesó su ignorancia en jeroglíficos y no hizo ninguna tentativa de leer los símbolos, copió la señal Kh como una circunferencia vacía ○ (Fig 150).

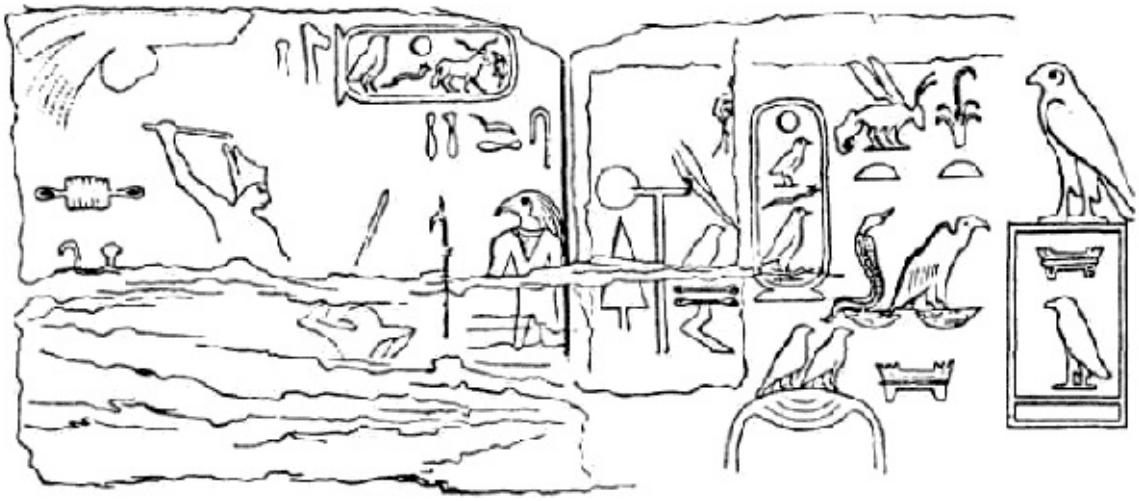


Fig. 150

Pero, como fue verificado por las más afamadas autoridades (Lepsius en *Denkmaler, Kurt Sethe en Urkunden des Alten Reich* y A. H. Gardiner y T. Y. Peet en *The Inscriptions of Sinai*) en el original la consonante está escrita correctamente con el símbolo del tamiz ⊗. El francés tampoco fue totalmente exacto al copiar la figura: él la diseñó como siendo la inscripción de un único faraón con dos nombres lo que de hecho eran dos inscripciones vecinas, separadas por una hendidura y grabadas en escrituras diferentes, de dos faraones (Fig. 151).

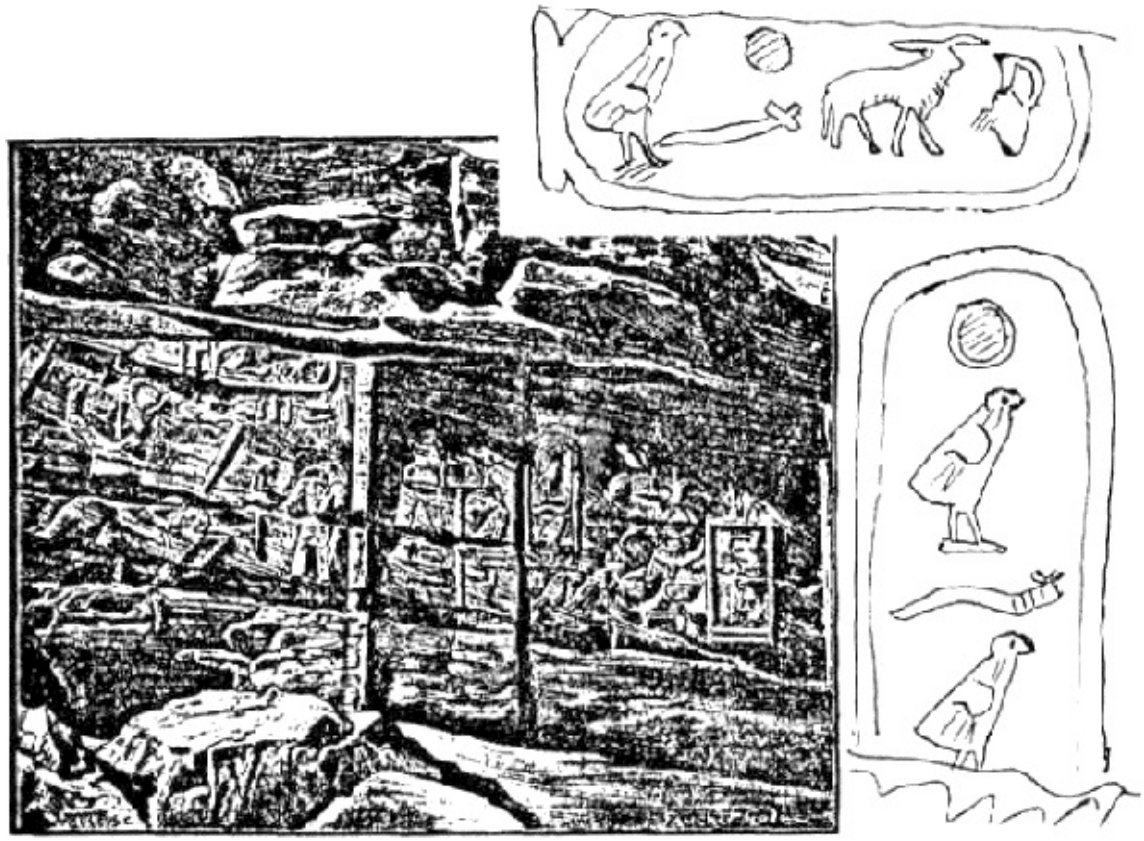


Fig. 151

Vyse y Hill, con base en ese dibujo, decidieron colocar el cartucho crucial con el nombre de Khufu en la última cámara que fuera descubierta y lo escribieron, copiando a Laborde, con el símbolo del Disco Solar. Pero, al hacer eso, el escritor estaba empleando el símbolo jeroglífico y sonido fonético para RA, ¡el dios supremo de Egipto!

Inadvertidamente, la persona que pintó los cartuchos en las cámaras escribió Khnem-Rauf y no Khnem-Khuf, y Raufu en vez de Khufu, o sea, usó el nombre del gran dios de forma incorrecta y vanamente: una blasfemia en Egipto Antiguo.

Un error así sería inconcebible para un escriba del tiempo de los faraones. Como se puede ver en todos los monumentos e inscripciones de la época, el símbolo para Ra y lo para Kh eran siempre correctamente empleados, tanto en inscripciones diferentes como en las hechas por un mismo escriba.

Reafirmo, por lo tanto, que la sustitución de Kh por Ra es un error que no podría haber sido hecho en la época de Khufu o cualquiera otro faraón. Sólo quien no conocía jeroglíficos, no conocía a Khufu y la fuerza de la adoración de Ra podría cometer tal herejía.

Añadido a todos los aspectos extraños e inexplicados del descubrimiento comunicado por Vyse, ese error final, en mi opinión, establece finalmente que el coronel y sus ayudantes, y no los constructores de la Gran Pirámide, escribieron las marcas y cartuchos encontrados en las cámaras.

Pero, alguien podría preguntar, ¿no habría el riesgo de que los visitantes —como los cónsules británico y austriaco o lord y lady Arbuthnot— notaran que las inscripciones tenían un aspecto mucho más fresco que las verdaderas marcas de cantera? Esa pregunta fue respondida por uno de los propios implicados, el Sr. Perring, en su libro *The Pyramids of Gizeh*. Según él, la tinta usada para las inscripciones era «un compuesto de ocre rojo llamado moghrah, que continúa en uso». Entonces, no solamente la misma tinta roja de los originales estaba disponible sino era —citando las palabras del autor— «tal el estado de conservación de las inscripciones que es difícil distinguir una marca hecha ayer de una hecha hace 3 mil años».

Los falsificadores, por lo tanto, no tenían dudas sobre su tinta. ¿Serían Vyse y Hill —posiblemente con la connivencia de Perring— moralmente capaces de hacer una tal falsificación?

Las circunstancias del inicio de la aventura de Vyse, el modo como trató a Caviglia, la cronología de los eventos, su determinación en conseguir un descubrimiento importante en ocasión en que tiempo y dinero estaban escaseando — denuncian un carácter capaz de tal hecho. En cuanto al Sr. Hill —a quién Vyse agradece profusamente en el prefacio de su libro—, el hecho es que, siendo empleado de una metalúrgica de cobre cuando conoció al coronel, él acabó comprando el Lujoso Cairo Hotel poco antes de la partida definitiva de Vyse de Egipto. En lo que concierne al Sr. Perring —un ingeniero civil que se volvió egiptólogo—, los eventos subsecuentes hablan por sí. Pues, animados con el éxito de la falsificación ellos hicieron una más y tal vez otra…

Mientras trabajaba en la Gran Pirámide, Vyse, sin gran entusiasmo, continuó las excavaciones iniciadas por Caviglia en torno a las dos otras. Sin embargo, después del descubrimiento de las inscripciones, incentivado por la fama recién-adquirida, él resolvió aplazar su vuelta a Inglaterra y se envolvió en los esfuerzos concentrados para descubrir los secretos de la Segunda y Tercera Pirámides.

Con excepción de algunas marcas en tinta roja encontradas en piedras sueltas, que peritos del Cairo determinaron como siendo provenientes de las tumbas o de otras estructuras fuera de la pirámide, nada de importancia fue descubierto en la Segunda.

Pero, dentro de la Tercera los esfuerzos de Vyse se mostraron productivos.

A finales de julio de 1837 —como ya mencioné anteriormente—, sus trabajadores consiguieron penetrar en la «cámara sepulcral», encontrando allá un «sarcófago» (Fig. 152) con bellísimos tallados, pero vacío. Inscripciones en árabe en las paredes y «el piso de cámaras y pasillos gastados por el pasar constante de gran número de personas» dejaron claro que «la pirámide había sido muy frecuentada».

Aún en esa «pirámide frecuentada» y a pesar del ataúd de piedra vacío, Vyse consiguió encontrar pruebas de quien fuera su constructor —un hecho equivalente al

realizado dentro de la Gran Pirámide.

Fig. 152

En otra cámara rectangular, que Vyse llamó «el gran apartamento», fue encontrada una gran cantidad de basura, juntamente con los graffiti en árabe. El coronel concluyó que la cámara «era probablemente usada en ceremonias fúnebres, como las otras existentes en Abu Simbel, Tebas etc.». Cuando se retiró la basura:

Encontramos quebrada la parte mayor de la tapa del sarcófago…
cerca de ella, sobre un bloque de piedra, descubrimos fragmentos de una tapa de féretro de momia
(inscrita en jeroglíficos, entre ellos el cartucho de Menkara) junto con partes de un esqueleto,
consistiendo en vértebras y costillas, y huesos de piernas y pies
envueltos en un tejido de lana grosero, de memoria amarillenta…
Más pedazos de madera y tejido fueron retirados de la basura.

Así, concluyeron que, como el sarcófago no pudo ser removido, el féretro de madera conteniendo a la momia fue llevado al gran apartamento para ser examinado.

Veamos entonces el escenario esbozado por Vyse: Siglos antes los árabes entraron en la cámara, encontraron el sarcófago y abrieron la tapa.

Dentro de él estaba la momia en su féretro de madera —el cuerpo del constructor de la Segunda Pirámide. Los invasores llevaron el féretro con la momia para el gran apartamento con la intención de examinarlo a la busca de tesoros, quebrándolo durante el transporte.

Ahora él había encontrado los restos de ese robo y, por suerte, justamente el pedazo de la tapa del féretro (Fig. 153) donde estaba grabado el cartucho donde se leía Men-ka-ra —nada más y nada menos que el propio Miquerinos de Herodoto.

Con eso, ¡Vyse comprobaba la identidad de un constructor más de las pirámides de Gizeh!

Fig. 153

El sarcófago se perdió en el mar por ocasión del naufragio del navío que lo

transportaba para Inglaterra, pero el pedazo de féretro y los restos de momia llegaron intactos al Museo Británico y Samuel Birch pudo leer las propias inscripciones y no sólo copias de ellas, como en el caso de las cámaras de la Gran Pirámide. Él inmediatamente expresó sus dudas, diciendo que «el féretro de Miquerinos muestra una considerable diferencia de estilo cuando es comparado con monumentos de la 4.ª Dinastía».

Wilkinson, sin embargo, aceptó el fragmento como prueba auténtica de la identidad del constructor de la Tercera Pirámide, pero se quedó en duda sobre la momia porque el tejido que la envolvía no le pareció ser de la antigüedad alegada. En 1883, Gastón Maspero concluyó que «la tapa de madera del rey Menchere no es de la época de la 4.ª Dinastía». En 1892, Kurt Sethe resumió la opinión de la mayoría de los egiptólogos de su tiempo diciendo que la tapa «sólo podría haber sido hecha después de la 20.ª Dinastía».

Como actualmente está científicamente probado, tanto el féretro como los huesos no son restos de un sepelio original. En las palabras de L Y. S. Edwards (*The Pyramids of Egypt*): *En la cámara del entierro original, el coronel Vyse descubrió algunos huesos humanos y la tapa de un ataúd de madera donde estaba escrito el nombre de Miquerinos. Esa tapa, que actualmente se encuentra en el Museo Británico, no puede haber sido hecha en la época de ese faraón, pues es de un modelo no usado antes del periodo saítico. Las pruebas con radio-carbono mostraron que los huesos son del inicio de la era cristiana*.

Esa afirmación niega la autenticidad del hallazgo pero no va al centro de la cuestión. Si los restos no eran del entierro original, sólo podían ser de un sepelio intruso. Pero entonces, momia y féretro tendrían que ser del mismo periodo. Como no era éste el caso, sólo existe una única explicación: alguien colocó dentro de la Tercera Pirámide una momia y un féretro desenterrados en lugares diferentes. *Y la conclusión ineludible es que ese descubrimiento fue un fraude arqueológico deliberado*.

¿La falta de combinación entre las dos piezas habría sido una coincidencia, siendo ellas restos de dos sepelios intrusos? Se debe dudar de esa hipótesis en vista de que en el pedazo de féretro estaba inscrito el nombre de Men-ka-ra. Ese cartucho fue encontrado en estatuas y templos en torno a la Gran Pirámide y es probable que el ataúd o parte de él haya venido de esa área. La atribución del féretro a periodos posteriores tiene origen no solamente en su modelo sino también en la elección de palabras de la inscripción: se trata de una plegaria a Osiris quitada del Libro de los Muertos, por lo tanto, del tiempo del Nuevo Imperio y su presencia en un féretro de la 4.ª Dinastía pareció raro hasta para el ingenuo (aunque erudito) Samuel Birch (*Ancient History from the Monuments*). En cuanto al ataúd en sí, él no necesitaría ser «una restauración» hecha en la 26.ª Dinastía, como sugirieron algunos especialistas, intentando explicar el cartucho, pues sabemos, a partir de la Lista de Reyes del

túmulo de Séti I, encontrada en Abydos, que el octavo faraón de la 6.ª Dinastía (cuyos reyes eran enterrados en las inmediaciones de las pirámides de Gizeh) también se llamaba Men-ka-ra y su nombre, a pesar del cambio de la escritura con el pasar de los tiempos, era deletreado de modo similar.

Está claro entonces que alguien descubrió el pedazo de féretro en los alrededores de las pirámides y Vyse, a buen seguro, inmediatamente se dio cuenta de la importancia del hallazgo.

Como cuentan sus crónicas, cerca de un mes del descubrimiento en la Tercera Pirámide, él hubo encontrado el nombre Men-ka-ra (Miquerinos) escrito en tinta roja en el techo de una de las tres pirámides pequeñas situadas al sur de la Tercera. Debe haber sido la suma de los dos hechos que le dio la idea de crear un importante hallazgo arqueológico dentro de la propia pirámide… Vyse y Perring se quedaron con el crédito por el descubrimiento.

¿Cómo pueden haber perpetrado el fraude, con o sin la ayuda del despierto Sr. Hill?

Una vez más, las crónicas de Vyse insinúan la verdad: «No estando presente cuando las reliquias fueron encontradas, solicité al Sr. Raven, cuando se encontraba en Inglaterra, que escribiera un relato sobre el descubrimiento». Ese «testigo independiente», que de alguna forma fue invitado a estar presente en el momento correcto, es un tal Sr. H. Raven, que, dirigiéndose al coronel como «Sir» y suscribiendo su testimonio «su criado obedientísimo», atestiguó lo siguiente:

En la retirada de la basura del gran salón de entrada,
después de que los hombres habían estado trabajando allí por varios días
y que habían avanzado alguna distancia en la dirección del punto sudeste,
fueron encontrados algunos huesos bajo la pila de basura;
inmediatamente fueron descubiertos los huesos restantes y partes del ataúd.
Nada más de ellos fue hallado en el salón.

Por eso, mandé que toda la basura ya retirada fuera cuidadosamente reexaminado,
y entonces fueron hallados varios pedazos del ataúd y del tejido que envolvía a la momia;
pero en ningún otro lugar de la pirámide fueron encontrados otros restos,
aunque todo haya sido minuciosamente examinado para hacer el ataúd lo más completo posible.

Ahora tenemos una idea mejor de lo que aconteció. Por varios días los hombres trabajaron retirando la basura del Gran Apartamento y apilándolo en algún lugar próximo. Aunque la basura haya sido examinada, no se encontró nada de diferente.

Entonces, el último día, cuando sólo faltaba limpiar el punto sudeste del salón, fueron descubiertos los huesos y pedazos de ataúd. «Nada más de ellos fue encontrado» en el interior de la pirámide. Entonces alguien sugirió que la basura colocada del lado de afuera —una pila de 1 metro de altura— fuera «cuidadosamente reexaminada», lo que significa que ya había sido examinada antes, y he ahí que surgen más huesos y principalmente ¡el pedazo del ataúd con el cartucho!

¿Dónde estarían el resto del esqueleto y ataúd? «Aunque todo haya sido minuciosamente examinado para hacer el ataúd lo más completo posible», nada más

fue encontrado en el interior de la pirámide. Por lo tanto, a no ser que creamos que huesos y pedazos de ataúd hayan sido llevados como *souvenirs* en el pasado, sólo podemos imaginar que la persona que colocó los restos en la pirámide llevó sólo los fragmentos necesarios para crear el descubrimiento. Una momia completa o un ataúd entero no estaban disponibles, o sería incómodo pasarlos de contrabando al gran salón.

Aclamado por ese segundo descubrimiento, el coronel Vyse, que inmediatamente sería promovido a general, y el Sr. Perring, partieron para producir en la casa de campo arqueológica de la pirámide de Djoser, una piedra con el nombre de ese faraón escrito en tinta roja. No existen detalles suficientes en las crónicas de Vyse para determinar si allá también hubo una falsificación, pero es increíble que haya sido nuevamente el mismo equipo el que consiguió desenterrar pruebas de la identidad de otro constructor de pirámides.

(Mientras la mayoría de los egiptólogos aceptó sin mayores investigaciones la afirmación de que el nombre de Khufu estaba escrito en la Gran Pirámide, las obras del célebre sir Alan Gardiner sugieren que él tenía dudas sobre el asunto. En su libro, *Egypt of the Pharaohs*, están reproducidos los cartuchos reales con una clara distinción entre los jeroglíficos para Ra y Kh.

Hablando del nombre de Kéops, él escribió que «el cartucho es encontrado en varias canteras, en las tumbas de sus parientes y nobles de la corte, y en algunos escritos de fechas posteriores».

Es muy significativa la ausencia de la inscripción encontrada en la Gran Pirámide en esa lista…

En sus obras, Sir Alan tampoco hace cualquier mención a los descubrimientos de Vyse y ni aún cita su nombre.

Ante la destrucción de las pruebas de la construcción de las pirámides por faraones, ya no existen motivos para que desconfiemos de la autenticidad de la estela del Inventario, donde se afirma que las pirámides y la Esfinge ya estaban allá cuando Khufu aparece en escena reformando el templo de Isis y homenajeando Osiris.

No resta nada para contradecir mi afirmación de que las tres pirámides de Gizeh fueron construidas por «dioses». En ellas no existe nada que indique que hayan sido concebidas por hombres para que fueran utilizadas por hombres.

Mostraré ahora que esos monumentos formaban parte de la Reja de Orientación que servía para facilitar las operaciones de aterrizaje en el espacio-puerto de los Nefilim.

14

LA MIRADA DE LA ESFINGE

Con el pasar del tiempo, las pirámides de Gizeh se hicieron parte de la Red de Orientación de Aterrizaje que tenía como punto focal los picos del monte Ararat y comprendía Jerusalén en la condición de Centro de Control de la Misión, sirviendo para guiar los vehículos espaciales en dirección al espacio-puerto situado en la península del Sinaí. Pero, inmediatamente después de su construcción, cuando la plataforma de Baalbek era usada como espacio-puerto provisional, las propias pirámides servían como marcos de orientación debido a su localización, alineación y formato. Todas ellas, como ya vimos, son pirámides en escalones, o sea, iguales a los zigurates de la Mesopotamia. Sin embargo, cuando los «dioses que vinieron del cielo» hicieron pruebas con su modelo en escala (la Tercera Pirámide), deben haber constatado que la sombra proyectada por una pirámide en escalones en las rocas ondulantes y arenas siempre en mutación era poco nítida y borrosa para servir como un direccionador confiable. Revistiendo el núcleo en escalones, obteniendo una pirámide de caras lisas y empleando en esa capa externa el calcáreo blanco, reflector de luz, ellos consiguieron un perfecto juego de luz y sombra, capaz de proporcionar una clara orientación.

En 1882, mientras contemplaba las pirámides de Gizeh desde la ventana de un tren en movimiento, Robert Ballard percibió que podía determinar su propia localización y rumbo a través de la aparente variación en la alineación entre ellas (Fig. 154).

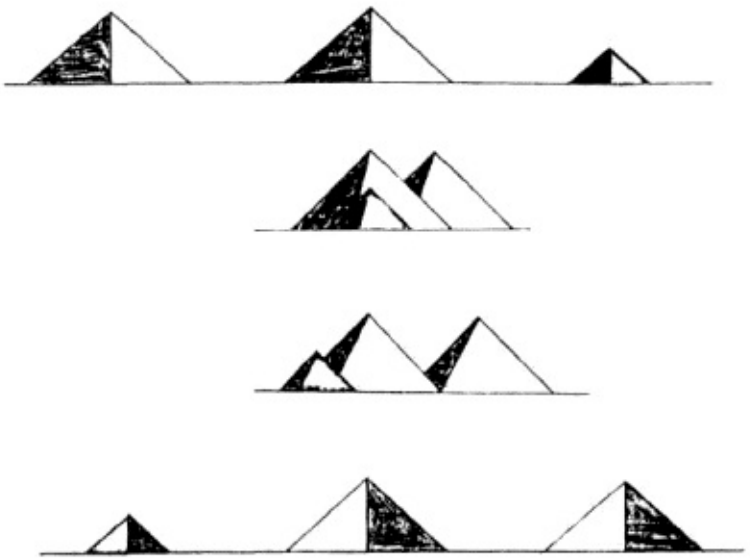


Fig. 154

Ampliando esa observación en su libro *The Solution of the Pyramid Problem*, Ballard mostró también que ellas están alineadas dentro de triángulos pitagóricos, cuyos lados mantienen siempre la proporción 3:4:5. Otros estudiosos de pirámides demostraron que ellas pueden servir como un gigantesco reloj de sol, pues a través de la sombra que lanzan es posible determinar la hora diaria y anual.

Más importante aún es como las siluetas y sombras de las tres pirámides aparecen para un observador localizado en el cielo. Como muestra la foto aérea (Fig. 155), ellas lanzan sombras en forma de flecha, sirviendo como inconfundibles puntos direccionales.

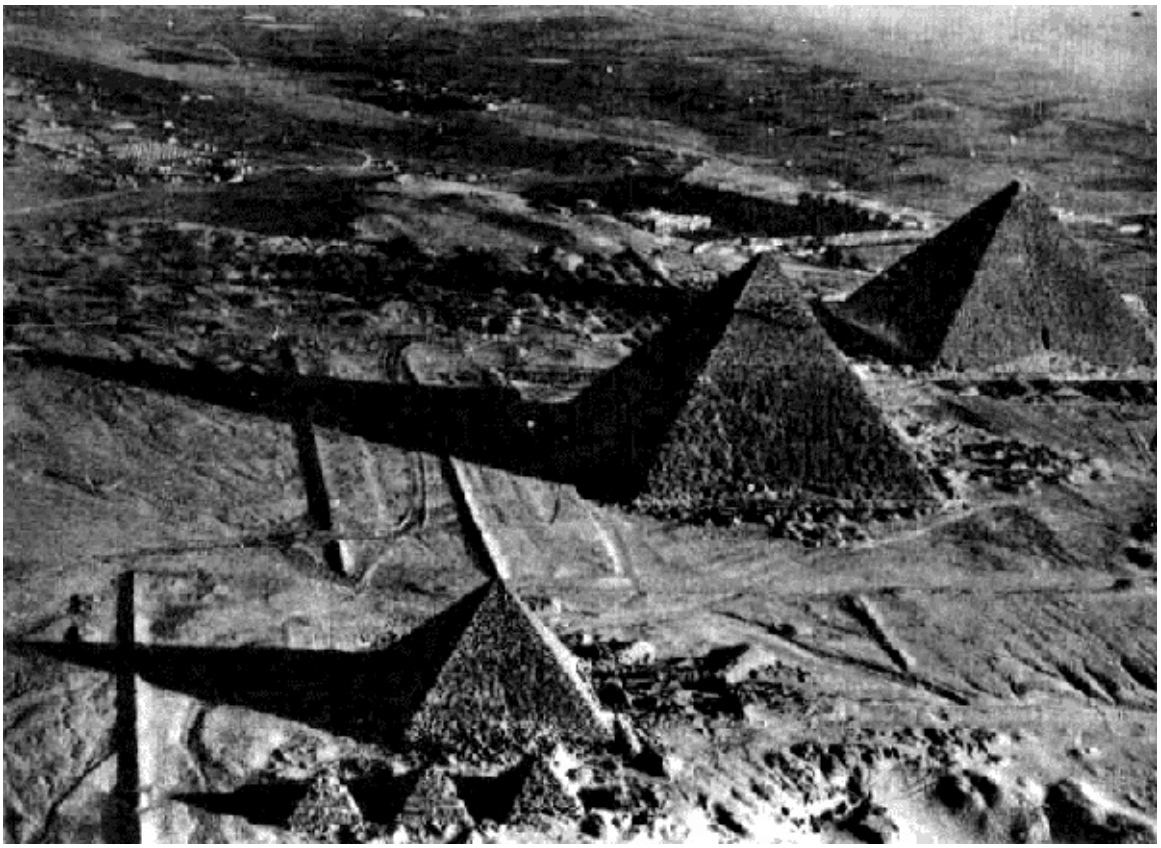


Fig. 155

Cuando llegó el momento de que los Anunnaki instalen el nuevo espacio-puerto, se hizo necesaria la determinación de un Pasillo de Aterrizaje mucho mayor que aquél que venía sirviendo a Baalbek. Para el pasillo del primer espacio-puerto terrestre —el localizado en la Mesopotamia—, los Nefilim de la Biblia habían escogido como punto focal la montaña más notable del Oriente Medio, el monte Ararat. Por eso, no es de sorprender que resolvieran mantenerla como el punto focal del nuevo corredor.

De la misma forma que mientras más se estudia la construcción y alineación de las tres pirámides más se descubren «coincidencias» de triangulación y perfección geométrica, encontramos interminables «coincidencias» de triangulación y alineación a medida que vamos descubriendo la Red de Aterrizaje proyectado por los Anunnaki.

Una vez escogido el punto focal del nuevo pasillo, se pasó a la determinación de lugares para que sirvieran de punto de anclaje para las líneas noroeste y sudeste del perímetro, que convergían en el Ararat. ¿Cuál sería la portería de entrada en la península del Sinaí?

El monte Santa Catarina queda en medio de una masa de granito donde hay muchos picos parecidos con él, aunque un poco más bajos. Cuando la misión inglesa dirigida por los hermanos Palmer, encargada de hacer el levantamiento topográfico de la región, comenzó su trabajo, inmediatamente fue constatado que ese monte, a pesar de ser el de mayor altitud, no se destacaba lo suficiente para funcionar como marco geodésico. Para eso, se escogió entonces el monte Umm Shumar (Fig. 156) que tiene 2608 metros, siendo por lo tanto casi de misma altura de Santa Catarina. De hecho, hasta el levantamiento oficial, muchos creían que él era el pico más alto de la península. El Umm Shumar se eleva sólo en el macizo, distinguido e inconfundible.

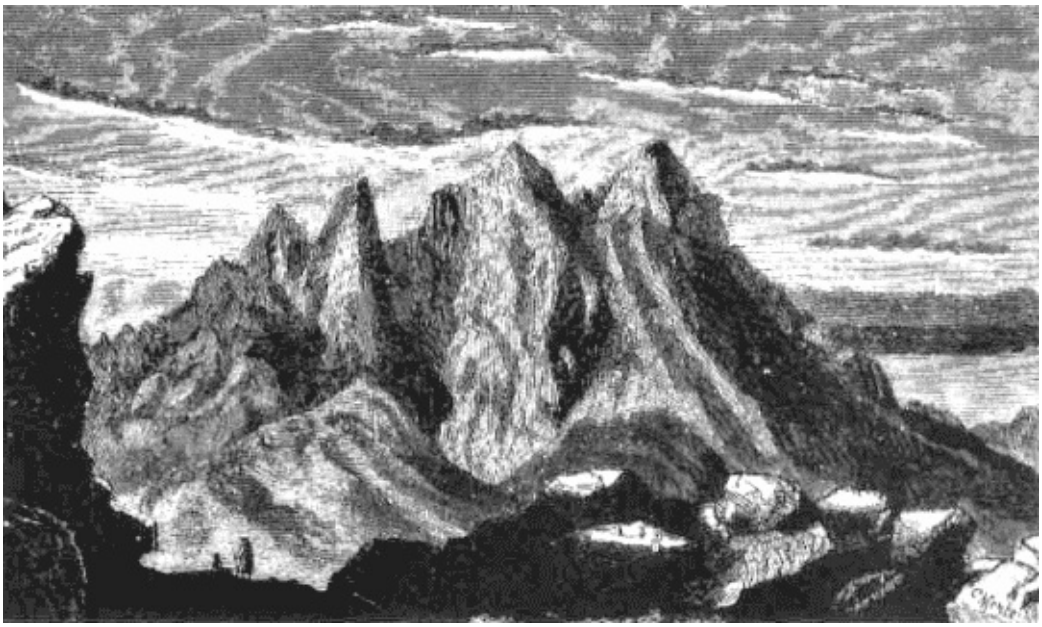


Fig. 156

Desde él se pueden avistar fácilmente los dos golfos y se tiene una visión libre en todas las direcciones. Fue debido a esas características que los ingleses lo escogieron sin vacilación para ser el punto focal de la medición y levantamiento topográfico de la península.

El monte Santa Catarina era adecuado para un Pasillo de Aterrizaje corto, con foco en Baalbek; pero, con el cambio del punto focal para el Ararat —mucho más distante—, se hacía necesaria una portería de entrada más nítida e inconfundible.

Creo que por los mismos motivos de los Palmer, los Anunnaki decidieron usar el Umm Shumar para anclar la línea sudeste del perímetro del nuevo Pasillo de Aterrizaje.

Existen muchos aspectos intrigantes en ese monte y en su localización. Para comenzar, su nombre, extraño o bastante significativo, quiere decir: «Madre de la

Sumeria», un título usado en la ciudad de Ur para Ningal, la esposa de Sin…

Al contrario de Santa Catarina, que queda en el centro del macizo de granito y así es alcanzado con dificultad, el Umm Shumar está localizado en el bordillo de la masa de rocas. Las playas arenosas en el lado del macizo que da para el golfo de Suez se hallan varias fuentes naturales de agua caliente. ¿Sería allí que Asherah pasaba sus inviernos, cuando «residía a la riba-mar»? Esa parte de la costa está a sólo «un viaje en lomo de asno» del Umm Shumar —un trayecto vivamente descrito en los textos ugaríticos que relatan la visita de Asherah a la morada de EL, situada en una montaña.

Algunos kilómetros al sur de las fuentes termales, se localiza el puerto más importante de ese litoral —la ciudad de El-Tor. ¿Es el nombre otra coincidencia? —significa «El toro» que, como ya vimos, también era un epíteto de EL. Los textos ugaríticos se refieren a él como «Toro El» El-Tor viene manteniéndose como principal puerto de la península desde los tiempos más primitivos, lo que nos hace imaginar si él no sería la Ciudad de Tilmun (diferente de la Tierra de Tilmun) mencionada en los textos sumerios. Tal vez fuera él que Gilgamesh pretendía alcanzar viajando en navío con Enkidu. Su intención era dejar al amigo próximo a las minas, donde él iría a cumplir castigo por el resto de la vida, y enseguida dirigirse hasta el «Local de Aterrizaje donde se yerguen los *Shem*».

Los picos del macizo del granito que dan al golfo de Suez tienen nombres que nos hacen detenernos a pensar. Uno de ellos es el «monte de la Madre Bendecida»; otro, el más próximo a Umm Shumar, es el «monte Telman» («monte del sur»). El nombre nos trae a la mente las palabras del profeta Habacuc: «El vendrá de Telman… Cubriendo los cielos con su halo; su esplendor se esparce sobre la Tierra; La Voz va delante de él; centellas emanan de la parte inferior. Él hace una pausa para medir la Tierra»…

¿Estaría Habacuc refiriéndose al monte que aún es llamado Telman, el vecino del Umm Shumar situado al sur? Como no existe en la región ninguna montaña con un nombre parecido, la identificación parece más que plausible.

¿El monte Umm Shumar se ajusta a la Red de Orientación y red de local sagrados fundada por los Anunnaki?

Mi teoría es que ese monte sustituyó a Santa Catarina cuando fue determinado el corredor de aterrizaje definitivo, con foco en los picos del Ararat. Siendo así, ¿dónde quedaba el punto de anclaje para la línea noroeste del perímetro?

Creo que no fue por casualidad que fundaron Heliópolis en el lugar que ella ocupaba. Ella queda en la línea Ararat-Baalbek-Gizeh y está localizada de tal forma que la distancia de ella al Ararat ¡es exactamente igual a la que separa el Ararat del monte Umm Shumar! Sugiero entonces que su posición fue determinada cuando se midió la distancia en línea recta que separa el Ararat y el Umm Shumar, dos marcos

naturales, y enseguida marca un punto equidistante en la línea Ararat-Baalbek-Gizeh.

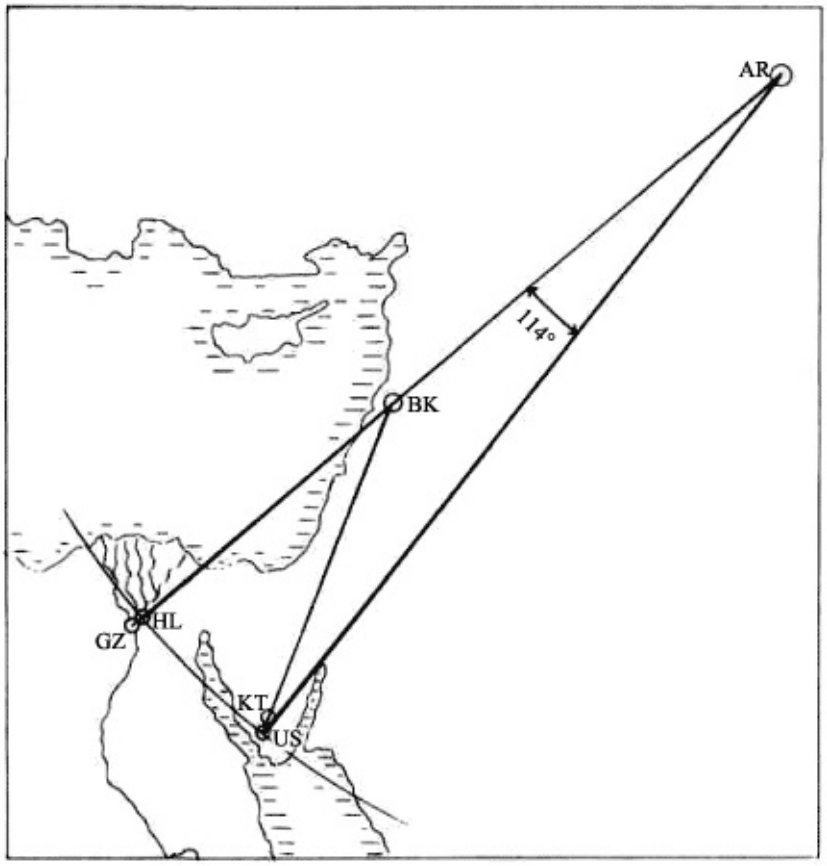


Fig. 157

A medida que se descubre el impresionante conjunto de montañas naturales y artificiales que fueron incorporadas a la red de orientación y comunicaciones de los Anunnaki, se conjetura si ellas servían de porterías solamente debido a su altura y formato.

¿No sería lógico pensar que todos también estaban equipados con algún tipo de instrumentos de direccionamiento?

Cuando se descubrieron pares de conductos angostos saliendo de las dos cámaras de la Gran Pirámide y abriéndose al exterior, se imaginó que ellos servían como conductos de alimentos para los empleados del faraón que presumiblemente habían sido emparedados junto al cuerpo de su amo. Como la cámara del Rey se llenó de aire fresco así que el equipo del coronel Vyse desobstruyó el conducto norte, esos pasajes pasaron a ser llamados «ductos de aire». En 1964, esa designación fue irrefutada por respetados arqueólogos en una publicación conceptuada, el *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, lo que es sorprendente, pues el *establishment* académico siempre evitó divergir de la teoría «las pirámide son tumbas». Escribiendo en varios boletines de aquel año, Virginia Trimble y Alexander Badawy presentaron su conclusión de que los «ductos de aire» tenían funciones astronómicas, «pues están irrebatiblemente inclinados en la dirección de las estrellas circumpolares, con un margen de error de sólo 1 grado».

Aún certificados de que la dirección e inclinación de los ductos fueron premeditados, es interesante notar que así que el aire penetró en la cámara del Rey, la temperatura en su interior se mantuvo constante en 20 grados centígrados, fuera cual fuera el clima. Esos descubrimientos parecen confirmar las conclusiones de Y. F. Jomard, miembro del equipo de científicos de Napoleón que pensaba que la cámara del Rey y su «sarcófago» no habían sido hechos para entierros, sino para guardar patrones de peso y medidas que, como se sabe, deben ser mantenidos en ambientes con temperatura y humedad estables.

Claro que en 1824 Jomard hablaba en términos de unidades como el metro y el kilogramo, y no podía imaginar los delicados instrumentos de orientación que son usados en la actualidad. Nosotros, empero, estamos familiarizados con ellos.

Muchos estudiosos que ponderaron sobre el propósito de la intricada superestructura de la cámara del Rey, con sus cinco compartimentos herméticamente lacrados, creen que ella fue construida para aliviar la presión de la masa de bloques de piedra. Sin embargo, la cámara de la Reina, que está más abajo y soporta una presión mucho mayor, no posee esas tales «cavidades de alivio». Cuando Vyse y sus hombres entraron en los compartimentos, se sorprendieron al oír con claridad cada palabra que era hablada en otras partes de la pirámide. Flinders Petrie (*The Pyramids and the Temple of Gizeh*) examinó minuciosamente la cámara del Rey y el «ataúd» de piedra y descubrió que ambos fueron construidos de acuerdo con las dimensiones de triángulos pitagóricos. Él también calculó que para cortar el ataúd de un solo bloque de piedra sería necesario el uso de una sierra con láminas de 2,75 metros de largo, con dientes de punta de diamantes. Y más, sólo un taladro con punta de diamante, aplicado con una presión de 2 toneladas, conseguiría excavar la piedra para formar el interior del ataúd.

Petrie se confesó incapaz de explicar cómo eso podría haber acontecido en la Antigüedad. El arqueólogo mandó levantar el ataúd de piedra para verificar si él contenía algún tipo de apertura. No encontró nada. Petrie constató también que, cuando se golpeaba en el ataúd, él emitía el sonido de una campana, que resonaba por toda la pirámide, característica que ya fuera relatada por investigadores del inicio del siglo XIX. Entonces viene la pregunta: ¿Será que la cámara del Rey y su «féretro» fueron construidos para servir como emisores de sonidos o cámaras de eco?

En la actualidad, los equipamientos de orientación y aterrizaje de los aeropuertos emiten señales electrónicas que los instrumentos de una aeronave en aproximación traducen en un zumbido agradable cuando ella mantiene el curso correcto. Si la aeronave sale del curso, el zumbido se transforma en un bip alarmante.

Con base en eso, podemos suponer con seguridad que así que fue posible, después de la destrucción causada por el diluvio, nuevos equipamientos de orientación fueron traídos a la Tierra. El dibujo egipcio que muestra los Divinos

Portadores del Cordón (Fig. 121) indica que había Piedras del Esplendor instaladas en los dos puntos de anclaje del Pasillo de Aterrizaje. Mi teoría es que las cámaras en el interior de las pirámides servían para abrigar esos instrumentos de orientación y comunicación.

¿Y Shad El —la «montaña de El»— sería igualmente equipada?

Los textos ugaríticos invariablemente emplean la frase «penetrar en Shad El» al describirla venida de otros dioses a la presencia de El, que se encontraba «dentro de sus siete cámaras». Eso indica que esas cámaras quedaban en el interior de la montaña, tal como acontecía en la Gran Pirámide, una montaña artificial.

Los historiadores de los primeros siglos de la era cristiana contaron que el pueblo que habitaba el Sinaí y áreas adyacentes, como la Palestina y el norte de Arabia, adoraba el dios Dushara («Señor de las Montañas») y a su esposa, Allat, «la Madre de los Dioses». Se trata, claro, de El y Elat, el femenino de El, o sea, su mujer, Asherah. Por suerte, el objeto sagrado de Dushara, su reliquia adorada por los fieles, fue retratado en una moneda mandada acuñar por el gobernador romano de aquellas provincias (Fig. 158). Curiosamente, él se parece bastante a la enigmática cámara del Rey de la Gran Pirámide: una escalera inclinada (un Pasillo Ascendente), conduciendo hacia una cámara entre enormes bloques de piedra. Sobre ella, una pila de piedras que nos hace acordarnos de los «compartimentos de alivio».

Fig. 158

Una vez que los pasajes ascendentes de la Gran Pirámide —algo que sólo existe en ella— estaban perfectamente bloqueadas cuando los hombres de Al-Mamun las descubrieron, la pregunta es: ¿Quién, en la Antigüedad, conocía y copió, como vemos en la moneda, la construcción del interior de la pirámide? La respuesta sólo puede ser: los arquitectos y constructores de la Gran Pirámide. Sólo ellos serían capaces de reproducir esas estructuras, tanto en Baalbek como en el interior de la montaña de El.

Y fue así que, a pesar de que el monte del Éxodo quedara situado en la mitad norte de la península del Sinaí, los habitantes de la región sur transmitieron de generación a generación el recuerdo de montes sagrados en el macizo de granito. Ellos eran las montañas que, simplemente a causa de su altura y localización, más los instrumentos dentro de ellas, servían de porterías de orientación para los «Caballeros

de las Nubes».

Cuando fue instalado el primer espacio-puerto terrestre, me quedaba en la Mesopotamia, la trayectoria de vuelo era una línea céntrica que dividía exactamente por la mitad el corredor de aterrizaje en forma de flecha. Las porterías de entrada, con sus faros de aproximación, parpadeaban sus luces y emitían señales acompañando las dos líneas de perímetro de la flecha. El centro de control de las operaciones quedaba situado sobre la línea de la trayectoria de vuelo y era allá que estaban todos los equipamientos que generaban señales de orientación y comunicación, y donde se almacenaban todas las informaciones sobre órbitas planetarias y vuelos espaciales.

Cuando los Anunnaki aterrizaron en nuestro planeta y decidieron construir en la Mesopotamia su espacio-puerto e instalaciones auxiliares, el Centro de Control de la Misión era Nippur («El Local de la Travesía»). El recinto «sagrado», o prohibido, de Nippur estaba bajo el absoluto control de Enlil y se llamaba KI.UR («Ciudad de la Tierra»). En la parte céntrica de ese recinto, en lo alto de una plataforma elevada, artificial, quedaba el DUR.AN.KI «El Vínculo entre el Cielo y la Tierra». Como cuentan los textos sumerios, él era «un alto pilar alcanzando el firmamento, vuelto hacia el cielo». Asentado sobre «una plataforma que no puede tumbar», el pilar era usado por Enlil para «pronunciar la palabra» en la dirección del cielo.

Podemos entender que todos esos términos eran tentativas sumerias de describir antenas e instrumentos de comunicación sofisticados cuando miramos hacia el nombre de Enlil «deletreado» en escritura pictográfica: un sistema de grandes antenas, radares y una estructura de comunicaciones. Dentro de esa «altísima casa» de Enlil estaba escondida una cámara misteriosa llamada DIR.GA, término que significa, en traducción literal, «cámara oscura en forma de corona». El nombre descriptivo inmediatamente nos trae al recuerdo la cámara del Rey, también oculta y misteriosa. En la DIR.GA, Enlil y sus asistentes guardaban las «Tablas del Destino», donde estaban escritas las informaciones sobre vuelos espaciales y orbitales.

Cuando un dios que podía volar como un pájaro robó esa tabla:

Suspensas se quedaron las Divinas Fórmulas.
La inmovilidad se esparció.
El silencio prevaleció…
El brillo del santuario fue robado.

En la DIR.GA eran guardadas también las cartas celestes y el dios y sus ayudantes «ejecutaban con perfección» el ME, término que tiene conexiones con la informática y la astronáutica. Esa cámara escondida era:

Tan misteriosa cuanto los éteres lejanos
Como el cenit celestial.
Entre sus emblemas… los emblemas de las estrellas;
El ME él ejecuta con perfección.
Sus palabras son murmullos…
Sus palabras son vehículos graciosos.

Un Centro de Control de la Misión, similar al que quedaba en la línea de trayectoria de vuelo en la Mesopotamia antediluviana, necesitaba ser instalado para servir al nuevo espacio-puerto en la península del Sinaí. ¿Dónde? Mi respuesta es: en Jerusalén.

Igualmente sagrada para judíos, musulmanes y cristianos, Jerusalén, cuya atmósfera parece cargada de algún misterio inexplicable, ya era una ciudad santa antes de que el rey David estableciera en ella su capital y de que Salomón construyera la Morada del Señor. Cuando Abraham llegó a sus puertas, Jerusalén era un centro de culto bien establecido de «EL, el Supremo, el justo del Cielo y de la Tierra». El nombre más antiguo de la ciudad es Ur-Shalem, la «Ciudad de Shalem» o, traduciendo el nombre propio, la «Ciudad del Ciclo Completado», que sugiere una asociación con El Dios de las órbitas o con asuntos orbitales. En cuanto a quién podría haber sido Shalem, los estudiosos proponen varias teorías. Unos, como Benjamim Mazer, en el artículo «*Jerusalén before the David Kingship*», dicen que se trata de Shamash, el nieto de Enlil.

Otros prefieren identificarlo con Ninib, el hijo de Enlil. Pero, en todas las teorías no existe impugnación de la conexión de las raíces de Jerusalén con el panteón mesopotámico.

La ciudad de Jerusalén, desde sus inicios, comprende tres picos de montaña. De norte a sur ellos son: monte Zofim, monte Moriah y monte Sión. Los nombres denuncian sus antiguas funciones. El más al norte es el «Monte de los Observadores» (actualmente llamado monte Scopus); el céntrico «Monte del Direccionamiento»; el más al sur «Monte de la Señal». Ellos mantienen esas denominaciones a pesar del paso de los milenios.

Los vales de Jerusalén también tienen nombres y epítetos intrigantes. Uno de ellos es llamado por Isaías Hizaion, «El valle de la Visión». El de Kidron era conocido como «El valle del Fuego». En el Hinnom (el Geena del Nuevo Testamento), según leyendas milenarias, había una entrada para el mundo subterráneo, marcada por una columna de humo que se erguía entre dos palmeras. Ya el valle Repha'im tenía ese nombre porque en él residían los Divinos Tutores que, como cuentan las leyendas ugaríticas, trabajaban bajo las órdenes de la diosa Shepesh. En las traducciones del arameo del Viejo Testamento, esos tutores son llamados de «Héroes»; la primera traducción griega llamó al lugar habitado por ellos «valle de los Titãs».

De los tres montes de Jerusalén, el Moriah fue siempre el más sagrado. El Libro del Génesis afirma explícitamente que Dios mandó a Abraham ir hacia allá en compañía de su hijo Isaac en la ocasión en que quiso probar la fidelidad del patriarca. Las leyendas hebraicas cuentan que Abraham reconoció el monte Moriah la distancia porque vio sobre él «un pilar de fuego yendo de la tierra hasta el cielo y una nube

pesada donde se veía la Gloria de Dios». Ese lenguaje es casi idéntico al usado en la descripción bíblica sobre el descenso de Dios en el monte Sinaí.

La gran plataforma en lo alto del monte Moriah, que en su constitución básica nos hace recordar a Baalbek, aunque sea muy menor, hace mucho es llamada «El monte del Templo», pues era el lugar donde quedaba el templo de Jerusalén (Fig. 159) de la época de Salomón.

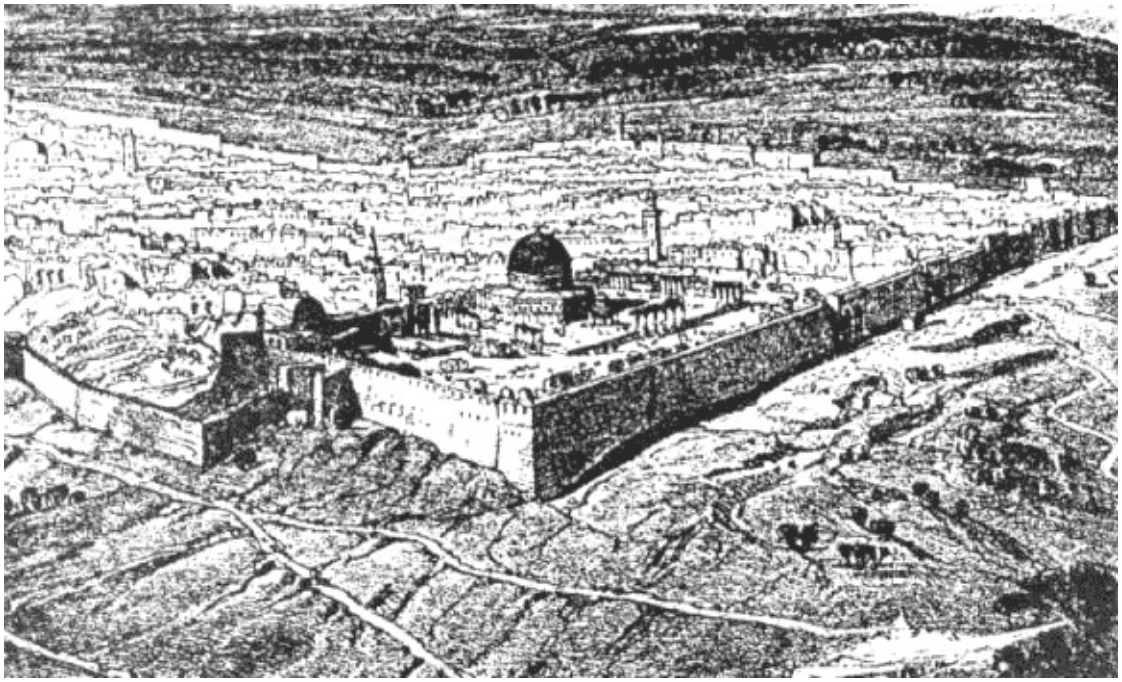


Fig. 159

Actualmente está ocupado por varios santuarios musulmanes, de los cuales el más famoso es el Domo de la Roca. Esa cúpula fue traída de Baalbek por el califa Abd-al-Malik el siglo VII y en Líbano ella adornaba una iglesia bizantina. El califa la mandó instalar como cobertura de un edificio octagonal que él hubo erigido para abrigar la Roca Sagrada, una enorme piedra a la cual, desde tiempos inmemoriales, eran atribuidas cualidades mágicas y divinas.

Los musulmanes creen que fue de la Roca Sagrada que Mahoma partió para visitar el Cielo. Según el Corán, el ángel Gabriel transportó al profeta de la Meca a Jerusalén, con una rápida parada en el monte Sinaí. Para subir al Cielo en compañía del ángel, Mahoma usó una «escalera de luz». Después de pasar por los Siete Cielos, él finalmente se vio en la presencia de Dios.

Recibió las instrucciones divinas y, enseguida, volvió a la Tierra por el mismo rayo de luz, posado de nuevo en la roca. De allí retornó a la Meca, con otra parada rápida en el monte Sinaí, montado en el «caballo alado del ángel».

Los viajantes de la Edad Media pensaban que la Roca Sagrada era un enorme bloque de piedra artificialmente cortado, en forma de cubo, cuyos cantos apuntaban para los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, como sólo la parte superior de la roca es visible, la idea de que ella tiene la forma cúbica debe haberse originado de la

tradición musulmana que afirma que la Gran Piedra Sagrada de la Meca, la Kaaba, es una réplica (hecha por orden divina) de la Roca Sagrada de Jerusalén.

A partir de la parte visible, queda evidente que la Roca Sagrada fue cortada de diferentes maneras en la cara superior y lados, perforados para formar dos embudos tubulares y excavada para crear un túnel subterráneo y cámaras secretas. Nadie sabe el propósito de esas obras, quién las proyectó y ejecutó.

Sin embargo, sabemos que Salomón construyó el Primer Templo en el monte Moriah siguiendo instrucciones precisas dadas por el Señor. El Santo de los Santos fue erigido sobre la Roca Sagrada.

La cámara más interior de ese santuario, toda revestida de oro, era ocupada por dos querubines, esculpidos en oro, con las alas tocando las paredes y unas a las otras. Entre ellos quedaba el Arca de la Alianza, del interior de la cual Dios habló a Moisés en el desierto. Aunque estuviera completamente aislado del exterior, el Santo de los Santos es llamado en el Antiguo Testamento Dvir, cuya traducción literal es «El Hablador».

La sugerencia de que Jerusalén era un centro de comunicaciones «divino», un lugar donde había una Piedra del Esplendor oculta, por la cual la Voz de Dios era irradiada para las áreas más remotas, no es tan absurda como puede parecer. De hecho, en la Biblia eso es loado en prenda de la supremacía de Yahveh y de la propia Jerusalén. «*Responderé al Cielo y ellos responderán a la Tierra*», garantizó el Señor al profeta Oseas. Amós profetizó que «*desde Sión, Yahveh rugirá, de Jerusalén su voz emanará*». Y el salmista afirmó que cuando Dios hablara desde Sión, sus pronunciamientos serían oídos en todos los confines de la Tierra y en el Cielo también:

A los dioses Yahveh hablará
Y a la Tierra Él clamará del Oriente al Occidente…
A los cielos él clamará y a la Tierra también.

Baal, el señor del complejo de Baalbek, se vanagloriaba de que su voz podía ser oída en Cades, la ciudad portal del recinto de los dioses en el centro de la península del Sinaí. El Salmo 29, dando la lista de algunos lugares de la Tierra que podían ser alcanzados por la voz del Señor de Sión, incluyó en ella tanto Cades como Líbano, donde queda Baalbek.

La voz de Yahveh cubre las aguas…
La voz de Yahveh despedaza los cedros…
La voz de Yahveh resuena en el desierto.
Yahveh sacude el desierto de Cades.

Las capacidades adquiridas por Baal cuando instaló las Piedras del Esplendor en Baalbek están descritas en los textos ugaríticos como la posibilidad de colocar «un labio en la Tierra, un labio en el Cielo». El símbolo para esos aparatos de

comunicación, como vimos, eran las dos palomas. Tanto la terminología como el simbolismo están incorporados en los versos del Salmo 68, que describen la llegada del Señor, que se aproxima volando:

El Señor de la Palabra dará una orden,
Al oráculo de un ejército numeroso.
Los reyes de ejércitos corren y huyen;
Morada y hogar tú dividirás como despojos
Aunque que estén entre los dos Labios
Y la Paloma de alas cubiertas de plata,
Cuyas plumas son de oro verdoso…
El coche de Dios es poderoso,
Tiene miles y miles de años;
Dentro de él el Señor vino del sagrado Sinaí.

La Piedra del Esplendor de Jerusalén —la «Piedra del Testamento» o «Piedra de la Investigación» de los profetas— estaba escondida en una cámara subterránea. Sabemos de eso por medio de una Lamentación sobre la desolación de Jerusalén después que la ira del Señor cayó sobre su pueblo:

El palacio fue abandonado por los habitantes;
Olvidado está la cumbre del monte Sión (y)
El «sondador que testifica»
La Caverna del Eterno Testimonio
Es lugar de broma de asnos salvajes,
Pasto para rebaños.

Después de la restauración del templo de Jerusalén, prometieron los profetas, «la palabra de Yahveh de Jerusalén emanará». La ciudad volvería a ser un centro mundial, buscado por todas las naciones.

Transmitiendo la promesa del Señor, Isaías garantizó al pueblo que no sólo la «Piedra del Testimonio» sino también las «funciones de mediación» le serían devueltas.

Vean,
Asentaré bien firme una piedra en Sión,
Una piedra del Testimonio,
Una rara y altísima Piedra Angular,
Con cimientos profundamente fundamentados.
Aquél que tiene fe no se quedará sin respuesta.
La justicia será mi Cordón;
La integridad mi Medida.

Para poder servir como Centro de Control de la Misión, Jerusalén —tal como Nippur— tenía que quedar localizada en la línea que dividía el Pasillo de Aterrizaje por la mitad. Sus tradiciones confirman esa posición de peso y sugieren que era la Roca Sagrada que marcaba el centro geodésico de la ciudad.

Según las tradiciones judaicas, Jerusalén era el «ombligo de la Tierra». El profeta Ezequiel se refería al pueblo de Israel como «habitantes del ombligo de la Tierra». El Libro de los Jueces relata un incidente donde el pueblo descendía de las montañas venido del «ombligo de la Tierra». Ese término, como vimos anteriormente, señala a

Jerusalén como siendo un punto focal, un centro de comunicaciones, del cual salían «cordones» (una línea continua de señales) en la dirección de otros puntos de la Red de Orientación. Por eso, no es mera coincidencia la designación para la roca en antiguo hebraico de ser *Eben Sheti'yah*, que los sabios judíos siempre afirmaron que puede ser traducida como «piedra de la cual el mundo es tejido». La palabra *sheti* es de hecho un término del arte del telar, que designa los cordones comprimidos y horizontales que son colocados en el telar para que, junto con los verticales, más cortos, formen la trama básica.

Por lo tanto, el nombre era bien adecuado para una piedra que marcaba el punto exacto de donde salían los Cordones Divinos que cubrían la Tierra como una tela.

Pero, por más sugestivos que sean todos esos términos y leyendas, la pregunta decisiva es: ¿Jerusalén de hecho quedaba en la línea que dividía igualmente el Pasillo de Aterrizaje, el ángulo formado por el monte Ararat, las pirámides de Gizeh y el monte Umm Shumar?

La respuesta incontestable es: ¡Sí, Jerusalén queda exactamente en esa línea!

Tal como vimos antes, en el caso de las Pirámides, a medida que vamos estudiando la posición de Jerusalén, más alineaciones y triangulaciones impresionantes van surgiendo.

Jerusalén, descubrimos, queda en el lugar exacto donde la línea Baalbek-Santa Catarina corta la línea de trayectoria de vuelo con foco en el Ararat. La distancia entre Heliópolis y Jerusalén es exactamente igual a la que separa Umm Shumar de Jerusalén.

¡Las líneas que unen a Jerusalén a la Heliópolis y Jerusalén al Umm Shumar forman un ángulo preciso de 45 grados! (Fig. 160)

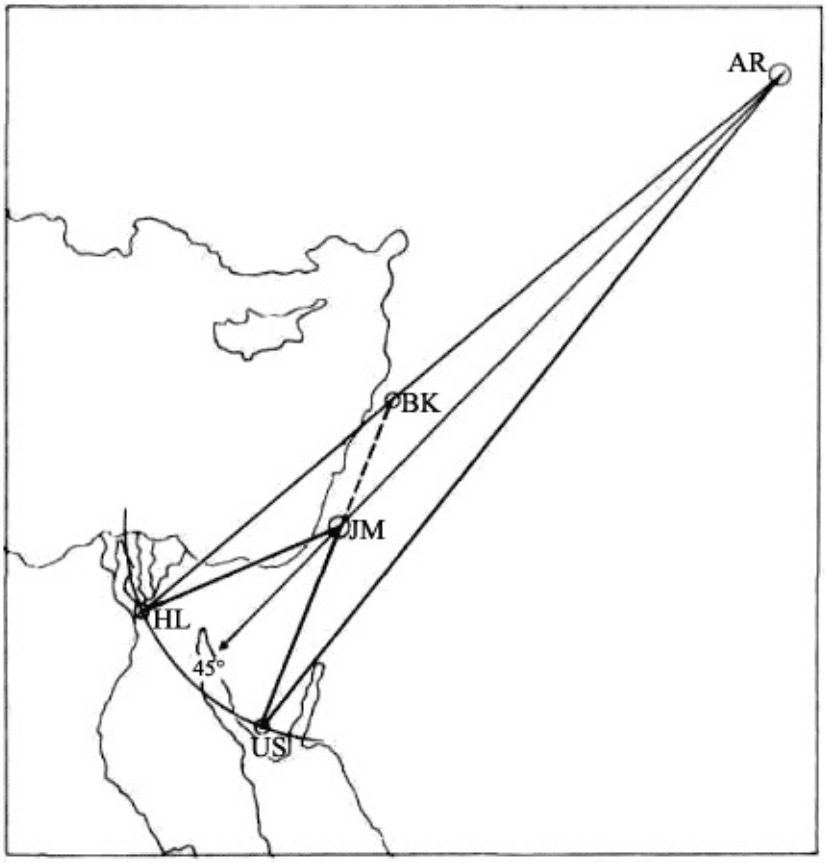


Fig. 160

Esos vínculos entre Jerusalén, Baalbek (la Cresta de Zafón) y Gizeh (Menfis) eran conocidos y loados en tiempos bíblicos:

Grande es Yahveh y grandemente loada
Es la ciudad del Señor.
Su monte sagrado
En Menfis es embellecido.
La alegría de toda la Tierra,
De Monte Sión, de la Cresta de Zafón.

Jerusalén, según el Libro de los Jubileos, era uno de los cuatro «Lugares del Señor» en la Tierra, siendo los otros el «Jardín de la Eternidad», en la Montaña de los Cedros (Líbano), la «montaña del este», el monte Ararat, y el monte Sinaí. Tres de ellos quedaban en las «tierras de Sin» (o *Shem*), hijo de Noé del cual descendían los patriarcas de la Biblia. Y esos lugares estaban inter-ligados:

El Jardín de la Eternidad, el más sagrado,
Es la montaña del Señor;
Y el monte Sinaí, en el centro del desierto;
Y el monte Sión, en medio del ombligo de la Tierra.
Los tres fueron creados como lugares sagrados.
Mirando unos hacia los otros.

El espacio-puerto tenía que quedar en algún lugar de la «línea de Jerusalén», la central de vuelo anclada en el monte Ararat. Y, junto de él, necesitaba estar instalado el faro de localización final. Él quedaba en el monte Sinaí, en el centro del desierto.

Es aquí que la línea imaginaria que actualmente llamamos paralelo 30 norte entra

en escena.

Sabemos, por los textos astronómicos sumerios, que el firmamento de la Tierra fue dividido en tres sectores o «vías»: una franja norte (la vía de Enlil), una franja sur (la vía de Ea) y la franja céntrica (la vía de Anu). Nada más lógico suponer que en la Tierra también existían líneas imaginarias separando los territorios de los hermanos rivales, cuya tradición se mantuvo después del diluvio, cuando la Tierra, ya extensamente colonizada fue dividida en cuatro regiones. Y todo indica que esas líneas eran los paralelos 30 norte y sur.

Las ciudades sagradas de las cuatro regiones citadas por los textos sumerios quedaban en el paralelo 30. ¿Esa localización es mera coincidencia o resultado de un acuerdo entre Ea y Enlil o sus descendientes, en constante disputa?

Los textos sumerios cuentan que, «cuando la monarquía descendió del Cielo», después del diluvio, «ella estaba en Eridu».

Ora, Eridu quedaba en el paralelo 30 norte, el más próximo a él permitido por el área pantanosa del alto del golfo Pérsico. Y a pesar de que el centro administrativo-secular de la Sumeria había cambiado de ciudad de tiempo en tiempo, Eridu continuó siendo siempre una ciudad sagrada.

La capital secular de la segunda región (el área del Nilo) varió de lugar, pero Heliópolis siempre se mantuvo como una ciudad sagrada. Los textos de las Pirámides reconocen sus vínculos con otros lugares santos y llaman a los antiguos dioses «Señores de los Santuarios Dobles». Esos santuarios tenían los nombres intrigantes y posiblemente pre-egipcios de Per-Neter («Lugar de la Llegada de los Guardianes») y Per-Ur («Lugar de Llegada de los Antiguos») y sus descripciones jeroglíficas transmiten una impresión de gran antigüedad.

Esos santuarios dobles desempeñaban un papel de gran importancia en la sucesión de los faraones. Durante esos rituales, liderados por el sacerdote *Shem*, la coronación del nuevo rey y su admisión al «Lugar de los Guardianes», en Heliópolis, coincidían con la partida del espíritu del rey fallecido por la Puerta Falsa, situada en el lado éste, en dirección al «Lugar de Llegada de los Antiguos».

Heliópolis también quedaba situada en el paralelo 30, el más próximo a él permitido por el área pantanosa del delta del Nilo.

La Tercera Región, la que comprende la civilización del valle de Indo, tenía su capital secular situada en el litoral del océano índico. Sin embargo, la ciudad sagrada, Harapa, quedaba a centenares de kilómetros al norte —bien sobre el paralelo 30.

Allá, en medio de la nada, fue construida una inmensa plataforma horizontal, sobre la cual fueron erigidos palacios, magníficas escaleras, santuarios y estructuras auxiliares —todo en honra del Disco Alado (Fig. 161).

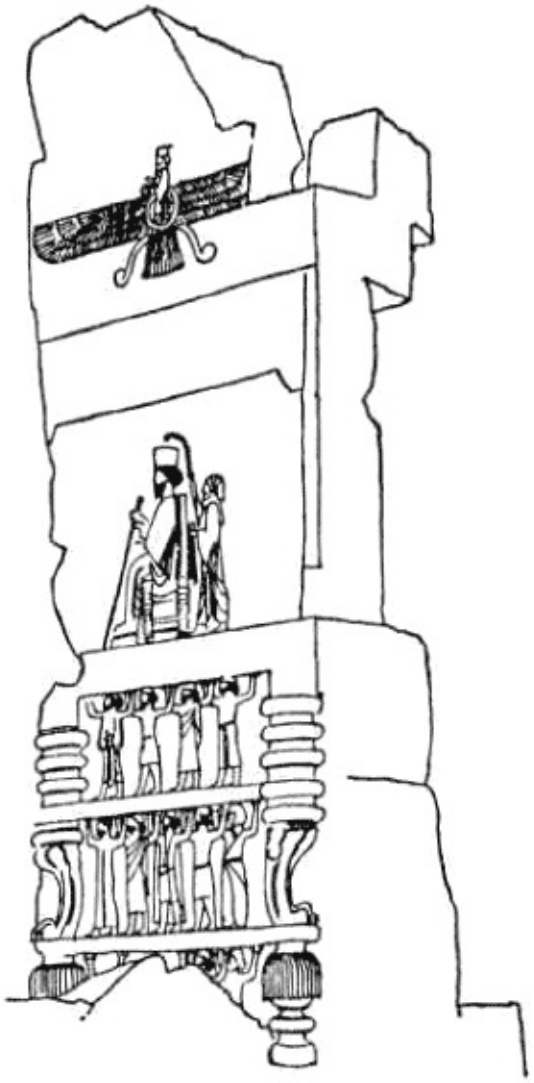


Fig. 161

Los griegos llamaban a ese lugar Persépolis (Ciudad de los Persas). Las ruinas de esa ciudad sagrada aún hoy causan gran admiración. Sin embargo, nadie vivía allá. El rey y su séquito sólo iban a ese lugar especial para conmemorar la entrada del Año-Nuevo, el día del equinoccio de primavera. Y esa ciudad sagrada quedaba situada en el paralelo 30.

Nadie sabe de hecho cuando fue fundada Lhasa, la ciudad sagrada del budismo, situada en el Tíbet. Sin embargo, es un hecho incontestable que ella, como Eridu, Heliópolis, Harapa y Persépolis, se localizaba en el paralelo 30 (Fig. 162).

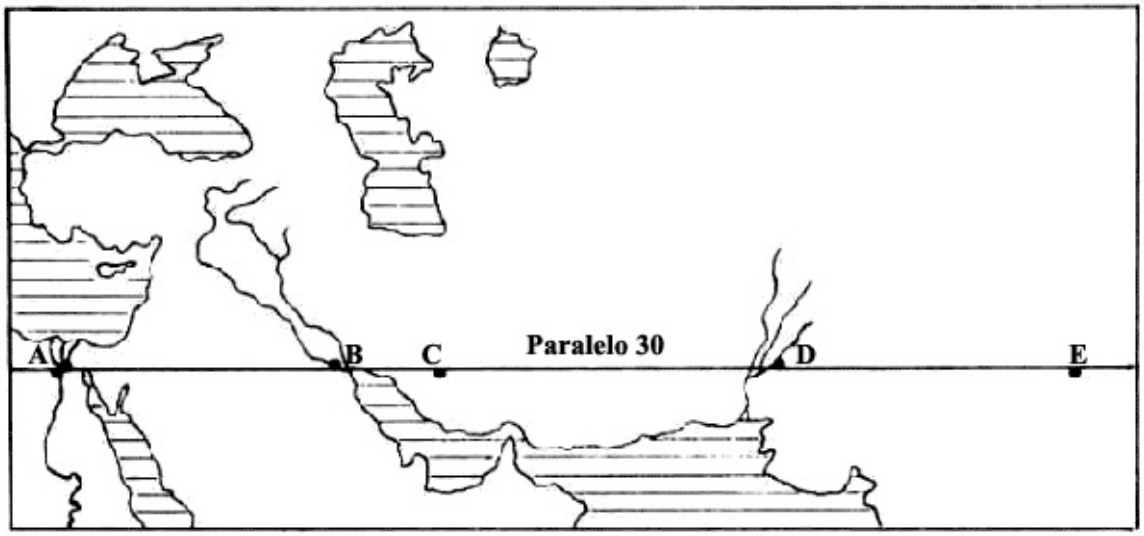


Fig. 162

Lo destacado del paralelo 30 se remonta a los orígenes de la Red Sagrada, cuando los Divinos Medidores, o topógrafos Anunnaki, determinaron la localización de las pirámides de Gizeh, en él situadas. ¿Tendrían los dioses en cuenta la «santidad», o neutralidad, de esa línea cuando escogieron el local para su instalación más vital —el espacio-puerto—, que quedaba en la Cuarta Región, la península del Sinaí?

Ahora debemos buscar la pista final en la parte restante del enigma de Gizeh —la Gran Esfinge. Ella tiene el cuerpo de un león sentado y la cabeza de un hombre usando el tocado real (Fig. 163).

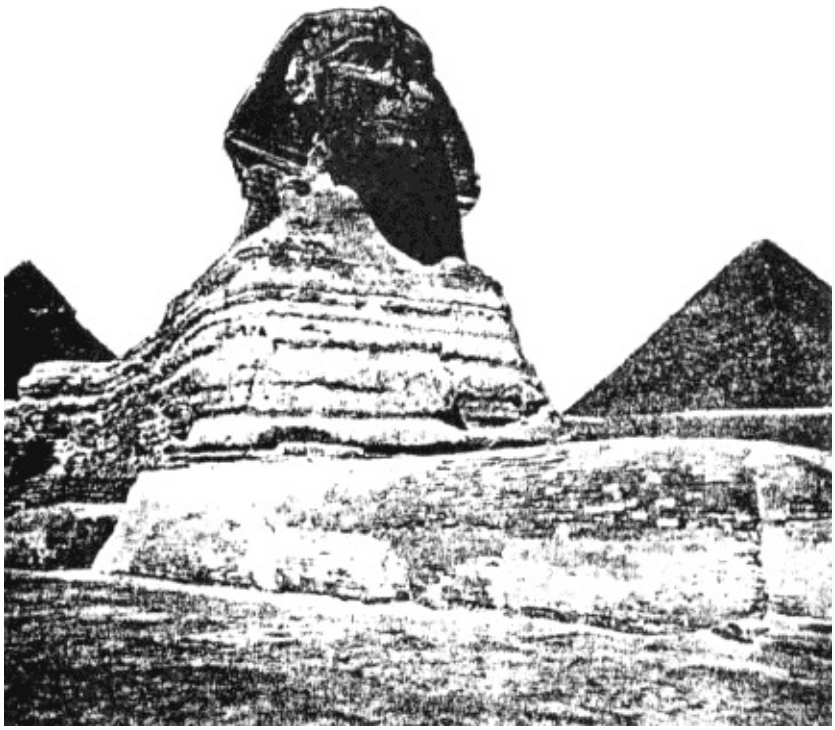


Fig. 163

¿Quién la construyó?, ¿cuándo?, ¿con qué propósito?, ¿a quién ella retrata?, ¿y por qué está en aquel lugar, sola y única en el mundo? Las preguntas siempre fueron

muchas y las respuestas, pocas. Una cosa, sin embargo, es correcta: la Esfinge mira hacia el este y la línea de su mirada sigue el paralelo 30.

En la Antigüedad, esa precisa alineación con El Divino Paralelo fue enfatizado por la construcción de una serie de estructuras que, saliendo de la Esfinge, se extendían en la dirección del Oriente, asentadas en un eje este-oeste (Fig. 164).

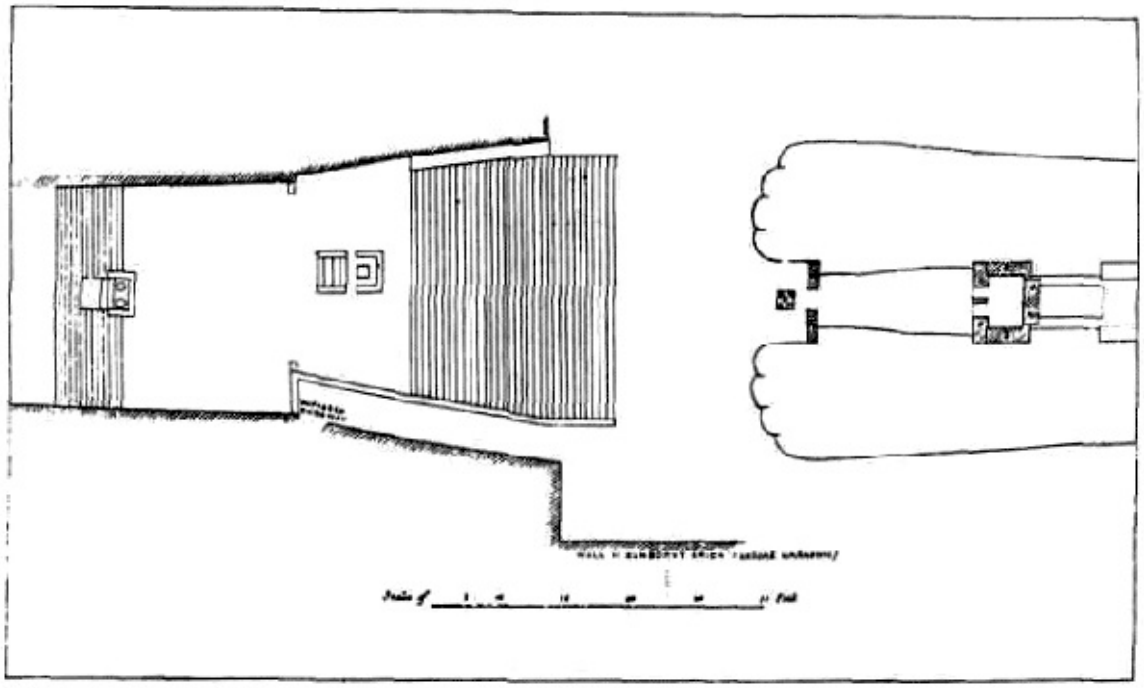


Fig. 164

Cuando Napoleón y sus hombres llegaron a la Esfinge en el inicio del siglo XVIII, ella estaba prácticamente cubierta de arena y sólo se veía la cabeza y parte de los hombros. Los artistas la retrataron en ese estado y por muchas décadas el público sólo la conoció así. Fueron necesarias repetidas y sistemáticas excavaciones para que el monumento se revelase en toda su grandiosidad (73 metros de largo, 20 metros de altura) y forma completa, confirmando lo que los historiadores griegos describieron: una escultura colosal, hecha de un único bloque de piedra natural. Y fue nuestro conocido capitán Caviglia, que más tarde sería expulsado de Gizeh por el coronel Vyse, que, en 1816-1818, dirigió las obras que revelaron no solamente el resto del cuerpo de la Esfinge, sino también los templos, santuarios, altares y estelas erigidos delante de ella.

Al limpiar el área delante del monumento, Caviglia descubrió una plataforma con una anchura prácticamente igual a la de la Esfinge, pero que parecía tener su lado mayor apuntando hacia el este. Excavando 30 metros en esa dirección, él llegó a una espectacular escalera de treinta escalones terminando en un nivel sobre el cual había ruinas que recordaban un púlpito. Con el proseguimiento de la obra, fue descubierta a finales del nivel, a unos 12 metros de la primera escalera, otra, con trece escalones, elevando así el nivel de la estructura completa a la misma altura de la cabeza de la

Esfinge.

En la parte más alta de ese conjunto, había una estructura cuya función era soportar dos columnas, situadas en tal posición que la mirada de la Esfinge pasaba exactamente entre ellas (Fig. 165).

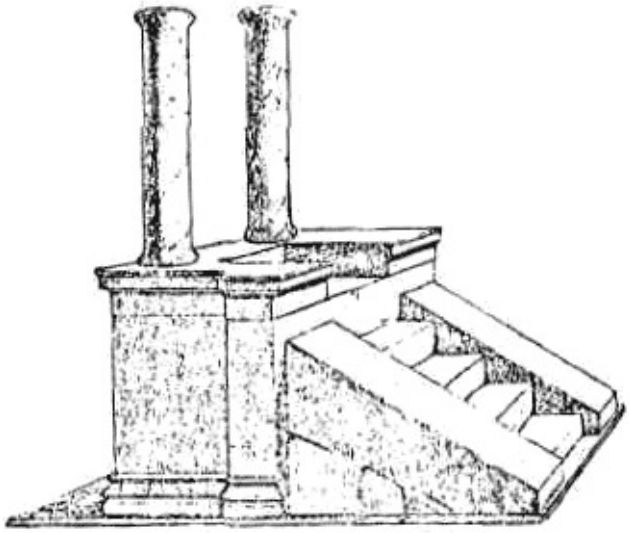


Fig. 165

Los arqueólogos creen que esas ruinas son de la época romana. Sin embargo, como es bien sabido y vimos en el caso de Baalbek, griegos y romanos tenían el hábito de embellecer monumentos de otras eras y construir templos en lugares considerados sagrados por las poblaciones de las regiones que dominaban. Actualmente está establecido que conquistadores griegos y emperadores romanos dieron continuidad a las tradiciones de los faraones de visitar la Esfinge para prestarle homenaje, dejando atrás de sí inscripciones apropiadas. Esas inscripciones confirman la creencia, que continuó hasta la época del dominio árabe, de que la Esfinge era obra de los propios dioses, siendo considerada el presagio de una futura era de paz mesiánica. Una inscripción del emperador Nero la llama Armaquis «Supervisor y Salvador».

Como la Esfinge queda situada cerca del camino elevado que conduce a la Segunda Pirámide, los estudiosos inmediatamente pensaron que ella fue construida por Chefra y, por lo tanto, debía retratarlo. Esa teoría no tiene la menor base factual, pero continúa presente en los libros sobre el asunto. Sin embargo, ya en 1904, Y. A. Wallis Budge, en la época guardián de las Antigüedades egipcias y asirias del Museo Británico, concluyó inequívocamente (*The Gods of the Egyptians*) que «ese maravilloso objeto ya existía en el tiempo de Kha-f-ra o Quefrén; es posible que sea muy anterior a su reinado y date del final del periodo arcaico».

Como atestigua la Estela del Inventario, la Esfinge ya estaba en Gizeh en la época de Khufu, antecesor de Chefra. En la inscripción, Khufu dice que mandó remover la arena que invadía la Esfinge —una afirmación que se repite en las inscripciones de

otros faraones. Así, que es justo dedujéramos que ella ya era un monumento muy antiguo en la época de ese rey. Entonces, ¿quién fue el faraón, muy anterior a él, que la esculpió, dándole al rostro su propia imagen?

La respuesta es que el rostro no es el de un faraón cualquiera, sino el de un dios. Y más, todo indica que fueron dioses, y no mortales, que esculpieron la Esfinge.

De hecho, sólo ignorando lo que dicen las antiguas inscripciones es que alguien podría imaginar un origen diferente. Una inscripción romana, llamando a la Esfinge «Guía Sagrado», dice, «Tu forma magnífica es obra de los dioses inmortales». Un tramo de un poema griego afirma:

Tu forma magnífica,
Aquí los dioses inmortales amoldaron…
Junto a las pirámides lo colocaron…
Un monarca celestial que sus enemigos desafían…
Guía Sagrado de la Tierra de Egipto.

En la Estela del Inventario, Khufu llamó a la Esfinge «Guardián del Éter, que guía los vientos con su mirada» y deja bien claro que ella era la imagen de un dios:

Esta figura del dios
Durará hasta la eternidad;
Tiendo siempre su rostro vuelto hacia el este.

Khufu habla también de un viejo sicomoro que crecía al lado de la Esfinge y fue dañado «cuando el Señor del Cielo descendió en el Lugar de Hor-en-Akhet» (el dios-halcón del horizonte). Ése, en realidad, era el nombre más frecuente de la Esfinge en las inscripciones de los faraones, siendo sus epítetos, entre otros, *ruti* («el león») y *hul* («el eterno»).

Los excavadores del inicio del siglo XIX que trabajaron en el área de la Esfinge, conforme atestiguan los documentos de la época, estaban instigados por las leyendas árabes que afirmaban que existían dentro del monumento o debajo de él cámaras secretas llenas de tesoros u objetos mágicos. Cuando el coronel Vyse llegó a Gizeh, Caviglia trabajaba activamente en el interior de la Gran Pirámide a la busca de «cámaras ocultas». Parece que él se volvió para esa empresa después de fracasar en descubrir algo parecido en la Esfinge. Perring también intentó encontrar alguna cámara oculta, haciendo un agujero profundo en la espalda de la Esfinge.

Aún investigadores más responsables, como Auguste Mariette, en 1853, compartían la opinión generalizada de que existía un compartimiento secreto en el interior del monumento o bajo él, motivada por los libros del historiador romano Plinio, que escribió que la Esfinge contenía la tumba de un gobernante llamado «Harmaquis» y por el hecho de todos los antiguos dibujos que la muestran asentada sobre una gran estructura de piedra. Era justo pensar que las mismas arenas que habían cubierto prácticamente toda la Esfinge, acumulándose a lo largo de milenios, escondían también su parte inferior.

Las inscripciones más antiguas parecen sugerir que existían dos cámaras secretas, tal vez accesibles por una entrada escondida bajo las patas de la escultura. Además de eso, un himno de la época de la 18.ª Dinastía revela que las dos «cavernas» permitían que ella funcionara como *un centro de comunicaciones*.

Según ese cántico, el dios Amen, asumiendo las funciones del celestial Hor-Akhti, obtiene «percepción en el corazón, comando en los labios… cuando entra en las dos cavernas que están bajo sus pies». Entonces:

Un mensaje es enviado del cielo;
Ella es oída en Heliópolis,
Y repetida en Menfis por el Bello de Rostro.
Ella forma parte de un despacho en la caligrafía de Thot,
Que trata de la ciudad de Amen (Tebas)…
El asunto es respondido en Amen,
Una declaración es emitida… un mensaje enviado.
Los dioses están actuando de acuerdo con las órdenes.

En el tiempo de los faraones, se creía que la Esfinge, a pesar de ser esculpida en piedra, era capaz de oír y hablar. En una larga inscripción grabada en una estela (Fig. 166) erigida entre las patas del monumento por Tutmés IV y dedicada al Disco Alado, el rey cuenta que la Esfinge habló con él y le prometió un largo y próspero reinado si mandara retirar la arena que le cubría las patas. Un día, continúa el faraón, él estaba cazando fuera de Menfis y se encontró en el «sagrado camino de los dioses» que iba de Heliópolis a Gizeh. Cansado, se acostó para reposar a la sombra de la Esfinge. Aquel lugar, como revela la inscripción, era llamado el «Lugar Espléndido del Inicio de los Tiempos».

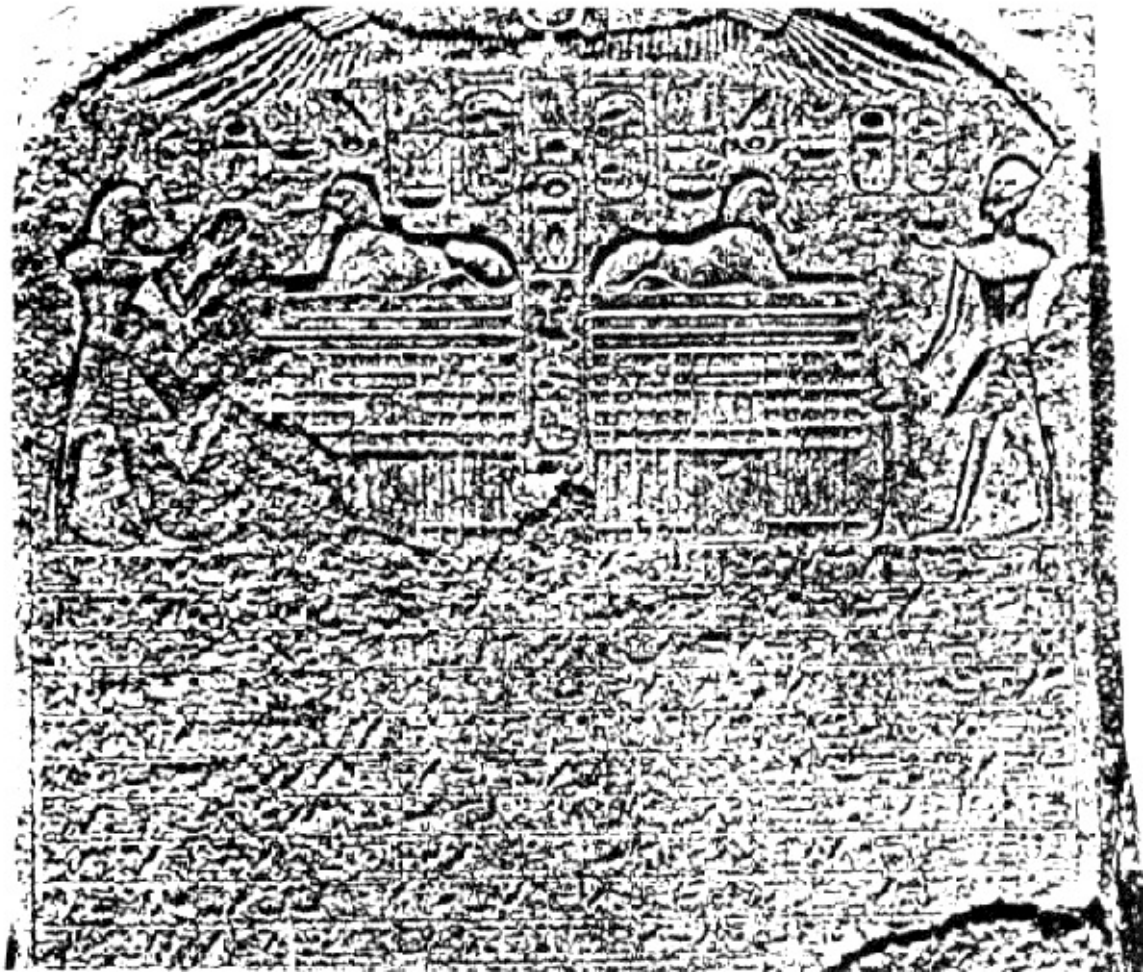


Fig. 166

Cuando Tutmés IV se adormeció junto a «esa gran estatua del Creador», ella —aquella «majestad del reverenciado Dios»— comenzó a hablar, presentándose como «Soy tu ancestral Hor-en-Akhet, aquel creado de Ra-Aten».

Muchas «tablas de oído» —objetos bastante raros— y dibujos de las Dos Palomas, el símbolo asociado a los lugares del oráculo, fueron descubiertas en los templos en torno a la Esfinge. Como las antiguas inscripciones, ellos también contribuyen a la creencia de que el monumento, de alguna forma, transmitía mensajes divinos. Aunque los esfuerzos para emprenderse excavaciones bajo la Esfinge hasta ahora no hayan sido exitosos, no se puede descartar la posibilidad de la existencia de cámaras subterráneas donde los dioses entraban con «comandos en los labios» y de que un día tal vez ellas sean descubiertas.

Está claro a partir de numerosos textos funerarios que la Esfinge era considerada el Guía Sagrado que orientaba los fallecidos del «ayer» para el «mañana». Encantamientos descubiertos en el interior de ataúdes, sirviendo para facilitar el viaje del muerto a lo largo de la «Senda de las Puertas Escondidas», indican que ésta comenzaba cerca de la Esfinge. Invocándola, esos encantamientos afirman que «El Señor de la Tierra ordenó, la Pareja Esfinge repitió». La jornada del fallecido sólo se iniciaba cuando Hor-en-Akhet (la Esfinge) decía: «¡Puede pasar!». Los dibujos del

Libro de los Dos Caminos, que ilustran ese viaje, muestran que había dos caminos que, saliendo de cerca de la Esfinge, llevaban al Duat.

En la condición de Guía Sagrado, la Esfinge frecuentemente era mostrada guiando el Barco Celestial. A veces, como en la estela de Tutmés, ella aparecía como una Esfinge doble, guiando el Barco Celestial del «ayer» para el «mañana». En ese papel, ella era asociada al Dios Oculto, del reino subterráneo. Y es así, debe recordarse, que ella aparece guardando la cámara herméticamente cerrada del dios Seker, en el Duat.

De hecho, los textos de las Pirámides se refieren a la Esfinge como «el gran dios que abre las puertas de la Tierra» —frase que puede sugerir que además de la de Gizeh, que «mostraba el camino», existía otra Esfinge, cerca de la Escalera al Cielo, que «abría los portones de la Tierra». Esa posibilidad puede ser la explicación (la única, en la ausencia de cualquier otra hasta ahora), para un dibujo muy arcaico describiendo el viaje del faraón para la Otra Vida (fig 167).

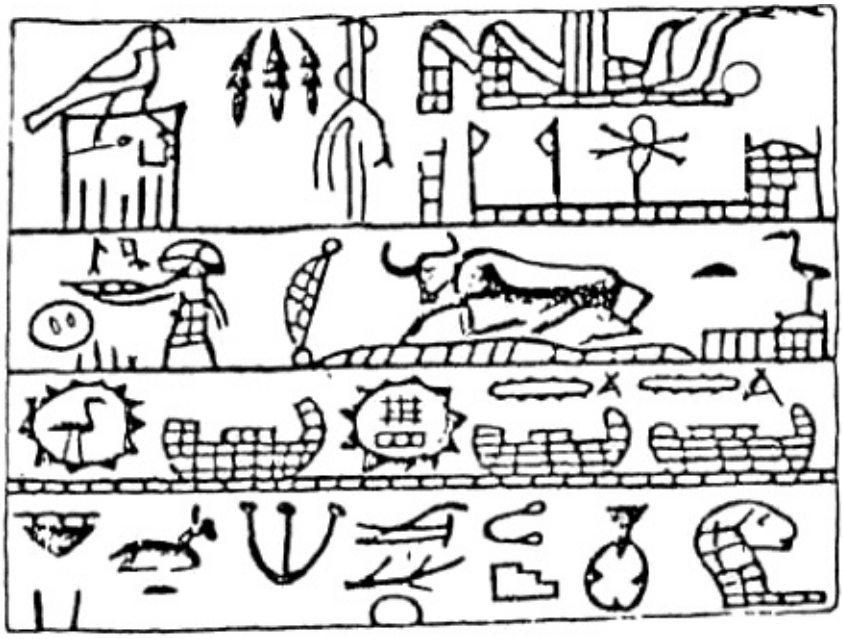


Fig. 167

Él comienza con el halcón de Horus mirando hacia el País de las Palmeras y un navío raro, con cosas parecidas con grúas o dragas, y sobre él una estructura que nos hace recordar el dibujo sumerio para el nombre EN.LIL, representando un centro de comunicaciones. Son vistos también un dios saludando al faraón, un toro y un Pájaro de la Inmortalidad, seguidos de fortificaciones y una serie de símbolos. Finalmente viene la señal para «lunas» (una cruz inclinada dentro de un círculo), colocado entre el dibujo de la escalera y el de una Esfinge de espalda hacia la llegada del faraón, por lo tanto mirando para el otro lado.

Una estela erigida por un cierto Pa-Ra-Emheb, que dirigió obras de restauración en el área de la Esfinge en épocas faraónicas, contiene palabras delatoras en el tramo

con versos sobre la adoración de la escultura. La similaridad con los salmos bíblicos es impresionante. La inscripción habla de extender cordones «para el plan», en fabricación de «cosas secretas» en el reino subterráneo, «cruzar el firmamento» en un Barco Celestial y de un «lugar protegido» en el «desierto sagrado». Ella inclusive usa el término Sheti.ta para designar el «Lugar del Nombre Oculto», en el «desierto sagrado».

Salve, rey de los dioses,
Aten, Creador…
Tú extiendes el cordón para el plan, tú formaste los países…
Hiciste secreto el mundo subterráneo…
La Tierra está bajo tu comando;
Hiciste alto el firmamento…
Tú construiste para ti un lugar protegido
En el desierto sagrado, con un nombre oculto.
Durante el día,
Tú te elevas cerca de él.
Subes maravillosamente…
Estás cruzando el firmamento con buen viento…
Atraviesas el firmamento en tu barco…
El firmamento se regocija,
La Tierra grita de alegría.
La tripulación de Ra loa todos los días;
Él viene en triunfo.

Para los profetas hebreos, el Sheti era la Línea Divina, la dirección que debía siempre ser contemplada «pues dentro de ella el Señor vino del sagrado Sinaí». Era, por lo tanto, la línea céntrica del corredor de aterrizaje, la trayectoria de vuelo que pasaba por Jerusalén.

Para los egipcios, empero, como dice la inscripción arriba, Sheti.ta era el «Lugar del Nombre Oculto», que quedaba en el «desierto sagrado», que es exactamente lo que significa el término bíblico «desierto de Cades». Y los «cordones del plan» se extendían de la Esfinge hasta él. En ese lugar, Paraemheb vio al «rey de los dioses» subiendo durante el día. Las palabras son casi idénticas a las de Gilgamesh cuando llegó al monte Mashu, «donde diariamente él observaba a los *Shem*, mientras iban y venían… vigilados por Shamash mientras asciende y desciende».

Aquél era el Lugar Protegido, el Lugar alcista. Los que querían alcanzarlo eran guiados por la Esfinge, pues su mirada quedaba vuelta para el este, acompañando con exactitud el paralelo 30.

Mi teoría es de que los Portones del Cielo y de la Tierra —el espacio-puerto de los «dioses»— quedaba en el lugar donde la Línea de Jerusalén cortaba el paralelo 30. Esa intersección está en el interior de la llanura céntrica de la península del Sinaí. Tal como el Duat pintado en el Libro de los Muertos, ella es realmente un terreno plano, oval, cercado de montañas. Esas montañas son separadas por siete desfiladeros —como es descrito en el Libro de Enoc. Siendo una vasta área con superficie rocosa natural, dura, ella suministraba pistas ya listas para los autobuses espaciales de los Anunnaki.

Nippur, como ya vimos (Fig. 122), era el foco, el punto céntrico, de los círculos concéntricos que unían lugares equidistantes del espacio-puerto situado en Sippar y otras instalaciones vitales.

Encontramos eso repetido en Jerusalén (Fig. 168): El espacio-puerto (SP) y el Local de Aterrizaje en Baalbek (BK) están en el perímetro de un círculo interno, uniendo un conjunto vital de instalaciones equidistantes del Centro de Control en Jerusalén (JM);

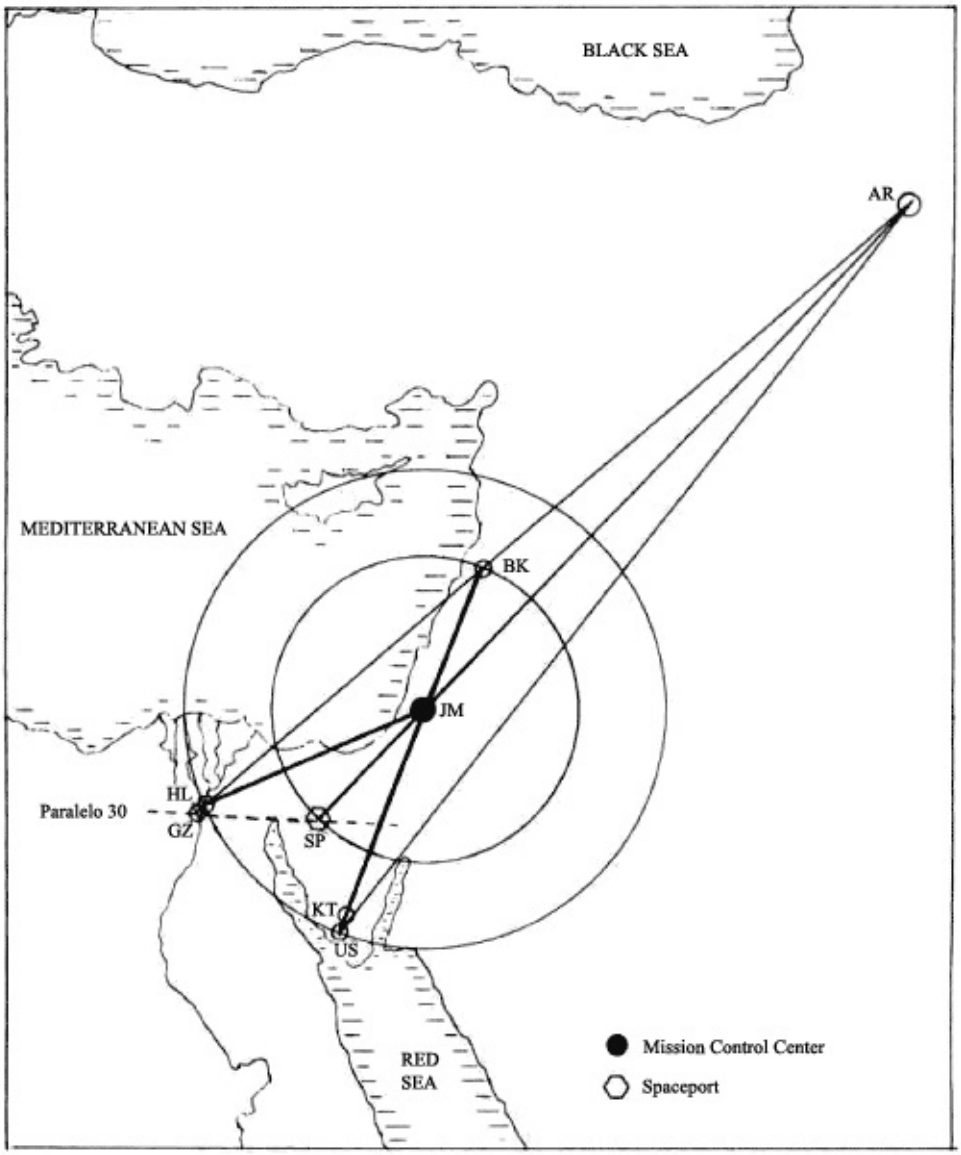


Fig. 168

El marco geodésico de Umm Shumar (US) y la portería de entrada de Heliópolis (HL) están en el perímetro del círculo externo, siendo por lo tanto equidistantes de Jerusalén; Conforme vamos completando nuestro gráfico, el magistral plan de los Anunnaki va revelándose delante de nuestros ojos y nos impresiona con su precisión, belleza y habilidosa combinación entre la geometría básica y los marcos naturales suministrados por la naturaleza;

Las líneas Baalbek-Santa Catarina y Jerusalén-Heliópolis se cortan en un ángulo

básico y preciso de 45 grados; la trayectoria de vuelo, central, divide ese ángulo exactamente por la mitad, lo que resulta en dos ángulos de 22 y 1/2 grados; el gran pasillo de vuelo, por su parte, tiene la mitad exacta de ese ángulo, o sea, 11 y 1/4 grados… El espacio-puerto, situado en la intersección de la trayectoria de vuelo y el paralelo 30, es equidistante de Heliópolis y Umm Shumar.

¿Sería un mero accidente de geografía que Delfos (DL) esté equidistante del Centro de Control de la Misión en Jerusalén y del espacio-puerto en la llanura céntrica del Sinaí? ¿Será simple coincidencia que el ángulo creado por esas líneas (¿también un pasillo de vuelo?) tenga 11 y 1/4 grados? ¿Y el otro, conectando Delfos la Baalbek, también con 11 y 1/4 grados?

¿Será por mera coincidencia que las líneas que conectan Delfos, Jerusalén y el oasis de Siwa (SW) —centro del oráculo de Amón, que Alexander se apresuró a consultar— forman de nuevo el ángulo de 45 grados? (Fig. 169).

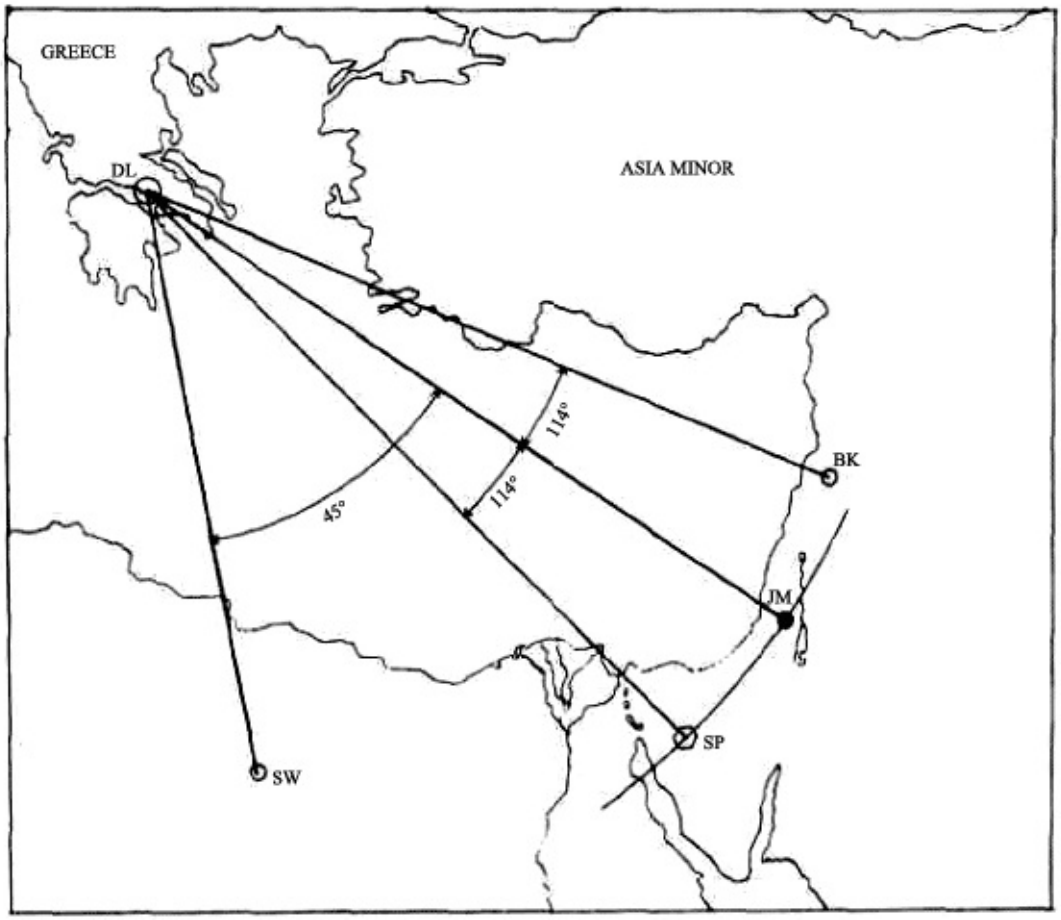


Fig. 169

¿Será que las otras ciudades y centros de oráculo de Egipto, como Tebas y Edfu, fueron fundadas en apacibles curvas del Nilo sólo atendiendo a los caprichos de un faraón cualquiera, o debido a posiciones determinadas por la Red de Orientación?

En realidad, si nos dispusiéramos a estudiar la posición de todos esos marcos naturales, centros de oráculo y antiguas ciudades, conseguiríamos demarcar toda la Tierra. ¿Pero no era eso lo que Baal ya sabía cuando instaló su equipo clandestino en

Baalbek?

Su meta, como bien nos recordamos, era comunicarse no sólo con los territorios más próximos, sino también con toda la Tierra, para así dominarla.

El Dios de la Biblia también sabía de esa demarcación, pues cuando Job intentó deslindar «las maravillas de El», el Señor «hablando en medio de un remolino», respondió a las preguntas con preguntas:

Preguntarte he y me responde:
Donde estabas tú cuando yo
¿Lanzaba los fundamentos de la Tierra?
Dime, si es que tienes inteligencia:
Quién dio las medidas para ella,
¿Si es que lo sabes?
¿O quién sobre ella extendió el cordel?
¿Quién erigió sus plataformas?
¿Quién asentó la Piedra Angular?

Entonces Yahveh respondió a sus propias preguntas. Todos esos actos de medición de la Tierra, de instalación de plataformas, el asentamiento de la Piedra Angular fueron hechos, dijo Él: *Cuando las estrellas de la mañana se regocijaban, Y todos los hijos de los dioses gritaban de alegría.*

El hombre, por más sabio que pueda haber sido, no tuvo nada que ver con eso. Baalbek, las pirámides de Gizeh, el espacio-puerto, todos fueron construidos sólo para los dioses.

El hombre, sin embargo, buscando la inmortalidad, jamás dejó de seguir la mirada de la Esfinge.

ZECHARIA SITCHIN. (Bakú, Azerbaiyán, 11 de julio de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 9 de octubre de 2010). Fue un escritor, historiador y lingüista autodidacta, autor de una serie de libros, calificados por varios académicos como pseudocientíficos, que promueven la «teoría de los antiguos astronautas», el supuesto origen extraterrestre de la humanidad, la cual atribuye la creación de la cultura sumeria a los Anunnaki (o Nefilim) que proceden del planeta llamado Nibiru en el sistema solar.

BIBLIOGRAFÍA.

Serie *Crónicas de la Tierra*:

- El duodécimo planeta, 2002.
- La escalera al cielo, 2002.
- La guerra de los dioses y los hombres, 2002.
- Los reinos perdidos, 2002.
- Al principio de los tiempos, 2002.
- El código cósmico, 2003.
- El final de los tiempos, 2007.

Volúmenes complementarios:

- El libro perdido de Enki, 2003.

- El Génesis revisado, 2006.
- Encuentros divinos, 2006.
- Las expediciones de *Las Crónicas de la Tierra*, 2006.
- Viajes al pasado mítico, 2010.
- ¿Hubo gigantes en la Tierra?, 2010.
- El Rey que rehusó a morir: Los Anunnaki y la búsqueda de la inmortalidad.